

C. ALTHAUS
—
OBRAS
POETICAS

HA

718

TEODORO FISCHER,
Encuadernador,
C. del General La Fuente
No. 167, LIMA.

4277



H. a.
718

HA
718



V. HOLGUIN.

II
ALEJANDRO
MAGNO
LIBRO
II



OBRAS POÉTICAS

CLEMENTE ALTHAUS

OBRAS POÉTICAS

DE

CLEMENTE ALTHAUS

OPRAS PÓETICAS

III

CLEMENTE ALTHAUS

R.

OBRAS POÉTICAS

DE

CLEMENTE ALTHAUS

(1852 — 1871)



LIMA

IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE,
CALE DE BELAOUCHAGA, No. 136.

—
1872



Biblioteca Nacional de España

ORRAS POTTIGAS

IN

CLEMENTE ALTHAUS

(1823-1871)



LIMA

IMPRESA DEL UNIVERSO DE CARLOS PRINCE

CALLE DE BELLAERVA 10. AN

1872



PRÓLOGO.

Este volúmen contiene, con algunos cambios y bastantes supresiones, las «Poesias patrióticas y relijiosas», publicadas en Paris el año de 1862, y las «Poesias varias»; tomo este último que, publicado el mismo año que el anterior, puede sin embargo considerarse todavía como inédito, pues ni lo puso el autor en venta, ni repartió sino un escasísimo número de ejemplares del escaso que hizo imprimir.

Contiene tambien muchas de las composiciones, patrióticas ó no, publicadas por él desde entónces en el «Comercio» y otros periódicos, y ademas un gran número de trabajos inéditos del todo y pertenecientes á diversos géneros, entre los cuales hai dos leyendas, un drama, y algunas sátiras literarias y políticas.

Por último, el autor se ha determinado á dar esta vez cabida entre sus obras á algunas de sus antiguas poesias escritas ántes del año 1855 y escludidas de sus anteriores colecciones. Las



hubiera podido corregir harto más de lo que lo ha hecho; pero ha creído que pasar de pocas y ligeras enmiendas era esponerse á quitarles la fisonomía propia de aquel tiempo y, por decirlo así, infantil, que á su juicio debían conservar, y que probablemente constituye su único mérito. Serán las primeras que halle el lector, pues el orden seguido en la colocacion de estas poesías es el de sus fechas, las cuales comienzan el año de 1852 y acaban el de 1871.

Presento pues á mis paisanos, reunidas en un volúmen, las obras que he compuesto en el espacio de casi veinte años que ha que cultivo la poesía: conviene á saber, la parte de ellas que reputo ménos indigna de la luz pública, pues otro tanto, por lo ménos, como lo publicado aquí será lo desechado ó reservado.

Era mi ánimo escribir un largo prólogo en el que hubiera hablado con la conveniente extension acerca de lo que entiendo por poesía y del alto ministerio civil y moral que tiene para mí esta reina y señora de las artes de lo bello; contestando asimismo al cargo *de no haber sido hasta aquí mas que poeta* que me hacen muchos de los que juzgan que la poesía es una vana gracia, un frívolo adorno, y á quienes la misma belleza y hechizo de la forma hace desconfiar de la gravedad é importancia del fondo.

Pero no me consienten realizar mi propósito, por una parte, la flaqueza presente de mi salud

y el deseo, por otra, de que no se dilate por mas tiempo la publicacion de esta obra.

Me limito pues á llevar al pie del ara santa de mi patria mi humilde ofrenda, templando el temor reverente del que se dirige á un objeto tan grande con la conciencia de haber cumplido con ella en la corta medida de mis fuerzas.

Mis continuos achaques me obligan á suspender por ahora mis trabajos literarios y poéticos; pero, despues del descanso necesario, espero volver con mayor empeño al ejercicio de lo que ha sido á la vez el deleite y tormento de mi vida. Y quizá entónces, restauradas mis fuerzas y refrescada mi mente, al cantar de nuevo á Dios, la naturaleza, la libertad, la patria, serán mis acentos ménos indignos de la majestad de tan augustos é inspiradores temas.

Lima, 15 de Enero de 1872.

FE DE ERRATAS.

PÁGINA	VERSO	DICE	LÉASE
20	6	¿ Con qué	¿ Con que
29	31	¿ Mas no temas	¿ Mas no temes
63	23	¿ Con qué	¿ Con que
74	23	Del tal vano	Del tan vano
81	14	Y cuanto	Y cuanta
92	10	susurrando,	susurrando.
92	16	Y huyan	Y huyen
193	23	solitaria	solitario
194	1	vuelta	vuelto
194	19	dió Dios	da Dios
227	24	las mas	las mias
256	23	de Paris	de Páris
259	22	descienda	desciende
271	17	ruina,	ruina.
272	10	Te digo	Te diga
275	8	á parte	aparte
301	3	adolecente	adolescente
488	18	1857	1867
505	26	En ser	En sed
525	38	A abrazar	Al abrazar
596	23	lealtad,	lealtad

Ademas de estas erratas, se servirá el lector disimular y corregir muchas otras que no ha habido tiempo de reparar ó señalar, principalmente en la puntuacion.

CANCION DE CORALAY.

Tendió la noche su manto
Sobre el mundo silencioso,
Y el deseado reposo
Suspende penas y llanto.

La clara luna se mira
Del mar en la linfa pura,
Y apenas la onda murmura
Y el aura apenas suspira:

Todo en paz yace sumido,
Y del universo dueño,
Vierte su bálsamo el sueño
Y su benéfico olvido.

En el monte misterioso,
Y en la floresta sombría,
Y en la verde pradería,
Y en el azulado mar,
Todo calla, todo olvida
Su fatiga y su quebranto,
Y mi solo triste canto
Hace el eco resonar.

Depone el león su saña,
Y en la quieta selva muda
Hasta la tórtola viuda
Al sueño da su dolor:
Solo yo, al placer extraña,
Solitaria jimo y velo,
Y en vano demandando al cielo
Tregua un instante á mi amor.



Luna, del amor testigo
 Con que al extranjero adoro,
 Duélate mi amargo lloro
 Y mitiga mi pasión:
 No te pido, casta diosa,
 Que cese la llama mia:
 Sin ese amor moriría
 Mi desierto corazón.

Tampoco que, mas dichosa
 Que la que reina en su pecho,
 Consiga yo ver deshecho
 El juramento nupcial:
 Goze la vírgen hermosa
 De su amor puro y entero,
 Que ninguna dicha quiero
 Que se compre con su mal.

Solo quiero una sonrisa
 Ver vagar en su semblante
 Y solo por un instante
 Su puro aliento aspirar;
 Y cuando lleve la brisa
 Mi triste queja á su oído,
 Su corazón condolido
 Sienta por mí palpar.

Mas nó, que en su altivo pecho
 La tímida queja mía
 Acaso solo hallaría
 Un injurioso desden;
 Y no merece esta humilde
 India, en su amor tan osada,
 Que una piadosa mirada
 Sus bellos ojos le den.

Orgullosa castellano,
 Para las dichas nacido,
 No hiera nunca tu oído
 De mis pesares el ay:
 Y mientras consuelo en vano
 Pido á la luna serena,
 Ignora siempre la pena
 De la triste Coralay.

1852.

ADIOSES.

¡Qué dulces pasan los días
 A tu lado, Magdalena!
 Quién consolará mi pena,
 Cuando tú no estés aquí?
 Prométeme no olvidarme
 En tierra alguna lejana,
 Que yo te prometo, hermana,
 Nunca olvidarme de ti.

Si alguna vez me olvidaras,
 El dolor me mataría,
 Y sin tu amor, alma mía,
 No podría vivir, no:
 En tu amor está mi vida,
 Tu olvido será mi muerte;
 Donde te lleve la suerte,
 Quién te amaré como yo?

Cuando pienso que mañana,
 Al asomar en Oriente
 La aurora su blanca frente,
 En vano te he de buscar,
 Y que, si alguien me pregunta
 Por mi dulce compañera,
 Le diré: la suerte fiera
 Hoy la arrastra por el mar;

Á tan triste perspectiva,
 Á tan crudo pensamiento,
 Desmayar la vida siento,
 Cual si fuera ya á morir;
 Y en contraste con los días
 Que pasé á tu dulce lado,
 Se me ofrece el enlutado
 Solitario porvenir.

Adios pues: cuando la tarde
 Comience á esparcir sus sombras,
 Mis piés las verdes alfombras
 De la playa pisarán;

Y anegados en el llanto,
 Del sol á la luz viajera
 Por mi dulce compañera
 Mis ojos preguntarán.
 Y recorrerá las ondas
 Despues mi vista anhelante,
 Por si una vela distante
 Consiguen mis ojos ver,
 Que de la nave en que vengas
 Anuncie la cercanía;
 Porque ¿no es verdad que un dia,
 Magdalena, has de volver?

1853.

LAS CAUTIVAS DE ISRAEL.

I.

Junto á los rios de Babel sentadas,
 Fijos los tristes ojos en el cielo,
 Al acordarse de su patrio suelo,
 Lloraban las cautivas de Israel;
 Y al ver volar en el azul espacio
 Las aves de la tarde plañideras,
 «Id, les decian, dulces mensajeras,
 «Y llevad nuestros votos á Salen:
 «Saludad por nosotras esos campos
 «Donde natura prodigó sus galas;
 «¡Ah! quién tuviera vuestras libres alas,
 «Para partir de vuestro vuelo en pos!
 «Felices las que van, como vosotras,
 «Á ver de nuestra infancia los hogares!
 «Nunca se calmarán nuestros pesares
 «Hasta pisar la tierra del Señor.»
 Y así diciendo, las cautivas miseras
 Las seguian con lánguida mirada,
 Y mil recuerdos de la patria amada
 Agitaban sus mentes en tropel;

Y cuando las veian alejarse
 Del moribundo sol á los reflejos,
 Y entre las negras nubes, á lo léjos,
 Las miraban al fin desaparecer,
 Bajaban silenciosas la cabeza,
 Se cubrian el rostro con las manos,
 Y despues exclamaban: «Señor, dános
 «Volver á nuestra patria alguna vez.»
 Y como si el dolor más las uniera,
 Se abrazaban llorando con ternura;
 ¡Quién librará la turba prisionera!
 ¡Cuándo á sus campos volverá Israel!
 Y se quedaron luego anonadadas
 En el silencio triste del recuerdo,
 Fijas las melancólicas miradas
 Del sordo rio en el raudal veloz:
 Pero se levantaron de repente,
 De vértigo divino poseidas,
 É irguiendo al cielo la inspirada frente,
 Alzaron este canto de dolor:

II.

«Nos sentamos orillas de estos rios,
 «Y lloramos pensando en nuestro suelo
 «Y en ese verde campo, en ese cielo
 «Llenos del esplendor de Jehová:
 «Y hemos colgado nuestras dulces harpas
 «De los sauces que cubren la ribera,
 «Que la mano cautiva no pudiera
 «Sino sonos dolientes arrancar.
 «Cuando los que cautivas nos trajeron
 «Quisieron recrearse con sus sonos,
 «Diciéndonos: cantadnos las canciones
 «Que en un tiempo solíais entonar,
 «Respondimos: los cantos de la patria
 «Cómo cantar en extranjera orilla?
 «Y donde el sol de libertad no brilla,
 «Cómo cantar la dulce libertad?

«¿Cómo entonar cantares de ventura
 «En medio del dolor que nos abisma?
 «Olvídese mi diestra de sí misma,
 «Si me olvido de ti, Jerusalen:
 «Péguese al paladar mi lengua muda,
 «Si no hablo siempre de la patria amada,
 «Y si á su santa maternal morada
 «No anhelo siempre en mi dolor volver.
 «Desde que vine de Sion cautiva,
 «Su memoria es mi solo pensamiento,
 «Y á cada hora, en todas partes siento
 «De los recuerdos el crüel pesar:
 «Cuando cierra mis párpados el sueño,
 «Volver creo á los campos de mi infancia,
 «Y estar venciendo la postrer distancia
 «Que me separa de mi dulce hogar;
 «Y llegar creo y reposar al cabo
 «Cubierta por las ramas de una palma,
 «Á cuya sombra en otro tiempo el alma
 «Soñaba en un sereno porvenir:
 «¡Cuán venturosa soy! pero mi sueño
 «Pasa, y con él se aleja mi ventura;
 «De nuevo me hallo en servidumbre dura
 «Y soy, al despertar, mas infeliz.
 «Señor, Señor, que en extranjera tierra
 «No abra el destino mi sepulcro helado;
 «Que repose mi cuerpo ya cansado
 «En el bello país donde nací:
 «Allá donde los huesos de mis padres
 «Reposan ya, donde mi madre un dia
 «Con canciones de amor me adormecía,
 «Allá, gran Dios, allá quiero morir.»

III.

Y aquí cesó la voz de las cautivas
 Y el eco triste repitió su canto,
 Y sus megillas el amargo llanto
 De los recuerdos á regar volvió;

Mas un presentimiento misterioso
Se hizo oír en sus almas desoladas,
Y se vió relucir en sus miradas
De la esperanza el dulce resplandor.

1854.

Á UN VIAJERO.

Tu existir agitado y vagabundo
Recuerda nuestro frágil existir:
Todos somos viajeros en el mundo,
Todos andamos por llegar al fin.

Pero á veces retorna el marinero
Al dulce puerto que le vió pasar;
Mas ¡ay! el hombre, mísero viajero,
Á las playas que amó no volverá.

Nadie puede pararse en el camino,
Porque es preciso eternamente andar:
Nos obliga á seguir nuestro destino
El ciego impulso de una ley fatal.

Si algo encontramos que la vista encante
Y que halague y deleite el corazón,
Al querer detenernos — «¡Adelante!» —
Nos grita fiera irresistible voz.

Tambien en mi alma soñadora existe
Una sed misteriosa de viajar,
Y al mirarte partir, quedome triste:
Yo tambien te quisiera acompañar.

Quisiera visitar esas regiones
Donde las ruinas que ama el trovador
Se levantan pobladas de visiones
Que nos hablan del tiempo que pasó.

¡Ah! ¡quién contigo visitar pudiera
Aquella Roma que tan grande fué,
Y esa Grecia tan bella y hechicera,
Maestra de las artes y el saber!

¡Quién pudiera en tu nave voladora
Pasear de sus deseos la inquietud,
Del Occidente á la brillante Aurora
Y del helado Septentrion al Sur!

Mas ya movidas del propicio viento,
Se ven las blancas velas desplegar:
Este es, amigo, el último momento:
¡Adios! es fuerza separarnos ya.

Cuando interponga la distancia un velo
Que las costas te vede distinguir,
Y cuando solo mires mar y cielo,
Entonces ¡ay! acuérdate de mí:

De mí que quedo en este triste mundo,
Negro é inquieto y borrascoso mar,
Mar mas embravecido y mas profundo
Que el que tú te preparas á surcar.

1854.

LAS AVES DE LA TARDE.

¿Á dónde partis tan léjos,
Tristes aves de la tarde,
Que á los cansados reflejos
Del día que vá á espirar,
Atravesais en bandadas
El firmamento sombrío,
Y atrayendo mis miradas,
Me haceis de pena llorar?

¿Por qué en contemplaros hallo
Una dulzura secreta
Y agitan mi mente inquieta
Mil recuerdos en tropel?

¿Por qué de deseos vagos
El corazon siento lleno,
Y estremecido mi seno,
Gimo sin saber por qué?

Cuando se pierde en las nubes
Vuestro plañidero canto,
Siento un misterioso encanto
De placer y de dolor:
¿Por qué así vuestro gemido
Me entristece y me consuela?
¿Quién hace que así se duela
Y se alegre el corazón?

Decid, ¿qué secreto instinto
Os mantuvo siempre errantes,
Siempre inquietas y anhelantes
De otro más bello lugar?
¿Nada amais tal vez vosotras
Que detenga vuestro vuelo?
¿En el anchuroso suelo
No teneis patria ni hogar?

En mi alma también existe
Un instinto misterioso
Que me tiene siempre ansioso
De otro mundo, otra región:
Cual huracán prisionero,
Dentro del pecho se agita
Esta ansiedad infinita
Que me llena el corazón.

Cuando en occidente muere
El sol en su lecho de ondas,
Y nuestros oídos hieren
De la campana el clamor;
Cuando la noche se acerca
Con sus sombras silenciosas,
Y mil voces misteriosas
Forman un vago rumor;

Entonces yo me entristezco
Y gimo profundamente,
Y empiezan mi triste mente
Mil recuerdos á agitar,
Y mi alma intenta lanzarse
Hacia un bien desconocido
Cuyo instinto habrá nacido
En otro mundo quizá.

¡Ah! yo soy tan desgraciado
 Como el triste prisionero
 Que, á su alta torre asomado,
 Vé el suspirado país
 Donde nació, dibujarse
 En la vasta lejanía,
 Y mira el distante día
 En sus montañas morir.

Sin cesar, do quiera pienso
 En ese lugar dichoso
 Donde el ansiado reposo
 Encontrar al fin podré.

Este mundo no es mi patria:
 De esas nubes tras el velo
 Está; mi patria es el cielo:
 ¡Cuándo allá podré volver!

Peregrinas del espacio,
 Detenéos un momento:
 ¿No me oís? el raudó viento
 Muy léjos os arrastró.
 Si escuchásteis mis gemidos,
 Tristes aves plañideras,
 Sed vosotras mensajeras
 De mis votos al Señor.

1854.

RECUERDOS.

(FAGMENTO.)

Me acuerdo siempre: era una tarde triste
 El sol se hundía entre las olas ya:
 Y tú ya no te acuerdas? me dijiste
 Que nunca te podrías olvidar.

La brisa suspiraba tristemente
 Sobre las aguas del dormido mar,
 Y las sombras confusas de la tarde
 Sobre ellas se apiñaban más y más.

¡Cuánto amor se leía en tu semblante!
¡Cuánta tristeza en tu pupila azul!
Y no te acuerdas ya de aquella tarde!
Nunca creí que la olvidarás tú.

Díme, tu pecho, tan ardiente un día,
Tanto la vida con su soplo heló,
Que no escuchas jamás en tus ensueños
De lo pasado la doliente voz?

Al espirar el sol en occidente,
Mientras las nubes siguen en tropel
Su lúgubre carrera por el cielo,
No te entristeces, como yo, mujer?

No piensas ver en la espirante hoguera
La imagen moribunda de tu amor?
No recuerdas que así también moría
Entre las nubes esa tarde el sol?

No piensas ver las sombras de otros tiempos
Riendo tristes acercarse á ti?
No escuchas sordas y dolientes músicas
Vagar por los espacios y morir?

Se agotaron tus lágrimas acaso,
De nada te entristeces, y jamás
Piensas en lo pasado? Ah! quién pudiera!
Ah! quién pudiera, como tú, olvidar!

No te amo ya; mas la profunda herida
Que me hizo tu amor siempre está aquí;
Y aunque quiero olvidarte, noche y día
Miro dónde quier tu aparición gentil.

Ah! cuando pienso que de aquellas horas
Ni una tan solo volverá jamás,
Que ya no habré de verte enamorada
Mirarme largamente y suspirar;

Entonces siento inmensas amarguras
Y mi alma se estremece de dolor,
Y en el desierto porvenir no encuentra
Ni un consuelo mi triste corazón!

Te amo como eras en aquellos días,
Dulce, tierna, purísima, ideal,
Ángel hermoso que bajó del cielo
Para venir mi vida á consolar!

Es tu imájen en mí bello retrato
 Que, aunque el modelo envejecer se ve,
 Siempre lozano y juvenil se muestra,
 Que eterna juventud le dió el pincel.

Y ahora te aborrezco: con sus brazos
 Ciñeron tu beldad amantes mil;
 Aún es bello tu rostro, mas el alma
 Y el alma fué lo que yo amaba en ti.....

.....
 No, ya no más: acuérdate del cielo
 Y á él levanta tus alas, corazon:
 Solo allá, solo allá podrá apagarse
 La sed que sientes de infinito amor.

1854.

LA CAUTIVA.

«En vano á mis plantas veo
 Desparramado un tesoro,
 En vano de piedras y oro
 Resplandece mi prision:
 El recuerdo de otros tiempos
 Entristece el alma mia,
 Y tenaz melancolia
 Me consume el corazon.

Aves que cruzais el cielo
 Al oscurecerse el dia,
 Y que en anheloso vuelo
 Á otras regiones partís,
 Descended á la ribera
 Desde las etereas salas,
 Y llevadme en vuestras alas
 Al lugar donde nací.

Y vosotras, oh viajeras
 Rápidas olas sonantes,
 Que á ignotas playas distantes
 Miro partir sin cesar,

Reventad en la ribera
De los lugares amados
Donde mi madre me espera,
Presas de inmenso pesar.

Decidle que siempre lloro
Tan larga prolija ausencia,
Y que al cielo siempre imploro
Que me devuelva á su amor ;
Contadle que con vosotras
Se mezcló mi triste llanto,
Y decidle mi quebranto
Y mi infinito dolor.

Cuando salí de mi patria,
Solo diez años tenia :
¡Oh triste y amargo dia
De eterna recordacion!
Los piratas me arrancaron
De los brazos de mi madre,
Y mataron á mi padre
Que me defendió cual leon.

Recuerdo que, cuando el buque
De la orilla se alejaba,
Á mi madre oí que enviaba
Su despedida postrer :
Corrí á la popa, y entónces
La ví ondëar su pañuelo,
Y luego mirar el cielo,
Y desmayarse, y caer.

¡Cuán en vano pelí entónces
Que hicieran parar la nave,
Y por los aires, cual ave,
Hasta mi madre volar !
Mirando estuve la costa
Con ojos húmedos, hasta
Que no ví sino la vasta
Circunferencia del mar.

Á un príncipe de estas tierras
Por los piratas vendida,
Doliente paso mi vida
Llorando el tiempo que fué :

¡ Ah! quién pudiera gozarte
Otra vez, tiempo dichoso!
¡ Quién tus montes, pueblo hermoso,
Tregar con ligero pié!

¡ Quién pudiera allá en la tarde,
De la solitaria estrella
Reflejada la luz bella
En tu puro lago ver!
Y cruzando la pradera,
Cuando la noche llegara,
Madre mia, ¡ quién pudiera
Á tu regazo volver!

En lágrimas me deshacen
Mis dulces memorias tristes:
Tiempo feliz, ya no existes
Y no volverás jamás:
Al ménos, aunque pasado,
Nunca pierdas tus encantos,
Nunca tus recuerdos santos
Me permitas olvidar.

Un dulce presentimiento
Que nunca en el alma muere
Me dice que espere, espere
Volver á mi patria al fin:
Pise yo la tierra amada,
Bese el rostro de mi madre
Y el sepulcro de mi padre,
Y podré despues morir.

Como un ángel, acompáñame
Oh esperanza, miétras viva:»
Y de la triste cautiva
Aquí el acento espiró;
Á una roca su cabeza
Apoyó en su mano fria,
Y la inmensa mar sombría
Contemplando se quedó.

1854.

Á MI PADRE.

Si justo elogio sincero
Escucho en ajeno labio,
Que alaba en ti al caballero,
Al padre, al esposo, al sabio,
Al amigo y al guerrero;

Con justa causa me aflijo,
Viendo que á extraños la suerte
Dió la dicha y regocijo
De tratarte y conocerte,
Y no á mí que soy tu hijo.

No, no hay desdicha ninguna
Como que la Parca aleve
Del tierno padre desuna
Á niño que aún duerme en cuna
Y humano alimento bebe.

Dígalo yo, pues aún no
Hube el mes cuarto cumplido,
Cuando mi padre murió:
Todos le habeis conocido,
Oh hermanos, escepto yo!

Al dolor que el pecho siente
Creces el recuerdo da
De que, al nacer tu Clemente,
Estabas en viaje ausente
De que no volviste ya.

Y así jamás tierno beso
En mi faz, oh padre, fué
Por tu amante labio impreso,
Ni en ser nunca me alegré
De tus brazos dulce peso.

Y agonizaste, lejano
De tus hijos y tu esposa;
Ni cerrarte amiga mano
Los ojos, pudo amorosa,
Que nos buscaban en vano.

Moriste entre estraña gente,
 Á tu muerte indiferente:
 ¡Ah! ¡cuánto mas te valiera
 Lidiando en batalla fiera,
 Sucumbir gloriosamente!

Si para consuelo nuestro
 Existieras todavía,
 Fuérasme en la vida diestro,
 Amoroso, esperto guía,
 Y dulcísimo maestro.

¿Qué reprension blanda y pia
 No me sonara en tu labio?
 Justo esceso, demasía
 Del mismo amor, que no agravio,
 Tu castigo me seria.

¡Con qué atencion y placer
 Las inmortales hazañas
 Con que el antiguo poder
 Y yugo de las Españas
 Pudo América romper,

Fuérame dado escucharte!
 Hazañas de que testigo
 Mereciste ser y parte
 (Con noble orgullo lo digo)
 Por el denuedo y el arte.

Mas ¡ay de mí! que, en lugar
 De tan feliz y süave
 Vida que pude gozar,
 Odiada orfándad me cabe:
 ¡Desdicha inmensa y sin par!

Que hizo mas estraña y fuerte
 El que entónces no pudiera
 Llorar, oh padre, tu muerte,
 Que ni ese alivio siquiera
 Quiso dejarme la suerte.

Pues tan tierno simple infante
 Preciar ni entender podia
 Desventura semejante;
 Y ¡acaso entónces reía
 Mi ledo infantil semblante!

¡Ah! por qué la muerte en mí
 No se cebó, y el desierto
 De la vida huyendo así,
 ¡Ah! por qué no te seguí,
 Apenas nacido, muerto!
 Á mi inmenso justo duelo
 Por desgracia tan impía,
 Sirve solo de consuelo
 Pensar, oh padre, que un día
 Te conoceré en el cielo.

1855.

LA ORACION.

Ya suena de la santa Ave María
 La solemne campana, que el ocaso
 Llorar parece del lejano día:
 Como de encanto súbito por caso,
 Sucede hondo silencio de repente
 Al urbano bullicio; el presto paso
 Detiene al son la pasajera gente,
 Que con rápida mano la cabeza
 Á los cielos descubre reverente;
 Y la salutacion gloriosa reza
 Con que el arcángel anunció á María
 Que, sin perder su virginal pureza,
 En sus entrañas Dios encarnaria;
 Y Lima toda, de silencio llena,
 En santo pensamiento se une pia.
 Mas rápida cambiar se vé la escena,
 Cuando cesan las santas campanadas;
 Y ya de nuevo donde quiera suena
 El rumor de coloquios y pisadas.

1855.

Á ESPAÑA.

Un día, España, en tu anchuroso imperio,
 Moviendo el sol el refulgente paso,
 Jamás hallaba tenebroso ocaso
 Al ir de un hemisferio á otro hemisferio;
 Cual ya al romano, así al valor iberio
 El ámbito del orbe vino escaso:
 Mas á tu antigua magestad, acaso
 Iguala tu presente vituperio.
 De tal altura á sima tan profunda
 Te hizo caer del hado la inconstancia,
 Que Roma el mundo te llamó segunda:
 Dad escarmientos á Inglaterra y Francia,
 Y teman que en abismo igual las hunda
 Su proterva ambición y su arrogancia.

1855.

DESEO.

Pláceme contemplar desde la playa
 El infinito mar que me convida
 Á que del patrio suelo me despida
 Y á otras riberas venturosas vaya.
 Del lejano horizonte tras la raya,
 Al umbral de otro mundo parecida,
 Tal vez mas dulce placentera vida
 Y mas felices moradores haya.
 Oh naves que á la aurora, al occidente,
 Al sur partís y al setentrion, ¡quién fuera
 Con vosotras! Mas ¡ay! que solamente
 Me es dado vuestra rápida carrera
 Seguir con la mirada y con la mente:
 ¡Y la dicha tal vez allá me espera!

1855.

Á UN NIÑO.

En el puro azul de cielo
De esos ojos que en mí fijas,
En las doradas sortijas
De tu finísimo pelo,
Y de tu corporeo velo
En las otras ricas galas,
Hermoso niño, te igualas
Con los ángeles de modo,
Que para serlo del todo
Solo te faltan las alas.

¡Cuán dulce descanso son
De mis pensamientos graves
Tus palabras que aún no sabes
Decir con entero son;
Tu infantil conversacion,
Tu preguntar inocente,
Tu labio que nunca miente,
Y la consonante fe
Que á cuanto dicho te fué
Concede fácil tu mente!

Goza, goza, rubio infante,
De tu ventura presente:
Ríe, corre, juega, aumente
Tus contentos cada instante;
Nunca de noche te espante
Medroso duende, y tus sueños
De ángeles cual tú pequeños
Te ofrezcan la grata imájen,
Que á jugar contigo bajen
Cariñosos y risueños!

Pero ¿por qué de repente,
Y cuando más me recrea
Tu vista, importuna idea
Viene á entristecer mi mente?
Como tú, feliz, riénte,

Era yo en aquellos años
 Al mal y al dolor extraños;
 Mas sueño los juzga ahora
 Mi alma que sin cuento llora
 Dolores y desengaños.

¿Con qué te habrán de aflijir
 Los que á mí me aflijen hoy?
 Temblando, al pensarlo, estoy,
 Niño, por tu porvenir.
 Y ¿habrá de ser tu vivir
 Como mi vivir? Ah! no!
 Y, si ya Dios decretó
 Dias negarte serenos,
 ¡Nunca te veas al ménos
 Tan infeliz como yo!

1855.

Á LA QUINA.

Febrífuga corteza, de la humana
 Enferma gente celestial tesoro,
 Por el que más que por su plata y oro
 El mundo debe á la region peruana:
 ¡Cuántas gracias te rinde el alma ufana!
 Por ti se enjuga mi encendido lloro;
 Tú vuelves la salud á la que adoro,
 Y á su semblante la nativa grana.
 Por ti de nuevo blancos velos viste,
 Y sus divinas perfecciones muestra
 Á Lima, con su ausencia sola y triste;
 Por ti en el baile alegre con su diestra
 Mi diestra junto, y venturoso enlace
 Su talle estrecho con mi amante brazo.

1855.

AL PERÚ.

No tanto el rico abono te insolente
 Que hoy tan famosa te hace cual ya el oro,
 Que no es eterno, oh patria, tal tesoro
 Y su fin aceleras imprudente.

De haberlo poseído vanamente
 Te ha de quedar entónces el desdoro,
 Y la miseria y el inútil lloro
 Del que en hora tardía se arrepiente.

Que, aunque mil fuentes de riqueza tienes,
 Todas por ésta tu confianza olvida,
 Con que justo será que luego penes:

Teme que cuenta el Creador te pida
 De tantos raros malogrados bienes
 De que indigna la tierra te apellida.

Á ROSSINI

DESPUES DE HABER OIDO POR PRIMERA VEZ
 LA PLEGARIA DEL « MOISÉS. »

Aun me parece que en el cielo santo
 Con desusada gloria
 En medio de los ángeles estuve,
 Á donde de tu canto
 La constante memoria
 De nuevo el alma estremecida sube:
 Mas dí, Rossini, díme
 Si propicio querube,
 Celeste amigo que tu canto inspira,
 En noche solitaria
 Te enseñó el mas ardiente y mas sublime
 Himno que sabe su divina lira,

En esa pura celestial plegaria;
 O si tú mismo al cielo suspendido,
 Al angélico coro
 La escuchaste cantar en harpas de oro,
 Con ella absorto el soberano oído?
 Por esa hora dichosa,
 Por el celeste olvido
 Del mundo, de mí mismo, de mis males;
 Por el alto placer que mi alma endiosa,
 Á tu valor divino desiguales,
 Estos versos te envío agradecido,
 ¡Oh delicia y amor de los mortales!

1855.

ROSSINI Y MOZART.

Á UNO QUE ME PREGUNTÓ CUAL DE ESTOS
 DOS MUSICOS ME PARECIA MAYOR.

Entre Rossini y Mozar
 Sentencie ótro la porfia
 Por el primero lugar,
 No quien, cual yo, se extasía,
 En uno y otro á la par.
 Cada cual es el primero;
 Y, sin sentenciar jamás,
 Siempre el que escucho postrero
 Es el que me gusta más,
 Y aquel que entónces prefiero.
 Si dignos entrambos son
 De que la dulce Cecilia
 Cante su música en Sion,
 Con la angélica familia,
 De aquellas harpas al son;
 Si el uno escribió «Don Juan»
 Y «Moisés» el otro, ¿vano
 No es inquirir con afan,
 Si merece el italiano
 La palma, ó el aleman?

¿Quién entre una y otra estrella
 De Géminis luminoso
 Dirá cuál es la mas bella,
 Si en claro fulgor hermoso
 Gemela es ésta de aquélla?
 Y así, sin dar el laurel
 Á ninguno de los dos,
 Baste decir que con fiel
 Igualdad no creó Dios
 Mas rival de éste que aquél.

1855.

MIS SUEÑOS.

Cuando abrumado me siento
 Con los males de la vida,
 Y mi dolor la medida
 Escede del sufrimiento;
 Tú, dulce sueño profundo,
 Ser mi único alivio sueles,
 Pues traspaso los dinteles
 Contigo de aqueste mundo.
 ¡Cuán dichoso soy, si duermo!
 ¡Cuán diverso el paraiso
 Que en mis dulces sueños piso
 De este tristísimo yermo!
 Y sus altos moradores,
 ¡Cuán to mas bellos y buenos
 Y afables que los terrenos,
 Y en mente y saber mayores!
 Luz que vista y alma alegre
 Brilla allí tan pura y clara,
 Que con ella semejara
 Triste nuestra luz y negra.
 Donde quiera sin cesar
 Blanda música se siente,
 Que envuelve, cual nuevo ambiente,
 Aquel sagrado lugar!

Flores mil veces mas bellas
 Que las de nuestros jardines,
 Lirios de luz y jazmines
 Que vencen á las estrellas
 Cria ese eterno pensil,
 Y libres corren por él
 De dulce fragante miel
 Y néctar arroyos mil.

Si os sucede vez alguna
 Hallarme al sueño rendido,
 No me despertéis, os pido,
 Porque el vivir me importuna.

Y me acomete un pesar
 Tan hondo, cuando despierto,
 Que quisiera haberme muerto
 Para nunca despertar;

Y por templar mi afliccion,
 En convencerme me empeño
 De que es la verdad el sueño
 Y la vida la ilusion.

1855.

Á FLÉRIDA.

¿Qué has hecho, ingrata Flérída, qué has hecho?
 ¡Así á tu amante dejas, y á un anciano
 Por un vil interes vendes tu mano
 Á que solo el amor tiene derecho!

¡Ay! ¡qué vida te aguarda! en mesa, en lecho,
 Do quier al lado de ese espectro humano,
 Tu dulce amante extrañarás en vano,
 Que no se vende con la mano el pecho.

No marmóreo palacio, áurea carroza,
 Claros diamantes, ni rëal boato
 La pena aliviarán que te destroza:

Mas que tal vida, y el continuo trato
 De tu odiado consorte, en pobre choza
 Con tu amante vivir te fuera grato.

Á COLON.

Descubridor de un mundo y adivino,
 ¡Quién añade á mi lira cuerdas nuevas!
 ¡Quién da á mis manos el laúd divino
 Del lírico de Tébas,
 O de aquel por quien osa
 La palma á Tébas disputar Venosa!
 ¡Lograra entónces con ingenio y arte
 Dignos de tu grandeza celebrarte!
 Que á igualarla tan solo alcanzaría
 De aquellos dos el portentoso metro
 Á quien corona y cetro
 Dió del lírico canto Poesía. —
 Mas, aunque remontarse no presumen
 De tu grandeza hasta el remoto cielo
 Las cortas alas de mi infante númen,
 En entusiasmo tanto
 Tu rara celsitud mi pecho inflama,
 Que me fuerza á juntar mi humilde canto
 Con el sonoro aplauso de tu fama.

Yo, que hijo soy del mundo descubierto
 Por tu divino acierto,
 Que sin ti de los mares de la nada
 Jamas saliera de la vida al puerto,
 Mi agradecida voz es bien que añada
 Á tan glorioso universal concierto:
 Y aunque con verso inculto
 Indignamente tu alabanza trate,
 Es cantarte, oh Colon, forzoso culto,
 Sacro deber de americano vate.

Mi amor mi audacia escusa,
 No la ofrenda desdeñes de mi musa;
 Que acaso fuerzas y vigor un dia
 Y en el difícil arte la destreza
 Ayuntando á su ingénita osadía,
 Podrá mi númen, que á volar empieza,
 Ménos indigno canto dedicarte;
 Y dilatar así por toda parte,

Tu nombre no, que el universo llena,
Sino el de tu cantor, hoy en olvido
Y odiosa y vil oscuridad sumido.

Pero nunca será el ingenio mio
El que, igualando tan sublime tema,
Entre los hijos de Caliope y Clio
Logre la palma merecer suprema,
Á más dichoso vate reservada
Que á ti consagre el épico poema
Que ha de vencer á la divina Iliada.

—
¿Cuál, entre los varones inmortales
Que, de virtud y de grandeza ejemplo,
Celebran de la tierra los anales;
Cuál hay que en sí reuna
Tantas glorias y tales
Cuantas en ti resplandecer contemplo,
Oh solo á quien no falta gloria alguna?
Que en ti, de su obra el Creador contento,
Juntó adivinador entendimiento,
Constancia vencedora de fortuna,
Valor de que se espanta el Valor mismo
Y que halla en el peligro su elemento;
Irresistible mágica elocuencia,
Fé de santo y piedad, de rey clemencia.....
Mas ¿dónde así me abismo?
Ni ¿quién sintió jamas vanos antojos
De contarle á la mar toda su arena,
O sus hermosos rutilantes ojos
Á la noche de estío mas serena?

Tantos semblantes tu grandeza muestra,
Lograr pudiste tan diversas palmas,
Cual si te diera la divina diestra
En muchas vidas diferentes almas:
Y si en mil y mil héroes te divides,
Cada cual de ellos basta
Á ser de los mayores
Que cantan de la fama los loores.
¿Qué Teseo ante ti? ¿Qué ante ti Alcides?
¿O el que, en busca del áureo vellocino,

Por peligrosos campos de Neptuno,
 Nunca surcados ántes de otro alguno,
 Mas avaro que audaz se abrió camino?
 ¿Qué en fin cuantos endiosa
 Remota antigüedad y mentirosa
 En pródigas ficciones lisonjeras?
 Exceden sus fantásticas hazañas
 Las tuyas verdaderas:
 Que en héroe ideal ó semidios finjido
 La fábula ingeniosa en vano aspira
 Á ofrecer tu trasunto y tu figura
 Y á igualar tu verdad con su mentira.

Entre las grandes famas de la historia
 Resplandece tu gloria,
 Bien así cual descuella,
 Entre las cinco en que se parte el mundo,
 La region portentosa
 Que arrancaste al océano profundo.

Á la capacidad venia estrecho
 De tu gigante pecho
 El mundo conocido hasta tus dias;
 Otro mundo mayor necesitabas,
 Y así tal vez en tu anhelar decías:
 «¿Será que del planeta,
 De los humanos natural morada,
 La contraria mitad entera invada
 El horrendo oceano inhabitable?
 No: mi ambicioso corazon desdeña
 En tierra aprisionarse tan pequeña:
 Inmenso solitario continente
 Guarda la mar de Atlante prisionero;
 Y al que los ojos miran de mi mente
 De cerca osado contemplar espero:
 De la suerte la envidia no lo estorbe,
 Y seré yo el primero
 Que dé la vuelta, como el sol, al orbe:
 Yo salvaré las lindes y señales
 Que de oceano incógnito el misterio
 Y horror de los mortales

Hoy ponen á la tierra apequeñada,
 Y antípoda hemisferio
 Sumido dejan en segunda nada.»

Tu patria preferida,
 Venecia rica y en el mar potente,
 Y el lusitano y el francés monarcas
 Desdeñaron tu espléndido presente
 Y el valioso laurel de cien comarcas:
 Cual suele, el mundo te llamó demente;
 Y los que el mundo sabios denomina
 Con su ciencia mezquina
 Medir quisieron tu gigante númen
 Y mente creadora

Que, sola, sabe lo que el mundo ignora.
 ¡Y á punto estuvo la envidiosa huesa
 De hundir contigo tu divina empresa!
 Y por siglos sin cuento
 Se dilatara el gran descubrimiento
 Que concebir y ejecutar podía
 Tu ingenio solo y sola tu osadía!

Mas no cedes, y al cabo á la dichosa
 Presencia de magnánima princesa,
 Que levantarse á comprenderte pudo,
 Te guió la amistad; fé generosa
 Concede á tu promesa;
 Y uniendo en fuerte nudo
 Su gloria con la tuya,
 Nunca será que el tiempo la destruya.

—
 Y á romper de los mares las cadenas
 Y descubrir su pavoroso arcano
 De playas españolas al fin sales:
 ¡Cuán heroicas escenas
 Mirar pudo el atónito oceáno,
 Que no tuvieron en la tierra iguales!

La chusma, en vano del terror esclava,
 Con tempestuosos gritos te intimaba
 Que la sonante quilla
 Rauda volvieras á la patria orilla:
 ¿Rayos brotaba tu semblante augusto?

¿Hablabas un dios por tu inspirada boca,
 Que así la saña y el valiente susto
 Domar pudiste de esa turba loca?
 ¿Dejaba acaso los felices cielos
 Alado mensajero de Dios pio,
 Para traerte fuerzas y consuelos?
 Al mirar siempre en torno cielo y onda,
 Y eterno centro tu veloz navío
 Ser de la mar redonda,
 Temor no te asaltaba
 Que nunca, nunca, de acabar hubiera,
 O allá tan solo donde el orbe acaba,
 Aquel trémulo llano y tu carrera?
 ¡Y solo á ti no consiguió vencerte
 El ciego horror que á tantas
 Almas amedrentaba, aunque españolas,
 Y por do apénas, de pavor confusa,
 Osa seguirte la valiente Musa!
 Viendo que tan seguro te adelantas
 Por medio á aquellas misteriosas olas,
 ¿Quién no dirá pasmado
 Que privilegio celestial consiente
 Á tus miradas solas
 América remota estar patente?
 ¿O que no es ya para tus plantas nueva,
 Y que á su rica playa
 No es hoy cuando te lleva
 Por vez primera tu impaciente nave
 Que la ancha senda que surcó ya sabe
 Y va segura adonde el sol desmaya?
 ¿Mas no temas que sea
 Hija de engaño tu atrevida idea?
 ¿Ni un instante la duda
 La fe combate que tu pecho escuda?
 Piensa en el justo escarnio que te espera
 En la hispana ribera,
 Si no es tu extraño pensamiento cierto;
 Dado que al fin á puerto
 De la distante tierra
 Tu nave frágil á llegar acierte,

Y huyas la horrenda misteriosa muerte
 Que en los abismos de la mar se encierra...
 Mas mis voces desoyes, y adelante
 Tu leve carabela,
 Que á tu impaciencia perezosa vuela,
 Dirijes impertérrito y constante.
 Sí, firme sigue, sin reposo avanza,
 No llorarás perdida tu esperanza:
 Constancia tan tenaz, fé tan ardiente
 Dignas se ostentan de que Dios por ellas
 Mundos al mundo, liberal, aumente
 Y al firmamento estrellas;
 Y si el mundo que llevas en la mente
 No existiese en la tierra todavía,
 La diestra omnipotente
 Tan solo para ti lo crearía.

Y llega, y llega la anhelada hora,
 Y á tu absorta mirada
 Se presenta la tierra adivinada,
 Al rico albor de tropical aurora;
 Verde, férax, magnífica, opulenta,
 No ajada su beldad por los humanos,
 Á tus ojos ostenta
 El virginal semblante
 Con que salió de las divinas manos.

Como Dios en el día del reposo,
 Al contemplar el universo infante,
 Se recreaba en el secreto seno
 De su inmensa grandeza creadora:
 Tal de un placer que el pensamiento ignora
 El pecho sientes rebosarte lleno,
 Al contemplar el mundo
 Del cual tú fuiste creador segundo.

Gózate, sí, descubridor sublime,
 Que has acabado la mayor hazaña
 Que vió la edad pasada ó ver espera
 La edad advenidera:
 El mundo que hoy arranca al océano
 Tu osado númen, tu constancia extraña

Es de todos los mundos soberano :
 Sus montañas, del cielo cual pilares,
 De oro se encumbran y de plata llenas,
 Y de sus rios, que semejan mares,
 Son oro las arenas ;
 Son Edenes sus vastas praderias
 Y son sus noches dias :
 Cuan bello rico y cuanto rico vasto,
 Tres mundos á la par contrapesando,
 Del orbe la mitad ocupa solo ;
 Su talle en derredor la zona ardiente
 Ciñe, cual ancho cinturón de fuego,
 Y es un polo corona de su frente
 Y estrado de su planta el otro polo.

Vuele á henchir de profunda maravilla
 La vieja Europa tu triunfal regreso ;
 Hinche de orgullo la feliz Castilla
 Que tu promesa, para el vulgo insana,
 Cumplida palpe con inmenso exeso,
 Y se engria, de un mundo soberana :
 Y arrebatada entónces,
 En celebrar tan único suceso
 Canse la Fama sus sonantes bronces :
 La Fama que por ti dilatar pudo
 En ámbito mayor tu excelso nombre,
 Sin que á tu nombre baste
 Digno de más, el mundo que doblaste.
 Y cual de hado enemigo los rigores
 Probaron tu invencible sufrimiento,
 En medio de la dicha y los honores
 Muestra darás de tu templanza heróica ;
 Que de la suerte al inconstante viento
 Las grandes almas, de la tuya hermanas,
 No obedecen livianas,
 De escollo empinadísimo al estilo
 Que el piélago, ya manso, ya furente,
 Encuentra siempre inmóvil y tranquilo
 Y á sus mudanzas mil indiferente.

Y te está bien esa igualdad del alma,
 Que tardan poco los veloces años
 En darte sus usados desengaños,
 Y en olvidar los hombres tus inmensas
 Portentosas hazañas
 Que jamas igualáran recompensas:
 Malvados, viles, envidiosos pechos,
 Hombres no, pero mónstruos infernales,
 Atan con férreos lazos
 Tu débil planta y tus ancianos brazos!
 ¡Y no ya en triunfo, cual la vez primera,
 Que eterno para ti durar debiera,
 Mas aherrojado como vil pirata
 O malhechor insano,
 Llegar te mira la nacion ingrata
 Á quien un mundo regaló tu mano!
 ¡Cuál tu vivir entónces lastimero!
 ¡Cuán cruda y largamente la Amargura
 Apurar te hace su colmada copa
 Hasta que el mudo acero
 Corta de Atrópos tu vital estambre!
 Y ¡oh vergüenza de Europa!
 ¡Oh del siglo baldon no encarecido!
 ¡Á las congojas de miseria y hambre
 Gimió tu santa ancianidad sujeta!
 ¡Y el mas rico varon que el tiempo vido,
 De quien era el caudal medio planeta,
 Murió como el postrero desvalido!

Sí, que en el mundo que habitar nos cabe
 Es la desdicha fiera
 Calidad de grandeza verdadera.
 Nada turbe tu paz, oh Dios humano;
 Que, si tu mortal vida
 Fué por tantas desgracias aflijida,
 No habrá edad que la gloria no acreciente
 De aquel que pudo completar la tierra,
 Hallando el misterioso continente
 Que el porvenir del universo encierra.

1856.

Á LIMA.

¡Cuánto tus días serenos,
Dulce Lima, echo de ménos!
¡Cuánto extraño
De tu clima la blandura,
Tu primavera que dura
Todo el año!

En esta region do eterno
Durar anuncia el invierno,
Donde va
Uno de otro dia en pos,
Ni asoma el astro que dios
Te fué ya;

Y envuelto en oscuro manto,
Derrama el cielo su llanto
Sin cesar,
Y del frio el rigor ciego
Me encadena junto al fuego
Del hogar;

Y en el silencio y la calma
De mi estancia siento el alma
Siempre triste,
Que de la naturaleza
La contagiosa tristeza
Me la viste.

Jamas la lluvia iracunda
En sus piélagos te inunda
Resonantes;
Solo la Noche ó la Aurora
Líquidas perlas te llora
Y diamantes.

Nunca brilló á tu mirada
Del relámpago la espada,
Ni á tu oido,
De blandas músicas lleno,
Sonó del hórrido trueno
El rujido.

Muy mas claras que los dias
 De estas rejiones sombrías
 Son tus tardes:
 Tiempo en que vuelva de Lima
 Al templado élíseo clima,
 Ven, no tardes.

1856.

A MI HERMANA GRIMANESA,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJA EUFEMIA,
 NIÑA DE TRES AÑOS.

No desesperada llores
 Así de tu hija la muerte,
 Ni maldigas de la suerte
 Los aparentes rigores;
 Que, siempre que deja un niño
 La dura rejion del suelo,
 Es porque le lleva al cielo
 De Dios piadoso el cariño.
 Y en vez de la veste negra,
 Indicio del alma triste,
 De blancas galas te viste,
 Y en santas fiestas te alegra.
 Pues, por merced especial,
 Ha sido admitida Eufemia
 Á la gloria en que Dios premia
 Á los que evitan el mal:
 Á cuantos aquí en la tierra,
 Con heróicos corazones,
 Vencieron de las pasiones
 La dura constante guerra.
 El hondo dolor pués calma,
 Y no pongas en olvido
 Que, sin haber combatido,
 Tu hija ha logrado la palma.

Véla en Sion soberana
Lograr feliz acogida,
Por ángeles recibida
Como una esperada hermana.

Allí suplica al Señor,
Pues ni en el cielo te olvida,
Que de la madre aflijida
Temple el agudo dolor.

¡Ah! ¡quién tu felicidad
Gozando, Eufemia, estuviera!
¡Por qué no morí, cuando era
Niño de tu misma edad!

Que no aguardan la enemiga
Tristeza y los desengaños
Al número de los años:
Mi triste pecho lo diga.

Pues desde mi hora primera
Diez jiros y diez tan solo
En torno al dorado Apolo
Cumplió la terrestre esfera,

Y tan breve vida ya
Es á mis desdichas larga;
Como á quien pesada carga
En hombros llevando va;

Que, como llegar ansía,
Por verse libre del peso,
Larga y penosa en exceso
Se le hace la corta via.

1856.

Á LA TARDE.

Yo te saludo, dulce encantadora
Indefinible hora,
Donde se unen y mezclan noche y dia!
Hora de suave calma
Y de vaga inefable poesía!

¡Oh romántica vírgen soñadora:
 Á tu triste beldad ceda la palma
 La rozagante Aurora:
 Que su faz leda y su mirada viva
 Méno al tierno corazon agrada
 Que tu faz pensativa
 Y dulce melancólica mirada.
 ¡Qué bella eres, qué bella,
 Ostentando en la frente
 Como un diamante, la amorosa estrella,
 Miéntras el sol que brilla
 Con moribunda luz en occidente
 Arrebola tu pálida mejilla!
 ¡Qué bella, cuando á veces sol y luna
 En ti el sereno firmamento aduna,
 Cual de un palacio la mansion gloriosa
 Junta á un monarca y á su exelsa esposa!
 ¡Cuánto me plugo siempre en tu reposo,
 De la ciudad huyendo
 La confusion y estruendo,
 Irme poetizando silencioso
 Á los campos mas tristes y desiertos,
 Do solo llega el son de la lejana
 Plañidera campana
 Que habla de los ausentes y los muertos!
 Y léjos de los hombres y del vano
 Conversar ciudadano,
 Las mas altas verdades,
 Moradoras de augustas soledades,
 Allí, vate filósofo, medito,
 Y el destino del hombre y lo infinito,
 Y en silencio converso
 Con el alma que llena el universo!

1856.

EL DESGRACIADO.

«Solo me miro en la tierra;
Cual con tenaz enemigo,
Están las cosas en guerra,
Desde que nací, conmigo;
Y un espíritu á mí adverso
Reside en el universo.

«No consiente el mar turbado
Que á surcarle yo me atreva,
Y la tierra mal su grado
En sus espaldas me lleva,
Y me tienen odio ciego
Aire, tierra, mar y fuego.

«Mujer ninguna me ama,
Ni me es ningun hombre amigo,
Y es emblema de la llama
Á que da mi pecho abrigo,
Volcan que arde triste y solo
Entre las nieves del polo.

«Cual vasta ciudad desierta
O en el sueño sumerjida,
Donde el paso no despierta
Señal ninguna de vida,
Se me ofrece el mundo, donde
Nadie á mi clamor responde.

«Y en vano me agito y ando
Peregrino por la tierra,
Los portentos visitando
Que la vieja Europa encierra,
Y que allá en la patria mia
Por mirar me desvivía.

«Cuando me mezclo en la calle
Con la multitud festiva,
«Será, me digo, que no halle
Tal vez uno, miéntras viva,
Uno entre tantos millares,
Que comprenda mis pesares?»

«No pude en ninguna parte
 Del ancho poblado mundo,
 Oh mitad de mi alma, hallarte,
 Hallarte, oh mi yo segundo;
 Y de hallarte ¡oh dolor fiero!
 En la tierra desespero.

«Cual si me hubiera hecho reo
 De algun tremendo delito
 Antes de nacer, me veo
 Por cielo y hado maldito,
 Y de herirme no se sacia
 Con sus flechas la Desgracia.

«Si en este colmado abismo
 De desventuras, siquiera
 En paz yo conmigo mismo
 Interiormente estuviera!
 Pero de mí propio siento
 Un profundo descontento.

«No, no posee el infierno
 Mas espantoso suplicio
 Que este descontento eterno!
 Quisiera perder el juicio
 Y beber de mi amargura
 El olvido en la locura.

«Cuando esta máquina enferma
 En polvo se haya deshecho,
 Y mi último sueño duerma
 En hondo y oscuro lecho,
 Nadie á llorar irá junto
 Á la losa del difunto.

«Ni plantará pia mano
 Cipres que mi tumba asombre,
 Ni pasajero en humano
 Labio sonará mi nombre,
 Ni se hará jamas presente
 Mi recuerdo á humana mente.

«Y en su ancho seno profundo
 Me esconderá tanto olvido,
 Como si yo en este mundo
 No hubiera nunca existido;

Y no resarcirá nada
 Vida tan desventurada.»
 Así una noche sin luna,
 En mudo ancho despoblado,
 Del rigor de su fortuna
 Se quejaba un desdichado,
 Haciendo á sus quejas duo
 El triste canto del buho.

1856.

 QUERELLAS.

Aun estoy en la aurora de mi día
 Y de mi año en la dulce primavera;
 Mas la luz no veré del mediodía
 Ni á mi verano llegaré siquiera.
 ¡Un siglo viven otros, y yo muero,
 Cual flor nacida apénas y marchita!
 Y á otras vidas añade el hado fiero
 Tal vez los años que á mi vida quita!
 Flor que se abre á la risa de la aurora
 Prolongar á lo ménos debería
 Su frágil existencia voladora
 La corta edad de un fujitivo día.
 Mas ¡ay! tal vez la cortadora reja
 O mordedura de reptil aleve
 Cumplir siquiera á la infeliz no deja
 Ni el curso entero de vivir tan breve.
 Pedí á Europa el alivio para el grave
 Oculto mal que lento me devora:
 Ay! que remedio para mí no sabe
 Su ciencia, para tantos salvadora.
 ¡Oh amores y placeres de la vida!
 Otro os goze y apure largamente,
 Que al borde yo de vuestra copa henchida
 Apenas puse el de mi labio ardiente.

¡Májicos sueños de mi infancia leda!
 ¡Cuánto me habeis, cuánto me habeis mentido!
 Solo al desierto corazon le queda
 Dolor y llanto, soledad y olvido.

Dichas, amores, lauros inmortales,
 ¡Ay! me pintó vuestra falaz promesa:
 Y en vez de glorias y venturas tales,
 Me aguarda el seno de temprana huesa!

Y es mi dolencia cada vez mas fuerte,
 Y ya me siento fallecer de modo,
 Que poco esfuerzo costará á la Muerte
 Para acabarme de vencer del todo.

No te pido vivir, tan solo espera
 Que al seno torne de mi madre amada,
 Y descarga despues, oh Muerte fiera,
 El golpe postrimero de tu espada.

1856.

Á LOPE DE VEGA.

Salve, gran Lope, de la tierra espanto,
 De España eterno honor, oh el mas fecundo
 De cuantos vates vió jamas el mundo
 Y la Gloria endiosó en su templo santo!

Si á tu tan facil vena, á caudal tanto,
 Arte correspondiera mas profundo,
 Sin par te declarara y sin segundo
 El dios augusto que preside al canto.

¡Cuántas veces tu rica fantasía
 Las tres jornadas animó de un drama
 En el pasmoso término de un dia! *

Y aunque imperfectos la Razon los llama,
 Bástele de tu patria á la ufanía
 Que de ti solo lo contó la Fama.

* El mismo lo ha dicho en estos versos:

Que mas de ciento en horas veinticuatro
 Pasaron de las musas al teatro.

DESPEDIDA DE UN INDIO

AL PARTIR Á LA GUERRA CIVIL.

Adios, madre, adios, esposa,
Hijos de mi vida, adios;
¿Os volveré á ver? Lo sabe
Tan solamente el Señor.
El corazon se me arranca,
Y sin vida y alma estoy,
No por mí, mas por vosotros,
Prendas de mi corazon.
¡Mal haya la odiosa leva
Que, al blanco ilustre color
Respetando, prende solo
Á la triste sucesion
De la gran gente que un dia
Estas tierras señoreó,
O al que arrancado á las playas
Que abrasa africano sol,
Con nosotros á ser vino
Compañero de opresion!
¡Á mis hogares me arranca
Ella con violencia atroz,
Y por homicidas armas
Que jamas mi mano usó,
Me hace trocar el arado
Y la pacífica hoz!

Oh vos, Señor, que mirando
Estais mi inmenso dolor,
Vos que de los desvalidos
Tierno comun padre sois,
Vele de lo alto del cielo
Vuestra dulce compasion
Sobre las prendas amadas
Cuyo único amparo soy,
Y á quienes pan y sustento
Faltará, Señor, sin vos.

Si de la patria en defensa,
Contra extranjera Nacion,
Á combatir nos llevaran,
¡Cuán gozoso fuera yo!
Nada me arredrara entónces
Morir; celeste favor
Antes juzgara mil vidas
Perder de la patria en pro,
Y con mas vivo deseo,
Con regocijo mayor
Fuera entónces á la guerra
Que á esperada fiesta voy.
¡Ah! ¡feliz, feliz mil veces
El soldado que peleó,
Bajo el mando de Bolivar,
Contra ejército español!
Entónces sí que se daba
Empleo digno al valor;
Pero solo contra hermanos
Á pelear vamos hoy,
Y Peruanos con Peruanos,
Sin sospechar la ocasion,
Que nos matemos es fuerza
En bárbara lid feroz.
Mas ¿cómo sentir podré
Ciego bélico furor,
Si sé que en cada contrario
La muerte á un hermano doy?
No da, no, en contiendas tales
El triunfo satisfaccion,
Y tanto como al vencido
Llorar cumple al vencedor,
Porque fué la comun patria
Quien siempre las lamentó!
Y entretanto al extranjero,
Á quien la fama veloz
Va á contar nuestras discordias,
De regocijo le son,
Si piensa que nuestras fuerzas
Tesoros, gente, valor

Estarán exhaustos, cuando
 Le dé la suerte ocasion
 De invadir la moribunda
 Antigua tierra del Sol.

1857.

NOTICIAS DE LA PATRIA.

Es dulce á quien habita tierra agena
 Nuevas saber de su pais nativo,
 Que engaña de la ausencia la gran pena;
 Mas yo, que ausente de mi patria vivo,
 Consuelo ni alegría sentir suelo
 Con lo que á todos es grato y festivo.
 Antes me oprime grave desconsuelo;
 Llanto vierten los ojos, hechos fuente,
 Y me lamento al poderoso cielo.
 Pero ¿cómo alegrarme? ¿cómo ardiente
 No derramar inconsolable lloro?
 Si es fuerza siempre que la fama cuente
 Que el dulce patrio suelo á quien adoro,
 Y de quien sus miradas Dios aparta,
 Hijos pierde, virtud, honra y tesoro;
 Sin que jamas un punto de él se parta
 La atroz Discordia, como siempre ayuna,
 Nunca de presas y de estragos harta.
 Tal vez, por escusar tan importuna
 Pena, estar anhelé do no pudiera
 De mi patria saber nueva ninguna.
 ¡Dichoso el hombre que la luz primera
 Ver alcanzó de la bondad divina
 En tierra que en sosiego y paz prospera,
 Ni á sí propia se labra la ruina!

1857.

YARAVÍ.

Quando doblen las campanas,
No preguntes quien murió:
Quién, de tus brazos distante,
Quién puede ser sino yo?

Harto tiempo, bellísima ingrata,
Sin deberte ni en sombra favores,
Padecí tus crüeles rigores
Y lloré como débil mujer;
Ya me rinde el dolor y me mata,
Acabármese siento la vida;
Ya te doy mi final despedida,
Y ya escuchas mi queja postrer.
¡Cuántas veces riendo me has dicho
Que en el mundo de amor nadie ha muerto!
Ya verás, ya verás si no es cierto
Que hay quien muere de pena y amor!
Ya verás que tu duro capricho
¡Oh tirana! la vida me cuesta,
Y bien pronto la queja molesta
Cesará de tu odiado amador.

Quando el doble de lenta campana
Vibrar oigas en son plañidero,
No preguntes qué humano viajero
De la vida las playas dejó:
Quién, esclavo de suerte tirana,
Blanco triste de tu odio y tu tedio,
¿Quién, enfermo de mal sin remedio,
Quién ser puede, mi bien, sino yo?

Mas si el largo rigor de tu fiera
Esquivez llega un día á dolerte,
Si al pensar en mi trágica muerte
Y en mi amor y mi inútil afan,
Compasivos derraman siquiera
Una gota de llanto tus ojos,
En la tumba mis yertos despojos
De placer y de amor temblarán.

1857.

Á LA VÍRGEN.

I.

¿Qué loor hay que te cuadre,
Reina de la empírea corte,
Hija del eterno Padre,
Del Paráclito consorte,
Y del Verbo vírgen madre?
Tú á quien, aunque hija de Adan,
De emperatriz nombre dan
Los nobles hijos del cielo,
Y atentos en santo celo
Á tus preceptos están;
Tú que eres ¡en tal manera
De Dios la gracia en ti abunda!
La criatura primera
De la creacion entera,
Y á Dios tan solo segunda;
Sublime Maria, nueva
Mayor mejorada Eva,
Segunda madre del hombre,
¿Qué honores hay que á tu nombre
Agradecido no deba?
Rompiendo antiguo contraste,
Tú con Dios emparentaste
Al hombre abatido y siervo,
Hermano por ti del Verbo
Á que fué tu seno engaste.
Por especial gracia y acto
De la paloma celeste,
Entra el Verbo á tomar veste
Humana en tu vientre intacto,
Sin que tu candor te cueste;
Como, dejándola entera,
Y sin teñirla siquiera,
El puro rayo solar
Entra á cerrado lugar
Por trasparente vidriera.

De la tartárea serpiente
 La dura soberbia frente
 En triunfo glorioso fué
 Quebrantada eternamente.
 Por tu delicado pié;

Pagando así el fiero mal
 Que irreparable en Eden
 Hacernos quiso, y del cual
 Supo sacar mayor bien
 La clemencia celestial.

De ti la mujer se alaba
 Que del hombre vil esclava
 Y de sus antojos era,
 Y por ti de compañera
 Derechos recuperaba.

Con Dios piadosa nos vales,
 Si justamente se aíra :
 Por tantas gracias y tales,
 Toda boca, toda lira
 Te celebren perennales!

II.

De los hombres abogada,
 Clementísima Señora,
 Hasta nuestra postrer hora,
 Á la Trinidad sagrada
 Por todos nosotros ora.

Nunca á ti se alzan en vano
 Nuestras aflijidas voces,
 Que los mas duros y atroces
 Modos del dolor humano
 Por larga prueba conoces.

Tu ruego, madre, socorra
 Á los que, léjos del grato
 Humano consorcio y trato,
 En negra húmeda mazmorra,
 Del hondo Averno retrato,

Viven años prisioneros;
 Á los nocturnos viajeros
 Que no dan con su camino,

Y del ladron ó asesino
 Temen los asaltos fieros;
 Á los huéspedes del mar
 Que, á punto de naufragar,
 Al cielo trémulas manos
 Y agudos clamores vanos
 Alzan todos á la par;
 Al que desde playa agena
 Mira llorando la nave
 Que zarpa á la patria arena,
 Á donde destierro grave
 Á no volver le condena;
 Á los pacientes soldados
 Que, alegres y denodados,
 En defensa de su tierra,
 Van á morir á la guerra
 Á millares y olvidados;
 Al que en su instante final
 Teme del Juez inmortal
 La pavorosa presencia,
 Y escucha ya la sentencia
 Del último tribunal;
 Al alma que, acrisolada
 Del purificante fuego,
 Espera allí que la entrada
 Á la celestial morada
 Le abrevie el humano ruego.
 No te olvides de la viuda,
 De crecida prole ayuda,
 Que, en medio á pobreza acerba,
 Casto su lecho conserva
 Y el antiguo amor no muda;
 Ni del padre á quien están,
 Con voz y ansioso ademan,
 La consorte y el enjambre
 De hijuelos, pálidos de hambre,
 Pidiendo un trozo de pan.
 Ruega por el ternezuelo
 Infante que aún por el suelo
 Con manos y pies se arrastra,

Y por rigor de madrastra
Trueca materno desvelo;

Por la simple niña hermosa,
Burlada de amante aleve,
Y que madre, mas no esposa,
Ante el mundo no se atreve
Á mostrarse vergonzosa;

Por el triste á quien condena
Un delito, tal vez falso,
Á la irreparable pena,
Y que ya sube al cadalso
En plaza de gente llena;

Por el pueblo donde impera
La voluntad altanera
De coronado verdugo,
Y por el que oprime el yugo
De una nacion extranjera.

Débante preces constantes
Las repúblicas infantiles,
De que mi patria ¡ay! es una,
Víctimas desde la cuna
De discordias incesantes.

Pues todos tus hijos son,
Ruega por los de nacion,
Color y culto diversos,
Por los justos y perversos,
Por todos sin escepcion.

Todos en igual empleo
Merecen tu ruego pio:
El inocente y el reo,
El cristiano y el judío,
El apóstol y el ateo.

III.

Puerta de los cielos ancha,
De toda virtud dechado,
Á quien el Terno increado
Sola exentó de la mancha
Del original pecado;

Pura fuente cristalina
 De nuestra vida en los yermos,
 Santa alegría divina
 De los tristes, medicina
 Y salud de los enfermos:
 Mi viciosa juventud
 Enmienda, y haz que me inflame
 El amor de la virtud;
 Contento y paciencia dáme,
 Y vuélveme la salud.
 Mas tu piadosa oracion,
 Si muero en edad tan tierna,
 Me dé el divino perdon,
 Y dulce morada eterna
 En los palacios de Sion.

1857.

 EN NÁPOLES.

Entre cien luces y ciento,
 Tan clara del firmamento
 Resplandece en la mitad
 La blanca hermana de Febo,
 Que es la noche dia nuevo,
 De mas suave claridad.
 Tiempo ha que la hermosa fiesta
 No vi de noches como ésta:
 Las noches de mi pais,
 Rivales del dia ufanas,
 Oh noches napolitanas,
 A mi recuerdo mentis.
 De las brisas al halago,
 ¿No semeja el mar un lago,
 De tormentas incapaz,
 En cuyas aguas serenas
 Moran hermosas sirenas,
 Amigas de calma y paz?

Se está dormida quedando
 Parténope bella, al blando
 Vago arrullo de la mar:
 ¡Qué quietud! vosotras solas
 Murmurais, continuas olas,
 Apénas, al espirar.

No; que la brisa sonora
 La cancion me trae ahora
 De fino amador que al pié
 Del usado balcon vela,
 Y al son de blanda vihuela
 Canta su amorosa fe.

El fresco nocturno ambiente
 Todo empapado se siente
 En el aroma sutil,
 Que hurta á vecinos jardines,
 De azahar, mirto, jazmines,
 Y olorosas flores mil.

Cuanto siento, escucho y veo
 Es deleites; el deseo
 Anhelar no puede más;
 ¿Por qué pués, díme, alma mia,
 Llena de melancolía
 Aquí y en tal noche estás?

¡Ah! porque ningun amigo
 O amada goza conmigo
 De tal noche la beldad,
 Y aun en sitios tan amenos
 Mi corazon echa ménos
 Su otra no hallada mitad.

1857.

CASTIGO.

“¿No oyes? la aguda cántiga temprana
 Del ave conocida en la ventana,
 Oh amado, nos avisa
 Que torna la mañana
 Con importuna desusada prisa.

« ¡Ay! ya de tu partir llegó la hora:
 ¡Cuán presurosa fué de la traidora
 Breve noche la fuga!
 La diligente aurora
 Hoy ¡qué temprano en nuestro mal madruga!
 « Mas deja el lecho, y tus disfraces viste;
 Y, aunque me miras congojada y triste,
 Parte ya, dulce amigo,
 Secreto cual viniste:
 Nadie de tu salir sea testigo.
 « Mas ni hablas, ni respiras » ¡Ay! que nada,
 Nada responde el jóven; espantada,
 Ella le toca y mueve,
 É inmoble inanimada
 Masa siente, mas fria que la nieve.
 ¡Ay! ¡qué gritos arroja de hondo espanto!
 ¡Qué alaridos! ¡qué voces! ¡y qué llanto!
 La familia despierta
 Y acude á rumor tanto,
 Y es de todos su infamia descubierta.
 Y la culpada que á sus padres mira
 Llenos de asombro y de vergüenza y de ira,
 Y al que amaba difunto,
 Solo á morir aspira,
 Que honra, dicha y amor perdió en un punto.
 1857.

Á LÓNDRES.

En vano, altiva Lóndres, á porfia
 Te enriqueces, te ensanchas y te pueblas,
 Si en una nueva atmósfera sombría
 Te envuelve el humo y tus eternas nieblas;
 Si no difiere lo que llamas día
 De las nocturnas lóbregas tinieblas,
 O, como triste pasajera tarde,
 Entre dos noches dilatadas arde.
 ¿Qué vale tu grandeza y poderío
 Y la corona azul del océano,

Si tiembla en ti junto al hogar el Frio
 Tendiendo al fuego la aterida mano,
 Si en tus vastos palacios el Hastio,
 Roido el pecho de tenaz gusano,
 Gime y suspira y sin cesar bosteza,
 Sin que el sueño le rinda la cabeza.

Tú no conoces esa indefinida
 Dulce tristeza, soñadora y vaga,
 Encanto y poesia de la vida
 Que en otro clima el corazon halaga:
 Solo conoces el Esplin suicida
 Que todo bien con su veneno estraga
 Y que ó corta la vida ó la convierte
 En una lenta prolongada muerte.

1857.

Á ELENA.

Labios tienes cual púrpura rojos,
 Tez de rosa y de fresco azahar,
 Y rasgados dulcísimos ojos
 Del color de los cielos y el mar.

Oro es fino la riza madeja
 Que hollar puede el brevísimo pié,
 Y flor tierna tu talle semeja
 Que temblar al favonio se ve.

La hija bella del Cisne y de Leda,
 Te pudiera envidiar cuerpo tal;
 Pero en él mas bella alma se hospeda,
 Que no empaña ni sombra de mal.

Prole augusta tal vez me pareces
 De himeneo entre dios y mujer:
 ¡Ah! ¡dichoso, dichoso mil veces
 Quien amado de ti logre ser!

No yo, indigno de tanta ventura,
 Á cuya alma pesó, cada vez
 Que te viera, no ser ya tan pura
 Cual lo fué en su primera niñez.

1857.

EL TEMBLOR.

«Temblor» sonó; con subterráneo ruido
 Velocísimo llega de repente;
 Moverse el suelo, cual bajel, se siente,
 Y crujir techo y muro sacudido.
 Con voladora planta sin sentido
 La calle ocupa la espantada gente,
 Que se humilla confusa y se arrepiente
 Y á Dios clama en altísimo alarido.
 Pasa el peligro, y rápido se olvida;
 Al saludable espanto reemplaza
 La viciosa costumbre de la vida.
 Mas teme, oh Lima, teme á tu enemigo
 Que, si hoy solo pasó cual amenaza,
 Vendrá tal vez mañana cual castigo.

1857.

EL JUICIO FINAL.

Ya en el postrero universal jüicio
 Del Juez supremo á la presencia me hallo,
 Y aguardo el justo inapelable fallo
 Que eterno espera á la virtud y al vicio.
 Mas ¡ay! ¿adverso me será ó propicio?
 ¿De Cristo ó de Satan seré vasallo?
 En duda tan crüel, temblando callo,
 Mas digno que de premio de suplicio.
 Ya las turbas el Juez ha separado,
 Y el rostro favorable ó enemigo
 Al diestro vuelve y al siniestro lado:
 Pero yo, justo Dios ¿á quienes sigo,
 Cuando á la Virtud abras y al Pecado
 Los palacios del premio y del castigo?

1857.

EL PICAFLOR Y LA FLORECILLA.

De un pintado picaflor,
De los campos maravilla,
Una incauta florecilla
Se prendó con loco amor.

Mas, cómo es aquél al par
De mariposa inconstante,
No tardó la flor amante
Su esquivez en lamentar.

Y al verle pasar á veces,
En tristes voces así
Se le quejaba: «¡Ay de mí!
¿Por qué, mi bien, me aborreces?

¿Qué te hice? ¿Estos desdenes
Te ha merecido mi fe?
¿Por qué en mis hojas, por qué
Á columpiarte no vienes?

¿Has olvidado que apénas
Abrí mi tierno capullo
De las auras al arrullo
Que me halagaban serenas,
Viniste á posar en él,
Y á besarme, de amor lleno,
Hasta apurar de mi seno
La sustentadora miel?

¡Ay! no supe que inconstante
Eras y mudable y leve
Como el aura que me mueve
Y que cambia en cada instante.

No supe que tus amores
Multiplicabas sin cuento,
Y que, mas falso que el viento,
Engañabas á las flores.

Hoy de tu odio en el exeso,
Á todas besando vas,
Y á mí triste, á mí no más
Me esceptúas de tu beso.

Deja ya tanto desden,
No me des pena tan fuerte,

Y aunque hubieres de volverte
Luego al punto, al ménos ven.

Pero desoyes crüel
Mis quejas y vivo anhelo,
Siguiendo tu rauda vuelo
Por el florido verjel.

¡Ah! ¡quién, de hojas en lugar
Alas como tú tuviera
Para seguirte doquiera
Que te pluguiera volar!
¡Mas ay! que tengo infeliz
Inmóvil clavado el pié,
Y aprisionada se ve
Del suelo mi honda raiz.

Cuando me maten congojas,
¡Lleve el viento noche y día
Haciéndote compañía
Mis enamoradas hojas!»

Así la flor se querella
Con modo tierno y sencillo,
Mas el crüel pajarillo
No tornó á acordarse de ella.

Doncella incauta en amor,
Bella y simple cual las flores,
Cuenta con que te enamores
De algun galan picaflor,

Que, volando sin cesar
De flor en flor con fortuna,
Sin detenerse en ninguna,
Burla de todas al par.

1857.

ADELA Á CÁRLOS.

Apénas el billete
Recibas, Cárlos, de tu amante Adela,
Incansable jinete,
Clava la aguda espuela
Á tu caballo y á mis brazos vuela.

Siglos me son las horas,
 De tu lado distante; considera
 Que, si venir demoras,
 De congoja tan fiera
 Es fuerza, es fuerza que tu Adela muera.
 Que enferma estoy de muerte,
 Y mi remedio el físico no sabe;
 Mi remedio es el verte,
 Y tu beso süave
 Será el elíxir que mi mal acabe.
 Ni un punto á tu violento
 Curso descanso dés, brutos desboca;
 Sus alas roba al viento;
 Á mi impaciencia loca
 Mira que toda rapidez es poca.

1857.

L.... Á E.....

No siempre triste al contemplarme y serio
 En los verdores de mi edad florida,
 Intentes, bella jóven, de mi vida
 Penetrar el tristísimo misterio.
 De horrendos males cuyo antiguo imperio
 Padece un alma que jamas olvida
 Solo me ha de librar la apetecida
 Profunda eterna paz del cementerio.
 Sí, soy bien desgraciado; mas no quieras
 Tan extraños pesares roedores
 Y desventuras conocer tan fieras:
 Es bien que para siempre las ignores,
 Ni de ellas consolarme tú pudieras,
 Que consuelo no admiten mis dolores.

1857.

VISION.

I.

Iba la mas oscura taciturna
Y triste Hora nocturna
Moviendo el tardo soñoliento vuelo
Por el dormido cielo,
Cuando, dejando mi alma
En brazos del hermano de la Muerte
Á su cansado compañero inerte,
Libre de su cadena,
Voló á su patria desde el turbio Sena.

Y toda en breve punto recorrióla,
Desde el postrero linde Ecuatoriano
Hasta la gran laguna,
De los hijos del sol sagrada cuna,
Y desde el océano
Hasta el inmenso rio
Que entre todos merece el señorío:
Así en el breve Mapa retratada,
La recorre la rápida mirada.
Mas ¡ay! que por do quiera
Que el vuelo dirijiera,
De pasadas contiendas las señales
Y aprestos encontraba
De futuras contiendas fraternales,
Y de discordia que jamas acaba.

Al fin rendido me senté y doliente
En un profundo valle que, á la falda
De los Andes tendido, en noche doble
Se envolvía á la sombra de su espalda:
De aquel salvaje natural retiro
Era el silencio dueño,
Y solo de mi pecho algun suspiro
Tal vez interrumpia con son blando
De la naturaleza el hondo sueño.

En tal estado ignoro
 Cuanto tiempo pasé, mi faz regando
 Con encendido lloro,
 Cuando llegó á mi oído
 Desde el confin del cielo
 Como el rumor que alzara de distante
 Ejército de cóndores el vuelo:
 Los ojos alzo, y miro tan radiante
 Blanca figura descender lijera,
 Cual si astro rutilante
 Despeñado bajase á nuestra esfera;
 Las débiles pupilas, deslumbrado,
 Fuerza cerrar me fué, y cuando las hube
 De nuevo abierto, ya encontré á mi lado
 Á celestial querube.

Tan alta remontaba su estatura,
 Que ni cerca del Ande
 Se olvidaban los ojos de su altura;
 No de la Tierra la soberbia prole
 Que al magno Jove pudo dar asombros
 Alzaba al cielo tan gigante mole;
 Aún tremolaban en sus altos hombros
 Sonantes alas, en grandeza tales,
 Que con alas rivales
 Nunca los ojos míos
 Volar miraron sobre el mar navios.*
 Era su cuerpo deslumbrante nieve,
 Y de su rostro la beldad tan rara,
 Que mi estro no se atreve
 De su pintura á acometer ensayos;
 Y cual del Sol la rutilante cara
 En la mitad del día,
 Derramaba ancho círculo de rayos,
 Sol portentoso de la noche umbría.

Á vista tal, lleno de asombro y miedo,
 Con las manos cubriéndome los ojos,
 Caí sin voz, helado, fiel remedo
 De mortales despojos;

* Vele di mar non vid'io mai cotali. — DANTE.

Entónces á mi oído aquestas voces
 Llegan, cual si del cielo descendieran:
 «Yo soy el génio del Perú, el arcángel
 Á quien el sumo rey del Universo
 Encargó de esta tierra la custodia;
 Yo, á pesar del perverso
 Ángel que la verdad y la luz odia,
 Ciego rey de las indias muchedumbres,
 Á los míseros Incas
 De la fe verdadera dí vislumbres:
 Yo vi, como falanje del Averno,
 Inundar las riberas perüanas
 Negra nube de iberos asesinos,
 Y mis ojos divinos
 Verter pudieron lágrimas humanas;
 Yo acompañaba al mísero Atahualpa
 Al último suplicio,
 Donde, á la luz que le mostré propicio,
 La vanidad de sus creencias palpa;
 Yo, desatando de su error la venda,
 El agua santa que las culpas lava
 Y del glorioso cielo abre la senda,
 Hice que recibiera, y consolaba
 Del imperio perdido la amargura
 Con la promesa del que nunca acaba;
 Yo en las heróicas vengadoras lides
 De Junin y Ayacucho
 Estuve con los libres, y delante
 De los dos inmortales adalides,
 Iba sus nobles pechos resguardando
 Con el escudo de tenaz diamante
 Que en los combates embrazaba, cuando
 En los campos celestes
 Desbaratamos de Luzbel las huestes.
 Mas tú ¿por qué á estas horas
 En tan desiertas soledades lloras?
 Desata el lábio, y sin tardanza díme
 Qué congoja te oprime.»
 Alzó á estas voces la abatida frente,
 Y, mirando al arcángel cara á cara,

Que el fulgor igualó que despedía
 Con la flaqueza de la vista mía,
 Respondí de esta suerte,
 Que, al solo nombre de la patria cara,
 Se despojó mi corazón de miedo:
 «Celeste ciudadano, ¿cómo puedo
 No penar y jemir constantemente,
 Cuando el hado consiente
 Tantos desastres á la patria mía,
 De la Discordia y Ambicion teatro?
 Como el inquieto imperio en que á los cuatro
 Elementos indómitos gobierna
 La Discordia bēoda,
 Mírala en honda confusion eterna,
 Segundo caos, agitarse toda.
 Cual se disputan en porfiada riña,
 Con pico agudo y garra carnícera,
 Hambrienta turba de aves de rapiña
 El gran cadáver de enemiga fiera,
 Así un puñado de ávidos caudillos
 Por los despojos de la patria triste
 Esgrimen los sacrílegos cuchillos.

«Mas ¿qué digo un puñado?
 Si ya no hay ruin soldado,
 Ni vil cabeza de mas vil pandilla,
 Que á la suprema silla
 No ambicione subir, y al mas indigno
 Tal vez da el triúfno nuestro adverso signo;
 Y en vano de la insignia blanca y roja
 El uno al otro sin cesar despoja;
 Que nunca, por cambiar eternamente,
 Fué mejor nuestro estado;
 Antes siempre nos hizo lo presente
 Estrañar, cual dichoso, lo pasado;
 Ni porvenir aguardo diferente;
 Que entre cuantos la atenta
 Mirada en torno á divisar alcanza,
 Ni uno, ni uno tan solo se presenta
 En quien ponga la patria su esperanza.

«¿Cuándo el Señor nos enviará piadoso
 El heróico varon, digno del Tibre,
 Amador de la patria verdadero,
 Que por solo su amor el noble acero
 Do quier triunfante vibre,
 Y cuando de famélicos millares
 De pretendientes nuestro suelo libre,
 Volver anhele á sus modestos lares?
 Mas, ¿qué profiero insano?
 Hechos espero de valor romano
 Adonde sombra no hay de patriotismo,
 Sino abyecto interes, duro egoismo!
 Bailes, palacios, coches, pingüe mesa,
 Esa, de cada cual la patria es ésa;
 La patria, el bien primero,
 El dios universal es el dinero,
 Que áun por infames modos
 Alcanzan muchos y codician todos.
 La Justicia comprada
 Deja dormir la vengadora espada,
 Sin que supla siquiera
 Su venganza, con oro adormecida,
 El castigo del público desprecio;
 Antes á aquel que el robo no enriquece,
 Y á quien en vano la ocasion convida
 Con risa infame le apellidan necio:
 Y lo que escapa á tan rapaces manos
 De mar y tierra la milicia sorbe,
 Y hambriento enjambre de empleados vanos.
 Y en tanto ¡cuánta aldea,
 Sumerjida en tinieblas de ignorancia,
 La luz primera del saber anhela,
 Sin que á su tierna infancia
 Abra sus puertas solitaria escuela!
 Y en tanto, entre las penas del camino,
 Por montañas y selvas y el desierto,
 Pára el viajero, de su senda incierto,
 O del bruto á merced vaga sin tino!
 Y echando ménos el seguro puente,
 Tienta el difícil peligroso vado,

Do perece tal vez, arrebatado
 Del ímpetu veloz de la corriente!
 Y en tanto ancho arenal, cuya encendida
 Sed no alivia ni el llanto del rocío,
 Espera en vano que distante rio
 Venga á llenarle de verdor y vida!
 «De los jueces la hidrópica codicia
Convierte en compra y venta la justicia;
 No Jesucristo, Satanás modela
 El vivir del indigno sacerdote;
 Y es la milicia de traicion escuela
 Y de la patria el mas crüel azote;
 El tierno jóven en la mente abriga
 Torpes sofismas, y en el pecho bajo
 El ardiente deseo,
 (Pues el paterno ejemplo es bien que siga,)
 No de honroso trabajo,
 Sino del sueldo y del ocioso empleo;
 Y ansiando todos del Estado oficios,
 La industria nacional yace desierta,
 Y á objetos que fomentan lujo y vicios
 Abre solo el Comercio fácil puerta;
 Las ciencias y las nobles liberales
 Artes que el mundo acata, aquí de franco
 Menosprecio son blanco;
 Y á los hijos de Apolo,
 Que la presencia de tamaños males
 Á sacrosanta indignacion provoca,
 Torpe escarnio y baldon les cabe solo.
 «Por eso ¡ay Dios! con arrogante boca,
 Bien como á gente bárbara é inculta,
 Nos befa el extranjero y nos insulta;
 Y los Peruanos defender no pueden
 En ajenas orillas
 Á su patria afrentada, y sus mejillas,
 (Pues fuerza es siempre que verdad tan clara
 Sus amorosos argumentos venza,)
 Se tñen del color de la vergüenza;
 Y así de nuestras armas la divisa
 Que á mísera, discorde, débil gente

Feliz y firme por la union declara
 Es un sarcasmo que provoca á risa.....
 Pero de nuestros males ¿quién contarte
 Podrá jamás mas que una breve parte?
 En turba tan crecida,
 Por uno que relata cien olvida
 El labio, y aún mil bocas
 Con que hablarte pudiese fueran pocas.
 «Y á tal estado, celestial mancebo,
 Dime, ¿hasta cuándo nos condena el hado?
 ¿O es maldito de Dios nuestro linaje,
 Que en él castiga sin piedad, cual nuevo
 Orijinal pecado,
 La inaudita traicion que cometieron
 Esos que un dia al crédulo hospedaje
 Del Inca generoso respondieron
 Con robo, estupro, llamas y matanza
 Y cuanto daño á imaginar se alcanza?
 ¿Y nosotros, remotos descendientes
 De tan bárbaras gentes,
 De sus delitos fieros
 Y del castigo somos herederos?
 «¿Con qué no hay de esperanza luz alguna!
 Y, sin vivir, perecerá mi patria,
 Niña á quien sirve de ataud la cuna!
 Naciones mil la Fama nos recuerda
 Que sepultó en su ocaso la Fortuna;
 Mas murieron decrepitas ancianas,
 De mas lauros cubiertas que de canas:
 Mas ¿cuál hubo jamás como la nuestra
 Que, ayer no mas nacida,
 Dando está clara muestra
 Que se le acaba la doliente vida?
 Y, como muchos de sus propios hijos,
 Niños de edad y en corrupcion ancianos,
 Ningunos vicios ya le son extraños
 De cuantos manchan en crecida tropa
 De Asia las sociedades y de Europa,
 Ya mayores en siglos que ella en años.
 «¿Y á quiénpués que esto mira

Del hondo corazón lágrimas rojas
 No esprimen sus fierísimas congojas,
 Su generosa cuanto inútil ira?
 Dadme, dadme la lira
 Con que el triste profeta Jeremias
 De Sion cantaba los postreros días,
 Y vierta en cantos de tristeza suma
 El duelo inmenso que mi pecho abruma,
 Viendo á fatal inevitable ruina
 Mi infortunada patria ya vecina!»

II.

Así dije, y el llanto y los sollozos
 Mi discurso acabaron, mas el hijo
 Del cielo esto me dijo:
 «Hombre de poca fé, bien sé que es cierto
 Cuanto con voces de dolor me dices;
 Mas no por eso es bien que llores muerto
 El último consuelo de infelices;
 Que, aunque el mal, en tan hondo desconcierto,
 Echara profundísimas raíces,
 Para la fuerte voluntad sagrada
 Es el mayor impedimento nada.
 «Dios del abismo de la negra pena
 Sacar la dicha y el contento sabe,
 Y el mal mas fiero, si morir le ordena,
 Antes fenece que su voz acabe;
 Corta de su ira y su furor la vena,
 Y ya en la palma de un infante cabe
 El mar que, derramado y furibundo,
 Bajo sus ondas sepultaba el mundo,
 «Aquel en cuyo pecho halla cabida
 La desesperacion cobarde y ciega,
 Mientras aún dura la mudable vida,
 No merece la dicha, que al fin llega:
 La merece tan solo quien anida
 La fe en el suyo, y siempre espera y ruega;
 Que todo, todo del Señor se alcanza
 Con oracion, con fe, con esperanza.

«Abrigad firme fe; ved que sin ella
 Todo falta, con ella todo sobra;
 Y quien la abriga, miéntras más le huella
 El hado, más aliento y fuerzas cobra;
 Vence el influjo de contraria estrella
 Y maravillas é imposibles obra;
 Manda al sol que al ocaso no descienda,
 Y abre en el oceáno enjuta senda.

«De esperanzas, oh jóvenes, colmaos,
 Que como al huracan cuya pujanza
 Hunde ó estrella las endeblés naos
 Sucede placidísima bonanza,
 Como al confuso alborotado cáos
 Siguió la creacion, tened confianza
 Que, madre de mil bienes, la paz leda
 Á la discordia bárbara suceda.

«Concordia tal, de la del cielo emblema,
 Ha de enlazar á todos los Peruanos,
 Que de sus armas ya no mienta el lema,
 Y sean todos con verdad hermanos;
 Firme estado fundando que no tema
 Extranjeros audaces ni tiranos,
 Cuya amistad y alianza Europa pida,
 Hoy con él tan injusta y engreida.

«Del negro Averno á los profundos senos
 Volverá de los vicios la cohorte
 Que á cada estado, y á ninguno ménos,
 Visiblemente hoy amancilla el porte;
 De esa feliz república de buenos
 Será la santa ley único norte,
 Y la Justicia romperá su espada,
 En sola su balanza confiada.

«Las que hoy son espantosas soledades,
 Océano de plantas ó de arenas,
 Serán grandes magníficas ciudades,
 De poblacion y de bullicio llenas;
 Y el que desierto fué tantas edades
 Podrá en sus senos abrigar apenas
 La gente innumerable pobladora
 Que abunde entónces cual arenas hora.

«Los monstruos, del espacio vencedores,
 Que del vapor el alma inquieta mueve,
 Escalarán del Ande las mayores
 Cumbres que ciñe sempiterna nieve;
 Recorrida de carros voladores,
 Tan inmensa region ya será breve,
 Y rival el vapor del pensamiento,
 Difundirá sus luces al momento.

«El mar, hoy de bajeles tan escaso,
 De tantas naves se verá cubierto
 Que manden Norte, Sur, Este y Ocaso,
 Que ostente dos ciudades cada puerto;
 Y abriéndose en las ondas libre paso
 Vuestros bajeles hasta el polo yerto,
 Sin que su hielo perennal lo estorbe,
 Descubrirán los límites del orbe.

«De Europa abandonando las orillas,
 Donde siglos su luz resplandeciera,
 Las Artes nobles sus doradas sillas
 Trasladarán á esta feliz ribera:
 Y pródigas aquí de maravillas,
 Audaces moles hasta su alta esfera
 Verán erguirse los nocturnos soles
 Que venzan griegas é italianas moles.

«Las ornará la pródiga Escultura
 De estátuas que parezcan animadas,
 Y de frescos y telas la Pintura
 Que persuadan vivir á las miradas;
 Y se verán do quier con tal hartura
 Estátuas y pinturas derramadas,
 Que parezcan artísticos museos
 Palacios, templos, plazas y paseos.

«De tan sublimes vuelos Poesía,
 Digno amor tuyo, entónces hará muestra,
 Que igualar casi logre su osadía
 El alto númen de la estirpe nuestra;
 No se disputen ya la primacía
 Roma, Florencia y quien les fué maestra,
 Y á la Atenas mayor del Mundo Nuevo
 Concordes rindan el laurel de Febo.

«Y con artistas sumos y poetas
 Florecerán filósofos y sabios,
 Que ahonden las verdades mas secretas
 Y eternos hagan al error agravios ;
 Y en espaciosas academias quietas
 Verás colgada de sus doctos labios
 Inmensa juventud, cuya impaciente
 Sed de saber con el saber aumente.

«Ni en extranjero labio ya el idioma
 Molestará, Peruanos, vuestro oido,
 Por el que ardiente á vuestro rostro asoma
 De la amarga vergüenza el colorido ;
 Y, como el hijo de la antigua Roma
 Con patria tan magnánima engreido,
 Así vosotros donde quier ufanos
 Ya podreis esclamar: somos Peruanos.

«Y, como hoy vais, llevados del deseo,
 De Europa á visitar las capitales,
 Os vendrá á visitar el Europeo
 Á quien la sed hoy trae de caudales.
 Vencer en fin por todas partes veo
 Futuros bienes á pasados males,
 Y ser tu patria, en hado tan diverso,
 Modelo, asombro, luz del Universo.»

Así decía el celestial gigante,
 Y de estraña alegría
 Que renueva el recuerdo á cada instante,
 Me colmaba la dulce profecia
 De tiempo tan glorioso y tan risueño ;
 Y miéntras nuevamente hablarle fio,
 En ménos que lo dice el labio mio,
 Se van juntos el ángel y mi sueño.

1857.

Á UNA ESPADA.

Un tiempo, oh insigne espada,
 En defensa del honor
 Y la libertad sagrada,
 Te esgrimió el mismo Valor
 Con mano jamas domada.

Desde tu primer ensayo,
 Fuiste por siniestra lumbre
 Relámpago que desmayo
 Dió á la opuesta muchedumbre,
 Y al herir certero rayo.

Desde el ocaso á la aurora
 Celebrada por do quiera,
 Iberia tus daños llora,
 Y la Fama pregonera
 Te llamó la Vencedora

Diga su eterno clarin
 Cuánta portentosa hazaña
 Ejecutaste en Junin,
 Y allí do el poder de España
 Tuvo para siempre fin.

Cual degüella inermes reses
 De ayuno leon la saña,
 Como en los ardientes meses
 Del segador la guadaña
 Corta las espesas mieses;

Rejida por mano fuerte,
 Asimismo tú veloz
 Cuellos segabas de suerte,
 Que la misma fatal hoz
 Pareciste de la Muerte.

Y de tu sedienta hoja
 Era la sangre enemiga
 Una nueva vaina roja,
 Sin que sintiera fatiga
 La diestra que así te moja.

¿Ni esto, espada, ni el ser hija
De las fraguas de Toledo
Bastar pudo á que te aflija,
Dando ya pena y no miedo,
Fortuna ménos prolija?

De tu heróico dueño el fin
Te condena á olvido oscuro,
Y en ocio torpe y rüin,
Pendiente de servil muro,
Te envuelven polvo y orin.

Y la ingrata incuria deja
Que en tus embotados filos
Y dorado pomo teja
Y estienda Aracne sus hilos ;
Mas quien tan poco semeja

Á su padre esclarecido
Y mas que al virtuoso Marte
Sigue á Baco y á Cupido,
Es bien que de sí te aparte
Y te condene al olvido ;

Y que de verte se ofenda
Quien solo de fácil juego
Lidia en infame contienda,
En donde, demente y ciego,
Pierde la heredada hacienda.

1857.

RETO AL DESTINO.

No más supliques, corazon, ni llores :
¿De qué tu llanto te valdrá? de nada ;
De nada humildes ruegos : tus dolores
Sufre de hoy más con altivez callada :
¿No sabes, dí, que el Hado sus rigores
Nunca remite ni jamas se apiada,
Y cuán en vano su nobleza humilla
Quien dobla ante sus aras la rodilla?

De la dura paciencia los diamantes
 Te abroquelen el pecho, que no pudo
 Quebrantar en sus golpes incesantes
 La clava del destino tal escudo:
 Su saña y su teson se rindan ántes
 Que tu orgulloso sufrimiento mudo,
 Que halle mas firme sin cesar y grande
 Cada mayor desdicha que te mande.

Del añoso, arraigado, excelso roble
 Que crece de una sierra en la alta cumbre,
 Emblema fiel de la Constancia noble,
 Imita la magnánima costumbre;
 Al cual nunca hace que la frente doble
 De los vientos la airada muchedumbre
 Que nunca aplaca su tremenda guerra
 Contra el monarca altivo de la sierra.

Sé como firme escollo cuya planta
 Azota el océano eternamente,
 Mientras el huracan, si se levanta,
 Hierne tronando su desnuda frente
 Con saetas de fuego; y él aguanta,
 Sin parecer siquiera que la siente,
 Del mar y el cielo la batalla doble,
 Eternamente tácito é inmoble.

Sí, que de hoy mas sin las cobardes preces
 Y llantos de la humana criatura,
 Que tú siempre ó desoyes ó escarneces,
 Oh Destino crüel, de la amargura
 Apuraré la copa hasta las heces:
 Tu saña pués en mi constancia apura,
 Y contra mí asestándolas, acaba
 De agotar las saetas de tu aljaba.

Dispuesto á todo estoy; desde este dia
 Entra en combate singular conmigo:
 Haz tan extrema la miseria mia,
 Que envidia sienta del mas vil mendigo;
 Me devore en larguísima agonía,
 Sin que me dé la caridad abrigo,
 Horrible mal, espanto de la gente,
 Que áun á la misma Compasion ahuyente.

De mí se aleje la Amistad esquivada
Y me nieguen sus labios desleales;
Como á extraño, mi patria me reciba,
Y ciérreme sus brazos maternos;
De mí afrentada, mi familia altiva
Me arroje con baldon de sus umbrales,
Y en pos corriendo de mi huella, impía
La plebe vil de mi infortunio ria.

De la Calumnia pérfida me acierte
Cada tiro traidor; todos estimen
Que por maldad, no por adversa suerte,
Desgracias tantas mi existencia oprimen;
Pena parezcan corta, aunque tan fuerte,
Á tanto horrendo nunca oído crimen,
Merecedor de justiciera llama,
Con que mancille mi virtud la fama.

Haz por fin que me ponga la Fortuna
En la parte mas baja de su rueda;
Sobre mi frente miserable aduna
Cuanta desdicha imaginar se pueda;
De ellas no falte á mi aficcion ninguna;
Aun del bien de esperar me deshereda:
Y males para mí tu saña invente
Cuales no puede adivinar la mente.

Ya verás, oh Destino, que mi alma,
Mas sufrida que el justo de Idumea,
De su constancia te opondrá la calma,
Que nunca esperes que domada sea;
Y, aunque no pueda merecer la palma
En tan tremenda desigual pelea,
Me quedará el consuelo todavía
De la invencible resistencia mia.

1857.

LA TRANSFIGURACION.

Ya la gloriosa cumbre del Tabor
 Atras dejaron los divinos piés;
 Nieve la veste, un astro la faz es
 Que del sol avergüenza el resplandor.
 Así, del alto cielo oh morador,
 Á la diestra del Padre arder le ves;
 Y en los aires Elias y Moises
 Cifien un lado y otro del Señor;
 Mientras yacen por tierra, en ademan
 De asombro, de pavor y adoracion,
 Pedro, Santiago y el amado Juan:
 ¡Cuándo, oh Señor, en la celeste Sion
 Sin velo así mis ojos te verán,
 Si de verte mis ojos dignos son!

1857.

Á JESUCRISTO.

¿Á quién acudiré, cuando estoy triste,
 En busca de remedio y de consuelo,
 Si no á ti, que comprendes nuestro duelo,
 Del que experiencia tan crüel hiciste,
 Cuando la mortal carne que nos viste
 Te vió vestir el asombrado cielo,
 Y las miserias del mezquino suelo
 Todas por larga prueba conociste?
 Me espanta de tu Padre soberano
 La majestad tremenda; mas contigo,
 Que te muestras tan dulce y tan humano,
 Me es dado hablar cual con estrecho amigo,
 O cual pudiera hermano con hermano,
 Y mis dolores íntimos te digo.

1857.

Á DIOS.

Tal vez á celebrarte
 Me arrastra ardiente irresistible afecto:
 Mas, vanos númen y arte,
 Remeda mi imperfecto
 Canto el zumbido de volante insecto.

En corto labio humano
 Mal el loor de tus grandezas cabe;
 En Sion y á ti cercano,
 El serafin te alabe;
 Mas ni él loarte dignamente sabe.

Loores y armonias
 Dignas de ti no tiene lo creádo;
 Solo de ti podrias
 En suficiente grado,
 Pues en él te conoces, ser loado.

Mas de tu criatura,
 Que en destierro que alivia la esperanza,
 De tu santa luz pura
 Tenue vislumbre alcanza,
 Sea humilde silencio la alabanza.

1857.

Á ELENA.

Dulcísima vírgen, eres
 Bella entre cuantas mujeres
 De rara belleza vi;
 Ni en el bajo suelo hay cosas
 Dignas, por puras y hermosas,
 De que las compare á ti.

Jamas estrellas rivales
 De tus ojos celestiales
 En la tierra contemplé,
 Ni les hallo semejantes
 Entre los ojos distantes
 Con que, la Noche nos ve.

Mas blanca eres que la luna,
 Y no es dado en flor ninguna
 Tan fresca púrpura ver,
 Que de tu lozana cara,
 Que la Salud envidiara,
 No la venza el rosicler.

Si sonrie tu bermeja
 Boca, que engañada abeja
 Por flor pudiera picar,
 Enseñas entre corales
 Perlas mas blancas é iguales
 Que las de rico collar.

Tu dorada cabellera
 Que te cubre toda entera,
 Suelta al céfiro feliz,
 Ya es diadema de tu frente,
 Ya te viste un manto ardiente
 De gloriosa emperatriz.

De frente en igual decoro
 No parte y destrenza el oro
 Marfil dentado ó carei;
 Ni tal ser pudo el cabello
 Del tal vano cuanto bello
 Hijo del profeta rei.

No á Vénus formas envidias,
 Ni las ideó tales Fídias;
 Ni tanto el gran Rafael
 Voló con su ingenio y arte,
 Que presuman igualarte
 Las hijas de su pincel.

La tierra toca tan blando
 Tu breve pié, cual si hollando
 Frájlil piso de cristal
 Con timidez estuvieras,
 O como si á volar fueras
 Á tu patria celestial.

Tal, ántes de darse al vuelo,
 Por sobre el herboso suelo
 Andando un pájaro va
 Con tan airosa manera,

Que á cada instante se espera
Verle que se encumbre ya.

Si de beldad tan subida
Es tu cuerpo, en él se anida
Hermosura superior:
Una alma tan noble y pura,
Que recrearse en su hechura
Debió el divino Hacedor.

Luce en ti tan manifiesto
Tu virtuoso ánimo honesto,
Que el mismo impio Don Juan
Hubiera dicho á tu vista:
«Es imposible conquista
Al mas obstinado afan.»

Si á loarte álguien comienza,
Tu faz modesta vergüenza
Tifne en mas vivo carmin;
Y, bajando la mirada,
Muda ruegas y turbada
De tus loores el fin.

Cuando bordas, sobrepuja
Á diestro pincel tu aguja,
Y en su tarea menor
Representas á Minerva,
Cuando de la gente sierva
Presides á la labor.

Tus músicas y canciones
Aquietan de las pasiones
El tumulto y fiera lid,
Como de Saúl la ira
Apaciguaban la lira
Y los cantos de David.

Nada dices, no haces cosa
Que no te muestre graciosa,
Y tenga secreto iman;
La Gracia misma te enseña
Hasta la accion mas pequeña
Y descuidado ademan.

No hay matrona que no quiera
Y solicite tal nuera,

Ni tierno noble garzon
 Que su esperanza y empeño
 No ponga todo en ser dueño
 De tu mano y corazon.

Por ti el extranjero olvida
 Su dulce patria querida,
 Y alarga su estancia aquí;
 Y en vano de allá le llama
 O madre, ó amante dama
 Que echó en olvido por ti.

¡Ah! feliz tu noble padre!
 Y tu envanecida madre
 ¡Feliz cien veces y cien!
 Y ¡felices tus hermanos,
 Y cuantos te están cercanos
 Y siempre te oyen y ven!

Y tus amigos y amigas,
 Y aquellos á quienes digas,
Adios, al pasar, siquier!
 Y ¡mas que todos dichoso
 Quien ser el amado esposo
 Alcanze de tal mujer!

1857.

Á PARIS.

Nada presta tu ruido á mi contento,
 Paris, de gente y de placeres lleno:
 ¡Vasta y altiva capital! no cuento
 Ni un solo amigo en tu jigante seno.

Gozan en ti los ojos y la mente
 Con lo grandioso y opulento y vario:
 Mas siempre jime el corazon doliente,
 En ti sin alimento y solitario.

Con tus fiestas y pompas y placeres
 Y vasta agitacion que nunca calma,
 Babel segunda á mis sentidos eres,
 Pero eres un desierto para mi alma.

LA VÍRGEN MARIA.

¿Qué digna lengua la alabanza entona
De la que, siendo madre, fué doncella?
La adora el ángel, y se mira en ella
Cada divina liberal Persona.

Es diamante sin par de su corona
Cada mas pura rutilante estrella;
Luna y sol su triunfante planta huella,
Y es el arco Iris su listada zona.

Alégrate y espera, estirpe humana:
Que Esta, del cielo reina poderosa,
De los nobles querubes soberana;
Esta, madre de Dios, de Dios esposa,
No ángel, nació mujer y nuestra hermana,
Y en rogar por nosotros no reposa.

1857.

Á LA VÍRGEN.

Vírgen, ¿por qué, cuando el divino infante
Á la tuya su faz junta risueño,
O goza entre tus brazos blando sueño,
Cubre grave tristeza tu semblante?
¡Ay! que ya de tu mente está delante
De sus verdugos el airado ceño,
Y ya pendiente del infame leño
Le ve morir tu corazon amante.

Que es de tu claridad nube sombría
Y á tus placeres todos mezcla duelo
De Simeon la triste profecia;

Mas mirarle te dé justo consuelo
Resucitar en el tercero dia,
Y en gloria excelsa remontarse al cielo.

1857.

LA TARDE Á ORILLAS DEL MAR.

A ***

¡Oh melancólica vírgen!
 Cuando el sol se hunde en las olas,
 Vé con paso lento á solas
 Á la playa á meditar:
 Que siempre al incierto rayo
 Del agonizante día,
 Está la Melancolfa
 Sentada orillas del mar.

Héla allí—el ebúrneo codo
 Apoyado en la rodilla,
 Y en la palma la mejilla,
 En pensativa actitud;
 Suelto el dorado cabello,
 Grave el rostro, la mirada
 En el vasto mar clavada,
 Y toda en muda quietud.

Allí soledad, oh vírgen,
 Allí el sosiego y la calma
 Que son tan gratos al alma,
 Allí silencio hallarás:
 Silencio que solo turba
 De la onda el lento murmullo,
 Y al alma aduerme su arrullo
 Y monótono compas.

Cruza las ondas tranquilas,
 Que parecen otro cielo,
 El rápido barquichuelo
 Del nocturno pescador;
 Y al son del pausado remo,
 Por aliviar su faena,
 Alza en la tarde serena
 Un canto consolador.

Mas allí donde se juntan
 El cielo y el océano,

Ya busca la vista en vano
 Del sol el rayo postrar;
 Un crepúsculo dudoso
 De luz y sombra formado,
 Como un velo delicado,
 Se difunde por doquier.
 Goza esta hora indefinible,
 En que con vago lamento
 La tierra y el mar y el viento
 Parecen de amor gemir;
 Y en que un abrazo amoroso,
 Que tan presto ¡ay! se deshace,
 Se dan la Noche que nace
 Y el Día que va á morir.

Y muere al fin, y se apaga
 Su indecisa luz postrera,
 Y sola en el orbe impera
 La callada Noche ya;
 Y como reina africana,
 En la vasta negra frente
 Su corona refulgente
 De estrellas llevando va.

1857.

LAMENTO DE DAVID

POR LA MUERTE DE SAÚL Y JONATÁS.

¡Oh montes de Gelbóe, nunca caiga
 Sobre vosotros celestial rocío,
 Mas vuestros campos un eterno estío
 Esterilize con sediento ardor!
 Que en ellos ¡ay dolor! el rei guerrero
 Al par cayó del último soldado,
 Como si no le hubiera consagrado
 El oleo del Señor.

¡Cuántas hijas y esposas de Filiste
 Huérfanas y en viudez dejó su espada,

Que nunca se envainó sino empapada
 En sangre de los hijos de Belial!
 ¿Cuándo esterminador tan formidable
 Tendrá la gente de Jehová maldita?
 ¿Y á tener volverá el Israelita

Otro caudillo tal?

Y tú, mi amigo fiel, mi tierno hermano,
 Que en la mañana de tu vida mueres,
 Mas dulce que el amor de las mugeres
 Érame tu amistad, oh Jonatás;
 Yo, cual ama una madre á su hijo único
 Que alivia, amante, su viudez llorosa,
 O ama un esposo á su novel esposa,
 Así te amé, y aún más!

Eras amable en la paterna corte
 Cual noble vírgen que agradar desea;
 Mas fuiste como tigre en la pelea,
 Y te daba la Muerte su furor:
 Jamás partió tu flecha silvadora
 Del arco resonante, que certera
 En pecho hostil á terminar no fuera
 El vuelo matador.

Saúl y Jonatás! como leones
 Fuertes, raudos cual águilas!—Tan triste
 Muerte callad á la crüel Filiste
 Y á las plazas de Geth y de Ascalon:
 Por que las hijas y consortes fieras
 De la culpada gente incircuncisa
 No cambien luego en orgullosa risa
 Su llanto y afliccion.

Saúl y Jonatás! en esta vida
 Los enlazaba tan estrecho nudo
 De mutuo amor, que ni la Muerte pudo
 Union partir tan amorosa y fiel:
 Tus vestes rasga, con ayuno y llanto
 Tan acerba desgracia solemniza,
 Y cubra tu cabeza vil ceniza,
 ¡Oh mísero Israel!

1857.

ROSAURA.

Luce del alba el resplandor primero,
 Y ya ante el claro tocador se alinea
 Rosaura, hermosa, presumida niña
 Que el día en ataviarse gasta entero;
 Y, como enamorada de sí propia,
 En su beldad se ufana y se recrea,
 Y en el cristal luciente que la copia
 Atenta ve el peinado y la presea
 Que mas el blanco rostro le hermosea:
 De frente ora contempla su hermosura,
 Ora entre dos espejos
 Su espalda ó su perfil mirar procura,
 De cerca ya se mira, ya de lejos;
 Y cuanto airosa artística postura
 Y ademan elegante
 La Trinidad enseña de las Gracias
 Su vanidad ensaya y los apura
 Ante el amigo espejo
 Adulacion pidiéndole y consejo.
 Al verla así, creyeras
 Lector, que enamorada está de veras
 De la hermosa que dentro
 Habita del espejo y al encuentro
 Le sale alegre y presta
 Siempre que á verse llega, y la saluda,
 Y con amor y con lisonja muda
 Sus miradas y risas le contesta.

La Elegante voz pública la llama,
 Pues no hay en Lima dama,
 O casada ó soltera,
 Que le usurpe la fama
 De ser en el vestirse la primera.
 Y como entre aves de pintada pluma
 El pavon altanero
 Despliega de su falda la ancha rueda
 De piedras salpicada, que remeda

Deslumbrante vidriera de joyero ;
Como entre flores mil que del verano
Pintó la rica mano
Se mece al soplo de la plácida aura
La presumida rosa, ó entre estrellas
Su luz ostenta la serena luna ;
Tal descuella Rosaura
Entre mil y mil bellas
Que iluminado ancho salon aduna.
¡Oh doncella feliz, cuyo cariño
Unico son las cintas, los encajes,
Las joyas y los trajes
Y los demas ministros de su aliño ;
Su afan estar al cabo de las modas
Que nuevas cada dia
Al sexo encantador Paris envia,
Y en Lima ser quien las estrene todas ;
Y que, cuando se case, su desvelo
Mayor, será el vestido y blanco velo
Que ha de ponerse el dia de sus bodas !
Nunca mayor desgracia la molesta
Que dejar de asistir al baile ansiado,
Por no haber acabado el prometido
Esperado vestido
La modista traidora ;
Pero lo que mas lágrimas le cuesta
Es que esa noche su rival Aurora
Haya de ser la reina de la fiesta.

1857.

EL HABLADOR.

I.

Llega, y con tono majistral y grave
De la palabra al punto se apodera,
Y empieza á disertar sobre cualquiera
Materia, porque todas se las sabe.

No habla mas largo ni seguido el ave
Que nuestro idioma imita vocinglera;
Y aunque su voz apague la ronquera,
Ni remota esperanza hay de que acabe.

Crece en tanto el fastidio, el tiempo pasa,
Á despedirse empieza ya la gente,
Y á tanta reunion la ántes escasa
Sala se desocupa, y solamente
Con la infeliz señora de la casa
Se queda el hablador impertinente.

II.

¡ Ay del que con Don Juan entra en disputa!
De aquel á quien siquiera se le escapa
La réplica menor, pues se reputa
Mas infalible que el romano Papa.

Cuanto dice verdad es absoluta
Que á la misma Verdad la boca tapa,
Aunque diga que en Francia está Calcuta
Y á Paris ponga en África su mapa.

Materia en todo para eterna plática —
Halla, á pesar de su apariencia tísica
Y de su cruel respiracion asmática;
Y desde rudimentos de gramática
Hasta la mas sublime metafísica
En todo su sentencia da, dogmática.

1857.

Á FRAY LUIS DE LEON.

Cuando mundano anhelo
 O triste vanidad mi pecho inquieta,
 Alivio pedir suelo
 En estancia secreta
 Á tu divina musa, oh mi poeta.
 Siéntese el alma luego,
 Cual si saliera presurosa de éste,
 En mundo de sosiego;
 Ni hay ya qué la moleste,
 Y va cobrando un no sé qué celeste.
 Su alta nobleza entiendo
 Y «en suerte y pensamientos me mejoro;»
 De la fama el estruendo
 Desprecio, y el vil oro,
 Y de mis vicios y defectos lloro.
 Y de la «descansada
 Vida del que huye el mundanal rüido»
 Y mueve la pisada
 Por sendero escondido,
 Me enamora tu cántico sentido.
 Y «¡oh feliz el viajero
 Humano, luego suspirando digo,
 Que sigue aquel sendero
 Al que Dios es amigo,
 Y desdichado yo que no le sigo!»
 Mas del mundo la ira
 Tú sentiste también, y un lustro entero
 La envidia y la mentira
 En calabozo fiero
 Te tuvieron sin culpa prisionero.
 Tu ingenio y vasta ciencia
 Tus solas culpas fueron, y tu pia
 Portentosa elocuencia,
 Y, mayor cada día,
 El popular aplauso y nombradía.

De ti el viudo tracio,
 Tu canto al escuchar, se maravilla,
 Con Píndaro y Horacio:
 Tuya es la regia silla
 Entre líricos vates de Castilla.

Fugaz tiempo y escaso,
 Antes de que tu luz resplandeciera,
 La ocupó el dulce Laso,
 Y destronarte espera
 Ríoja en vano y el divino Herrera.

En tus cantos se hermana,
 Con tan estrecho nudo é igual parte,
 La fuerza soberana
 Del númen con el arte,
 Que no será jamas que de ellos me harte.

Ni tan solo el divino
 Verso hispano por ti competir osa
 Con el griego y latino,
 Mas fulgente y gloriosa
 Se alza por ti la castellana prosa.

Tu frecuente lectura
 Es plática que tengo yo contigo,
 Y me es tanta dulzura
 Cual con estrecho amigo
 Estar hablando á solas sin testigo.

Pues de los vates uno
 Eres, que por amigos he elejido,
 Y en mis lares aduno,
 Á quienes voi y pido
 Consuelo y de mis males el olvido;

Por quienes á la lumbre
 De vijilante lámpara desdeño,
 Por antigua costumbre,
 El tentador beleño
 Y el reposo blandísimo del sueño.

¡Cuántas veces y cuántas
 Me sorprendió contigo el claro día!
 ¡Qué inspiraciones santas
 Á tu alta poesia
 Agradecida debe el alma mia!

El cielo echabas ménos,
 Como si ántes en él morado hubieras,
 Y países agenos
 Te eran estos, ni eras
 Amigo de las cosas pasageras,
 Y por eso, de llanto
 Despidiendo tus ojos larga vena,
 Desatabas el canto
 De la « Noche serena, »
 Para engañar así tu santa pena ;
 O aquel donde interpretas
 El ansia ardiente á tu Rüz amado
 De saber las secretas
 Leyes de lo creado ;
 O el que declara tu éxtasis sagrado,
 Cuando, de tu Salinas
 Por la inspirada diestra gobernadas,
 Sonaban las divinas
 Músicas extremadas,
 Cual las que oyen las célicas moradas.
 Suspiros son continos
 De quien del mundo en la prision no cabe,
 Son lastimeros trinos
 De dulce canora ave
 Que encierra en breve cárcel dura llave.
 Tambien yo mis pesares
 Aliviar suelo si, pensando cuerdo,
 Hallo que son mis lares
 Otros cuyo recuerdo,
 Aunque antiguo, jamas del todo pierdo.
 Y, aunque afectos mundanos
 Me rijen, y son puro devaneo
 Mis pensamientos vanos,
 Tambien en mí el deseo
 Arde de contemplar lo que no veo.
 Y á las veces del cielo
 Me poseen vivísimos antojos,
 Y nada aquí en el suelo
 Ven entónces mis ojos,
 Que no me sea lágrimas y enojos.

1858.

Á MI PATRIA.

De adverso signo mi existencia es hija:
 O de naturaleza, ó de fortuna,
 ¿Qué fiero mal habrá que no me aflija?
 Yo á mi padre perdí desde la cuna.

 Mi esquivia fiera condicion, que en vano
 Quise vencer con imposible hazaña,
 Me destierra del dulce trato humano,
 Y del amor y la amistad me extraña.

 En nada logran encontrar remedio
 Y más y más se aumentan cada dia
 Este mi universal profundo tedio
 Y entrañable genial melancolia.

 Jamás siquiera de placer asomos
 Á mi triste vivir dieron los cielos;
 Yo y la Tristeza inseparables somos,
 Y de la misma madre hijos gemelos.

 Misteriosa dolencia antigua y lenta,
 Que combatió la ciencia vanamente,
 Sin cesar me consume y atormenta,
 Y ni me mata ni vivir consiente.

 Ausente me ha tenido el crüel hado
 La mitad casi de mi triste vida
 Del patrio suelo y del materno lado,
 Que ni un instante mi cariño olvida.

 La negra Envidia con traicion me accecha;
 Y bañadas del Orco en el veneno,
 La Calumnia feroz flecha tras flecha
 Lanzando está contra mi inerme seno.

 Y aunque me veis en juveniles años,
 Anticipada la experiencia amarga,
 Padecí mas crüeles desengaños
 Que contar puede la vejez mas larga.

 Y aún me falta tal vez el solo escudo
 Que me abroquela el combatido pecho,
 Pues humillado de mi ingenio dudo,
 Y del orgullo la ilusion sospecho.

Y otra desgracia el corazón me abrumba,
Mas que todas fatal, extraña y grave,
Que no puede al papel confiar la pluma
Ni al viento el labio, y que ninguno sabe.

Y mi ardiente aprensiva fantasía,
Cual si de males muchedumbre tanta
No bastase, los dobla todavía,
Y los prolonga todos y adelanta.

Mas tantas penas que me afligen, nada
Son comparadas al dolor de verte
Tan infeliz, oh patria, y humillada,
Y al punto no poder cambiar tu suerte.

Sí, son los tuyos mis mayores males;
Y si fuerte y dichosa y grande fueras,
Los que á mí solo tocan, aunque tales,
Sonriendo mirara cual quimeras.

Por ti á quien para ti sin fruto adoro,
Mi sangre toda en hiel trueca la ira,
Y me deshace la piedad en lloro,
Y hasta turbada mi razón delira.

Tú el pensamiento eterno de mis días,
Y tú el desvelo de mis noches eres;
Tú el mas dulce placer me amargarías,
Si posibles me fueran los placeres.

Y héroe quisiera ser por ti romano,
Y dejando el laud que en vano agrada,
En tu defensa armar la fuerte mano
Con la triunfante salvadora espada.

Y en mi extremo amoroso desatino
De un dios á veces el poder anhelo,
Para cambiar la faz de tu destino
Y hacerte reina del inmenso suelo.

Ah! con mi sangre toda mereciste
Pudiera al ménos la piedad divina,
Y como Curcio á Roma, con mi muerte
Salvarte, oh patria, de inminente ruina!

1858.

Á LA MÚSICA.

Noble arte á quien la palma
 Otro arte en vano disputar procura,
 Por ti se engolfa mi alma
 En un piélago inmenso de dulzura,
 De donde no volviera
 Jamas á la tristísima ribera;
 Mas ántes, continuando
 Su viaje venturoso en presto vuelo
 Por piélago tan blando,
 Al fin llegara del distante cielo
 Á tranquila ensenada,
 Y en ella hiciera su inmortal morada.
 Tú manejas las llaves,
 Tú los senos mas íntimos conoces
 Del corazon; tú sabes
 Templar mis penas y exaltar mis goces;
 Y si con vez frecuente
 Abres del lloro la profunda fuente,
 Las gotas de mi llanto
 Mi faz refrescan, de dulzura llenas,
 Como rocío santo;
 Y si tal vez al corazon das penas,
 No hai placer ni alegría
 Que más me halague que la pena mia.
 Apénas tu primera
 Nota me hiere, me transformo y mudo
 Todo yo en tal manera,
 Que soi otro hombre que espantarse pudo
 Con tu sin par hechizo,
 Maga divina, de lo que ántes hizo.
 Como despues me espanto
 De lo que sentir me hizo tu influéncia,
 Tu influéncia que tanto
 Á mí mismo de mí me diferencia,
 Y aspecto tan diverso
 Á la vida le da y al universo.

Desden cobra al pecado
 Mi alma, y de los suyos se arrepiente
 Por ti, y menospreciado
 Es de ella el metal vil que ánsia la gente;
 Los deleites le apocas
 Y las mundanas diversiones locas.

Tú su excelso divino
 Oríjen le recuerdas, la celeste
 Patria de donde vino
 Y á do, dejada la terrena veste,
 Volver aspira ahora
 Desde el triste destierro donde mora.

Por ti desprecio noble
 Los insultos ó halagos de la suerte,
 Y vida siento doble;
 Miro el martirio impávido y la muerte;
 Ni ya me son extrañas
 De los mayores héroes las hazañas.

Á mi presente estado
 Presta me roba tu virtud amiga;
 Torna á ser lo pasado,
 Que con lazo tan fuerte á ti se liga,
 Que tan viva y fielmente
 Nada hai que como tú lo represente.

De mis primeros años
 Las altas ilusiones infinitas
 Y sublimes engaños
 En mi alma desolada resucitas;
 Mis ambiciones haces
 Y mis proyectos renacer audaces.

Por ti confiado creo
 En la engañosa voz de la Esperanza,
 Y presume el deseo
 Que alcanza ya lo que ninguno alcanza,
 Y áun lo imposible quiero,
 Que fácil me parece y hacedero.

Clara sublime prueba
 De la inmortalidad del alma humana,
 Que presiente su nueva
 Vida cuando te escucha, y de la arcana

Celestial delicia
 Mágica le anticipas la primicia.
 Del vivir sobrehumano
 Sensaciones me das, que gozar fio:
 Mas declarar en vano
 Procura con afan el labio mio
 Cuánto en mí puede y cuánto
 La fuerza misteriosa de tu encanto.
 Mas ¿qué mucho que hieras
 Nuestras almas así tan hondamente,
 Si hasta las torpes fieras
 Sienten todas y entienden tu elocuente
 Universal idioma,
 Que su crueldad nativa amansa y doma?
 No es ciego devaneo
 Ni de griega invencion bella mentira,
 Que de Cadmo y Orfeo
 Con el divino canto y con la lira,
 Fuiste á la estirpe nuestra
 De la vida civil primer maestra.
 Ni es fábula que el canto
 Y laúd gemidor abrirle pudo
 Del sempiterno espanto
 La lóbrega mansion al tracio viudo,
 Haciendo á los precitos
 Olvidar sus tormentos infinitos;
 Ni que Pluton avaro
 Volvió al esposo fiel la dulce esposa,
 Que el aire no vió claro,
 Por inquieta mirada y amorosa,
 Del Orco á la salida,
 De nuevo y para siempre ya perdida.
 Las selvas y montañas
 Tuvieron para ti planta y oido;
 Criaturas extrañas
 No hai al poder de músico sonido:
 El fiero mar serenas
 Y al rauda rio la corriente enfrenas.
 Manjar del alma mia,
 Néctar del corazon, como el beodo

Más el licor ansía
 Miéntras le bebe más, del propio modo
 Mi deleitado pecho
 Nunca de ti se siente satisfecho.

Mas, aunque la dulzura
 Cese de tus acentos, no te pierdo,
 Pues en mi pecho dura
 El celeste placer de tu recuerdo,
 Y sigue tu eco blando
 En el fondo del alma susurrando,
 Cual santo monge, absorto
 En éxtasis divino, á quien el dia
 Es un instante corto,
 Tal yo la larga sucesion tardia
 De las horas no siento,
 Y huyan mis dias cual fugaz momento.

Y «si así en este globo
 La música suspende y da consuelo,
 Clamo luego en mi arrobo,
 ¡Ah! ¿cuál será la música del cielo,
 Y la angélica orquesta
 Que alegra del Señor la eterna fiesta?

«Y si tanto un concento
 De Mozart ó Rossini me extasía,
 Díme, oh mi pensamiento,
 ¿Cuál te finjes aquella melodía
 Que, como mar sonora,
 Hinche el alcázar que el Eterno mora?»

Tú, Música, el ambiente
 Eres que allí respira el labio santo,
 Y de esa noble gente
 Es el idioma natural el canto;
 Pues solo tus acentos
 Espresaran tan altos pensamientos.

No allí cada voz rota
 Suena, cual en mortal idioma muerto,
 Mas es viviente nota
 De melodioso universal concierto
 Que en consonancia plena
 Por la feliz eternidad resuena.

Ah! cuando llegue el fijo
 Plazo fatal que á mi vivir espera,
 Y el santo crucifijo .
 Levanten á mi triste cabecera
 Sacras piadosas manos,
 Y lloren junto á mí madre y hermanos;
 En tan terrible trance,
 ¡Cumplido logre este postrer anhelo!
 Tu acento oir yo alcance
 Cual dulce voz con que me llame el cielo,
 Para que de la vida
 Con ménos sentimiento me despida.

1858.

Á MI MADRE.

Como en la dura guerra
 Del océano y huracan tonante,
 Recuerda el navegante
 El quieto asilo de la dulce tierra;
 Tal yo, madre querida,
 Sola dulzura de mi triste vida,
 En este mar tempestüoso, inmenso
 De tedio y amargura,
 Me vuelvo á ti y en tu cariño pienso,
 Como en puerto de amor y de ventura.
 Y cuando más la pena me castiga,
 Y al peso del tormento
 Parece que se rinde el sufrimiento:
 ¡Ai! ¿dónde, dónde estás, mi única amiga,
 Exclamo jembundo,
 Que á tu Clemente á consolar no vienes,
 Tú que eres para mí todo en el mundo
 Y cifras para mí todos sus bienes?
 Tú que eres de mi suerte en los rigores
 Padre, amigos y amores,
 Pues de todo me tiene despojado
 La fiereza del hado.

¿Adónde, adónde estás, para contarte
 Mis desventuras mil parte por parte?
 Que mal podré, si á ti no lo confío,
 Confiar á nadie el sentimiento mio;
 Y años ha que me dijo la experiencia
 Que no hai quien del que sufre, con espanto
 Y presurosa planta no se aleje,
 Cual católica turba del hereje
 Á quien persigue el anatema santo.

Mas tú que eres mi madre,
 Que con ojos serenos
 Nunca pudiste oir males agenos,
 Que del dolor larga esperiencia has hecho,
 Y á quien no hai alabanza que no cuadre
 Por tu sensible generoso pecho,
 Leerás sin hastío
 Los tristísimos versos que te envío
 Desde el lejano suelo donde moro;
 Antes los regará tu ardiente lloro,
 Y mirarme quisieras á tu lado
 Para darme el consuelo demandado,
 Y á mi lloroso rostro dulce abrigo
 Dar en tu seno amigo;
 Como allá en mis niñeces
 Cuando, en tu ausencia maltratado á veces,
 Á tu encuentro llorando veloz iba
 Á decirte mi agravio;
 Y tú me consolabas compasiva,
 Y mi oido halagabas con aquesos
 Dulces acentos de sin par terneza,
 Que solo al dulce labio
 De una madre enseñó naturaleza,
 Y mil me dabas regalados besos.

Nací, y áun me arrullaban en la cuna,
 Cuando á mi padre me robó la fiera
 Enemiga Fortuna,
 Cual si darme á entender así quisiera
 Que á tan triste partida
 Correspondiera el viaje de mi vida.

¡Ai! madre, y el deceno
Año apenas cumplí, cuando el malvado
Destino me arrancó á tu dulce lado,
Llevándome á distante suelo ageno!
Hoi es, y aún al recordar me aflijo
Que, sin decir adios á tu pobre hijo
Ni estrecharle á tu seno,
Del bajel con secreto te partiste,
Temiendo el trance de un adios tan triste.
¡Cuánto con voces, cuánto
No te llamé con alarido y llanto,
Al verte de repente en la barquilla
Que tornaba á la orilla,
El lloroso semblante
Cubriendo, oh madre, con tu blanco lienzo!
Y en tanto la lijera resonante
Nave iba ya rodando; San Lorenzo
Pronto pasó, doblando su carrera;
Y yo que contemplaba con ansiosa
Vista la costa, al fin no ví do quiera
Sino el cielo y la mar espaciosa.
¡Cuál entónces quedé, al pensar que á un tiempo
De mi madre y mi patria me alejaba!
¡Cuánto apuré de aquella doble ausencia
El profundo pesar! á mi presencia
La extraña gente, con mi llanto pia,
Con blanda mano hiriéndome la frente,
«Pobre niño, decía,
Que de su dulce madre vive ausente!»
De pueril turba juguetona y leda
La bulliciosa rueda
Abandonar usaba de repente;
Y á llorar me apartaba,
Á llorar sin consuelo,
Que tu recuerdo y el del patrio suelo
Súbito me asaltaba;
Y recordaba los felices dias
Cuando en la tarde ociosa,
En el abierto corredor sentada,
Jugar con mis hermanos me veias.

Y un lustro que duró tal pesadumbre
 El estar triste y solo hizo costumbre,
 De sociedad esquivo
 Y taciturno siempre y pensativo;
 Pasó ya la tristeza
 Á ser naturaleza,
 Y la melancolía mas profunda
 De entónces fué mi condicion segunda.
 Dí al fin la vuelta á mi pais nativo,
 Y de mi vida el júbilo mas vivo,
 Que, en descuento de tantas aflicciones,
 Darme quiso la suerte,
 Fué el de volver, tras de la ausencia, á verte:
 ¿Quién dirá la dulzura de ese instante,
 Del largo abrazo estrecho
 En que á tu pecho confundí mi pecho
 Y junté mi semblante á tu semblante;
 Y uno y otro deshecho
 En dulcísimo llanto de alegría,
 Nada mas murmuraron nuestros labios
 Que «hijo de mis entrañas», «madre mía.»?
 Y cuando de la patria la dulzura
 Y amor de la familia y tu cuidado
 Á templar empezaban mi tristura,
 De la vida en la mas secreta fuente
 Me hirió con cruda saña
 Enfermedad extraña
 Que á la tumba me arrastra lentamente;
 Pues á tornarme la salud primera
 Vana la ciencia fué, como fué vano
 De Lima la perenne primavera
 Abandonar por climas donde eterno
 Estrema sus rigores el invierno.
 Mas con el dulce engaño
 Siempre me ha lisonjeado la Esperanza
 De que, al nacer cada año,
 Le saludara mi feliz mudanza:
 ¡Ai! que los años huyen, y ya el quinto
 Empezó no distinto
 Para mí de sus tristes compañeros;

Y otros tras él sucederán lijeros,
Sin que ninguno en su fatal huida,
Me deje ó traiga la salud perdida.

Pero tales congojas, y mayores,
Paciente tolerase, si pudiera
Pábulo dar á mi afición innata
Al arte que con voces por colores
La creación retrata;
Pero mi mal lo veda inexorable,
Y, si sus leyes obstinado quiebro,
Agudísima espada
Atravesar parece mi cerebro,
Envuelta en parda nube la mirada,
Llenos de sordo estruendo los oídos,
Y turbadas potencias y sentidos:
Tanto que pueden, dulce madre, apénas,
Poetizando mis extrañas penas
Y destino tirano,
Idear la mente y escribir la mano
Estos que á ti dedico versos rudos,
De primor y elegancia tan desnudos.

Para mayor tormento, se imagina
Donde quiera consuelos y divina
Felicidad mi arrebatada mente,
Que fácil se afervora y alucina,
Y es en todo por ella divisada
La dicha que jamas encuentra en nada.
Como goloso infante, viendo henchido
De licor rubio el cristalino vaso
Que de su audaz inquieta mano acaso
Al alcance dejó servil olvido;
Si engañado le coje y bebe ansioso,
En lugar de la miel apetecida
Que imaginó gustar, gusta rabioso
El sabor de amarguísima bebida,
Destinada al provecho
De enfermo preso en congojoso lecho;
Tal engañada el alma, halla tan solo
Un sinsabor donde creyó un contento;
Y aunque padece sin cesar el dolo

De suerte mofadora,
 Dolores no le excusa el escarmiento,
 Y en cada día un desengaño llora.
 Y ¡siempre así será! ¿de la ventura
 Nunca veré el semblante?
 Y desde que del sol la lumbre pura
 Mis ojos alumbró hasta que en oscura
 Eterna sombra se hundan y alto sueño,
 ¿No habré de ser feliz ni un solo instante?
 ¿Perenne desamor es mi destino?
 ¿Eterna soledad es mi camino?
 ¡Ai! tú mi adios postrero
 Sola recibirás, si ya no muero,
 Para mi mayor daño,
 De ti distante y en país extraño;
 Y solitario partiré del mundo,
 Cual de grande ciudad triste extranjero
 Parte, sin que de nadie se despida,
 Ni brazos le den fieles
 El abrazo postrer de la partida
 De su breve morada en los dinteles,
 Ni el usado lenguaje
 De labio alguno amigo
 Oiga, que del viaje
 Como augurio feliz lleve consigo.
 ¡Cuántas veces, como él, solo me alejo
 De alguna gran metrópoli europea,
 Y en largo lloro mis mejillas baño,
 Al ver que á otras ciudades me encamino
 Donde nadie me espera ni desea,
 Donde será, como en aquélla, extraño
 El triste peregrino!
 Y este viaje que ignora
 Dulce saludó y tierna despedida
 Es una imájen fiel y dolorosa
 Del viaje solitario de mi vida.
 Mas no me niegue el hado
 Siquiera este consuelo
 De morir en mi patria y á tu lado,
 Y en el regazo amado

Donde durmió mil veces pequeñuelo,
Incline tu hijo y hunda
Su pálida cabeza moribunda.
 Cuando, en mi muerte próxima y temprana,
En la vecina iglesia triste doble
De los agonizantes la campana;
Cuando sin alma esté mi cuerpo inmoble
Y cual cera amarillo;
Cuando, al sonoro impulso del martillo,
El postrer clavo mi ataúd taladre;
Cuando por fin con indolente priesa
Escondan mi cadáver en la huesa;
Me llorarás tú solamente, madre.

1858.

TRISTEZA DE LAURO.

« Es tal mi tristeza
Y melancolia,
La afición al llanto
En mí es tan nacida,
Que, aunque he padecido
Mil penas prolijas,
Padecer quisiera
Aun mas todavía:
Trabajos de aquellos
Que al mundo lastiman,
Extrañas miserias,
Grandes, inauditas,
Por que se emplease
La tristeza mia,
Que objeto hoy no tiene
Bastante, en sentir las,
Y estarlas llorando
De noche y de día:
A Oréstes, á Edipo,
A Job tengo envidia,

Al famoso Hebreo
Que siempre camina,
Y á cuantos pasaron
Tremendas desdichas:
Y, así como algunos
Al laurel aspiran
Entre los guerreros
Que el clarin publica
De la Fama, y otros
Entre los artistas,
O entre los que pulsan
Melodiosa lira;
Así yo deseo
Con ansia encendida,
Merecer la gloria
Y alta nombradía
Del mas desgraciado
Varon cuyas cuitas
Relatan historias
Modernas y antiguas.

« Bien sé que es locura
Ésta conocida,
Ni dudo que á muchos
Parezca mentira;
Mas no está en mi mano,
Y es vana porfia
Querer que se cambie
Mi condicion misma:
Porque siempre extraña
Me fué la alegría,
Ni á mi alma se amolda
Como su enemiga;
Triste por esencia,
Cual nuestra raza india,
Soi; todo lo alegre
Me cansa y hastia,
Y solo en lo triste
Hallo mis delicias.»

Esto muchas veces
Lauro me decia,

El hombre mas triste
 Que traté en mi vida,
 En quien la tristeza
 Pasaba á mania,
 Y aun era corpórea
 Dolencia prolija,
 Que en su abril lozano
 Sepultó sus días.

1858.

AL SUEÑO.

¿Por qué, cuando con voz mas dolorosa
 En llamarte me empeño,
 Mientras la inmensa creacion reposa,
 De mis cansados ojos más te alejas,
 Hijo de la tranquila Noche umbrosa,
 Blando, plácido Sueño?
 ¿Por qué tan solo á mis dolientes quejas
 Negando oído, á los vivientes todos
 En profunda quietud sumidos dejas,
 De tu licor dulcísimo beodos?
 ¿Por qué, por qué no vienes
 Con ala lisonjera
 Á cobijar mi ardiente cabecera
 Y á refrescar mis abrasadas sienes?
 Harto estoy de la vida, cuyo peso
 Mis fuerzas vence con inmenso exeso;
 Ven, pasajera muerte,
 Y en tu hondo seno dándome acojida,
 El alma torna vigorosa y fuerte
 Para volver á recibir la vida.
 Á todos nos igualas
 Bajo la sombra de tus negras alas,
 Y espíritus extraños
 Á la ventura no hay de tus engaños:
 El triste amante sueña
 Que, grata y halagüeña,



Paga su ardiente llama
La hermosa que despierto le desama;
Libre se sueña el que suspira preso
En calabozo lóbrego y profundo;
Poseer imagina el vil mendigo
De Midas los tesoros y de Crespo,
Y dueño ser y emperador del mundo;
En su patria se sueña el desterrado,
De su consorte al lado
Y entre los brazos de su fiel familia:
Mas, miétras, gracias á tu error piadoso,
Es cada desgraciado
El curso de una noche, venturoso,
Yo tan solo, en durísima vijilia,
Siento crecer en las nocturnas horas
Mis ansias y congojas veladoras.

Vé y lleva mi desvelo al centinela
Que, sin salir del puesto,
Al crudo hielo de la noche vela,
Llevando al hombro su fusil molesto;
O al que en el mar oscuro, de la nave
Donde cien vidas en tus brazos yacen,
El timon rije á solas,
Y ya á tu halago resistir no sabe,
Pues hasta el ronco arrullo de las olas
Á saborear le brinda
El licor de tus blandas amapolas;
O á la humilde doncella, que, aunque linda,
Guarda la flor de su pureza, y gana
El pan escaso de su madre anciana,
Moviendo diligente hasta la aurora
La aguja voladora;
O á la viuda casta,
Que, como á su trabajo el sol no basta,
Es bien que tu ley viole
Para sustento de su tierna prole,
Y en su santa tarea
Tambien las horas de la noche emplea.
De estos y de otros tales,
Á quienes el deber ó la enemiga

Pobreza suma á desvelarse obliga,
Dame el reposo y mi desvelo dáles.

 Apiádate de mí, que á moribundo
En la congoja que me aflije copio,
Y dejándome henchido de tu opio,
Largo reposo envíame y profundo;
Que si favor tan alto me concedes
Y repites constante tus mercedes,
Coronas de tus flores
Mi agradecida mano á tus altares
Suspenderá á millares,
Y extenderá mi lira tus loores.

 ¿Cuándo será que, cual beldad ingrata,
No huyas de aquel que te convida y ruega,
Ni á cuantos te rechazan diligentes
Sitios, halagues, tientes,
Hasta quedar de sus sentidos dueño?
¿Por qué te muestras tan crüel y esquivo
Á mí, que tanto te codicio, Sueño,
Y tan dulce placer de ti recibo?

Mas ¿cómo desëoso
No viviré de tu feliz reposo,
Si, como cuando vivo,
De alma y cuerpo á la vez no gimo enfermo
Cuando en tus brazos amorosos duermo?

 Siempre anhelado llegas: ora scas,
Sin visiones ni ideas,
Hondo desmayo, como
El sueño eterno de pesado plomo
Que en el sepulcro dormiremos; ora
Te acompañe de ensueños voladores
La turba encantadora,
Tejiendo danzas y regando flores.
Tú á las riberas de mi patrio rio,
Por sobre montes é interpuestos mares,
Me llevas blando y pio;
Por ti penetro mis remotos lares,
Y á mi madre querida
Y mis dulces hermanos reunido,

La doméstica vida
 Ufano vivo en mi dichoso nido.
 Por ti talvez visito
 Una region tan bella como el cielo,
 En la cual hallar suelo
 Con júbilo infinito
 Dulces seres amados
 Por muerte ó por distancia separados;
 Y en hermanable sociedad con ellos
 Hallo otros puros nunca vistos seres,
 Tan divinos y bellos,
 Que dejan de ser bellas á su lado
 Las terrenas mujeres.
 Goce pués ya de nuevo dicha tanta,
 Y de este triste valle
 Á mi dichoso cielo me levanta
 Do mis ausentes y difuntos halle.
 Mas, cuanto más te llama mi jemido,
 Más apartas de mí tu rauda vuelo,
 Y el encendido anhelo
 Con que á venir en vano te convido
 Más exacerba mi tenaz desvelo.
 Depon al cabo tu crueldad avara,
 Dolido de mis cuitas,
 Excelso dios, que con potente vara
 Al cansado mortal tornas difunto,
 Y cual mago despues le resucitas:
 Vénzate al fin mi ruego: ven al punto,
 Que del reloj vecino el suspendido
 Y dilatado golpe sonoro
 Cuatro veces hirió mi atento oido;
 Y si más tu reposo
 En venir se demora
 Á mi rendido pecho,
 Habré de abandonar el triste lecho,
 Duro potro sin ti, cuando el brillante
 Tálamo deje la rosada Aurora,
 Sin merecer siquiera
 Tan solo breve instante
 Disfrutar de tu blanda adormidera.

Á ELENA.

¡Cuán vivamente anhele
 Contigo hallarme á solas, sin testigo!
 Mas apénas ¡ai cielo!
 Un instante consigo
 Quedarme solo faz á faz contigo; —
 Súbitamente olvidado
 Cuanto decirte mi pasion queria;
 En lánguido gemido
 Fenece la voz mia;
 Y tú me ves indiferente y fria!
 Empaña negra nube
 Mis ojos, con tu luz deslumbradora;
 Ora á mi rostro sube
 Roja vergüenza, y ora
 Amarillez de muerte lo colora;
 Me ahoga la congoja;
 Tiemblo como del cierzo á los furores
 Tiembla la débil hoja,
 O cual las leves flores
 Se doblan en los tallos tembladores.
 Á compasion mi estado
 Te ha de mover ó á risa: ¡trance impio!
 Y maldiciendo airado
 El poco valor mio,
 Confúso de tu lado me desvio.
 De mi amoroso fuego
 Por señales clarísimas testigo,
 Si con la voz lo niego,
 Búrlase algun amigo
 Porque nunca cobarde te lo digo.
 Cual suele, lo murmura
 Hasta la extraña maliciosa gente:
 Mi amorosa locura
 Á todos es patente:
 Tú, su causa, la ignoras solamente.

O si la sabes, muestra
 Tu indiferente rostro que la ignoras :
 ¿ No sintió ayer tu diestra
 Mis manos tembladoras ?
 ¿ No habla de amor mi faz á todas horas ?
 ¿ Harto no te declara
 Mi palidez y súbitos sonrojos ?
 Aunque la voz callara,
 ¿ No dije mis enojos
 Con el idioma mudo de los ojos ?
 Hermoso ramillete,
 Matizado de vívidos colores,
 Fué tal vez el billete
 Donde escribí con flores
 La vana confesion de mis amores.
 ¡ Y en sus alas ligeras
 Usurpándome glorias y alegrías,
 Sin que entenderme quieras,
 Huyendo van los dias
 Que tú encantarme con tu amor podrias !

1858.

Á UNA VIUDA.

En su gruta la fiera, y en su nido
 Reposo el ave; yace el mar sin olas;
 Vierte el Sueño do quier sus amapolas
 Y de los males el sabroso olvido.
 Pero, por más que asalte tu sentido,
 Cerrar no logra tus pupilas solas;
 Tú solamente su precepto violas,
 Dando al trabajo lo que suyo ha sido.
 Mas de ti vanamente se querella;
 Con tan crecida prole, sin esposo,
 Es bien que veles sin cesar por ella;
 Y el insomnio prefieras al reposo
 Con que, viéndote aún jóven y bella,
 Te convida opulento voluptuoso.

Á DIOS.

I.

Despierta, y apercibe
 La llama toda que en tu pecho vive;
 Tu esfuerzo dobla y tu valor, oh Musa,
 Por que con canto mas sublime y grave
 Hoi á cantar á tu Señor te atrevas:
 ¡Quién á mi labio enseña voces nuevas
 Dignas de su poder, con que le alabe,
 Y cantos no escuchados todavia!
 ¡Quién en su vuelo audaz venciendo al ave
 Que mas léjos se encumbra
 Del cielo azul por la infinita via,
 Y, atras dejando la inflamada esfera
 Del alto luminar que nos alumbrá,
 En Sion parara la veloz carrera,
 Y, oyendo allí á los célicos cantores,
 Del Eterno aprendiera los loores!
 O ¡quién hai que la cítara me preste
 Con que el real profeta
 Las obras del Señor magnificaba
 En número celeste,
 Que de igualar soberbio no se alaba
 Osado acento de mortal poeta,
 Por que tambien mi verso
 Magnificar pudiera tu universo!
 Pero ¿cuál, entre tantas que mis ojos
 Miran, competidoras maravillas,
 Hijas, Señor, de tu creadora mano,
 Celebrará mi labio la primera?
 ¿Retrataré el vastísimo Oceano,
 Que ya lame tranquilo sus orillas,
 Ya se hincha y se revuelve y ruje insano,
 Amagando cubrir la tierra entera?
 ¡Inútil amenaza! ¡vano miedo!
 Que, como de diamante alta barrera,

Bien le aprisiona la invencible raya
 Que tu potente dedo
 Á sus furioses señaló en la playa.

Y ¿qué inmenso guarismo
 Abarcar jamas pudo
 El escamoso mudo
 Vulgo que habita su insondable abismo?
 Desde el pintado pececillo leve
 Hasta el tremendo Leviatan gigante,
 Á viviente navio semejante
 O á isla que se mueve:
 Arde, á su paso, el piélago, y se altera
 Como hirviente caldera,
 Y en riza espuma se dilata cano
 Como la cabellera de un anciano.

¡Cuán sublime la mar! ¡Cuál, á su abierta
 Ancha llanura, en términos incierta,
 De tu inefable inmensidad, Dios mio,
 El sin igual concepto se despierta!
 Y siempre que del puerto me arrebatata
 El vuelo del alfégero navio,
 Cuando derrama su creciente velo
 La vasta lejanía, y por doquiera
 Me circunda la doble
 Azul inmensidad de mar y cielo;
 El interior reposo
 ¿Quién describir pudiera,
 Y el hondo sentimiento misterioso
 De que me siento todo poseido?
 Pues entónces, Señor, en tu recuerdo,
 Cual pez en ancho piélago, me pierdo,
 Y del mundo y de mí me ocupa olvido.

¡Quién como tú, Señor! pues, aunque sea
 Grande y ancha la mar á maravilla,
 Entre sus playas cabe;
 Y toda en torno mídela y pasea
 El hombre osado con la aguda quilla
 De leve frájlil nave,
 Que á su ribera aborda mas remota;
 Mas en tu inmensa idea,

Océano sin fondo y sin orilla,
 Con quien es breve gota
 El anchuroso reino de Neptuno,
 Naufraga del pensar la navecilla.

Mas ¿de qué material tu mano labra,
 Señor, tales portentos? De ninguno
 Has menester: fecunda tu palabra
 El seno oscuro de la Nada inerte,
 Que de su seno vierte
 Mundos tras mundos, hasta
 Que sonar oiga tu imperioso *basta*.
 Como, al soplo del viento,
 Saltan sin cuento mínimas centellas
 De las ardientes brasas,
 Así á tu soplo el vasto firmamento
 Se tachonó de estrellas
 Y fulgentes luceros que no tasas.

Con ellos en el sol creó tu diestra
 Tu mas sublime espléndido traslado,
 Que á nuestros ojos hechizados muestra
 De tus divinas obras la armonia:
 Alma, vida, placer de lo creado.
 Y la luna creó, del sol hermana,
 Quieta callada lámpara nocturna,
 Que en alumbrar la humana
 Mansion terrena con su hermano turna:
 Al caminante grata
 Y á triste solitario peregrino,
 Que, en nocturno camino,
 Su hermosa faz de plata
 Sin cesar considera,
 Y la juzga celeste compañera.
 ¡De arrobó cuántas horas y consuelo
 Mi corazón la debe!
 ¡Cuánto mirarla pláceme sin velo,
 De la mitad del cielo enseñoreada,
 Vistiendo el llano con su luz de nieve,
 Y derramando luminoso hielo
 Que penetra hasta lo íntimo del alma
 Y del día el ardor serena y calma!

II.

Y así como crear no fué tarea
 Para tu omnipotencia descansada
 Y bastar pudo de tu labio un *sea*
 Para que el mundo fuese,
 Así fuerza será que de la nada
 Al hondo seno maternal regrese,
 Cuando *falte* decir fuere tu agrado;
 Pues solo tu querer omnipotente
 Lo creado sustenta eternamente,
 Y dél el universo está colgado.

Como mirar entretenido suelo
 Vano aereo palacio
 Que tal vez el acaso caprichoso
 Edifica de nubes en el cielo,
 Y repentino viento en breve espacio
 Lo deshace veloz y desordena;
 O cual frágil arena
 Con que levanta torres un infante
 Que derriba su mano en el instante,
 Así tú el día del final jüicio
 Del orbe destruirás el edificio.

Pestes y hambres serán, y universales
 Asoladoras guerras,
 De tan tremendo día las señales;
 Y, cubriéndose sol y estrellas puras,
 Se quedará la Creacion á oscuras;
 Sus olas empinando como sierras,
 Tan horrendos bramidos
 Levantará la mar embravecida,
 Que de pueblos distantes
 Con espanto mortal serán oidos,
 Y al fin los lindes le darán salida
 Que no salvaron sus furores ántes;
 Y, en continuo vaiven, de polo á polo
 El globo temblará como un navio
 En mar airada que alborota Eolo;
 Y todo habrá de ser horror y asombros,

Hasta que aquel que aquí profetizólo
 Baje en toda su gloria y poderío
 Del incendiado mundo á los escombros,
 Á juzgar á los vivos y á los muertos,
 Con la trompeta del querub despiertos.
 ¿Quién entónces podrá del juez augusto
 Sin mortales desmayos
 El rostro contemplar? de sus jiradas
 Iracundas miradas
 ¿Quién resistir los deslumbrantes rayos?
 Á su presencia temblará hasta el justo
 Cuya vida jamas manchó pecado,
 Y el mártir temblará, de espanto lleno;
 Y, si aun él temblará, ¿cuál del malvado
 Habrá de ser la confusion y susto,
 Cuando á él se vuelva tu furor y le hable
 De aquella voz el espantoso trueno,
 Y le lanze tu fallo inapelable
 Al vengador abismo, cuyas puertas
 Jamas serán por tu perdon abiertas?
 Mas, miéntras llega el postrimero dia,
 De tus justicias el rigor tremendo
 Tal vez recuerdos suyos nos envia:
 Como cuando al ruinoso terremoto
 Mandas, que desalado de repente
 Llega con sordo subterráneo estruendo,
 Cubriendo el alma de pavor ignoto:
 El suelo como el mar se hunde y levanta;
 El polvo entenebrece el aire todo;
 De la cima á la planta,
 Cual gigante beodo,
 Tiembla y vacila la encumbrada torre;
 Huye del muro y suspendido techo
 Y á las plazas y campos rauda corre,
 En confuso tropel, la triste gente,
 Que, de espanto amarilla,
 Y con rápida mano hiriendo el pecho,
 Dobla en tierra la trémula rodilla:
 O como cuando sueles
 Recorrer los espacios celestiales

En tu ligero reluciente coche
 Que arrebatan sonantes vendavales,
 Tus alados prestísimos corceles.
 En repentina noche.
 Cambiar se mira el refulgente día ;
 Sordo retumba cual cañon el trueno,
 Los relámpagos brillan cual espadas ;
 Rasga el cielo y vacía
 Sus hondas cataratas; guarda el seno
 De la tierra á las fieras espantadas ;
 Mira el villano, de defensa ageno,
 Anegadas, deshechas
 Las futuras cosechas,
 Que cual presentes la esperanza goza,
 Mientras el techo frágil y pajizo
 De su desnuda choza
 Apedrean las nubes con granizo.
 Mas, deponiendo tu irritado ceño,
 Con la luz nos devuelves la esperanza,
 Y en los aires descojes el risueño
 Arco listado de colores siete,
 Que, recordando la feliz alianza
 Que con Noé ya hiciste, nos promete
 Que nunca otro segundo
 Diluvio de agua ha de inundar el mundo.

III.

Tuya es, Señor, la tarde,
 Cuando, al tocar la cotidiana meta,
 Entre las olas arde
 El rojo disco del mayor planeta :
 Entónces de la sacra Ave Maria
 La lenta melancólica campana
 Llorar parece el moribundo día ;
 Cesa el duro trabajo, y al reposo
 Se da y al sueño la familia humana,
 Y queda el orbe oscuro y silencioso :
 Tuya es tambien la aurora,
 Cuando del sueño el mundo resucita

Y el santo bronce con su voz sonora
 El hombre llama á tu mansion bendita,
 Á darte humildes gracias en tal hora,
 Pues en la dulce vida
 Aún conservarnos bondadoso quieres.
 Y con nuevo vigor á la faena,
 Por la pasada noche interrumpida,
 Ya torna cada cual; y do quier suena
 El rumor de oficinas y talleres.

Tú en altos montes nuestro globo elevas,
 Cual gigante sosten del firmamento,
 Y ya en valles le bajas y quebradas,
 Por que así con escenas siempre nuevas
 Y bellezas sin cuento
 Se deleiten del hombre las miradas;
 Tú, en las alpestres rocas,
 Capaces grutas y profundas cuevas
 Abres, cual negras bostezantes bocas:
 Tú con puro inexhausto licor frio
 Las hondas fuentes cebas;
 Por ti nunca de andar se cansa el rio
 Que viaja sin cesar al oceáno,
 Y nuestra vida rápida retrata;
 Por ti, cual sierpe de brillante plata,
 Por el herboso suelo
 Va jugueteando músico arroyuelo:
 Tú das á las montañas
 Marmoreas y metálicas entrañas,
 Y alta cimera de perenne hielo:
 Tú cubres de la tierra la ancha espalda
 Con rico manto de verdor y flores;
 Tú el rubí leonado y la esmeralda
 Escondes en su seno, y el diamante
 Que al sol hurta sus claros resplandores,
 Rei de las otras piedras arrogante;
 Y cuantas piedras bellas,
 Uniendo el resplandor á los colores,
 Son rivales en luz de las estrellas
 Y en los ricos matices de las flores.

¿Á quién, Señor, sino á tu diestra sola

Debe el ave la armónica garganta,
 Con que hinche de dulzura la arboleda,
 Cuando el alba los cielos arrebola?
 Mas al bello pavon, porque no canta,
 Vistes con fina matizada seda,
 Y pintas de su cola,
 Sembrada de ojos mil, la vasta rueda,
 Que se abre cual magnífico abanico
 De pedrería salpicado y rico.
 Mas, aunque tan hermoso, no presuma
 La palma merecer de beldad suma:
 Al picaflor la ceda,
 Al picaflor que abeja ó mariposa
 Imita por lo breve y, al par de ellas,
 Del néctar se sustenta de las flores,
 Y en esmaltada pluma
 Es, como la menor, la mas hermosa
 Entre las aves de la tierra bellas.

Por ti, Señor, los euros voladores
 El águila soberbia desafía,
 Que tan veloz hasta los cielos sube,
 Cual baja el rayo de la negra nube;
 Y á sus felices ojos solamente
 Su faz deslumbradora
 El sol radioso contemplar consiente:
 Mas ya cedió el imperio de los vientos
 Al cóndor peruviano;
 Que á la misma rejion donde tu mano
 La menor ave cria,
 Dar así tambien sabes
 El gigante monarca de las aves.

Tú armas de agudas astas
 La frente dura del valiente toro,
 Á quien provoca el hombre y amenaza
 Y vence y mata, de la llena plaza
 Entre el tumulto y aplaudir sonoro;
 Y entre torcidos cándidos colmillos
 Dobla por ti su dilatada trompa
 El enorme elefante,
 Que, sustentando torres y castillos,

De las bélicas marchas en la pompa,
 Semeja viva fábrica ambulante.
 Das á la hiena temerosos ojos,
 En viva sangre rojos ;
 Al viajero camello,
 Nave de los desiertos, largo cuello,
 Y breve monte en prominente jiba ;
 Del tigre y la pantera tus pinceles
 Pintan á manchas las hermosas pieles ;
 Y á ti debe el leon su frente altiva,
 Y su roja melena,
 De su cabeza natural corona
 Que por rei de las fieras le pregona,
 Y que, airado, sacude y desordena ;
 Y á los roncros rujidos
 Con que la selva atruena
 Tiemblan los animales pavoridos.
 Lijera diste voladora planta
 Y de ramosa cornamenta el alto
 Adorno al vividor medroso ciervo,
 Que de su propia sombra huye y se espanta ;
 Paciencia de que nunca se vió falto
 En su eterna tarea,
 Al torpe asno, del hombre humilde siervo,
 Y valor al caballo y hermosura,
 En cuya espalda aquél viaja y pasea,
 Y le acompaña en la marcial pelea,
 Al freno dócil y á la espuela dura.
 ¿ Mas qué diré del can, entre animales,
 De tu bondad clarísimo testigo,
 Espejo de leales,
 Del hombre fiel inseparable amigo,
 Y valiente guardian de sus umbrales ;
 Ultima compañía
 Del solitario mísero mendigo
 Y de la noche de sus ojos guía ?
 Tu poder y sin par sabiduria
 Resplandecen do quiera ; y á porfia,
 Desde el humilde lirio
 Que en el valle se oculta hasta el fulgente

Astro remoto, y desde el vil insecto
 Al alado cantor del cielo empirio,
 Narrándolas están en elocuente
 Sempiterno pregon todos los seres,
 Contentos igualmente de tus dones:
 Mas tales perfecciones
 Las demas perfecciones de que lleno
 Estás no eclipsa; y, pues no ménos eres
 Que poderoso y sabio, dulce y bueno,
 Débate mi dolor que escuches pio
 La ferviente oracion del labio mio.

IV.

Los ojos vuelve á mi adorada tierra,
 Mansion antigua de fraterna guerra:
 Desventurada madre cuyo seno,
 Como de sierva ruin, hiere y maltrata
 La torpe mano de su prole ingrata:
 De la Discordia insana pronto freno
 Pon á las iras; el Orgullo loco
 É hidrópica Ambicion nunca contenta,
 Á quien la sed el refrigerio aumenta,
 En este suelo humilla,
 Donde la igual República igualmente
 Á todos todo ambicionar consiente:
 Tu diestra ensalze á la suprema silla
 Modesto ciudadano
 Que ame la patria con amor romano.
 Con tu ciencia y doctrina
 Nuestros lejisladores ilumina,
 Y santifica con vigor su pecho,
 Por que del mando injusto
 Al despótico gusto
 No los rinda temor ó vil provecho;
 De parecer se afrente compra y venta
 La Justicia avarienta;
 No de las mismas manos desleales
 En que es mengua mayor tanto delito,
 Con descaro inaudito

Presa sean los públicos caudales ;
No, como en pueril juego,
Cambie de enseña y parte
Una vez y otra el seguidor de Marte ;
Ni, de tu santa Religión en mengua,
Destruya tu ministro con su ejemplo
Cuanto en el sacro templo
Al pueblo predicó su indigna lengua.
Y, pues fué la familia
El fundamento siempre del Estado,
De las mujeres la flaqueza auxilia,
En que de aquélla el peso está fundado :
No, el lecho conyugal amancillando,
Incierta el adulterio haga la prole ;
De la vírjen sencilla
El pudor arrebole
La modesta mejilla
Á una sola mirada ménos casta ;
Huya del peligroso galanteo
Y vano juego de vulgar Cupido,
Que la virginidad del alma gasta
Que zeloso reclama el Himeneo ;
Y pueda, esposa, recordar un día
Que á un acento amoroso
Jamás abrió el oído
Sino del labio de su dulce esposo.
No al hijo la materna idolatría
Con el regalo engria
Que postra el cuerpo y afemina el alma,
Ni el exceso enemigo
De su ternura impune deje ahora
La falta, de otras mil engendradora
Sin el justo benéfico castigo.
Y, si en el labio maternal aduna
La dulce Persuasion todo su encanto,
Inspírele con él desde la cuna
El amor de la patria sacrosanto ;
Y con las madres de la antigua Esparta
La alabanza comparta,
Y aun les gane de fuertes la corona,

Cada peruana varonil matrona.
 Tú quisiste que grande entre Naciones
 La hermosa tierra de los Incas fuera:
 ¿Mas, dí, no la colmaste de tus dones
 Que otra cualquier rejion del Nuevo Mundo,
 Y áun de la tierra entera?
 ¿Claro ingenio no diste á sus varones?
 ¿El suelo no blasona mas fecundo
 Que el sol en ambos mundos considera?
 ¿Do quier antigua fama no relata
 Que inundó su opulencia el universo
 Con rios de oro y piélagos de plata?
 ¿No la privilejiaste con tesoro
 Que le tributan de la mar las aves
 Y cuyo humilde nombre al grave verso
 Veda decir poético decoro?
 Mas de tales presentes
 Y otros mil, á que el labio viene escaso
 Que contarlos procura, ¿te arrepientes?
 ¿Cambiar se pudo tu designio acaso?
 De nuestro llanto y afliccion te apiada,
 Y compasivo mira
 Cuán larga edad el peso de tu ira
 La dejara á sí sola abandonada:
 Alárgale, Señor, la diestra fuerte,
 Y del profundo abismo
 Do la infeliz perece, la levanta;
 Deja que cumpla la gloriosa suerte
 Que le quisiste señalar tú mismo,
 Al darla dones con largueza tanta.

V.

Y, si despues de haber alzado el ruego
 Por la patria infeliz, sin desacato
 Me es dado por mí propio alzarlo luego,
 De la muerte, Señor, vivo retrato
 Mírame, cuando apénas
 De la mitad primera me despido
 Del lustro quinto de mi vida; grato

Tiempo para otros, al amor debido,
 Mas, como la vejez, lleno de penas
 Para el que lento mal mina y devora:
 De Hipócrates al arte
 Demandé en vano mi remedio; en vano
 Lisonjera esperanza engañadora
 Me hizo surcar el húmedo oceano;
 Ni así consigo que de mí se aparte
 Mi estraño mal; para tornarme sano,
 Dáme tu voluntad, sola bebida
 Que me pudiera devolver la vida.

Baje á mis preces tu piedad su oído,
 Y la salud infúndame tu aliento;
 Mas que para mí propio y mi contento,
 Para mi cara patria te la pido.
 No me dejes morir tierno mancebo
 Que nada hacer en su provecho pudo,
 Y en mí, robusto pon un hombre nuevo,
 Que en juventud activa
 Para el servicio de la patria viva.

Bien sé que estás, Señor, de mí ofendido,
 Y son tan numerosos mis pecados,
 Vuelta en naturaleza la costumbre,
 Que es fuerza que en el seno del olvido
 Los sepulte su misma muchedumbre;
 Mas ¿qué gran pecador que, arrepentido,
 Á ti volviera, halló jamas cerrados
 Los brazos que en el áspero madero
 Abriste á recibir al mundo entero?

1858.

NOCHE SERENA EN EL MAR.

Á que admires extático conmigo
 De estiva noche la beldad estraña,
 Con presta planta sube
 Al techo de la nave, dulce amigo:

En la mitad del cielo, que no empaña
La mas delgada transparente nube,
Brilla la blanca luna,
Y en la mar que parece ancha laguna,
Por sosegada y lisa,
Mayor su rostro copia; fresca brisa
Roza apénas la faz, pura y süave,
Como el húmedo aliento de la noche;
Ondas divide la sonante nave
Con ruedas que alzan espumosa nieve,
Como marino jigantesco coche
Que sin caballos por el mar se mueve.
Al ver tan solo mar y firmamento
Que limitan la vista por do quiera,
¿No sientes dilatarse tu alma, díme,
Y henchirse del profundo sentimiento
Que engendran lo infinito y lo sublime?
¿De tu pecho no huyó la pena fiera
Con que tu corazon en tierra jime?
De nuestra móvil casa de madera,
Apénas el vaiven la planta siente:
¡Tan rauda á un tiempo y blanda
Sobre las olas adormidas anda!
Aquí pues, platicando suavemente,
Nos halle el nuevo día
En dulce compañía,
Que á desdeñar del sueño
El reposo halagüeño
La noche nos convida,
Por mirar su hermosura esclarecida;
Y áun ser puede que en noche tan serena,
Segun relatan los parleros viejos
Marineros, oigamos á lo léjos
El canto dilatado en el espacio
De la dulce Sirena,
Que del divino son con la cadena
Llevar nos quiera á su húmedo palacio.

1858.

Á CLORINDA.

Siempre que miro, Clorinda,
 Tu hermosura, te cotejo
 Con el indio tominejo,
 Por lo pequeña y lo linda:

Por su pequeñez graciosa,
 Entre las flores semeja,
 Aún mas que pájaro, abeja
 O brillante mariposa.

Es su pico fina aguja,
 Dos puntos sus ojos son;
 Mas con tanta perfeccion
 El Creador la dibuja,
 Que en hermosura rival
 No conoce esta avecilla,
 Y á su plumaje se humilla
 El soberbio pavo real.

Hermosura tan extrema
 Adorna al pájaro mosca,
 Que fuera sin lustre y tosca
 Joya de imperial diadema,

Que innumerable caudal
 Á su noble dueño cuesta,
 Comparada con aquesta
 Viva joya natural,

Do las plumas verdes, gualdas,
 Azules y carmesíes,
 Topacios son y rubíes
 Y zafiros y esmeraldas.

Se esmeró Natura en ella,
 Y juzgar así se debe
 Que solo la hizo tan breve
 Para formarla mas bella.

Pues, si en el ave menor
 Ostentó su mejor obra,
 Á la que en belleza sobra
 Lo que le falta en grandor,

No te pese no ser alta,
 Oh graciosa criatura,
 Si te sobra en hermosura
 Lo que en tamaño te falta.

1858.

RETRATO DE ELENA.

¿Dónde, Elena, en qué parte
 Del tan vario universo,
 Hallar podrá mi verso
 Bellezas á que pueda asemejarte?
 ¿Con qué esfuerzo del númen ó del arte
 Acertaré á formar tu fiel traslado?
 Entre imágenes tantas que, de aquellos
 Y estos objetos bellos
 Que ofrece á los sentidos lo creado,
 En sus inmensos senos cada día
 La memoria riquísima atesora,
 ¿Cuál tan sublime imagen y tan pura
 Elejiré la amante fantasía,
 Para pintar ahora
 Tu milagrosa y única hermosura?
 Cedan de hoy más la palma y alabanza
 Los pardos, negros y celestes ojos
 Á los divinos tuyos, que colora
 Con su verdor alegre la Esperanza:
 La mejilla lozana
 De la rosada Aurora
 Iguala apenas la lustrosa grana
 Que en tu fresca mejilla
 Aun de la rosa el rosicler humilla;
 Humilde tributario
 Es de tu blanca tez el mármol pario;
 Y al oro envidia diera
 Tu riza y abundosa cabellera,
 Merecedora de adornar un día,
 Coronada de estrellas,

La vasta frente de la Noche umbria.
 De la Ciprina Diosa
 La mas bella afamada estatua griega,
 De que hace alarde el orgulloso Luvre, *
 Á la vista dichosa
 Del que anhelante á contemplarla llega,
 Mas puras bellas formas no descubre
 Que las que sufre tu pudor sin velo ;
 Sirviéranle tus brazos de modelo,
 Á escultor que quisiera
 Devolver, completando su hermosura,
 Á esta de Vénus copia verdadera
 Los que hoi llora perdidos la Escultura ;
 Y afrenta son de los rosados dedos
 Con que el Alba riente
 Abre las puertas del dorado Oriente
 Al sol que vuelve á los mortales ledos,
 Los que rematan tu pequeña mano,
 Tu linda mano de rosada nieve
 Bajo la cual apénas
 El néctar puro á azulëar se atreve
 De las delgadas transparentes venas.
 Mas ;quién dirá la gracia soberana
 Que aumenta tus hechizos
 Y que en tu acto menor luce patente ?
 Cuando, al volver tu majestuosa frente,
 Mueves los blondos rizos,
 O las miradas jiras suavemente,
 O tu boca risueña
 Perlas entre corales nos enseña,
 Abierto el mismo cielo se divisa :
 No con tan dulce celestial sonrisa,
 Donde áun templar parece Amor su dardo,
 Se está riendo la divina Lisa
 En el lienzo inmortal de Leonardo. **
 Tu voz tan blanda suena,
 Que semeja tu hablar un dulce canto ;

* La Vénus de Milo á la que le faltan los brazos.

** Este es el famoso retrato de Monna Lisa, conocido con el nombre de la Gioconda, obra maestra del Vinci y de la pintura.

Mas, si cantas, vencida la Sirena
 Envidiosa te escucha con espanto;
 Y arroja, ardiendo en ira,
 La ménos dulce lira,
 Cuando, animado por tu diestra mano,
 Brota sublimes májicos acentos,
 Y es el rei el pïano
 De músicos sonoros instrumentos.

Es tu andar tan airoso y elegante,
 Que parece que fueras escuchando
 De música incesante
 El süave son blando,
 Con el que vas acompasando cada
 Movimiento y pisada:
 Irresistible gracia en todo muestras:
 De cuanto dices ó haces las divinas
 Gracias te son maestras,
 Á ti siempre vecinas;
 La perfeccion en fin nos pasma y ciega
 Que tu persona bienhadada enjoya,
 Y la beldad recuerda de la Griega,
 Cantada ruina de la excelsa Troya;
 Te adora reverente
 Quien de mirarte alcanza la ventura,
 Como imájen de Dios, que al bajo suelo
 Tu beldad estupenda
 Conceder quiso, en generosa prenda
 De las que encierra el prometido cielo.

1858.

SUEÑO DE UN MALVADO.

Durmióse; y al profundo abismo luego
 Le parece que baja despeñado,
 Donde castiga inextinguible fuego
 Á cuantos mueren en mortal pecado:
 Y donde son las penas tan atroces,
 Que las mayores penas terrenales

Son ilusiones y parecen goces
 Junto á aquellos tormentos inmortales.
 Él, á quien enseñó Filosofía
 Que mueren alma y cuerpo juntamente,]
 Él, que del fuego eterno se reía,
 Ya, ya se mira en la ciudad doliente.
 ¡Ai! ¡qué voces extrañas! ¡ai! ¡qué lloro
 Desesperado hiere sus oídos!
 ¡Ai! ¡qué confuso ensordeciente coro
 De gritos, de blasfemias y jemidos!
 De hirsuta cola y retorcido cuerno,
 Ya le circunda enjambre numeroso
 De los feos señores del Infierno,
 Mas feroces que toros en el coso.
 Prueba de ellos á huir; y á cualquier lado
 Un furioso demonio ve delante;
 Crudos hieren su cuerpo desdichado
 Con saetas de fuego penetrante,
 Cuyo incendio con tal viveza siente,
 Que súbito del sueño se recuerda,
 Dando por el terror diente con diente,
 Temblando todo cual vibrada cuerda.

1858.

Á LA LUNA.

Duerme el anchuroso suelo;
 Mas con tristeza importuna
 Yo solo jimiendo velo;
 Y tú, solitaria luna,
 Velas tambien en el cielo.
 Y me parece que, en tanto
 Que los ojos fijo en ti,
 Tú me miras desde allí,
 Y al ver mi copioso llanto,
 Te compadeces de mí.

1858.

Á ELENA.

I.

Contemplando callaba embelesado,
 Feliz visitador, á dos doncellas,
 Tan puras y graciosas como bellas,
 Y bellas ambas en el mismo grado:
 Mas, apénas llegaste, y el estrado
 Alto asiento te diera en medio de ellas,
 Como ante el sol se apagan las estrellas,
 Así se oscurecieron á tu lado.

Que, como el mismo sol humanas teas,
 Así tú, Elena, á las demas mujeres
 Cubres con tu luz fúlgida y afeas.

Cesan contigo varios pareceres,
 Y aunque la sola en ignorarlo seas,
 Tú la beldad de las beldades eres!

II.

Cuando contemplo el delicado velo
 Que á tu alma bella da digna morada,
 Y pienso que beldad tan extremada,
 De idéal perfeccion tipo y modelo,
 Ha de sentir de la vejez el hielo,
 Y que la Muerte con su mano airada
 Ha de sumirla en espantosa nada,
 De lei tan dura con horror me duelo.

Mas ¿qué diciendo está mi Musa impia?
 ¿Alta revelacion no me asegura
 Que, gloriosa y mas bella todavia,
 La de mí tan amada vestidura
 Ha de resucitar el postrer dia
 Para unirse de nuevo á tu alma pura?

1858.

DELANTE DEL CUADRO DE RAFAEL SANCIO.

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE "PASMO DE SICILIA."

Al fin te miro, oh del divino Sancio
 Cuadro sublime, ni al Tabor segundo, *
 Pasmó, no de Sicilia, mas del mundo;
 Donde, rendido al humanal cansancio,
 Se ve doblar en tierra la rodilla
 Al Dios de quien espántase el profundo
 Y á quien la suya el querubin humilla!
 Ved al peso doblarse del madero
 Al que sustenta el universo entero:
 Asida á dura piedra la sagrada
 Y creadora diestra omnipotente
 Que sacó las estrellas de la nada:
 De espina punzadora
 Ved coronada la divina frente
 Que á los cielos suspensos enamora!
 Allí la amante madre congojada,
 Por Juan y Magdalena sostenida,
 Con sus brazos abiertos le convida
 Y le envia ternísima mirada:
 ¿Qué corazón tan duro no se apiada
 Y se derrite en llanto
 Al ver, oh madre, tan atroz quebranto?
 Esta es aquella dolorosa espada
 Que á tu materno pecho
 El inspirado Simëon predijo:
 Este el tormento insano
 Que acibaró á tu amor desde temprano
 La gloria de ser madre de tal hijo.
 Mas no miro, oh Jesus, dolor terreno
 En tu rostro sereno;
 Y claro muestra tu mirar divino

* Á la célebre *Transfiguración*, tenida comunmente por el mejor cuadro de Rafael, igualan muchos el *Pasmó de Sicilia*; de este parecer es el autor de estos versos.

Que, si las agrias postrimeras heces
 Del hondo cáliz del dolor apuras,
 Voluntario padeces,
 Y que eres aquel Dios que al mundo vino
 Á salvar á sus tristes criaturas.

Mas tú, ¿cómo pudiste, ángel de Urbino,
 Copiar así el semblante, fiel traslado,
 Vivo espejo del Padre enamorado?

Solo tu alma podría
 De un Dios interpretar la agonía;
 Y como si, doliente

Pio testigo entre la cruda gente,
 El sublime holocausto hubieras visto,
 Nos representas el dolor de Cristo.

Do quier se mira respirar la escena,
 De tanta vida y movimiento llena,
 Que hasta parece á quien, al ver tan rara
 Verdad, se indigna y se estremece y llora,
 Que la memoria fiel la retratara
 Y no la fantasía creadora.

Ni grito ó voces á los labios pido,
 Que en cada rostro de tu viva tabla
 Más la espresion á las miradas habla
 Que hablaran las palabras al oido.

1859.

EN CÁDIZ.

Cuando el sol, al ocaso ya vecino,
 Alumbra el mundo con fulgor incierto,
 Mis pasos solitarios encamino
 Al vasto muro del herculeo puerto;
 Que, triste é ignorado peregrino,
 En Cádiz vivo como en un desierto,
 Y de la ausencia la afliccion no engaña
 Ciudad tan bella de la bella España.

Y el codo en la muralla y en la palma
 La faz, mirando el océano inmenso,
 Que ya sus ondas y murmullos calma,
 En patria y madre enternecido pienso;
 Y traspasando arrebatada el alma
 Del postrer horizonte el velo denso,
 Vuela al suelo natal, y con la mente
 Á mi dulce familia estoi presente.

Al contemplarte, Atlántico océano,
 Más el amante corazon extraña
 Las dulces playas del Perú lejano;
 Que, aunque el mar tú no seas que las baña,
 Eres al ménos mar americano,
 Y senda me será tu azul campaña
 Para tornar á su adorado seno
 Por el que lloro y sin descanso peno.

Y no miro jamas rápida vela
 Tus ondas navegar hacia occidente,
 Que no imagine que á los puertos vuela
 Del dulce suelo que suspiro ausente:
 Copioso llanto mis miradas vela,
 Y envidia tengo á la dichosa gente
 Que á tus orillas anheladas parte
 Y en breve, oh patria, logrará mirarte.

Y tú que te despides, á la fria
 Luna dando lugar, y al hemisferio
 Opuesto occidental llevas el dia,
 Fulgente rei del celestial imperio,
 Saluda, oh sol, por mí á la patria mia,
 Y dí que un hijo desde suelo iberio
 Tierna memoria le envió contigo
 Y te hizo de sus lágrimas testigo.

1859.

Á LA SR^{TA}. DA. JUANA Y***

Adios, dulce amiga mia,
 Mas que mi amiga mi hermana,
 Que, aunque hace aún breve tiempo
 Que logré la dicha rara
 De conocerte, me debes
 Tal cariño, amistad tanta,
 Como si te conociera
 Desde mi primer infancia;
 Si bien el cielo sus dones
 Te concedió tan sin tasa,
 Y en tan alto extremo te hizo
 Afable, modesta, casta,
 De tan süave prudencia
 Y agudo ingenio adornada,
 Que para adorarte siempre
 Verte una vez sola basta:
 Omitiendo el verso mio
 Tu beldad, aunque extremada,
 Pues le sobra el ser hermosa
 Á la que prendas y gracias
 En sí atesora, que en vano,
 Por ser tales y ser tantas,
 Quiere sumar el guarismo
 Ni ponderar la alabanza.

Adios, Juana; acaso nunca
 Torne yo á tu bella España;
 Tal vez nunca en esta vida,
 La crüel fortuna avara
 Me dará que á verte torne:
 Triste suerte del que viaja.
 Mas cierta está que tu imájen,
 Entre las mas gratas grata,
 Vivirá en mí, vencedora
 Del tiempo y de la distancia;

Y cuando mi planta errante
Halle reposo en mi patria,
Con mi idolatrada madre
Y mis hermanos y hermana,
De ti hablaré muchas veces,
De ti, y de tu madre cara,
Que el postrer eterno sueño
Duerme ya en la tumba helada.
Y les diré que mil veces
Con vosotras largas pláticas
Tuve de ellas, y que siempre
Por ellas me preguntabais;
Que largamente la historia
De mi familia os contaba,
Y que tal vez de mi madre
Me oisteis las tiernas cartas,
En bello piadoso llanto
Las pupilas arrasadas.
¡Cuánto tengo de acordarme
De vosotras! ¡Cuántas, cuántas
Veces, al sentir los tiros
De la fortuna contraria,
Los desengaños del mundo
Y de la envidia la saña,
Á lo pasado volviendo
Las anhelosas miradas
En busca de algun consuelo
Á mi presente desgracia,
Habré de acordarme que hubo
Dos nobles piadosas damas
Que con el triste extranjero
Fueron benéficas hadas;
Que, indulgentes con mi extraño
Genio y condicion extraña,
Cual madre y hermana pueden,
Disimulaban mis faltas;
Á quienes mis tristes quejas
Debieron preciosa lástima,
Y que, si entónces me vieran,
De mis penas apiadadas,

Como en un tiempo solian,
 Afables me consolaran:
 Una digo, que la otra
 Es presa ya de la Parca.

Mas perdona, dulce amiga,
 Si renuevan mis palabras
 En tu tierno filial pecho
 La triste memoria amarga
 De tu antigua compañera,
 De tu madre idolatrada,
 Que te dejó con su ausencia
 En el mundo solitaria.
 Si yo que la traté apénas
 Como un hijo llegué á amarla,
 ¡Cuánto has de llorar sensible
 Á madre tan buena y santa,
 Tú que desde que naciste
 Nunca de ella te apartaras;
 Que nunca con dulce esposo
 Quisiste, aunque codiciada,
 Partir el inmenso afecto
 Que en ella sola cifrabas;
 Que, léjos del mundo vano
 Y de sus fiestas y galas,
 Otra fiesta no tenias
 Que estar con tu madre cara,
 Para quien ella era todo
 Y sin ella todo nada!
 ¡Cuál me quedé, cuando supe
 De su muerte inesperada
 La noticia que me dieron
 Cuando con lijera planta,
 De abrazaros impaciente,
 Me acercaba á vuestra estancia!
 ¡Qué ageno mi pensamiento
 Del fatal suceso estaba!
 ¡Qué alegre dia y dichoso
 En la sociedad de entrambas
 Á mi amistad prometia
 La lisongera esperanza!

Pero le pasé ¡cuán triste!
 Contigo y sin ella, Juana.
 Avivóse á mi presencia
 De tu dolor la honda llaga,
 Y fueron nuestros saludos
 Ayes, gemidos y lágrimas.
 ¡Cuánto te hallaron mis ojos
 En breve tiempo cambiada!
 ¡Cómo tus dolientes quejas
 Me traspasaban el alma!
 ¡Qué suspiros te salían
 De lo hondo de las entrañas!
 De consuelo y sufrimiento
 Voces mi labio no hallaba,
 Que no pareciesen todas
 En tan grande duelo vanas.

Y cuando, variar queriendo
 Nuestra tristísima plática,
 Á hablarte empecé del viaje
 Que he de hacer presto á mi patria,
 Y te encarecí lo recio
 Que el paso de la mar vasta
 El pensamiento le pinta
 Á mi enferma salud flaca,
 Aunque término dichoso
 Sean del Perú las playas,
 Y dulce madre me espere
 Y prendas que adora el alma,
 Llorosa me respondiste
 Con voz así entrecortada:
 «¡Ojalá yo hacer pudiera
 «Otro largo viaje, para
 «Volver á ver en la tierra
 «Viva á mi madre adorada!
 «¡Pluguiera á Dios, aunque fuese
 «Doble, triple la distancia:
 «Aunque fuese al fin del mundo;
 «Aunque sola, á pié, descalza,
 «Enferma y mendiga, hubiera
 «De hacer la larga jornada,

« Y cuantos fieros trabajos
 « Puede sufrir la constancia
 « Fuerza padecer me fuese,
 « Con tal que á ver la tornara! »
 Y cuantos asuntos iba
 Cambiando piadosa maña
 En tu querida difunta
 Todos así remataban ;
 Como en sabia sinfonia,
 Una juntamente y vária,
 Donde en el tema que reina
 Se convierten y rematan
 Todos los nuevos concetos
 Con insensible mudanza ;
 O como en aquellas tristes
 Canciones en donde cada
 Estrofa es fuerza que acabe
 Con unas mismas palabras.

Ni fue ménos triste dia
 El que contigo pasara,
 Cuando me brindó tu mesa
 Tu suave cortes instancia :
 ¡ Ah ! ¡ qué fiesta tan alegre
 La amistad y la confianza
 Hubieran tenido entónces,
 Si ella nos acompañara !
 Como allá en Madrid un dia
 En nuestra comun morada,
 Do para su dulce Cádiz
 Me convidó veces hartas.
 ¡ Ah ! ¡ qué placenteras tardes !
 ¡ Ah ! ¡ qué agradables mañanas !
 ¡ Ah ! ¡ qué pláticas sabrosas
 Sin término prolongadas !

Tú de tu madre quisiste
 Cumplirme el convite, Juana ;
 Pero mas valido hubiera
 Que tal convite excusaras.
 Pues ¿ cómo, díme, pudimos
 Tener de manjares gana,

Cuando crüeles recuerdos
 El pecho nos lastimaban,
 Viendo el asiento vacío
 De nuestra cara Doña Ana?
 Pudo nuestro labio apénas
 Balbucir voces escasas,
 Pues el dolor nos ponía
 Un dogal en la garganta;
 Y, vanos nuestros esfuerzos
 Para gustarlas, intactas
 Quitó la afijida sierva
 Cuántas esquisitas viandas
 Fueron por tus manos mismas
 Con esmero preparadas;
 Y nos levantamos hartos
 Solo de tristeza y lágrimas.

¡Ah! si consuelo en el mundo
 Hai para pena tamaña,
 ¡Dilatártele no quiera
 La clemencia soberana!
 Yo se lo pido; ó al ménos
 Suave y lentamente vaya
 El tiempo desenconando
 Tan viva profunda llaga;
 Torne á florecer un día
 El abril de tu esperanza;
 Déte el Señor el esposo
 Que tú mereces; y en larga
 Vida apacible y tranquila,
 De venturas rodëada,
 Tan querida esposa y madre
 Sé, como fuiste hija cara.

Mi dulce esperanza es ésta;
 Éstas mis mas vivas ansias;
 Y que de mí algunas veces
 Te acuerdes, y tus plegarias
 Al cielo devota elevés
 Para que de mi desgracia
 El fiero rigor se temple,
 Y halle al fin salud y calma.

Mas, si te llegó la nueva
 De que fallecí en temprana
 Edad, á manos de antigua
 Honda enfermedad extraña,
 Que mi juventud florida
 En odiosa vejez cambia,
 De Clemente á la memoria
 Piadoso llanto derrama,
 Y de tu difunto amigo,
 Allá en la noche callada,
 Cuando por tu madre rezes,
 Reza, Juana, por el alma.

1859.

 Á MI ALMA.

Alma que en cadenas graves
 Vives triste é infeliz,
 Y ya en tu prision no cabes,
 Como el ave, de las aves
 Coronada emperatriz,
 Que, aprisionada, no deja
 Su altivo instinto real,
 Y aletando forceja
 Por romper la dura reja
 De su cárcel de metal:
 De tu triste hermano, á quien
 Casi moribundo han puesto
 Tu inquietud y tu desden,
 Piedad generosa ten,
 Ni quieras romper tan presto
 La misteriosa lazada
 Con que la mano de Dios,
 Al enviarte desterrada
 Á esta doliente morada,
 Un ser formó de los dos.

Calma ese encendido anhelo,
 Sufre esa angustia mortal;
 De Dios aguarda el consuelo
 De desplegar libre vuelo
 Á la patria celestial.

1859.

SANTA TERESA.

Con voladora pluma que no cesa,
 Y ardiente estilo que las almas doma,
 La divina Teresa
 Los conceptos altísimos espresa
 Que le dicta la célica Paloma.

Y sobre los sublimes inflamados
 Renglones, suspendidos tras la silla,
 Dos ángeles callados
 Inclínanse curiosos á ambos lados,
 Leyendo con placer y maravilla.

Y, cual de aplauso y de contento en muestra,
 Se miran sonriendo entre sí á veces,
 Con la inclinada diestra
 Mostrando de la mística maestra
 Cada alto rasgo, los divinos jueces.

1859.

A ECO.

«Infeliz enamorado,
 De la ciudad el estruendo
 Vengo solitario huyendo
 Á este triste despoblado,
 Donde tú solo á mi acento
 Y alto jemido doliente,
 Respondes con balbuciente
 Lengua sonora de viento;

Repitiendo la postrera
 Sílabas de cuanto digo,
 Como invisible testigo
 Que remedándome fuera.

Y como en su soledad
 Compañía necesita
 Mi alma á quien decir su cuita,
 Cual histórica verdad

Á admitir mi fantasía
 La hermosa fábula llega
 Que de ti finjó la griega
 Risueña Mitología.

Ni te reputo ya un vano
 Compuesto de aire y sonido,
 Sino un errante aflijido
 Viviente espíritu humano.

Sí, tú fuiste ninfa bella
 De locuaz habla ingeniosa,
 Á quien de Jove la esposa
 Privó para siempre de ella,

Cuando, yendo de su infiel
 Esposo en busca, su curso
 Detuvo tu hábil discurso,
 Miétras se escapaba él.

Mas tu desdicha mayor
 No fué tan dura mudez;
 Que el que en eterna niñez
 Vive, crudísimo Amor,

Tu pecho acertó á prender
 En la beldad de Narciso,
 Del que á sí mismo se quiso,
 Como un hombre á una mujer,

Cuando por la vez primera,
 De una fuente en el cristal,
 Terso espejo natural,
 Vió su figura hechicera.

En mirarse embebecido,
 Con clavado inmóvil pié,
 Al cabo trocado fué
 En la flor de su apellido:

Del Olimpo vengador
 Justo condigno castigo
 Al rigor que usó contigo
 Y con el vulgo amador.

¡Á cuántas ninfas y cuántas
 Robado la paz habia,
 Que iban en pos noche y dia
 De sus adoradas plantas!

Mas lo que en ti su desaire
 En ninfa ninguna pudo,
 Que te adelgazó el agudo
 Dolor y trocóte en aire.

Desde entónces moradora
 Eres de las soledades,
 De Narciso las crueldades
 Lamentando á cada hora.

Por la voz tan solo viva,
 Con rubor eternamente
 Huyendo vas de la gente,
 De todo consorcio esquivia.

Y, si álguien con pié veloz
 Por alcanzarte se afana,
 Siempre igualmente lejana
 Oye tu imperfecta voz.

Pero tus pasos deten
 Á mi ruego; solo intento
 Contigo hablar un momento,
 Quizá por tu propio bien.

Que, si mis penas crüeles,
 Ninfa infeliz, escuchares,
 De tus antiguos pesares
 Podrá ser que te consueles.

Como tú, yo amo tambien,
 Y á una bella el alma dí,
 Y, como Narciso á ti,
 Me paga á mí con desden.

Como tu ingrato doncel,
 De sí misma enamorada,
 De la turba no se apiada
 En idolatrarla fiel.

Y á su constante rigor
 No es escarmiento y aviso
 El ejemplo de Narciso
 Trocado, por vano, en flor.
 Ni, ya que esquivé la dura
 Pena del que amó su imájen,
 Teme que los años ajen
 Y marchiten su hermosura;
 Que, cual si toda la vida
 Debiera ser bella y moza,
 Simple no aprovecha y goza
 Su risueña edad florida.»
 Así lamenta sus males
 Un desdichado mancebo,
 Á quien paga hermosa dama
 Con desvios sus obsequios;
 Y á sus lastimeros ayes
 Con humano triste acento,
 Como de oírle apiadada,
 Solo tú respondes, Eco.

1859.

Á ESPAÑA.

¡Con cuán fiel semejanza, dulce España,
 Tú sobretodo, bella Andalucía,
 Me representas á la patria mia,
 Cuyo recuerdo siempre me acompaña!
 Tanto tu idioma al peregrino engaña,
 De tus hijas la gracia y gallardía,
 Y de tu puro cielo la alegría,
 Que tal vez no se juzga en tierra estraña.
 Mas presto el llantó á su pupila asoma,
 Y se aflige de nuevo el pecho amante,
 Cuando, advirtiéndolo en breve su error vano,
 Ve que, aunque en claro cielo, dulce idioma
 Y bellas hijas ¡ai! tan semejante,
 No es este suelo al fin el perüano.

1859.

Á UNA SEÑORITA BELLÍSIMA

QUE CONOCÍ EN UN BAILE LA NOCHE ÁNTES DE PARTIR DE

Hermosísima reina del sarao,
 Con quien apareciera ménos bella
 La esposa desleal de Menelao,
 Como al rayo del sol la última estrella;
 ¡Ai! que mañana voladora nao,
 Miéntras imprima aún su leve huella
 En la blanda almohada tu mejilla,
 Me apartará por siempre de esta orilla.

¡Dichosa danza que tu talle estrecho
 Enlazar con mi brazo me consiente,
 Y que lata de amor mi ardiente pecho
 Junto á tu pecho cándido y turjente,
 Y que tu aliento beba en quien sospecho
 Que Amor respira su vital ambiente!
 ¡Ah! de felicidad tan soberana
 Solo el recuerdo quedará mañana.

Apénas te conozco, ya te pierdo,
 Cuando en mi corazon y en mi memoria
 Ha de durar eterno tu recuerdo:
 Así tal vez en sueños, transitoria
 Vision endiosa el alma que, en su acuerdo
 Volviendo al despertar, llora su gloria;
 Y yo así lloraré cuando despierte
 Sin esperanza de volver á verte.

¡Injustas quejas! vale mas que, apénas
 Vista, te oculte á mí la suerte avara;
 Que por siempre cautivo en tus cadenas,
 Si mas tiempo te viera, me quedara;
 Y, habitando por ti playas ajenas,
 Familia, patria, todo lo olvidara,
 Y aún la ambicion perdiera y sed de fama
 Que á grandes cosas mi destino llama.

1859.

Á LA MUERTE DE D. PIO DE TRISTAN.

Padre segundo de mi madre y mio,
Que la cumbre ocupaste del Estado,
Luego á lo eterno y santo consagrado,
Viviste de la tierra en el desvio:

Tu fin, temprano al mundo, á ti tardio,
Lamenta el pobre á quien contigo el hado
Quitó amparo y sustento y padre amado,
¡Oh en la virtud, como en el nombre, Pio!

Tu familia á quien fuiste muro fuerte,
Y que eterna anhelara tu existencia,
Su gozo en llanto perennal convierte;
Y á mayor duelo el hado me sentencia,
Pues dos años y dos tu acerba muerte
Para mí solo adelantó la ausencia.

1859.

ANSIA DEL CIELO.

Tal vez el cielo, que por noble patria
Confiesa el alma, y sin cesar la llora,
Doloroso contemplo y pensativo,
Desde este triste valle de miseria
Do prisionero vivo;
Cual desde orilla mora,
En encendidas lágrimas deshecho,
Mirar solia el Español cautivo
Los verdes campos de su dulce Iberia,
Al otro lado del hercúleo estrecho:
Y, cual sus lazos destrozar ansiaba
Para volver nadando á sus hogares,
Las cadenas romper de la materia
Así entónces anhela el alma esclava,
Desnudándose fuerte
Del natural espanto de la muerte.

Á UN RECUERDO.

¿Por qué do quiera sin cesar me veo
 De ti, triste recuerdo, perseguido,
 En vano renovándome el deseo
 De volver á gozar el bien perdido?
 ¡Quién las aguas me diera del Leteo
 Donde la paz se bebe del olvido!
 ¿De qué horrendo delito me hice reo
 Para dolor tan largo y desmedido?
 Dulce felicidad desvanecida,
 De mi memoria perenal castigo,
 Pues me diste tu eterna despedida,
 Y lejana esperanza ya no abrigo
 De que te goze aún mi triste vida,
 Tu recuerdo perder debí contigo.

1859.

Á LA NATURALEZA.

Que fiel logre mi verso retratarte
 Consíenteme, inmortal Naturaleza,
 Tú que de la verdad y la belleza
 Eres madre en la ciencia y en el arte.
 Por poco que el mortal de ti se aparte,
 En su profunda ceguedad tropieza;
 Mas, nunca escarmentada su flaqueza,
 No cesa en todo tiempo de dejarte.
 ¡Cuántos vanos errores á porfía
 Reinan ves en tus locas criaturas,
 Muertos y renacientes cada día!
 Pasan ellos: tú sola eterna duras,
 Siempre brindando al Arte y á Sofía
 De belleza y verdad las fuentes puras.

1859.

AL AMOR.

(HABLA UNA JÓVEN.)

Oh de la triste humanidad verdugo,
 De todo mal oríjen, Amor ciego,
 ¿Por qué, dí, al que me abrasa en vivo fuego
 No amarraste conmigo al mismo yugo?
 ¡Ingrato! un tiempo mi beldad le plugo;
 Mas por otra mujer me olvidó luego,
 Y hoy desdeña cruel mi humilde ruego,
 Mi ardiente llanto que jamas enjugo.
 Y en vano esfuerzos y promesas hago
 De olvidar á tan bárbaro enemigo
 Por otro que á mi amor dé digno pago.
 ¡Ai! que adorarle ménos no consigo:
 Antes le ruego más y más le halago
 Mientras más desdeñoso está conmigo.

1859.

PIGMALION.

Duélese Pigmalion, la vista fija
 Sin cesar en su amada efigie hermosa,
 De que espíritu humano no la rija,
 Y á Vénus que la anime pedir osa.
 De una pasión tan nueva y tan prolija
 Dolida al fin, le concedió la Diosa
 Que muerta estátua, de sus manos hija,
 Á sus brazos descienda, viva esposa.
 Así la imájen que mi mente crea,
 Única á quien adora el alma altiva
 Y que no hai perfeccion que no posea,
 Divinidad permita compasiva
 Que, el ser dejando de impalpable idea,
 En humana mujer se encarne y viva.

1859.

A***

Si de cristal transparente
 Fuera el hombre, y si se viera
 Por esa viva vidriera
 Cuanto quiere, piensa y siente;
 ¡Cuán crecida turba impia
 De males varios, ahora
 Del mundo reina y señora,
 Entónces ser no podría!

No hubiera boca embustera,
 Ni hubiera hipócrita cara,
 Siendo fuerza que igualara
 Lo de adentro á lo de afuera.
 No fuera un nombre el deber,
 Ni fuera el amor un nombre,
 Ni fuera juguete el hombre
 De la pérfida mujer.

Ni de su amante cohorte
 Se burlara la coqueta,
 Ni diera entrada secreta
 Al vil galan la consorte.

Ni, como suyo, á su seno,
 Erradamente amoroso,
 El triste crédulo esposo
 Estrechara al hijo ajeno.

Ni tantos amigos Júdas
 Prendieran de paz con beso:
 Acabáranse con eso
 Las sospechas y las dudas.

Fama y vulgar opinion
 No fueran, para ensalzar
 Y deprimir á la par,
 Tan injustas como son.

De libertad no engañara
 Con el nombre y el abuso
 Al mísero pueblo iluso
 Quien cadenas le prepara.

Ni del culpado la pena
 Padeciera el inocente
 Que por delito aparente
 El juez á muerte condena.

Y en fin,preciando el mortal
 Tanto el parecer ajeno,
 Fuerza le fuera ser bueno
 Solo por parecer tal.

Y ¡cuántos tambien que son
 Hoi de nuestra envidia objeto,
 Al ver su dolor secreto,
 Nos causaran compasion !

Entónces, mortal, supieras
 Quién te odia y envidia, quién
 Finje que te quiere bien,
 Y quién te quiere de veras.

Entónces tu alma desnuda
 Mirara yo, prenda mia ;
 Entónces se apuraria
 Esta amarga mortal duda

Con que talvez desléal
 Y engañosa te sospecho ;
 Pues, mirando de tu pecho
 Por el diáfano cristal,

Al punto supiera yo,
 Con cuanta certeza sé
 Que te adoro y guardo fe,
 Si tú me quieres ó no.

1859.

LA ESTATUA DE NIOBE.

(Imitacion.)

De un dios el rigor tremendo
 Cambió en piedra á una mujer ;
 Pero del arte el poder,
 Carne la piedra volviendo,
 La restituye á su ser.

Á MI MADRE.

Cuando empieza el mundo
A gozar quietud:
En aquellas horas
En que incierta luz
Viste mar y tierra
Aire y cielo azul,
Y no es ya de día
Ni de noche aún:
Yo, triste viajero
Que de Norte á Sur
Y de Oriente á Ocaso
Lleva su inquietud,
Como el que á andar siempre
Condenó Jesus,
Que solo me veo,
Solo con mi cruz,
Sin ningun consuelo
Ni amigo ningun:
Entóncees recuerdo
Mi patrio Perú,
Hermanos, parientes,
Leda juventud
Amiga, y aquellos
Que ya la segur
Hirió de la fiera
Contraria comun.
Pero mi mas tierna
Memoria eres tú,
Madre idolatrada,
De mis ojos luz;
Y soi de tu vida
Venturoso augur,
Y cantos te envia
Mi amante laud:

¡Llevarte éste quiera
 Afable querub
 Al limeño suelo
 Desde el andaluz!

1860.

 ANHELO.

Cual de su sombra con locura rara
 Va huyendo un niño en rápida carrera,
 Mas nunca de la sombra se separa,
 Que tras él va, como su pié lijera,
 Hasta que al fin, de su teson cansado,
 Se pára el niño con la sombra al lado:
 Tal con vana porfia
 Y malogrado empeño
 Huyo de la Tristeza, sombra mia;
 Y nunca, nunca de burlar acabo
 Á quien me sigue como avaro dueño
 Tenaz persigue á fugitivo esclavo.
 ¡Ai! en vano me trajo mi deseo
 De mi nativo suelo al europeo;
 Mi enemiga crüel el oceáno
 Pasó conmigo: en vano
 De ciudad en ciudad voi peregrino,
 Y sus nombradas maravillas veo:
 Á mí entre absorta multitud curiosa,
 En su hermoso palacio cristalino,
 Me vió la grande Lóndres populosa:
 Y en su seno me dió larga morada
 La ciudad celebrada
 Que baña el Sena y parte,
 La que en placeres sin cesar rebosa:
 Yo visité el divino
 Bellísimo pais, templo del Arte,
 Que el mar circunda y parte el Apenino,

Y que á mi enamorada fantasia
 Mas que el resto del orbe sonreia:
 Nápoles habité, cuyas amenas
 Playas, y de su gólfó aguas serenas,
 La antigua Poesia
 Morada imaginó de las Sirenas;
 Y la ceniza santa
 De la ciudad, del mundo ya señora,
 ¡Ai! ¡tan mudada ahora!
 Con sagrado pavor holló mi planta;
 Y Pisa vi, y artística Florencia;
 Y hoi el hispano paraíso moro,
 Suspiro eterno del vencido Moro:
 ¡Ai! no se diferencia,
 En cuanto ciñe el mar y alumbrá el día,
 Por feliz tierra alguna de la mia!
 O ¿será que es acaso la ventura
 Fruto de un clima solo?
 ¿Ni avara ha consentido la Natura
 Del uno al otro polo
 Mas que un pueblo dichoso, de manera
 Que es buscarla locura
 De esa rejion privilegiada fuera?
 Mas ¿dónde habita aquella
 Afortunada gente?
 ¿Qué viajador de tan benigna estrella,
 Errante de la Aurora al Occidente,
 En su suelo feliz posó la huella?
 O ¿qué bajel, en mar desconocido
 Por su dicha perdido,
 De ella nos trajo la gloriosa nueva?
 ¡Ah! quién habrá que otra rejion me muestre
 Como el bello jardín, cielo terrestre,
 Que habitaron mis padres Adán y Eva?
 Oh Sol, ojo del cielo,
 Que con tu alta mirada
 Todo lo abarcas en el ancho suelo;
 ¿Rejion alguna ignota y apartada,
 Isla alguna desierta
 Miras, aún negada

A la humana codicia y encubierta;
 Ángulo ves de nuestro globo donde
 La Ventura se esconde,
 Con el dulce Contento y el Reposo?
 Dímelo, si lo sabes,
 Por que vuela en su busca presuroso.
 Y vosotras, viajeras
 Del espacio infinito, vagas aves,
 Que volais á riberas
 Donde nunca llegaron nuestras naves,
 Decidme si sabeis dónde la ansiada
 Felicidad ha puesto su morada;
 Y por el aire leve,
 Sobre montañas que corona el hielo
 Y mar y selvas, vuestro raudo vuelo
 Á sus reinos incógnitos me lleve.

Granada, 1860.

Á MAGDALENA,

MI NODRIZA.

No, porque la noche fria
 Tu africana faz vistiera
 Con el color que la blanca
 Altiva estirpe desprecia,
 Fué menor nunca el afecto
 Con que te amé, Magdalena,
 (Que cual la tez no escondias
 El alma por dentro negra,)
 Ni es menor mi pena ahora,
 O el llanto es ménos que riega
 Mi mejilla, y que me arranca
 De tu fin la triste nueva:

Tu fin que un lustro á tu amante
 Hijo adelantó la ausencia,
 Sin que pudiera volverte
 Así en tus horas postremas
 Los amorosos cuidados
 Que te debí en mis primeras;
 Sin que tus amados restos
 Á la mansion sempiterna
 Acompañara, ó en llanto
 Bañara tu humilde huesa.

Tú tambien eres mi madre,
 Tú que mi niñez enferma
 Sustentaste un año entero
 Con la sangre de tus venas;
 Tú que, partiendo conmigo
 El amor de tu hija mesma,
 Á ella y á mí nos amabas
 Con igualdad tan perfecta,
 Que tan solo declaraba
 Del color la diferencia
 Ser ella hija de tu sangre,
 Yo solo de tu terneza;
 Tú, que de la noble y santa
 Caridad imájen eras,
 Cuando su blanco sustento
 Á un pecho yo, miéntras ella
 Al otro pecho, exprimía
 Con boca asida y sedienta;
 O cuando del diestro brazo,
 Dándote amor fortaleza,
 Era yo peso querido,
 Y del otro tu hija lo era.

¡Cuántas veces con mi llanto
 Te despertaste inquieta!
 ¡Cuántas de mi cuna al lado
 Pasaste la noche entera,
 Sin dar al sueño un instante
 Tu fatigada cabeza;
 O tal vez entre tus brazos,
 Cuna mas blanda que aquélla,

Me arrullabas y mecias,
Y antiguas canciones tiernas
Con baja voz me cantabas,
Hasta que yo me adurmiera;
Sin que jamas se agotase
El caudal de tu paciencia!

Tan solícitos cuidados,
Tal ternura, tantas penas,
¿Con qué premio jamas pude
En parte corresponderlas?
Ni ¿qué valió el que la dulce
Libertad luego te diera,
(Que aún afrentaba á mi patria
De la esclavitud la mengua)
Si, siendo libre cual todos,
Por lei de naturaleza,
Te volví lo que era tuyo,
Dejando intacta mi deuda?
Estimar tan solo pudo
Excesiva recompensa
Lo que solo era justicia
Tu gratitud lisonjera.

Ni, porque quisiste un tiempo
Dejar la casa materna,
De mí te olvidaste nunca,
Ni me faltaron las muestras
De tu amor: aún me parece
Que con raudos pasos entras,
Y que yo á tu encuentro vuelo,
Y que á tu seno me estrechas
Y me das mil dulces nombres
Que aún hoi en mi oido suenan;
Y luego á mi ansiosa vista
Aún me parece que enseñas,
Ya gracioso jugueteillo
Que mis miradas alegre,
Ya sabrosa golosina,
De ménos dulzura llena
Que las caricias y estremos
Con que la das y presentas.

¡Oh corazon jeneroso!
 Vez ninguna se me acuerda
 En que, de dones desnuda,
 Á tu Clemente á ver fueras,
 Que del óbolo postrero
 Se privara tu pobreza,
 Antes que el presente usado
 Faltara á tu larga diestra.

Perdona, oh madre, perdona,
 Si mi condicion soberbia,
 Por tu ternura engreida,
 Pudo en su cólera ciega
 Olvidar favores tantos
 Con la ofensa mas pequeña;
 Perdona, si tal vez pudo
 La injuriosa fácil lengua
 Ser ocasion de tu llanto
 Y de tus humildes quejas.
 Sabe el cielo, sabe el cielo
 Con cuánto dolor me pesa;
 Él es testigo del hondo
 Desconsuelo que me aqueja,
 Al ver que negarme quiso
 De mis hados la crudeza
 El que, postrado de hinojos
 Á tu humilde cabecera,
 Te pidiera arrepentido
 El perdon de mis ofensas;
 Y de tus amantes labios
 Escucharle mereciera,
 De esos labios que no espero
 Que jamas á hablarme vuelvan.

Mas, ya que consuelo tanto
 Me negó la suerte adversa,
 Blandos reciban tus manes
 De aqueste canto la ofrenda:
 Él por mí perdon te pida,
 Él por mí perdon merezca;
 La antigua deuda del hijo
 Pague siquiera el poeta;

Y, si han de pasar mis cantos
 Á las gentes venideras,
 En ellos, oh mi nodriza,
 Tu humilde nombre se lea.

1860.

 SAFO Á FAON.

En amor convirtieras el desvio,
 Si acertara á pintarte
 Del inmenso amor mio,
 Bellísimo Faon, pequeña parte!
 ¡Enseñárame Febo
 Modo de canto nuevo,
 Mui mas eficaz arte,
 Para espresar pasion tan nueva y rara
 Que con pasion ninguna se compara;
 Y las penas tan bárbaras y atroces
 Que sin descanso siento,
 Al ver que con desden la desconoces!
 Para amor tanto y tan feroz tormento
 Fáltanme las imájenes y voces,
 Y es helado y escaso
 Aún el celeste idioma del Parnaso.
 ¡Por qué no sale el fuego
 Del furibundo, ciego,
 Desesperado amor con que te adoro
 Envuelto en mis palabras,
 Por que tu alma al amor ó piedad abras!
 ¡No en licor negro, en encendido lloro,
 O de mi corazón en tinta roja,
 Menester fuera humedecer la pluma,
 Para decirte la sin par congoja,
 El duelo inmenso que por ti me abruma:
 Violento usurpador de mi albedrio
 Que, apénas te miré, ya no fué mio,

Quedando de improviso en tanto grado
 La voluntad de tu belleza sierva,
 Cual si me hubieras pérfido hechizado
 Con el veneno de amorosa yerba!

Y ¡si con la voz viva yo siquiera
 Significarte tal pasión pudiera,
 Y tan prolijas penas!
 Mas llevo apenas á tu dulce lado,
 Los ojos alzo por mirarte apenas,
 (Bien los tuyos lo saben, despiadado)
 Cuando la voz me falta y el aliento,
 Al paladar mi lengua se encadena,
 Y se entorpece tardo el pensamiento:
 Cunde llama sutil de vena en vena;
 Desampara la sangre mi mejilla
 Y al corazón agólpase que el pecho
 Rasgar ya quiere, á su latir estrecho;
 Negra nube á mis ojos amancilla
 El puro sol; mi oído

Llena sordo zumbido;
 Un helado sudor toda me inunda;
 Me da apenas sosten mi débil planta,
 Y difunta semejo ó moribunda:

Y es fuerza así que tanta
 Furia de amor remita,
 Aunque tan muerta, á la palabra escrita.
 Y ¡ojalá que tu mano no se afrente
 De abrir, oh mi Faon, el triste pliego
 De la que siempre te causara enojos,
 Ni de leerlo afréntense tus ojos,
 Si leer á tus ojos lo consiente
 El piélagos de llanto en que lo aniego!

Ah! como al viento el humo,
 Como al sol nieve, como al fuego cera,
 Del amor á las llamas me consumo,
 Sin que de cuerpo ni alma se preserve
 Mínima parte de la horrible hoguera
 Que más y más desesperada hierva.
 No es amor, es la misma Citerea,
 Que ya de toda mí se enseñoera,

Y Gnido deja y Amatunta y Pafó
 Por el ardiente corazón de Safo.
 No en fuego tan funesto
 Ardió la triste furibunda Mirra
 Que al burlado Ciniro, en torpe incesto
 Gozó, ajitada de mortal espanto,
 Y aún hoy, trocada en árbol, atestigua
 Su desventura antigua
 É infausto amor con oloroso llanto;
 No amaba tanto Fedra al desdenioso
 Casto hijo de su esposo,
 Ni la maga de Cólcos al perjuro
 Robador del dorado vellocino;
 Ni Eco al garzon divino,
 De su propio traslado,
 Que vió del agua en el espejo puro,
 Por celestial castigo enamorado:
 Ni con mi ciego loco desatino
 Parangonar es dado
 Exceso alguno de amorosa llama
 De que se acuerda con horror la Fama.....
 Y esa que á mí prefieres ninfa bella,
 ¿Piensas que amarte sabe? el amor de ella
 Junto al amor de Safo es sombra vana,
 Apariencia, ilusion, juego, mentira.....
 Mas, si á pintarte aspira
 En vano el labio mi pasión insana,
 ¿Cómo pintar podré mis zelos é ira,
 Al mirarte en los brazos de otro dueño?
 Cuando de noche en solo lecho y frío,
 De donde vive desterrado el sueño
 Y que humedece de mi llanto el río,
 Revolviéndome inquieta á todos lados
 En los ásperos linos, las almohadas
 Teniendo entre mis brazos enlazadas,
 Cual no puedo tus miembros adorados,
 Espantosa memoria de repente
 Viene á asaltar mi mente
 De que en el punto mismo en que me abraso
 Con solitario amor no satisfecho,

Y los suplicios del Infierno paso,
 Os guarda blando lecho
 Unificados en abrazo estrecho,
 Y que ótra goza lo que yo no gozo;
 Las negras furias todas del Cocito
 Apoderarse sienten de mi pecho
 Y dél hacer fierísimo destrozo:
 Contra las duras gélidas paredes
 Que en el rigor excedes,
 Alzando ronco dilatado grito,
 Mi frente miserable precipito;
 Meso mi cabellera; con frecuente
 Diestra mi pecho despedazo, muerdo
 Entrambas manos con rabioso diente,
 Y con blasfemias ásperas irrito
 Á los Dioses, perdido todo acuerdo.
 No hai en el Orco mísero precito
 Cuyo tormento compararse pueda
 Con el que apuro en tan tenaz recuerdo:
 No aquel á quien dentada aguda rueda
 Rompe y asierra el cuerpo palpitante;
 Ni el que jamas á humedecer alcanza
 Su labio en la bullente
 Agua que mira sin cesar delante
 Y apeteciendo está sin esperanza;
 Ni el condenado al perennal trabajo
 De subir á alto monte grave roca
 Que, siempre que la cumbre casi toca,
 Rueda de nuevo rápida hacia abajo;
 Ni el otro de cuyo hígado sangriento,
 Inmortal alimento
 Que sin cesar renace,
 Hambriento buitre sin cesar se paze:
 Ninguna de estas penas mi alma arredra,
 Mayor que todas ellas es la mia;
 Y, si trocarlas diéranos la suerte,
 Tu sed, Tántalo, alegre admitiria;
 Yxion, tu rueda; Sísifo, tu piedra;
 Y el buitre que no se harta de roerte
 Las entrañas, oh Ticio, noche y dia!

Todos juntos tomara vuestros duelos
 Como pena lijera,
 Y entre vosotros todos repartiera
 El sin igual tormento de mis zelos.
 ¿Cuál encarecimiento habrá espresivo
 De la vida misérrima que vivo?
 Siento en la mas secreta
 Parte del corazon como escondida
 Honda aguda saeta,
 O que mano de bronce, dél asida,
 Con sus tenaces garras me le aprieta;
 Duéleme el alma, duéleme la vida:
 Reposo no me da lugar alguno;
 El manjar aborrece el labio ayuno;
 Y, si á gustarle á veces me violento,
 Cansada de sufrir ruego importuno,
 Me es acíbar y tósigo el sustento;
 En perenne vijilia
 Consumo de la noche el jiro lento;
 Los cuidados y amor de mi familia,
 De mis amigas el sincero trato
 Donde las almas liga la confianza,
 La placentera danza,
 Las femeniles galas y el ornato,
 La variada belleza
 De la naturaleza,
 Y cuanto me halagaba y complacia,
 Hoi en el dolor fiero
 De no corresponderme á quien yo quiero,
 Todo en rostro me da, todo me hastia.
 Ni á consolarme parte
 Es del divino Homero
 La excelsa poesía,
 Ni las bellezas májicas del arte:
 Mi ingenio mismo entorpecido duerme;
 Mas, aunque á su primera
 Lozania volviera,
 Ni áun él pudiera en mi dolor valerme!
 ¡Ai! en vano es insigne el nombre mio
 Entre los claros nombres

Que celebra y pregona
 En áurea trompa por do quier la Fama ;
 En vano con la délfica corona
 Que circunda mis sienes, á los hombres,
 De mi sexo honra y luz, envidia causo :
 ¡ Ah ! ¿ qué me importa la apolínea rama,
 Ni qué me importa el lisonjero aplauso
 Que ufana rinde la concorde Grecia
 A su gran poetisa,
 Si Faon me desprecia
 Y los laureles que le ofrezco pisa ?
 ¡ Más me valiera ser hermosa y necia,
 Que hospedar alma grande y númen alto
 En cuerpo humilde, de belleza falto !
 ¡ Oh dichosa rival ! por tu hermosura
 Que en adorada red tiene cautivo
 Á mi Faon esquivo,
 Safo su dulce lira te daría
 Y su creciente gloria perdurable :
 Sí, que no aplaca la congoja mía
 Imaginar que en tanto
 Que haya en el mundo amor y poesia,
 Siglos sin fin despues que ya no se hable
 La melodiosa lengua en que los canto,
 En idiomas diversos
 Resonarán mis amorosos versos.
 De la gloria el fulgor no me compensa,
 Y no pudiera compensarme nada
 La desventura inmensa
 De no haber sido por Faon amada.
 ¡ Ah ! si penar debia como peno,
 ¡ Por qué, por qué piadosa la Fortuna
 No me dió muerte en el materno seno,
 O mi tumba tambien no fué mi cuna !
 ¿ Cuándo tu encono contra mí se aplaca,
 Citerea crüel ? ¿ Qué desacato
 Á tu deidad soberbia jamas hice ?
 ¿ Con qué tremendo crimen esta flaca
 Mortal de tu rigor merecer pudo
 Amor tan insensato

Por un esquivo corazon ingrato?
 ¿Por qué, cuando mi pecho
 Cupido traspasó con dardo agudo,
 No hirió con igual dardo
 El pecho del mancebo por quien ardo?
 Nunca mi labio las debidas preces
 Ni las ofrendas olvidó mi mano
 Que á tus aras consagra sacro rito.....
 Mas, ya que mis plegarias escarneces,
 Y el castigo me das sin el delito,
 Y en mi mal te recreas,
 Maléfica deidad, maldita seas!
 Bien se declara en mi tormento grave
 Que tu bárbaro pecho amar no sabe;
 Que, si no, mi dolor te condoliera:
 Á ti, insensible Diosa,
 Á ti, que madre le eres,
 Jamas cautivó Amor á la manera
 Que cautiva y acosa
 Á nosotras las débiles mujeres,
 Atenta solo, oh celestial ramera,
 Á tus carnales gustos y placeres.
 No de tus negros cíclopes, Vulcano,
 Á la rápida mano
 Y golpear redoblado aumentes prisa:
 Deja ya, deja el ígneo Monjibelo;
 Tiempo es que mofa y risa
 Te avergüenzes de ser á tierra y cielo;
 Y, pues miras que Jove,
 En premio de forjarle el rayo ardiente,
 Débil sufre y consiente
 Que su hija infame así el honor te robe,
 Tiempo es que sin tardanza
 Ejecutes tú mismo tu venganza;
 Tiempo es que, airado justiciero esposo,
 El universo asombres,
 Escarmentando con terrible pena
 El torpe adulterar escandaloso
 De la vil que al oprobio te condena,
 Y ayuntada con dioses y con hombres,

Cielos y tierra de bastardos llena.

Y tú, Cupido, de tan mala madre
 Hijo peor aún, fiero verdugo,
 Antigua peste del linaje humano
 Que airado el cielo sujetó á tu yugo,
 De sus miserias todas primer fuente;
 Tú á quien tu mismo padre, horrendo Marte
 De quien tiembla la tierra,
 En lo sangriento y bárbaro y furente,
 No pudo aventajar, ni áun igualarte,
 Siendo sombra la suya de tu guerra,
 Sé maldito tambien: siempre á tu oído
 La música mas dulce y dulce canto
 Fué de odiados amantes el jemido
 Y el sollozo y el llanto;
 Y el mas grato espectáculo á tus ojos,
 Y á tus feroces aras
 Las víctimas mas caras,
 Los helados despojos
 Son de cuantos con fuerte
 Mano, armada de hierro ó de veneno,
 Puerta abren á su espíritu indignado,
 O hallan temprana voluntaria muerte
 Del ancho mar en el profundo seno.

Á trance tal tu crüeldad me lleva;
 Pronto, víctima nueva,
 Aumentaré tus triunfos, oh Cupido,
 Que el sufrimiento á resistir no alcanza
 Dolor tan desmedido,
 Y es ya la muerte mi única esperanza.
 Á mi desesperada furia loca
 Ya la peña fatal tiente y provoca,
 De amantes desamados visitada:
 Pronto, pronto será que, de su altura
 Con intrépido pié precipitada,
 Halle en el oceano sepultura.

Y tú, Faon, cuando te diga alguno:
 «Duerme en los negros senos de Neptuno
 La triste Safo, por tu amor suicida»
 Merézcate siquiera á la partida

Cortés piadoso llanto
 La desgraciada que te quiso tanto.
 No te lo vedará tu amante esposa,
 Que, si hora me odia viva,
 Con Safo que en la tumba ya reposa
 Ha de ser generosa y compasiva.

1860.

ÚLTIMO CANTO DE SAFO.

La excelsa roca pisa,
 De amantes desamados visitada,
 Con planta no indecisa,
 La lesbiana divina poetisa
 Del ingrato Faon enamorada.
 Escucha en lo hondo y mira,
 Impávida, agitarse en son horrendo
 Del mar la indócil ira;
 Y por última vez pulsa la lira,
 Al aire estos lamentos esparciendo:

«Adios por siempre, oh vida;
 Adios, oh mundo; sin dolor ni llanto
 Os doy mi despedida,
 Que bien sé que en vosotros no se anida
 Para Safo infeliz sino quebranto.

«Muerte anhelo, y cualquiera
 La pena sea que al mayor pecado
 En el Averno espera,
 Jamas las ansias igualar pudiera
 De un furibundo amor menospreciado.

«Á los males sin cuento
 Con que os abrumba el que su eterna fiesta
 Halla en vuestro tormento,
 Es, oh mortales, único descuento,
 Sola ventura que gozais es ésta:

«Que, si del hado impio
 Fué decreto fatal el nacimiento,
 Es rei vuestro albedrio
 De acelerar, como acelero el mio,
 De vuestras vidas el final momento;

«Y que, si fué la entrada
 Á la prision oscura de la vida
 Forzosa é ignorada,
 Dogal, y salto, y tósigo, y espada
 Siempre libre encontraron la salida.

«Tú que las crudas penas
 Que lloro lloras, yo á romper te enseño
 Tus odiosas cadenas;
 Á padecer tú mismo te condenas,
 Sabiendo que eres de tu muerte dueño.

«Usa tu alto derecho;
 Y ó da veneno á la callada boca,
 O el cuello á lazo estrecho,
 O con agudo acero abre tu pecho,
 O ven conmigo á la Leucadia roca.

«No más tu pena aguarde:
 Mas, si escoges vivir, lloro no viertas,
 Cesa queja cobarde:
 Culpa tuya será que se abran tarde,
 Cautivo vil, de tu prision las puertas.

«Vive, vive, tolera
 Tus fieros males, cada vez mayores,
 Y la vejez postrera
 Haga que apures tu desgracia entera,
 Que mal ninguno de la vida ignores.

«Morir, morir escojo,
 Y rebelde al tirano omnipotente,
 Me burlo de su enojo,
 Y de la vida con desden le arrojo
 El falso funestísimo presente.

«Y tú, mancebo ingrato,
 Á quien desesperadamente adoro,
 Tú á quien con insensato
 Furor mil veces convidé á mi trato,
 Pospuesto el casto femenil decoro:

« Vive feliz, si pudo
Consentirlo á mortal el negro encono
Del destino sañudo:

Tu eterno desamor, tu desden mudo,
Y mis tormentos todos te perdono.

« No fué amarme en tu mano:
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo
De Júpiter tirano

Que, con avara diestra, velo humano
Me dió, desnudo de beldad y hechizo.

« El alma que era bella
No pudiste mirar; si la miraras,
Te enamoraras de ella,
Menospreciando la beldad de aquella
Por quien á Safo triste desamparas.

« Oh ponto, cuyo asalto
La excelsa roca azota, hirviendo espuma
Arrojando á lo alto,

No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presume,

« Tu amenaza é insulto
Mirando estoy impávida, que calma
Es el ciego tumulto

De tus olas, al lado del que oculto
Amoroso huracan dentro del alma.»

Dice la triste amante,
Y se arroja veloz: la mar hinchada
Se abre y cierra sonante,
Y, de las ondas á merced errante,
Aquí y allí la leve lira nada.

1860.

Á CONSUELO,

QUE SE QUEJABA DE QUE NADIE LA RETRATABA BIEN.

Razon, Consuelo, has tenido
Al decir que tu traslado
Ningun artista ha logrado
Que te salga parecido.

Pero no es justo que estés
Demostrando airado pecho
Con ellos, por no haber hecho
Lo que posible no es:

Ya que cincel y pinceles
En tu rostro soberano
Probado hubieran en vano
El claro Fídias y Apéles.

Y si ves de las demas
Los parecidos retratos,
Que á sus modelos son gratos,
Por mejorados quizas,

Es que de la tuya dista
Mucho su beldad, y así
Quéjate solo de ti,
Pues de que ningun artista

Que tu retrato hacer osa
Le pinte bien ó le esculpa,
No tiene el arte la culpa
Sino el ser tú tan hermosa.

1860.

JUVENTUD ETERNA.

A***

Para tu belleza rara
Vana es del tiempo la fuga:
Que aún no con sus sulcos ara
La fea enojosa ruga
Tu hermosa frente y tu cara;

De tu purpurea mejilla
 Aun el nativo carmin
 Vence al mentido y humilla,
 Y la reina del jardín
 De verle se maravilla ;

Aun no hai blancura tan rara,
 Cuajada trémula leche,
 Puro mármol, nieve clara,
 Que la vista no deseche,
 Si con tu albor los compara ;

Aun en estos años tardos,
 Tus hermosos ojos pardos
 Despiden por rayos flechas
 Que al corazon van derechas,
 Como del Amor los dardos.

Aun no al oscuro cabello,
 Por quien ya no se celebra
 El de Berenice bello,
 Se le argenta una sola hebra,
 Ni ningun odioso sello

Que imprime el tiempo crüel
 Tu altiva beldad desdora :
 Tu retrato áun copias fiel,
 Que no ha envejecido una hora
 Desde que lo hizo el pincel.

Dice la Envidia que diez
 Lustros cuentas, si no más ;
 Y verdad será tal vez ;
 Mas, si tan jóven estás,
 Y al mundo pongo por juez ;
 ¿Qué vale, dí, en casos tales
 Nacer ántes ó despues ?

Inciertos son tus natales :
 Lo cierto tu beldad es
 Y tus gracias sin rivales.

Calle pués, y de ofender
 Te cese la Envidia osada,
 Que es la edad de la mujer
 La que dice á la mirada
 Su faz y su parecer. 1860.

VANITAS VANITATUM.

En un tiempo envidié la suerte agena,
 Juzgándome yo solo desdichado;
 Mas sé que á todos á jemir condena
 La inexorable voluntad del hado:
 Arrastra cada cual de la cadena
 Que envuelve y aprisiona lo creado
 Un eslabon, y por diversos modos,
 Todos padecen y suspiran todos.

¿Quién conoció jamas un venturoso?
 Es máscara la dicha solamente;
 El rostro mas sereno y mas radioso
 Tristeza esconde, regocijo miente;
 Como tal vez entre el rosal frondoso
 Se anida venenosa la serpiente,
 O al lindo fruto de color lozano
 Le roe el corazon negro gusano.

¡Cuántos felices reputé primero,
 Por gloria, por riquezas y boato,
 Cuyo tedio profundo y dolor fiero
 Me descubrió despues estrecho trato!
 Oye, oh mortal, mi verso verdadero,
 Ni agena suerte envidies insensato,
 Que por diverso modo desgraciado
 Fueras quizá, mas en el mismo grado.

Es el Dolor un rey, cuyo tirano
 Maldecido poder ménos no abarca
 Que cuanto rije con sangrienta mano
 La universal inevitable Parca:
 Á entrambos cuanto el mísero aldeano
 Tributo paga el vencedor monarca,
 Y hasta hoy las duras inflexibles leyes
 Nadie burló de tan tremendos reyes.

Si no mintiera el rostro, ó fuera el hombre
 De trasparente cuerpo cristalino,
 Se viera que es la dicha un vano nombre,
 Y buscarla en la tierra es desatino:
 Ya no habrá desventura que me asombre;
 Á la coyunda del comun destino
 Mi frente doblo, y de anhelar sin seso
 Terrenas dichas para siempre ceso.

Los bienes á que da tan halagüeña
 Bella faz la distancia engañadora,
 ¡Cuán distintos de cerca los enseña
 La verdad que su lustre descolora!
 Siempre la hastiada Posesion desdeña
 Lo que el Deseo y la Esperanza adora;
 Y cuanto mas ansió mi desvario,
 Lo envidia, ageno, lo desprecio, mio.

Oh Salomon, Jehová con larga mano
 Te dió infusa sin par sabiduria,
 Riqueza, amor, poder, cuanto el humano
 Deseo en fin imaginar podria;
 Mas de que tanto don á dar es vano
 La ventura, la paz y la alegria,
 Con esa triste voz me persuades:
Es todo vanidad de vanidades.

Y si feliz tú, Salomon, no fuiste,
 Y si, cercado de grandeza suma,
 Eternamente suspirabas triste,
 ¿Quién hay que serlo tras de ti presuma?
 Ser vanidad cuanto en la tierra existe
 Fué la verdad que tu doliente pluma
 Legó á los siglos, cual final sentencia
 De tantas glorias, de tan vasta ciencia.

Tú viste que el saber solo era viento,
 Carga el poder, la majestad vestido,
 El amor la quimera de un momento,
 Las riquezas temor, la fama ruido,
 Llanto la risa y el placer tormento;
 Y que cuanto, con ansia apetecido,
 De léjos nos deslumbra y nos agrada,
 Era de cerca dolorosa nada.

Si oro me dan, y gloria, y poderio,
 Si dueño me hacen de la tierra vasta,
 Se quedará mi corazón vacío,
 Que cuanto alcanza, sin llenarse, gasta;
 A lo infinito del anhelo mío
 Dios infinito es quien tan solo basta:
 Y hasta que logre su divino objeto,
 Suspirará mi corazón inquieto.

Gota sin él en ancho mar vertida
 Fueran bienes celestes y terrenos:
 Y á Dios es fuerza que sedienta pida
 El alma que le copia, y que con menos
 Que con Aquel que la hizo á su medida
 Henchir no puede sus inmensos senos;
 Y á esa capacidad tan vasta y honda
 Es bien que un Dios entero corresponda.

¿Cuándo será, mi Dios, que, al contemplarte,
 En tus inmensos piélagos, sin tasa
 La sed eterna de mis ansias harte
 Y el amor infinito que me abrasa?
 ¿Cuándo será que tu rigor no aparte
 Del santo umbral de tu divina casa
 Al que, nacido para estar en ella,
 El ancho mundo desdeñoso huella?

1860.

Á FAETON.

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,
 Hijo bello del sol, la dulce vida,
 La memoria no pudo que estendida
 Dejó la fama de tan alto intento.
 ARGUIJO.

Atrevimiento tan nuevo
 Con espantosa caída
 Pudo quitarte la vida,
 Hijo glorioso de Febo.

Mas la pregonera Diosa
 En edad ninguna cesa
 De encarecer tal empresa,
 Cuanto infeliz generosa.

Que, pues la envidia altanera
 Negó tu orjén divino,
 Acreditarlo convino
 Por tan singular manera.

Y por las abiertas sendas
 De los celestiales llanos
 Fueron rijiendo tus manos
 Del sol las doradas riendas.

Y aunque, por la omnipotente
 Diestra fulminado, el Po
 Helado sepulcro dió
 Á tu cadáver ardiente,

Probó al mundo tu carrera
 Que hijo eras del mismo Apolo,
 Pues de él un hijo tan solo
 Tanto favor mereciera.

No con tus tiernas hermanas
 Tu amante madre Climene
 Siempre sin consuelo pene,
 Quejas despidiendo vanas:

Fin á su lamento triste
 Pongan, y á aliviarlas baste
 Ver que el lauro que ganaste
 Excede al bien que perdiste.

1860.

RISA Y LÁGRIMAS.

Como, al rayar primaveral aurora
 Derramando levísimo rocío,
 El cielo juntamente rie y llora;
 Así la que gobierna mi albedrío
 Que, triste por mi ausencia,
 Perlas desperdiciaba cristalinas,

Que rodaban copiosas
 Por sus tersas mejillas purpurinas,
 Émulas de las rosas ;
 Al mirarme de súbito á su lado
 Volver enamorado,
 Si de placer reia,
 Lágrimas derramaba todavia,
 De que mi amante corazon se engrie:
 Así en niño tambien se ve la risa
 Al llanto sucederse tan aprisa,
 Que llorando se rie,
 Cuando su tierna madre y amorosa,
 Cuyo piadoso pecho no resiste
 Ver á la lumbre de sus ojos triste,
 Por que su llanto aquiete,
 Le acaricia extremosa,
 Y al fin le da el bellissimo juguete,
 Ocasion de su llanto,
 Que tanto ansiara y le pidiera tanto.

1860.

Á UNA CABELLERA.

¿Qué castaña madeja, negra, ó de oro,
 Loor merece de tan rica y luenga,
 Que justa envidia á tu beldad no tenga,
 Cabellera feliz de la que adoro ?
 Ya desatada caigas, y el pequeño
 Pié besando á tu dueño,
 Toda la cubras como rejio manto,
 Y tu dorada seda que envilece
 La que el gusano artífice nos hila
 El aura desordene juguetona ;
 Ora su frente cándida y tranquila,
 En primorosas trenzas,
 Circundes á manera de corona,
 Y de las reinas las coronas venzas ;

Ya en parte oculta quedas
 En áurea red, juntas así dos redes;
 Ya, sembrada de perlas
 Y de las ricas piedras del Oriente,
 Logres con tu fulgor oscurecerlas;
 Ora campestre flor en ti se vea
 Por única presea;
 Ora te adorne tu hermosura sola
 Y el brillo natural con que la aureola
 De un querubin semejas,
 Eres la reina tú de las madejas.

No más la fama tu cabello cante,
 Aunque del oro del Ofir afrenta,
 Absalon arrogante,
 Que en él tuviste inagotable renta,
 Y á las damas judías
 Sus anuales despojos les vendias:
 Mas ¡ay! que, caballero fugitivo,
 Perseguido del cielo vengativo,
 Árbol copado te retuvo preso
 Por las doradas hebras voladoras
 Enmarañadas con las altas ramas;
 Do, hallándote las huestes vencedoras,
 Aquel mismo bellísimo decoro
 Que te envidiaban las hebreas damas,
 ¡Oh no prevista suerte!
 Fué la ocasion de tu temprana muerte
 Y del paterno inconsolable lloro!

EL DESAHUCIADO.

¡Ay! que ya el almá cónoce,
 Por manifiestos indicios,
 Que pronto el último sueño
 Dormiré en el mármol frio;

Que, aunque del sabio piadoso,
 Cual tierno padre solícito,
 Aun no me lo dijo el labio,
 El rostro ya me lo dijo.

En vano tal vez procura
 Hacer con engaño pio
 Que dé á la dulce esperanza
 En el corazon abrigo:

Que sus palabras desmiente
 El semblante dolorido,
 Ahuyentador de esperanza,
 Que muestra al mirar el mio,
 Y aquella espresion le vende
 Que mal su grado le espfo,
 Cuando avecina á mi pecho
 El atento hábil oido,

Mi pecho para el que fiera
 Lanzada es cada respiro
 Y por donde huye mi vida
 De sangre en copiosos rios. —

¡Oh Dios mio! ¿qué te hice,
 Para que así en lo florido
 De mis verdes años quieras
 Cortar de mi vida el hilo?

Si del hado inexorable
 Era ya decreto antiguo
 Que años tan cortos viviera
 Este desdichado niño,

Mas valido á fe me hubiera
 El no haber jamas salido
 De los senos de la Nada
 Donde dormia tranquilo,

Hasta que tu omnipotencia
 Sacarme á la vida quiso,
 Sin que yo te lo pidiera
 Ni pudiese consentirlo!

¿Por qué cumplir no me dejás,
 Oh rey del cielo, el destino
 Que, al ponerme en este mundo,
 Me señalaste tú mismo?

¿Para qué, dí, me creaste,
Si para vivir no ha sido?
Aun no he vivido: consienta
Que viva tu poderio.

No parezca que, insensible
A mis dolientes gemidos,
Solo para darme muerte
Me animaron tus caprichos.....

Mas de querellarse cese
Mi vano labio atrevido:
Tus juicios, Señor, acato;
Pues lo quisiste, convino;
En mí tu querer se cumpla,
Cual tuyo, siempre benigno,
Aunque de crudo rigor
Tal vez con disfraz vestido. —

¡Cuánto con la soledad
Y hondo silencio continuo
De mis estancias, contrasta
De la ciudad el bullicio!

Desde mis altos balcones
Pasar á mis plantas miro,
Barajándose confusos,
Mares de alegre gentio:

Galas ostentan de fiesta,
Pues con ocio y regocijo
De seis dias el trabajo
Hoy paga el dia festivo:

De mis ventanas en frente
Se encuentran ya dos amigos,
Y palma á palma juntando
Con pronto mutuo cariño,

Traban con risueños labios
Rápido coloquio vivo,
De que solo rotas frases
Y sueltas voces distingo.

Mas, si el idioma no alcanzan
De sus labios mis oidos,
Ven mis ojos el idioma
De sus rostros espresivos.

Ya numerosa familia
Pasa: de la mano asidos,
Van delanteros dos bellos
Graciosos rientes niños;
Uno de pecho en el hombro,
Durmiendo sueño tranquilo,
Lleva la fuerte nodriza,
Pendiendo á un lado el bracito;
Y al fin, del brazo enlazados,
Pasan esposa y marido,
En su idolatrada prole
Los atentos ojos fijos:
Y ese gallardo mancebo,
Lleno de lozanos brios,
Cuyo aspecto bien declara
Que cuenta mis años mismos;
¡Cuánto me alegre al mirarle!
Y cómo despues me aflijo,
Cuando con él me comparo
Y su lozania envidio!
Con un báculo en la mano,
Pasa ya corvo mendigo,
Que, aunque debió precederme
En el eterno camino,
Verá mis yertos despojos
Llevar al postrer asilo,
Y Dios le dará que sumen
Sus lentos años un siglo. —
Pero ¿qué miran mis ojos?
Valor, oh cielos, os pido!
Luciendo gracia, belleza
Y virginal atavío,
Una hechicera doncella
Alza acaso el rostro lindo,
De la salud en la viva
Alegre púrpura tinto,
Y me mira; mas, al verme
Retrato de aparecido,
Y al ver mis hundidos ojos
Y enjuto rostro amarillo,

Los ojos aparta al punto
 En pronto ademan esquivo,
 Donde al espanto se mezclan
 De la compasion los visos.

La crüeldad inocente
 De tu horror irreflexivo
 Te perdono, bella jóven,
 Y mi bendicion te envió:
 Sé feliz, y digno esposo,
 Amante amado, contigo
 La excelsa ventura goze
 Que yo gozar no he podido!

En lloro ardiente deshecho,
 Del balcon el pié retiro,
 Y mi solitario lecho
 De nuevo angustiado oprimo;
 Que cuantos miro de pena
 Y envidia me son motivo,
 Y exacerba mi desgracia
 El ageno regocijo. —

Nunca como ya que al trance
 De la muerte me avecino,
 Pareció tan halagüeña
 La vida á los ojos mios;

Nunca la lumbre del sol
 Tan dulce de ver se me hizo,
 Ni tan hermosa la luna
 Cruzó el celeste zafiro;

Nunca tuvieron las flores
 Tan ledos colores vivos,
 Tan bellas graciosas formas,
 Aromas tan esquisitos;

Ni en la humana compañía
 Hallé jamas tanto hechizo,
 Ni tanto mundanas fiestas
 Sedujeron mi albedrio.

¡Ah! sí, la tierra es ameno
 Encantado paraiso,
 De amores, fiestas, placeres
 Y felicidades rico:

¡Elices cuantos se quedan
En tan deleitoso sitio,
Y triste de mí que, apénas
Al llegar, adios le digo!—

Mas ¿qué profiero insensato?
Así la alta suerte olvido
Que la Religion promete
Á sus bautizados hijos!

En tan profunda afiecion,
En tan horrendo martirio,
Tú sola, Religion santa,
Ser puedes mi dulce alivio.

¡Ay de mí! si verdad fuera
El insensato delirio
De los que matan el alma
Con el cuerpo fugitivo,

Que niegan que torne el alma
Á su celestial principio,
Y no consienten mas mundo
Que el mundo de los sentidos!

¿Qué fuera de mí en tal trance,
Si á tan triste error impío
Entrada en la ciega mente
Hubiera yo concedido?

Desesperado, demente,
Y de mí propio enemigo,
Dando furiosos bocados
En mis miembros doloridos,
Con altos gritos muriera,
Ya desde el mundo precito,
Cual del venenoso diente
De rabioso can mordido!—

Mas es felizmente un sueño,
Tan mentido como inicuo,
Y tú la verdad eterna,
Sublime dogma de Cristo:

Ven pues, y al doliente lecho,
Donde le aguardo contrito,
Del perdon divino envia
Al consolador ministro;

La dulce imágen celeste,
 De moribundos alivio,
 Del que, tomando en sus hombros
 Nuestras culpas y delitos,
 Enclavado en un madero,
 Lanza el postrero suspiro,
 De su fin con el recuerdo,
 Temple y dulcifique el mio:
 Consuélame, si del mundo
 Tan temprano me despido,
 Con la infalible promesa
 De aquel alto globo empireo;
 Con ese mundo tan bello
 Que, aunque lo es tanto el que piso,
 Es, si con él se compara,
 Estéril yermo sombrío:
 Háblame de la celeste
 Sion, y del gozo infinito
 Que será mirar á tantos
 Dichosos justos espíritus
 Irradiar como soles
 Con resplandor inextinto,
 Siendo de un sol mas fulgente
 Amantes planetas vivos;
 Y contemplar rostro á rostro
 Al Padre Eterno, y al Hijo,
 Del Padre animada imágen
 Y fiel espejo purísimo;
 Y á la celestial Paloma
 Que en alas de albor divino
 El único dosel abre
 De tan altas frentes digno;
 Y á la Esposa y Madre Virgen,
 Á diestra del Uno y Trino,
 En trono que ornan estrellas,
 No diamantes ni zafiros;
 Sonriendo á los loores
 Y ferventísimos himnos
 Que los angélicos coros,
 En su hermosura encendidos,

Rendidamente le cantan,
 Mariposas de su brillo,
 Dando de su silla en torno
 Perennes rápidos jiros.

1860.

Á UN ATEO.

En vano esperas que la oscura nada,
 Que invocas como madre compasiva,
 Entero en el sepulcro te reciba,
 Cuando termines la mortal jornada.
 Te alienta alma inmortal que, de la helada
 Carne donde reside fugitiva,
 Maravillada de sentirse viva,
 De ignoto mundo arrostrará la entrada.
 Ya su asombro y espantos imagino,
 Cuando, el fallo aguardando que la hiera,
 Se encuentre al pié del tribunal divino,
 Y mirando del Dios la faz severa
 Á quien negó su ciego desatino,
 Exclame estremecida: *Verdad era!*

PLATONISMO.

Tus hechizos, mujer, la eterna Suerte
 Para blanco creó de mis sentidos:
 Los ojos me los hizo para verte,
 Y para oír tu acento mis oídos;
 Me dió alma para amarte hasta la muerte;
 Y áun despues que estuvieren desunidos
 Mi alma y mi cuerpo para siempre, espero
 Que te tengo de amar como primero.

Pienso que te he querido en otro mundo,
 Y sentí, al encontrarte en esta esfera,
 Que ese placer tan vivo y tan profundo
 Yo no sentía por la vez primera:
 Sentí que en este mi vivir segundo
 Un recordarte el conocerte era,
 Y que, tras siglos de una ausencia impia,
 Á reunir el cielo nos volvía.
 Y cuantas veces por vivir yo muera
 Y para morir luego cobre vida,
 Volando de una esfera en otra esfera,
 Tantas habrás de ser por mí querida;
 Yo pasaré la eternidad entera
 En adorarte, sin que Dios divida,
 En su viaje infinito por los cielos,
 Tan amantes espíritus gemelos.

1860.

ESCRITO EN NOMBRE DE UNA JÓVEN

CON QUIEN, POR HABER QUEDADO AFEADA POR LAS
 VIRUELAS, REHUSABA CASARSE SU NOVIO.

¿La misma ya no soi? y porque ardiente
 Negra viruela mancilló la rosa
 De mi mejilla y la nevada frente,
 ¿Ya me huyes y desdefias por esposa?
 De tu injusta mudanza te arrepiente,
 No humillada me dejes y zelosa;
 Ven; y, aunque la beldad perdí aparente,
 Ve que me queda aún un alma hermosa.
 Mas que vivir, si fuerza era perderte,
 De tu desden objeto y de tu espanto,
 ¡Por qué mi horrible mal no me dió muerte!
 Rogáras por mi paz al cielo santo,
 Y te dolieras de mi triste suerte,
 Y mi tumba regaras con tu llanto.

Á UN PERUANO.

Honra mis lares, cariñoso amigo,
Y pues la lluvia tan tenaz se muestra,
Ven, de la lumbre al amoroso abrigo,
Á hablar conmigo de la patria nuestra.

Ven, y recuerde nuestro labio amante
Su siempre puro transparente cielo
Á quien no cubren el azul semblante
Jamás las nubes con opaco velo.

Y mientras nuestra vida prisionera
Hiela y hasta el europeo invierno,
Soñemos la constante primavera
Y la dulzura de su Abril eterno;

Sus campiñas, magníficos jardines
Que flores cuentan cual su cielo estrellas;
Sus mujeres, humanos serafines,
Tan puras y sensibles como bellas.

Hablemos de la espléndida riqueza
Que darle plugo á la bondad divina
Para que ornara su sin par belleza
Y no discordias le trajera y ruina.

Hablemos del amor del océano
Que arrulla y acaricia su ribera,
Y en nombre y olas le presenta en vano
De la paz una imájen placentera.

Ai! que al hablar de nuestro suelo amado,
Tardar no puede la filial tristeza,
Y al recordar su doloroso estado,
En llanto acaba lo que en risa empieza.

Mas, esquivando tan prolijo duelo
Que el tierno pecho á resistir no alcanza,
Hoi remontemos nuestro libre vuelo
En alas de la mágica esperanza.

Y huyendo sus presentes amarguras
Y sus discordias bárbaras é impías,
Soñémosle grandezas y venturas
En los futuros suspirados días !

Á MI PATRIA,

CUANDO ME DISPONIA Á VOLVER Á ELLA Á FINES DE 1860.

Ya se acerca el instante bienhadado
 De volver, dulce patria, á tu ribera,
 Que, ha un lustro, á mi profunda
 Constante pena siglo dilatado,
 Mi planta abandonó por vez segunda:
 ¡Piadoso el cielo quiera
 Que sea de mi vida la postrera!
 Que, aunque de ti destierro no me aparte,
 Sin cesar empleado en recordarte,
 De la ausencia el tormento
 Al par de triste desterrado siento.
 Y es el cielo testigo
 Que solo aplaca la tristeza mia
 El platicar de ti con dulce amigo,
 Hijo tuyo tambien, y de la propia
 Congoja enfermo de que peno y lloro;
 Y verte al ménos en la breve copia
 Del mundo retratada,
 Y desde el suelo donde triste moro
 Viajar con la prestísima mirada
 Á tu playa feliz que tanto dista!
 ¡Y ojalá que tan vasta lejanía
 Vencer pudiera en el veloz momento
 En que anda el mapa la lijera vista
 O la tierra y el mar el pensamiento!
 Y todo es ocasion de que á mi mente
 En todos los instantes,
 Oh patria, tu memoria se presente:
 Si tranquilo y feliz un pueblo miro,
 Pensando en tus discordias incesantes,
 Exhala el corazon hondo suspiro;

Si artísticas nombradas maravillas
 Admirado contemplo,
 Trasladarlas quisiera á tus orillas;
 Si de virtud y patriotismo ejemplo
 Leo ó escucho celebrar preclaro,
 Le envidio para ti; y heróica hazaña,
 Hecho sublime y raro,
 Cuanto grande por fin, noble y hermoso
 Admira en gente extraña,
 Lo anhela para ti tu hijo amoroso.
 Mas no por lo que en ti de ménos echo,
 Y que darte querria,
 Tan solamente me enternece el pecho
 Tu memoria dulcísima; que al día,
 Mil tambien y mil veces,
 Por los dones que encierras te me ofreces.
 ¡Cuánto, oh mi Lima, anhelo
 Ver de nuevo tu puro alegre cielo!
 ¡Cuánto echa el alma ménos tus iguales
 Serenos días, y tus noches bellas,
 De tus días rivales,
 Donde todo su ejército de estrellas
 En campo azul el firmamento aduna,
 Y la luz de la luna,
 No en lo claro, en lo suave solamente,
 Es de la luz diurna diferente!
 ¡Cuánto extraño tu blanda primavera,
 Que alegre persevera
 Y el año cambia en sempiterno Mayo;
 Tu ambiente puro, sin cesar ageno
 Á la lluvia y al trueno,
 Y al siniestro relámpago y al rayo;
 Tus celestiales hijas, que la fama,
 En elegante aliño,
 Y en gracia y en beldad, únicas llama;
 De tu tan hospital gente y humana
 El genial agrado y el cariño,
 Que el extranjero al natural hermana;
 Tus familiares frases espresivas,
 Donde nueva mayor dulzura toma

De Iberia el dulce idioma,
Y su gracia y viveza más avivas;
Tus casas, templos, calles y paseos
Que niño hollé con indecisa planta;
Tus cantos populares
Que la memoria sin cesar me canta,
Y hasta tus dulces frutas y manjares!
Ni hai en ti, patria amada, cosa alguna
De las que solo precia quien te pierde,
Con que mi ausencia no hagas importuna,
Y de que con deseo no me acuerde.

Nunca amarte juzgué con tanto exceso
Como hora que de ti distante vivo;
Cual la preciosa libertad más ama
El mísero cautivo,
Así hora crece de mi amor la llama.
¡Cómo, cuando á tu seno dé la vuelta,
Ha de preciar el alma su ventura,
De la familia la sin par dulzura
Saboréando, y goces mil que encierra
En sí la propia tierra!
¡Cómo, feliz viajero,
Visitaré una á una
Tus hermosas ciudades! la ingeniosa
Ciudad valiente, de mi madre cuna,
Que del ardiente Misti al pié reposa;
Cuzco, que del primer glorioso brillo
Despojó el hado aleve,
Y la noble Trujillo,
De la opulenta Lima copia breve;
La triste Cajamarca,
Que de Pizarro la traicion aún llora
Y la prision del infeliz monarca;
Y la heróica Ayacucho,
De Cajamarca ilustre vengadora,
Cuyo glorioso nombre nunca escucho,
Ni escuchar puede libre Americano,
Sin que palpите el corazon ufano,
Y al cielo gracias rinda el labio ardiente
De haber nacido en suelo independiente.

Mas ¿qué digo? no habrá mezquina aldea
 Que con ojos no vea
 Del que nacido fué en su dulce seno,
 Ni habrá pedazo en fin de tu terreno
 Que hermoso y santo para mí no sea.

¡Qué gozos tan sublimes me destinás,
 Cuando del inca imperio
 Huelle las tristes majestuosas ruinas;
 Y esas cuyo remoto oríjen vela,
 En confuso misterio
 Que en vano se desvela
 Por penetrar el sabio canecido,
 La antiquísima noche del olvido!
 O al recorrer, clavando aguda espuela
 De generoso bruto en los hijares,
 Tus inmensas llanuras y praderas;
 Al penetrar tus selvas seculares,
 Donde no entra jamás el sol sereno;
 Al trepar tus Andinas Cordilleras,
 De los cielos altísimos pilares;
 Al ver el breve mar que en tu ancho seno
 Encierras y aprisionas,
 Y al detener mi planta en las riberas
 De tu caudalósimo Amazonas,
 De los ríos del orbe soberano,
 Y orgulloso rival del océano!

Y ¡cuánto escenas tales,
 Á la ambicion de mi deseo iguales,
 Inflamarán mi osada fantasia,
 Que, de lo grande y de lo nuevo ansiosa,
 En tu sin par naturaleza, vírgen
 Al canto todavía,
 Nuevo mundo de rica poesia
 Conquistará, y laureles que á tu planta
 Pondrán mis manos en ofrenda santa!

Y una vana ilusion tal vez me engaña:
 Mas espero que el sano
 Ambiente, henchido de pureza y vida,
 De perüano valle ó de montaña
 Al fin me torne la salud perdida,

Aquí buscada con afan tan vano;
 Y mayor esperanza aún me halaga:
 Que la antigua ilusion de inmensa y vaga
 Ventura que persigo
 De ti, encarnada, viva,
 En divina mujer tu hijo reciba,
 Y en ella encuentre la anhelada calma
 Y contra males de la suerte abrigo;
 Mereciéndote, oh patria, juntamente
 El cuerpo su salud, su dicha el alma.

Mas ya me la concedas generosa,
 Ya de ella seas con mi anhelo avara,
 Eternamente habrás de serme cara,
 Sin atreverse nunca la querella
 Á ti de mi dolor; feliz el hado
 Me des ó desgraciado,
 De espinas me corones ó de flores,
 Tú serás el mayor de mis amores;
 Y, hasta el postrer suspiro de la muerte,
 Corazon, alma, vida y pensamiento,
 Y de mi lira el ardoroso acento,
 No he de cesar un punto de ofrecerte;
 Y, si mi alma amorosa
 Correspondencia no halla á su deseo,
 Y sus goces me niega el himeneo,
 Tú mi dama serás y tú mi esposa.

Ni, por verte tan triste y desgraciada,
 De la discordia y ambicion teatro,
 Ménos, oh dulce patria, te idolatro,
 Antes crece mi amor piedad sagrada;
 Ni, aunque ahora tanto en esplendor te venza,
 Pienses que la europea
 Tierra, que te desdenea en su ufanía,
 De ser tu hijo me causó vergüenza;
 Que ni á la hermosa celestial idea
 Correspondió del alta fantasia,
 Que pedazo del cielo la finjia;
 Mas, aún cuando excediera
 Las esperanzas mías,
 Y Eden segundo y mejorado fujera,

Nunca tu hijo de ti se avergonzara,
 Ni jamas dejarías
 De ser en sus afectos la primera;
 Y, si á nacer tornara yo y del cielo
 La soberana lei á mi albedrio
 Elejir consintiera patrio suelo,
 Mas suelo no elijiera que el ya mio.

Mas ¿quién nos dice, oh patria, que mañana
 Rayos no dés de gloria soberana?
 Si es de la vana Europa lo presente,
 Es tuyo lo futuro;
 Que nada persevera eternamente,
 Ni á cambios del destino está seguro;
 Y con nacion alguna
 Hizo pactos eternos la Fortuna,
 Que, ministra del cielo, nos gobierna,
 Y á cada gente el principado alterna.
 Tal vez no dista el venturoso dia
 Que, á Europa demostrando rostro adverso,
 Al vasto mundo de Colon sonria
 Y el imperio le dé del universo,
 Y su vez gloriosa le conceda
 Á mi dulce Perú su instable rueda,
 Que de tanto reves en desagravio
 Con que le aflije y aflijió le debe,
 Cuando yazga quizás inútil plebe
 Quien hoi nos befa con soberbio labio.

Mas para idolatrarte
 No ha menester el alma imaginarte
 De excelsa gloria y resplandor cubierta:
 Bástame que en tu cielo mis miradas
 Alegres saludaron al sol nuevo;
 Que en ti mi planta incierta
 Dió sus primeras trémulas pisadas;
 Que á ti familia y dulce madre debo,
 Y de la pura infancia los placeres;
 Á ti el primer amor y las sinceras
 Amistades primeras:
 Bástame en fin que tú mi patria eres,
 Que para el tierno corazon del hombre

Todo se cifra en este dulce nombre.
 Sí, que en el pecho humano,
 De todos sus afectos soberano,
 De la patria el amor Naturaleza,
 Inmortal esculpió, profundo, inmenso,
 Del tiempo vencedor y la distancia;
 Y de nuevas regiones la grandeza,
 Poder, tesoro, amor, nada le entibia;
 Y, aunque el mas triste páramo de Libia
 Te engendrara, y estancia
 Te dé en su vasto seno,
 De eternas fiestas y delicias lleno,
 La encantada metrópoli de Francia,
 Siempre suspirarás en suelo ageno.

Aunque terrenos paraísos pises,
 Nada el anhelo de la patria aplaca:
 Dígalo el sabio paciente Ulises,
 Que, con morar en un Eden pequeño,
 De bella diosa idolatrado dueño,
 Solo anhelaba regresar á Itaca,
 Y, como favor sumo,
 Á Jove suplicaba que le diera
 Vivir donde siquiera
 Se divisase de su hogar el humo;
 Y, huyendo de la tierna amante diosa,
 Sentado tristemente en la ribera
 Del inmenso océano,
 Pasaba entero el día
 En su patria pensando, hijo y esposa,
 Y en Laértés, su anciano
 Padre, que acaso ya no viviría.

Y á su lado llegando, se quejaba
 Tal vez así la huésped divina:
 «¿Por qué me huyes, ingrato?
 ¿La soledad prefieres de esta playa
 De una diosa al amor y estrecho trato?
 ¿Por qué yaces sentado en la marina,
 Desde que el alba sonrosada raya
 Hasta que el sol declina,
 En silencio y á solas

Contemplando con lágrimas las olas?
 ¿Qué mortal, sino tú, pagar pudiera
 Mi amor en tal manera?
 ¿Quién en este terrestre paraíso,
 Del alma primavera eterna corte,
 Quién por mí no olvidara hijos, consorte,
 Familia, patria, y cuanto un tiempo quiso?
 En jardín que deleita las miradas
 Del que deja las célicas moradas,
 O á visitarme baje,
 O me traiga de Júpiter mensaje,
 ¿Quién, dime, el mundo todo no olvidara?
 Mas tú, la dicha rara
 De ser el caro dueño de Calipso
 Mal preciado insensato, solo anhelas
 Á Itaca desplegar las raudas velas,
 Y volver de Penélope á los brazos:
 Mas, dime, ¿en hermosura no la eclipse
 Y en amor y en ingenio? pues mal puede
 Débil humana, que á los años cede,
 Á eterna diosa disputar la palma
 En corporales prendas y del alma.
 «Deja pues ese anhelo y largo llanto,
 Y mi amor goza en tanto;
 De la inmortalidad con que te brindo
 Acepta el alto don, y sé mi esposo;
 Tiempo es que de tus viajes el reposo
 Quieras aquí gozar; de nuevas penas
 En demanda no vayas,
 Libre de tantas por mi amparo apénas.
 ¡Ah! si supieses los trabajos grandes
 Que te esperan al irte de mis playas,
 Cuando por mares y por tierras andes
 Errante peregrino,
 Sin que un punto reposes,
 Juguete del destino,
 Y blanco de las iras de los dioses,
 Por siempre renunciaras al deseo
 De salir de este plácido Eliseo;
 Y tu Itaca pusieras en olvido

Y tu esposa, gozando satisfecho
 De ilustre diosa el venturoso lecho,
 Que mas de un morador esclarecido
 Del bienhadado Olimpo envidiaria. »
 Entre airada y amante,
 Se querellaba así la hija de Atlante;
 Y el Itacense así le respondia:
 «Cierto es, augusta Diosa,
 Cuanto decis, y mal comparar puedo
 Mi Itaca pedregosa
 Á esta florida, amena, feliz isla,
 De los cielos bellissimo remedo,
 (Y en el mismo de Jove alcázar alto
 Vos con vuestra presencia convertís-la;)
 Ni soi tan ciego y de sentido falto,
 Que no alcance á entender con cuanto exceso
 Vence á la de mi esposa y anonada
 Vuestra inmensa beldad, que nunca el peso
 Del tiempo sentirá, ni de la helada
 Enfadosa vejez los graves daños,
 Habiendo de volar sin fin los años
 Sin que el menor hechizo nunca os roben,
 Mas siempre os hallen bella y siempre jóven;
 Miétras la frágil suya,
 Cual flor que vive solo una mañana,
 Á marchitarse y fenecer condena
 Forzosa lei de nuestra stirpe humana:
 Mas Itaca es mi patria, y negra pena,
 Que resistir es vano,
 Me roe el corazon, de ella lejano;
 Á ella de noche viajo, y á su puerto,
 Do no puedo despierito,
 Abordar en mis sueños me imajino;
 Y paso, como veis, del sol el curso,
 Mirando el mar inmenso, que el camino
 Es de la patria mia,
 Y que al alma tristísima consuela
 Con la dulce esperanza de que un dia,
 Si no me abandonó favor divino,
 Me ha de llevar por él rápida vela.

«No hai hora, no hai instante en que no piense
 Cuándo será que al fin suelo itacense
 Huelle, y bese con llanto y reverencia;
 Y sienta el indecible regocijo
 De ver de nuevo, tras tan larga ausencia,
 Á mi tan fiel Penélope querida,
 Y á nuestro dulce hijo,
 Que tan niño quedara á mi partida;
 Y á mis amantes padres, cuyo largo
 Vivir prolongue hasta mi vuelta el cielo,
 Y á la fiel turba esclava,
 Y hasta á mi pobre perro, mi leal Argo,
 Que por seguirme, á mi partir, lloraba!
 «Mi pensamiento sin cesar desvela
 De esposa é hijo la ignorada suerte,
 Y tan tenaz recuerdo
 Ni en vuestros brazos amorosos pierdo;
 Acaso, miéntas yazgo en ocio inerte,
 Audaces pretendientes codiciosos
 A mi pobre Telémaco dan muerte,
 Y á Penélope cercan, ambiciosos
 De su himeneo, con tenaz asedio,
 Que á reducir no basta
 El firme pecho de mi esposa casta;
 Tal vez, tal vez la dolorida exclama:
 «¿Dónde mi esposo está, que no me auxilia?
 Si en la tumba no duerme,
 ¿Por qué así deja solitaria, inérme
 Tan largos años á su fiel familia?»
 Sí, mi dulce Penélope, tus voces
 Escucho, y, pronto dando las veloces
 Lonas al viento, volaré en tu ayuda;
 Pronto á Pluton mi vengador encono
 La turba loca lanzará, que solo
 Falsa esperanza de mi muerte alienta
 Á pretender del Laerciada el trono,
 Y la mano y el lecho de su viuda.
 «Sin que el anhelo del retorno templan,
 Que tan ardiente os nuestro,
 Los males que me anuncia el labio vuestro:

No son para mí nuevas
 De la suerte las pruebas,
 Con las que mi valor más acrisolo;
 Diez años en crudísimas batallas
 Me miraron de Troya las murallas;
 Las iras sé de Eolo,
 Y los peligros de Caribdi y Scila;
 Y del Cíclope hambriento,
 Á quien privé de su única pupila,
 Cercano á ser me ví triste sustento:
 Del hado á los insultos estoi hecho,
 Y así, cuantos añada.
 Su cólera jamas apaciguada,
 Todos resistiré con fuerte pecho.

« Mas no os enojen, Diosa, mis sinceras
 Palabras, ni temáis que en tiempo alguno
 Olvide ingrato cuán piadosa y noble,
 En vuestras playas dándome acogida,
 Me salvásteis de la ira de Neptuno;
 Hasta la hora postrera de mi vida,
 En cualesquiera mares ó países
 Á do el hado me lleve,
 Siempre en el alma vivirá de Ulíses
 La memoria dulcísima de tantas
 Altas mercedes que á Calipso debe,
 Y que agradece humilde á vuestras plantas.» *

Si pues Ulíses, de una diosa amado,
 Gozando de su lecho y de su lado,
 En valles siempre amenos,
 En jardin sin cesar florido y verde,
 Que bello se mostraba á las miradas,
 Á contemplar el cielo acostumbradas,
 Su patria echaba ménos;
 ¿Cuánto será razon que te recuerde,
 Dulce suelo peruano,
 Siendo tanto mas bello
 De Calipso el imperio sobrehumano

* Véase la *Odisea*, libro quinto.

Que la tierra que huella,
 Cuanto á ti cede Itaca, la postrera
 Hija del Oceano,
 De quien ni el nombre recordara el mundo,
 Si por aquel no fuera
 Á quien tornar á verla costó tanto
 De deseos, de afanes y de llanto?

1860.

Á UN RUISEÑOR.

Con jemido tan doliente
 Rompes la nocturna calma,
 Cual si tuvieras un alma
 Que al par de la nuestra siente;
 El griego mito no en vano
 Te fingió infeliz doncella, *
 Pues en verdad tu querella
 Lamento parece humano.
 Y, aunque tu idioma no entiendo,
 Harto conocer se deja
 Que es sentidísima queja
 Esa que estás repitiendo.
 En estas tranquilas horas,
 En las que yace la vida
 En alto sueño sumida,
 ¿Por qué solitaria lloras?
 ¿De qué congoja importuna
 Tan sin cesar te querellas?
 ¿Qué desdicha á las estrellas
 Cuentas, y á la blanca luna?
 ¿De tu consorte fiel
 Te privó plomo encendido?

* Filomela ó Filomena, hija de Pandion y hermana de Progne, violada por su cuñado Tereo y convertida en ruiseñor, como Progne en golondrina.

O ¿no hallaste, vuelta al nido,
Tus dulces hijos en él?

¡Con tu queja lastimera
Cuánto, cuánto me apiadas!
¡Quién tus prendas adoradas
Volver á tu amor pudiera!

Mas, como yo de tu pena,
Piedad de mi pena ten,
Que la ausencia de mi bien
Lloro, cual tú, Filomena.

Y, como á mi negro duelo
Piedad no hallo entre los hombres,
De que venga no te asombres
Á buscar en ti consuelo.

Dolorosa simpatía
Une nuestras almas hoi,
Y, aunque superior te soi,
Quiero hacerte compañía.

Y, pues á ambos nos dió Dios
Los mismos males extremos,
Acompañados lloremos,
Oh Filomena, los dos.

1861.

SUPER FLUMINA BABYLONIS.

Junto á tus rios, Babilonia altiva,
Nos sentamos, mezclando á su corriente,
Á su libre corriente fugitiva,
Un largo mar de nuestro lloro ardiente:
Y en vuestras ramas, sauces lloradores
Que poblais las riberas,
Las resonantes cítaras colgamos
Con que en dias mejores,
Á las orillas de los patrios rios,
Nuestras dichas y triunfos celebramos.

Y cuando los impios
Que cautivos allí nos arrastraban

Nos dijeron con bárbara ironía:
 « Cantadnos algun canto
 De los que alzabais en la patria un día »
 Con voz interrumpida por el llanto,
 Nuestro mísero labio respondia:
 « ¿Cómo cantar en servidumbre fiera
 Los himnos de la patria vencedora?
 ¿Cómo cautivos levantar ahora
 Los cánticos que al viento
 Un día daba nuestro libre acento? »

Yerta quede mi mano,
 Oh dulce patria, si en comarca agena
 Jamas del harpa los bordones foca!
 Muda quede mi lengua, si en mi boca
 Tu santo nombre sin cesar no suena!
 De mí se olvide la memoria mia,
 Si siempre no alimento
 Con tu dulce recuerdo el pensamient
 Y el triste corazón con la esperanza
 De que á tu seno he de tornar un día,
 Cuando aplaquen los cielos su venganza.
 ¡Ah! ¡quién fuera, quién fuera
 El aura voladora,
 La nube pasagera,
 Para volar á tu mansion querida!
 Envidio, envidio ahora
 Del ágil ave el presuroso vuelo,
 Cual envidiaba en mi crüel partida
 La raiz de los árboles felices
 Que se quedaban en el patrio suelo!
 ¡O patria bella que al Eden te igualas,
 Tuvieran ¡ay! tus hijos infelices,
 Para volver á ti, veloces alas,
 Para quedarse en ti, firmes raices!
 ¡Hermosos campos del Jordan bañados!
 ¡Frescos viciosos prados!
 ¿Cuándo os verán mis impacientes ojos?
 ¿Cuándo, campiñas santas
 Os hollarán mis anhelosas plantas?
 Tierra de la esperanza y del recuerdo,

Que guardas de mis padres los despojos,
 ¿Será que nunca he de volver á verte,
 Y que en campos ajenos
 Mis tristes ojos cerrará la muerte?
 ¡Ah! no, jamas, y en mi vejez postrera,
 En mis instantes últimos al ménos,
 Me dé el Señor que á saludarte torne,
 Aunque, al llegar á tus confines, muera.

LA DESGRACIA.

(DEL DIARIO DE UN VIAJERO AMERICANO.)

Con esa sombra que jamás evito,
 ¿En mí castiga el soberano Juez
 Legadas culpas, ó fatal delito
 Que en otra vida me manchó tal vez?

En las partes mas solas y calladas
 Sus pasos oigo resonar detras,
 Y guardan sin cesar con mis pisadas
 Un siniestro monótono compas.

Si tal vez apresuro mi carrera,
 Pensando que su alcance burlaré,
 Tambien ella sus pasos acelera,
 É igualmente cercano oigo su pié.

Y cuando más por escaparme peno,
 Su acento escucha mi mortal terror,
 Su horrible acento que, rival del trueno,
 «Sigue, grita, tu curso volador.

«Que sin darte jamas treguas ningunas,
 Tras tus pisadas mis pisadas van:
 De Venecia lo saben las lagunas,
 Los palacios lo saben de Milan.

«Y los templos lo saben y las ruinas
 De la que fué del mundo emperatriz,
 Y las músicas ondas cristalinas
 Y jardines de Nápoles feliz.

«Y lo sabe la artística Florencia,
Y Génova, la espléndida ciudad,
Siendo lóbrego velo mi presencia
Que te empañó de Italia la beldad.

«Tajo lo sabe de dorada arena,
Bétis ilustre y diáfano Genil,
Támesis frío, y cenagoso Sena,
Y mil ríos lo saben y otros mil.

«Busca, busca, insensato, nuevas playas,
Más tristes siempre cuanto ansiadas más:
A donde quiera que en tu fuga vayas,
Nunca, nunca de mí te librarás.

«Te recibí al nacer: mecí tu cuna,
Y fué mia tu lágrima primer;
En vano mi presencia te importuna:
Acrece tu fastidio mi placer.

«Para estar en eterna compañía
El supremo destino nos creó;
Y para huirme, menester sería
Que de ti huyeras, que otro tú soy yo.»

Y así es seguirme su constante empleo
De un confin de la tierra á otro confin,
Como tenaz remordimiento al reo,
Cual los divinos ojos á Cain.

¡Ah! por no ver á la que así me aterra
Y acosa y atormenta sin cesar,
Me escondiera en los senos de la tierra
Y en los abismos húmedos del mar.

Si á veces busco compañía humana,
Vanos amigos cariñosos son
Y hasta beldad enamorada es vana
Para ahuyentar tan cruel persecucion.

Si en danza busco bulliciosa y leda
Breve instante de tregua y de solaz,
De blancos rostros entre alegre rueda
Súbito asoma su amarilla faz.

Y cual armada sombra vengadora
Visible solo al matador, así
Su atroz presencia que el sarao ignora
Solo descubre la feroz á mí.

Y tal vez de improviso entre el rüido
De la festiva música veloz,
Palabras de terror me habla al oido
Y yo solo oigo su siniestra voz.

Roba paz á la noche, luz al día,
Blando aroma á las flores del jardin,
De los frutos aceda la ambrosia
Y emponzoña el magnífico festin.

Yo la siento ceñir mi cabecera
Al dar al sueño mi abrasada sien,
Y al abrirse mis ojos, ¡vista fiera!
En mí clavadas sus miradas ven.

Ella será quien en la huesa me hunda,
Y su semblante el último será
Que divise mi vista moribunda
Entre las sombras sempiternas ya.

Así se queja; y á su espalda en tanto
La implacable tenaz perseguidora
Recorre atenta el doloroso canto,
Y cruda rie, cuando el triste llora.

1861.

Á LA SALUD.

Virgen celeste, ¿cuándo
Será que, mitigando
Tan severos enojos,
Vuelvas á mí los compasivos ojos?
Ya siete veces el Abril riente
De verdes hojas coronó las plantas
Y de pintadas flores, y otras tantas
Cubrió de nieve el suelo tristemente
El frio primogénito del año,
Y áun jimo y lucho con el mal extraño
Que mi cuitada juventud devora;

Cual mísero doliente,
 Á quien lento veneno
 Dió en su tierna niñez mano traidora,
 Por largos años fallecer se siente,
 Tal agonizo y sin descanso peno,
 Y en vano, oh Diosa, tu favor invoco;
 Cual dura, apénas viva,
 Luz á quien va faltando poco á poco
 El licor de la oliva,
 Y cada instante la mirada espera
 Que ya del todo muera,
 Yo así, en mal tan extremo,
 En cada dia el de mi muerte temo.
 De él me liberta, Diosa,
 Y tu loor divino
 Eternamente cantará mi lira,
 Dulce ya y melodiosa,
 Si la sagrada gratitud la inspira.
 Mas ¿quién con dignos labios ensalzarte
 Iluso esperar osa?
 De tu inmensa beldad ¿quién dirá parte?
 Tiñe nativa grana tu mejilla,
 Que remedar no pudo nunca el arte
 De afeitada beldad artificiosa;
 Mármol de Páros, nieve sin mancilla
 Es el turgente seno;
 Y tu mirada cual lucero brilla
 En el éter sereno:
 Siguiendo donde quiera tus pisadas
 Van las turbas aladas
 De las felices Risas y Placeres,
 Que con extraño error en compañía
 Pinta la Poesia
 De la Diosa de Pafos y de Citéres;
 Tan bella por fin eres,
 Que de la envidia el áspid importuno
 Pudo sentir por tu hermosura sola
 La vencedora de Minerva y Juno,
 Y el carmin eclipsó con tu presencia
 Que sus blandas mejillas arrebola.

¿Qué sin ti vale el oro,
Que no aprovecha más que al ruin avaro
Su enterrado tesoro?

¿Qué la suerte mas próspera y valida,
Gloriosos lauros y linaje claro?

Las mas alegres animadas fiestas

Tristes son y funestas

Para quien llora con tu ausencia impia:

El sonoro compas de las orquestas,

Las mil luces y mil que en nuevo dia

La oscura noche tornan, la algazara,

Y las sonantes olas del gentío

Fueron siempre sin ti pena y hastío,

Que todo tu enemiga lo acibara.

¡Cuánto te anhelo sin cesar! Contigo,

Oh tú sin quien la vida es larga muerte,

Por la de vil mendigo

Trocara al punto con placer mi suerte;

Sin ti diademas reales

Despreciaran mis sienas,

Y mis manos del Inca los caudales;

Que fáciles contigo son los males,

Y sin ti males son los mismos bienes.

Ven, y te apiade mi tormento duro,

Desarme tu rigor mi humilde ruego,

Que, si de nuevo á disfrutarte llego,

Eternamente respetarte juro;

Y como vírgen pia

Velaba asidua el sacrosanto fuego

Con que la llama de su vida ardia,

Así te he de velar yo sin sosiego:

No tantos de ti gocen

Que, porque nunca los dejaste esquivar,

Tu valor desconocen,

Y, como ya este triste arrepentido,

Te ofenden ó te tratan con descuido;

Y de mí que conozco cuánto vales,

Y el amor te tendré que tú mereces,

No desoigas las preces,

Y da piadoso fin á tantos males.

1861.

Á UN CÓNDOR ENJAULADO.

Un tiempo, allá en el suelo americano,
Rei te aclamó la voladora plebe,
Y de los Andes la mas alta nieve
Atras dejabas en tu vuelo ufano:

El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio; mas en cárcel breve
Hoi en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.

¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apiadas
Preso, y en suelo, como yo, extranjero!

Mas yo pronto á las playas adoradas

De mi dulce Perú tornar espero,
Y tú, blanco curioso á las miradas,
Ausente morirás y prisionero.

1861.

DIDO Á ENEAS.

Y ¡partes y me dejas, enemigo!
Y, por mas que á tus plantas en un lago
De lágrimas ardientes me deshago,
¡Ablandar tus entrañas no consigo!

¡Oh de tanta merced inicuo pago!
Aquí náufrago y prófugo y mendigo
Llegaste, ingrato, y yo partí contigo
Mi lecho y el imperio de Cartago.

¡Ah! pues no basta á detenerte nada,
Permitan las deidades justicieras
Que, al presentarse al fin á tu mirada

De esa tu ansiada Italia las riberas,
Súbita tempestad hunda tu armada,
Y, como yo, desesperado mueras.

1861.



DESCRIPCION DE UN PALACIO.

(FRAGMENTO DE UN POEMA.)

Del encantado celestial palacio
 Miro brillar cada anchurosa sala,
 De esmeralda, zafir, rubí y topacio
 Con color vario y lumbré, que no iguala
 La luz cambiada en cada breve espacio
 De los májicos fuegos de Bengala;
 Y de una sola fina piedra es hecho
 Cada diáfano muro y alto techo.

Y paredes penetra y techos una
 Estraña claridad, de otro sol hija,
 Que, mas que el nuestro claro, no importuna
 La mirada jamas que en él se fija,
 Mas suave siendo aún que nuestra luna;
 Que los ojos y el alma regocija,
 Y que con rayos siempre iguales arde,
 Sin conocer jamas noche ni tarde.

Por natural virtud, tan dulcemente,
 Por donde quiera que el pié lleves, suena
 El armonioso musical ambiente,
 Que la mas dura, antigua, tenaz pena
 Aduerme y desvanece de repente,
 Y quieta torna el ánimo y serena;
 Ni vivo, como el agua del Leteo,
 Le deja algun recuerdo ni deseo.

Una escondida no visible lira
 En cada blando soplo se dijera
 Que amorosa y dulcísima suspira,
 Y que vuela una orquesta por do quiera:
 Así en la altura etérea donde jira
 En resonante danza cada esfera
 El antiguo Pitágoras creia
 Que música es el aire y armonia.

Y un canto aquella música acompaña,
Que de dónde descende no conoces,
En que, hermanadas en concordia estraña,
Son una sola voz mil y mil voces:
Voz dulce que de modo el tiempo engaña,
Y hace huir los instantes tan veloces,
Que, oyendo su dulzura arrobadora,
Iguales son un siglo y una hora.

Los que tanto preciais y os gozais tanto
En el canto y la música terrena,
Si esa música oyerais y ese canto,
Lo que hoi tanto os suspende y enajena
Fuera de vuestro oido horror y espanto,
Cual son de nube que, rasgada, truena,
O estampido de bronce cuyo seno
Al aire lanza el imitado trueno.

Allí Flora y Pomona sus imperios
Tienen, do cuenta el Año doce abriles,
Y que eclipsan y apocan los aerios
Famosos Babilónicos pensiles;
Y áun los huertos fantásticos Hesperios
Fueran con ellos reputados viles:
Dorados frutos su recinto cria
Y flores de variada pedreria.

Embriagadora celestial fragancia
Desprendiéndose va de aquellas flores,
Que no apaga ó minora la distancia,
Cual de flores terrestres los olores;
Y en toda aquella venturosa estancia
Música, así, y aromas y fulgores
Compiten, sin que alcances qué sentido
Es de mas gloria y mas dulzura henchido.

Mas suave que la miel y la ambrosia,
Mas que el maná de los desiertos suave,
Mil sabores y mil como él varia,
Sin que jamas de deleitar acabe,
Y á lo que el gusto caprichoso ansía
De cada cual en cada instante, sabe
El fruto de los árboles de vida
Con que el divino huerto me convida.

Azules y tranquilos cual los cielos,
 Lagos miré de transparencia rara,
 Y en lecho de oro y perlas arroyuelos
 De pura linfa como el aire clara;
 El agua que al cristal da aquí mas celos,
 Si á aquélla la memoria la compara,
 Con desden la memoria la desecha,
 Cual por arte imperfecto contrahecha.

Mas de lo que me ofrece este universo
 Es lo que aquel palacio soberano
 En su seno atesora tan diverso,
 Que por pintarlo me fatigo en vano:
 Faltan colores al humano verso,
 Fáltale vuelo al pensamiento humano,
 Y así, desesperando del intento,
 Calla el verso, desmaya el pensamiento.

1861.

LA MUJER.

Pródiga con el leon, Naturaleza
 De soberbia melena le corona,
 Y deja sin diadema la cabeza
 De la olvidada leona.

No concede á la frente de la cierva
 De las astas el árbol ostentoso,
 Que á la frente magnífica reserva
 Del engreido esposo.

Al pavon orgulloso dió la cola
 Que de mil ojos deslumbrantes siembra,
 Y sin tasa matiza y tornasola,
 Y la negó á la hembra.

Mas ¡cuán distinta con la especie nuestra
 Plugo á la madre de las cosas ser!
 ¡Cuánta más gracia y hermosura muestra
 Que el hombre la mujer!

De sauce babilonio cual ramaje,
 Le da rica sedosa cabellera
 Que por el hombro tornéado baje
 Hasta el ancha cadera.

Apretadas alzó y alabastrinas
 En el turgente dilatado pecho
 Dos redondas purísimas colinas
 Que parte valle estrecho.

Quiso que al labio colorado y breve
 La grana envidie, y en la faz hermosa
 Dulcemente mezcló púrpura y nieve
 Y el jazmin á la rosa.

La luz de las estrellas apartadas
 En sus ojos clarísimos encierra,
 Que son, en sus espléndidas miradas,
 Los soles de la tierra:

Añadiendo á beldad tan portentosa
 Un dulce hechizo, una inefable gracia,
 Que de ella en todo sin cesar rebosa
 Y que jamas nos sacia.

Y tú, hombre, al verla tan graciosa y bella,
 Al cielo gracias y loores das
 De ser vencido en la beldad por ella
 Para adorarla más.

1861.

Á MI SOBRINA MANUELITA C.

Cuando en los dias primeros
 De tu existencia te vi,
 Lunar no hallaban en ti
 Ni los ojos mas severos.
 Y, si no me alucinó
 El casi paterno afecto,
 Criatura sin defecto
 Te jurara entónces yo.

Mas pronto Naturaleza,
Arrepentida de haber
Creado un humano ser
Con tan divina belleza,

Dijo: «no es bien que te dé,
«Predilecta criatura,
«La perfeccion de hermosura
«Que siempre á todas negué.

«Si sigues creciendo así
«Y humillando á las demas,
«Soberbia te engrerirás
«De la beldad que te di.

«Un defecto has menester
«Que sea en ti la señal
«De tu condicion mortal,
«Y te confirme mujer.

«Que, si no, supersticiosa,
«La tierra tributaria
«Criminal idolatria
«Á tu belleza de diosa.

«Por quitarte lo soberbio,
«Fiebre tenaz te enviaré,
«Que de tu pequeño pié
«Tuerza el delicado nervio;

«Por que, cuando te engrieres
«Viendo en ti belleza tanta,
«Al sentir tu enferma planta,
«Recuerdes que mortal eres;

«Y para que, cuando quieras
«Dejar la tierra aflijida,
«Tu planta grave te impida
«Alzar tus alas lijeras.»

1861.

A LA TIERRA.

I.

Sé entre todos los astros tú maldito,
Triste planeta, por mi airado verso:
De un linaje infeliz cuanto perverso
Patria fatal que por desdicha habito!

Entre el número de astros infinito
Que pueblan el vastísimo universo,
Eres, por culpa propia y hado adverso,
El astro del dolor y del delito.

Antes que suene del querub la trompa,
El ciego choque de cometa airado
Tu frágil mole estremeciendo rompa:

Y siga, sin tu globo, lo creado
En concertada majestad y pompa
Su eterno movimiento arrebatado!

II.

Perdona, madre Tierra, si mi inquieta
Alma soberbia, en su ambicion osada,
Menospreciando un tiempo tu morada,
Cambiarle quiso por mejor planeta!

Ya la divina voluntad respeta
Que á ti la destinó, viendo humillada
Que no hai mansion ninguna que á su nada
Mas que la que hoi habita le competa.

Y no arde acaso en la celeste altura
Astro ninguno que de ti diverso
Sea en estar negado á la ventura:

Acaso en el vastísimo universo,
Donde quiera que esté la criatura,
La lei la oprime del destino adverso!

Á MI TIO EL BARON DON AUGUSTO ALTHAUS.

No espesa mi placer lenguaje humano:
 Al fin antiguo anhelo he satisfecho,
 Y entre mis brazos vuestro cuello estrecho,
 ¡Oh de mi padre idolatrado hermano!

Pero de tanto júbilo á un insano
 Dolor pasa de súbito mi pecho;
 Y, en encendidas lágrimas deshecho,
 Pienso en mi padre, y le apellido en vano.

Pienso que, como á vos en este instante,
 Nunca abrazarle á su hijo dió la suerte
 Ni conocer su voz y su semblante;

Pienso que, como vos, anciano fuerte,
 Aun hoy, consuelo de su prole amante,
 Burlar pudiera la terrible muerte!

1861.

AL CONCEPTO ÍNTIMO.

En el rico vastísimo universo
 Jamas tu objeto se ofreció al sentido,
 Concepto por mí solo producido,
 Cuando conmigo en soledad converso.

¡Cuántas veces probó á expresarte el verso,
 Por que no yazgas en eterno olvido!
 Mas, apénas te doi forma y vestido,
 Eres en todo ya de ti diverso.

Si tal cual te concibo te expresara,
 Nada hay que tanto al universo asombre,
 Cual lo asombrase tu belleza rara:

Vive en lo hondo del alma, sin que el hombre
 Te penetre jamas, pues no declara
 Tu misterioso ser cifra ni nombre.

AL ARCO ÍRIS.

A ti mi canto ahora,
 Arco inmenso de paz, ansioso guía
 El ala voladora:
 Del palacio de Dios, la fantasía
 Te finje la magnífica portada
 De perlas fabricada
 Y de varia chispeante pedrería:
 Por ella á socorrer del aflijido
 El humilde gemido
 Al suelo baja celestial querube;
 Y abre á los cielos venturosa entrada
 Al alma justa que, de Dios llamada,
 Á la perenne bienandanza sube.
 ¿O eres arco triunfal, resplandeciente
 De vivas joyas y celestes flores,
 Por donde pasan coronada frente
 Los altivos etéreos vencedores?
 ¿O vastísimo puente
 Que sobre el mar del éter t'e levantas,
 Y paso das á gigantescas plantas?
 En ti vió la feliz animadora
 Griega Mitología
 Listada zona, cual ninguna bella,
 Que, enviada al suelo por su real señora,
 En los húmedos aires descojia
 De Juno la lindísima doncella.*
 Mas ya murieron los argivos mitos,
 Y sus bellos errores,
 De genios infinitos
 En mar, tierra, aire y cielo creadores:
 Ya la esposa de Júpiter no manda
 Á la hija de Taumante,
 Ni ya eres, Iris, la lujosa banda

* Iris, mensajera de los Dioses, en especial de Juno, y doncella suya, hija de Taumante y de Electra.

Que señala su vuelo rutilante.
 Y la Musa suspira
 Mirando para siempre disipada
 Tan hermosa mentira.

Mas de la fe cristiana la esperanza
 En ti contempla la señal gloriosa
 De la inmortal alianza
 En que Dios á los hombres prometia
 Que jamas el furor de su venganza
 A confiar á las ondas tornaria.

Por castigar á las inicuas gentes,
 Al Creador ingratas,
 Rompió el abismo sus profundas fuentes
 Y el cielo desató sus cataratas:
 Y quedarse amagaron
 De sus tesoros líquidos vacias,
 Lanzando sin reposo sus torrentes
 Cuarenta noches y cuarenta dias:
 Y cubrieron las aguas resonantes
 Valles, bosques, praderas,
 Y los que nunca las bebieron ántes,
 Abrasados desiertos:
 Á las fuertes ciudades altaneras
 De la mar mas distantes,
 La suerte cupo de tragados puertos:
 En vano á sus altivos moradores
 Por siempre preservarlos prometia
 De las iras del húmedo elemento
 La vasta lejanía,
 Pues portentoso súbito océano
 Vieron que del oscuro firmamento
 Sobre sus frentes pálidas caía.
 Y en vano hasta las cumbres, nunca holladas
 Por mortales pisadas,
 De los montes al cielo mas cercanos,
 Se subieron los últimos humanos:
 Como islas eminentes,
 Ya sumerjida toda humilde playa,
 Los Andes y el altísimo Himalaya,
 Aun asomaban las enhiestas frentes;

Mas poco resistieron
Al mar que sin descanso los devora,
Y al fin del todo sepultados fueron
Por el agua creciente vencedora:
Y la tierra mar era,
Mar inmenso sin islas ni ribera;
Mar que, azotado de tormenta brava,
Y no contento de invadir el suelo,
Se avecinaba al tenebroso cielo,
Nuevo mar que en el mar se derramaba.
El sol, oscuro en la mitad del día,
Náufrago parecia:
Y el vengador enojo soberano
Solo miraba aquí por toda parte
Densa noche en vastísimo océano
Donde alzaba la Muerte su estandarte.

Y salvo la inocente
Familia del Patriarca,
Y cuantos animales escondia
En su recinto salvador el Arca,
Murió de Adán el infeliz linage
Y las especies animadas todas,
Y cuanto en la ancha tierra sumergida
Y en el leve elemento que la cife
Tuvo soplo de vida:
Y en ese nuevo tenebroso cáos
Iba moviendo la segura prora
Esa gigante reina de las naos,
De las aguas impávida señora:
Sola, en tanta ruina,
Que perdonó la cólera divina.

¡Cuán plácido y alegre reirías
Á aquellas almas pias,
Cuando por vez primera,
Tras los largos horrores
De inundacion tan fiera,
Encendiste en el cielo tus colores!
¡Cuál te enviarían bendicion ufana,
En su primer reposo,
Aquellos solitarios moradores

Del húmedo universo silencioso!
 ¡Cuánto por sus postreros descendientes
 Su corazón colmaba de alegría
 Tu vista, ofrecedora de que nunca
 Ya con furor tan ciego
 El agua inundadora vencería
 La grave tierra y el ardiente fuego!

Mas hoy, al verte desde playa agena,
 No asoma al labio placentera risa,
 Mas rompe en llanto mi profunda pena:
 Tú su patria recuerdas al ausente;
 Que blason y divisa,
 Cual del astro divino procedente,
 Tú de los Incas fuiste,
 Antiguos reyes de mi patria triste.
 ¡Cuán larga edad, en su feliz carrera,
 Los peruanos ejércitos, triunfante
 Te pasearon del Sol en la bandera,
 Por la mitad de América gigante!
 Y en civilizadora

Noble conquista y generosa guerra,
 (¡Cuán otras ¡ai! de aquellas que la Aurora
 Mandó despues á su remoto suelo!)
 Grande fuiste por ellos en la tierra,
 Como grande te ostentas en el cielo.

Tú en la sagrada Cuzco, en la radiante
 Casa del Sol divina, mereciste,
 Con singular decoro,
 Sacros honores y aposento de oro; *
 Y allí, de muro á muro dilatada,
 Tu imájen fiel resplandeció gloriosa,
 Con el propio matiz y la luz misma
 Con que hoi á mi mirada
 Brillas, del claro Sol inmenso prisma.

¡Ai! pronto la insaciable
 Codicia de los hijos de Castilla
 Por tierra echó tan rara maravilla;

* Véase los Comentarios Reales de Garcilaso Inca, libro tercero, capítulo XXI.

Y cuantas plagas vomitó el Averno
 El suelo de los Incas devastaron:
 Piedad demuestra y corazón humano
 Con inerte rebaño tigre hambriento,
 Al lado puesto del león hispano
 Que hijos de Manco devoró sin cuento:
 Palacios, templos, todo lo derriba,
 La humilde choza y la ciudad altiva,
 Con prestas manos el furor hesperio;
 Y en solo un punto el peruano imperio
 Se cubre todo de confusas ruinas,
 Cual si de furibundo
 Terremoto las iras repentinas,
 Estremeciendo la mitad de un mundo,
 La tornaran vastísimo desierto,
 De escombros solo y de pavor cubierto.

La Cruz, ¡oh cielos! instrumento un día
 Del más infame bárbaro suplicio:
 La Cruz á quien de un Dios el sacrificio
 En instrumento convirtió de vida
 Y en Iris salvador del universo,
 Fué por bando tan crudo y tan perverso
 Á su primer empleo restituida:
 Y el sagrado madero,
 La gloriosa señal de los Cristianos,
 En tan inicuas manos
 Fué la sangrienta cruz de un pueblo entero.

Mas ¡oh justicia celestial! no sola
 Corrió sangre peruana; pronto á mares
 Por do quiera corrió sangre española,
 Y españoles cayeron á millares;
 No por la mano de la gente nuestra,
 Mas por su propia furibunda diestra:
 Cual codiciosos, en infame lucha,
 Se acuchillan feroces bandoleros
 Por el rico tesoro
 De opulentos inermes pasajeros,
 A quienes su traidora acometida
 Con el tesoro arrebató la vida;
 Así con viles fraticidas manos

Los ciegos castellanos
 Contra sí convirtieron las espadas
 En sangre de los Incas empapadas.
 Y el arma fué la hidrópica codicia
 Con que el cielo enemigo,
 Vengador de los Incas, los forzaba
 Á darse por sí propios el castigo.

Y desde entónces de jemir no cesa
 Mi triste patria, de discordias presa:
 Que én vano, oh Iris, en combates ciento
 Admiró el universo vencedores
 Del pendon castellano
 Los unidos pendones vengadores
 Que ostentaban tus vívidos colores
 Y la imájen del astro soberano: *
 ¡Ah! nó siguió la paz á la victoria;
 De la preciosa libertad estraga
 El sumo bien nuestra feroz locura,
 Y la tremenda pena expiatoria
 Áun en nosotros, con el crimen, dura.

Pero dé ya lugar á la clemencia,
 Y nos escuse la última rüina
 La venganza divina,
 Con tan largo castigo satisfecha:
 Y cual tú sueles, arco lisongero,
 Tras tenebrosa tempestad deshecha,
 Asomar, de bonanza mensagero;
 Y como ahora sonreir te miro,
 De oro húmedo listado y tierna gualda,
 De puro añil, de viola y de zafiro,
 Y de púrpura ardiente y de esmeralda,
 Así la Paz alegre y venturosa
 Asume al cielo de la patria mia,
 Y largos siglos nos consuele y ria,
 Madre del Arte y del Progreso esposa.

1861.

* Los pendones de Colombia y del Perú.

Á DIOS.

Mi triste rostro riego
 De ardiente lloro en incesable rio :
 Perdona á un flaco y ciego ;
 Pequé: pecar es mio,
 Y es tuyo perdonar, Dios blando y pio.
 Que siempre te has preciado
 Mas que de ser inmenso, omnipotente
 Autor de lo creado,
 De perdonar clemente
 Al que á tu seno torna y se arrepiente.
 No hay madre que así al niño
 Unico y débil que á sus pechos cria
 Con tan tierno cariño
 Míme, regale, engria,
 Á él solo consagrada noche y dia :
 Y llena de desvelo,
 En el nido cubriendo con süave
 Ala al dulce polluelo,
 Tan solícita el ave,
 Tan tierna y amorosa ser no sabe ;
 Como tú al hombre, cuando
 Deja sus vicios y sus obras malas,
 Dulce, amoroso, blando,
 Le acojes, le regalas,
 Y cubres con la sombra de tus alas.
 Ve, Señor, cuánto peno,
 Y que es el vicio mi mayor desgracia :
 Sácame de este cieno ;
 Sienta yo de tu gracia
 La poderosa súbita eficacia.
 A salvarse no basta
 El débil, flaco, miserable humano,
 Á sí dejado ; y hasta
 Que tú me des la mano,
 Siento todo mi esfuerzo salir vano.

Tan fácil á la muerte
 Corro, y de tu ley santa me desvio,
 Que, para no ofenderte,
 Á mi libre albedrio
 Quisiera renunciar, Salvador mio.
 ¡Cuántas veces propuso
 Mi arrepentido corazon la enmienda!
 Mas la fuerza del uso,
 Mas que de error la venda,
 Presto me obliga á que otra vez te ofenda.
 Tú, refulgente faro,
 La sombra ahuyenta de mi noche densa,
 Y haz que la que hoy declaro
 Sea la última ofensa
 Que haga, Señor, á tu bondad inmensa.

RECORRIENDO LAS CAMPIÑAS DE BÁDEN.

Volar parece nuestro leve coche,
 Y huir veloces al opuesto lado
 Montes, árboles, quintas; y el plateado
 Luminar de la noche
 Presuroso nos sigue por el cielo:
 ¡Oh! ¡qué placer! mi descubierta frente
 Azota el aura fresca blandamente
 En su contrario vuelo.
 ¿Dónde vamos? no sé, mas imagino
 Que á una encantada celestial morada
 Á donde nos espera cortés hada
 Va á dar nuestro camino.
 En vuestra tan querida compañía,
 Con vuestra dulce plática sabrosa,
 Y en noche recorriendo tan hermosa,
 Clara rival del día,
 Esta amena rejion, Eden segundo,
 Quisiera que este viaje eterno fuera,
 Y nos llevara tan veloz carrera
 Al término del mundo.

Á LIGURINO.

Garzon de tan linda faz,
 Que, vestido de mujer,
 Nadie pudiera creer
 Que fuera el traje disfraz:
 Al presumido Narciso
 En gracia y beldad excedes,
 Y al troyano Ganimédes
 Á quien Jove mismo quiso.
 No hai en nuestros campos flores,
 Ni en el firmamento estrellas,
 Como en Lima damas bellas
 Que codician tus amores.
 Mas las disuade y arredra
 De decirte su ardor vivo
 Ser tú mas fiero y esquivo
 Que el casto alnado de Fedra.

LUCINDA.

Aunque tanto Lucinda se arrebola,
 Mui bien sabe su espejo que es mulata;
 Y así presume, tan getona y ñata,
 Ser de estirpe purísima española.
 Cualquiera es á su lado zamba ó chola,
 Á quien ensalza posicion ó plata;
 Á todas con desden su orgullo trata:
 La noble, la señora es ella sola.
 Á todos sin cesar les cacarea
 Que, no sé si de un Tello, ó de un Fadrique,
 Procede su clarísima ralea:
 Y aunque tanto su orgullo lo repique,
 Unos dicen que vino de Guinea,
 Y otros de la lanuda Mozambique.

SÁTIRAS.

I.

Á SEMPRONIO.

Con tus insulsas y continuas quejas,
 Oh lloron insufrible y sempiterno,
 Ya no más nos taladres las orejas:

Al páramo me fuera, ó al Infierno,
 Aunque la pena mas atroz y fiera
 Allí de Céres me impusiese el yerno:

No hai donde por no oírte no me fuera,
 Y hasta en quedarme consintiera sordo,
 Para librarme así de tu cansera.

Mas, al verte tan fresco y carigordo,
 Gozando siempre de salud mas rara
 Que gozar puede un marinero á bordo;
 ¿Quién hai, díme, quién hay que sospechara
 Los ocultos dolores de tu pecho,
 Que nunca se te pintan en la cara?

Tú no eres desdichado: ántes sospecho
 Que, como á todo necio, á ti la suerte
 Insensible y feliz tambien te ha hecho:

Tú tienes la mania de dolerte
 De males que no sientes, de quimeras
 En que tu tonta Musa se divierte.

Nunca tuviste penas verdaderas:
 Son de risa tu llanto y tus dolores,
 Que no eres digno de llorar de veras.

Mas áun te puedo consentir que llóres,
 Dando de tu torpeza testimonio,
 Y fiero asesinando á tus lectores:

Pero, díme, ¿por qué, necio Sempronio,
 Juntas con tan ridícula mania
 La de insultar á Dios como un demonio?

¿Con moda tan risible como impia,
 Á merecer aspira tu conato
 De Byron del Perú la nombradia?
 Calla, calla, ni juzgues, insensato,
 Que ser gran vate piensas, que consista
 En estar blasfemando á cada rato:
 Bástete que eres pésimo coplista,
 Bástete que eres tonto en todo extremo,
 Mas tu torpeza criminal no insista
 En ser á un tiempo tonto y ser blasfemo.

II.

Á SIMPLICIO.

Ya te llegó, ridículo Simplicio,
 La vez en que mi Musa furibunda
 En ti ejecute su sangriento oficio,
 Y que una fiera soberana tunda
 Descargue al fin en tus enormes lomos,
 Y de vergüenza y rabia te confunda:
 De tus pesados indigestos tomos,
 Que no hai cuenta y paciencia que los sumen,
 Víctimas tristes los peruanos somos.
 No pasa un mes sin que tu fértil númen,
 Manchando de papel resma tras resma,
 No pára por lo ménos un volúmen:
 Y aunque son todos de la laya mesma,
 De tus admiradores el rebaño
 Clama, abriendo una boca de una sesma:
 «Rara facilidad! ingenio extraño!
 Feliz fecundidad!» pero yo digo:
 Fatal fecundidad! notorio daño,
 No envidiable favor del cielo amigo!
 Vana, inútil, estéril abundancia,
 De los lectores y el autor castigo!
 Hija de la audacísima ignorancia,
 ¿Quién habrá que, si quiere y si desea
 Tu apariencia sin forma y sin sustancia,

No te logre al instante y te posea,
Y escriba tomos ciento, que maldito
El prójimo cuitado que los lea?

Pero más vale nunca haber escrito
Que ser autor, si no son ellos buenos,
De un número de libros infinito.

Y pues tan malos son los tuyos, dénos
Pocos siquiera por piedad tu Musa:
Serán mejores cuanto sean ménos.

El tiempo que empleaste no es excusa;
El arte de los versos no es de risa:
Y más tu misma rapidez te acusa.

Son enemigas perfeccion y prisa:
Sin tiempo y madurez no hai bueno nada:
El verdadero vate no improvisa.

Años costó la sin igual Iliada
De los vates al príncipe y maestro,
Ni fué la clara Eneida improvisada.

No basta la invención, no basta el estro,
Si afan constante, en tan difícil arte,
Y un estudio tenaz no te hacen diestro.

Mas, ¿para qué me canso en predicarte,
Pues, aunque tú estudiaras, no podrias
Correjrte jamas ni mejorarte?

Sí, vanas fueran todas tus porfias;
Que adelantar no puede el que es tan bolo,
Aunque estudie las noches y los días.

Con el divino ingenio, don de Apolo
Confundes lo que es hipo y es mania
Y comezon de ser autor tan solo.

Cual hoja que á los vientos se confia,
O como aquí y allí vuelan las aves,
Sin seguir en su vuelo cierta via;

Así, Simplicio, ni tú mismo sabes,
Al sentarte á escribir, sobre qué escribas,
Por dónde empiezes, ni por dónde acabes.

¿Será posible acaso que concibas
Que, condolida de tu ruego ardiente,
Y atenta y dócil á tus ansias vivas,

Del encumbrado Pindo refulgente

Baje la Musa presurosa luego
 Á dictarte de versos un torrente,
 Como rápidos dicta un vate ciego
 Los versos que uno á uno ántes compuso
 De su callada estancia en el sosiego?
 Pero de ver me pongo ya confuso
 Que en tal bicho mis iras satisfago,
 Y de seguir haciéndolo me escuso,
 Que está Sergio aguardando mi zurriago.

III.

Á SERGIO.

Y tú que, por haber, sudando el quilo,
 Con el empeño mas tenaz y fiero;
 Escrito en duro trabajoso estilo
 Allí uno que otro verso pasadero,
 Tienes tu miserable personilla
 Acaso por igual á la de Homero!
 Pero ¡qué digo igual! no, tu pandilla
 Sin igual te reputa y sin segundo,
 Y al mismo Homero ante tu altar humilla.
 Son los vates que más acata el mundo
 Poetastros ridículos, respecto
 De vate tan sublime y tan profundo.
 ¿Quién en él pudo hallar nunca un defecto?
 ¿Quién tan bien los afectos interpreta?
 Él solo realiza lo perfecto.
 Febo mismo es con él niño de teta,
 Y bien pudiera el coro de las nueve
 Tomar lecciones de tan gran poeta.
 Pues, ¿cómo así mi Musa se le atreve?
 ¿Cómo tan temeraria así blasfema?
 Si el respeto á callarse no la mueve,
 El castigo del dios al ménos tema.

Á LIMA.

El que perdidos para siempre jima
 El contento del alma y el reposo,
 Vuele á tu seno, deleitosa Lima,
 Y á ser en breve tornará dichoso.

Tú, cual palacio de potente maga,
 Virtud encierras de sin par dulzura,
 Que cicatriza la mas honda llaga
 Y la dolencia mas antigua cura.

Tú á memorias acerbas y tenaces
 La paz concedes del sabroso olvido,
 Y entre divinas ilusiones haces
 Mecerse el corazon adormecido.

De su patria al recuerdo lastimero,
 Como yo al tuyo, con dolor no inunda
 En lágrimas su rostro el extranjero,
 Que tú eres á su amor patria segunda.

Y si te deja al fin, jamas olvida
 Tus blandos usos, tu vivir ameno,
 Y la noble dulcísima acojida
 Que le brindó tu hospitalario seno.

No hay hora en que tu májica hermosura
 Á mi amante memoria no sonría,
 Que en la luz viva que tu sol fulgura
 Resplandecer parece la Alegría.

Y tu aire puro, tu apacible viento
 Parece, en vuelo perezoso y leve,
 Ser del Placer el deleitoso aliento
 Donde el anhelo del placer se bebe.

Jamás viste al relámpago temido
 Tu cielo iluminar, siempre sereno;
 Ni nunca, oh Lima, resonó en tu oído
 La ronca voz del pavoroso trueno.

Ni te hirió con flamíjera saeta
 Del cielo vengador la justa saña;
 La tempestad tu atmósfera no inquieta
 Ni en sus sonantes piélagos te baña.

Tan solo el Alba nacarada y fria,
Sacudiendo sus húmedos cabellos,
En líquidos diamantes te rocía
Y blando aljófár que destilan ellos.

No amortaja jamas escarcha ó nieve
Tus verdes campos, ni el Invierno frio
Á penetrar tus términos se atreve,
Tambien cerrados al ardiente Estío.

Y cual del hombre en la mansion primera,
Hoy á tal patria por su culpa extraño,
Para ti la florida Primavera
Es la perpetua juventud del Año.

Sin tempestad que al navegante asombre,
El Pacífico mar á ti vecino,
Conforme siempre con su dulce nombre,
Semeja inmenso lago cristalino.

Nunca mas tarde en ti raya la Aurora,
Ni mas temprano se despide el Dia,
Ni á su claro enemigo breve hora
Logra nunca usurpar la Noche umbria;

Si es bien que llames Noche la que aduna
Toda de estrellas la infinita hueste,
Á quien preside incomparable luna,
Nuevo sol de la bóveda celeste.

Para ornarte el cabello, tus jardines
Bellas flores tributan á millares,
Y adornan tus espléndidos festines
Los frutos mas sabrosos y manjares.

Y si la Peste, que te envia ajena
Playa, tu sano cristalino ambiente
Con su aliento mortífero envenena,
El cielo rara vez se lo consiente;

Y en ti la fuerza y el furor declina
Que ciudades despuebla en tiempo breve,
Que el ver tu gracia y tu boldad divina
Á piedad casi y á perdon la mueve.

Fecunda madre de beldades eres,
Que la Fama doquier canta y pregona,
Y rinden á tus májicas mujeres
Las bellas Geórgianas la corona.

¿Qué pecho habrá tan recatado y duro
 Que la preciosa libertad redima
 De sus ojos que al Sol dejan oscuro,
 De la gracia sin par que las anima?

¿Y quién habrá que se resista esquivo,
 Y quién habrá que se rehuse ingrato
 Al inefable agrado y atractivo
 De su halagüeño cariñoso trato?

Ni helada nieve, ni insensible peña
 Son del que abrasan al gemir doliente;
 Cuanto hermosa es sensible la Limeña,
 Y si amores inspira, amores siente.

Y así en tu clima voluptuoso y blando
 Que á siempre amar el corazón convida,
 Va entre amores eternos resbalando
 El sueño deleitoso de la vida.

Y para ti las Horas indolentes
 Se encadenan en danzas amorosas,
 Enguirlaldando sus risueñas frentes
 Blancos jazmines y purpureas rosas.

Al ocio, cual las árabes novelas,
 Son tus antiguas tradiciones gratas,
 Y al viajero suspendes y consuelas
 Con las dulces leyendas que relatas.

La flor de España, la feliz Sevilla
 Por secular proverbio decantada,
 Á ti la frente coronada humilla,
 Con sus hermanas Cádiz y Granada.

Al largo cielo en fin eres deudora
 De tal beldad y gracias hechiceras,
 Que de toda ciudad reina y señora
 Y verdadero Paraíso fueras,

Si el odiado sonante Terremoto
 Tal vez no fuese á visitar tu suelo:
 Tu sola plaga, y humillante coto
 Que poner quiso á tu soberbia el Cielo.

Pasa á veces veloz cual amenaza,
 Como del cielo saludable aviso,
 Soltar haciendo del placer la taza
 Á tu trémula mano de improvisó;

Con pecho helado, á tu indecisa planta
 Sonar escuchas su rumor profundo,
 Que al mundo de los vivos se levanta
 Como la voz del subterráneo mundo.

Y en el rujido de tu horrendo azote
 Breves instantes tu pavor respeta
 Acentos de inspirado sacerdote,
 Terribles amenazas de profeta.

Y una vez y otra tu perenne fiesta
 Vuelve á turbar, y aunque tu enmienda tarda,
 Otra vez y otras ciento te amonesta,
 Y largamente tu mudanza aguarda.

Ministro en fin de la implacable Muerte,
 Y de las iras férvidas divinas,
 Con vuelo ménos raudo te convierte
 En vasto campo de hacinadas ruinas.

¡Bella hermana de Nápoles que, siendo
 Rico jardín del suelo Italiáno,
 Yace á las plantas del volcan tremendo
 Que sepultó á Pompeya y Herculano;

Con igual riesgo y el olvido mismo,
 Al arrullo de cantos seductores,
 Duermes al borde de un profundo abismo
 Cubierto todo de verdor y flores!

1862.

Á AMÉRICA.

En ti se exceden las divinas manos,
 Mundo feliz que adivinó Colon:
 Tus mares dos inmensos oceános,
 Y tus lagos y rios mares son.

Altísimas se yerguen tus montañas
 Que el cielo tocan con su blanca sien,
 Y es oro lo que esconden sus entrañas,
 Que arena de tus rios es tambien.

Te rinden sus tributos cinco zonas,
 Provincias de tu imperio asombrador;
 De ambos polos te calzas y coronas,
 Y te ciñes al talle el Ecuador.

Es en ti cada inmensa selva oscura
 Un verde laberinto vegetal,
 Y el llano es mar de flores y verdura
 Que habita primavera perennal.

Á ti sola sus cuatro lumbres bellas
 Muestra del Sur la refulgente cruz,
 Y de los cielos todas las estrellas
 Regocijan tus noches con su luz.

Ostente Europa á la estasiada vista
 Los milagros que el Arte ejecutó,
 Que los milagros del divino Artista
 En tu suelo mirar prefiero yo.

Tú henchiste de oro el universo pobre,
 Y no hay en suma codiciado bien
 Que á tu opulencia virginal no sobre,
 Imájen bella del perdido Eden.

Pero el bien de que mas te regocijas,
 Y que tu justo orgullo hace mayor,
 Es que tantas Repúblicas tus hijas
 Ardán de libertad en el amor.

Juntos están los otros Continentes,
 Y un hemisferio son; pero tú estás
 Por dos grandes océanos potentes
 Separado de todos los demas.

Y en opuesto hemisferio, isla gigante,
 Entre uno y otro dilatado mar,
 Del resto de la tierra estas distante,
 Formando como un mundo singular.

El providente Creador aislarte
 Quiso tal vez, para evitar así
 Que el contagio que reina en cada parte
 Del mundo antiguo, penetrara en ti.

Por eso tantos siglos, en profundo
 Misterio, á aquéllas te ocultó tal vez,
 Y hoy tú sola eres jóven en el mundo,
 Del decrepito mundo en la vejez.

Y miéntras, por monarcas humillada,
Allá gime del mundo la mitad,
Quiso que tú el asilo y la morada
Fueras de la proscrita Libertad.

Brille Europa un instante todavía,
Que bien pronto su luz verá extinguir:
Si es de ella lo pasado, ¡o patria mia!
Tuyo, tuyo será lo porvenir.

La Civilizacion, hija de Oriente,
Que el jiro sigue de la luz solar,
En ti, cual nuevo sol mas refulgente,
Vendrá su largo curso á terminar.

Ni tendrá ocaso tu esplendor divino:
Ántes, resplandeciendo mas y más,
El progreso del hombre y su destino
En la asombrada tierra cerrarás.

1862.

Á UN RELOJ

QUE ME REGALARON MI TIO Y MIS PRIMOS
DE ALEMANIA.

¡Oh dulce y triste presente!
¡Oh maspreciado reloj,
Que si fúlgidos diamantes
Te ornaran en derredor!

Dulce eres por las queridas
Manos de que fuiste don,
Y el sincero y puro afecto
Que á las mas te ofreció!

Y eres triste porque mides
Á mi pena y mi dolor
Las pausadísimas horas
Que léjos pasando voi

De los que á mí te ofrecieron,
Y á quienes el mutuo amor
Y la pronta simpatia
Aun mas que el deudo me unió!

¡Ah! ¡cuán tardo al ansia mía
 Es tu acero medidor!
 Las horas son días, y horas
 Los breves minutos son.
 En tu círculo callado
 Huya el tiempo mas veloz;
 Y adelántame esos días
 En que sueña mi dolor,
 Cuando, unido á aquellos seres
 Que adora mi corazón,
 Tan raudo las horas midas
 Cuan lento las mides hoy.

1862.

AL SÁBADO.

Questo è de sette el piú gradito giorno,
 Pien di speme e di gioja:
 Diman tristezza e noia
 Recheran l'ore, ed al travaglio usato
 Ciascuno in suo pensier farà ritorno.
 LEOPARDI.

Víspera dulce del festivo día,
 Aun mas que él dulce para el alma humana,
 Oh hijo el mas feliz de la Semana,
 Lleno estás de esperanza y alegría!
 Tú al hombre, á quien abrumba de la larga
 Semana el vario afán y los negocios,
 En los festivos anhelados ocios
 La tregua ofreces de su grave carga.
 ¡Cuán dulce y lisongera tu promesa
 Sonaba un tiempo á mi infantil oído,
 Á la hora en que el estudio maldecido
 Entre mil gritos de algazara cesa!
 ¡Qué placeres tan vivos me pintaba!
 ¡Cuán ledo me mostraba y halagüeso
 El solo día de que yo era dueño,
 Único libre en mi semana esclava!

Mas ¡ai! apénas el mortal alcanza
 El bien que mas ansió, de él no se cuida,
 Y el único placer de nuestra vida
 Es el vano placer de la esperanza.

AL DOMINGO.

Tú el dia mas dichoso de los siete
 Fueras, festivo suspirado dia,
 Si nos dieras la paz y la alegría
 Que tu víspera dulce nos promete.
 Mas la esperanza que nos das, cercano,
 La desvaneces, al lucir presente;
 Y tedio el hombre, en tu reposo, siente,
 En vez de goces con que sueña en vano.
 Que á tan fatal alternativa impia
 Condena al hombre su hado rigoroso:
 El trabajo le abrumba, y el reposo,
 Por el que tanto suspiró, le hastia.
 Y de sombra y temor tambien te viste
 La vecindad del afanoso Lúnes,
 Haciendo que las mentes importunes
 Con el recuerdo del trabajo triste.
 Sigue, sigue llamándote *mañana*,
 Hoi no quieras llamarte todavía:
 Larga mire tu dulce cercania
 El que tan solo en esperar se ufana.
 Deten, deten las alas voladoras,
 Aún no asomes tu rostro, ni tan presto
 Quieras hacer al mundo manifiesto
 Que solo tedio traerán tus horas.
 Mas ya tu luz al horizonte vino,
 Y el desengaño á la ilusion sucede:
 En ti el hombre infeliz encontrar puede
 La semejanza fiel de su destino.

Es nuestra vida igual á la Semana:
 Dulce Sábado tiene; mas funesta
 Nos es la misma suspirada fiesta,
 Triste Domingo de la vida humana.

1862.

Á UN JÓVEN.

Tú, cuyo pecho sin cesar se afana
 Con desvelo tan puro y tan ardiente
 Por el progreso y la ventura humana,
 No el lauro esperes á tu noble frente.

El premio considera que tributa
 Á la virtud de Arístides Atenas;
 De Sócrates recuerda la cicuta
 Y de Colon divino las cadenas.

Mira á Dante proscrito como reo,
 Preso al Taso entre insanos; ve el tormento
 Los miembros lacerar de Galileo,
 Atrevido Colon del firmamento.

Entre hórridas congojas dar la vida
 Mira del mundo al Redentor, y díme
 Qué pueblo no es igual al deicida,
 Que crucifica á aquel que le redime.

Cual culpa sin perdón, el mundo falso
 Castiga el beneficio recibido;
 Á éste da la prision, á otro el cadalso;
 Su castigo menor es el olvido.

Mas, aunque sepas que á la tierra vino
 Á solamente padecer el bueno,
 Cumple, oh jóven, la ley de tu destino,
 De vil temor y abatimiento ageno.

No pienses en humana recompensa,
 Cuya esperanza el mérito minora;
 En los deleites que te brinda piensa
 La virtud, de sí misma premiadora.

1862.

Á DIOS

CON MOTIVO DE LAS FRECUENTES MUERTES DE PERUANOS
ACAECIDAS EN PARIS, Á PRINCIPIOS DE 1862.

Templa, Señor, tu rigorosa saña,
Y á nosotros los ojos ya convierte
De tu dulce piedad; mira á la Muerte
Embotar en nosotros su guadaña.

Nuevo sepulcro cada aurora baña
El llanto nuestro, y sin cesar se vierte;
Ve á la peruana esposa *, al jóven fuerte †
Morir, y á la viuda † en tierra estraña.

Morir en apartado suelo ageno,
Desventura mayor que otra ninguna,
Escusa á los que viven: oh Dios bueno,

Tu piedad á los nuestros nos reuna,
Y nos dé tumba en su materno seno
La dulce tierra que nos dió la cuna.

1862.

A MÉJICO.

Desgraciada Nacion, tan solo rea
De ser menor en armas y pujanza,
En cuya reconquista hoi hace alianza
La codicia famélica europea:

No el universo sucumbir te vea,
Cual res cobarde, sin blandir la lanza;
Y, aunque del triunfo falte la esperanza,
Entra en la cruda desigual pelea.

Cae á lo ménos con honor y gloria,
Y en el mayor conflicto nunca olvides
Que es la lucha el deber, no la victoria;

Mas, si defensa al patriotismo pides,
Tal vez en ti renovará la Historia
De Salamina y Maraton las lides. 1862.

* La señora D^a Amalia La-Fuente de Barrenechea.

† D. Miguel Echerri, D. Alejandro Maruri de la Cuba, D. Adolfo Walhen y D. Emeterio Cabello.

† La señora D^a María Vivero de Miramon.

A COLON.

Sigue, sigue, atrevido navegante,
 Por los mares remotos de occidente:
 Ni la onda insana, ni la ciega gente
 Rinda tu fé, ni tu valor espante:

Que, si aún no existe la region gigante
 Que tu adivino corazon presiente,
 Por ti solo el favor omnipotente
 Hará que de las ondas se levante.

Y se presenta al fin; mírala: es ella,
 Madre del porvenir, Eden segundo,
 Reina del mar y de la tierra estrella;

La que aislaba el océano profundo,
 Para que virgen se guardara y bella,
 Y jóven fuera en la vejez del mundo.

AL MISMO.

Gloria suprema del linaje humano,
 Que al griego excedes y al valor latino;
 Oh tú en quien plugo al Hacedor divino
 Juntar sus dones con profusa mano:

Oh grande vencedor del océano,
 Y vencedor mas grande del destino,
 Descubridor de un mundo y adivino,
 Tipo idéal del héroe y del cristiano!

Sin duda el mundo ante grandezas tantas
 Absorto, y grato á tan heróicas penas,
 Del orbe el cetro colocó á tus plantas.....

Mas ¡ai! de asombro y de dolor me llenas,
 Cuando indignadas tus cenizas santas
 Agitan en la tumba tus cadenas! *

* Sabido es que Colon ordenó en su testamento que sus cadenas fuesen sepultadas con él.

AL SOL.

(DEL DIARIO DE UN VIAJERO AMERICANO.)

Y así con voz doliente
Interrogaba al ojo de los cielos
El mísero viajero de Occidente:

Díme si miras desventura extrema
En tantos astros, como aquí, reinar,
Si envuelve el Infortunio tu sistema
Y erije en todos su sangriento altar.
Dí, eterno viajador del firmamento,
Del universo fúlgido reló,
Si siglos solo de inmortal tormento
A tantos mundos tu fulgor midió;
Si de sus moradores unos jimen,
Y otros hacen jemir, jimiendo al par,
Y si planetas de dolor y crimen
Son, como aquel que nos tocó habitar.
Si padecen sus pueblos férreo yugo,
Y si coronas y tiranos hai,
Y se mezcla la risa del verdugo
De víctima inocente con el ai.
Si, cual la tierra, helada en doble zona,
Y abrasada en el tórrido Ecuador,
Así el hielo los calza y los corona,
Y los faja candente ceñidor;
Si juntan mar y cielo tempestades,
Y si el suelo en sonante retemblar
Veloz traga magníficas ciudades,
Cual flotas sorbe el borrascoso mar:
¿De las Dolencias la infinita hueste
Allí se ensaña en el mortal también?
¿Súbita se alza ponzoñosa Peste,
Víctimas devorando cien á cien?

¿Allá tambien engendra la Amargura
De las Dolencias todas la mayor,
La eterna bñedez de la Locura,
De espectros llena y de perpetuo horror?

Díme si, cual la mísera terrena,
Á vil trabajo y á constante afan
Cada estirpe infeliz allí condena
El crimen de otra Eva y de otro Adan;

Si, del paterno crimen inocente,
Proscripta vive de otro dulce Eden,
Y, para mas gemir su mal presente,
Guarda el recuerdo del perdido bien;

Si al mortal, en la culpa concebido,
Le da á luz con dolores la mujer,
Y su primera voz es un gemido,
Y apénas nace empieza á padecer;

Si el aliento voraz de las pasiones
La vida agosta y la consume en flor,
Y si roe tambien los corazones
Tedio no ménos grave que el dolor;

Si allá la mente, de verdad desnuda,
En todo sombras y misterios ve,
Y en cada aurora sus creencias muda,
Llorando en vano su extinguida fe.

Si, en vez de unirse allí los moradores
Contra el destino bárbaro comun,
Con sus odios, y guerras, y rencores
Hacen mas fiera su desdicha aún:

Díme si allá el vivir yace sujeto
Á la oprobiosa edad de la vejez,
Donde al hombre infeliz, vivo esqueleto,
Abruman tantos males á la vez.

Díme si allá tambien quiso la Suerte
Que, tras vida tan mísera y rüin,
De las desgracias la mayor, la muerte,
Fuera de tantas desventuras fin.

Quizá los astros todos de la fiera
Lei del dolor y mal esclavos son,
Ni mas tirana y necesaria impera
La lei universal de la atraccion.

Mas, si tan solo lágrimas y afañes
 Alumbra en todos tu divina luz,
 Y ves la altiva planta de Arimáñes
 Hollar el cuello del vencido Ormuz;
 Si en rostro y forma y lo demas diverso
 De todos, y del nuestro terrenal,
 Cada linaje, oh Sol, de tu universo
 Es en jemiñ y en padecer igual:
 ¿Por qué de alegre luz haces alarde?
 ¡Ah! no insultes del mundo la afliccion,
 Y alumbre triste amarillenta tarde
 Á la desventurada creacion.
 O, extinguidos tus rayos, de profunda
 Noche eterna en el seno encubridor
 El universo silencioso se hunda,
 Y estén juntos tinieblas y dolor.

1862.

EL FÉNIX.

Á UN POETA.

«¿De qué me sirve el fulgoroso manto
 Que oriental pedreriá descolora,
 Y el canto que supera todo canto?
 ¿Qué vale que la turba voladora
 Rei me pregone, cuando el pecho mío
 La sed en vano del amor devora?
 De mi grandeza en el fatal vacío,
 Si amor demanda el corazon sediento,
 Le dan loores y respeto frió.
 Bien mi beldad, y mi divino acento,
 Y del eter inmenso el principado,
 Con mi perpetua soledad descuento:
 ¿Por qué á mi solo me ha cabido el hado
 De no tener igual ni semejante!
 Único de mi especie fuí creado.

Nunca veré á mi lado esposa amante
Que el cetro alegre que llorando rijo,
Y mi desierta magestad encante:

Hijo ó padre jamas nadie me dijo;
Ningun afecto mi vivir suaviza,
Que yo soi de mí mismo padre é hijo.

Y el don de renacer de mi ceniza,
Cuando entre llamas aromosas ardo,
Mi soledad y penas eterniza.

Mi ser renueva de la Muerte el dardo:
Los siglos pasarán en lenta huida,
Mas yo mi fin ni en el postrero aguardo:

Se matan ótros, y acabó su vida;
Yo, aunque la vida sin cesar me quito,
Renazco siempre, perennal suicida.

¡Por qué á vulgares aves ¡ai! no imito
En amar á la amante compañera,
Y en propagarse en número infinito!

Mas ya que solo me creó, siquiera
El crudo cielo que feroz me agravia
Morir, cual las demas, me concediera!»

En los desiertos de la ardiente Arabia
Así el Ave inmortal en quejas vierte
Su antigua pena y dolorosa rabia:

¡Oh vate! la del Fénix es tu suerte:
Nadie te ayuda á consumir la taza
De un dolor mas amargo que la muerte.

Con ningúno amistad ó amor te enlaza;
Tú vives solitario eternamente,
Cual si el único fueras de tu raza.

Y en vano te devora el ansia ardiente
De amar y ser amado: á pecho humano
Tan solo inspiras miedo reverente.

Y tu celeste voz alzas en vano:
Tu dulce canto, de tristeza lleno,
Nadie comprende, cual idioma arcano.

Todos te ven como á la tierra ageno;
Ningun mortal á tu nivel levantas;
Tú les ofreces el amante seno,
Y humildes ellos caen á tus plantas. 1862.

EL PASO DEL MAR ROJO.

Alza el caudillo de Israel la mano,
Tendiendo al mar la portentosa vara,
Y obediente á Moises, el oceáno
En dos mitades su caudal separa ;

Y cual paredes de cristal, levanta
Á un lado y otro un jigantesco muro,
Y por el centro con enjuta planta,
El pueblo de Israel pasa seguro.

El fiero ejipcio, que escaparse mira
La presa que ya toca su venganza,
Al prodijio cegándole la ira,
En seguimiento de Israel se lanza.

Y cuando el postrimer Israelita
Huella con salvo pié la otra ribera,
Y ya la hueste de Jehová maldita
El camino del mar ocupa entera,

Dócil de nuevo de Moises al mando,
Torna la mar á su nivel primero,
En su profundo seno sepultando
« El carro y el caballo y caballero. »

1862.

Á MARTIN DE PORRES.

En vano, gran Martin, la Noche fría
Vistió tu rostro con su sombra oscura ;
Mas que la nieve era tu alma pura,
Y mas clara que sol de mediodia.

Y hoi en la gloria perennal te alegrás,
Mientras jimen sin tregua en el profundo
Mil y mil que tuvieron en el mundo
Los rostros blancos y las almas negras.

Si, como vil, el orgulloso suelo
 Y como infame, tu color rechaza,
 Igual es en honores cada raza
 En la feliz república del cielo.

Y hasta permiten las divinas leyes
 Que aquellos cuya vida mas se humilla
 Allá reciban mas augusta silla,
 Del mundo esclavos y del cielo reyes.

¿Qué corona de sol resplandeciente
 Hai que perder su resplandor no tema,
 Ante la luz de la inmortal diadema
 Que hoi enguirnaldada tu gloriosa frente?

Y son nuestras mas fúlgidas estrellas
 Bosquejo apénas y confusa sombra
 De esas que tú, como brillante alfombra,
 O cual dorado pavimento, huellas.

IDEA DE DIOS.

Cual del náufrago el ánimo desmaya,
 Que en vano mueve la mirada y mano
 En medio del vastísimo oceano,
 Léjos del puerto y de la dulce playa;
 Como el que imprime el pié del Himalaya
 En la mas alta cima, ó Ande cano,
 Que solo mira en torno el aire vano,
 Por mas que léjos con la vista vaya;
 O como aquel que al cielo remontado
 Navega el aire en volador navio,
 Que mira por do quier espacio inmenso;
 Así todo me abismo y anonado,
 Sin que te alcance á comprender, Dios mio,
 Cuando en tus altas perfecciones pienso.

1862.

MARTA Y MARÍA

De Jesus en servicio, todo el dia
 Pena la activa diligente Marta ;
 Mas, absorta escuchándole, María
 De sus divinos pies nunca se aparta.

Dice Marta al Señor: «¿Bien no seria
 Que entre ambas el trabajo se reparta?»

Jesus responde: «En complacencia mia
 Mucho es tu afan, tu diligencia es harta:

Tu respetuosa actividad me agrada ;
 Pero cesa importuna de quejarte
 De la que yace ante mis pies postrada :

Magdalena eligió la mejor parte,
 La cual por nadie le será quitada,
 Y nada habrá que de su bien la aparte.»

Á LUZBEL.

¡Cuánto de lo que fuiste eres diverso!
 Ya del celeste Emperador privado,
 A las dulzuras de tu ardiente verso
 El sumo oído suspender fué dado :
 Hoi te oprime el destino mas adverso
 Y el mas abyecto miserable estado :
 Que, en la balanza del Señor medida,
 Iguala á tu grandeza tu caída.

Tú fuiste la mas bella criatura
 Que animó la largueza creadora ;
 No igualaba la luz de tu hermosura
 Ni la estrella, del alba precursora :
 Mas hoi es copia de la noche oscura
 Tu blanco rostro que afrentó á la aurora,
 Y hórridas sierpes son los rizos bellos
 Que del sol eclipsaron los cabellos.

Á tu cambiado espíritu conforme,
 Hoi se muestra tu faz : no hai aterrant
 Nocturno sueño que el semblante forme
 Que se iguale al horror de tu semblante :
 El hondo sello de tu culpa enorme
 Hace, maldito, que áun á ti te espante,
 Cuando en los lagos del Infierno rojos
 Le ven tal vez á su pesar tus ojos.

Que con ingrato corazon perverso
 Y orgullo insano, pretendiste osado
 La corona cesar del universo
 Y disputar á Dios el principado ;
 Pero tu bando, en confusion disperso
 Y al abismo infernal precipitado
 Por la diestra de Dios fulminadora,
 Castigo alguno ni tormento ignora.

Mas no es el fuego que, cual rojo, ardiente,
 Eterno manto tus espaldas viste,
 Lo que con mas crudeza, eternamente,
 Hace tu suerte tan amarga y triste ;
 No á tu memoria sin cesar presente,
 El recuerdo inmortal de lo que fuiste,
 Y en perenne tormento convertido
 El bien pasado y el placer perdido.

No : lo que mas te aflije y atormenta
 Es del orgullo la incurable herida
 Que hace, con boca sin cesar sangrienta,
 Eterna muerte de tu eterna vida ;
 De tu derrota la rabiosa afrenta,
 Que ni un instante tu soberbia olvida,
 Y que tu pecho, con suplicio interno,
 Trueca en segundo mas horrible infierno.

Y ante esa pena que tu mal consuma,
 Y que tu orgullo rumiador devora,
 Son nada las demas con que te abruma
 La celeste venganza triunfadora :
 Solo castigo á tu soberbia suma
 Es ver que á Dios el universo adora,
 Y cuánto dista tu ambicion demente
 De su inmensa grandeza omnipotente.

1º DE ENERO DE 1863.

Reina en Paris unánime alegría:
 Y toda plaza y toda calle suena,
 De alborozada muchedumbre llena,
 Que celebra del año el primer día.
 Mas, solitaria en tanto el alma mía,
 Con el contento y la ventura ajena,
 Siente aumentarse su profunda pena,
 Y su tedio y mortal melancolia.
 En vano la esperanza me halagaba:
 Para mí ¡ai triste! el año nuevo empieza
 Tan desgraciado cual su hermano acaba:
 Aún el mal no remite su crüeza
 Que mi cuerpo consume, aún jime esclava
 El alma del hastio y la tristeza!

LA TRISTEZA.

¡Y será vana mi inmortal porfia!
 ¡Y esta antigua tristeza roedora
 Jamás de tregua me dará una hora,
 Tras mí corriendo cual la sombra mía!
 ¡Ai! de la zona tórrida á la fría,
 Del negro ocaso á la brillante aurora,
 Por cuanto con su luz el sol colora,
 Me persigue su odiada compañía!
 Fábula son las islas de Fortuna
 Que ser fingió el antiguo devaneo
 De la Felicidad morada y cuna:
 ¡Dulce Felicidad! ya en ti no creo;
 Mas ¡ai de mí! sin esperanza alguna,
 Te busco eternamente y te deseo!

Á UNA ESTRELLA.

¡Cuán hondas melancólicas ideas
 Despiertas en el alma dolorida,
 Lejana estrella que, entre mil perdida,
 Cual ojo soñoliento pestañeas!
 ¿Por qué tu luz, entre tan claras teas,
 Mis tristes ojos sin cesar convida?
 ¿Por qué lloro al mirarte?..... de mi vida
 Quizá la estrella misteriosa seas!
 Sí: tú sola, cual cirio de agonía,
 Alumbrabas la noche tenebrosa
 En que este triste á padecer nacía:
 ¡Ai! que ya cedo al hado que me acosa:
 Y pronto tú, como mirada pia,
 Alumbrarás mi solitaria losa.

MUDANZA.

«Ni á la Fortuna sus tesoros pido,
 Ni ya codicio el mando peligroso,
 Ni de la Gloria el resplandor hermoso
 Ni el aura vana y popular rüido;
 Ni de insigne beldad, de gracias nido,
 Ser el feliz enamorado esposo:
 Solo anhelo las playas del reposo
 Y el agua soñolienta del olvido.»
 Así dije, y eterna despedida
 Dar á dichas y pompas de este suelo
 Mi alma creyó, del desengaño herida:
 Mas ya sacudo de la tumba el hielo,
 Y ya me torna á alucinar la vida,
 Y amor, fausto y poder y gloria anhelo!

EL ÁRBOL Y EL PÁJARO VIAJERO.

Un árbol que vejetaba
 En apartado sendero,
 Así á un pájaro viajero
 Con tristes voces hablaba :

« Yo á la tierra estoy sujeto,
 Y tú en el éter vacío
 Te espacias á tu albedrío:
 Tú vives y yo vejetao.

¡ Ah ¡ ¡ Cuánta parte del mundo
 Recorres en solo un día,
 Con sin igual alegría,
 Con deleite sin segundo !

Adonde te place vas,
 Y doquier que el vuelo llevas
 Ves siempre bellezas nuevas,
 Sin que te hasties jamas.

Tú ves el inmenso mar
 Á quien el humilde rio
 Donde se baña el pié mio
 Sus aguas va á tributar.

¡ Cortárame la segur,
 Con tal al ménos que en él,
 Trocado en raudo bajel,
 Volara de Norte á Sur !

Henchidas de aura süave,
 Alas me fueran las velas
 Como esas con que tú vuelas,
 Y fuera yo tambien ave !

Mas, preso en tanto en el suelo,
 Apénas una aura leve
 Mis hojas y ramas mueve,
 Alzar quisiera mi vuelo.

Mas, ¿ cómo volar podré
 Si, aunque son alas los rames

Que los árboles llevamos,
 Lo impide el clavado pié?
 ¡Cuánto es fuerza que te asombres
 Y te deleites y agrades,
 Al visitar las ciudades
 Que edificaron los hombres!
 El que muchas cosas ve
 Logra de ciencia un tesoro;
 Pero yo todo lo ignoro:
 Solo mi desdicha sé.

Cuando aquí el invierno impera
 Los árboles despojando,
 Partiendo á clima mas blando,
 Gozas siempre primavera.

Ven, feliz pájaro, ven
 Á contarme cuanto viste,
 Aunque me deje mas triste
 La noticia de tu bien.

Sobre mis hojas deténte
 Que callarán entretanto
 Que tu dulcísimo canto
 Me relate largamente

Lo que tan de paso nombra
 La multitud caminante
 Que á descansar un instante
 Se sienta bajo mi sombra:

Empiezan hermoso cuento
 Que oigo con curioso afan;
 Mas de repente se van,
 Y el fin les escucha el viento»

Dijo el triste árbol así
 Con murmullo plañidero;
 Mas al pájaro viajero
 Esto responder oí:

«Engañado árbol que dices
 Que, por tener libre vuelo
 En tierra, océano y cielo,
 Somos las aves felices:

Sabe que es mas venturoso
Quien nunca pudo viajar,
Ni abandonó del hogar
El dulcísimo reposo.

¡Dichosas raíces tuyas!
Cadenas que Dios te puso
Para impedirte que iluso
De los patrios campos huyas!

Desde que dejé mi nido,
Sembrada está de millares
De peligros y pesares
La vida que yo he vivido.

¿Qué vale, díme, que viva
El pájaro libre en alto,
Si allí el hombre le da asalto,
Y le mata ó le cautiva?

¿De qué nos valen las alas,
Que juzgas tan alto bien,
Si alas da el hombre tambien
Á las flechas y á las balas?

Y nuestras desdichas sumas
En sus alevosas flechas
Lloran tal vez el ser hechas
¡Ai! de nuestras propias plumas!

Viví largos dias preso
Entre unas doradas rejas,
Do fueron mis tristes quejas
De una beldad embeleso.

Si, burlando su custodia,
Logré escaparme de allí,
En el igneo arcabuz di
Del cazador que nos odia.

Vé cuál á tus ramas llego,
Herido del ala y pié,
Y en todo mi cuerpo ve
Las huellas del voraz fuego.

¡Ai! ¡fuera mortal herida
La que entónces me causara
Bala que de mi hembra cara
Fin puso á la dulce vida!

Y á mis implumes hijuelos,
 Mis delicias y cuidados,
 De su nido arrebatados
 Lloran tambien mis desvelos.

No alcanzo cómo el dolor
 De verme solo y viudo
 Más en mi muerte no pudo
 Que el plomo devorador.

Si mi canora garganta
 Despide tan dulce acento,
 Tú eres hojoso instrumento
 En donde la brisa canta.

Si de tus flores y verdes
 Móviles músicas hojas
 En cada año te despojas,
 Y todas tus galas pierdes,
 De los inviernos el daño
 Reparán las primaveras,
 Y tu pompa recuperas
 En la juventud del año.

No iluso envidies la suerte
 De tanto otro árbol hermano,
 Á quien del hombre la mano
 En raudos bajel convierte.

Esas orgullosas naves,
 Cual las que tú ser quisieras,
 Y que, aladas y ligeras,
 Son del mar gigantes aves;

Asaltadas de repente
 Por horrísono aquilon,
 Presto sepultadas son
 En el vórtice rugiente.

¡Cuántas veces miré yo
 Llegar solo á la ribera
 La destrozada madera
 De la que ufana partió!

Y en los asaltos crüeles
 De las ondas y del viento,
 Maldijo el fatal momento
 En que por altos masteles

Y flotantes banderolas,
 Sus ramas dejó infeliz,
 Por el ancla la raiz,
 Y la tierra por las olas.
 ¡Ai! el placer de viajar
 Es doloroso placer,
 Y vale más nunca ver
 Lo que siempre hai que llorar.

Y pues ya de la sentida
 Voz de mis querellas sabes
 Cuál de las míseras aves
 Es la dolorosa vida,
 Y cuál la astuta crueldad
 Que por do quier las insidia;
 En vez de tener envidia,
 Al que merece piedad,

Duélete de mis congojas,
 Y dame luego un asilo
 Secreto, blando, tranquilo
 Entre tus espesas hojas.»

1863.

Á LA TIERRA.

AMOR Y GUERRA.

El estrago asolador
 Y los males de la Guerra
 Reparas, mísera Tierra
 Con los bienes del Amor.

Y aunque aquélla de matar
 Nunca se cansa, á porfia
 Hijos el Amor te cria
 Que llenen aquel lugar.

Que por eso quiso Dios
 En el éter colocarte
 Entre Vénus y entre Marte,
 Partícipe de los dos.

1863.

Á LA LENGUA CASTELLANA.

¡Y tu pureza sufres que corrompa
 Y empañe tu beldad frase extranjera,
 Y te arrebate tu nativa pompa,
 Oh reina de las lenguas altanera!
 Mas resonante que guerrera trompa,
 Mas manejable que la blanda cera,
 Mas dulce que la miel y la ambrosia,
 Brillante como sol de mediodia!

Á abuela y madre los laureles niegas,
 Pues con las prendas de las dos te ufanas,
 Y con la gracia y la dulzura griegas
 Juntas la fuerza y majestad romanas:
 Ya, pura fuente, entre las flores juegas,
 Ya, rauda rio, todo dique allanas;
 Ya eres aura sutil que jime apénas,
 Ya con la voz de la tormenta truenas.

No el arco tus colores desafía
 Que por el firmamento se dilata;
 Mas matices la tarde no varía,
 Ni mas arden la grana y escarlata:
 En ti con su riqueza y lozania
 La creacion inmensa se retrata,
 Y sus bellezas ménos fiel no pintas
 Que la Pintura con sus vivas tintas.

Mas calle aquel que, aunque te dé la palma
 Y el loor te tribute sin segundo
 Para pintar, en turbacion ó en calma,
 De la materia el deslumbrante mundo,
 Te le negó para pintar del alma
 El otro tan recóndito y profundo,
 Y encarnar las altísimas verdades,
 Conquista de las últimas edades.

No; que, aunque traje de tan ricas galas
 Vistas á la lozana Poesia,
 Y encumbres libre sus brillantes alas
 Áun mas allá del luminar del dia,
 Las maravillas de la Ciencia igualas,
 Cual los vuelos de la ágil Fantasia,
 Y en sus augustos labios interpretas
 Las verdades mas altas y secretas.

¿Quién declara, cual tú, gozos y penas?
 ¿Quién tan fielmente lo pasado evoca?
 Mas, ¡cuán augusta y majestuosa suenas
 De la Oracion en la ferviente boca!
 Si, cual gran parte de la tierra llenas,
 Entera la llenases, fuera poca
 Conquista á tu grandeza todo el suelo,
 Que áun eres digna de que te hable el cielo.

¡Quién dueño fuera del matiz ardiente
 Con que en tí el pensamiento se arrebola!
 ¿Quién poseyera aquel vigor potente
 Y la pompa magnífica española,
 Para poder cantarte dignamente,
 Porque digna de ti fueras tú sola!
 ¿Quién, cual los vates de tu grande era,
 Tus inmensos caudales poseyera!

¡Dichosa edad que vió ser de castiza
 Frase, maestra áun á la humilde plebe!
 El veneno de frase advenediza
 Hispano infante sin recelo hoy bebe
 En el blanco licor de su nodriza;
 Y en las antiguas páginas en breve
 Estudiada serás, cual habla muerta,
 Si genio salvador no te despierta.

Como daba salvage americano
 Al europeo, ansioso de tesoro,
 Por brillante cristal ó dije vano,
 De sus terrenos vírgenes el oro,
 Así la España con error insano
 Hoy menosprecia su mayor decoro,
 Y por el oro de su noble idioma
 Francesa escoria y oropeles toma.

Mas, si la madre tu pureza olvida,
 De estrangero language imitadora,
 Vigor nuevo cobrando y nueva vida,
 Suena en el labio de las hijas hora :
 América su pompa te convida
 Y belleza sin par que la decora.
 Ven; de sus vates en la voz supera
 Tu antigua pompa, tu beldad primera.

El mundo en verte celebrar se asombre
 Quanto tus voces no cantaron ántes :
 Ven á cantar la libertad del hombre,
 Merecedora de que tú la cantes ;
 Si á grandes héroes diste ya renombre,
 Otros aquí te esperan mas gigantes,
 Y cuales nunca celebró el idioma
 De Grecia libre y triunfadora Roma.

Cuando el osado Castellano vino,
 Por los remotos mares de Occidente,
 Donde nunca ni el Griego ni el Latino
 Llegaron con las alas de la mente,
 Hizo grande entre todos tu destino,
 Pues te habla el portentoso continente,
 Eden segundo, cielo de la tierra,
 Que el porvenir del universo encierra.

1863.

AL PICAFLOR.

Deslumbrando nuestra vista,
 Compiten, finos, en ti,
 Zafir, topacio, rubí,
 Esmeralda y amatista.
 Y eres, cuando al sol tus galas
 Vas ostentando á porfia,
 Pájaro de pedrería
 O viva joya con alas :
 Joya que, ricos cambiantes
 Luciendo tornasolada,

Siempre es distinta, y en cada
Mudanza mas bella que ántes.

De flor en flor siempre vas
En tu lijereza suma,
Voladora flor de pluma
Que eclipsas á las demas.

En su triste cautiverio,
¡Cuánto envidia el alma mia
La libertad y alegría
De ese tu vivir aerio!

¡Quién, solo al capricho fiel,
Llevando el vuelo do quiera,
De amor, como tú, viviera,
De aire, de luz y de miel!

LIRAS.

La dulce final hora
De mi vivir anhelo, cual anhela
El rayo de la aurora
Cansado centinela
Que en larga noche solitario vela.
O cual la patria ansía
El desterrado, el puerto el marinero,
El fin del lento día
Rendido jornalero,
La cara libertad el prisionero.

Fiero insomnio es mi vida,
Largo viaje, durísima faena,
Prision aborrecida
En cruda tierra agena,
Mar borrascosa de peligros llena.

Mi llanto doloroso
La noche implora, el sueño, la llegada:
Dadme, dadme el reposo,
Dadme la patria amada,
La dulce libertad tan suspirada. 1863.

LA MUJER CON QUIEN YO ME CASARI

Pues no hay pariente ni amigo
 Que, de mis penas testigo,
 No me repita el consejo
 De que, ántes que llegue á viejo,
 Busque el conyugal abrigo,
 Respondo á todos al par:
 Mañana voy al altar,
 Si por mujer me dais una
 Que en sí las prendas reuna
 Que comienzo á enumerar.

Es lo primero que anhelo,
 Que la adorne virtud tanta,
 Que no se encuentre en el suelo
 Mujer mas honesta y santa,
 Ni ángel mas puro en el cielo;

Por que del peligro así
 Á que siempre expuesto vi
 Al que escoge buena cara
 Su virtud me asegurara,
 Ni hubiera zelos en mí.

Que deseo, lo segundo,
 Que de una hermosura sea
 Como nunca vi en el mundo,
 Mas siempre llevé su idea
 Del alma en lo mas profundo.

Es una belleza tal,
 Tan maravilloso tipo,
 Tan inefable idéal,
 Que, mirándolo, anticipo
 La ventura celestial.

Tras esto, en ella deseara
 Recto juicio, razon clara,
 Lozana imaginación,
 Gusto de fineza rara
 Y no vulgar instruccion.

Que, áun mas casta que Lucrecia,
Y mas bella que una Diosa,
Á la larga no se aprecia
Y nos es pronto enfadosa
La que es ignorante y necia.

Mas, al desear que supiera
Algo mas que la cartilla,
Líbreme Dios de que fuera
Vana Marisabidilla
É importuna bachillera.

Pero juzgareis olvido,
Cuando tantas cosas pido,
El que no pida riqueza,
Que es por donde siempre empieza
El que aspira á ser marido.

Pues bien: sabed que, aunque pobre,
Rica mujer no codicio,
Y como beldad le sobre,
Virtud, talento y jüicio,
Aunque no tenga ni cobre.

Y así, amigos, prescindiendo
Del metal que el alma humilla,
Es bien que os siga diciendo
Todo lo que hallar pretendo
En mi futura costilla.

Quiero que mucho me quiera,
Mas que no sea zelosa;
Que jamás me oculte cosa,
Y que de mí nada inquiete,
Aunque mujer, no curiosa:

Que sea de genio blando,
Y dócil como una pasta:
¿Á qué os estais asustando
De lo mucho que demandó?
Pues todavia no basta.

Porque consentir no puedo
Que tenga la suerte negra
Viva á la madre, pues miedo,
Como á mi amigo Quevedo,
Me da hasta el nombre de suegra.

Tampoco quiero cuñado:
 Buscádmela sin pariente,
 Si quereis que tome estado,
 Pues quisiera estar casado
 Con mi muger solamente.

Quiero que teja y que cosa
 Como Aracne primorosa,
 Y que, igualando el pincel,
 Copie con aguja fiel
 La naturaleza hermosa.

Que baile cual Salomé,
 Cante como un serafin,
 Toque ¿como quién diré?
 Y que no haya gracia en fin
 De que adornada no esté.

Pero tanto requisito
 Que pide mi ansia avarienta
 Es muy largo para escrito,
 Y fuera seguir la cuenta
 Proceder en infinito.

Y por que versos acorte
 Mi Musa, ya tan prolija,
 Diré en fin que la consorte,
 De mis ilusiones hija,
 Y de mis deseos norte,

La que ansié desde la cuna,
 Las perfecciones aduna
 De cuantas bellas serán
 Son y han sido desde Adan,
 Sin imperfeccion ninguna.

No os riais, al verme así
 Pintarós con frenesí
 El bello imposible mio,
 Porque yo mismo de mí
 Antes que nadie me rio.

Que bien conozco, bien veo
 Que seria menester,
 Para encontrar la mujer
 Que me pinta mi deseo,
 El que la mandara hacer.

Que en este bajo lugar,
En mundo tan imperfecto,
Es locura desear,
Como virtud sin defecto,
Hermosura sin lunar.

Si entre inmenso vulgo insano,
En plazas y calles llenas
De inútil número humano,
El gran Cínico de Aténas
Un hombre buscaba en vano;

No espero que mi ansia eterna,
Aun teniendo su linterna,
Del un polo al otro polo,
Como aquél un hombre solo,
Sola una mujer discierna.

Y á la que busco no topa
La mas constante porfia
Entre la femínea tropa
De Asia, de Africa, de Europa,
De América y de Oceanía.

Y, si quieres hallar una
Tan extremada y completa,
Puedes, iluso poeta,
Irla á buscar á la luna
O á mas lejano planeta.

Á mil millones quizá
De leguas léjos de acá,
En Aldebaran ó en Sirio,
El portento se hallará
Que busca aquí tu delirio.

Y pues tan perfecta esposa
Pretende tu desvario,
Resuélvete á que en tu losa
Escriban: *Aquí reposa*
Uno que solo fué tío.

¡Oh dichoso Pigmalion,
Tú que anudaste himeneo
Con la rara perfeccion,
Hija fiel de tu deseo
Y de tu imaginacion!

¿Hay escultor que le forme
 Á esta alma que sola jime
 Una hermosura sublime,
 Á mi deseo conforme,
 Y luego un dios me la anime?

Pero tan solo podría,
 Copiando mi fantasía,
 Dar cuerpo mi propia mano
 Al objeto soberano
 De mi ciega idolatría.

Fuera el genio mas valiente
 Á creármela impotente,
 En tan alto extremo bella;
 Si otra mano, si otra mente
 Me la forman, ya no es *ella*.

Mas dado caso que hubiera
 En esta tan baja esfera
 Criatura tan cabal,
 Faltaba lo principal,
 Y es que ella á mí me quisiera.

Ella, que eclipsara á Elena,
 Yo (el espejo me condena)
 Que de Paris disto tanto;
 Ella tan pura y tan buena,
 Yo..... ¡qué contraste, Dios santo!

Himeneo de tal suerte
 La union simbolizaria
 Del pesar con la alegría,
 De la vida con la muerte,
 De la noche con el día.

¿Quién pues posible creyó
 Que tal hembra iba á querer
 Á tal hombre como yo?
 Aunque, como al fin mujer,
 Quizá no dijera: *no*.

Y, como ademas sería,
 Aunque tan bella, hija mia,
 O le cuadre ó no le cuadre;
 Por gratitud amaria
 Y por deber á su padre.

1863.

Á LÁZARO.

¡Cuánta envidia mereces,
 Justo hermano de Marta y de María,
 Que viviste dos veces:
 Una naciendo del primer abrigo
 Que en el seno materno hospeda al hombre,
 Y otra del seno de la tumba fría!
 Tú que, con tierno nombre,
 Ser mereciste apellidado amigo
 De Jesús por el labio sacrosanto,
 Y costar mereciste
 Á sus divinos ojos
 Celestes perlas de piadoso llanto,
 Al acercarse triste
 Al lugar que guardaba tus despojos.
 «Nuestro amigo reposa,
 Vamos á despertarle de su sueño»
 Dice, y tributa á la amistad preciosa
 Su mas alto portentoso, la mas clara
 Muestra de su poder, ántes que él mismo;
 Vencedor de la Muerte y del Abismo,
 En gloria y majestad resucitará.
 Á la turba llorosa
 Dijo: quitad la losa;
 Y los ojos al cielo levantando,
 Y al Padre gracias dando
 De que siempre sus súplicas oyera,
 Te gritó en alta voz: «Lázaro, fuera»
 Y tú el acento que escuchó la nada
 Desde la negra eternidad oíste;
 Y cual hombre dormido á quien despertá
 Voz familiar, á tan potente grito
 Sacudiste tu sueño de granito.
 ¡De qué curioso espanto poseída,
 Inmensa turba en torno á ti apiñada,
 Te contemplaba en tu segunda vida,
 Nuevas del otro mundo demandando!

Como el que sale de vision funesta,
 En sueños aterrante,
 Durable en el atónito semblante
 La impresion recibida manifiesta,
 Así en la faz enjuta y amarilla
 Impresa conservaste eternamente
 La terrible impresion que te produjo
 De la muerte la horrenda pesadilla.

¡Quién entónces lograra interrogarte
 Y entender el misterio de la muerte;
 Qué siente el alma en aquel trance fuerte
 En que del cuerpo se desune y parte;
 Y el espanto que de ella se apodera
 En las orillas de esa mar oscura,
 Donde se pierde, atónita viajera,
 Del puerto adonde arribe mal segura.

¡Con qué dolor tan áspero y violento,
 Desde el solemne dia
 Que miró tu segundo nacimiento,
 Hasta que al fin te hirió muerte segunda,
 Tu tierno corazon aflijiria
 De tus pecados contricion profunda!
 ¡Cómo, compadeciendo la locura
 Y extrema ceguedad de los mortales,
 Que igualan con sus horas sus pecados,
 De la tumba olvidados,
 Las espantadas gentes moverias
 Á vida de virtud y penitencia
 Con la eficaz terrífica elocuencia
 Del que vivió en la Eternidad tres dias!

1863.

Á UN POETA.

Sufre, oh vate, con pecho adamantino,
 Y recuerda que á nadie impunemente
 Tener dejan el mundo y el destino
 Corazon grande é inspirada mente.

Y de su envidia y su furor triunfante
 Fué siempre el vate principal terrero:
 Ve errar mendigo de la Grecia al Dante,
 Mira proscrito al Italiano Homero.

Ve á Torcuato entre insanos detenido
 Por el vil que en su canto endiosar quiso,
 Y morir ciego y pobre en el olvido
 El cantor del perdido Paraiso.

Como él, Cervantes da el postrer aliento
 De una vida misérrima y mezquina;
 Mira á Gilbert agonizar hambriento,
 Y ensangrentar Chenier la guillotina.

Así el mundo al poeta galardona:
 Su ardiente inspiracion juzga delirio;
 Es corona de espinas su corona,
 Y su palma es la palma del martirio.

AURORA EN EL BAÑO.

Ya llegó la feliz hora
 En que la divina Aurora
 Contenta viene á entregar
 Su beldad encantadora
 Á los abrazos del mar.

La escala descienda lenta,
 Y mas y mas se amedrenta,
 Y cuando cerca se ve
 De donde es fuerza que sienta
 Del agua el frio su pié,

Se detiene, y de la hermosa
 Frente humedece la nieve:
 Al fin en las aguas osa
 Introducir el pié breve,
 Hecho de jazmin y rosa.

Mas se estremece y espanta
 Del súbito intenso frio,
 Y, exhalando un *ay*, levanta
 La apénas hundida planta,
 Con hechicero desvio.

De nuevo la escala pisa,
 Temblando toda cual hoja,
 Y mas que nunca indecisa ;
 Mas fuerte ola improvisa
 Viene, que toda la moja.

Que el mar, aunque está sereno,
 De amor y deseos lleno,
 Arrojó á la playa sola
 Esa alborotada ola,
 Para traerla á su seno.

Mas, con el frio marino
 Familiarizada ya,
 Del piélago cristalino
 Por entre las aguas va
 Abriendo fácil camino.

¡Oh dichosa la mirada
 Que la contempla extasiada,
 Cuando con gracia sin par
 Resbala süave ó nada
 Por el sosegado mar!

Parece que el oceáno
 Está de llevarla ufano,
 Y que con placer se siente
 Cortar y abrir dulcemente
 Por tan delicada mano!

Truécase en quieta laguna,
 Que no encrespa onda ninguna,
 Y ella de espaldas descansa
 En la superficie mansa,
 Como un infante en la cuna.

Tal vez, el leve sombrero
 Arrojando delantero,
 Tras él ardiente se lanza,
 Y en ágil nadar lijero
 En breve ufana le alcanza.

O tal vez de agua le llena
 Con que su cabeza baña:
 O, como nueva Sirena,
 Canta con dulzura extraña
 Que las almas enajena.

Tal vez á la dulce amiga
 Con quien mas amor la liga
 Algo la cuenta muy quedo,
 Al labio aplicando el dedo,
 Para que á nadie lo diga.

Pasó ya una larga hora;
 Y aún dejar no quiere Aurora
 Baño que tanto la agrada,
 Y, si lo estuvo á la entrada,
 Mas indecisa está ahora.

Mas, aunque al vivo placer
 Que siente ninguno iguale,
 Pues ve en fin que es menester,
 Se llega ya á resolver,
 Y tarda y penosa sale.

Y, aunque ella evitar procura,
 Llena de vergüenza casta,
 Que la húmeda vestidura
 Dibuje su forma pura,
 Su honesto empeño no basta:

Que el empapado vestido,
 Al cuerpo hermoso ceñido,
 Claro nos demuestra que ella
 No ha menester para bella
 De arte ni adorno mentido.

Y nos da la ocasion fe
 De que su beldad divina
 De nada deudora fué
 Á la hueca crinolina
 O al elástico corsé.

Llora la mar su partida,
 Y rabiosa envidia siente
 De la tierra que la anida
 Y goza mas largamente
 De su hermosura querida.

Y yo jimo al contemplar
 Que tal vez el mar la encierra,
 Tal vez la tierra, y al par
 Tengo envidia de la tierra,
 Y tengo envidia del mar.

1863.

EPIGRAMAS.

CIERTOS MATRIMONIOS DE HOY.

Si de Marcela y de su esposo Hernando
 Á Octavio en compañía siempre ves,
 No te asombres, lector: se están usando
 Hoy día matrimonios entre tres.

SOBRE HABER DICHO UN MAL POETA QUE HASTA LA GLORIA ERA VANA.

Dijo una verdad notoria,
 Y nadie habrá que le arguya,
 Si, al llamar vana la gloria,
 Habló solo de la suya.

Á LELIO.

Poeta, Lelio, te estimas:
 Pregunto: ¿de cuándo acá?
 Mas entiendo: tienes ya
 El Diccionario de Rimas.

Á CRISPIN.

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

Don Crispin el rimador
Alabanzas tuvo pronto:
Ya se ve, siempre halla un tonto
Un mas tonto admirador.

—
SOBRE EL RETRATO DE UNO QUE ESTABA SIEMPRE
CALLADO.

No: traslado mas igual
Jamás el arte hacer pudo;
Y es semejanza cabal
El que el retrato esté mudo,
Que es mudo el orijinal.

—
Á GERMAN, QUE SE JACTABA DE SABER MUCHAS
LENGUAS, NO SABIENDO LA SUYA.

Te doy que sepas el hebreo idioma
Y que sepas el árabe, German,
Y el idioma de Grecia y el de Roma,
Y el ruso y el inglés y el alemán.
Y ora las hables, ora las escribas,
Con increíble perfección sabrás
Las lenguas muertas y las lenguas vivas
Y cuantas lenguas hay..... y muchas más.
Digo y repito que más lenguas sabes
Que hablar oyó la Torre de Babel,
Y que el idioma entiendes de las aves,
Y el de las bestias interpretas fiel.
Pero que sepas español te niego;
Tu filóloga ciencia aquí dió fin:
Escribe, pues, si te parece, en griego
En sanscrito, en hebreo ó en latín.

ANTOJOS.

¡Cuántas cosas hay secretas
 Para la humana razon!
 ¡Quién supiera cómo son
 Los que habitan los planetas
 Y la inmensa creacion!
 Si son chicos cual infantes,
 O como torres jigantes,
 Si un ojo ó mas ojos que Árgos
 Tienen, y si viven largos
 Siglos, ó breves instantes;
 Si oyen con los ojos bien,
 Y huelen con los oídos
 Y con las narices ven;
 O en vez de cinco sentidos;
 Tienen todos uno, ó cien;
 Si de ellos una mitad
 Es de hembras y otra de machos;
 O hay de sexos unidad;
 Si hay mozos, viejos, muchachos;
 O son todos de una edad;
 Si llevan cara y enves
 Al revés de los humanos,
 Y si natural les es
 El caminar con las manos
 Y el agarrar con los piés.
 Ni de estas raras quimeras;
 Lector, te me asustes tanto;
 Que, si como son de veras,
 Las almas humanas vieras,
 Te causaran mas espanto.
 Pues me veo de alas falto,
 ¡Quién al cielo diera un salto,
 Y de uno en otro planeta
 Mi ardiente carrera inquieta
 Tocara al fin el mas alto!

Viendo fuera tantas cosas,
Nuevas, grandes, portentosas,
Estrañísimas escenas,
Distintas de las terrenas,
Y mil veces mas hermosas!

¡Quién de tu cielo nocturno,
Émulo casi del diurno,
Que ocho claras lunas muestra,
En vez de la única nuestra,
Gozara, bello Saturno!

¡Qué noches serán aquellas,
Tan radiantes y tan bellas,
Con ocho lunas y el brillo
De ese tu múltiple anillo
Con que entre globos descuellas!

¡Quién en la noche mas clara
Que tanta antorcha ilumina,
De bracero se paseara
Con alguna saturnina,
Tan hermosa como rara!

Y tú, feliz morador
De orbe que gira en redor
De dos estrellas ó tres,
Que de varios soles ves
Á turnos luz y color: *

Verdes y dorados dias,
Blancos, azules y rojos
Allí en mirar te extasias,
Con los que noches sombrías
Son los que ven nuestros ojos!

Y de cadena en lugar
De tanta monotonía,
Cambiando allí sin cesar,
El tiempo es rico collar
De variada pedrería.

* Hay sistemas que tienen centros dobles, triples, etc., y por consiguiente planetas que, en vez de girar, como la tierra, al redor de un sol único, jiran en torno de dos ó mas soles; los cuales, siendo de diverso color, sofrecen por consiguiente á los habitantes de los planetas que los rodean el magnífico y variadísimo espectáculo de semanas compuestas de un dia verde, otro blanco, otro rojo, otro amarillo, etc.

Mas de estas cosas ayuno
 Ha de quedarse mi anhelo,
 Inútilmente importuno ;
 Pues hasta ahora ninguno
 Pudo viajar por el cielo.

Y no hay ni nave, ni coche
 Que vencer pueda el camino
 Que hay desde aquí al argentino
 Astro que alumbra la noche,
 Que es el que está mas vecino.

Un dia se podrá ver
 Al hombre, venciendo al ave,
 Ir á la luna y volver
 En la voladora nave
 Que descubrió Mongolfier !

Osado Colon segundo,
 Mucho mayor que el primero,
 Surcando el éter profundo,
 Volará de mundo en mundo,
 De la creacion viajero.

Y anulada la distancia,
 Ir á los hombres ya veo
 Á los astros de paseo,
 Como hoy nos vamos á Francia,
 Cuando nos toma el deseo.

Nacerán nuevos placeres,
 Cuando el feo sexo humano
 Se enlace con las mujeres
 De Vénus bella y de Céres
 Y de Neptuno y de Urano !

Y para entónces confio
 Que un nieto de un nieto mio
 Se irá á casar con alguna
 Moradora de la Luna,
 En el volador navio :

De modo que, si el olvido
 En la tierra ha de acabar
 Mi germánico apellido,
 Allá en el orbe lunar
 Se podrá ver mantenido !

Y aquí el doctor no se asombre
 Ni quimérico me nombre,
 Pues le digo que el progreso
 Indefinido del hombre
 Ha de hacer mucho más que eso.

Más, aunque remonta el vuelo.
 Á tan altas profecías,
 Me queda á mí el desconsuelo
 Que no se harán en mis días
 Esos viajes por el cielo.

DIARIO DE UN VIAJERO AMERICANO.

Cœlum non animum mutant qui trans mare currunt.
 HORACIO.

Vuelto á sus playas vírgenes natales,
 Tras larga ausencia de vagar lejano,
 Víctima eterna de secretos males,
 Un mísero viajero americano,
 Así el ansia implacable y encendida,
 Dolor y tedio que do quiera siente
 Traslada al libro, de su errante vida
 Y sus íntimas penas confidente:

«¡Cuántas veces me ha visto el oceáno
 Ir buscando la paz del corazón!
 Mas ambos mundos recorrer fué vano
 Para lograr tan suspirado don.
 Hasta en el polo que alta nieve esconde
 Mis errantes pisadas estampé,
 Ni hubo rincón de nuestro globo donde
 Yo no imprimiese el vagabundo pié.

En las viejas metrópolis de Europa,
 Como en la tierra donde vi la luz,
 Á mi labio el Dolor su amarga copa
 Brindó, y á mi hombro su pesada cruz.

Lo dejé en Francia; lo encontré en España;
 Y en Alemania y en Albion lo vi;
 Á Italia fuí: me precedió su saña;
 Á la Grecia volé: ya estaba allí.

Y donde quiera que mi curso incierto
 Lleve el raudo navío volador,
 Siempre, al hollar el anhelado puerto,
 Su conocida faz, llenos de horror,

Miran mis tristes ojos la primera;
 Y él me contempla con feroz placer:
 Odioso huésped que do quier me espera,
 Fantasma horrendo que hallo donde quier.

Los que nunca dejasteis vuestro suelo,
 Largos viajes y vanos escusad:
 Jamás, os digo, encontrareis consuelo,
 Ni alivio vuestra férvida ansiedad.

El alma no se muda con el clima:
 Si de vosotros mismos no partís,
 Cuales os vió la abandonada Lima,
 Os verá la magnífica Paris.

Y, cual triste experiencia en mí lo muestra,
 Del tan largo viajar fruto será
 Que ni la agena patria, ni la vuestra
 Pueda en su seno encadenaros ya.

¡Cuán ardiente y copioso, oh patria, el llanto
 Fué, que en mi ausencia á tu memoria di!
 ¡Cuánto do quiera te eché ménos! ¡cuánto
 Suspiré siempre por volver á ti!

Mas ¡ay de mí! que apénas á tu seno
 Me reconduce rápido bajel,
 Principio á desear el suelo ageno,
 Tan solo ya porque no moro en él.

Siempre estoy suspirando por lo ausente,
 Y lo que me circunda aspiro á huir,
 Cual, contento jamás de lo presente,
 En lo pasado vivo y porvenir,

Dichoso me parece lo pasado,
Aunque bien triste y doloroso fué,
Y alegre y bello el suelo que he dejado,
Aunque en él, como en todos, me hastié.

Y cada cosa que de cerca veo
No es ya la misma que, al buscarla yo,
De la esperanza el prisma ó del deseo
A mis ilusos ojos figuró.

Mas, si de ella me aparto ó si la pierdo,
Cual primero la vi la torno á ver,
Que el prisma le devuelve del recuerdo
Su antiguo encanto, su beldad primer.

Y con ansia perenne cuanto vana,
Así abordando á las orillas hoy
De donde inquieto partiré mañana,
Peregrinando por el mundo voy.

De region en region ciego me arroja
De mi inquietud eterna el huracan,
Cual recios vendavales débil hoja
De llano en llano arrebatando van.

¡Quién morara, cual Dios omnipresente,
Antípodas regiones á la vez,
Y le fuera un instante permanente
De los años la alada rapidez!

Así tal vez en mi delirio insano
Esclamo, y jimo al recordar despues
Que fuera siempre á mi ventura vano
Lo que imposible á mis deseos es.

Que, aunque habitara á un tiempo, cual la mente,
Cuanto ilumina el sol y ciñe el mar,
Fuera el vasto universo á mi ansia ardiente
Lo que el breve recinto de mi hogar.

Y aunque parar mi anhelo mereciera
Del raudo Tiempo el inmortal reló,
¿Qué instante de mi vida pasagera,
Qué instante ser eterno mereció?

¿En qué hora, en qué hora de mis largos dias
Fijara el incansable medidor,
Cuando todas, ó tristes ó vacias,
Hijas fueron del tedio ó del dolor?

Yo he buscado la dicha en los placeres,
 En las danzas de fúlgido jardín,
 En el májico amor de las mujeres,
 Y embriaguez y tumulto del festin.

Nada á mi eterno hastio y mi funesta
 Genial tristeza pudo ser solaz:
 Triste me vió la mas alegre fiesta
 Doblar al suelo mi doliente faz.

Y al estrechar mi frente la mas bella
 Á su turgente pecho de marfil,
 Para llorar á solas, hñf de ella,
 Triste esquivando sus caricias mil.

Y en la copa, oh amor, que nos ofreces,
 En vez del néctar y süave miel,
 Halló mi labio las amargas heces
 De la mas negra ponzoñosa hiel.

Y la dicha busqué en la poesia,
 Y en su risueño venturoso error: —
 Mas fué la Musa lamentable mia
 Musa del desengaño y del dolor!

Y la busqué en la ciencia: y, ó desnuda
 Mirando la verdad, me horripilé,
 O sentí suceder inquieta duda
 De mi niñez á la tranquila fe;

Confirmando, en tristísima esperiencia,
 Que estéril duda y fúnebre verdad
 Los frutos son que el árbol de la ciencia
 Dió siempre á la infeliz humanidad.

En todo la buseó mi desvario:
 ¡Insensato de mí! que por do quier
 Hallé solo dolor, solo hallé hastio,
 En lugar de la dicha y del placer.»

Y el triste infortunado peregrino
 Detiene aquí la dolorosa pluma,
 Pronto á seguir la ley de su destino,
 Y hender de nuevo la salobre espuma.

Que, aunque por prueba dilatada sabe
 Que llevará á otras zonas vanamente
 Su vagabunda combatida nave,

Imita empero al infeliz doliente,
 Que, aunque sintiendo igual á cada lado
 En el angosto lecho su tormento,
 Alivio á su dolor desesperado
 Busca siempre en el mismo movimiento.

1863.

Á UNA SEÑORA.

Mudanza tú no conoces,
 Joven siempre y siempre bella;
 Ni en ti la mas leve huella
 Dejan los años veloces.

Como en mi infancia la vi,
 Contemplo tu beldad hoy,
 Cuando del tiempo ya estoy
 Mostrando la injuria en mí.

Que de beldad tan divina
 Aun el Tiempo se prendó,
 Y dijo: «No quiero yo
 Causar tu lenta ruina,

Condena la cruda suerte
 Todo lo que tiene ser
 Á que sienta mi poder
 Primero que el de la muerte.

Mas mi saña te perdona;
 Solo en ti no la ejecuto;
 Y te eximo del tributo
 Que se debe á mi corona.

Que venga la muerte dura
 Y fin á tu vida dé;
 Mas yo te respetaré,
 ;Oh milagrosa hermosura!»

1863.

DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

Á AMALIA.

Preguntarme te plugo, amiga mia,
 Cuál es el que mi verso más alaba:
 Demócrito que todo lo reía,
 O Heráclito que todo lo lloraba.

Parecerá contestacion precisa
 En mí que peno y me querello tanto,
 Y en quien, mas que los labios á la risa,
 Se abren los ojos al raudal del llanto,
 El que con labio siempre jembundo
 Te digo, bella Amalia, que prefiero
 El llanto doloroso del segundo
 Á la risa burlona del primero.

Mas la respuesta, que me dicta ahora
 La razon, no mi jenio tan doliente,
 Al par condena al que de todo llora
 Como á aquel que se rie eternamente.

Que, como al tiempo, en sucesion eterna,
 Componen negra noche y blanco dia,
 Así en el mundo para el hombre alterna,
 Tambien con la tristeza la alegria.

Quien siempre rie, es porque siente poco;
 Quien siempre llora, demasiado siente;
 Si el risueño Demócrito era un loco,
 Era otro loco Heráclito doliente.

Y solo aprobará mi poesia
 Al que, siempre guardando el justo modo,
 Algunas veces lloré y otras ria,
 Que hay lugar en la vida para todo.

Ni toda es farsa que á reir convida
 Nuestra vida, ni lúgubre tragedia;
 Si damos á la risa media vida,
 Damos tambien al llanto la otra media.

1863.

CRISTINA,
 Ó SEA
 VENGANZA Y PERDON DE AMOR.

A MI AMIGO EL ARTISTA FRANCISCO LASO.

CANTO PRIMERO.

Entre cuantas beldades, ora en prosa
 Han sido celebradas, ora en rima,
 Fué la mayor Doña Cristina Llosa,
 Flor la mas bella del jardin de Lima;
 Que esta insigne ciudad, madre famosa
 De hechiceras beldades de alta estima,
 Nunca engendró ni engendrará ninguna
 Que tantas gracias y atractivos una.

Breve boca de perlas y de grana;
 Reluciente mejilla que purpúra
 Con sus pinceles la Salud lozana;
 Frente de lirios y de nieve pura:
 Hermosura ninguna circasiana
 La igualara en las rosas y blancura,
 Que cierto no es que pálida ó trigüeña
 Sea por fuerza la beldad limeña

Díganlo mil á quienes Lima hoi debe
 El no perder su fama gloriosa,
 Y en cuya faz, entre la blanda nieve,
 Arde perenne la purpúrea rosa:
 Dílo, tú, copia de la jóven Hebe,
 De cuya tez fresquísima y lustrosa
 La imájen fiel contemplará quien eche
 Hojas de rosa sobre blanca leche.

Y dílo, ingrata, tú cuya cadena
 Ha tanto tiempo que cautivo arrastro,
 Con quien se ennegreciera la azucena
 Y se ebanificara el alabastro:
 Ni tan blanca su faz, tranquila y llena,
 Muestra en verano de la noche el astro,
 Cuando la noche, con la luz que envía,
 Es un segundo, pero fresco día.

Tú, cuya pura virginal mejilla
 Carmin delicadísimo colora,
 Que al encendido rosicler humilla
 Que tiñe las mejillas de la Aurora;
 Por quien de envidia tórnase amarilla
 La hija mas bella de la bella Flora,
 Cuando en campos que pinta primavera
 Es reina de las flores altanera.

Mas, aunque hablar de ti me sea grato
 Y pintar tu hermosura peregrina,
 Preguntará el lector si acaso trato,
 En lugar del retrato de Cristina,
 De hacer en estos versos tu retrato;
 Y como ella es ahora mi heroína,
 Es bien que vuelva el verso de contado
 Á seguir el retrato comenzado.

Tuviera envidia á su flexible cuello
 El ave dulce que su muerte canta:
 Su copioso larguísimo cabello
 Hollarle puede su pequeña planta:
 Dejárase por pié tan breve y bello
 Hollar Amor gustoso la garganta:
 Mas ya estoy en los piés ¡grave descuido!
 Cuando el semblante aún no he concluido.

Su nariz (que es faccion que vez muy rara
 Se halla buena, de modo que nos mueve
 Á rabia ver en una hermosa cara
 Luenga y corva nariz, ó chata y breve)
 Ni un punto de la línea se separa
 Que una nariz perfecta seguir debe,
 Y no fuera, á compas y á cincel hecha,
 Ni mas proporcionada ni derecha.

Hasta la negra Envidia, á su despecho,
 La linda mano de marfil alaba,
 Y el brazo hermoso y mas hermoso pecho:
 Mas ¡ai! que lo mejor se me olvidaba:
 Sin ojos ¿qué retrato habrá bien hecho?
 Mas, como ésta concluyo, en la otra octava
 Sus ojos, buen lector, podré pintarte,
 Que bien merecen una octava á parte.

Mas no atino á pintar, te lo confieso,
 Esas oscuras vívidas centellas,
 Y conozco que anduve bien sin seso
 En prometerle la pintura de ellas;
 Que es poco, aunque parezca grande exceso,
 Decir que soles son, que son estrellas;
 Y así nada diré, pues que me agrada
 Mas que poco decir, no decir nada.

En fin ella era tal, que dificulto
 Que otra tan bella en todo Lima hoi halles,
 Y esto aquí sea dicho sin insulto
 De tantos bellos soberanos talles:
 Á verla y dar á Dios ardiente culto
 Se paraban las gentes en las calles,
 Exclamando: Bendito el Señor sea,
 Que tan divinas hermosuras crea!

Mas, como no hubo ni hai nada perfecto
 En este bajo mundo, borron era
 De tantas perfecciones un defecto:
 Ser la mujer mas vana y altanera
 Y mas contraria al amoroso afecto
 Que se ha visto jamas ó verse espera,
 Pues quien le dió de la beldad la palma
 Olvidó darle un corazon y un alma.

Y así, por dentro despiadada y cruda,
 La aparente beldad engañadora
 Era estatua, de espíritu desnuda,
 Era flor, si bellísima, inodora;
 Pintura hermosa, pero inerte y muda,
 Rico palacio donde nadie mora,
 Suntuoso templo, de su dios vacio,
 Bello cadáver, insensible y frio.

Ansiaba merecer su blanca mano
 De galanes un número infinito:
 Pero siempre su afán les salió vano;
 Que al que el imperdonable atroz delito
 De pintarle su amor ciego y tirano
 Osase de palabra, ó por escrito,
 Anhelando á los vínculos nupciales,
 Colérica negaba sus umbrales.

No valia con ella cosa alguna
 Para que depusiera su dureza:
 Buen nombre y opinion, ilustre cuna,
 Valor, ingenio, honores y belleza,
 Y hasta los mismos bienes de fortuna
 Todo lo despreciaba su altiveza:
 Ni ya mas circunstancias enumero,
 Dicho que despreciaba hasta el dinero.

Nada puede vencer su horror secreto
 Á Cupido, á quien teme al par que á Marte;
 No fué el dios niño de mas odio objeto
 Á la insensible bárbara Anaxarte;
 Ni la cruda beldad de quien Moreto,
 Con tan vivo pincel y feliz arte,
 Pintó el desden en la española escena,
 Fué á la amorosa llama mas agena.

Una viuda ya y anciana tia,
 Que de madre en lugar siempre ha tenido,
 De continuo á elegir la persuadia
 Entre tantos amantes un marido;
 Mas la doncella con tenaz porfia
 Á su prudente voz negaba oido:
 Oigamos cómo la habla y aconseja
 Algunas veces la sensata vieja:

«¿Por qué la edad de los amores tierna
 Así malogra, y eximirte quieres
 De aquella lei universal y eterna
 Que encadena varones y mujeres?
 Amor es el monarca que gobierna
 Con blandísima lei todos los seres:
 Amor, despues de Dios, es el segundo
 Conservador del venturoso mundo.

«En aire, tierra y mar, pez, bruto y ave
Sienten de Amor las fecundantes llamas;
Plantas y árboles aman, en süave
Lazo uniendo las ramas á las ramas;
Amar la dura piedra tambien sabe,
¡Y sola tú en el universo no amas,
Y tu monstruosa indiferencia sola
La eterna lei del universo viola!

«Ansiosa de lograr tu blanca diestra,
La nobleza de Lima te visita,
Y á porfia su amor cada cual muestra,
Y agradarte á porfia solicita:
Pero tú, á todos á la par siniestra,
Con la crueldad mas negra é inaudita,
Fieros desdenes sin cesar les haces,
Despreciando el honor de sus enlaces.

«Pero, si eres discreta, dime ¿dónde,
Aunque le busques por el mundo entero,
Hallarás un esposo como el conde
Don Fabricio de Zúñiga y Guerrero?
Lo galan y discreto corresponde
En él á lo valiente y caballero:
Por él suspiran todas las limeñas,
Y tú sola le esquivas y desdeñas.

«Mas al tiempo veloz, que no reposa,
El persuadirte á costa tuya dejo:
Cuando tan fea quanto es hoi hermosa
Tu cara mires en el fiel espejo,
Sin esperanzas ya de ser esposa,
Dirás arrepentida: buen consejo
Me daba cuérda mi difunta tia,
Y yo, necia de mí, no la creía!»

Pero la interrumpia su sobrina
Diciendo: «Será acaso devaneo,
Mas la naturaleza no me inclina
Al amor, ni á los lazos de himeneo:
Deja que goze libertad divina
Que á toda costa conservar deseo:
Que viva deja, déjame que muera
En el feliz estado de soltera.

«Si del placer es para ti la fuente
 Y el alma de la tierra y de los cielos,
 Amor es para mí tan solamente
 Padre de las rencillas y los zelos;
 Él es del llanto el manantial ardiente,
 Él cria las sospechas y desvelos,
 Y en fin él es la causa y el origen
 De cuantos fieros males nos afligen.

«Fuera de esto, á tu gusto en todo cedo;
 Mas te digo, por mucho que te asombres,
 Que vivo, ni pintado sufrir puedo
 Al odioso linaje de los hombres:
 Todos ellos me causan odio y miedo:
 Si me amas, ni siquiera me los nombres,
 Que es cual si me nombraras los demonios,
 Ni me propongas nunca matrimonios.

«¡Tener yo amor! ¡yo de un tirano fiero
 Que marido se llame ser esclava!
 ¡Yo ser vasalla del Amor! primero
 Que me hiera una flecha de su aljaba,
 Mi pecho rasgue matador acero!»
 Y tanto enojo y furia demostraba,
 Que la anciana callábase prudente,
 Compadeciendo su furor demente.

Mas llegó un tiempo en que, de ver corrido
 Que á domar tal soberbia nada alcanza,
 Bien como suya, imaginó Cupido
 Una feroz y bárbara venganza,
 Sacándola de tino y de sentido
 Con un extraño amor sin esperanza,
 En el cual escarmiente el mundo, y huya
 De ofender tal deidad como la suya.

CANTO SEGUNDO.

Es de saber que á Lima entónces vino
 Para la noble tia una pintura,
 Obra maestra de pintor divino;
 De tan celeste gracia y hermosura,
 Tan natural y viva, que no atino,
 Por mucho que mi ingenio lo procura,
 Su mérito á espresar remotamente,
 Ni lo lograra pluma mas valiente.

Representaba á aquel * que la manzana
 Dió á Citerea; y nunca tan hermoso
 Pareció ante la adúltera Espartana
 Que, turbando á dos mundos el reposo,
 Huyó ciega con él á la troyana
 Ribera, abandonando al rei su esposo,
 Su patrio Eurotas y su infante prole,
 Cuanto hermoso allí el arte retratóle.

Y es tanta la verdad del colorido,
 Y tal bulto aparenta y tal relieve,
 Que, del fondo del cuadro desprendido,
 Parece que respira y que se mueve:
 Espera las palabras el oido;
 Y para que á la vista su error pruebe
 Y la convenza de que es lienzo plano,
 Preciso se hace el aplicar la mano.

Apénas le miró la humana fiera,
 Cuando, sin saber cómo, en un instante,
 Siente ablandarse y convertirse en cera
 El pecho de durísimo diamante;
 Cual si echado raices allí hubiera,
 Enclavada detiénela delante
 Del cuadro que figura al Pastor Frigio
 La fuerza irresistible del prodigio.

* Páris, hijo de Príamo y Hécuba, reyes de Troya. Habiendo la Discordia lanzado á la mesa de los Dioses una manzana de oro con este letrero: "Á la mas bella" se la disputaron Juno, Minerva y Vénus, y haciendo juez de la competencia á Páris, le adjudicó éste á Vénus; que, en pago de la preferencia, le concedió el amor de la hermosísima Elena, mujer de Menelao, rei de Esparta, encendiendo así la guerra entre Europa y Asia.

Fija la vista en él, no pestañea,
 Y ni un punto los ojos dél aparta,
 Que, miéntras mas le mira, mas desea
 Mirarle, de mirarle jamas harta:
 Más en verle, pintado, se recrea,
 Que, vivo, un tiempo la beldad de Esparta;
 Cuando del ofendido Menelao
 Los alejaba voladora nao.

Y por mirar á París, no repara
 En Citerea, en Juno y en Minerva,
 Que hácia él avanzan con nobleza rara
 Á hacerle juez de su contienda acerba:
 Su gran belleza diosas las declara;
 Pero Cristina su atencion reserva,
 Sin hacer caso del divino grupo,
 Para aquel solo que hechizarla supo.

Y sin color, y sin aliento, y muda,
 Tanto en mirar al cuadro se extasía,
 Que de si vive ó de si muere en duda
 Quien la viera en tal acto quedaria:
 Su propio ser en el que mira muda,
 É, inmóviles entrambos á porfia,
 La creyeras inánime escultura,
 O pintura mirando otra pintura.

Un amor desde entónces infinito
 De su alma y sus sentidos se hace dueño:
 Le es tósigo el manjar mas esquisito,
 Y en blandas plumas la desoye el sueño:
 Ya el lozano frescor se ve marchito
 Del semblante purpúreo y marfileño:
 Ya no es mas que la sombra ¡ai Dios! de aquella
 Tan vana y desdeñosa cuanto bella.

Pendiente del retrato noche y dia,
 De ella le pide que por fin se duela;
 Y tanto se afervora y desvaria,
 Que lo abraza y lo besa, muda tela
 Hallando solo, indiferente y fria,
 En vez del hombre que encontrar anhela;
 Como, en vez de mujer, hallaban ántes
 Una insensibl estátua sus amantes.

«¡Qué leo! ¡enamorarse de un retrato!
 (No faltará lector que esto me diga)
 No, no es posible amor tan insensato!»
 Mas es bien considere que castiga
 El corazón durísimo é ingrato
 De su vana é indómita enemiga
 El vengativo Dios, que bien pudiera
 Castigarla con pena mas severa.

A más, tan imposible no es la cosa
 Como parece, pues continuo vemos
 A mil prendados de una necia hermosa
 Hacer los mas ridículos extremos
 Por el cuerpo sin alma de una diosa;
 Y tú, lector, y yo tal vez estemos
 Enamorados de mujeres fatuas
 Que mas bien que mujeres son estatuas.
 Todo lo pueden el amor y el oro;
 Y en las historias de otros tiempos hallo
 Que Pasifáe se prendó de un toro
 Y Semíramis quiso á su caballo;
 Con otros casos mil que, por decoro
 Y por huir prolijidades, callo;
 Y harto de Amor las fuerzas testimonia
 La reina de la antigua Babilonia.

Y si ella amó al coreel, y Pasifae
 Se enamoró de la cornuda fiera,
 En rareza menor Cristina cae,
 Que el retrato de un hombre ama siquiera:
 La semejanza fiel es quien la atrae,
 Que del pincel la magia es de manera,
 Que tal vez, al copiar, ya no es distinta
 De la viva figura la que pinta.

Y si el efecto é ilusiones raras
 Que obran las realizadas fantasias
 De las artes, lector, dificultaras,
 Te diré que en Madrid por muchos dias
 (Y eso que hay en Madrid muy buenas caras)
 Me enamoré de la hija de Herodias,
 Que viva al lienzo trasladó Ticiano,
 Y no es pintura, sino rostro humano.

Y aunque debiera darme horror y espanto
Verla con la cabeza del Bautista,
Infame premio de su danza, tanto
Supo hermosearla el inmortal artista,
Que á su beldad y voluptuoso encanto
No hay duro corazon que se resista ;
Y de ella me prendé, como pudiera
De alguna mujer viva y verdadera. *

Y todas las mañanas al Museo
Ibame á devorarla con los ojos:
Aun me parece que ante mí la veo
Con esos entreabiertos labios rojos ;
Aun contemplar esa garganta creo
Y aquella espalda, del amor antojos ;
Aun es de mis deseos acicate
La fresca carne que, cual viva, late.

Y del Corregio y del pintor de Urbino
Amé tambien las hijas hechiceras,
Y tendrás por mayor mi desatino,
Si el que están en el suelo consideras
Que el mar circunda y parte el Apenino, †
Y en donde el sexo hermoso lo es de veras,
No como en otras partes donde creo
Que debiera llamarse sexo feo.

Prendóme sobretodo la divina
Hermosura de aquella Galatea
Que ostenta la orgullosa Farnesina, ‡
Y que en su concha en triunfo se pasea
Por la estension pacífica marina:
Copiála el Sanzio de su propia idea, ¶
Cuando, de perfeccion en tanto anhelo,
No le bastaba terrenal modelo.

* Este cuadro de Ticiano que representa á Salomé con la cabeza del Bautista en un plato, es de maravillosa belleza, y una de las joyas del magnífico Museo de Madrid.

† Il bel paese—Ch'Apennin parte e il mar circonda e l'Alpe

—PETRARCA.

‡ Palacio que mandó edificar Agustín Chigi al excelente arquitecto Baltasar Peruzzi, llamado despues así por haberle comprado el Cardenal Farnesio.

¶ Alusion á la célebre carta escrita por Rafael al Conde Castiglione, mientras pintaba su Galatea, en la que le dice que "habiendo escasez de buenos jueces y de mujeres hermosas, se sirve de cierta idea que se le viene á la mente."

Pero, ¿qué corazón la mas que humana
 Beldad, no dejará de amor cautivo,
 De alguna, ó Vénus, ó Minerva, ó Diana,
 Marmóreas hijas del cincel Argivo?
 Y de ti, oh de las Vénus soberana,
 Vénus de Milo, enamorado vivo,
 Sintiendo que en el mundo las mujeres
 No sean tan hermosas cual tú lo eres.

Ni olvido á Pigmalion que, no contento
 De terrena beldad, estatua labra
 Á quien da cuanto finje el pensamiento,
 Y á quien falta tan solo la palabra:
 Y al contemplar tan mágico portento,
 Es fuerza que el Amor el pecho le abra,
 Y que, prendado de su propia hechura,
 Ciñan sus brazos una piedra dura.

Y á Vénus sin cesar sus preces manda
 Para que anime estatua tan hermosa;
 Hasta que, oyendo su tenaz demanda,
 Compadecida la potente Diosa
 Le da que el mármol duro en carne blanda
 Se cambie, y descendiendo amante esposa,
 El tálamo dichoso la reciba,
 Esculpida muger, estatua viva.

Mas del arte apartándonos ahora,
 Si á amar empieza una muger cualquiera,
 ¿De qué es de lo que el hombre se enamora?
 No ya de su belleza verdadera;
 El propio parto de su mente adora,
 Enamorado está de una quimera,
 Que perfecta y divina se figura
 Y mas hermosa aún que la Hermosura.

Si pues es nuevo Pigmalion cada hombre
 Que se enamora de su propia idea,
 ¿Quién habrá que se admire y que se asombre
 Del amor de Cristina y no lo crea,
 Y á mí me dé de mentiroso el nombre?
 Mas Cristina me llama y me desea,
 Por que tanto su duelo no dilate,
 Y dél la libre ó de una vez la mate.

¿Qué fué de esa Cristina tan hermosa,
 Altiva reina de sumisa corte,
 La mujer mas altiva y desdenosa
 Que se pudo encontrar del Sur al Norte,
 La que, cual ángel ó celeste diosa,
 Despreciara un monarca por consorte?
 Ah! que hoy suspira, de un retrato esclava,
 La que á todos los hombres desdeñaba,
 Ardía todo Lima en sus amores;
 Do quier seguían sus esquivas huellas
 Mas amantes que Mayo cria flores
 O noche de verano enciende estrellas;
 Pues la que ansiaban tantos amadores,
 La que envidia causaba á las mas bellas,
 Hoy en profunda soledad se mira
 Y solo triste compasion inspira.

Así á veces se queja en mal tamaño,
 Mientras vierte de lágrimas un rio;
 «¿Cuándo un amor se ha visto tan extraño,
 Tan vano é imposible como el mio?
 Ay! que yo soy la causa de mi daño:
 Yo con mi orgullo y mi desden impio
 Merecí del Amor este castigo
 Y esta venganza atroz que usa conmigo.

«Oh tú que así de amor me tienes loca,
 ¿Quién pudiera infundirte el alma y vida!
 ¿Quién amores oyera de tu boca
 Que á besos que no vuelve me convida!
 ¿Quién en tu pecho, que hoy en vano toca
 Mi ardiente pecho en que el amor se anida,
 Pusiera un corazón cuyos latidos
 Vibraran con los míos confundidos!

«¿Por qué no mueves hácia mí tus plantas,
 Cuando te buscan las ansiosas mias?
 ¿Por qué nunca á mi encuentro te adelantas,
 Cuando te vengo á ver todos los dias?
 ¿Por qué tu eterna cárcel no quebrantas?
 ¿De tu inmovilidad nunca te hastias?
 Baja, baja por fin, baja al momento
 Á la vida, al amor, al movimiento,

«¿Por qué me miras con tan dulces ojos,
Si nada sientes, ni me pides nada?
¿Por qué sonrien esos labios rojos,
Si está la voz en ellos sepultada?
¿Por qué, sin que te apiaden mis enojos,
Ni tu dureza mi pasión invada,
Te miro, á mi dolor indiferente,
En el mismo ademán eternamente?

«Baste ya, baste, y con mi ardor despierto,
Oye por fin la voz con que te llamo;
Ese labio que ríe entréabierto
De abrir se acabe, y me repita: te amo;
Anime un corazón tu pecho muerto,
Que responda al anhelo en que me inflamo,
Y al fin abiertos tus inertes brazos
Mi cuello ciñan con amantes lazos.

«Mas, aunque sé que eres un vano lienzo
Que con sombra y color animó el arte,
Y aunque me asombro siempre y avergüenzo,
Conociendo lo que eres, de adorarte,
Con nada mi pasión combato y venzo;
Nada ha podido ser, ni será parte
Á que, aunque tengan vida verdadera,
Mi amor á los demás no te prefiera.

«Pero ¿qué digo? acaso fiel traslado,
Copia de un hombre verdadero fuiste,
Y vive de beldad ese dechado,
Y aquella gracia celestial existe!
Y no sospecha que de mí es amado,
Y que por él yo me desvivo triste;
Que, si mis ansias y mi amor supiera,
También me amara, por piedad siquiera.

«Mas, ¿dónde, dónde vives, alma mía?
¿Qué dichosa región tal joya encierra?
Ah! yo, sin descansar noche ni día,
Pasando mar, desierto y ardua sierra,
Á pié, mendiga, sola, llegaría,
Á las extremidades de la tierra,
Si al fin supiera que en alguna parte
Del ancho mundo me era dado hallarte!

«Mas ¡ai! es imposible que en aqueste
Planeta vil tanta belleza exista,
Y del Levante hasta el extremo Oeste
Jamás la hallara la anhelante vista;
Subió inspirado á la mansion celeste
El alto númen del sublime artista,
Vió al mas bello ángel, y al volver al suelo,
Fiel le copió para mi eterno duelo.

«¡Ai! que así delirando, el fiero dardo
Ahondo más en la enconada llaga,
Y, tanto apeteciendo, nada aguardo
Que mi ardiente deseo satisfaga!
Acelera hácia mí tu vuelo tardo,
Oh tú, consoladora dulce maga,
Porque, de tanto mal en el asedio,
Eres, oh Muerte, mi único remedio.»

Y así diciendo, pronto á las usadas
Caricias torna, y á los vanos besos
Y á los llantos y quejas no escuchadas
Y á todos sus inútiles excesos:
Solo le puede hablar con las miradas,
Los miembros todos en la tela presos,
La idolatrada imájen, y con esta
Habla muda tan solo le contesta.

Pero tú, pero tú, que desconoces
Mi sincera pasión, ni con el habla
De los ojos respondes á mis voces,
Mas insensible que pintada tabla
Á mis tormentos duros y feroces:
Mi amor en vano á tus oídos habla
Un idioma ardentísimo de fuego:
Vencer no logro tu fatal despego.

Vano es mi dulce lisongero halago,
Vana de amor toda patente prueba:
Tú miras de mis lágrimas el lago,
Sin que su vista á compasión te mueva;
Y en vano el gusto te adivino, y hago
En cada día una fineza nueva:
Nada te infunde el alma y sentimiento:
Soy cual la triste cuya historia cuento.

Y tanto fué creciendo su mania,
 Que, privada de sueño y de sustento,
 Consumiendo se fué de día en día;
 Y se quedó cadáver macilento
 Que el mas crüel á compasion movia:
 Era solo su vida un morir lento,
 Un doloroso agonizar constante,
 Un arrancarse el alma á cada instante.

Acongojada la amorosa dama,
 Mirando adolecer á su sobrina,
 Facultativos numerosos llama,
 Insignes por acierto y por doctrina,
 Para que dén salud á la que ama:
 Mas, ¿qué maravillosa medicina,
 O qué ignorada yerba el pecho cura
 De la amorosa pertinaz locura?

¿Qué específicos raros, qué cordiales
 Podrán curar del alma la dolencia,
 Cual se curan dolencias corporales?
 ¿Cuándo los hombres lograrán la ciencia
 Que sane del espíritu los males
 Y del dolor aplaque la violencia,
 Y que corte del alma el amor fiero,
 Cual corpóreo tumor corta el acero?

¡Ai! que ni hierro tajador, ni fuego
 De un alma arranca, en el dolor sumida,
 El obcecado amor, rebelde y ciego,
 Que se arraiga en las fuentes de la vida;
 Y, aunque es para el Amor frívolo juego,
 Con nada cierra la profunda herida
 Que abre su aguda envenenada flecha,
 Cuando la asesta al corazon derecha.

La rica anciana que jamas fué avara
 Vanamente ofreció toda su hacienda
 Al que á Cristina la salud tornara,
 Guardando á su vejez tan dulce prenda:
 Mas de dolencia tan profunda y rara
 No hay quien la causa ni el remedio entienda,
 Y de curar tentados cuantos modos
 Enseña el arte, la desahucian todos.

Se desespera la infeliz señora,
Viendo que su Cristina se le muere;
Y noche y dia sin consuelo llora,
Y con ella morir á un tiempo quiere;
Triste contempla á la que tanto adora
Mirar al cuadro que de amor la hiere
Con tan viva atencion, como si fuera
Cada vez que le mira la primera.

Y tal vez á su pecho la estrechaba,
Y en sus labios mil besos imprimia;
Y consuelo infundirle procuraba,
Y los nombres mas dulces le decia;
Lágrimas con sus lágrimas mezclaba,
Suspiros con los suyos confundia,
Y los mas crudos pechos que las vieran
En lágrimas tambien se deshicieran.

Y así en tan crudas ansias veladoras
Y en penas y congojas tan impías,
Vió Cristina lucir tristes auroras,
Vió Cristina cerrar noches sombrías;
Hasta que el mudo vuelo de las horas
Y sucesion eterna de los dias,
El término cumpliendo de dos años,
Puso fin á tormentos tan extraños.

Pues el Amor, al cabo satisfecho
Del horrible castigo que le ha dado,
Y del estrago en sus encantos hecho
Compadecido, y de su triste estado,
Volver resuelve al dolorido pecho,
Que ya purgó bastante su pecado,
La paz perdida, y fué de la manera
Que saber puede quien saberla quiera.

Pues conocer el fin de su congoja
No te puede costar mayor trabajo,
Lector querido, que voltear la hoja,
Si es que un instante el cuento te distrajo,
Y mi estilo al contarle no te enoja,
Que encumbro á veces y que á veces bajo;
Y si esta parte entristecer te hace,
Espera un venturoso desenlace.

Mas, si en esta mi historia lo que enfada
 Son tantas digresiones por ventura,
 Cual rio, que, vecino á su llegada,
 Al inmenso océano se apresura,
 Así mi narracion acelerada
 Irá al cercano fin en derecha;
 Y si en mas digresiones tú reparas,
 Serán, lector, tan cortas como raras.

 CANTO TERCERO.

En aquella sazón llegó de España
 Con el nuevo virrei un caballero,
 De belleza tan grande y tan extraña,
 Que contentara el gusto mas severo:
 Ningun lunar su perfeccion empaña,
 Y ni la misma Envidia le halla pero;
 Junto á él de Belveder fuera el Apolo
 Sombra y bosquejo de beldad tan solo.
 — Pintártelo, lector, me proponia;
 Pero no es bien que retratar presuma
 Con mi descolorida poesia
 Su noble gracia y su belleza suma:
 Para pintarlas, menester seria
 Que se cambiara en un pincel mi pluma,
 Aunque hay plumas tambien que son pinceles
 Que igualan los del Sancio y los de Apéles.
 Y plumas suele haber tan superiores,
 Que, al pintar una cosa, linda ó fea,
 Convierten las palabras en colores:
 ¡Lástima que la mia no lo sea!
 Y así no puedo dar á mis lectores
 Sino una vaga é imperfecta idea,
 Bosquejo débil y no fiel traslado,
 Del hermoso Español recién llegado.

Con el retrato á quien Cristina adora
 Mi admiracion tan solo le compara;
 Y del uno y del otro, á lo que ahora
 Se puede ver, la semejanza es rara:
 Mas, si hay tal semejanza asombradora,
 Yo te diré que la razon es clara,
 Pues es muy natural, lector sensato,
 Que un hombre se parezca á su retrato.

Que, al pintar al adúltero Troyano,
 El artista le tuvo por modelo;
 Y para hallar modelo mas cercano
 Á suma perfeccion, con vano anhelo
 No solo recorriera el reino hispano,
 Sino tambien el ámbito del suelo;
 Y, si hermoso el retrato parecia,
 Él era mas hermoso todavia.

Mas de una carta de favor traia
 Para la que madre es de la cuitada,
 Y á señora tan noble y de valia
 Fué solícito á ver á su llegada;
 Y, como ni un instante se desvia
 Cristina de la imájen adorada,
 Al pié del cuadro, y en la sala sola,
 El extranjero jóven encontróla.

No notó ella su entrada, que á la puerta
 La espalda daba, el cuadro de hito en hito
 Mirando: llama aquél por que le advierta
 La que niega á sus ojos el palmito;
 Ella, al cabo, de su éxtasis despierta,
 Y volviendo la cara, lanza un grito,
 Viendo al retrato que ama al otro lado
 En un hombre bellísimo encarnado.

Y un sueño le parece, una mentira
 Que le finge su mente alucinada,
 Y ahora al vivo, ahora al pintado mira,
 Devorando á los dos con la mirada;
 De verlos juntos más y más se admira,
 Y no sabe cuál es quien más le agrada,
 Aunque á creer que agrádale comienzo
 Mas el hombre de carne que el de lienzo.

Y ¡qué ansias vivas y qué impulsos siente
 De correr desalada al jóven bello,
 Y estampar en su boca un beso ardiente
 Y con sus brazos enlazar su cuello!
 Mas se reprime, que, aunque eternamente
 Al retrato acaricia, pasa aquello
 Con un retrato ó una estatua hermosa ;
 Mas con un hombre vivo, es otra cosa.

Aunque habrá muchas que me arguyan que eso
 Hacerlo con un cuadro, es manifiesto
 Indicio de simpleza y poco seso,
 Y que es mas natural y en razon puesto
 Á algun hombre abrazar de carne y hueso,
 Aunque no sea de tan lindo gesto,
 Que al lienzo mas hermoso ó bello busto,
 Los cuales ni reciben ni dan gusto.

El Español en tanto la saluda
 Y dice: Bella niña, Dios os guarde:
 Ella va á hablarle de su pena aguda
 Y del amor en cuyas llamas arde;
 Pero la lengua se mantiene muda,
 Y el natural pudor la hace cobarde,
 Y le detiene á la mitad la planta
 Que presurosa al jóven se adelanta.

Y, cuando advierte que hácia el jóven iba,
 Así el pudor celeste profanando,
 Tiñe la blanca faz en grana viva,
 Al suelo las miradas humillando;
 Al fin de allí se escapa fujitiva,
 Al hermoso Español maravillando
 Que, al ver tal porte, con razon no poca
 La califica rematada loca.

Mas, quedándose solo, al fin repara
 En lo que representa la pintura,
 En que ántes, claro está, no reparara
 Por mirar á la viva criatura;
 En ella al punto conoció su cara
 Y su propia persona y apostura,
 Hallándose tan fiel en el cotejo,
 Como si se mirara en un espejo.

Entónces algo á sospechar comienza
 De la verdad de tan extraño caso,
 Y á entender la atencion y la vergüenza
 De la doncella de juicio escaso;—
 Otra vez llama, y ántes que le venza
 El tedio de aguardar, con presto paso
 Salió, y con la mayor cortesania
 Le recibió la cariñosa tia.

Sin quedar de su trato enamorado,
 El jóven de la vieja no se aparta:
 Venir con el virrei, ser su privado,
 Causa es de agrado y de atenciones harta;
 Y á tantas cartas de favor añado
 La que fué de favor la mejor carta:
 El gentil parecer y la belleza,
 Carta que da al nacer naturaleza.

Á todos se dirige el sobrescrito,
 Cual primitivo universal lenguaje,
 Y por ella el viajero y el proscrito
 Hallan mas blando y fácil hospedaje;
 No hay pueblo alguno de tan fiero rito,
 Que al extranjero hermoso no agasaje:
 Irresistible magia que conquista
 Los corazones á primera vista!

Mas ya la triste enamorada espera,
 Y á confortarla empieza la esperanza,
 Esa maga tan dulce y lisongera
 Que todo mal á suavizar alcanza:
 Bastó que entre retrato y hombre viera
 Una grande perfecta semejanza,
 Y aguarda ya, por mucho que le cueste,
 Lo que de aquél no pudo, lograr de éste.

Y torna nuevamente á amar la vida,
 Y la muerte espantosa no desea,
 Ni á venir con instancia la convida
 Para que en trance tal su alivio sea:
 Ya la tiene de nuevo aborrecida,
 Y ya de nuevo le parece fea,
 Y considera que es aún muy jóven
 Para que penas el vivir le roben.

Y se imagina con terror y espanto
 Verse envuelta en la fúnebre mortaja,
 Y, de los monges al solemne canto,
 Ser conducida en la mortuoria caja
 Á la eterna mansion del Camposanto;
 Y le parece con horror que baja
 Al hondo seno de la oscura tierra
 Que ya sobre ella sus abismos cierra.

Y como ya no es tanta su tristeza,
 Y como el alma admite algun consuelo,
 Ya su salud á florecer empieza,
 Y el ayuno ya cesa y el desvelo;
 Á retoñar principia su belleza,
 Cual planta, muerta con el crudo hielo
 Del invierno, en la nueva primavera
 Dia á dia sus galas recupera.

El hermoso Español la extraña historia
 De Cristina infeliz bien pronto sabe,
 (Que en Lima hasta á los niños es notoria)
 Y entiende que la abrumba el peso grave
 De la cruda venganza y la victoria
 Del dios que tiene en su poder la llave
 De todos los humanos corazones
 Y envuelve lo creado en sus prisiones.

Primero el tierno corazon se apiada
 Del infeliz estado de Cristina,
 Y el verla de su imájen tan prendada
 Á justa gratitud despues le inclina:
 No era ademas de su beldad pasada,
 Cuando él la llegó á ver, tal la ruina,
 Que no pudiese conocer cualquiera
 Que igual no tuvo su beldad primera.

Y torna á ver á la aflijida presto
 Y la halla ménos triste y mas bonita,
 Y mas le va gustando por supuesto:
 Cada vez es mas larga la visita:
 Ella entre tanto con rubor honesto
 Calla del pecho la amorosa cuita,
 Mas la dicen sus ojos mal su grado,
 Que son lenguas que nunca se han callado.

Cuando, ausente el que adora, mira atenta
 De su retrato la beldad divina,
 No como ántes el verle la atormenta,
 Porque su amor en él ya no termina,
 Sino que pasa á aquel que representa
 Y á quien ver en el lienzo se imagina:
 Ya no ama la pintura en ella propia,
 Sino en aquel cuya belleza copia.

Ya con primor se toca y atavia,
 Y vuelve á usar de femenil adorno,
 Y en públicos paseos extasía
 La muchedumbre que se apiña en torno:
 Cobra una nueva gracia cada dia;
 Ya parecen de nuevo hechos á torno
 Los blancos brazos, y la mano blanca
 Compite ya con el jazmin que arranca.

Torna el pecho turgente á ser cual onda
 De mar tranquilo que en la blanda orilla
 Va y viene, y la garganta ya redonda
 Se muestra, y purpurina la mejilla;—
 Mas no encuentro espresion que corresponda
 Á tan perfecta hermosa maravilla;
 Que á la Cristina de otro tiempo escede
 Es lo mas que mi verso decir puede.

Que, si cual hoy, entónces la doncella
 Mas perfecta y hermosa fué de Lima,
 Entonces fria estatua se vió en ella,
 Y hoy es belleza que el amor anima;
 Pues, para que una bella sea bella,
 Es necesario que el amor le imprima
 Esa espresion de espiritual dulzura
 Que él solo puede dar á la hermosura.

Que, cuando un crudo pecho el amor doma
 Y en sus fuegos lo abrasa, de repente
 Animada espresion el rostro toma,
 En vez de la primera indiferente:
 Hablan los ojos silencioso idioma
 Como el que hablan los labios elocuente,
 Y, sin que el labio á los acentos se abra,
 Iguala la sonrisa á la palabra.

Ya es cual la flor que á su belleza junta
 La fragancia mas pura y esquisita,
 Es la hija de Jaír, cuya difunta
 Beldad la voz de Cristo resucita,
 La estatua á quien la diosa de Amatunta
 Traslada el fuego que su pecho agita;
 Palacio donde mora un rei potente,
 Templo que anima la deidad presente.

Mas creció su belleza, si incremento
 Tanta belleza recibir podia,
 De ser amada con el gran contento
 Y la felicidad y la alegría;
 Del cuadro á vista, el Español el cuento
 Á la atenta Cristina referia
 De haber él sido (que amistad lo ordena)
 Vivo modelo del raptor de Elena.

Y añadió: «¿Quién entónces me dijera
 Que, atravesando un dia el oceáno,
 Y que, viniendo á Lima la hechicera
 Desde el distante suelo castellano,
 Antes que su modelo, conociera
 Vuestro divino rostro soberano,
 Y en vuestros lares mereciera abrigo,
 La obra dichosa del pintor amigo!

«Si copia fiel de la hermosura vuestra,
 Sol cuya luz ni leve nube empaña,
 Hecha por mano primorosa y diestra,
 Llevado hubiera á la feliz España
 La mas divina y portentosa muestra
 De la tierra gentil que el Rímac baña,
 Y las beldades mágicas que cria
 Esta nueva mejor Andalucía!

«Si anticipado hubiéranme los fieros
 Hados, conmigo tanto tiempo avaros,
 El celestial placer de conoceros
 Y la inefable dicha de adoraros,
 En copia solo me bastaba veros,
 Oh divina belleza, para amaros,
 Y á vuestras plantas con fervor rendiros
 Del alma los mas íntimos suspiros!»

Dice, y cayendo ante sus piés de hinojos,
 La de Cristina con su mano toca:
 Ella, encendidos los claveles rojos
 De las mejillas, calla con la boca,
 Hablando solo con amantes ojos,
 Que toda voz á declarar es poca
 Lo que sintiendo están entrambos pechos,
 Al gran tumulto del amor estrechos.

Con miradas de imán vence y fascina
 Y atrae el uno al otro dulcemente,
 Y el uno al otro mas y mas se inclina;
 Ya se junta una frente á la otra frente;
 De la jóven la boca purpurina
 Toca del Español el labio ardiente,
 Y atados quedan en un largo besó,
 De amantes brazos cada cuello presó.

¿Quién dulzura dará á mi pobre verso
 Con que la dicha de sus almas cante?
 Un día de otro día no es diverso:
 Es todo el tiempo un venturoso instante.
 Ante ellos desaparece el universo;
 Para cada feliz amado amante
 Es el otro feliz amante amado
 El solo ser que existe en lo creado.

¡Dulcísimos coloquios donde suena
 Sin cesar el tan dulce: «yo te adoro,»
 Bien á Cristina le pagais su pena,
 Y su crüel desesperado lloro!
 No envidia ya, de regocijo llena,
 Del cielo santo al mas dichoso coro,
 Que no hay dicha mayor en lo creado
 Que la dicha de amar y ser amado.

Y Cristina á su amante dice á veces:
 «Puesto que el cielo el bien me ha concedido
 Que no le osaban demandar mis preces,
 Mi tormento feroz echo en olvido;
 Y, aunque he apurado del dolor las heces,
 No siento el haber tanto padecido,
 Pues del pasado mal me recompensa
 De amar amada la ventura inmensa.

«Cuando miro el placer que mi alma endiosa,
 Oh dulce dueño, cuando estoy contigo,
 El tiempo de soberbia desdeñosa,
 En que he vivido sin amar, maldigo.....
 Mas fué mejor mostrarse de amorosa
 Pasion el pecho entónces enemigo,
 Porque así, de tu amor cual adivina,
 Para ti sólo se guardó Cristina.

«Si tanto te adoré sin conocerte;
 Y solo por imájen y traslado;
 Cuando te reputaba tela inerte
 Y vano ser por el pintor ideado ;
 ¿Cómo habré de adorarte, hoy que la suerte
 Me da mirarte vivo, aquí, á mi lado,
 Y que tú, agradecido á mis amores,
 Con igual frenesí tambien me adores ?

«Y pues es el amor tanta dulzura,
 Y sin amor la vida no comprendo;
 Y es el mundo desierta sepultura
 De cuantos sin amor viven muriendo,
 Miéntras aquí nuestra existencia dura,
 Gozemos en amarnos, y no siendo
 Sino un alma en dos cuerpos, ni la muerte
 Consiga desatar lazo tan fuerte.»

Y el amoroso jóven respondia:
 «No más récuerees, adorado dueño,
 El tiempo de tu loca idolatria,
 Y el vano ardor y el insensato empeño
 Con que, prendada de la imájen mia,
 Te consumiste cual ardiente leño,
 La gran belleza reduciendo á sombra
 Que Lima entera su ornamento nombra.

«¡Ah! cuando pienso en el horrible duelo
 Que te hice padecer, aunque inocente,
 De haberte amado el imposible anhelo
 El corazon me abrasa vanamente.
 ¡Quién entonce á tu amor diera consuelo;
 Adelantando nuestro bien presente!
 ¡Cuántas veces, en vano, he deseado
 Que cambiar se pudiera lo pasado!

«¡Y consumiendo tal belleza estuve,
 Sin yo saberlo! ¡y el divino rostro,
 Que fiel retrata el de inmortal querube,
 Y á cuya vista, idólatra, me postro,
 Por mí velaba del dolor la nube,
 Amortecidos el jazmin y el ostro!
 Y por mí se quejó la dulce boca
 Que el beso de los ángeles provoca!

«¡Y fué por mí por quien de amargo llanto
 Desperdiciaron cristalinos mares
 Los grandes ojos que me abrasan tanto,
 Que sufriera peligros á millares
 Y arrostrara mil muertes sin espanto,
 Para que ni el menor de los pesares,
 Ni la pena mas leve y pasajera,
 Una lágrima sola les bebiera!

«Mas, pues ni el mismo Dios cambiar pudiera
 Los dias que pasaron, yo te juro
 Que horas de amor y dicha placentera
 Solo habrá de brindarte lo futuro:
 Adorarte será mi vida entera,
 Y de la tumba ni en el seno oscuro
 Podrá nunca extinguirse el amor mio,
 Que alma será de mi cadáver frio!

«Del dilatado y hórrido tormento
 Que el cielo vengador enviarte quiso
 Será mi amor el inmortal descuento:
 Yo tu esclavo seré, tierno y sumiso,
 Y obedecer tu oculto pensamiento
 En la tierra será mi paraíso.»
 Así la adora, y entre tanto extática
 Oye Cristina la amorosa plática.

Con silencio espresivo le contesta,
 Ni consiente su gozo que más hable;
 Y le mira entre amante y entre honesta,
 Con celeste espresion inenarrable:
 Es para ambos la vida eterna fiesta,
 Una ilusion divina y perdurable,
 Un sueño celestial y permanente,
 El mismo siempre y siempre diferente.

¿Quién dirá cuál se alegra y regocija
 La tan discreta cariñosa anciana,
 Al ver á la que siempre amó cual hija
 De una y otra locura por fin sana?
 Alegres ojos en los novios fija,
 Y los bendice con la diestra ufana,
 Rogando que el Eterno les conceda
 Una vida tan larga como leda.

Al fin lució la aurora en que el divino
 Himeneo encendió la pura tea,
 Uniéndolos con lazo diamantino
 Que hasta la muerte duradero sea.
 Es el virrei el ínclito padrino;
 Lima toda en las fiestas se recrea,
 Siendo alegres y ricas entre todas
 Aquellas nobles venturosas bodas.

Guardaron sus afectos amorosos,
 En paz viviendo nunca interrumpida,
 Aquellos felicísimos esposos
 Los años todos de su larga vida;
 Hijos tuvieron mas que el padre hermosos,
 Hijas por quien la madre fué exedida;
 Pues cada uno es fuerza y cada una
 Que de ambos padres las bellezas úna.

Y entre puros seniles regocijos,
 De grato amor y reverencia objetos,
 Y de cuidados tiernos y prolijos,
 En sus últimos días, siempre quietos,
 Gozaron á los hijos de sus hijos,
 Y á los hijos gozaron de sus nietos:
 Y su vejez postrera parecia
 Tarde serena de sereno día.

¡Oh tú á quien este ejemplo hago presente,
 El leerlo, oh ingrata, te acobarde;
 De Cristina el castigo te escarmiente;
 Y pues fuerza es amar temprano ó tarde,
 Tu claro ingenio y tu temor prudente
 El castigo de Amor no es bien que aguarde,
 Y á su venganza y punición tremenda
 Adelanta solícita la enmienda.

Pídele ya perdon de tanta ofensa ;
 Y, pues bien sabes que te adoro ciego,
 Mis constantes ardores recompensa,
 Y tu diestra á mi fé concede luego.
 ¡Ah! no retardes mi ventura inmensa ;
 Y de amor, de placer y de sosiego
 El hado blando nuestra vida teja,
 Cual la de aquella tan feliz pareja.

1863.

 Á DINA.

Te suis matres metuunt juvenia,
 Te senes parci, miseræque nuper
 Virgines nuptæ, tua ne retardet
 Aura maritos.

HORACIO.

Cual voluble mariposa,
 En bellissimo jardin,
 Va del clavel al jazmin
 Y del jazmin á la rosa,
 Así tú, bella liviana,
 Con versátil proceder,
 Hoy mudas tu amor de ayer
 Y el de hoy mudarás mañana.
 No tanta de estrellas es
 La hueste en noches serenas,
 Ni tiene la mar arenas,
 Ni flores el quinto mes,
 Ni muda el cielo colores
 En la tarde ó en la aurora,
 Como tú, bella traidora,
 Cambias sin cesar de amores.
 ¿Qué hechizo tienes, qué iman
 Que cada dia la cuenta
 De tus galanes se aumenta
 Con algun nuevo galan?

Vituperados en vano,
 En tu salon juntamente
 Se ve el rubio adolescente
 Y el encanecido anciano.

¿Qué rico no te promete
 Sus caudales? tu secreta,
 ¿De qué jóven ó poeta
 Versos no guarda ó billete?

Y, á pesar de tu liviano
 Harto conocido porte,
 No falta quien de consorte
 Te ofrezca palabra y mano.

Mas, ¿qué mucho, si severa
 En ti la Envidia no ve,
 Desde la frente hasta el pié,
 La imperfeccion mas lijera?

¿Quién vió facciones tan bellas,
 Sin que las manche lunar?

¿Quién vió tal frente, y tal par
 No de ojos, sino de estrellas?

Son como hechas á pincel
 Tus cejas: tu dulce boca
 Á darte besos provoca,
 Mas süaves que la miel.

Y con tu blancura suma
 Nada á competir se atreve;
 Qué no es tan blanca la nieve,
 Y es ménos blanca la espuma.

No la iguala el nateron,
 Ni dentro el verde pacai
 Tan albos capullos hai
 De dulcísimo algodón.

Mas, si vista no hay que tache
 Tu blancura sin reproche,
 Á tu frente dió la Noche
 Su cabello de azabache.

No hay flor ninguna del valle,
 Ni leve flexible mimbre,
 Que con la gracia se cimbre
 Con que se cimbra tu talle.



Casto propósito arrollas
 Del que te ve á su pesar,
 Cuando con gracia sin par
 Bailas las danzas criollas,
 Y con la planta lijera
 Tocando apénas el suelo,
 Juegas el blanco pañuelo
 Y la ancha arqueada cadera.

A quien no rindió la vista
 De tu beldad, no te hable,
 Que tu dulce trato afable
 De seguro le conquista.

Saben palabras tus labios
 Tan astutas y halagüeñas,
 Que fascinas y domeñas
 Á los mas duros y sabios.

Y de los viejos despiertas
 En los frios corazones
 Las juveniles pasiones,
 Por tan largos años muertas.

Las madres por sus hijuelos
 Viven de ti recelosas,
 Y á las noveles esposas
 Inspiras amargos zelos.

Temiendo su paz antigua
 Perder con tan fuerte encanto,
 Á tu encuentro el monje santo
 Retrocede y se santigua.

Porque tu belleza es tal,
 Y tales tus gracias son,
 Que á veces (Dina, perdon)
 Te juzgo el genio del mal;

Pienso que eres Lucifer
 Que con obras y palabras
 Nuestro eterno llanto labras,
 Disfrazado de mujer.

1863.

Á FABIO

QUE ME ACONSEJABA DEJAR LA POESIA.

SÁTIRA.

No más me culpes de que en ocio inerte
 Las horas pase de mi inútil vida,
 Y que, con fin que unísono concierte,
 Líneas iguales al oído mida;
 Ni que, llamado á mas dichosa suerte,
 Con que mi rica patria me convida
 Que nada á nadie liberal rehúsa,
 Siga las huellas de la hambrienta Musa.

Ya solo espero de tu cuerdo labio
 Saber qué oficio me dará mas oro:
 ¿Tal vez quisieras, persuasivo Fabio,
 Que, mono en gestos y en la charla loró,
 Y mas que en leyes en engaños sabio,
 Lumbrera fuese del pernoso foro?
 ¿O verme escriba tu amistad quisiera,
 Que al abogado en honradez supera?
 ¿O que acreciente el número prefieres
 De aquellos que con sed, que el oro aumenta,
 Son viles insaciables mercaderes
 De la que no es justicia sino venta?
 ¿O el cuerpo que entre bailes y placeres
 Nuestra patria en Europa representa,
 Y á quien la patria, liberal y noble,
 Los años de servicio cuenta al doble?
 ¿O qué me aliste en el logrero bando
 Que se enriquece en término de un día,
 Inicuos pactos del traidor comprando
 Á quien la patria sus destinos fia?
 ¿O qué, vendida al poderoso mando,
 De toda ley la violacion impia
 Mi voz defienda, armada de sofismas,
 En el santuario de las Leyes mismas?

¿O puede mas aplauso merecete
 El que, la espada manejando fiera,
 Su oficio usurpe á la enemiga Muerte;
 Cual si dolencias y vejez no hubiera;
 Y que en los pechos la sepulte fuerte;
 No de la gente pérfida extranjera
 Que nos insulta, mas de gente hermana
 Que ciega arrastra la ambicion tirana?

No soy, es cierto, un Cid: mas el denuedo
 No es lo que hoy mas al militar decora,
 Y así en el riesgo del combate, el miedo
 Alas presta á su planta voladora;
 O ántes se pasa con feliz enredo
 Á la parte que espera vencedora,
 Y, de su infamia sin cesar premiado,
 Gana á cada traicion un nuevo grado.

¿O me aconsejas que con vida ociosa
 La fácil senda y el ejemplo elija
 Del vil que medra con su bella esposa
 En quien un grande sus antojos fija?
 Mas, si no es la mujer jóven ni hermosa;
 Las gracias suplen de la vírgen hija,
 Para grangearle, á costa de su afrenta,
 Ocioso oficio de cuantiosa renta.

¿O habré de consagrarme al sacerdocio,
 Y, con la carne á tentaciones blanda,
 Seguir por profesion y por negocio
 Lo que celeste vocacion demanda?
 Y el que debiera ser del ángel socio
 Su alma al Infierno y las ajenas manda;
 Y, diverso en la calle y en el templo,
 Destruye su enseñanza con su ejemplo.

¿O verme acaso desearás al lado
 De circundada sobremesa verde,
 Donde, á las vueltas del ebúrneo dado,
 El dinero es lo ménos que se pierde;
 Y allí el alba me encuentre enajenado,
 Sin que mi esposa ni mi hogar recuerde,
 Y esponga al turbio mar de la Fortuna
 De mi hijo tierno la inocente cuna?

¿Perder dije? nó: pierde solamente
 Quien á la ciega suerte se encomienda;
 No quien evita con temor prudente
 Posibles riesgos de una igual contienda:
 Ya la moderna jugadora gente
 A la Fortuna le quitó su venda
 Que, comprada y parcial, concede solo
 Ayuda y triunfo al avisado Dolo.

Verme anhelaras, á mi bien propicio,
 Agiotista, logrero, juez, soldado,
 Alcalde, jugador, ó en otro oficio
 De provecho á mí propio y al estado:
 Que no hay infame degradante vicio
 En este mi pais afortunado,
 Ni grangeria repugnante y fea
 Que honrosa y útil profesion no sea.

Lícito es ser entre nosotros todo,
 Con tal, se entiende, de ganar dinero:
 ¿Qué importa en suma de ganarlo el modo?
 Tenerlo ha sido siempre lo primero:
 Sé vil traidor que pacte con el godó,
 Sé verdugo, sé espia, sé tercero:
 Oficio éste será que hartó te rente,
 Si lo eres de un ministro ó presidente.

La misma hoy despreciada poesía,
 Si al fin llegara á dar dinero, luego
 Estimada de todos se vería,
 Tanto quizá como la usura y juego:
 Mas, como no dió nada hasta este día
 Y aun vive pura de lisonja y ruego,
 Estima en vano ó proteccion espera,
 Y ella sola, entre tantas, no es carrera.

No es carrera, es verdad; pues no interpreta
 De digno modo el nombre rehusado
 El santo ministerio del poeta
 Y su augusto glorioso apostolado:
 De lo futuro indagador profeta,
 Y fiel conservador de lo pasado,
 Á la Inocencia y la Virtud que jimen
 Alza, y fulmina al exultante Crimen.

No por el brillo de metal mezquino,
 Mas por la gloria sin cesar se afana,
 Eterna gloria de fulgor divino,
 No la presente pasajera y vana:
 Y cumple el inspirado su destino,
 Sin que le asombre ingratitud humana,
 Ni la inouria le arredre ni el desprecio
 Del torpe vulgo ni del rico necio.

Y crean vulgo y rico envanecido,
 Y tú con ellos en buena hora creas
 Que es cosa sin sustancia ni sentido
 El arte creador de las Pimpleas;
 Papel los libros y los versos ruido,
 Y frases y palabras las ideas,
 Siendo el oro á vuestra ávida ignorancia.
 Lo solo, oh Fabio, donde hallais sustancia.

1864.

Á LA SEÑORITA JUSTA GARCIA ROBLEDO,

EN RESPUESTA Á UNA COMPOSICION RELIGIOSA.

Tu dulce voz, oh Justa, me convida
 Á levantar los ojos de la mente
 Á la segunda perdurable vida,
 Aspirando á ese gozo permanente
 Que no cansa jamas, ni mezcla alguna
 De dolor ó de mal en sí consiente.

¡Ay! desde que la páfida fortuna
 En flor cortó las ilusiones mias,
 Y la esperiencia me dejó importuna;
 Desde que vivo tan amargos dias,
 Hacer debí lo que hora me persuades
 En los hermosos versos que me envias.

Quien del mundo probó las vanidades,
 ¿Cómo un punto es posible que difiera
 El abrazar del cielo las verdades?

El que del vano mundo áun algo espera
Y, en mentidos placeres engañado,
Su vanidad áun no conoce entera,

Disculpa ése merece en algun grado,
Pues al ménos el triste vive ciego:
¡Cuánto es peor mi miserable estado!

Yo ni del mundo soy, ni á Dios me entrego;
Y, aunque el mundo me inspira un hondo hastio,
El alma no me abrasa santo fuego:

¡Ah! ¡qué nuevo infortunio es este mio,
Que, tantos años ha, vivo suspenso
Entre cielos y tierra, en el vacio!

¿Qué aguarda mi delirio, ó en qué pienso?
¿Siempre habré de agitarme irresoluto?
¿Cuándo por fin me acojo á un Dios inmenso?

¡Si de tus persuasiones fuese fruto,
Oh noble Justa, el acabar conmigo
El que siga lo eterno y lo absoluto!

¡Si al alma enferma de tu triste amigo,
Turbio océano que jamás reposa,
Cáos que lucha sin cesar consigo,

De tu alma dieras la quietud dichosa,
Que el cielo desde el mundo te adelanta,
Sin que la ofenda ni la turbe cosa!

Fervientes preces al Señor levanta,
Por que del borde del abismo ardiente
Pio retire mi indecisa planta.

Rompe ¡oh mi Dios! esta rebelde frente,
Y estos mis ojos áridos convierte
En arroyos de llanto penitente.

Tal vez me acecha la traidora muerte,
Y esgrime ya la inevitable espada:
¡Perdido soy sin tu socorro fuerte!

Si fué mi juventud tan mancillada,
Sea esta edad, acaso la postrera,
Por tu inmensa piedad purificada,
Y con la muerte de los justos muera.

1864.

AL SOL.

Salve sin fin, oh tú de los planetas
Fúlgido diademado emperador,
Que á jirar obedientes los sujetas
De tu radiante trono en derredor.

Y á Júpiter, Saturno, Vénus, Marte,
Y á los demas que encadenó tu lei
Vida y luz tu largueza les reparte,
Cual á su corte poderoso rei.

Y vasallos los rápidos cometas
De tu dominio dilatado son,
Y en elípticas órbitas inquietas
Obedecen tambien á tu atraccion.

Y solo do se cansa la carrera
Del que de ti mas huye, allí el postrer
Límite se alza y última frontera
De tu sublime imperio y tu poder.

Con noble orgullo y con mirar ufano,
De tus regios estados en mitad,
Desde un confin á otro confin lejano
Abarcas su encendida vastedad.

No empero gozas inmortal reposo ;
El movimiento te abarcó tambien,
Y en torno á tu eje tu jirar radioso
Los claros ojos de la Ciencia ven.

Y con los astros todos que presides,
Te ven, del éter vasto por el mar,
Á las estrellas del remoto Alcides,
Como celeste flota, navegar. *

¡Cuántas centurias de centurias, díme,
Serán á tu alto vuelo menéster
Para que acabes viaje tan sublime,
Y logres tanta inmensidad vencer!

* Sabido es que, además de su movimiento de rotacion, tiene el Sol el de translacion, con todo el sistema planetario, hácia la constelacion de Hércules ó Alcides.

Al columbrar de siglos el abismo
Que en tan luenga jornada medirás,
El Cálculo desmaya, y el Guarismo
Con espantado pié se vuelve atras.

Dí, ¿qué destino á ese celeste puerto,
Qué misteriosa ley vas á cumplir?
Sábelo Aquel que rije el gran concierto,
Y para quien ya fué lo porvenir!

Aquel que en tí velada nos envía
Su luz, cuando circundas á tu faz
La corona imperial del Mediodía
Que vence y ciega la pupila audaz.

Quien mira el rayo de tu lumbre viva
Las negras sombras de la noche ve:
Así no mira la Razon altiva
Al Dios que adora la vendada Fe.

Te viste ardiente impenetrable velo
El brillo de tu faz deslumbrador,
Como hace á Dios para el humano anhelo
Invisible su propio resplandor.

Y aunque á Dios no comprenden nuestras mentes,
Todo por él comprenden, bien así
Como á ti mismo ver no nos consientes,
Mas nada ver pudiéramos sin tí.

Alzo á vosotros reverentes palmas,
Atónito y postrado ante los dos:
Él, sol maravilloso de las almas,
Tú, de los cuerpos refulgente dios.

Mas morir te contempla cada tarde,
Y, si hoy renaces, feneciste ayer,
Cuando él con rayos siempre iguales arde,
Y ni un dia le mira anocheecer.

Cien manchas en tu faz á Galileo
Mostró el osado astrónomo cristal,
Y fuera imaginarlas devaneo
En el glorioso Sol espiritual.

Y, si á los ojos débiles mortales
Por tí vencidas con exceso son
Las nocturnas lumbresas celestiales,
Es tu triunfo vanísima ilusion!

Débil pupila, vasta lejanía
Convierten en la azul inmensidad
Estrella que ó te vence ó desafia
En punto de dudosa claridad.

Innumerables venturosos soles
Son, que brillan con propio resplandor,
Y de cien globos las opacas moles
Les son cortejo, como á ti, de honor.

Quizá planeta de mayor sistema
Los altos ojos del querub te ven,
Y eres diamante de la gran diadema
Que de mas claro Sol orna la sien.

Y en sistema mas vasto, ni siquiera
Planeta, mas satélite serás;
Y, siendo ya planeta el que sol era,
Te vas oscureciendo más y más.

Por ley quizá que el universo ordena,
Es cada gran sistema un eslabon
De una sola vastísima cadena
Que envuelve la insondable creacion.

Y en tan sublime aterrador conjunto
Que da á la humana mente frenesí,
Te quedas breve luminoso punto,
Tú á quien ántes tan grande concebí.

Pero el monarca y creador del mundo,
De quien eres imájen tan infiel,
Ni igual conoce ni tendrá segundo,
Y es vana sombra el universo ante él.

Y tú, y cuanto divisa la mirada
O alcanza nuestra mente á imaginar
En los abismos de su seno nada,
Como nada del éter en el mar.

En vano por edades infinitas,
Sin que faltaras una sola vez,
En la infancia del dia resucitas
Y renaces del año en la niñez.

Al fin vendrá la noche postrimera
Que no siga del alba el arrebol,
Y el invierno vendrá sin primavera
En que por siempre morirás, oh Sol.

De los orbes la inmensa arquitectura
 En tu eterna rüina arrastrarás:
 Mas no á Aquel de quien eres sombra oscura
 Morir verá la Eternidad jamas.

1864.

LA CAMPIÑA DE HUACHO.

Aura de estas campiñas fresca y pura,
 Como en las hojas de árboles y plantas
 Que con tu soplo inclinas y levantas,
 Tal en mi canto imitador murmura ;
 Ven, y en torno suspira

De las trémulas cuerdas de mi lira.

Y tú, arroyuelo transparente y terso,
 Cuya linfa se tarda serpeando,
 Tu lento curso y tu murmurio blando
 Remede el murmurante tardo verso ;
 Y, fiel imájen tuya,
 Diáfano, perezoso, libre fluya.

¡ Amadoras felices é inconstantes
 De las pintadas flores olorosas :
 Rojas, blancas, doradas mariposas,
 De flor en flor eternamente errantes,
 Que, en vistosos colores,
 Sois joyas vivas ó volantes flores !

¡ Rebaño que ya paces, ya retozas !
 ¡ Oh largas, verdes, rumorosas calles
 De ventilados sauces ! ¡ hondos valles !
 ¡ Rústicas casas y pajizas chozas,
 Que el amarillo techo

Modestas asomais de trecho en trecho !

¡ Larga hilera de huertos que al sendero
 Frutas y flores sobre el muro asomas !
 ¡ Oh de ocultas blandísimas palómas
 Ronco arrullo amoroso y plañidero,
 Y ladridos leales
 Del vijilante can á los umbrales !

¡Azules mares! ¡encendidos montes
 Del alba y del ocaso á los reflejos!
 ¡Confusas perspectivas, vagos léjos,
 Ultimos infinitos horizontes,
 Límite á la mirada,
 Mas no á la mente que os traspasa osada!

¡Dias alegres, puros, libres, claros,
 Serenas tardes, fúlgidas auroras!
 ¡Oh deleitables, bien perdidas horas!
 En mis versos venid á retrataros,
 Como en un fiel espejo,
 Miéntras que abunden fáciles los dejo.

¡Campos de Huacho hermosos! ¡oh Luriana!
 En tus prados y huertos y alamedas
 El paraiso terrenal remedas
 Que eterna Primavera habita y ama,
 Y donde nunca pierde
 Una flor sola su guirnalda verde.

Tú entre los valles todos que, cual breves
 Y verdes manchas salpicados muestra
 La aridez vasta de la costa nuestra,
 Justo será que la corona llesves,
 Ni ví extranjero valle
 Que tu rival en mis recuerdos halle.

Tú el laso cuerpo alientas, tú recreas
 Y sosiegas este ánimo aflijido,
 Cansado del tumulto y del rüido
 De las grandes Babeles europeas,
 Y que busca anheloso
 La sombra del olvido y del reposo.

Calmarse siento en ti de dia en dia
 El antiguo dolor con que batallo;
 Y al oprimir el lomo del caballo
 Que por el prado ó la floresta umbria
 Me conduce al acaso,
 En la alba pura ó el incierto ocaso;

Al leve soplo del delgado viento,
 Al son de aguas y de árboles mecidos,
 Poco á poco por todos los sentidos
 Lánguidamente penétrarmé siento

De una dichosa calma
 Que me llega hasta lo íntimo del alma.
 Y de jemir y de agitarme ceso,
 Y un instante infeliz no soy siquiera,
 Y parece que casi no sintiera
 De la existencia el doloroso peso:
 ¡Quién pasar escondida
 Pudiera aquí la solitaria vida!

1864.

ADIOS.

A***

¿Por qué, por qué te conocí tan tarde?
 ¿Por qué, si ya no puedes ser tú mía,
 Sentí, al verte, tan honda simpatía,
 Y la lengua, al hablar, tembló cobarde?
 Adios, adios: no será bien que aguarde
 Que crezca junto á ti de día en día
 El crudo fuego que, si ayer nacía,
 Hoy ya con llamas tan intensas arde.
 Adios, que amarte yo fuera delito,
 Y de tu gran belleza seductora
 El fiero riesgo con la ausencia evito:
 Que un recuerdo le des tan solo implora
 El que de ti purísimo y bendito
 Eternamente lo tendrá, Señora.

1864.

LA POESIA Y EL POETA.

Á MI QUERIDO AMIGO FEDERICO PARRA.

No mayor dignidad le cabe al hombre
Que el alto sacerdocio del poeta,
Ni hay grandeza que al mundo mas asombre
Ni á quien mas gloria el porvenir prometa:
Mas no merece tan augusto nombre
Quien solo á rima y número sujeta
Vanas frases que halagan el oido,
Mas desnudas de espíritu y sentido.

Nó, no es del vate el inspirado acento
Vago murmurio que fugaz recrea,
Como el que dan los árboles al viento
Que con su blando soplo los menea;
Infunde siempre un noble sentimiento,
Enseña siempre una sublime idea,
Y el alto nombre de poeta miente
Quien no enriquece corazon y mente.

¡Oh chusma que, importuna y vocinglera,
Oprobio siempre y deshonor has sido
De la prole de Apolo verdadera,
Usurpando el clarísimo apellido:
Sal del santuario venerando fuera
Do vano suena de tu voz el ruido,
Y en él de ja que libre se dilate
El conceptuoso cántico del vate.

¿Quién mejor con tal canto no se siente
Y enamorado de lo grande y bueno?
¿Quién no desprende corazon y mente
De lo caduco, frágil y terreno?
¿Qué frio corazon tan indolente
Habrà, y al entusiasmo tan ageno,
Á quien propio sentir no enseñe cuánto
Puede en las almas la virtud del canto?

¿Qué alma tan pusilánime y cobarde,
 Al escuchar los himnos de Tirteo,
 No se siente mayor, é indócil arde
 De morir por la patria en el deseo?
 Si hago, al leerlos, de valor alarde
 Y si los riesgos de la lid no veo,
 Aún hoy que tanta edad de ellos me aparta,
 ¡Cuál inflamaron la triunfante Esparta!

Cuál fué del vate el ministerio, dílo.
 Dílo tú, culta y elegante Atenas,
 Que temblabas de Sófocles y Esquilo
 En las terribles trágicas escenas:
 Aún hoy las almas, do durmió tranquilo
 El crimen, de terror despiertan llenas,
 La pena al ver con que la suma diestra
 Hiere á Edipo y nefanda Clitemnestra.

Bien cumpliste tan santo ministerio,
 Tú que de los misérrimos precitos
 Nos descubres el lóbrego misterio,
 Y eco nos traes de sus roncós gritos;
 Tú que retratas en el negro Imperio
 De Italia las discordias y delitos,
 Y aún de los vivos á tan fieras penas
 Los traidores espíritus condenas.

Visitas luego el temporal infierno,
 De donde no está ausente la esperanza,
 Y, guía hallando mas amado y tierno,
 Tras él tu vuelo rápido se lanza
 Á la morada del reposo eterno
 Y de la sempiterna bienandanza;
 Y, si la patria te cerró sus puertas,
 Ves las del cielo en su lugar abiertas.

Tu gran virtud y firme resistencia
 Del llamado extranjero á la venida
 Las causas son, que el mundo reverencia,
 De aquel destierro en que acabó tu vida;
 Pues, aunque al cabo te brindó Florencia
 Su materna mansion apetecida,
 Desdeñó tanta dicha tu entereza
 Á precio conseguir de una baja.

Que no envilece el pan de los destierros
 Al adalid de la Justicia santa,
 Ni le amedrentan lóbregos encierros,
 Ni el sangriento patíbulo le espanta;
 Al ronco son de eslabonados hierros,
 La dulce libertad celebra y canta,
 Y clamar «libertad» escucha el mundo
 Á su trémulo lábio moribundo.

No siempre habita el vate en el santuario,
 Que, de los malos y del mal azote,
 En campos lidia, y del feroz contrario
 Legiones postra de su lanza al bote;
 Como la edad pasada vió al Templario
 Ser á un tiempo guerrero y sacerdote,
 La poesia, si su ser no vicia,
 Es siempre sacerdocio y es milicia.

Mas, aunque su alto ministerio es doble,
 Y vibra á veces armas homicidas,
 Al pecho pio, generoso y noble
 Es mas grato que abrir cerrar heridas;
 Si derriba tal vez jigante roble,
 Mas veces alza plantas abatidas,
 Y de la dura tempestad preserva
 La caña débil y la humilde yerba.

Sublime celestial consoladora,
 De mil secretos poseedora maga,
 El llanto enjuga del que á solas llora
 Y desencona la mas viva llaga;
 Al que un recuerdo perennal devora
 Con el licor de olvido ella embriaga,
 Y es la celeste solitaria amiga
 De aquel que nada á la existencia liga.

Sí, quiso Dios que de la humana gente
 Fuese el poeta corazon gigante,
 Comun conciencia, labio y voz viviente,
 Que, como Homero, Shakespeare y Dante,
 Cuanto piensa el mortal y cuanto siente
 En el idioma de los Dioses cante;
 Idioma que artificio no remeda,
 Y el vulgo entiende sin que hablarle pueda.

No estudio enseña, ni tenaz desvelo
 O de arte vanas leyes al profano
 El dulce idioma que aprendió en el cielo
 El vate, de los ángeles hermano:
 De mil y mil el temerario anhelo
 Tenaz demanda, pero siempre en vano,
 Una mirada plácida y risueña
 Del inflexible Dios que los desdenea.

Con mano caprichosa cuanto avara,
 Entre los hombres ese dios reparte
 La facultad maravillosa y rara
 Que es del canto inmortal la mayor parte:
 Mas quiso que prudente sujetara
 Al alado corcel freno del arte,
 Cuando mas raudó é impetuoso vuela,
 Del Númen acosado por la espuela.

Ufano el vate y á los cielos grato
 De cuanto al cielo y á sí mismo debe
 En el arte adquirido y estro innato,
 No vive solo en esta vida breve:
 Mira agitarse en vértigo insensato,
 Para morir como olvidada plebe,
 Para pasar cual fugitiva sombra,
 Esos que grandes el engaño nombra.

Tú á quien la sangre ensalza ó el dinero,
 Y á quien un bien no tuyo el pecho ufana,
 Depon el ceño, en vano tan severo,
 Y tu ufania y tu soberbia insana;
 Que de todo ese brillo pasajero
 Ni aún el recuerdo quedará mañana,
 Cuando del que hoy desdenea tu altiveza
 Segunda vida en el sepulcro empieza.

Y tú, monarca altivo, en cuyas sienas
 El oro en ricos lazos se eslabona,
 Breve y tasada la existencia tienes;
 No salva del olvido la corona:
 No envidia el vate tus mentidos bienes,
 Y tu frágil diadema no ambiciona,
 Cuerdo juzgando por mayor decoro
 De laurel la corona que la de oro.

Vanamente en los términos estrechos
 Del sepulcro se encierra la ceniza
 De aquel que cria á sus fecundos pechos
 La inspiradora celestial Nodriz:
 Mas no á sí solo, que los altos hechos
 Canta de los demas é inmortaliza;
 Y eterna vida, como el vate, alcanza
 Quien merece del vate la alabanza.

Que al fatídico labio del poeta
 La pregonera Fama da que aliente
 Su resonante mágica trompeta,
 Que á otros ningunos embocar consiente;
 Su voz el Tiempo vencedor respeta,
 Y á mil voces y mil irreverente,
 Hace que al fondo del olvido bajen,
 Y las desnuda de sonante imájen.

La voz del vate solitaria suena
 En los silencios de la edad remota;
 Ninguna edad es al poeta agena,
 Y es de todos los pueblos compatriota;
 Sin él de humanidad la gran cadena
 Fuera por siglos ó distancias rota;
 Él un clima á otro clima, raza á raza
 Y á lo pasado lo futuro enlaza.

Es el Olvido un silencioso, oscuro,
 Soñoliento, vastísimo océano,
 Donde naufragan por destino duro
 Las muchedumbres del linaje humano:
 Tan solo el vate en su bajel seguro
 Alarga á pocos salvadora mano,
 Y los lleva por piélago tan muerto
 De eterna Gloria al refulgente puerto.

¿Quién, sino fuera por la eterna Iliada,
 Supiera el nombre del airado Aquiles?
 Bajado hubiera al seno de la nada,
 Como la turba de guerreros viles;
 Mas la meonia trompa, no su espada,
 Le hace vivir innúmeros abriles,
 Y que le envidie el Macedonio fiero,
 Ansiando á sus hazañas otro Homero.

Hundida en vano en la profunda huesa
 Por la diestra infalible de la Parca,
 Eterna vive la beldad francesa
 En los cantos divinos del Petrarca:
 Su dulce nombre de sonar no cesa
 Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca,
 Que, flor de una mañana, la hermosura
 Solo en los cantos del poeta dura.

Mas ¡ay! ingrato mundo, tú no sabes
 Con cuán profundas penas y crüeles,
 Y desengaños é infortunios graves
 Compra el noble poeta sus laureles:
 Para que tú le admires y le alabes
 Su labio apura del dolor las hieles,
 Y las que te deleitan dulces notas,
 Pedazos son de sus entrañas rotas.

La aleve Envidia, la Calumnia artera,
 El velar noche y día en el volúmen
 Donde vivir, tras de su muerte, espera,
 La inaccesible perfeccion, del númen
 La abrasadora inextinguible hoguera,
 Al poeta fatigan y consumen;
 Y el furor sacro que jamas se calma
 Le enferma el cuerpo y le devora el alma.

Nuevas penas padece en cada hora,
 Que exeden toda humana recompensa,
 Aquella alma *sensible y pensadora*,
 Que ya *padece*, cuando *siente ó piensa*:
 A la nocturna antorcha brilladora,
 Que con la clara luz que nos dispensa
 Va lenta consumiéndose á sí propia,
 El noble vate en su destino copia.

Y á males tantos su desdicha agrega
 Ver que rehusa á su inspirada frente
 Tal vez la patria idolatrada y ciega
 El premiadador laurel resplandeciente:
 Mas tu recuerdo su dolor sosiega,
 Futura edad, siempre á su fé presente,
 Que la injusticia de esta edad reparas,
 Y al Genio exiges inmortales aras!

AL RÍMAC.

(EN LA NOCHE DE UN DÍA DE REGOCIJO.)

I.

En muda calma la ciudad reposa:
 Y yo, de codos en tu vasto puente,
 Miro brillar tu rápida corriente,
 Que al mar se precipita bulliciosa.

Hoy del placer la taza deleitosa
 Bebió de Lima la festiva gente,
 Y yo la del dolor, que eternamente
 De hiel amarga para mí rebosa.

Y ahora, Rímac, tu raudal sonoro
 Su sueño arrulla bajo puro cielo,
 Azul dosel con lentejuelas de oro:

Y yo tan solo, con perenne duelo,
 De la ciudad en la alegría lloro,
 De la ciudad en el reposo velo!

II.

¡Cuánto crecieron con el llanto mio
 Arno y Bétis y Támesis y Sena,
 Testigos todos de mi larga pena
 Y de mi insano amor y desvario!

Y hoy tambien á tus ondas, patrio rio,
 Mezclan mis ojos su encendida vena;
 Que en la tierra natal como en la agena,
 Tenaz me sigue mi recuerdo impio.

Y en vano busco junto á ti reposo,
 Y el alivio del mal que me atormenta
 Al refrigerio de tus ondas pido:

Ah! solo del Leteo silencioso
 Beber puedo en el agua soñolienta
 La paz profunda del eterno olvido.

CANTO GUERRERO.

(ESCRITO AL RECIBIRSE EN LIMA LA NOTICIA DE LA
TOMA DE LAS ISLAS DE CHINCHA.)

¿Y es verdad? ¿y es verdad? ¿no nos engaña
De alada fama la improvisa voz?
¿Pudo la flota de la aleve España
Consumar atentado tan atroz?

La accion..... nombre merece de española;
Solo España de tanto fué capaz,
Y es digno á la verdad de España sola
'Traer la guerra, simulando paz.

Esa nacion que de la tierra entera
Era la mofa y el escarnio ayer,
Sin solo un rayo de su luz primera,
Ni sombra ya de su fatal poder;

Hoy que despierta de su sueño apénas,
Y de su larga y honda postracion,
¡Loca intenta poner nuevas cadenas
Á los que libres para siempre son!

Un instante lijero de bonanza
La engrie y desvanece, y ya se ve,
De América señora en esperanza,
Hollar su cuello con soberbio pié!

¿Mas no recuerda ya el orgullo iberio
Los campos de Ayacucho y de Junin?
¿No sabe acaso que su odiado imperio
En ellos tuvo para siempre fin?

Pues, si pudo ponerlos en olvido,
Habrá de probar pronto su altivez
Que, si los hemos una vez vencido,
Los venceremos por segunda vez.

Que ántes el mar se secará, y primero
Dejará de verter su luz el sol,
Que doblemos la frente al extranjero,
Que de nuevo el Perú sea español.

Doble hoy la afrenta y el baldon sería
 Y doble el yugo de lo que ántes fué:
 Primero que ser sierva, patria mia,
 Sangrienta tumba de tus hijos sé.

Y Chile y Venezuela, toda América
 Jure, de Patagonia á Panamá,
 Que ántes que vuelva á la coyunda ibérica,
 De sus hijos tambien tumba será.

Al mas cobarde volverá arrojado
 Del patriotismo el sacrosanto ardor,
 Y de cada peruano hará un soldado,
 De la patria indomable defensor.

Y los magnates y el plebeyo, el blanco
 Y al que la noche de ébano la tez
 Tiñe, y el amarillo hijo de Manco
 Volarán á lograr la marcial prez.

Y á porfia tambien el sexo hermoso
 Muestras dará de esfuerzo y de valor:
 Y tú, peruana esposa, al caro esposo
 Le dirás: «vuelve muerto ó vencedor.»

Y tú á la lid sangrienta, oh madre fuerte,
 Todos tus dulces hijos enviarás,
 Y, si á todos les cabe honrosa muerte,
 Solo lamentarás no tener más.

Y tú, doncella, al jóven que te adora:
 «Ofrezco, díle, á tu amorosa fé
 Que tu sangrienta mano vencedora
 Ufana con mi diestra premiaré.»

Jamas, jamas, oh patria idolatrada,
 Tanto sintió mi corazon cual hoy
 Ver que no puedo en tu provecho nada,
 Y que el postrero de tus hijos soy!

Pero no, que esgrimir al ménos puedo
 Las armas que mi diestra nunca usó,
 Y, volando al combate con denuedo,
 Morir tambien en tu defensa yo!

Oh en Junin y Ayacucho vencedores,
 Que á tan gloriosa edad sobrevivís,
 ¿Sufrireis que tan duros opresores
 Dominen otra vez vuestro país?

¿Y podreis consentir que vano sea
 Tanto esfuerzo sublime, tanto afán?
 ¿Tanta sangre vertida en la pelea,
 Tan heróico valor, vanos serán?

Esos los mismos son que vuestra espada
 Ahuyentó en la batalla veces cien;
 Hiérvaos la sangre por la edad helada,
 Y ciñan nuevos láuros vuestra sien.

¡Ah! sí, volemós al combate todos,
 Juntos volemós como un solo ser:
 ¡Guerra, guerra sin fin! mueran los godos:
 Que á la tierra del Sol quieren volver!

¿Y hablar osáis, piratas, de justicia,
 De derecho y razon? rubor tened:
 Vuestra razon es ávida codicia,
 Y de oro ardiente é insaciable sed.

Todo, todo á la tierra patentiza
 Que nietos sois y digna sucesion.
 De la hambrienta canalla advenediza
 Que conquistó esta mísera region:

De esos que son espanto de la historia,
 En quienes el valor codicia fué,
 Y fué codicia el ánsia de la gloria
 Y el decantado zelo por la fé.

Si ardeis en ánsias de guerrera fama,
 Y quereis fuerza y brios desplegar,
 Una alta empresa en vuestro suelo os llama:
 Recobrad el peñon de Gibraltar.

Sí, que ese puerto que en hispana orilla
 Ostenta al mundo pabellon ingles,
 De España los blasones amancilla,
 Y opróbio y mengua de sus hijos es.

Ésa la hazaña, la alta gloria es ésa
 Que otro noble valor pudo tentar;
 Mas de vosotros es mas digna empresa
 Indefensos tesoros usurpar!

¡Ah! no esperéis que quede sin castigo
 Ofensa tan vandálica y feroz:
 Ya con la vista vuestra armada sigo
 Que, vencida y deshecha, huye veloz.

Marina del Perú, la lid te espera
 Mas noble y santa que aceptó el deber:
 ¡Dichosa tú, pues eres la primera
 Que vas la dulce patria á defender!
 Y tú que á nuestros pueblos hoy presides,
 Y de la patria riges el timon,
 Tú que triunfaste en las gloriosas lides
 Por las que es libre el mundo de Colon,
 No así el combate vengador retardes:
 Mira que te contempla el porvenir,
 Y que, tras tanto ultraje, es de cobardes
 La sangrienta venganza diferir.
 Á combatir, á triunfar nos lleva:
 Empiece ya el cañon á retumbar;
 Es tiempo, es tiempo que á torrentes beba
 Hispana sangre nuestro airado mar.

16 de Abril de 1864.

Á LOS MARINOS DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

¡Oh de tanta maldad ejecutores!
 Decid, ¿cómo pudisteis, con qué pecho,
 Exeder los escándalos mayores
 Con la horrible perfidia de tal hecho?
 Como á extranjeros no, mas como á hermanos
 Os recibieron las orillas nuestras,
 Y á las alevés españolas manos
 Francas se unieron las peruanas diestras.
 Todos nuestros domésticos hogares
 Os dieron fácil generosa entrada,
 Y en los largos coloquios familiares
 Os miró tomar parte la velada.
 Y os oyó en nuestras mesas la confianza,
 Ledos alzando la espumante copa,
 Brindar por la amistad y por la alianza
 Eternas entre América y Europa.

¡Cuántas veces, ingratos, acordaos,
 En ágil danza y ruedas cadenciosas
 Os vieron los espléndidos saraos
 Guiar á nuestras vírgenes hermosas!

Con dulce agrado y amistad sincera
 Os halagamos todos á porfia,
 Y fuisteis recibiendo por do quiera
 Muestras de la peruana cortesía.

Y bien pudisteis conocer, al veros
 Agasajados por tan varios modos.
 Que aquí no hay naturales y extranjeros,
 É hijos de igual cariño somos todos.

¿Quién disimulo tal recelaría?
 En paseos, en bailes, en festines
 Vuestra tenaz profunda hipocresía
 Supo ocultar vuestros intentos ruines.

Y aún nos decían vuestros falsos labios:
 «Dejad, hermanos, vuestra injusta idea,
 «Y no de España receleis agravios,
 «Que con vosotros amistad desea.

«Sabed que como á niños os engaña
 «Quien á recelo y desconfianza os mueva:
 «Con armas conquistó la antigua España,
 «Pero con paz y con amor la nueva.

«¿Madre amante no son é ingrata hija
 «La peruana nacion y la española?
 «No ya á la madre odio filial aflija:
 «Tornen á ser una familia sola.»

Y, miéntras el Perú confiado duerme,
 Vosotros visitais naves y puertos,
 Y, contemplando á nuestra patria inerme,
 Os alegráis, de vuestro triunfo ciertos.

Todo fué en obra por vosotros puesto;
 Y para recorrer sierra y montaña,
 Os sirvió hasta la ciencia de pretesto,
 Cual si de ciencias se curara España.

Y así, cuando de tanta alevosía
 Llegó la rauda nueva á nuestro oído,
 Ninguno darle crédito quería,
 Y el hecho torpe reputó fingido.

Mas, ¿quién, en pago de amistad tan viva
Temer pudiera tan cobarde insulto?

¿Ni quién de paz bajo la sacra oliva
El hierro aleve recelara oculto?

¡Oh tú, Pinzon! tú que con lengua ufana
De descender te jactas del marino
Que tu nombre llevaba, y que en insana
Envidia ardia de Colon divino:

De aquel que, con sus pérfidos hermanos,
Participando del rabioso susto

De los desalentados castellanos,
Capitanearon su motín injusto,

Cuando la armada vil marineria
Intimaba á Colon con ciega saña

Dejar al punto su gloriosa via,
Y raudas proras convertir á España:

De aquel que con su rauda caravela,
Se desertó por torpe sed del oro,

Que siempre es oro lo que España anhela
Poco el nombre cuidando y el decoro:

De aquel en fin que con audacia extraña,
Al nauta heroico reputando muerto,

Quiso apropiarse la sublime hazaña
De haber el Nuevo Mundo descubierto.

¡Y de la descendencia infamatoria
De este villano autor de alevosias,

Á quien consagra su desdeñada Historia,
Es de la que te precias y glorías!

Negarla con rubor ántes debieras:
Mas tus infames pérfidas acciones

Al mundo siempre pregonaran que eras
Del linaje traidor de los Pinzones!

Y tú tambien de quien decir mal puedo
Si eres mas necio y de ignorancia henchido

Que osado é insolente, oh Mazarredo,
Tambien es de traidores tu apellido.

En torpeza, y en bárbara osadia,
Pinzon y Mazarredo, sois iguales:

Bien os supo elejir quien os envia
Para ministros de proezas tales.

Y tú para quien nada es cuanto he dicho,
 Nada cuanto jamas decir pudiera,
 Tú el mas inundo y asqueroso bicho
 Que hasta hoy brotó la podredumbre iberá:

Tú que la torpe pluma y torpe lengua
 Siempre empleaste en alevosas tramas,
 Que áun de esa causa eres oprobio y mengua,
 Y áun á Pinzon y á Mazarredo infamas:

Tú, cuyo nombre, oh miserable, omito,
 Porque mi pluma en pestilente lodo
 No está empapada, y solo fuera escrito
 Dignamente tu nombre de tal modo:

Tú, aquí tan largos lustros tolerado,
 Tú, viva encarnacion de la insolencia,
 Mostrar pudiste hasta qué heroico grado
 Sube nuestra magnánima paciencia!

Crüel España, codiciosa, aleve,
 Que tan inicuos negros atentados
 Perpetras en el siglo diez y nueve,
 Y hechos que nunca vieron los pasados:

¡Ah! cuando pienso en tan injusta ofensa,
 Mi sangre toda en lava se convierte,
 Y, ardiendo el corazon en ira inmensa,
 Anhele sangre y esterminio y muerte!

Para cubrirte de ignominia suma,
 Y el furor derramar de que estoy lleno,
 Quisiera, España, humedecer la pluma
 En hiel, en vez de tinta, y en veneno!

Y pues nuevos delitos inventaste,
 Inventar nuevo idioma, nuevos nombres,
 Pues no hay ninguno que á espresarlos baste
 En los idiomas todos de los hombres!

Y que volara vengador mi canto,
 Y que volara incendiador mi verso
 De comarca en comarca, y el espanto
 Te hiciera, y el horror del universo.

22 de Abril de 1864.

CON MOTIVO

DE VAGOS RUMORES DE MEDIACION Y CONCIERTO.

Si pisoteada fué nuestra bandera
 Por alevosas plantas españolas,
 Y donde tremolaba, allí altanera
 Hoy tú, bandera de Isabel, tremolas;
 Si la insolencia de la escuadra ibera
 Surcando sigue nuestras libres olas,
 ¿Qué decir quiere ese rumor incierto
 Que habla de mediacion y de concierto?
 ¿Quién, cuando tan reciente está la ofensa,
 Y es tan notoria y cual ninguna grave,
 Quién en concierto, en mediacion quién piensa?
 Aquí concierto ó mediacion no cabe:
 ¿Quién, sintiéndose arder en ira inmensa,
 No aspira solamente á que se lave
 Con española sangre nuestra afrenta,
 Y sed no tiene de la lid sangrienta?
 Estos solos ser pueden los conciertos:
 Que á cuantos forman esa aleve armada,
 O nuestras balas los derriben muertos,
 O siegue sus gargantas nuestra espada;
 Y, hundiéndose despues en los abiertos
 Hondos abismos de la mar airada,
 Harten el hambre de voraces peces,
 Pagando así sus locas altiveces.
 Tal linaje de ofensa no consiente
 Sutil discurso, artificioso pliego,
 Ni nuestra justa cólera impaciente
 Que cruda guerra nos demanda, y luego;
 Hierro agudo, veloz plomo y ardiente,
 Abordaje, matanza, estrago, fuego,
 Y de sangre en el mar un lago rojo:
 Eso nos pide nuestro justo enojo.

¿Sufrirán por ventura los peruanos
 Que se diga que solo en civil guerra,
 En la lucha de hermanos con hermanos,
 Cuando hasta el triunfo deshonor encierra,
 Prontos acuden con armadas manos,
 Y que, en defensa de la patria tierra,
 Cuando la invade pérfido extranjero,
 Los riesgos huyen del combate fiero?

Si el Perú tal oprobio consintiera
 Y tan negro borron en su honra clara,
 Merecería que la tierra entera
 Como al pueblo mas vil le despreciara,
 Y á sus menguados hijos por do quiera
 Les escupieran todos á la cara;
 Y fuera entónces insultar á un hombre
 Darle siquiera de peruano el nombre.

27 de Abril de 1864.

AL PIÉ DEL MONUMENTO DE BOLÍVAR.

Era la hora solemne del ocaso:
 Y yo que el vagabundo paso lento
 Iba moviendo pensativo, acaso,
 Por donde un dia alzábase el sangriento
 Sagrado Tribunal, detuve el paso
 Al pié del magestuoso monumento
 Que alzó mi patria al héroe sin segundo
 Á quien debe ser libre medio mundo.

Y cuando los atentos ojos hube
 Pacido en él, clamé: «Si á la morada
 Que cubre á nuestra mente oscura nube,
 Y á premiar á los buenos destinada,
 Algun rumor, oh gran Bolívar, sube
 De nuestra triste tierra desdichada,
 ¿Será que á saña y á piedad no mueva
 Tu santo pecho la espantosa nueva?

«No, no, jamas! y, si á tu ardiente anhelo
Lo consintiera Dios, la dulce calma
Ya dejando y los júbilos del cielo,
Al cuerpo que animó volviera tu alma:
Y, habitando de nuevo nuestro suelo,
Lograras otra vez la triunfal palma,
Y á las hispanas huestes altaneras
Rompieras, dispersaras, deshicieras!

«Deja un instante el cielo soberano;
Un instante no más torna á ser hombre;
La espada vibre tu robusta mano,
Y tu presencia al enemigo asombre:
Mas no te aguardará su miedo insano;
Á dispersarlos bastará tu nombre,
Cual á palomas tímidas ahuyenta
El lejano rumor de la tormenta.

«Acude, vuela, que la gente misma
Que tú de aquí arrojaste quiere ahora,
Esperanzada en nuestro interno cisma,
Y ufana porque fácil vencedora
Fué en Tetuan de la bárbara Morisma,
De nuevo ser nuestra feroz señora,
Y apagar en nosotros la sed de oro
Que hartar no pudo en el vencido Moro.

«Vivo, Bolívar, tú, esa raza aleve,
Esa degenerada gente ibera,
De las naciones europeas plebe,
Que hoy osa pisotear nuestra bandera,
Que hoy nuestras islas á invadir se atreve,
Ni tan solo el intento concibiera,
Y apénas, separada por los mares,
Segura se creyera en sus hogares.

«Mas, aunque muerto, bastarán tus manes
Á darnos sobre España la victoria:
Pagará la insolente sus desmanes;
Nuevo laurel nos ceñirá la Gloria.
De Iberia los altivos capitanes
Aun conservan presente tu memoria,
Que valdrá por ejército infinito
Contra el hispano ejército maldito.

«Tu recuerdo para ellos será espanto:
Será para nosotros ardimiento,
Santo coraje y entusiasmo santo,
Gigantes fuerzas é invencible aliento;
Y tu nombre será bélico canto
Con que tronando nuestro libre acento
Canse los ecos y los aires rompa,
Al ronco son de la guerrera trompa.

«Todos presto venid; venid, peruanos,
Y al pié de este sublime monumento
Alzad las libres generosas manos,
Y haced el sacrosanto juramento
De que primero que sufrais tiranos
Caereis en el campo ciento á ciento,
Y que solo entrará gente española
Á vuestra tierra despoblada y sola.

«Con su heroica constancia no domada,
Y su ingenio y su esfuerzo sin segundo,
Sacar la patria nuestra de la nada
Pudo Bolívar, como Dios al mundo;
Cuando la Tirania entronizada
Aquí velaba con rencor profundo,
Cuando todo á su empresa estorbos era,
Y áun pudo al orbe parecer quimera.

«¿Y nosotros, menguados, ni siquiera
Podremos mantenerla independiente,
Y, á las miradas de la tierra entera,
Hoy defenderla de la misma gente?
¿Tanto ya nuestro brio degenera?
¿Y podrá la mitad de un continente
Sufrir la mengua de arrastrar esclava
Las cadenas que ayer despedazaba?

«No: la obra de tu mente y de tu espada,
Obra la mas sublime y gigantea
Que vió esta edad, de admiracion pasmada,
Jamás receles que perdida sea:
Que, aunque América estaba desarmada,
Nunca le faltan medios de pelea
Á quien valor y patriotismo sobra:
Héroe, no temas: es eterna tu obra.

«Sí, será eterna, mientras troncos haya
 En la honda selva y flores en el llano;
 Mientras al mar el Amazonas vaya
 Desde el remoto oríjen peruviano;
 Mientras do quier de América la playa
 Cifia, cual isla inmensa, el océano;
 Mientras su frente el Chimbórazo eleve
 Coronada de fuegos y de nieve.

«Vacía su region y despoblada
 Deje España, de Gádes á Pirene;
 Y en portentosa formidable armada,
 En cuya cuenta la paciencia pene,
 Á las peruanas costas trasladada,
 De feroces ejércitos las llene,
 É intente y pruebe por la vez segunda
 Imponernos su bárbara coyunda:

«No habrá peruano que los riesgos huya
 De la tremenda desigual palestra,
 Aunque en mares de gente España afluya,
 De su poder en asombrosa muestra;
 Á ver vendrá que, si la fuerza es suya,
 Nuestro el valor y la constancia es nuestra;
 Y buscar nos verá con pecho fuerte
 Romano triunfo ó espartana muerte.

«Y, si nos es contraria la fortuna,
 No ha de regocijarse su arrogancia,
 Viendo que no hay aquí ciudad ninguna
 Que nombre no merezca de Numancia:
 Tendremos mil, si ellos tuvieron una,
 Que de valor ejemplos y constancia,
 Cuando el hado les fuere mas adverso,
 Ofrezcan al atónito universo.....

«Mas, ¿adónde me arrastra mi deseo
 Y el coraje y la sed de la venganza?
 ¿Adónde el patrio amor? ¿No es devaneo
 Tan orgullosa intrépida confianza?
 ¿Es oríjen acaso lo que veo
 De remontar tan alto la esperanza?
 ¿Y, á dicha, lo presente me asegura
 De la peruana heroicidad futura?

«Día tras día, la rosada aurora
 Allí donde flameó nuestra bandera
 La odiada enseña de Isabel colora,
 Que á los vientos despliégame altanera!
 ¡Ay! cada nuevo día, cada hora
 Que huyendo van con ala tan lijera,
 Debieran, oh peruanos, parecernos
 Siglos de afrenta y de baldon eternos.

«Oh Sol, que ardientes religiosas preces
 De los virtuosos Incas recibiste,
 ¿Por qué, di, no te eclipsas y oscureces,
 Y negra nube tu fulgor no viste
 En muestra de dolor? ya treinta veces
 El negro oprobio de tu pueblo triste,
 Al nacer y al hundirte en occidente,
 Ha contemplado tu ojo refulgente.

«Al combate! al combate! que es mancilla
 Que ya tanto el ataque se disponga:
 Hundamos esa bárbara escuadrilla,
Triunfo, Resolucion y Covadonga:
 Y, pues ya su altivez cede y se humilla,
 Antes que en fuga vil Pinzon se ponga,
 Presto salgamos; que, en tal trance puesto,
 Irse podrá, si no salimos presto.

«Lance ya el bronce el imitado trueno
 Y la ignea bala, de matar sedienta;
 Y en aire á trueno y rayo tan ageno
 Rayos y truenos el cañon hoy mienta;
 Y en un mar tan pacífico y sereno
 Forme el combate artificial tormenta;
 Y cambie en negra noche el claro día
 El humo de tronante artillería!

«Sí, vamos, vamos ántes que cobarde
 Veloz huya ese ibérico pirata:
 Temamos que quizá no nos aguarde:
 Ya por ventura de alejarse trata:
 Tal vez, cuando ir queramos, será tarde:
 Mengua ha de ser cuya memoria ingrata
 Sin cesar nos afrente é importune
 Que ese alevé ladrón se vaya impune!

«Impune, si vivieras, no se iría,
 Oh padre del Perú, que justa pena
 Ya hubiera recibido el primer día,
 Insepulto cadáver en la arena:
 O si aún con vida en tu poder caía,
 Con esposas y grillos y cadena,
 Como ladrón entre ladrones preso,
 Pagado hubiera su inaudito exceso.

«Ni ese andaluz soberbio é insolente
 Entónces fuera, como irá mañana,
 Á jactarse, ¡oh vergüenza! entre su gente
 Que puso miedo á la nacion peruana!
 Ni con él su caterva (ah! quién consiente
 Tal afrenta y rubor!) con lengua vana,
 Propia de la parlera Andalucía,
 Su hazaña vil á pregonar iría!»

Así digo, y de nuevo triste callo:
 Y, á mis voces cobrando sentimiento,
 Parecian el héroe y el caballo
 La vida simular y el movimiento;
 Y, oyendo que á su pueblo hacer vasallo
 Pretende España con avaro intento,
 Brotar el héroe rayos de ira ciega
 Y anhelar parecia la refriega.

14 de Mayo de 1864.

EN LA MUERTE

DE MI PRIMA HERMANA LA SEÑORA DOÑA VICTORIA
 TRISTAN DE ECHENIQUE.

¡Grandeza de los hombres ilusoria!
 ¿Qué valió que fortuna
 De oro te diera y de marfil la cuna?
 ¿Qué valió que te diera una victoria,
 Cual presajio feliz, el fausto nombre,
 Ni que gozara tu engreida infancia

De cuantos bienes apetece el hombre?
¿Qué valió que á tu padre esclarecido,
Y á tu esposo despues vieras alzado
Á la mas alta cumbre del Estado?
Tantas venturas prodigó la suerte
Á la mitad primera de tu vida
Solo para colmar, mudable y fiera,
De desventuras su mitad postrera.

Recelos, sobresaltos y cuidados
Por la preciosa vida de tu esposo,
Insomnes noches, de amargura henchidas;
Separacion y tiernas despedidas
De tus hijos amados,
Y de tu anciano padre doloroso;
Tristísimas partidas
De los dulces hogares,
De las patrias riberas,
Y peregrinaciones por los mares
Y apartadas comarcas extranjeras,
Al desterrado esposo acompañando;
Ingratitud, y estraños
Acerbos desengaños:
Todo sintió tu corazon, Victoria,
Ni hubo ninguna dolorosa prueba
Que á tu sensible pecho fuese nueva.

Espantosa dolencia,
Misterio incomprensible
Á los afanes todos de la ciencia,
En larga muerte convirtió tu vida;
Y la que un tiempo mereció alabanza
Por donoso semblante
Y gracia y magestad de su talante,
La gallarda hermosura
Que de salud y vida rebosaba,
Ya viviente cadáver semejaba
Ausente de la negra sepultura.
¿Quién dirá los dolores
Que en ti extremaban su rigor violento,
Y á cuyo exceso crudo
Solo igualarse pudo

Tu angelical, cristiano sufrimiento?
¿A quién no le asombraba la pelea
Que del martirio te ciñó la palma?
Al justo de Idumea
El ser parangonada mereciste
Del cuerpo en los dolores y del alma,
Y paciencia tenaz que los resiste.
¡Oh pesada, lentísima agonía
En que de treinta días dolorosos
Cada noche y aurora,
Viendo á la muerte batallar contigo,
Ser esperaba de tu fin testigo!
El amor á tus hijos y á tu esposo:
Ese era el fuerte nudo
Que ligaba tu espíritu amoroso
Al cuerpo casi inerte;
Ese el templado escudo
Que te hizo resistir tiempo tan largo
Á los fieros asaltos de la muerte.
Esa apariencia de figura humana,
Mas vana sombra de otra sombra vana,
Aun voluntad tenia
Y sentia y amaba todavía!
Y ¡oh del amor milagros no igualados!
¡Por su esposo y sus hijos
Aun su pecho ocupaban los prolijos
Domésticos cuidados!
¡Cuál tu dolor seria,
Cuando á tu mente se ofreció, Victoria,
De tus ausentes hijos la memoria!
¡Y confiabas, incauta, en la promesa
Que á tu cariño la esperanza hacia,
De que ántes que bajaras á la huesa
Gozarias su dulce compañía!
Solo á tu duelo ha de igualarse el suyo,
Cuando la triste nueva voladora
Disipe la esperanza lisongera
Que alimentaba el corazón amante
De circundar en el final instante
De tu lecho la triste cabecera!

¿Qué tristísimo acento
 Podrá pintar la dolorosa escena
 Que contempló tu lúgubre morada,
 Cuando exhalaste el postrimer aliento,
 Y al fin la muerte te dejó postrada?
 Sobre tus yertos pálidos despojos
 Se lanza el tierno esposo, atropellando
 Los vedados dinteles,
 Hechos mares de lágrimas los ojos:
 De los amigos fieles
 Cruda piedad le arranca de tu lado;
 «Dejad, dejad, les dice, que de nuevo
 «Contemple su cadáver adorado:
 «Á esa santa mujer todo lo debo;
 «Mas que esposa, en amor madre me ha sido:
 «Ah! dejadme morir, y en el sepulcro
 «Guardad con ella al infeliz marido!»
 Cual herida del rayo,
 Cae la hija en súbito desmayo,
 Hasta que el desmedido
 Dolor recobre á un tiempo y el sentido:
 El hijo allá en el sacudido lecho
 Se revuelve demente,
 Por los sollozos ahogado el pecho,
 Ni de la tierna, hermosa
 Enamorada esposa
 La voz escucha ó la caricia siente:
 Aquí la hija pequeña,
 Que, como en su inocencia no creía
 Que su adorada madre se moría,
 Ayer no mas mostrábase risueña,
 Hoy que el horror de la verdad comprende,
 De dolor enloquece y desvaria:
 Y «mi madre me llama,»
 Súbitamente esclama,
 «¿Dó está, decidme, dónde?»
 Y se pone á imitar la voz materna,
 Y ella misma á sí misma se responde,
 Y en coloquio infantil que el alma parte
 Llanto con risa la infeliz alterna.

La fiel amiga, discurriendo en tanto
 Por las estancias todas, da su ayuda
 Á hijos y deudos, derramando muda
 Por ellos y por ti piadoso llanto.

Suena mas allá un coro
 De quejas, de suspiros y de lloro,
 De ayes y de infinitos
 Hondos, confusos gritos:
 Son las siervas leales
 Á quienes con tu muerte el cielo priva
 De una madre amorosa y compasiva.
 Y áun la ronca paloma plañidera
 Parece que de léjos tambien llora,
 Como si su desdicha conociera,
 Con lamentable canto á su señora.

Mas ya mi voz el sentimiento traba:
 Ah! sea nuestra gran consoladora
 En trance tal la religion divina;
 La misma que endulzaba
 Tus espantosas penas
 Al romper de la carne las cadenas;
 Y te mostraba el paraiso abierto,
 Sempiterna mansion de tu reposo,
 Donde del mortal sueño doloroso
 Se remontó tu espíritu despierto.

Colmada ahora de ventura inmensa,
 En la region te veo
 Donde la recompensa
 Escede á la esperanza y al deseo:
 Allí, á tus dulces padres reunida,
 En aquella inmortal segunda vida,
 Do no puede el temor sobresaltarte
 De que muerte siniestra
 De los objetos de tu amor te aparte;
 Allí do un dia la familia nuestra
 Se juntará de nuevo, allí, dolida
 De nuestras largas desventuras fieras,
 Nos llamas, oh Victoria, y nos esperas.

Junio, 1º de 1864.

Á LOS PERUANOS.

Mirad, peruanos, vuestra hermosa tierra
 Que, bajo un cielo plácido y ageno
 De procelosos vientos á la guerra,
 Ostenta leda el venturoso seno
 Que los deleites de la vida encierra,
 De todos bienes y abundancia lleno;
 Y al cielo bendecid que por morada
 Os dió la tierra por el Sol amada.
 ¿Qué suelo el Sol contempla mas fecundo
 Y mas rico en sus frutos y diverso?
 Es compendio magnífico del mundo,
 Hermosa abreviacion del universo;
 Es cielo terrenal, Eden segundo,
 Que del primero que Luzbel perverso
 Hizo perder al hombre seducido
 Fué en cambio por el cielo concedido.
 ¿Á qué mies para ella el sol no dora,
 Y no peina la brisa lisongera
 Las ondas de la rubia, sonadora,
 Ardiente, dilatada cabellera?
 ¿Qué flor no hinche de aromas y colora
 Para ella la eterna Primavera
 Que, aquí de Otoño inseparable amiga,
 Flores y frutos á la vez prodiga?
 Con cuánto exceso es en metales rica
 Que mas anhela la codicia ardiente,
 La fama pregonera lo publica
 En vulgar frase, donde quier frecuente;
 Sin cesar su riqueza magnifica
 Proverbio universal á toda gente,
 Y el nombre solo del Perú opulento
 Ofrece montes de oro al pensamiento.

Ella fué aquel espléndido Eldorado,
 Segundo Ofir, de la Codicia sueño,
 Por peligroso mar, nunca sureado,
 De ella pedido con audaz empeño;
 Los rubios partos de su seno hinchado
 Hartaron casi á su avariento dueño,
 Y en ella pudo realizarse solo
 La pródiga ficcion de Marco Polo.

Todo la prodigó Naturaleza,
 Y se ven los tres Reinos á porfia
 Demostrarle en sus dones su largueza
 Con mano no agotada todavia:
 No hay variedad alguna de riqueza
 Que su opulenta vanidad no engria,
 Y bien ninguno la orgullosa extraña
 En su costa, en su sierra, en su montañia.

Mirad los Andes cuya cima pura,
 Ceñida en torno de perpetuo hielo,
 Perderse es vista en la celeste altura;
 Cual indicando el misterioso anhelo
 Con que juntarse con amor procura
 La humilde tierra al orgulloso cielo,
 Que, descendiendo cuando el monte sube,
 Su sien abraza con amante nube.

Tanta mole el altísimo Arquitecto
 Al cielo levantó, para que encumbre
 Su vuelo el alma á tan sublime aspecto
 Y á hollar aspire la celeste cumbre;
 Para que santo religioso afecto
 Llegue á ser del espíritu costumbre,
 Y sea aquí Naturaleza templo,
 Donde áun nos dé lo inanimado ejemplo.

Mirad el cielo puro que hace alarde
 De la radiante luz que al suelo envia,
 Donde sin velos importunos arde
 El sol, como planeta de alegría;
 Do es nueva aurora la brillante tarde
 Y es la noche serena nuevo dia,
 Y es un segundo sol la blanca luna,
 Ni el brillo falta de lumbrera alguna.

Daros quiso el Señor patria tan bella,
 De bienes y tesoros tan henchida
 Y estampada do quiera de su huella,
 Por que os fuera mas dulce y mas querida ;
 Y combatiendo con valor por ella,
 Dierais alegres la preciosa vida
 Antes, peruanos, que dejar que ultrajen
 Esta del ciclo terrenal imájen.

1864.

Á ESPAÑA.

No á tu soberbia y tu codicia sumas
 Propicio aguardes el favor celeste,
 Ni breve triunfo conseguir presumas
 Que poco esfuerzo á tu valor le cueste ;
 Como, vestida de lijeras plumas,
 Te le dió un día la cobriza hueste,
 De estos mundos antigua moradora,
 Cuyo infortunio el universo llora :

La que opuso en la lid pecho desnudo
 Y cuerpo que cubrió leve vestido
 Á pecho que guardaba doble escudo
 Y á cuerpo de armadura revestido,
 Frente y faz descubierta al hierro agudo
 Á rostro por el yelmo defendido ;
 Lidiando así entre el Indio y el Ibero
 Con un hombre de carne otro de acero :

La que oponia flechas á arcabuces
 Y á los cóncavos bronces que en su seno
 Guardan del rayo las siniestras luces
 Y el estampido horrísono del trueno ;
 Con que tan simples ánimos reduces
 Á pensar que un poder al hombre ajeno
 É igual al de los Dioses soberanos
 Tremendo armaba tus feroces manos.

No tales hechos á los siglos cuente
 Ni mas que humanos tu altivez los nombre,
 Que á vista de ventaja tan patente
 No hay quien de oírlos, sino tú, se asombre;
 Y la que á pié peleaba juntamente,
 De ti invadida, con caballo y hombre,
 Cual con monstruoso aterrador centauro,
 Ceder debió de la victoria el lauro.

Mas nosotros la flecha voladora
 No te opondremos á la ardiente bala:
 Las armas mismas manejamos hora,
 El mismo bélico arte nos iguala:
 Á resonante mole destructora
 Sabremos dar del huracan el ala,
 Y en contra de tu escuadra fulminante
 Armstrong nos presta su cañon gigante.

Mas por ventura en esperar te ufanas
 Que nos cabrá de Méjico el destino,
 Y que Almontes tenemos y Santanas
 Que á la conquista te abran el camino:
 Mas, ¡cuánto son tus esperanzas vanas
 Y cuán ciego tu error y desatino,
 Si piensas que hallarás un solo Almonte
 Que su amistad á tu venida apronte!

Aquí nadie desea tu venida,
 Ni hay diestra alguna á recibirte presta:
 Si el noble corazon que pronto olvida
 Y á quien el odio y la venganza cuesta,
 Cerrar dejaba la profunda herida
 De tu conquista y opresion funesta,
 Con el ultraje nuevo, nuevamente
 Abrirse ahora y enconar la siente.

Y otra vez nuestros míseros anales,
 Con tanta sangre y lágrimas escritos,
 Recorren nuestros ojos; y los males
 De tu cruda conquista y tus delitos,
 Á los horrores del Infierno iguales
 Y en fiereza y en número infinitos,
 Se ofrecen, como nuevos y presentes,
 Á nuestros pechos é indignadas mentes:

La inaudita traicion de Cajamarca
Y vasta mortandad del vulgo indiano,
Y el suplicio del mísero monarca
Tras el rescate que pagara en vano;
Y convertido en sanguinosa charca
Por la codicia y el furor hispano
El ya dichoso dilatado imperio
Que leyes dió al antártico hemisferio:

Casi estinguida innumerable raza,
Mas que con armas nobles y guerreras,
Con el puñal y ponzoñosa taza
Y el fuego abrasador de las hogueras;
De los hambrientos perros con la caza
Que hombres descuartizaban como fieras,
Con el látigo atroz de alambres hecho,
Con el garrote y el candente lecho.

Y al fogoso mancebo el viejo cano
Tu yugo atroz que áun alcanzó le cuenta:
Mayor siempre el orgullo castellano,
Y mas intolerable nuestra afrenta;
Dueño de todo el ávido tirano,
La Inquisicion de víctimas hambrienta,
Muerto al nacer cuanto fulgor brillaba,
Rey el Error y la Razon esclava.

Y así la anciana voz añade cebo
Al juvenil coraje y la bravura,
Y al oirla el colérico mancebo
Con labio ardiente la venganza jura;
Y anhela que el Perú huellas de nuevo
Y hacerlo de tus huestes sepultura,
Vengando tu conquista y tirania
No vengadas bastante todavia.

1864.

Á LA MEMORIA

DE MI AMIGO EL ARTISTA MIGUEL ECHERRI,

MUERTO EN PARIS Á LOS 23 AÑOS DE SU EDAD,
EL DIA MISMO EN QUE SALIÓ EL BUQUE EN QUE HABIA
DETERMINADO REGRESAR AL PERU.

Ya acaba el tercer año su carrera,
Idolatrado amigo,
Desde que en extranjera
Tumba te sepultó la adversa suerte;
Y aún puedes desde el cielo ser testigo
De que en lo hondo de mi alma persevera
El dolor de tu muerte.

Radiante de alegría,
Y bella nuncia de mas bello dia,
Se avvicinaba la feliz aurora
En que, tras los pesares
De larga ausencia, á tus remotos lares
Te condujese nave voladora:
Pero se adelantó la aguda espada
De la muerte traidora;
Y aquella misma aurora tan ansiada
En que partir debiste al patrio suelo
Desde playa francesa,
¡Te vió partir del puerto de la vida
Á la oscura region desconocida
De la que nunca viajador regresa!

Y así en el alba de tu hermoso dia,
Cuando mas lo futuro te reía,
Tú, que eras de la patria una esperanza,
Tú, puro corazon, tú, excelsa mente,
En el sepulcro lóbrego te hundiste!
Y en tanto el necio á ver cubierta alcanza
De blancas canas la insensata frente,
Y un siglo entero el opresor existe!
Y nuestra patria triste
Que en su florida primavera verde

Sus buenos hijos pierde,
 Y tantos ya lamenta malogrados; *
 Vivir contempla dias infinitos
 Á sus hijos infames y malvados,
 Y crecer con sus años sus delitos!
 Y yo que ha poco en verte me agradaba
 Lleno de juventud y lozania,
 Á tan clara verdad mi fé negaba
 Y comprender tu muerte no podia!
 Y en pasajero olvido,
 Á las horas usadas,
 Á tu taller modesto y escondido,
 Como si áun vivo fueras,
 Llevé tal vez mis ávidas pisadas!
 Y tal vez, recorriendo los lugares
 Y calles á tu planta familiares,
 Encontrarme de súbito creia,
 Como un tiempo solia,
 Con tu rostro risueño
 Y con tu ardiente presurosa mano
 Que estrechara la mia
 En fraternal saludo cariñoso,
 Para seguir con enlazado brazo
 Y con pié perezoso
 Discurriendo al acaso
 Por las calles sonoras,
 En vario platicar entretenidos
 Y olvidados del vuelo de las horas!
 ¿Con quién, pues en la tumba ya reposas,
 Tendré esas dulces pláticas sabrosas
 De que eran tema poesia y arte,
 Y en las que tanta parte
 Pasamos de las noches silenciosas?
 ¿Qué otro placer se iguala en dulcedumbre
 Con el placer de conversar á solas
 Con caro amigo, á la süave lumbre
 Del hogar que chispea, despreciando

* Baste citar, entre otros, á Manuel Rodriguez, José Bonilla,
 Justiniano Egúsqiza y Enrique Alvarado, muertos todos entre
 los 15 y 25 años.

El tentador befeño del dios blando
Cuya frente circundan amapolas?
¿Quién volverme pudiera esos momentos
Cuando, ante los artísticos portentos
Que al asombro descubre
El opulento y orgulloso Lavre,
Mis oídos atentos
Bebían de tus labios
Los inspirados ferveidos acentos
Y discursos altísimos y sabios?
Y atónita sentía
Entonces el alma mía,
De tus conceptos empapada y llena,
Que era hermano tu espíritu divino
Del espíritu angélico de Urbino
Y del pintor sublime de la Cena!
Y esperaba engreído que suspensos
Los artistas futuros
Vieran tus tablas y sublimes lienzos
En esos mismos orgullosos muros,
Al lado de los lienzos inmortales
De Rafael, Corregio y Leonardo:
Mas ¡ay! promesas y esperanzas tales
Cortó la Muerte con su crudo dardo!
Ah! si no hubiera muerte tan temprana
Arrebatado á tu creadora diestra
Los valientes pinceles,
Tus gloriosos laureles
La frente orlaran de la patria nuestra,
De lauros tan desnuda todavía;
Y los hijos de tu alta fantasía
Y de tu diestra mano,
Nos envidiaran la opulencia ajena,
De tesoro sin tasa ofrecedora;
Y el ingenio peruano
En tí admiraran la ciudad de Flora
Y la que baña el orgulloso Sena!
Y tú la gracia entónces halagüeña
Trasladaras al lienzo, y la dulzura
De la Beldad Limeña,

Que á la Ausonia Hermosura
 Y á la Hermosura Griega
 Rendir la palma triunfadora niega.
 Y animados aquí por tus matices,
 Respiraran tambien á nuestra vista
 Del Inca imperio los antiguos fastos,
 Y trájicos sucesos infelices
 Y horrorosas escenas
 De la española bárbara conquista!
 Y al mísero Atahualpa entre cadenas,
 O asesinado por la atroz perfidia
 Del codicioso hispano furibundo,
 Con vengador pincel representaras;
 Y revivir hicieras
 Los altos hechos y proezas raras
 Que dieron libertad á medio mundo:
 Y arder se vieran en pared ó tela
 De Junin y Ayacucho las batallas,
 Y resonaran al iluso oído
 El plomo ardiente que silbando vuela,
 Y el derramado son de las metrallas
 Y del cañon el hórrido estampido;
 Y se mezclaran de ambos vivos mares
 Horrendamente las contrarias olas;
 Hasta que al fin, cual rayos de la Guerra,
 Los colombianos Martes agujajaran
 La fuga de las huestes españolas.
 Y entónces mi semblante, en fiel traslado
 Por tu pincel amigo retratado,
 En la edad venidera
 Mi nombre al tuyo uniera,
 Y tu amistad me hubiera eternizado!
 Mas ¡ay! la amistad mia
 Que, anhelando pagar arte con arte
 En el verso quisiera retratarte,
 Eterna vida darte desconfia:
 Que, de tu ingenio celestial diverso
 El débil mio, mal podrá mi verso,
 Que corto vuelo alcanza,
 Dilatar tu alabanza

Por la ancha redondez del universo.
 Mas, si voz de la Gloria no es mi canto
 Y darte nueva vida no consigo,
 Guarda mi corazón ardiente llanto
 Que con tristeza, de consuelo esquiva,
 Por la memoria de mi dulce amigo
 Derramarán mis ojos, mientras viva.

1864.

Á LAS ORILLAS DEL MAR.

A***

Ven conmigo á la playa tranquila,
 Mientras tiende la tarde su velo:
 ¿No parece camino del cielo
 La dormida llanura del mar,
 Y que el cielo, cual márjen opuesta,
 De la mar la llanura termina?
 ¿No parece que á playa divina
 Azul senda nos puede llevar?
 ¡Quién pudiera en blandísima nave,
 Por aljeras brisas llevada,
 Arribar á celeste ensenada,
 Floreciente de eterno verdor!
 ¡Quién allí donde vive perenne
 El afecto del alma serena,
 Á la ley de mudanza terrena,
 Quién pudiera arrancar nuestro amor!

CUANDO VENÍA LA "NUMANCIA."

Flotante monte de macizo acero,
Mandas, Iberia, á nuestra playa en vano,
Rival del monstruo portentoso y fiero,
Gigante emperador del océano.

No ha de valerle su feroz grandeza,
Ni el nombre con que torpe tu arrogancia
Quiso manchar la singular proeza
Que eterna gloria mereció á Numancia.

Y si, anhelosa de vengar tus rotas,
Los vastos senos de la mar invades
Con fulminantes portentosas flotas
Como nadantes bélicas ciudades;

Verás que al pecho que el morir desprecia
Ni un solo instante en el pavor sumerjes,
Cual no le puso á la invadida Grecia
La hueste inmensa del altivo Jerjes.

Y los peruanos todos sus hogares
Para esperarte dejarán desiertos;
Y, cual segundos y vivientes mares,
Inundarán las playas y los puertos.

Y aunque, dejando tu region vacía,
Aquí tus muchedumbres trasladaras,
Nunca nos vieras en la atroz porfia
Rendir las armas ni volver las caras.

Y, uno luchando contra diez y ciento,
Cual contra el Persa el espartano bándó,
Creciera en el peligro el ardimiento
Y el ansia ardiente de morir matando.

Y ardiendo en sed de libertad y gloria,
Solo pusiera á nuestra lucha calma,
O el laurel inmortal de la Victoria,
O del Martirio la sublime palma.

AL CONGRESO Y Á LOS MARINOS.

¿Y será acaso que la patria nuestra
Se humille al ceño de la España altiva,
Y amedrentada, sin rubor suscriba
Su eterna infamia con su propia dicstra?

¿Y que, cuando ella recibió el agravio
Del universo atónito á los ojos,
Ante España poniéndose de hinojos,
Perdon le pida con humilde labio?

¡Oh del Perú Congreso soberano!
Para tu triste patria no consientas
La mas negra y atroz de las afrentas,
Y el nombre salva y el honor peruano.

Haz por lo ménos que el Perú vencido,
Guardando en el revés justa arrogancia,
Pueda decir con aquel rey de Francia:
Todo, ménos la honra, se ha perdido.

Si nos ha de costar mayor tesoro,
El tesoro del mar no se recobre:
Haz que, aunque quede nuestra patria pobre,
La riqueza no pierda del decoro.

Decid, ¿cómo podreis, cuando insolente
Escarnezca al Perú labio extranjero,
Rechazar un baldon que es verdadero,
Y responder coléricos que miente?

Preciso entónces ha de ser que venza
Á vanas frases la verdad patente,
Y que se os tiña la humillada frente
Con el rojo color de la vergüenza.

No habrá gente ninguna que, alentada
Viendo el baldon que á nuestra patria humilla,
No estampe fácil mano en la megilla
Que de España sufrió la bofetada!

¡Ea, guerreros de los mares, ea!
Alzad al cielo agradecido acento,
Pues hoy quiere que el húmedo elemento
El móvil campo del combate sea!

Su honor guardando como siempre intacto,
 Por vuestras manos el Perú rescate
 Sus islas con el hierro en el combate,
 Y no con oro en afrentoso pacto.

Entrad resueltos á la lid sangrienta,
 Que es la lucha el deber, no la victoria:
 Aun ser vencidos os dará la gloria;
 Ni el triunfo á España lavará la afrenta.

26 de Enero de 1865.

A LA BANDERA PERUANA.

I.

CON MOTIVO DEL TRATADO DE ENERO, UNA DE CUYAS
 CLÁUSULAS ERA EL SALUDO SIMULTÁNEO DE
 LAS DOS BANDERAS.

¡Oh de mi patria bicolor bandera,
 Si en padecer baldon fuiste la sola,
 El mar que le miró, verte debiera
 Del cañon saludada la primera,
 Y no ¡oh mengua! á la par que la española!

Doblar la altiva frente á ti debia
 El audaz español, y solo entónces,
 Al pabellon Ibérico podria
 Saludar, no el deber, la cortesia
 Con ronca voz de los tonantes bronce.

¡Ah! si no diera ya la tumba helada
 Al noble San Roman eterno abrigo,
 Por el heróico esfuerzo de su espada
 Ya tu afrenta crüel vieras vengada,
 O sucumbiera intrépido contigo!

Si un tiempo del océano el murmullo
 Te saludó triunfante, y de los vientos
 Te halagaba blandísimo el arrullo,
 Hoy tu baldon y tu abatido orgullo
 Lloren del mar y el aura los lamentos!

No eres de hoy más la veneranda enseña
De una nación que con valor y arrojo
Sabe su honor guardar, aunque pequeña;
No; para el mundo ya que te desdenea
Eres tan solo un lienzo blanco y rojo.

En negro cambia tu color de nieve,
Pues, sin lidiar, sufrimos que nos venza
Quien ultraje nos hizo tan aleve;
Mas el rojo color bien se te debe,
Porque ése es el color de la vergüenza!

Enero 27 de 1865.

II.

(TRES MESES DESPUES.) *

Roba en vano y destierra y aprisiona
Y azota y mata el opresor nefario
Que te humilló de Iberia á la corona,
Y quiso que del Sol á la matrona
Fueses, bandera, funeral sudario.

Alégrate, que intrépidos peruanos
Se alzaron ya, de tu baldon dolientes,
Llamando á libertad á sus hermanos;
Y ya te ondean generosas manos,
Y ya cobijas generosas frentes.

De Norte á Sur, del mar de ondas salobres
Hasta el rio que es mar de dulces ondas,
Ricas ciudades y cabañas pobres
Guerreros dan por que tu honor recobres
Ni mas al mundo con rubor te escondas.

Pronto será que á la impaciente Lima
Que oprime el bando de la España amigo,
El vencedor ejército redima,
Dando á su empresa venturosa cima
Y al vil hispano aterrador castigo.

* Como esta composición y la siguiente forman un todo con la anterior, se ponen á continuación, á pesar de haber sido escritas en distintas fechas.

Pronto, pronto será que tu blancura
 Recobres mas hermosa y esplendente,
 Lavándote de mancha tan oscura,
 Y que el vivo color que te purpúra
 No vergüenza, mas sangre represente.

Mas no, no ostentes tu color de grana
 Cuando entres ondeando á naval riña,
 Por que á mares despues la sangre hispana
 En baño ardiente, cual tintura humana,
 Tu blanco paño victorioso tiña.

III.

(DESPUES DEL DOS DE MAYO.)

Ya á ti, de nuevo ufano, el solar rayo
 Alumbra, el aura mece, el mar retrata;
 Que, á manos del Honor el dos de Mayo,
 La sangre de los hijos de Pelayo
 Fué de tu paño fúlgida escarlata.

Do quier te agite la triunfante diestra
 De un pueblo entero con orgullo noble;
 Gloriosa enseña de la patria nuestra,
 De nuevo ufana al universo muestra
 Tu simple nieve entre tu grana doble.

Dinteles orna de privados lares,
 Altas torres, palacios y tugurios;
 Y cuando húmedos llanos navegares,
 Entónente los vientos y los mares
 Triunfal canto entre plácidos murmurios.

La sien corona, avvicinada al cielo,
 De los Andes altísimos, que alfombra
 Mortaja eterna de luciente hielo;
 Y baje, sosegando el alto vuelo,
 El cóndor á dormir bajo tu sombra.

Mas un rayo le falta á tu aureola;
 Que allí te ostente la feroz *Numancia*
 Donde la enseña de Isabel tremola,
 Y ni una nave hispana quede sola
 Que no humille á tu triunfo su arrogancia.

Y alto dicta tal vez estro deífico
 El vaticinio á mi valiente cántico
 Que no solo las ondas del Pacífico
 Verán ufanas tu triunfar magnífico,
 Sino tambien las del remoto Atlántico.

Á LA ROSA Y TARAMONA.

Salve, oh La Rosa! salve, oh Taramona!
 Pareja heroica que alentaba una alma,
 Á quien dió la Amistad su noble palma,
 Y dió la Gloria su inmortal corona!

De sublime amistad nunca igualada
 Os enlazaba tan estrecho nudo,
 Que ni cortarlo de la Muerte pudo
 La inexorable apartadora espada.

Juntos ceñisteis el acero fuerte,
 Juntos entrabais en la lid reñida;
 Y como juntos os miró la Vida,
 Juntos tambien os recibió la Muerte;

Cuando, por no rendiros al hispano
 Bando, que con el número os acosa,
 Buscó vuestro valor tumba gloriosa
 En el seno del tórbido oceáno.

Brazos ligando con estrecho lazo,
 Al mar caisteis: su furor violento
 Pudo arrancaros el vital aliento,
 Mas no romper vuestro postrer abrazo.

¡Oh mar que bañas la sedienta Iquique,
 Que fuiste por tal sangre enrojecido,
 Tu tumultuoso estruendo y tu bramido
 Tan grande hazaña sin cesar publique!

Y, como voces de venganza airadas,
 Recordadnos tambien, rujientes olas,
 La crueldad de las armas españolas,
 De léjos en los héroes enseñadas!

¡Oh patria mía! con soberbia pompa
 A tus divinos mártires levanta
 Pirámide sublime, á cuya planta
 El mar sus ondas rebramando rompa.

Y con sus lenguas de agua, eternamente
 A Taramona y á La-Rosa cante
 En confuso murmurio, semejante
 A los clamores de infinita jente.

Y el son del atambor y la trompeta
 Imite, y del cañon el estampido,
 Mas dulces de los héroes al oido
 Que música amorosa en noche quieta.

Y los peñascos azotando, mienta
 El choque, y el estrépito y las voces
 De encontrados ejércitos feroces,
 Y el tumulto y horror de lid sangrienta.

Y el que del mar recorra los desiertos,
 Mostrando el mármol que á lo léjos brilla:
 «*Juntos yacen, exclame, en esa orilla*
Dos tiernos héroes por su patria muertos.»

Febrero 23,
 aniversario de la muerte de estos dos héroes.

EN LA AGONIA DE J. M. H.

Todo te cubre de la muerte el hielo:
 Vanos ya los esfuerzos son del arte
 De médicos humanos, y salvarte
 Solo pudiera el Médico del cielo.

Conozco, en el instante de perderte,
 Cuánto á ti estaba mi existencia unida,
 Y el amor que durmiendo estaba en vida
 Se despierta ardoroso con tu muerte.

Pronto, rotas del cuerpo las lazadas,
 Y libre de lo vano y aparente,
 Cuanto hoy ignoras brillará patente
 De tu alma á las clarísimas miradas!

Y contemplando sin disfraz la mia,
Verás de culpas y flaquezas llena
Esa alma que tan pura y noble y buena
Imaginabas con error un dia.

Y el amor y alta estima y el respeto
Que me profesas y en tu error se funda
Se trocarán en compasion profunda,
Cuando penetres mi fatal secreto.

Á Aquel entónces que las almas sana
Ruega que pio sane mi alma enferma,
Por que, cuando en la tumba el cuerpo duerma,
Vuele aquella á la gloria soberana ;

Y que no sean en mi daño eternos
Estos tristes adioses que te digo,
Sino que allá en el cielo, dulce amigo,
Ledos volvamos algun dia á vernos.

1865.

Á LIMA.

En una noche de luna en que, siendo aun muy temprano,
no habia gente en las calles á consecuencia de una orden del
Ministro de Gobierno.

La clara luna su fulgor dilata
En cielo de purísimo zafir,
Y en rico manto de luciente plata
Parece, oh Lima, tu beldad vestir.

Mas en vano te llama y te convida
De tan bello espectáculo á gozar
El astro en cuyas luces sumerjida
Toda te miro, como en claro mar.

Silenciosas tus calles y desiertas,
Cuandó aún las horas del bullicio son,
De tus hogares las cerradas puertas
Guardan á tu medrosa poblacion.

En vasto cementerio, de repente,
Del dia con el último fulgor,
Te cambias, á las leyes obediente
De tu salvaje déspota señor.

Que este tu clima voluptuoso y muelle
Muelles tus hijos enjendró tambien:
Hijos que sufren que insolente huelle
Salvaje planta su cobarde sien.

Sumisa á los antojos de tu dueño,
Hunde entre holandas la dormida faz,
Y de la afrenta y la ignominia el sueño
Duerme, oh sultana, en regalada paz.

De un hijo tuyo el despotismo fiero
Acostumbrando tu indolencia está
Á que sirvas mañana al extranjero,
Que en esperanza te posee ya.

Y pues son para ti sagradas leyes
Los caprichos de un déspota poder,
Si la ciudad ya fuiste de los Reyes,
Pronto de reyes volverás á ser. *

1865.

Á LA GRAN REPÚBLICA NORTE-AMERICANA,

DESPUES DE TERMINADA LA GUERRA CIVIL.

De libertad al mundo eras maestra ;
Mas áun su ciencia te negaba Marte ;
Y esa fraterna lucha te hizo diestra
De las crudas batallas en el arte.

De tu pecho al valor y fortaleza,
Por ninguna jamas sobrepujada,
Se iguala de tu brazo la destreza
Para esgrimir la ponderosa espada.

* La poblacion de Lima desmintió brillantemente, el dos de Mayo, los conceptos injuriosos de esta poesia, escrita en una hora de desaliento y desconfianza.

Ya por civil saber eras Minerva,
 Mas hoy en todo á la gran Diosa igualas,
 Y pronto sentirá la Europa sierva
 Que á un tiempo eres Minerva y eres Palas.

Ya el universo entero á desafio
 Provocar puedes, pues juntar te veo
 Á la destreza del pastor Judío
 La fuerza del gigante Filisteo.

Orgullo de la gente Americana,
 Tú, tú sola de ti maestra has sido,
 Porque nacion ninguna pueda ufana
 Decir que en algun tiempo te ha vencido.

Y así no te venció extranjera jente,
 Que una parte de ti venció á otra parte,
 Pues tú propia eras digna solamente
 De vencerte á ti misma y de domarte.

Y miétras que tu lucha á las esclavas
 Viejas naciones alegró la vista,
 No sabian que fuerte te ensayabas
 Así del universo á la conquista.

Ya no ha de lamentar el que te adora,
 Ni enrostrarte podrá quien te detesta
 La esclavitud injusta y opresora,
 Al gobierno que ostentas tan opuesta.

La Santa Democracia al ver se alegra
 Que la atezada estirpe, de tirana
 Suerte infeliz mas que su rostro negra,
 De quien niega la blanca ser hermana;

La que fué nivelada con el bruto,
 Y que parece que el semblante viste
 De oscuras sombras y de eterno luto
 Para llorar su servidumbre triste;

De sus graves cadenas despojada,
 Libre y dichosa, al asombrado suelo
 Pregona ya que no te falta nada
 Para ser de Repúblicas modelo.

Al cielo, oh feliz negro, ensalza el nombre
 Del justo Líncoln, cuya pia mano
 Convierte al siervo miserable en hombre,
 Y en hombre de tal patria ciudadano.

Mas, ¡ay cielos! tu triste voz lamente
 Su inesperado mísero destino,
 Cuando la honrada vida el plomo ardiente
 Le arrancó de frenético asesino.

Como familia desolada y viuda,
 Lloro su triste fin la Union entera;
 Ojos enjutos no hay, no hay lengua muda,
 Como si un padre cada cual perdiera.

Mas en pesar, ¡oh gran Nacion! tan fuerte,
 Por él te dueles, no por ti, segura
 De que nada estorbar puede tu suerte
 Y tu inmensa grandeza y tu ventura.

¿Quién parar puede al Niágara potente,
 Cuando mas despeñadas arrebata
 Sus ciegas ondas y fatal corriente
 Al salto de la inmensa catarata?

Pues aún mas fácil resistir seria
 El curso irresistible de tu rio,
 Que atajar el destino que te guia
 Á la cumbre de todo poderio.

Y aunque es grande el que causa tu lamento
 Y digno sea de que tú le llores,
 Eres de grandes patria, y ciento y ciento
 Hijos tienes, iguales ó mayores.

Llore y jima sin fin gente Europea
 Héroes que cada siglo le da el hado,
 Y solitaria y huérfana se crea,
 Como Príamo de Héctor despojado.

Que la Nacion que á grande dicha cria
 Un hombre solo entre infinita plebe,
 En el lecho de su última agonía
 Desesperarse sin consuelo debe.

Pero tú, si uno pierdes, no te olvidas,
 Aunque tu duelo el justo llanto vierte,
 De que te quedan infinitas vidas
 Que te consuelen de una sola muerte.

Tal, si entre luces fúlidas sin cuento
 Desaparece rutilante estrella,
 Consuelen al poblado firmamento
 Mil y mil astros de la ausencia de ella.

Á UN TIRANO.

Tú que marcas con sangre tu camino,
Beato tigre, loco sanguinario,
Neron cristiano, místico asesino,
Que envuelves el puñal con el rosario:

Tú que, el pan recibiendo que convierte
En el cuerpo de Dios el sacerdote,
Á dar horrible dilatada muerte
Sales, armado del sonante azote:

Tú que, despues del celestial sustento
Que la muerte te da, si á otros la vida,
Comes del hombre el corazon sangriento,
Siendo la humana sangre tu bebida:

De América del Sur nuevo Luis Once,
Mas de su ingenio y su prudencia ajeno,
Que un pedazo de mármol ó de bronce
Tienes por corazon dentro del seno:

Tú que eclipsas las famas espantosas
De los monstruos mas fieros y crüeles,
Tú á quien envidia el execrable Rosas
Los infames satánicos laureles:

¿Cuando será que de tu horrendo yugo
Respiren nuestros míseros hermanos,
Y mueras bajo el hacha del verdugo,
Para eterno escarmiento de tiranos?

Que, aunque anhelara de uno al otro polo
Ver abolida tan injusta pena,
Yo la dejara para ti tan solo,
Por que tú no eres hombre sino hiena.

Mas no: mas vale que el atroz convite
Que te envidiaran las mas crudas fieras,
Tu famélico vientre al fin ahite,
Y por humana sangre ahogado mueras.

1865.

AL ÁGUILA DEL NORTE.

¡Oh tú que al aye celestial excedes
Que en sus garras, de horror sobrecojido,
Arrebató al Olimpo á Ganimédes!

Pues alegre la paz tu dulce nido,
Ya por los aires remontarte puedes!

Tiemblen las aves y orgullosas fieras,
Y ponzoñosos lúbricos reptiles,
Cuando las corvas uñas justicieras
Y el pico agudo en tu peñasco afiles,
Y, llamando á la lid, el viento hieras.

De tus inmensas vigorosas alas
Tiemblen el rauda portentoso vuelo
Con que deshecha tempestad igualas,
Y ya descienes, como rayo, al suelo,
Ya el mas remoto firmamento escalas.

Estremecida de voraz deseo,
Lanzar te escucho ensordeciente grito,
Y el vuelo altivo remontar te veo,
Cual devorar queriendo lo infinito:
Consuelo á justos y terror del reo.

Al triste Azteca, sin ayuda y flaco,
Ya te miro valer en su abandono,
Con que mis ansias y dolor aplaco;
Y en su sangriento mal seguro trono
Miro temblar al miserable Austriaco.

Mas, apénas la Fama le pregona
Que á la lid vengadora te previenes,
Su mano el cetro trémula abandona;
Y al suelo cae de tan viles sienes,
Al aire de tus alas, la corona.

Será de tu valor lauro segundo
Que libre se alze la mayor Antilla;
Ni mire gente alguna el Nuevo-Mundo
Que doble al extranjero la rodilla
En su suelo vastísimo y fecundo.

Traspasa luego el líquido elemento
 Que da al dorado sol tumba de plata,
 Y, conquistando un nuevo firmamento,
 De tus garras coléricas desata
 El rayo agudo, de partir sediento. *

Trazando angosta luminosa senda,
 Y leves alas de rogiza llama
 Batiendo rapidísimas, descienda
 Donde el delito su caída llama
 Y aguarda ya la punición tremenda.

Sobre altaneras coronadas frentes
 Ante quienes humillan los hinojos
 De Europa sierva las cobardes gentes,
 Agota los flamígeros manojos
 De tus trémulos rayos impacientes.

Y mantos ardan, joyas, pedrerías,
 Palacios, tronos, cetros y coronas ;
 Y á las cárdenas llamas y sombrías
 Del vastísimo incendio que ocasionas,
 Brillen las noches cual siniestros días.

Tú desde lo alto con feroz recreo
 Verás la horrible hoguera á quien atiza
 El sonante huracan de tu aleteo,
 Hasta que humosos mares de ceniza
 Sean de tu ira aterrador trofeo.

Y, prosiguiendo tus tremendas sañas,
 Ya te miro del Águila Francesa
 Y del soberbio Leon de las Españas
 En el seno clavar la aguda presa,
 Y abrirles con tu pico las entrañas.

Nada resiste á tus justicias, y hasta
 El Leopardo domador Britano
 Y ese á quien arma solitaria un asta
 La altanera cerviz, † sienten que en vano
 Al valor tuyo su valor contrasta.

* El Águila Yankee está representada, como la de Júpiter, de donde fué tomada, con haces ó manojos de rayos en las garras.

† El Unicornio de las armas inglesas.

¡Ministra de la cólera divina
Que con delitos tantos ya rebosa!
Amaga, aterra, hiere y estermina,
Y cumpla tu venganza misteriosa
De lo pasado la fatal rüina.

Pero, despues que al crimen enemigo
Abra tu enojo eterna sepultura,
Y escarmiente á la tierra tu castigo,
América feliz duerma segura
De tus inmensas alas al abrigo.

1865.

Á UN FOTÓGRAFO. *

Da grima ver tanto europeo ingrato
Que llega hambriento y con el pié desnudo,
Y calumnia despues, grosero y rudo,
Al suelo que le dió pan y zapato.

Dejaron de sus patrias las riberas
Donde quizá no fueron ni criados,
Y vienen á las nuestras, escapados
Del presidio tal vez ó las galeras.

Aquí mas que su industria, nos arranca
Su engaño y mala fé nuestros dineros,
Y se quieren meter á caballeros
Tan solo por tener la cara blanca.

Tú, que le debes tu riqueza toda
Al suelo á quien ahora le haces cruces,
Y no adquirida con talento y luces,
Sino merced á pasajera moda:

Tú, en quien la voz artista es profanada,
Porque nunca el fotógrafo fué artista,
Y siempre que la máquina está lista
El sol es el pintor, y tú eres nada:

* Hizo publicar en un periódico una correspondencia que contenía las mayores calumnias en la narracion de los sucesos que se verificaron en el Callao y en Lima, el 5 de Febrero, día en que desembarcaron algunos marinos españoles.

¿Cómo forjar osaste tal novela,
Despreciable, ridículo gabacho?
Mas sin duda escribístela borracho
Después de alguna torpe francachela.

Los excesos que pintas, el insulto,
Las heridas y muerte, robo y saco,
Todo, todo fué efecto del dios Baco
Á quien tributas reverente culto.

Una justa protesta, aunque ferviente,
Donde fué muerto por su culpa un hombre,
Suceso llamas que no tiene nombre,
Ni en la historia ha tenido precedente!

Recorre de la Europa los anales:
Allí verás escándalos y horrores,
Y tu patria presenta los mayores
Que con horror la fama hace inmortales.

Jamás, jamás el universo olvida
De San Bartolomé la atroz jornada
Que á Carlos vió desde su real morada
Ser de los Hugonotes homicida.

Ni olvida del terror el duro imperio,
Que en toda mente para siempre impresa
Está la atroz Revolucion francesa
Que convirtió la Francia en cementerio.

Y dejando otra edad y entrando en ésta,
Presente tiene el mundo horrorizado
El golpe sangrientísimo de Estado
Que á Francia tantas víctimas le cuesta.

Á hechos tales tu pecho horror no muestra;
Mas tu ánimo se espanta y se contrista
Al contemplar, *severo moralista,*
La corrupcion y la barbarie nuestra!

Vuelve á las playas que te son natales
De donde nunca salgas, y haga el cielo
Que nunca pisen el peruano suelo
Los que á ti, vil frances, sean iguales.

Si este pueblo á quien torpe satirizas
Tuviera los defectos que le notas,
Ya tú tuvieras las espaldas rotas
Al golpe vengador de cien palizas.

Pero el dejarte con el lomo sano
 Y el piadoso desden con que te mira
 Es la prueba mayor de tu mentira
 Y de que él es magnánimo y humano.

1865.

Á SANTA ROSA.

Oh del Señor inmaculada esposa,
 Oh de pureza y de virtud modelo,
 Tú que la flor mas bella y olorosa
 Un dia fuiste del nativo suelo,
 Y hoy cres viva trasplantada rosa
 En los floridos cármenes del cielo;
 Flor que el Eterno con deleite mira
 Y cuyo aroma recreado aspira:
 Orgullo del moderno continente,
 Y de sus pueblos inmortal patrona;
 Tú que circundas á tu blanca frente
 De luceros espléndida corona;
 Oh el mayor timbre de la patria jente,
 Tú de quien este suelo mas blasona
 Que del oro y la plata con que un dia
 El universo pobre enriquecia:
 Vuelve los ojos á la triste tierra
 Que tanto amaste en tu primera vida;
 Los males mira que en su seno encierra,
 Los vicios mira que en su seno anida;
 Víctima véla de la cruda guerra
 Y furente discordia fraticida;
 Mira cuán presto en bandos se desune
 La que extranjero agravio deja impune.

No como el nombre de la raza hebrea
 Consientas, vírgen, que á la gente humana
 Ludibrio el nombre de peruano sea:
 Recuerda que tambien eres peruana;
 Que, aunque hoy celeste patria te posea,
 Aun eres en el cielo nuestra hermana,
 Y entre la dicha al pensamiento ignota,
 Aun eres nuestra dulce compatriota.

La festiva ciudad que, aclamadora,
 Hoy su gozosa poblacion aduna,
 Y ufana y reverente conmemora
 Tu milagrosa celestial fortuna,
 Vió de tu clara luz nacer la aurora
 Y el hogar guarda que abrigó tu cuna;
 Y aquí el cuerpo purísimo reposa
 Que fué velo de tu alma candorosa.

Esta tierra á tus padres fué nativa,
 Tus padres que en castísimos amores,
 Enlazando de paz la verde Oliva
 Á las modestas inocentes Flores, *
 Eran vivo jardin, floresta viva
 Que daba de virtud blandos olores;
 Y la flor mas balsámica y hermosa
 De tan rico pensil era la rosa.

Del eterno divino jardinero
 Por la mano vivífica plantada,
 Criada fué por su amoroso esmero,
 Y con celestes aguas rociada:
 Embalsamando el universo entero
 Y hechizando del mundo la mirada
 Con su fragancia y su beldad divinas,
 Guardó para sí sola las espinas.

* La madre de Santa Rosa se apellidaba Oliva y el padre Flores: la misma santa, jugando graciosamente con los apellidos de sus padres y con su propio nombre, ha dicho en una de sus coplas:

Oh Jesus mio,
 ¡Qué bien pareces,
 Entre Flores y Rosas
 Y Olivas verdes!

Las calles mismas que con pompa tanta,
De flores mil por alfombrada via,
Hoy recorriendo va tu imájen santa
Entre humo vago que el incienso envia,
Fueron holladas por tu viva planta,
Siendo la tierna caridad su guia;
Y estos templados aires bien conoces
Que hinche el sacro metal de alegres voces.

Esta la estancia fué do la mañana
Te halló orando con labio fervoroso,
Y donde el sueño con dulzura vana
Te convidaba á su feliz reposo:
Este tu lecho, aquella la ventana
Donde esperabas al divino esposo
Que, en tu seno á su faz hallando abrigo,
Dejaba el cielo por estar contigo.

Aquí el florido y aromoso huerto
Donde, invitadas por tu voz, las aves
Al Señor tributaban un concierto
De alabanzas y cánticos süaves:
Donde áun las hojas con murmullo incierto,
Y áun los insectos con zumbidos graves,
Como movidos por celeste encanto,
Acompañaban tu inspirado canto.

¿Y será que en tu nueva patria mudes
El dulce amor de tu nativo suelo?
Ah! no: que de la tierra las virtudes
No cambian, sino crecen en el cielo:
Al blando son de angélicos laudes
Su voz levante tu piadoso celo,
Y de Dios sin cesar en el oido
Tu ruego suene, tierno y encendido.

Sí, ruega siempre á la inmortal clemencia
Por esta tu primera patria triste,
En donde con heroica penitencia
Esa segunda patria mereciste:
Ella que tu memoria reverencia,
Aunque de tu alto ejemplo tanto diste,
En tus plegarias cifra la esperanza
De presente y futura bienandanza.

Alcanza que el Eterno no consienta
 Que el hermano al hermano dé la muerte,
 Mas, desterrando la ambicion sangrienta,
 Los divididos ánimos concierte:
 Haz que tu patria *por la union* se sienta
Feliz y firme, vencedora y fuerte,
 Y que no quede con vergüenza inulto
 Del osado extranjero nuevo insulto.

30 de Agosto de 1865.

A LA S^{RA}. D^A. CAROLINA G. DE BAMBAREN,

POR SU BELLÍSIMA COPIA EN MINIATURA
 DE LA "VIRGEN DE LA SILLA" DE RAFAEL DE URBINO,
 QUE SE DIGNÓ OFRECERME.

Desde que el gran Rafael
 Dió al mundo la maravilla
 De la *Virgen de la Silla*,
 Trasladarla en copia fiel
 Procura en vano el pincel,
 El buril procura en vano;
 Que no fué dado á otra mano
 Igualar la perfeccion
 Y la celeste espresion
 De aquel grupo soberano.

Mas tu ingenio, Carolina,
 Aun copiando débil copia,
 La espresion y beldad propia
 De esa pintura divina
 Cual por instinto adivina:
 Y, sin quedártele atras,
 Hoy repetida nos das,
 En tan breve miniatura
 La incomparable hermosura
 Que no miraste jamas.

Pero su hechizo y beldad,
 ¡Cuánto mas dulces me son
 Al ver que es precioso don
 Que me brinda tu amistad!
 No de mas preciosidad
 Me fuera el bello traslado,
 Si, de diamantes cercado,
 Cifrara inmenso caudal;
 Ni el sublime original
 Fuera de mí maspreciado.

Copia tan encantadora
 Me recordará al divino
 Pintor famoso de Urbino,
 Y á la bella copiadora;
 En ella yo desde ahora
 Mi mayor riqueza fundo,
 Que con primor sin segundo
 En mí para siempre liga
 Á mi dulcísima amiga
 Y al primer pintor del mundo.

Al verla, ver creeré
 La blanca tornátil diestra
 Tan linda como maestra
 Que el pincel guiando fué;
 Los grandes ojos veré,
 En donde el númen centella,
 Que fijos tuviste en ella;
 Y de la vírgen al lado,
 Ángel al grupo aumentado,
 Veré tu figura bella.

1865.

EN LA PROFESION

DE LA SEÑORITA PETRONILA RAMOS.

¿Y de padres y hermanos te alejas,
 Y adios dices por siempre á la vida?
 ¿Y tus tiernos abrilés convida
 Á sus goces en vano el amor?
 ¿Y renuncias al fausto y riqueza
 Que adornaron, oh vírgen, tu cuna,
 Y á los bienes que brinda fortuna
 Ni una lágrima da tu dolor?

La árdua via te muestra la hermana
 Que ya guardan las santas paredes:
 Tú, que á su alto heroismo no cedés,
 Fuerte cargas tan áspera cruz:
 Quiso haceros el rey de los cielos
 Como en sangre en virtudes hermanas,
 Y al desprecio de dichas mundanas
 Os dió presto clarísima luz.

¿No te arredra el tristísimo llanto
 Que derrama tu madre aflijida,
 Ni la tierna postrer despedida
 Que tu amante familia te da?
 ¿No el oír, tras tus pasos cerrada,
 Resonar hondamente la puerta
 De tu sacra prision, que ni abierta
 Á tu helado cadáver será?

Di, ¿no sientes al ronco sonido
 Toda tu alma ocupar temblorosa
 El horror que, al cerrarse su fosa,
 Siente viva enterrada vestal?.....
 No, que nada tu pecho conturba,
 Ni te arredras, oh vírgen, de nada,
 Bien juzgando con clara mirada
 Lo que juzgan los hombres un mal.

Ah! ;cuán dulce y gloriosa es la suerte
 Á que te alza la gracia divina!
 No la mente mas gloria imagina
 Que logró tu feliz vocacion:
 Si himeneos humanos esquivas,
 Otro logras mas alto y glorioso;
 Que es Dios mismo tu amante, tu esposo,
 Y testigos los ángeles son.

En los altos palacios del cielo
 Pulsar oigo las harpas de oro
 Al ardiente seráfico coro,
 Inflamado en mas vivo placer:
 Y con voz cuya inmensa dulzura
 No adivina el humano deseo,
 Solemniza el feliz himeneo
 Entre Dios y una humilde mujer.

Hoy se digna con nudos eternos
 Enlazarse ¡oh portento! á su sierva
 El que cielos y tierra conserva
 Con su eterna mirífica ley:
 Un Señor de inefable grandeza
 Á mortal himeneo se allana,
 Cual se uniera á una pobre aldeana
 Poderoso magnífico rey.

El nupcial juramento resuena,
 Ya te liga perpetua lazada:
 Ah! no vuelvas jamas la mirada
 Al vil mundo que dejas atras:
 ;Mundo vano, traidor, engañoso,
 Precipicio cubierto de flores,
 Nos prometes eternos amores,
 Y placeres de un dia nos das!

Dar humanos amores al alma
 Es dar solo una mísera gota
 Á profunda vasija que, rota,
 No llenaran las ondas del mar:
 Lo creado este abismo no colma;
 Y esta sed tan tenaz é infinita
 Todo un Dios, todo un Dios necesita,
 Y Dios solo la puede apagar.

El amor de terrenos esposos
 Ve nacer y morir breve día,
 Y su fuego se cansa y enfria,
 Y se muda en amargo desden:
 Mas del célico esposo las llamas
 Se conservan por siempre ardorosas,
 Y jamas sus amantes esposas
 Desdeñoso ó ingrato le ven.

Cruda hiriendo tu cándido pecho,
 Á su pié los sagrados altares,
 Que tus lágrimas rieguen á mares,
 Noche y día te escuchen orar:
 En tu lecho durísimo el sueño
 Breves horas cobije tu frente,
 Ni te dé tu virtud penitente
 Sino tosco y escaso manjar.

No por ti, tierna vírgen sencilla,
 Darte debes tan crudo martirio:
 No por ti, que eres cándido lirio,
 Transparente cristal, no por ti;
 Mas ofrece al Señor tus dolores
 Tu oracion, penitencia y jemitos,
 Por los tristes mundanos perdidos,
 Por tu patria doliente..... por mí.

1865.

AL SEÑOR DON IGNACIO GOMEZ,

EN CONTESTACION Á LA ODA EN LIRAS QUE ME DEDICÓ.

De mi suerte las iras
 Seguir me niegan el vivir quiéto
 Que tus hermosas lirás
 Me pintan, y secreto
 Es de mis ansias perennal objeto.

¡Cuánta ventura goza
 El morador de solitaria aldea!
 En su pajiza choza
 Nada estraña ó desea,
 Ni hay verdadero bien que no posea.

Con el alba serena,
 De las aves al cántico, madruga
 Á la usada faena,
 Que del tiempo á la fuga
 Retarda el vuelo, y á su faz la ruga.

Con la luz postrimera,
Ufano vuelve á su mujer honesta,
 Que en el dintel le espera,
 Y la cena modesta
 Amorosa y solícita le apresta.

Le rodea de hijuelos
 El hechicero enjambre bullicioso;
 Y loando á los cielos,
 Feliz padre y esposo,
 Cierra el sueño su día venturoso.

El triste vivir mio,
 ¡Cuánto de su vivir es diferente!
 El suyo es claro río,
 Quieta apacible fuente;
 Mar el mio, ajitado eternamente.

No con honestos lazos
 Circundará mi cuello esposa amante,
 Ni á mis brazos sus brazos
 Darán el tierno infante
 Que copie su bellissimo semblante.

Otro las alegrías
 Paternas goce y puros regocijos;
 Y en sus postreros días,
 Á sus males prolijos
 Den consuelo los hijos de sus hijos.

No veré de mi mesa
 La turba de mis nietos ser corona,
 Ni con planta traviesa,
 En torno á mi poltrona,
 Se ajitará festiva y juguetona.

Son para el aldeano
 La paterna heredad y humilde techo
 Todo un orbe mundano:
 Y á mi insaciable pecho
 El vastísimo mundo viene estrecho.

Él ni con el deseo
 Abandonó jamas sus dulces lares:
 Y yo triste paseo
 Por tierras y por mares
 Mi soledad eterna y mis pesares.

En aquella ignorancia
 Inocente, tranquila y venturosa
 En que vive la infancia,
 Él seguro reposa,
 Ni el ansia de saber jamas le acosa;

Ninguna le es misterio
 De cuantas leyes lo creado rijen;
 De cuna y cementerio,
 De nuestro fin y oríjen,
 Las tenebrosas dudas no le aflijen:

Yo, á quien paz no consiente
 Del negado saber el ansia aguda,
 Veo mi ciega mente,
 De verdades desnuda,
 Solitaria vagar de duda en duda.

La verdad me sentencia
 Á no mirar su lumbre suspirada:
 Y así toda la ciencia
 Por mi afan granjeada,
 Es tan solo saber que no sé nada.

¡Tuviera la tranquila
 Dulce ignorancia que la fé respeta,
 Y no la que vacila
 Triste ignorancia inquieta
 Que aflije nuestras almas, oh poeta!

1865.

AYUDA Á CHILE;

VERSOS ESCRITOS CUANDO LA ESCUADRA ESPAÑOLA
BLOQUEABA LOS PUERTOS DE ESTA REPUBLICA.

No ausencia de entusiasta simpatía
De un pueblo hermano por la causa santa
Enmudece la voz en la garganta
De Musa que el peligro desafia
Y la verdad y la justicia canta.

Entusiasmo y amor al pecho sobra
Para que el labio á ardientes himnos abra ;
Mas ya el tiempo pasó de la PALABRA,
El tiempo es ya llegado de la OBRA
Contra quien yugo á nuestros cuellos labra.

Harto ya resonó la lira airada ;
No mas la lengua en gritos se desate:
Hablen los hechos ; y, soldado el vate,
La lira abandonando por la espada,
Vuele con planta intrépida al combate.

Sitiada así por el empeño loco
Del vencido en Maipú y en Ayacucho,
No hablar con vana lengua á Chile escucho :
Esa nacion intrépida HABLA POCO ;
Esa nacion intrépida HARÁ MUCHO.

¿ Y será que mi patria en dar vacile
La noble ayuda que su hermana dióla ?
Si provocó la cólera española,
Por venir á su voz, la heroica Chile,
¿ Dejarla puede abandonada y sola ?

Ah ! si no por amor, por su decoro
Y por lavar la afrenta que lo enloda,
Hoy que la asedia la venganza goda,
Darle el Perú sus naves, su tesoro
Debe, y sus hijos y su sangre toda !

1865.

IMITADO DEL QUICHUA.

No más respondas incierto;
Y pues que tus padres crudos
Se oponen á nuestros nudos,
Huye conmigo al desierto.
¡Eres hombre, y del temor
Te dejas así vencer!
Yo no temo, y soy mujer,
Que audacia me da el amor.
Á la hora en que el sol más arde
Yo tenderé mis cabellos,
Toldo formando con ellos
Que de sus rayos te guarde.
Cuando el cansancio prolijo
Mover no te deje el pié,
Yo en brazos te llevaré,
Cual madre amorosa al hijo.
Si sed te abrasa encendida,
Yo lloraré tanto y tanto,
Que pueda mi triste llanto
Darte copiosa bebida;
Y serán los ojos míos
Dos inagotables fuentes,
Donde tus labios ardientes
Beban del dolor los ríos.
Y, si te empieza á acosar
Del hambre el fiero aguijón,
Mi arrancado corazón
Te ofreceré por manjar.

1865.

Á LA SEÑORITA D^a ENRIQUETA ELÉSPURU.

Bien parece que, al crearte,
 No te dió la suma diestra
 Tan celestial hermosura
 Y gracia tan halagüena,
 Sino por negarte dichas
 Y alegres horas serenas,
 De éstas así descontando
 Lo que prodigó en aquéllas :
 Pero, ¿cuándo, dime, cuándo
 No fué infeliz la belleza ?
 ¿Cuándo no fueron las gracias
 Blanco de la suerte adversa ?
 Tu dulce hermana lo diga,
 Aquella Emilia hechicera
 Que en el abril de su vida
 Sepultó la oscura huesa.
 Tú de tu clara familia,
 De Lima ornato y preseña,
 Tan bella cuanto infeliz,
 Tan infeliz cuanto buena,
 La mas desgraciada fuiste,
 Como fuiste la mas bella,
 Pues era fuerza que iguales
 Desgracia y beldad midieras.
 Solo alumbraron tu llanto
 Las tristes nupciales teas,
 Y donde otras hallan dichas
 Tú solo lutos y penas :
 Y por que ni perdonados
 Tus mismos encantos fueran,
 Hoy abate tu hermosura
 Horrible extraña dolencia,
 Que de tus ojos divinos
 Los soles radiantes ciega
 Y el cuerpo airoso y flexible
 Á eterna calma condena.

¡ Ay! ¡ cuán otra mis recuerdos
Te ven en mi edad primera,
Cuando un ángel semejabas
Recien bajado á la tierra,

Y rivales no oponia
Á tus once primaveras,
La patria ciudad que solo
Beldades por hijas cuenta!

¡ Cuán otra te vi mas tarde
En Nápoles y en Florencia,
Y en las tumultuosas calles
De la capital eterna;

Cuando el altivo romano,
Admirando á la extranjera,
Su belleza anteponia
Á la romana belleza,

Y parándose á mirarte,
Seguia con vista atenta,
Hasta perderlo distante,
Tu abierto coche que vuela!

Y al visitar á tu lado
Las galerias soberbias
Que, cual poblacion marmórea,
Millares de estatuas llenan,

Con atónitas miradas,
Te vi, divina Enriqueta,
Competir en hermosura
Con las hermosuras de ellas,

Y parecer viva estátua
Y animada esfije griega,
Entre deidades de mármol
Y entre mujeres de piedra.

De las tres ínclitas Diosas
Que al bello raptor de Elena
Árbitro hicieron en Ida
De su insigne competencia,

Te comparaban mis ojos
Con las esfiges perfectas,
Y adunar te vi de todas
Las perfecciones diversas:

Que en la majestad á Juno,
 En la pureza á Minerva,
 Y en la gracia te igualabas
 Á la dulce Citerea.

Doquier que fuiste, el Hispano,
 El Anglo, el Frances, el Belga
 En ti prefirió á las patrias
 La rara beldad limeña:

Coral que perlas abrian
 Era tu boca pequeña,
 Y tu frente y tus mejillas
 Rosas blancas y bérmejas;
 Tus ojos resplandecian
 Cual las hermanas estrellas
 De Géminis luminoso,
 En luz y en beldad gemelas;
 Tu cuello hermoso y flexible
 El ave envidiar pudiera
 En cuyo disfraz fué Jove
 Furtivo esposo de Leda;

No hay flor que al beso del aura
 Con tanta gracia se meza,
 Cual tu talle se mecia
 Al mover tus blandas huellas;
 Y del castaño cabello
 La derramada madeja
 Toda entera te envolvía,
 Como el manto de una reina.

Ay! que para mí ese tiempo
 Ni para ti feliz era,
 Aunque sus horas fugaces
 El alma de ménos echa;

Porque siempre lo pasado
 Con deseo se recuerda,
 Aunque triste y doloroso
 Como lo presente fuera.

Cierto que más infelices
 Somos hoy, cara Enriqueta,
 Dando el hado inexorable
 Á más años más miserias.

Yo, enferma la débil carne
 Y el alma aún mas enferma,
 Arrastro una triste vida
 Que larga muerte semeja ;
 Y entre tantas desventuras
 No es la que ménos me aqueja
 El que hoy viviente cadáver
 Mis tristes ojos te vean.

Mas tu mal no sobrepuja
 De tu espíritu las fuerzas,
 A padecer enseñado
 Desde juventud tan tierna :

Y cual roble á quien no abate
 El furor de la tormenta,
 Cuanto más aquél se ensaña
 Crece más tu resistencia ;

Sin que arranquen tus dolores,
 Cuando mas fieros arrecian,
 Ni una lágrima á tus ojos
 Ni á tus labios una queja.

A los mas fuertes varones
 Tú, débil mujer, enseñas
 A sufrir, y de constancia
 Eres sublime maestra :

Del propio mal olvidada,
 Ajenos males consuelas ;
 Y cuando oyes de los tuyos
 Los ayes y las querellas,

Con relatos apacibles
 Con donaires los alegras,
 Y queja y llanto prohibes
 Y regocijos ordenas :

Siendo el último prodigio
 De la humana fortaleza
 Que todos sientan tus males
 Y tú sola no los sientas.

Y yo aprender de tu ejemplo
 Tan alta virtud debiera,
 Mostrando ménos al mundo,
 Mis lágrimas y mis quejas ;

Y oponer á las desgracias
El broquel de la paciencia,
Imitándote en sufrirlas,
Pues te imito en padecerlas.

1865.

AL DOCTOR DON CELSO B***

Si abarca fácil tu preclara mente
Científicas verdades, ¿por qué, ciega
Á la verdad, de las verdades fuente,
Á Dios no mira, y los fulgores niega
De ese sol de las almas refulgente?

No es hijo tal error de tu deseo,
Ni el vicio te arrastró, pues considera,
Dolido de tu insano devaneo,
En ti hoy el mundo por la vez primera
Resplandecer virtud en el ateo.

Alma perversa, mas que mente oscura,
Borrar logra la fé en el Infinito;
Y siempre del ateo la locura
Fué á la par desventura y fué delito;
Pero en ti solo ha sido desventura.

¿Y á ver, oh dulce amigo, á Aquel no alcanzas
Á quien canta una esfera y otra esfera
En reverentes armoniosas danzas,
Y de quien no es la creacion entera
Sino un cántico vivo de alabanzas?

Todo en la vasta creacion le nombra:
¿No oyes, dime, cantar á las estrellas:
«Nosotras somos en azul alfombra
«De sus pisadas las lucientes huellas;»
Y al sol: «yo soy su deslumbrante sombra.»?

El monte exelso que, de huella humana
Su vírgen cima hasta los cielos sube:
«Soy, dice, de su planta la peana;»
Y «yo su carro soy,» dice la nube,
«Que le llevo á la estrella mas lejana.»

«Soy su tremenda voz» retumba el trueno
 «Y yo» responde el rayo «soy su espada;»
 «Voy,» ruje el Austro, «de sus iras lleno;»
 «Soy de su alcázar la imperial portada»
 Proclama el arco de la paz sereno.

Y desde el astro que la frente en oro
 Y llamas ciñe hasta la flor del valle,
 En la ancha creacion, templo sonoro,
 No hay criatura que su nombre calle
 Y voz no sea del inmenso coro.

Y este inmortal acento no aprendido,
 Y estas voces de todos escuchadas,
 Y este idioma de todos entendido,
 ¿Será que no hablen solo á tus miradas,
 Que tan solo no suenen en tu oído?

Mas, aunque el mundo con eterno grito
 No me pregone tan augusto nombre,
 Esa voz exterior no necesito,
 Que en el amante corazon del hombre
 Con hondos caracteres le hallo escrito.

Grabóle él mismo con su santa diestra;
 Y esa profunda aspiracion y vaga
 Que enciende sin cesar el alma nuestra,
 Sin que nada la alivie y satisfaga
 En la tierra jamas, á Dios demuestra.

Dios es Aquello que nuestra alma anhela,
 Mal contenta de todo lo terreno;
 El blanco eterno á que, cual dardo, vuela;
 El infinito mar en cuyo seno
 Perder ansiara su ambiciosa vela.

Sí, Dios es todo: es la verdad secreta
 Que busca el sabio con tenaz porfia,
 De toda ciencia cual postrera meta;
 Y es Dios lo que la ardiente fantasia
 Y el corazon persigue del poeta:

Lo que busca el amante en los amores,
 Lo que busca el artista en la belleza,
 Y busca el ambicioso en los honores,
 Y el avariento busca en la riqueza,
 Y en el claro laurel los triunfadores:

Lo que en la orgia buscan los beodos,
 Y en el torpe deleite el libertino;
 Que áun por indignos insensatos modos
 Van los humanos ese bien divino
 Con insaciable sed buscando todos.

¡Siempre, do quiera Dios! la humana gente
 Desde su origen y remota cuna
 Dobló á sus aras la sumisa frente,
 Y todas las edades una á una
 Á él inclinan su vuelo reverente.

Bárbaro pueblo, en el desierto oculto,
 Si áureos palacios le levanta Roma,
 En toscas aras le consagra culto;
 Y al par le nombra que el mas rico idioma
 El idioma mas áspero é inculto.

Sin ese ser tan grande y tan perfecto,
 De nadie el universo comprendido
 Fuera alcázar real sin arquitecto,
 Libro fuera de frases sin sentido,
 Fuera sin causa solitario efecto.

Mas de Dios clara prueba eres tú mismo:
 Tu ingenio, tu alma generosa y pia,
 Tu honradez, tu romano patriotismo,
 Y ese instinto feliz que al bien te guia,
 Vencedor de tu estéril ateismo.

¡Quién palpable á tu mente hacer pudiera
 Que solo la terrestre vestidura
 Muere de la divina pasagera,
 Y que la tenebrosa sepultura
 Es del hombre la cuna verdadera!

¡Dichosos dogmas! ¡esperanzas ciertas!
 Anticipado Tártaro seria
 Nuestra vida misérrima, si abiertas
 No esperase nuestra última agonía
 De la profunda Eternidad las puertas!

Di, ¿cómo puedes disfrutar de calma,
 Di, cómo algo en la vida te recrea,
 Di, cómo aspiras á gloriosa palma,
 Si abrigas, Celso, la terrible idea
 De que fenece con el cuerpo el alma?

Cuando partir para la eterna ausencia
 Ves á persona que te fué querida,
 Y á quien, postrada por mortal dolencia,
 No pudo dilatar la dulce vida
 Todo el esfuerzo de tu vasta ciencia;
 ¿Qué alivio entónces quedará á tu duelo,
 Al pensar que al que acaba de dejarte
 No volverás á ver ni áun en el cielo,
 Cuando la fé de que el que muere parto
 Es en tal trance el único consuelo?
 ¿Y tú mismo podrás, en la fijada
 Hora infalible de ese trance fuerte,
 Sostener con intrépida mirada
 El aspecto terrible de la Muerte
 Y el mas terrible de la eterna Nada?
 ¿Y podrás en tu lecho, moribundo,
 Recibir los adioses de la esposa
 Que te amó con cariño sin segundo,
 Sin la dulce esperanza religiosa
 De volverla á encontrar en otro mundo?
 ¿Y ver podrás el doloroso llanto
 Que por ti viertan sus pupilas claras,
 Y oirás sus gemidos sin espanto,
 Si piensas que por siempre te separas
 De quien tanto te amó y amaste tanto?
 Si fué tan dolorosa la partida
 Que os impuso una ausencia pasajera,
 ¿Cuál será la postrera despedida?
 ¿Cuál será la partida que no espera
 Dulce regreso en la segunda vida?
 ¿Serán qué tristes los supremos vales,
 Si del mundo en que dices que termina
 Todo á la vez, sin la esperanza sales
 Que tu amor y el amor de Carolina
 Traspongan del sepulcro los umbrales!
 Ni que reúna un dia Dios clemente
 En su dorado alcázar luminoso,
 Con nuevo lazo que su amor aumente,
 La esposa amada y el amante esposo,
 Para no separarse eternamente!

1865.

Á LA AMISTAD.

(EN EL ÁLBUM DE UNA AMIGA.)

Aunque de corte innúmera seguido,
 El orgulloso Amor, tu bello hermano,
 Contigo aspira á competir en vano:
 Es grande, milagroso su poder;
 Mas, con poder igual, mayor pureza
 Asegura tu triunfo esclarecido,
 Que él no rompe los lazos del Sentido
 Ni las dulces cadenas del Placer.

Mas nunca logra en ti, divino afecto,
 El Sentido mezclar impura parte;
 Y desde aquí el mortal al contemplarte,
 Comprende cómo, en la ciudad de Dios,
 Se ama la noble angelical familia,
 Que, creada sin sexo diferente,
 De un solo afecto en la pureza siente
 Lo que siente el mortal partido en dos.

Con la mas lenta dilatada vida
 Tu duracion y tu firmeza igualas,
 Que tú no tienes las inquietas alas
 Con que Amor siempre fujitivo fué:
 Cual clava de alta cumbre en dura roca
 Hondísima raiz roble jigante,
 En base de granito ó de diamante
 Así tú arraigas el inmóvil pié.

Cual tal vez al Amor, duda nõ enturbia
 Á ti jamas, ni veladores zelos;
 Tú, inmóvil y tranquila cual los cielos,
 Él, mudable é inquieto como el mar:
 Tú, siempre en un semblante permaneces,
 Y él, cambiando á cada hora de semblante,
 Es tal vez áun al Odio semejante
 Que tambien, al morir, suele engendrar.

Ya de ilusion y de esperanzas lleno,
 Di al crudo Amor mis juveniles años;
 Mas amarguras solo y desengaños
 En su pérñda corte coseché:
 Harto por larga prueba escarmentado
 De sus ansias y zelos y pesares,
 Vengo, oh Diosa, á tus plácidos altares
 Á ofrecerte mis votos y mi fé.

1865.

AL CORONEL D. MARIANO IGNACIO PRADO,

DICTADOR DEL PERU.

¿Y á los mismos que ayer de grave yugo
 Libertaron la patria, hoy de las leyes
 La augusta voz enmudeciendo, plugo
 Darte un poder mayor que el de los reyes?

El mas audaz espíritu vacila
 Entre uno y otro parecer opuesto,
 Viendo que empuñas el poder de Sila,
 Si fausto alguna vez, ¡cuántas funesto!
 Suspensa entre el temor y la esperanza,
 No sabe el alma si suspire ó ria:
 Haz que incline y que rinda la balanza
 El peso vencedor de la alegría.

Firmes advierte el mundo los primeros
 Pasos que imprimes: mas la senda es larga;
 Do quier la rompen precipicios fieros;
 Y tu hombro oprime ponderosa carga.

De haber fiado su destino á un hombre
 No hagas que gima un pueblo arrepentido:
 Tu blando imperio, bajo duro nombre,
 El alma alegre, si ofendió el oido.

Nombre al pueblo mas dulce haz que te cuadre,
 Y en el Indio postrero abraza un hijo:
 Haz que la patria te apellide padre:
 Prueben los hechos lo que el labio dijo,

Cuando, desde el balcon de tu morada,
 Cual vivo mar que enmudeciera atento,
 Inmensa multitud alborozada
 Hablar te oyó con paternal acento:

Muestra á la patria «que el peruano escudo
 Está en tu amante corazon impreso;» *
 Yo te escuchaba pensativo y mudo,
 Y que lloré, al oirlo, te confieso!

Mas, aunque afecto tal tu voz nos muestra,
 Con prudente temor empero viendo
 Que hoy no usado poder arma tu diestra,
 Necesario tal vez, pero tremendo,

La voz del bardo impávida te grita
 Que, aunque enmudezca ahora y sea vana
 Mudable ley en el papel escrita,
 Hay otra ley eterna y soberana:

Ley que borrar no puede dedo humano
 Y que al monarca y al jüez sentencia,
 Porque la escribe la divina mano
 En su invisible libro: la conciencia.

De esa ley inmortal siempre obediente
 Sé á las eternas prescripciones santas:
 ¡Ay de ti, si la olvidas indolente,
 O si con torpe mano la quebrantas!

No, así al hablarte, te demando escusa,
 Ni teme el alma que mi voz te hiera;
 Digno te juzga la severa Musa
 De oir la voz de la verdad sincera.

Tu alma, prendada de la gloria, tema,
 El nombre tema de opresor nefario,
 Y de la justa Historia el anatema
 Que al vencedor te igualará de Mario.

Pronto de Sila al usurpado imperio
 Vió suceder la tierra, ya latina,
 La infame tiranía de Tiberio
 Y del hijo demente de Agripina.

* Esta y otra frase, puesta también entre comillas, son tomadas á la letra de un discurso pronunciado por el Coronel Prado el día que lo aclamaron Dictador.

¿Qué vale, dime, que el tirano muera,
Si vive su memoria aborrecida,
Y si, para execrarle justiciera,
Le da la Historia perdurable vida?

Mas no á castigo tan remoto apelo:
Cercano te le anuncio y vaticino,
Si no cumples la ley que el patrio suelo
Llama á glorioso singular destino.

Cuando á la dada fé no correspondas,
Teme las justas iras populares
Muy mas terribles que las ciegas ondas
Que airados alzan tempestuosos mares.

No te envanezca peligroso mando,
Ni el esplendor de pasagera pompa;
Ni con su halago tan oculto y blando
El postrador deleite te corrompa.

Ah! no te fies en grandeza humana:
Lo que hoy iluso dueño eterno nombra,
Sin dejar huellas, pasará mañana,
Rauda nave, humo leve, vana sombra.

El jefe vil que la suprema silla
Solo ayer mancillaba, te recuerde
Cómo la inestable suerte nos humilla,
Un prestado poder cómo se pierde!

¡Cuántos la patria nuestra, semejante
De un gran teatro á la mudable escena,
Vió nacer y morir en el instante,
Torres alzando en movediza arena!

Y fuera aquí delirio tan insano
Firme esperar y duradero asiento,
Como pedir firmeza al oceáno,
Como constancia demandar al viento.

No tan fieros los Abregos y Notos
El mar revuelven, ni de ruinas tantas
Cubren los espantables terremotos
Este suelo que huellan nuestras plantas,

Cual de revoluciones agitada
Es nuestra triste patria, y combatida;
Fijo y en pié no persevera nada:
Todo es mudanza y súbita caída.

Mas no siempre será: mintió mi verso,
 Si predijo inmortal hado tan crudo;
 Y, si tú no eres á tu estrella adverso,
 Podrás tú solo lo que nadie pudo.

Componer de discordes elementos
 La antigua confusion y la pelea,
 Calmar las olas y adormir los vientos,
 Á ti da el cielo que posible sea.

Tú del rugiente tenebroso seno
 De un cáos tan inquieto y tan profundo,
 Sacar pudieras, de armonia lleno,
 De luz, de paz y de ventura, un mundo;

Mundo feliz que, libre de tiranos,
 Locas Revueltas con su voz no asorden,
 Y donde unidos, como dos hermanos,
 Reinen sin fin la Libertad y el Orden.

Mas escucha: primero que el Estado
 Sobre inmóviles bases constituyas,
 Al aleve extranjero escarmentado
 Dejen por siempre las hazañas tuyas.

De Bolívar la fausta dictadura
 Ayacucho nos dió, tumba de hispanos: *
 Tú segundo Bolívar ser procura,
 Y otro Ayacucho glorioso dános.

El regocijo y el clamor presente
 En tu alma encienda, de la gloria amante,
 La sed de dar á la peruana gente
 Júbilo igual en dia semejante.

Ah! no en vano en tu pecho mi voz siembre,
 Y traiga el año otro glorioso dia,
 Claro rival del nueve de Diciembre,
 Y nuevo orgullo de la patria mia!

Del negro oprobio que su lustre empafia
 Del Sol á la Matrona tú redime,
 Y de la injuria que nos hizo España
 Alcanza ser el vengador sublime.

* Sin la dictadura de Bolívar, la victoria de Ayacucho no habria sido quizá posible.

Y pues «la patria bicolor bandera»
 Dices que «el tierno corazón te envuelve»
 Su mengua siente, y su beldad primera
 Y su candor perdido le devuelve.

Al vivo afán con que lavarla intentes
 Sus aguas todas te darán en vano
 Claros arroyos, cristalinas fuentes,
 Lagos y ríos, mares y océano.

Devolverle su prístina blancura
 Solo un baño pudiera, una agua sola:
 Solo una agua de mancha tan impura
 La pudiera limpiar: sangre española.

Si tanto alcanzas, y al Ibero trono
 Escarmienta tu enojo y tu castigo,
 De dictador el nombre te perdono,
 Y á ti me postro y tu poder bendigo.

Pulsando entónces armoniosa lira,
 Mi generoso númen abrasado
 Del entusiasmo en la celeste pira,
 El nombre al cielo encumbrará de Prado;

Y audaz hollando solitaria senda,
 Desatará con labio resonante
 Sublimes cantos que la Fama aprenda
 Y en su trompeta sonora cante.

Diciembre, 9 de 1865.

AL SOL.

Glorioso te proclaman las auroras
 Cuando naces, cual vástago imperial,
 Y enciendes con tus luces y coloras
 El dilatado pórtico oriental.

Huye la fría lóbrega tiniebla,
 Huye el sueño tu alegre rosicler,
 Y el orbe todo de rumor se puebla
 De luz y de colores por do quier.

Te ensalzan los ardientes mediodias,
 Cuando desde el zenit abrasador
 Sobre la tierra fatigada envias
 Mares de luz y de insufrible ardor.

Y te enaltecen las purpúreas tardes
 Cuyo rostro coloras de carmin,
 Cuando del cielo como el rey áun ardes,
 Y es el de un dios tu esplendoroso fin.

Y áun las noches, calladas pregoneras
 De tu grandeza y de tu gloria son,
 Que el brillo de sus pálidas lumbreras
 Es de tu ausencia generoso don.

Mueren á tu glorioso nacimiento,
 Náufragas en el mar de tu fulgor;
 Y en el vasto desierto firmamento
 Dominas, solitario emperador.

Solo reinar sin compañía alguna
 Á tu inmensa grandeza le está bien,
 Desdeñando el cortejo que á la luna
 Forman claras estrellas cien y cien.

Ni de luciente corte necesitas,
 Que, solo, al dia mas fulgores das
 Que, juntas, sus estrellas infinitas
 Dan á la noche que se enciende mas.

¿Qué mucho, si tan bello y tan fulgente
 Y tan fecundo y bienhechor te vé,
 Que dios te juzgue la sencilla gente
 Que el sol no alumbra de celeste fé?

Y esta region que sobre todas amas
 Y en quien viertes tus dones sin cesar,
 ¿Qué mucho fué que á tus divinas llamas
 En áurco templo consagrarse altar?

Todo süave fruto le sazona
 Y toda mies le enrubia tu calor,
 Y por ti á su magnífica corona
 Ni hermosa falta ni fragante flor.

No mas puro zafir cobija al hombre,
 Ni en mas verde jardin estampa el pié:
 Ella entre todas mereció tu nombre,
 Y tuyo el nombre de sus hijos fué.

¡Cuántos siglos tu luz la contemplaba
 Ser del Sur la triunfante emperatriz!
 Mas la viste despues vencida esclava
 Á quien hollaba Iberia la cerviz.
 Y de su redencion fuiste testigo;
 Mas ¡ay! de bien tan único á pesar,
 La viste insana combatir consigo,
 Y sus propias entrañas desgarrar:
 Imprimiendo, alentado, á su bandera
 El mismo crudo y bárbaro opresor
 El torpe ultraje de que el mundo espera
 El sangriento castigo vengador.

1865.

A****

No de tu eterna soledad te espantes
 Ni del dolor que te devora insano,
 Que esta suerte les cabe á los gigantes
 Que atras dejaron el nivel humano.
 Mira crecer, y con desden la tierra
 Dejando profundísima á su planta,
 Aislarse más la solitaria sierra
 Cuanto se encumbra más y se ajiganta:
 Ronco grito de cóndor altanero
 Es sola voz que de la tierra siente,
 Y sin fin lanza el huracan guerrero
 Dardos de fuego en su desnuda frente.
 Mas nunca de su noble desventura,
 Nunca de su destino se lamenta,
 Pues sabe que pagar debe su altura
 Con soledad, con rayo, con tormenta.
 Sufre pués mudo tu dolor profundo,
 Y halla, como las cimas, el consuelo
 De estar tan léjos del ruidoso mundo,
 En tu gloriosa vecindad al cielo.

Á ESPAÑA.

En vano, con palabras que desmiente
 Tu porte que alevoso nos maltrata,
 Tal vez te escucha la peruana gente
Hija llamarla, á tu cariño ingrata.

Que, aunque á nombrarte nuestra tiernà madre,
 Cambiando estilo, tu interes te arrastra,
 Nombre te damos que mejor te cuadre:
 Nombre de perversísima madrastra.

Tenemos, es verdad, sangre española
 Con que á tus propios vicios nos condenas;
 Pero esa sangre, España, no es la sola
 Que circula por dicha en nuestras venas.

Mas tú deliras, si blasonas única
 Sangre que impura mezcla no desdora,
 Que, entre mil, la fenicia, celta y púnica
 Tu sangre forman, con la hebrea y mora.

Y, si hora nuestra madre ser te agrada,
 Madre es tuya la gente sarracena,
 Que ayer no más al filo de tu espada
 Bañó en su sangre la africana arena.

Mas de pasados males á despecho,
 Y áun cuando tuyos son nuestros resabios,
 Perdonarte pudiera nuestro pecho,
 Respetarte pudieran nuestros labios,

Si no fuera la tierra fiel testigo
 De que, no ya como nacion extraña,
 Mas cual linaje odiado y enemigo
 Siempre nos tratas, orgullosa España.

No pueden perdonarnos tus enconos
 El que tu yugo ya no padezcamos,
 Y en nosotros mas siervos que colonos
 No tengan ya tus coronados amos.

Ya ser no nos perdonas libre gente
 Que ante planta mortal nunca se humilla,
 Y que solo ante Dios dobla la frente
 Y solo á Dios prosterna la rodilla.

Si, ocultando tal vez tu negra saña,
 Bañas en miel la lengua ponzoñosa,
 Á nadie, á nadie tu león engaña
 Convertido en la pérfida raposa.

Tu antiguo sueño sacudiste apénas,
 Y ya intentaste por la vez segunda
 Echar á nuestros brazos tus cadenas,
 Uncir á nuestras frentes tu coyunda.

Ávida ayer y torpe y traicionera,
 (No pienses que el castigo mucho diste)
 Del Perú pisoteaste la bandera,
 Y las peruanas islas invadiste.

Y hoy á la noble Chile, que indignada
 Contempló tan horrenda alevosía,
 Sitia y bloquea tu feroz armada
 Que no arredra su heroica valentía:

Que, en encadenamiento así infinito
 Que á tu rüina y perdicion te lleva,
 Cada delito engendra otro delito,
 Cada injusticia es fuente de otra nueva.

Y miéntras á tan bárbaros extremos
 Te arrojes y nos trates de tal suerte,
 ¿Cómo quererte, dí, cómo podremos,
 Cómo podremos, dí, no aborrecerte?

Y nuestra mengua no es, sino tu mengua,
 Que á España insultos y á su gente agravios
 Escuche el mundo en española lengua
 Crudos volar de americanos labios.

Ni mi culpa será, sino tu culpa
 Y de tus hechos torpes y perversos,
 Que su memoria la justicia esculpa
 En mis acerbos castellanos versos.

Harto ya tu codicia y tu arrogante
 Impía condicion que nada doma
 En el idioma resonó de Dante,
 Sonó de Shakespeare en el idioma;

Y en la francesa lengua y alemana,
 Y sueca y rusa, y en las lenguas todas
 Harto sonará la crueldad hispana,
 Harto sonarán las infamias godas.

Y ya los vicios de tu stirpe rancia,
 Y la codicia y corrupcion de Iberia,
 Fanatismo, pereza é ignorancia,
 Moral atraso y material miseria,

Mal que le pese al español soberbio
 Que luz de gentes á su patria llama,
 Son en el mundo universal proverbio,
 Y eterna voz de la parlera Fama.

Y así de lenguas en tan rica copia,
 Que pregoneras son de tus maldades,
 Solo faltaba ya tu lengua propia,
 Y hoy, España, tú misma, tú la añades.

Pronto habrán de aprender nuestros infantes,
 Si no reprimes tu insolencia extraña,
 El idioma pomposo de Cervántes
 Para ofender y maldecir á España.

Ni de ello te lamentes; lo has querido:
 Pero tiempo es aún, y si mañana
 Cambias tu porte, en generoso olvido
 Te alargará el Perú su diestra ufana.

Si no, el labio estará siempre dispuesto,
 Y dispuesta estará siempre la espada
 Á contestar denuesto con denuesto,
 Á oponer cuchillada á cuchillada.

1866.

VERSOS LEIDOS EN EL TEATRO

En la noche del día 14 de Enero de 1866, en que se declaró la guerra á España
 y alianza con Chile.

Desde el día que vió la audacia ibera,
 ¡Cuántas noches cerrar, cuántas auroras
 Miró lucir nuestra congoja fiera,
 Sin que el continuo vuelo de las horas
 La hora de la venganza nos trajera!

Vió el peruano á su amada patria bella
 Con ojos de rubor, en su mejilla
 Mirando aún purpurëar la huella
 Que la insolente mano de Castilla
 Con inícuu traicion estampó en ella.

Mas ya llegó de la venganza el dia
 La hora sonó por el honor ansiada ;
 No mas llanto y suspiros, patria mia :
 Alza al cielo la fúlgida mirada,
 Y en la justicia de tu causa fia.

No vengas, patria, tus afrentas solas :
 La deuda pagas á tu heróica hermana
 Que provocó las iras españolas
 Por darte ayuda, y que á la flota hispana
 Sulcar hoy mira de su mar las olas.

Y ya, mirando la amenaza ibérica,
 Como uua patria, como un pueblo solo,
 La libre independiente Sur-América
 Desde el golfo de Méjico hasta el polo
 Indignada levántase y colérica :

Y en natural indestructible alianza
 Y poderosa formidable liga,
 Clamando en fiera voz : « Guerra y Venganza »
 Se arma contra su pérfida enemiga,
 Y á la pelea impávida se lanza.

Deja ya, Iberia, tu esperanza vana,
 Y á saber tu arrogancia se disponga
 Que de las naves que mandaste ufana
 La suerte que ayer cupo al *Covadonga*
 Cabrá tambien á las demas mañana.

Si en esa nave al pabellon hispano
 Ha sucedido el tricolor chileno,
 Pronto verá tal vez el oceáno
 La *Villa de Madrid* por su ancho seno
 Pasear triunfante el pabellon peruano.

Mas..... peruano, chileno, ¡ vano modo
 De hablar! — si en igual reto nos reúnes,
 Blancos iguales del insulto godo,
 Glorias y triunfos nos serán comunes,
 Será comun entre nosotros todo.

No esperes de las naves el retorno
 Que á nuestras playas en mandar te afanes,
 Que, para gloria nuestra y tu bochorno,
 Ninguna volverá de Magallanes
 El estrecho á pasar ni el cabo de Horno.

1866.

Á JOSÉ AYARZA,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LA SEÑORA DOÑA
 DOMINGA AYARZA DE AMUNÁTEGUI.

Crezca sin tasa el doloroso llanto
 Que las mejillas férvido te inunda,
 Y que das á la muerte
 De tu madre segunda,
 Que con inmenso amor supo quererte:
 Lloro, sin tregua lloro,
 Desde que luce el rayo de la aurora
 Hasta que duerme el día
 Entre los brazos de la noche fría:
 Que en tan amargos duelos,
 En tan hondos pesares,
 Tener el desgraciado anhelaría
 Por ojos las estrellas de los cielos
 Y por llanto las ondas de los mares!
 ¿Y es posible, posible ¡oh dura suerte!
 Que la que ayer sentía,
 Que la que ayer pensaba,
 La que ayer nos amaba,
 Hoy tronco sea de materia inerte,
 Que ni oye la voz nuestra
 Ni el tacto siente de la usada diestra?
 ¿Qué fué del pensamiento?
 ¿Qué se hizo el sentimiento?
 ¿En dónde está la luz de la mirada?
 ¿En dónde, en dónde la espresion amante
 Que animaba el semblante?
 ¿Dónde el alma sensible, inteligente,

Por entre el claro cuerpo contemplada,
Como al traves de vidrio trasparente?

¿Hay vigorosa mente
Que la crüel necesidad comprenda,
De separarnos ¡ay! eternamente
Del ser idolatrado
A cuyo dulce lado
Fué de la vida la difícil senda
MénoS áspera y larga ;
Que con nosotros compartió la carga,
Y que por tantos años, dia á dia,
Fué nuestra inseparable compañía?
Eterno adios ya dijo
Al esposo y al hijo;
Ya partió á la morada
Por los tristes difuntos habitada ;
Allí duerme en estrecho
Oscuro frio lecho
En donde es dura piedra su almohada ;
Y en donde solamente
Su sombra silenciosa
De vez en cuando escuchará su nombre
Leído por la voz indiferente
Del que fije los ojos en su losa
Al visitar el mudo cementerio:
¡Oh destino misérrimo del hombre!
¡Oh de la muerte lóbrego misterio!
Era la vida en vano
De la que lloras un dolor perenne ;
Que el corazon humano
Jamás la muerte en su dolor desea,
Y eterno apego á la existencia tiene,
Por infeliz que la existencia sea.
Es igual nuestra vida
A una hermosa querida
Que con desden constante nos maltrata,
Y mas amada cuanto más ingrata.
¡Crüel alternativa! ¡trance fuerte!
O la vida, ó la muerte ;
La vida despedazá,

Crucifica, atormenta sin medida,
 Y apurar hace del dolor la taza;
 La muerte nos arredra é intimida,
 Y su recuerdo solo nos espanta,
 Y erízase el cabello
 Y se hiela la voz en la garganta:
 Si es proceloso el mar en que navega
 La humana estirpe ciega,
 Y está de escollos por do quier cubierto,
 Es mas horrible y temeroso el puerto
 Donde su nave destrozada llega.

Del mortal el destino,
 Entre la vida y muerte, semejante
 Es al del navegante
 Que, náufrago y asido á débil pino,
 En medio del mar vasto,
 Su único asilo y esperanza viera
 En islas, de antropófagos manidas,
 Donde de humanos vientres será pasto,
 Y que solo evitara la mar fiera
 Abordando á sus playas homicidas.

Y el que se queda, en tanto
 Suelta la rienda al llanto
 Y se queja de Dios y desespera,
 Y nada ven sus ojos
 Que no irrite su pena y sus enojos!
 La creacion entera
 De su mismo dolor vestir quisiera:
 Pero la creacion indiferente
 Su desventura y su dolor no siente;
 Y, como cada dia,
 Á su infortunio y afliccion ajeno,
 Derrama el sol sereno
 Á torrentes la luz y la alegria;
 Y rie la floresta,
 Y rie el prado ameno,
 El dolor insultando con su fiesta;
 Y leda canta el ave,
 Y de aromas derraman un tesoro,
 Con él enriqueciendo el aura pura,

Flores de nieve y escarlata y oro;
Y en el vasto universo nada sabe
Ni de saber se cura
Cuál es la fuente de tan largo lloro,
Cuál el objeto de dolor tan grave!
Así, triste hijo, tu dolor quisiera
Que hallasen tus miradas
En todos los semblantes, por doquiera,
Las penas que te aflijen retratadas:
Y yo que te amé siempre con ternura,
Y á quien unen contigo
Desde tus tiernos dias
Mas que lazos de deudo los de amigo,
Á sentir te acompaño tu amargura
Y mezelo con tus lágrimas las mias:
Solo y triste consuelo
Que darte pueda en tan amargo duelo.
Otra voz á enjugar te invitaria
El llanto acerbo que tu pena vierte
Y á distraer dolor tan desmedido:
Yo á mas pena y mas llanto te convido;
Y ojalá que muy tarde á poseerte,
Muy tarde venga el tenebroso olvido,
Que es la segunda muerte.

1866.

AL SEÑOR DON MANUEL AMUNÁTEGUI,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Ya cerraste los ojos que fueron
Tus estrellas, oh mísero esposo:
Ya escuchaste del labio amoroso
El postrero tiernísimo adios!
Y padeces, de aquélla privado
Que te fué tan leal compañera,
Los dolores que el alma sintiera,
Si partirla pudieran en dos.

Ay! ¡cuán mudas las solas estancias!
 Ay! ¡cuán vasta la casa desierta!
 De la aurora la luz te despierta,
 Y á tu lado tu esposa no ves;
 Ves á su hijo, le abrazas, sollozas,
 Y recuerdas que en íntimos lazos
 Otros dulces y tiernos abrazos
 Os ligaron un día á los tres!

Ya con alas movidas apénas,
 Silenciosas, eternas, vacías
 Van midiendo sus horas tus días
 En la triste quietud de tu hogar:
 El dolor en la mesa te aguarda,
 El dolor en el lecho te espera,
 Y te aguarda el dolor donde quiera,
 Y te hiere el dolor sin cesar.

Una dulce ilusion de tus sueños
 Te la pinta tal vez á tu lado,
 Y oír piensas su acento adorado
 Que te dice: «despierta, Manuel:»
 Mas despiertas, los brazos estienes,
 Y hallas mudo y vacío tu lecho,
 Y tu suerte maldices, deshecho
 En tristísimo llanto de hiel.

Ocho lustros la dulce costumbre
 Con sus lazos unió vuestras vidas,
 Que, en un cauce mezcladas y unidas,
 Rios fueron que corren á par:
 Del consorte raudal despojado,
 Hoy, cual pobre arroyuelo de estio,
 Tristemente doliéndose un rio
 Solitario camina á la mar.

De los años que solo viviste
 Ocupaba tu mente el olvido,
 Cual si juntos hubierais nacido,
 Cual si juntos debierais morir:
 Y sin esa mitad tan querida,
 Sin su amor y perenne cuidado,
 Para ti jamas hubo pasado,
 Ni jamas para ti porvenir.



Mas aquel que imposible creias,
 Que sin ella llegaras á verte,
 Lo demuestra implacable la muerte
 Y le arranca á tu llanto la fe:
 Á tus ojos las Horas futuras
 Tristes doblan la pálida frente,
 Aumentando la pena presente
 La ventura del tiempo que fué.

.....

.....

Pues quedasteis aquí solitarios,
 Pobre huérfano y triste viudo,
 Estrechad mas y mas vuestro nudo,
 Acreced mas y mas vuestro amor:
 Ese solo consuelo te resta,
 Pobre esposo, en tan único duelo;
 Hijo triste, ese solo consuelo
 Hoy te queda en tu inmenso dolor.

1866.

ANIVERSARIO.

Sigue un día á otro día,
 Oh dulce patria, y el rubor los cuenta;
 Que, impune todavía
 Injuria tan sangrienta,
 Son dos años la edad de nuestra afrenta.

Como el hijo que llora
 De la madre la pública mancilla,
 Bañe tu prole ahora
 En llanto la mejilla,
 Al ver, patria, la mengua que te humilla.

No en brazos de Amor duerma
 El buen peruano, ni descanse ó ria,
 Estando tu honra enferma:
 Destierre la alegría
 Hasta que llegue de tu triunfo el día.

Tal dia en fin cercano
Contemplas, patria; que la armada ibera
Ya surca el oceáno,
Pidiendo tu ribera
Do el escarmiento y el baldon la espera.
Oh Abril, oh Abril, tú viste
El ultraje del pérfido enemigo
Y nuestro oprobio triste:
Sé tú tambien testigo
De la justa venganza y del castigo.

14 de Abril de 1866.

ESPAÑA.

SONETO ESCRITO AL RECIBIR LA NOTICIA DEL
BOMBARDEO DE VALPARAISO.

Juntó la Muerte ante su trono un dia
Á los ministros de su furia aciaga,
Por dar la palma al que, de todos, haga
Mas fiero el cargo que á su saña fia.
Fué la sangrienta Guerra á la porfia,
El Terremoto que ciudades traga,
Incendio y Hambre y Peste, y cuanta plaga
Sirve del mundo á la señora impia.
El premio horrendo cada cual espera,
É indecisa la negra Soberana
Sus méritos iguales considera;
Mas viene España, y los laureles gana,
Que es ella de las plagas la mas fiera
Y el gran azote de la estirpe humana.

EL GARIBALDI Y LA CARTA.

Rosana, tierna hermosura,
 Hechizo y lustre de Lima,
 En su estancia solitaria,
 Con mano diestra y prolija,
 Mueve la aguja lijera
 Por una roja camisa,
 De esas que el insigne nombre
 Deben al héroe de Niza.
 Para su novio la labra
 Á quien puro amor la liga,
 Artillero que guarnece
 De Junin la batería ;
 Ya su preciosa tarea
 La bella vírgen termina ;
 En blancó paño la envuelve
 Atado con rojas cintas ;
 Y en tierno amoroso llanto
 Inundadas las mejillas,
 Estos renglones escribe
 Al que ni un instante olvida :

« Bien quisiera, oh mi dueño, tu Rosana
 Que el Garibaldi por sus manos hecho,
 En vez de ser de tan delgada lana
 Que mal bastara á proteger tu pecho,
 Fuera de mano de potente hada,
 De impenetrable májico tejido,
 Semejante á la túnica sagrada
 De que ánjel lidiador está vestido.

Cuando en los riesgos de la lucha pienso
 Y crudos tiros de la Muerte ciega,
 Me oprime el corazon dolor inmenso,
 Y mi semblante en lágrimas se aniega.

Quisiera que tornaras á mi lado
 Para escapar á tan feroz tormento.....
 Perdona: soy mujer: te habré enojado:
 Mas ya recojo mi cobarde acento.

Y aunque te mire mi cariño espuesto
 Al ciego golpe de homicida bala,
 Oprobio fuera abandonar el puesto
 Que el honor, que la patria te señala.

Por la patria es la lid: con pecho fuerte
 Lucha, y vuelve á mis brazos victorioso:
 Pero, si encuentras en el campo muerte,
 Allá en el cielo te diré mi esposo.»

Esto al guerrero adorado
 Escribe la hermosa niña,
 Casi en el papel borrando
 Con sus lágrimas la tinta:
 Dobla la carta, y solloza,
 Escribe el sobre, y suspira;
 Llorando sella, y llorando
 Papel y presente envia:
 Ante imágenes sagradas
 Á su devocion queridas,
 Juntando las blancas manos,
 Cae luego de rodillas;
 Y á Dios sus preces eleva
 Y á la Virgen sin mancilla,
 Y á la que hoy del cielo es Rosa
 Y un tiempo lo fué de Lima,
 Para que en las olas hundan
 Los bajeles de Castilla
 Los valerosos guerreros
 Que por nuestros lares lidian,
 Y que, tornando el que adora
 Con gloria, pero con vida,
 Ella que llorar no tenga
 De la patria en la alegría.

30 de Abril de 1866.

Á LA GUERRA.

No ya, no ya, cual las aciagas veces
 En que hermanos armaste contra hermanos,
 Las almas aflijidas estremeces
 De los buenos peruanos.

De Sur á Norte, del Ocaso al Este,
Armado se levanta el Perú entero,
Como una sola é impaciente hueste,
Como un solo guerrero.

Que no eres hoy el execrable horrendo
Monstruo maldito cuyo nombre espanta:
Hermosas apariencias revistiendo,

Hoy eres justa y santa:

Santa para la patria y quien derrame
Su sangre y por tal madre dé la vida;
Mas para el torpe Ibero eres infame
É injusta y maldecida.

Hoy doble faz ostentas: una bella,
Otra feroz que el corazon aterra:
Ésta conviertes á la mar, aquélla
Conviertes á la tierra.

Una faz á mi patria alborozada
Alto honor y victoria vaticina:
Presagia la otra á la española armada
Derrota, oprobio, ruina.

1º de Mayo

VERSOS ESCRITOS

EN LA NOCHE DEL DOS DE MAYO.

¡Oh entusiasmo sagrado!
Padre ardiente de mártires y fuertes,
Que á los guerreros invencibles haces:
De provocar y padecer mil muertes
Los pechos que te sienten son capaces;
Del número te ries,
Y en héroe al pusilánime conviertes.
Eres licor divino
Con que el humano espíritu embriagado
Se llena de un glorioso desatino,
De una sublime celestial locura:

Por ti los riesgos de la lid no cura,
 Y magnánimo olvida
 Que en frágil cuerpo mora,
 Sujeto al rasgo de mortal herida;
 Desafiando la lluvia atronadora
 De ardientes proyectiles,
 Cual si le fuera invulnerable veste
 El duro cuerpo del tremendo Aquile;
 O de impasible lidiador celeste!

Para aquel que, en defensa de sus lares,
 En bélico ardimiento se entusiasma,
 Víctima de la patria en los altares,
 No, no es la Muerte el hórrido fantasma
 Que ve en su lecho el infeliz doliente;
 No es esa reina de terror y saña,
 De huecos ojos, de amarilla frente,
 Y mano armada de voraz guadaña:
 Es alada doncella,
 De faz resplandeciente,
 Como el semblante de la Gloria bella:
 Es celestial esposa
 Que á placeres eternos nos convida,
 Mil veces mas hermosa
 Y mas dulce y risueña que la Vida.

Bien en tan fiero desigual combate
 Lo probasteis, ilustres campeones
 Del honor de la patria y sus derechos,
 Que á la muerte opusisteis vuestros pechos
 Y caisteis al pié de los cañones!
 Y tú, Gálvez heroico,
 De Libertad amante immaculado,
 Que en tan alta encumbrada jerarquía
 Pereciste lidiando cual soldado!
 No la patria en tu losa
 Derrame vulgar llanto,
 Que á vida tan gloriosa
 Un tan glorioso fin correspondia:
 Eterno tema de sublime canto
 Serás á la peruana poesia;
 Su mas insigne página y mas clara

Á tu nombre dará la patria Historia,
 Y ya un himno mi Musa te prepara,
 Digno quizá de tu divina gloria.
 ¡Oh tú, del quinto mes día segundo,
 Si al altivo contrario
 Eras grande glorioso aniversario,
 Sélo tambien de hoy más á todo un mundo!
 El Español te empaña,
 Torpe eligiendo de tu sol el rayo
 Para que alumbre tan inicua hazaña:
 Mas, cual brillante ensayo
 De cuanto hacer aguarda contra España,
 El Perú tiene ya su *Dos de Mayo*.
 Que esta lucha no es lucha pasagera,
 Que se decide en única pelea,
 Que á una generacion tan solo alcanza;
 Esta es lucha inmortal: quien de paz hable
 Por cobarde y traidor tenido sea;
 Odio irreconciliable,
 Ira, rencor, venganza,
 Como preciosa herencia
 De América los hijos legaremos
 Á nuestra mas remota descendencia.....

OCTAVAS.

Ay! que han llegado á tan horrible punto
 Mi desesperacion y negro hastío,
 Que parece que encierra todo junto
 Del infierno el horror el pecho mio:
 Envidia el sueño eterno del difunto,
 Sin que se sienta el corazon con brio
 Para vibrar la cortadora espada
 Que en el seno me abisme de la nada.
 Noches insomnes paso, hora tras hora,
 Cual la noche que pasa el desdichado
 Que sabe con certeza que á la aurora
 Será del nuevo dia ajusticiado:

Miro por fin la luz despertadora,
 Que en nada cambia mi anterior estado,
 Y un dia añade á mi vivir amargo,
 Cual noche triste, como siglo largo.

No me dejó de mis felices dias
 El destino implacable ni despojos:
 Merecen mis eternas agonias
 Eterno llanto de raudales rojos:
 Aunque fuerais el mar, lágrimas mias,
 Y fuerais las estrellas, oh mis ojos,
 En tanto duelo, en infortunio tanto,
 Ojos faltaran y faltara llanto.

La fiel memoria, contra mí ensañada,
 Y que ninguna desventura olvida,
 Ofrece de la mente á la mirada
 Cuantas desgracias lamentó mi vida:
 En vasto mar de pesadumbres nada
 El alma triste sin hallar salida,
 Ni divisar, cual náufrago, la playa
 Donde anhelante á refugiarse vaya.

Y en tanto que sin término me aflijo,
 Escucho, dulce patria, la algazara
 Que levantas en justo regocijo,
 Solemnizando tu victoria clara:
 Bien sabes, patria, que no tienes hijo
 A quien más seas que á este triste cara,
 Y si un consuelo mi dolor consiente,
 El de verte feliz es solamente.

Sé feliz, oh mi patria, sé gloriosa;
 Cifian tu noble sien nuevos laureles,
 Miéntras mi pecho de dolor rebosa,
 Miéntras apturo del dolor las hieles;
 Yo cantaré tu gloria esplendorosa
 Aun sintiendo las ansias mas crüeles,
 Y con el corazon despedazado
 Celebraré tu venturoso estado.

Yo, patria, te daré una poesia
 Que ardiente, noble, vigorosa y fuerte,
 Te arme contra extranjera alevosia
 Y apacigüe tus bandos y concierto;

Mas á veces tambien lágrima pia
 Pueda tu hijo aflijido merecerte,
 Si con el canto de tu gloria alterna
 La triste voz de su congoja eterna.

Mayo de 1866.

VERSOS QUE SE SUPONEN DICHS

POR SEJISMUNDO AL FIN DE "LA VIDA ES SUEÑO."

SEJISMUNDO: ¿Qué os admira? qué os espanta?
 Si fué mi maestro un sueño
 Y estoy temiendo en mis ansias
 Que he de despertar y hallarme
 Otra vez en mi cerrada
 Prision.
 (*Calderon* :) "La vida es sueño."

No os asombreis tanto, nó,
 Si en la templanza que nuestro
 Tan otro de mí soy yo;
 Un sueño ha sido el maestro
 Que tal cambio me enseñó.

Temo, fiel á su leccion,
 Que, cuando más la altivez
 Levante mi corazon,
 Me he de encontrar otra vez
 En mi lóbrega prision.

Yo con mi ejemplo te enseño,
 Raza de Adan engañada,
 Que *toda la vida es sueño*,
 Y *el mayor bien es pequeño*
 Y la mayor gloria es nada.

Nadie con dichas se engria,
 Cual se engrió el alma mia,
 Ni abatido desespere,
 Por más que hollado se viere
 De adversa fortuna impia.

Sufra su injusto poder,
Y de la pena mayor
Consuélese con saber
Que es solo un sueño el dolor,
Como es un sueño el placer.

Como, durmiendo, la mente
Dichas ó desgracias sueña,
Así, despiertos, nos miente
O triste vida ó risueña
Una ilusion mas potente.

Pues del mas grande al menor
Solo es soñar nuestra ley,
Decid, ¿qué importa en rigor
El que uno sueñe ser rey
Y el otro pobre pastor?

¿Y á mí qué me ha de valer
Soñar que monarca soy,
Yo que preso soñé ser?
Tan vano es mi cetro de hoy
Como mi prision de ayer.

Y adversa ó feliz la suerte,
Opulenta ó desvalida,
Es forzoso que la muerte
Venga al fin y nos despierte
De este sueño de la vida.

Viva pues la humana jente
Viendo que es fuerza que muera,
Viva como solamente
Dormida, y como si fuera
Á despertar de repente.

Quien me vió proceder ciego
Del orgullo con la venda,
Al fin de este caso atienda
Y en mí considere luego
El escarmiento y la enmienda.

Míreme entre tanta gloria,
Humilde, templado, blando,
Tratarla como ilusoria
Y usar de mi alta victoria,
Generoso perdonando.

Y atentos todos estén
 Á obrar bien y huir el mal,
 Pues en vida á un sueño igual
 Es tan solo el hacer bien
 Lo verdadero y réal.

Á PROMETEO.

¿Por qué padeces tan enormes penas?
 ¿Por cuál empresa tan audaz y loca
 De Júpiter las iras desenfrenas,
 Y yaces circundado de cadenas
 Sobre desnuda solitaria roca?

¿Á los hijos seguiste de la Tierra
 Que, aconsejados por la fiera Diosa,
 Al cielo hicieron temeraria guerra,
 Y amontonando sierra sobre sierra,
 Pelion alzaron sobre Olimpo y Osa?

Mas tu ayuda no obtuvo la quimera
 Con que intentaba su demencia osada
 Alzar empinadísima escalera
 Que hasta el cielo llegase, y donde fuera
 Cada montaña una gigante grada.

Compadecerte del linaje humano
 De los dones de Júpiter proscrito,
 Y al hombre dar con generosa mano
 El radioso elemento de Vulcano:
 Ese fué tu magnánimo delito!

Le igualaba del cielo la sentencia
 De ciegos brutos á la abyecta plebe:
 Y si la luz del arte y de la ciencia
 Hoy hace ménos triste su existencia,
 Á tu enseñanza, á tu piedad lo debe.

Mas vanamente al Cáucaso lejano
 Con eternas fortísimas amarras
 Te hizo ligar el celestial tirano,
 Y el águila en tu pecho clava en vano
 Su pico agudo y sus tajantes garras.

En vano irrita su furor hambriento
 El siempre vivo renaciente pasto
 Del palpitante corazon sangriento;
 Y en vano abraza el sol y azota el viento
 La atada mole de tu cuerpo vasto.

Tan injusto euan hórrido castigo
 Con sufrimiento indómito padeces,
 Sin que nunca el dolor pueda contigo
 Acabar que á tu bárbaro enemigo
 Humilde engrias con cobardes preces.

Nunca vendrá para su orgullo el dia
 Que te arrepientas del robado fuego;
 Y, aunque es rey de los mundos, todavia
 Un contento le falta á su ufanía:
 Mirar tu humillacion, oir tu ruego.

1866.

Á UN AMIGO.

Como en la soledad de su conciencia
 Retirado mortal habla consigo,
 Así mi vida sin disfraz te digo
 Y te muestro hasta el fondo el corazon:
 Y el tuyo me descubres, y engolfados
 En ese blando platicar estrecho
 Que cual cristal nos transparenta el pecho,
 Horas y dias cual instantes son.

La ausencia, tumba de menor afecto,
 Los ciegos cambios de la Suerte impia
 Y la mano del Tiempo, desafia
 Una amistad tan verdadera y fiel;
 Y cuando intente con su aguda espada
 Nudo romper tan enlazado y fuerte,
 Verá con ira la sedienta Muerte
 Sus duros filos embotarse en él.

¿Qué es para el alma, que al unirse á otra alma
 Del raudó tiempo el suceder olvida,
 Qué es la mas lenta dilatada vida
 Sino un instante que pasara ya?
 En mí tú sientes, como en ti yo siento,
 Que, á pesar de la Muerte y su crudeza,
 La amistad nuestra que en el mundo empieza
 En el cielo por siempre durará.

Me verá lamparilla vigilante
 Altas verdades indagar contigo,
 Y un libro ser nuestro tercer amigo
 Que mas estreche nuestro lazo aún.
 Yo al arte consagrado, tú á la ciencia,
 Siguiendo cada cual su propio instinto,
 Aspiraremos á laurel distinto,
 Mas con esfuerzo idéntico y comun.

Mas no solo del ansia de la gloria
 En nuestros pechos arderá la llama
 Para que así los labios de la Fama
 Altos loores sin cesar nos den:
 Gloria ansiaremos para que esta gloria
 Tambien la gloria del Perú acreciente,
 Siendo siempre nuestra ansia mas ardiente
 De nuestra patria el esplendor y el bien.

¡Ah! mil veces nosotros venturosos,
 Si por nuestra obra grande y bienhechora
 Lucir la patria la risueña aurora
 Viera de glorioso porvenir!
 Mas felices aún, si siempre juntos,
 Así ganando la mayor corona,
 Como un tiempo La-Rosa y Taramona,
 Por la patria lográramos morir!

Y juntos nuestros restos guardaria
 Un solo monumento que, cual ara
 De amistad y de gloria, visitara
 Religiosa la fiel posteridad!
 Y oyeran nuestras sombras consoladas
 Decir con pio reverente labio:
 «¡Héroes amigos! oh poeta! oh sabio!
 De la Patria los votos aceptad!»

LO BUENO DE ESTE MUNDO.

No es justo que viva el alma
 Siempre acogojada y triste,
 Que, aunque el mejor este mundo
 No es de los mundos posibles,
 Cosas tiene todavía,
 Entre mil que nos afijen,
 Para solaz y consuelo
 De los hombres infelices:
 Hay aromáticas flores
 Que esmaltan ricos matices;
 Pájaros que dulces cantan,
 Aguas que sonando rien;
 Noches de luna; mujeres
 Con rostros de querubines;
 De amistad dulces coloquios
 Y de amor indefinible;
 Tiernas y amorosas madres
 Que sin cesar nos bendicen;
 Hay el poema de Dante
 Y los de Homero sublimes,
 Y hay cuadros de Rafael
 Y hay música de Rossini.

1866.

EL ECO Y LA SOMBRA.

Dios con el hombre á quien ama
 Siempre liberal y bueno,
 Un eco le dió á su voz
 Y dió una sombra á su cuerpo;
 Queriendo así que, aunque huella
 Los mas desnudos desiertos,
 Del todo solo no vaya
 Y lleve dos compañeros.

Al uno mudo contempla
 Ir á sus piés en el suelo,
 Su movimiento ajustando
 Á su mismo movimiento.

Al otro invisible escucha
 Que responde á sus acentos,
 Repitiendo á la distancia
 Sus sonidos postrimeros.

La sombra á los ojos sirve
 De compañía y consuelo,
 Y es consuelo y compañía
 De los oídos el eco.

De la sombra se imagina
 El solitario viajero
 Que sus pasos acompaña
 Taciturno esclavo negro;

Y del eco se figura
 Que amigo invisible genio
 Con él á solas conversa,
 Su largo viaje siguiendo.

1866.

Á LA FLOR DEL CHIRIMOYO.

¡Oh flor del trópico ardiente,
 Flor cuyo aroma divino
 Embriaga cual dulce vino
 Que hace delirar la mente:

¿Qué importa, dí, que no muestres
 Los deslumbrantes colores
 De tantas altivas flores,
 Brillantes joyas campestres?

Si ricos matices Flora
 Rehusa á tu verde estrella,
 De las fragancias en ella
 La mas divina atesora.

Y á blancas flores y rojas
 Puedes disputar la palma
 Por el aroma que es alma
 De tus balsámicas hojas.

Más perfumas un retrete
 O vastísimo aposento
 Que de cien flores y ciento
 Espléndido ramillete;

Y en los ardores del día
 Haces que léjos trascienda
 Como magnífica tienda
 De variã perfumeria.

Entre flores decir puedes
 Que el alto lugar disfrutas
 Que merece entre las frutas
 La que anuncias y precedes ;

Manjar que solo debia
 Servirse en regio convite
 Y cuyo gusto compite
 Con la celeste ambrosia.

Tal vez, en su ardiente seno
 La beldad te anida, como
 Rico cristalino pomo
 De esencia fragante lleno.

Mis sentidos, flor del cielo,
 No hartas ni ofendes jamas,
 Y cuanto te aspiro mas,
 Aun mas aspirarte anhelo.

Y juzgo, cuando te siento,
 Que en ti la Diosa de amor
 Guardó la mas pura flor
 De su celestial aliento.

1866.

A UNA CIEGA.

¡Cómo hasta el alma me llega
 Mirar el llanto tenaz
 Con que tu pupila ciega
 Silenciosamente riega
 Lo marchito de tu faz!

Para la vista y el llanto,
 Mezclando el mal con el bien,
 Ojos nos dió el cielo santo:
 Mas ¡ay! tus ojos no ven,
 Ellos que lloraron tanto!

Fuentes de mar encendido,
 Muertos á luz y color,
 Vanos son para el sentido;
 Solo sirven al dolor
 Que puso en ellos su nido.

Despertando á la natura,
 En vano el brillante dia
 Sucede á la noche oscura:
 Para ti, muy mas sombría,
 Noche sempiterna dura.

¡Qué de gozos tienes ménos
 Y que de bellezas pierdes!
 Cielos limpios y serenos,
 Frescos valles, campos verdes,
 Y prados de flores llenos.

¿Cómo será que concibas
 Lo que son exelsos montes,
 Aguas bullentes y vivas,
 Infinitos horizontes
 Y lejanas perspectivas?

¡Infeliz, que el elocuente
 Rostro humano no conoces,
 Y hablar no ves juntamente
 La faz de aquel cuyas voces
 Tu oído entre sombras siente!

En vano la creacion
Allá en lo alto y á tus plantas
Ostenta su perfeccion:
Para ti bellezas tantas
Como si no fueran son.

Para tu muerta mirada
Que nunca la luz alegre
La creacion enlutada
Es una pájina negra
Del gran libro de la Nada.

Mas, si á tus ojos faltar
Pudo el oficio de ver,
¡Con cuánto exeso el pesar
Cumplir les hizo el deber
Y el oficio de llorar!

Para la vista y el llanto,
Mezclando el mal con el bien,
Ojos nos dió el cielo santo:
Mas ¡ay! tus ojos no ven,
Ellos que lloraron tanto!

1866.

Á LA FELICIDAD.

Yo vi que no eran tu mansion mis lares,
Amada entre las Diosas, y por ti
Surqué extranjeros procelosos mares,
Y apartadas rejiones recorrí.

Y cada orilla que tocó mi prora
Con labio ansioso preguntar me oyó:

¿Aquí, decidme, la Ventura mora?
Mas ¡ay! doquier me respondieron: no!

*Id mas allá: no mereció este suelo
Que su áurea planta se imprimiera en él:*
Y sin cesar su arrebatado vuelo
Sigue de playa en playa mi bajel.

Y nunca abordo á la feliz ribera
Donde me digan: *La encontraste ya:*
Antes hiere mi oido donde quiera
Ese eterno terrible *mas allá!*

Así del mundo infante en el misterio,
 Anhelando tu asilo encantador,
 Las islas de Fortuna y el hesperio
 Jardin buscaba el hombre soñador.

Mas, viendo que en las playas no resides
 De su natal Mediterráneo mar,
 Mas allá de los términos de Alcides
 Tus islas bellas se lanzó á buscar.

Y en el remoto piélago de Atlante
 Intrépido guiando su timon,
 Iba siempre esperando mas distante
 El fujitivo umbral de tu mansion.

Y en el vasto Pacífico oceáno,
 Tras siglos largos, penetró tambien;
 Pero, sus playas recorriendo en vano,
 No halló en ninguna el suspirado Eden.

Mas siempre en lo ignorado todavia
 Su fe cifraba y su ilusion tenaz;
 Y *mas léjos, mas léjos* repetia,
 Y nunca daba á su carrera paz.

Holló comarcas donde reina solo
 De eterno estío el implacable ardor,
 Y hasta los hielos últimos del polo
 Lanzó el audaz bajel explorador.

Y hoy que el nativo globo descubierto
 Por donde quiera el desdichado ve,
*¿Á qué mar, se pregunta, y á qué puerto
 Para encontrar á la Ventura irá?*

Mas, aunque nunca á poseerte alcanza,
 Y á todos ve su decepcion comun,
 No se rinde y fallece su esperanza,
 Y persevera su desco aún.

Que otra playa le queda donde vaya
 De tu hermosura misteriosa en pos,
 Y es la del cielo esa postrera playa
 Adonde puso tu morada Dios.

Gozando allí lo que rejion alguna
 Le dió del mundo, encontrará por fin
 Las islas verdaderas de Fortuna,
 De las Hesperias el réal jardin.

Y sois vosotras esas islas bellas
 Donde el hombre infeliz ha de abordar,
 Refulgentes altísimas estrellas,
 Doradas islas del celeste mar.

1866.

Á LA MITAD DE MI ALMA.

¿Cuándo será que los cielos
 Á ti piadosos me junten,
 Mitad ausente del alma,
 Beldad misteriosa y dulce?

Tú que tan bella y perfecta
 Concibe mi ardiente númen,
 Sin que una sombra lijera
 Tantas bellezas anuble.

¿Quién me dirá donde moras,
 Qué extraña region te encubre,
 Qué isla de aquellas que cantan
 Los poéticos laudes?

Quizá en la opulenta Europa,
 Incógnito transeunte,
 En rumorosos paseos,
 Entre inmensa muchedumbre,
 Con miradas distraidas

Á tu lado pasar pude,
 Y nada me dijo el alma
 Y tu presencia no supe!

Quizá en pública morada,
 Junto á ti hospedaje tuve,
 Do solo delgado muro
 De tu beldad me desune!

O tal vez, cuando surcaba
 Del mar los campos azules,
 Te llevaba á opuesta orilla
 Veloz divisado buque!

Á veces la ilusa mente
Á otra contigo confunde;
Mas, presto desengañada,
Ve que no hay quien te simule:

Ve que á ninguna te iguala
Sin que tu beldad injurie,
Y que ninguna fué digna
De que mi amor la tribute.

Tras los floridos Abriles
Van los nublosos Octubres,
Y no te hallo, dueño mio,
Y tu ausencia me consume.

Acaso tambien me buscan
Tus ardientes inquietudes,
Y es, como el mio, el anhelo
Con que me llamas inútil.

¡Ah! quién sabe si tú moras
Por encima de las nubes,
En esas islas brillantes
Que la noche nos descubre,

Mas cerca de los palacios
Donde Dios sin sombras luce
Á las miradas absortas
De los ardientes querubes.

O quizá, siendo este suelo
El que mereció tu lumbré,
Ha ya infinitas edades
Que frio mármol te cubre;

Y admiró tu claro ingenio
Y tus divinas virtúdes
Y tu celestial belleza
Otro siglo mas ilustre.

O quizá quieren los cielos
Que tu nacimiento alumbre
Futuro remoto día
Que la mente no descubre.

Tal vez será que el cuidado
El pecho entonces no turbe
Y que de dolor y vicios
La humanidad esté inmune.

¡Ah! ¡por qué no quiso el cielo
Que fueran las horas dulces
De tan venturosos días
A entrambas vidas comunes!

1866.

EL AÑO Y LA VIDA HUMANA.

El cano Invierno con rigor impera
Sobre campiñas desoladas ya;
Mas de nuevo la jóven Primavera
Con blandísimo cetro reinará.

Es el Año una imájen de la vida
Desde la infancia hasta la edad senil;
Muere en tumba de hielo, y en florida
Cuna renace en el risueño Abril.

Mas si del Año en giro sempiterno
Sucede nueva infancia á la vejez,
Del hombre frágil tras el mustio invierno
No rie Abril por la segunda vez.

IMITACIONES

DE CANTOS POPULARES TOSCANOS

I.

Breve carta, oh bella infiel,
Mi inmensa pasion mal pinta:
Y si la mar fuera tinta
Y el cielo fuera papel,
Antes que poder pintar
Mi amor y constante duelo,
Se llenara todo el cielo
Y se secara la mar.

II.

¿No te parece, dí, mortal pecado
 Robarme y no volverme el corazón?
 ¿Qué sacerdote, dí, te ha confesado,
 Que te ha podido dar la absolución?

III.

Á Roma la celebrada
 Para ver San Pedro fuí,
 Y estuve casi en la entrada:
 Pero me acordé de ti,
 Y me volví sin ver nada.

IV.

Á mirar el cielo ven:
 ¡Qué de estrellas! pues son mas
 Los pesares que me das
 Con tu continuo desden.

V.

Dicen que á casarte vas:
 Ah! no te cases: espera;
 Deja que esta triste muera
 Y despues te casarás.

VI.

Perdí mi corazón, y todos dicen
 Que tú lo has encontrado:
 Devuélvemelo pues, niña del alma,
 O dáme el tuyo en cambio.

VII.

Á tí me siento llevar,
 Privado de mi albedrío,
 Como el arroyuelo al río
 O como el río á la mar.

1866.

EL DOS DE MAYO.

I.

Ardiente Númen mio,
De quien es alma patriotismo santo;
Tú que fuiste el primero
En levantar el indignado canto
Contra el ultraje del inicuo Ibero,
Y la voz despertando de otros vates,
Con tu clamor guerrero
Encendiste la patria á los combates:
Hoy que triunfante sonreir la miras,
Al universo cuenta
La vengadora lid y alta victoria
Con que días de afrenta
Convierte en siglos de radiante gloria.

II.

Sonó en nuestras riberas
Voz espantada de la rauda Fama,
Que narraba el escándalo inaudito
Con que las españolas naves fieras
Prendieron cruda llama
En puerto inerme de la heroica Chile:
Se alza doquiera de venganza un grito;
No hay corazon peruano que no anhele
Ver llegar á los torpes incendiarios
Para que paguen tan atroz delito:
Irrita la tardanza
El impaciente anhelo de venganza:
Nadie hay que de su puesto se desvie
Ni del fiero peligro el paso tuerza:
Se burla el patriotismo de la fuerza
Y el denuedo del número se rie.

Arriba al cabo la feroz armada
 Que ya, cual suele, nos venció en idea,
 Y en su insensata vanidad ni áun piensa
 Que diestra se alze á contrastarle osada
 Y á oponerle brevísima defensa.

Cual la justicia humana
 Deja de vida fugitivo plazo
 Al que la ley á perecer sentencia,
 Así el caudillo de la flota hispana,
 Ya suspendiendo el fulminante brazo,
 Tres días nos concede en su clemencia
 Para esperar la inevitable ruina
 Que su justa venganza nos destina.

Mas no á vil muerte, sino á noble lucha
 El peruano valiente se apercibe,
 Y la amenaza escucha
 Con desdeñosa mofadora risa:
 Los marciales aprestos acelera,
 Y con ardiente prisa
 Del resonante mar en la ribera
 Bélicos aparatos improvisa
 Que, de virtud maravillosa llena,
 Brotar parece la fecunda arena,
 Como si la golpeará
 De diestro mago la potente vara.

¡Oh entusiasmo! ¡oh ardor que no consiente
 Ser descrito jamas de humana lira!
 Parece que en el aire se respira,
 O que invisible eléctrica corriente
 Le lleva y comunica por doquiera;
 Y ese sublime universal contagio
 Que hasta del mas cobarde se apodera
 Es ya de la victoria venidera
 Clara prenda, certísimo presagio.

Lima al vecino amenazado puerto
 Su enardecida poblacion traslada,
 Y de incesante turba apresurada
 Se ve el camino blanquear cubierto:
 Del mar azul junto al movable llano,
 La muchedumbre que su playa inunda

Y, al fuerte impulso del trabajo activo,
 Baraja sus enjambres bullidores,
 Es otra mar segunda,
 Es un piélagos vivo
 De pintorescas ondas de colores.
 En rivales esfuerzos combinados,
 Cada brazo se emplea
 En tan santa patriótica tarea,
 Que iguala razas, nivelando estados:
 Que el corazón peruano es el que late
 En el pecho del pobre
 Á quien tiñe la faz ébano ó cobre,
 Y en el del blanco y rico y del magnate;
 Y hoy contra el desdefioso
 Orgullo insano y proceder perverso
 Y la codicia pérfida española,
 Es el Perú vastísimo coloso
 De rostros ciento de color diverso,
 De blancas, negras y amarillas manos,
 Pero de un corazón y una alma sola.

III.

Musa de las batallas, ven y dáme
 Con diestros labios alentar tu trompa,
 Que con hórrido son los aires rompa
 Que á lo léjos en torno se derrame:
 Haz que truenen mis versos, y veloces
 Vuelen del labio que tú inspiras, como
 Igneas saetas ó encendido plomo,
 Tronantes rimas é inflamadas voces:
 Retumbe y vibre en ellos, como pudo
 En los aires entónces,
 El trueno horrisonante y rayo agudo
 De mortíferos bronces:
 Torne á ser el estrago horrendo y crudo
 Y el herir y el matar en mis guerreras
 Estrofas, de la lid renovadoras;
 Y el glorioso combate de quien horas
 Fueron la edad veloz y fugitiva,

Como en lienzo que fiel lo represente,
 Para siglos sin fin haz que reviva
 Y que dure en mi canto eternamente.
 Mas ya siento en mi pecho que rebosa
 Y en mi agitada sien apénas cabe
 Tu inspiracion, oh Diosa;
 Y en ágil vuelo pronto,
 Cual si en la espalda me nacieran de ave
 Encumbradoras alas, me remonto;
 Irresistible impulso me levanta
 Sobre la tierra y anchuroso ponto;
 Y en el sereno cristalino campo
 Del éter vasto, con segura planta
 Los firmes pasos orgulloso estampo:
 Hierven en mí los versos impacientes;
 Á mi trémula boca
 Altas voces afluyen á torrentes,
 Que en rápida cadena
 Un arte superior liga y coloca;
 Y mi ágil pluma con presteza rara
 Los albos pliegos ennegrece y llena,
 Como si escrito canto trasladara.

IV.

De la ardua lid al corazon sediento
 Luce el alba por fin del Dos de Mayo;
 Y cuando en la mitad del firmamento
 Despide el sol su mas ardiente rayo,
 En los aires serenos,
 Que creó Dios á la tormenta ajenos
 Y que hoy osa turbar furor humano,
 Principian cruda guerra
 La iberica tempestad del oceáno
 Y la peruana tempestad de tierra:
 Retumba ronco trueno de contino
 Del huracan marino,
 Y sin cesar responde ronco trueno
 Del huracan terreno;
 Del humo negro dilatadas nubes

Cambian el claro día en noche densa
 Por relámpagos mil do quiera rota ;
 Espesa lluvia de granizo ardiente
 Ondas y tierra sin cesar azota :
 Y todo, todo, en confusion inmensa,
 En nuestras playas apacibles miente
 El estrago y el ímpetu y la saña
 Con que desraiga selva corpulenta
 Y en truenos y relámpagos revienta
 Furiosa tempestad de la montaña.

Como leon ayuno se abalanza
 A la segura presa,
 Tal desdeñoso se abalanza el Godo,
 Mas que de lid, hambriento de matanza :
 Pronta victoria aguarda
Sobre la vil afeminada gente,
De España hija bastarda,
*Del brazo no, mas de la voz valiente ; **
 Pero su triunfo tarda,
 Y de tan largo resistir se admira,
 Y su desden primero
 Trueca el soberbio en impaciente ira.

Como resiste secular encina,
 Afianzada en hondísimas raices,
 Al ímpetu del cierzo,
 Y ni aun la frente inclina,
 Así resiste el peruviano esfuerzo ;
 Y, al ver el español que no se abate
 Mas y mas dobla su iracundo embate ;
 Y con frecuencia igual, de cada parte,
 Serpéando entre nubes de humareda,
 Raudos vuelan los rayos con que el arte
 Los del tonante Jehová remeda.

No hay pasajero instante
 En que del trueno el hórrido estampido
 No ensordezca el oido,
 Y en que del rayo la siniestra lumbre,
 Los atónitos ojos no deslumbre;

* Frases de periódicos españoles.

Y cual propio elemento de la Muerte,
 En ruido y luz el aire se convierte.
 Parece con las armas del Averno
 Lidiarse la batalla;
 Y balas silvadoras,
 Bombas atronadoras,
 Esparcida metralla,
 Y formas ciento y diferencias miles
 De letales ardientes proyectiles,
 Que cruzan encontrados sin sosiego
 Los espacios celestes,
 Cubren entrambas huestes
 Con resonante bóveda de fuego.

Tiembla en torno el terreno,
 Como si el Terremoto en lo profundo
 De su cóncavo seno
 Sus titánicos miembros prisioneros
 Bramando sacudiera, y furibundo
 De su cárcel la bóveda golpeará
 Con vigorosa resonante frente,
 Y por romperla indómito pugnará,
 De sus duras prisiones impaciente.

Igual á cada parte, entre sangrientos
 Horrores, se mantiene la lid cruda
 De quien teatro son dos elementos;
 Y cada combatiente semeja
 Al elemento mismo que lo encierra,
 Si como el mar el Español asalta,
 El Peruano resiste cual la tierra,
 O como exelsa roca á cuya planta
 El mar sus ondas tímidas quebranta.

Y en vano tú, vastísima *Numancia*,
 Al Leviatan inmenso semejante,
 Del océano emperador tremendo,
 Frente á la playa inmóvil te colocas,
 Llama con humo y horroroso estruendo
 Vomitando á la vez por tus cien bocas:
 Con nada tiemblan los heroicos pechos
 Que por la patria y el honor pelean;

Y aun cuando en nube mas espesa vean
 Fuego en torno llover horrendamente,
 Al Perú independiente
 Con clamoroso: gritos victorean ;
 Mezclándose al estruendo de los mares
 Y discorde compas de los cañones
 Las músicas sonoras militares,
 Y el himno patrio que en ardor heroico
 Inflama los peruanos corazones !

Mas de tus tiros al acierto daña
 Hispano lidiador, y á tu destreza
 El ciego empeño é impaciente saña
 Que tus confusos tiros precipita: —
 Y en torpe desperdicio,
 Muchedumbre infinita
 De bombas que prodigan tus descargas,
 Distante aún del término pedido,
 Cae para apagarse en las amargas
 Ondas, tras vano amenazante ruido.

Mas tu insano furor, *Numancia* cruda,
 Al fin la Suerte en nuestro daño ayuda,
 Que bien tu acierto escaso
 La ayuda pide del propicio Acaso.
 De tus bocas lanzada bomba ciega,
 De la Suerte guiada por la mano,
 Hasta la Torre llega
 Que el nervio encierra del valor peruano:
 Allí hacinado por funesto olvido,
 El negro polvo que á las graves balas
 Viste del fuego las ligeras alas,
 Por la bomba fatal es encendido!
 Y en el desastre horrendo y repentino
 Vuelan los generosos combatientes
 Entre la espesa nube
 Y humoso remolino
 Que hasta los cielos resonando sube!

V.

Fuiste, entre cuantos héroes allí abisma,
 Tú la presa mas noble de la Parca,

GALVEZ inmaculado y cual la misma
 Santa Justicia incontrastable y recto,
 Prez y honor de la antigua Cajamarca,
 Y el hijo de la Patria predilecto;
 De la Patria que, hoy huérfana de tantos
 Hijos queridos que le cuesta España,
 Por ti se entrega á mas aguda pena
 Y tu sepulcro baña
 De acerbo llanto en mas copiosa vena:
 ¡Ah! si mi voz en la terrena vida,
 Oh Galvez inmortal, te fué querida,
 Acepta grato este recuerdo breve
 Que hoy mi laud te da junto á tu huesa,
 Hasta que el himno de alabanza eleve
 Que de mi amante Númen la promesa
 Á la esperanza de la patria debe.

Y á ti, CORNELIO BORDA,
 Á ti mi canto nombrará segundo,
 Que en el suelo nacido de la hermosa
 Nueva y mejor Granada,
 Hiciste con tu muerte á todo un mundo
 Tu patria dilatada!
 Cual concebido en su fecundo seno
 Y á sus pechos criado,
 De su dolor el maternal tributo
 No cesará mi patria de ofrecerte:
 La faz cubierta por oscuro velo
 De lamentable luto,
 Lloran las Ciencias tu temprana muerte
 Y de tu claro ingenio y tu desvelo,
 En flor cortado, el abundoso fruto.

Tambien tu losa en lágrimas inundo,
 Oh tú, DOMINGO NIETO, que dos dias
 En doloroso lecho
 Yaciste moribundo,
 Y en cuerpo vigoroso y fuerte pecho
 Mas vigoroso espíritu escondias!
 No tan solo un hermano en ti lamenta
 Quien contigo nació del propio seno;
 Que á nadie, á nadie apellidaste amigo

Á quien estrechos lazos fraternales
 No ligaran contigo,
 ¡Oh dechado y espejo de lëales!
 Ni á ti tampoco olvidará mi verso
 Ni de justa alabanza será parco
 Que escuche el universo,
 ¡Oh noble corazon, ANTONIO ALARCO!
 No á la lid peligrosa
 Á ti el deber, sino el valor te llama; *
 Y de él guiada, á la funesta Torre
 Tu ansiosa planta corre,
 Allí acechando con tenaz cuidado
 El instante propicio
 Para ocupar del último soldado
 El mas huido peligroso oficio; †
 Al fin le ocupas con afan inquieto
 Desafiando á la Muerte;
 Y la Muerte aceptó tu osado reto,
 De ti no perdonando los despojos,
 Ni sangrientos pedazos, ni señales
 Que contemplaran los fraternos ojos,
 Que besaran los labios maternales.
 Y el grato conocido
 Rumor de sus pisadas
 En vano aguardará tu atento oido
 En tús desiertos silenciosos lares,
 ¡Oh adorada hermosísima doncella,
 Que al pié de los altares
 Unir pensaste á su robusta mano
 Tu blanca mano delicada y bella!
 Las antorchas nupciales
 Que ayer regocijaban tu deseo
 Se trocaron en teas funerales,
 Y en endechas los cantos de himeneo!
 Y mi Musa tambien de ti se acuerda,
 Y te consagra mi laud rendido
 Un fúnebre gemido
 De su doliente cuerda,
 ¡ENRIQUE MONTES, què en aspecto blando

* Era bombero. † Cabo de cañon.

Y dulce rostro hermoso
 Impreso demostrando
 De la bondad y la nobleza el sello,
 Cual á esposa gentil gentil esposo,
 Alma bella juntaste á cuerpo bello!
 En vano, en vano á la enlutada viuda
 Preguntan por su padre idolatrado
 Los hijos pequeñuelos:
 Ella, llorosa y muda,
 Abraza en ellos á tu fiel traslado,
 Clavando húmedos ojos en los cielos.

Ni ausente se hallará, noble ZAVALA,
 Tu nombre antiguo entre los claros nombres
 Que en este canto premiado inscribo;
 Era tu anhelo mas constante y vivo
 Por la patria morir, por esa madre
 Á quien un hijo indigno,
 Tu hermano en sangre pero no en virtudes,
 Guerra feroz enviaba
 Y hacer queria de su reina esclava:
 Y á Dios que tu anhelar cumplió benigno
 Repetias en tu hora postrimera:
 «Gracias, gracias te doy, Señor clemente,
 Pues cuando ingrato á la que el ser le diera
 Hiere un Zavala, tu bondad consiente
 Que otro Zavala por la patria muera.»

Mas á vosotros, CÁRCAMOS ilustres,
 Os crearon los cielos
 Como en la sangre en la virtud hermanos,
 Y de idénticas prendas adornaron
 Vuestros nobles espíritus gemelos:
 De ingenio igual, del mismo
 Ardiente acrisolado patriotismo,
 Que os hizo, con igual merecimiento,
 Juntos rendir el postrimer aliento.
 De vuestro fin la roedora pena
 Pronto á otro hermano le abrirá la tumba,
 Y con él perderá su último alivio
 Anciana madre que feroz condena
 Á tan largo vivir la suerte esquiva

Para que, sola y de consuelo ajena,
¡Ay! á todos sus hijos sobreviva.

VI.

Mas con rabiosa lengua
Venganza grita el peruviano bando,
Al contemplar caer tan escojidas
Víctimas, y los brios redoblando,
Hace pagar con espantable exceso
Al torpe Ibero tan preciosas vidas.
¿Quién, quién ahora encarecer podria
De los peruanos jefes las hazañas
Y el heroico valor y la osadia?
Impávidos, serenos,
Mueven do quiera la segura planta,
Y ni el creciente riesgo los espanta
Ni hace que venga su valor á ménos;
Es en vano que inmensa muchedumbre
De balas y de bombas y granadas
En torno siempre ensordeciendo llueva:
Con la voz y el ejemplo
Animar á los otros los contemplo,
Y hacer que todos con pujanza nueva,
Cual si la lid de nuevo comenzara,
Arrojen á porfia los letales
Rayos artificiales
Á la escuadra feroz de España avara.
Con firme pulso y con tenaz mirada,
Su afan heroico ni un veloz instante
Remite el valentísimo artillero;
Y cual de la Justicia disparada
Por la certera mano,
Cada entrafia de acero
Que vomita el cañon republicano
Hambrienta despedaza
De los regios navios la madera
O la férrea armadura y la coraza;
Y la gran mole atravesando entera,
Tal vez por el opuesto roto lado
Sale, de muertes y de estragos harta,

Á apagarse en el piélagó salado.
 En el espacio breve
 Que les permiten sus flotantes casas,
 Amontonados mueren y confusos
 Los tristes siervos de una reina aleve:
 Rabiosamente cae y agoniza
 Sobre el tibio cadáver de su hermano
 El doliente marino, que no espera
 Que descansa á lo ménos su ceniza
 De su remota patria en la ribera,
 Y que tendrá por tumba el oceáno.
 Y en vez de presenciár de los lejanos
 Hijos, padres y esposos
 Los triunfales regresos,
 Madres, hijas y esposas españolas
 Ver no podrán á sus amantes manos
 Llegar siquiera los helados huesos
 De los que sepultaron nuestras olas.
 ¡Oh peruanas, templad vuestros enojos,
 Que el llanto que hoy derraman vuestros ojos
 Será pronto vengado
 Con llanto mas acerbo y doloroso
 Por ojos españoles derramado!
 Ni al soberbio caudillo
 Guarda de heridas el ferrado muro
 Del nadante castillo
 Donde pensaba combatir seguro:
 Aquí una nave, á zozobrar vecina,
 Por bocas mil el oceáno bebe:
 Otra, la cárcel rota
 Del espíritu ardiente que la mueve,
 Como cadáver flota:
 Ya por doquiera á desmayar empieza
 El valor en el pecho
 Y en el brazo la usada fortaleza;
 Ya el español, en trance tan estrecho
 Vencer desesperando,
 Da al temor en el ánimo cabida,
 Triunfando del rubor y del despecho
 El amor renaciente de la vida.

VII.

No para huir aguarda
 Que al claro día su enemiga venza,
 Para que el velo de la Noche parda
 Esconda de su fuga la vergüenza:
 ¡Y á los rayos del Sol que de occidente
 Una hora y otra dista,
 Del universo atónito á la vista,
 Allí en cien naves á la lid presente,
 Á rauda fuga lanza
 La temerosa prora
 Esa escuadra feroz que en esperanza
 Era ya del Pacífico señora.
 En vano la convida y la provoca
 El peruano cañon con ígnea boca.
 Á combate segundo,
 Á nueva lid reñida:
 Desoye el reto y espantada olvida.
 Que la contempla el mundo,
 El mundo todo á quien hacer testigo
 Ofreció su jactancia
 De nuestra rota y ejemplar castigo:
 La Union la mira é Inglaterra y Francia.
 Su fuga acelerar, de pavor llena;
 Y aun la inmensa *Numancia*
 Mal su glorioso nombre respetando,
 Cual herida ballena,
 Busca su salvacion en la distancia.
 Hüir, hüir la mira
 El peruano guerrero y arde en ira,
 De mas lucha ganoso,
 De mas gloria sediento y codicioso:
 Acusa de sus naves la demora
 Y maldice al destino
 Que le rehusa ahora
 Veloces alas de huracan marino
 Y en la playa le prende y encarcela,
 Y de volar le priva

Por el abierto acuático camino
 En seguimiento, con vapor ó vela,
 De la veloz armada fugitiva.
 ¡Ah! si á los breves débiles navios,*
 Cuya atrevida gente
 Con diestra tan feliz y osados brios
 Hoy segundó al terreno combatiente,
 Juntaran su valor el *Huáscar* fiero
 Y compañera nao
 A quien dió nombre nuestro bien primero †
 (En futuros combates vencedores)
 Y esas que vió la nebulosa *Abtáo* †
 Á fuerzas resistir tan superiores;
 En pos, España, de tu huyente flota
 Volaran ya nuestros guerreros prestos,
 Y consumada tu espantable rota,
 El mar sembraran sus aciagos restos!
 No mas, no mas blasones
 De ser, oh Iberia, fuerte y valerosa
 Entre todas las gentes y naciones;
 Ni mas se jacte tu demente lengua
 De ser tu pueblo el que imposibles osa:
 Borrón tan negro, tan patente mengua
 De hoy mas, oh Iberia, abata
 Tu soberbia insensata,
 Y tu enhiesta cerviz humille y doble;
 Pues con tan grande y hórrido aparato
 De orgullosos bajeles
 Y con pujante fuerza mas que doble,
 Nos cediste del triunfo los laureles,
 Cuando tu brazo combatir podia
 Y vida te quedaba todavía!
 No, no es esa la senda,
 No es esé el porte que el honor señala;
 Tras tan fiera amenaza y tan tremenda
 Y pomposo arrogante desafío,
 Lanzar debiste tu postrera bala,
 Perder debiste tu postrer navio!

* El *Tumbes*, el *Loa* y el monitor *Victoria*.

† La *Independencia*.

‡ La *América* y la *Union*.

VIII.

Tú al cielo, oh patria, en tanto
Alza la frente, de rubor desnuda,
Y en noble orgullo tu vergüenza muda
Y en risa ufana tu rabioso llanto.
Tan claro triunfo al universo muestra
Que, si castigas tarde
El ultraje alevoso de Castilla,
Tan solo fué por que la alzada diestra
Te desarmó el cobarde
Que mancillaba la suprema silla.
Bien patentizas lo que libre vales
De cadenas violentas;
Y esplendorosa pájina hoy aumentas
De tu moderna Historia á los anales,
Que á la posteridad ménos no asombre
Que la que lleva de Ayacucho el nombre.
América divina,
En tus vastas llanuras solitarias
Enciende tus volcanes,
Como grandes aereas luminarias
Que no apagan los recios huracanes!
Y á los ecos profundos
De tus inmensos caudalosos rios,
Que se llevan al mar cual otros mares
De lechos aureos y de dulces ondas,
Mezclen do quier tus bosques seculares
Y vastas selvas tenebrosas y hondas
Su música salvaje y voz agreste,
Entonando magníficos cantares
Que asciendan á la bóveda celeste!
Y tú, gigante emperador de rios,
Portentoso Amazonas,
Que ufano naces de peruana fuente,
Y de bosques umbrios
Y de selvas antiguas te coronas;
Apresura tu férvida corriente
Por el vecino dilatado imperio,

Tu festiva llegada anticipando
 Al poderoso océano de Atlante;
 A quien la nueva venturosa anuncia
 De nuestro triunfo y del desastre iberio,
 Y él alegre la cante
 Y la lleve al antípoda hemisferio.

IX.

Y tú, á quien tan espléndida victoria
 En grande parte adjudicar es dado;
 Recibe de la Musa, ilustre PRADO,
 El sincero tributo y merecido
 Que el loor te anticipa de la Historia;
 Y de libre poeta
 Concede atento oído
 Al libre canto que de un pueblo entero
 La gratitud y afectos te interpreta.

Gózate en tanta hazaña
 Y sé grande y glorioso entre los hombres,
 Debelador de España,
 Que del magno Bolívar
 Y San Martín y Sucre entre los nombres,
 Con áureos caracteres ves escrito
 De la gloria en el fúlgido volúmen,
 Tu nombre por América bendito
 Y celebrado por mi altivo númen.

Y pues ves que te sobra
 El favor de los cielos y tu estrella,
 La sucesión de tus hazañas sella
 Y pon cima á tu obra:
 Con el principio venturoso en ella
 El venturoso medio corresponda,
 Y el fin con uno y otro se compase:
 De América cumpliendo la esperanza,
 La interna paz con mano firme en honda
 Inconmovible base
 Para siglos cimenta y afianza:
 Á ti por fin se deba que el peruano
 Valeroso guerrero

No desnude la espada
 Para hundirla en el pecho del hermano
 En impía contienda,
 Y para herir la guarde al extranjero
 Que sus hogares codicioso invada
 O que insolente su decoro ofenda.

La sangrienta Discordia furibunda,
 Domada por tu diestra victoriosa,
 En los abismos hunda
 El durísimo cuello,
 Y lívida cabeza ponzofiosa,
 De quien son vivas hebras
 Y enmarañado y hórrido cabello
 Áspides silvadores y culebras.

Por ti el hijo segundo
 Del quinto hijo del Año
 Sea padre fecundo,
 Aurora lisonjera,
 Tras larga noche oscura,
 De una divina era
 De progreso, de paz y de ventura.

X.

Entra á ceñir tus lauros, y contigo
 Los bravos campeones
 Que fueron el terror del enemigo:
 Ya os espera la ansiosa muchedumbre,
 Collados coronando hasta la cima
 É hinchendo inquieta los vecinos valles;
 De la opulenta Lima
 Ledos hollad las alfombradas calles:
 Cada privado hogar con puerta ornada
 Por vistosa flotante colgadura,
 Cual rostro amigo, sonreir procura
 Á vuestra fausta victoriosa entrada:
 Al son del atambor y los marciales
 Pomposos instrumentos
 Y al exelso clamor de las campanas
 Que cuentan vuestra gloria al firmamento,
 Por los arcos magníficos triunfales

Pasad con frentes del laurel ufanas :
 Ved de hechiceras vírgenes hermosas
 Coronados balcones y ventanas,
 Que con manos de nieve
 Blancas derraman y purpúreas rosas
 Y rica copia que sin tasa llueve
 Sobre vuestra cabeza, oh vencedores,
 De cuantas bellas y fragantes flores
 Enjendran en su seno
 Los esmerados huertos y pensiles
 De la hermosa ciudad y campo ameno
 En donde cuenta el Año doce Abriles.

Blanco é iman de innúmeras miradas
 Sois; á entusiastas gritos
 Haceis abrirse innumerables labios,
 Y en sublime patriótico alborozo
 Palpitar corazones infinitos!
 Os sonrie la vírgen seductora
 Que siempre del valiente se enamora;
 Siente, al miraros, noble envidia el mozo,
 Os bendice entre lágrimas el viejo;
 Y hace el curioso infante
 Que la madre en sus brazos lo levante
 Para mirar el triunfador cortejo.

Y entre el sonoro universal concierto
 De alabanzas unánimes que escucho,
 Tambien las tuyas añadir advierto
 Á los ancianos héroes de Ayacucho.
 Sobre los lauros nuevos
 Los antiguos ceñid, claros mancebos,
 Que á vuestras frentes tiernas y lozanas
 Trasladan ellos de sus nobles canas:
 Recibiendo en la férvida alabanza
 Que al héroe por el héroe se dispensa
 La mas alta y honrosa recompensa
 Que pudo ambicionar vuestra esperanza!

XI.

Las densas olas blandamente abriendo
 Del vivo mar que vuestro pié embaraza,

Hollad la bella y anchurosa plaza
 Donde se eleva el soberano templo:
 Allí os espera venerable anciano,
 Cuya rugosa frente
 Es ya la mas antigua, en el cristiano
 Orbe, que mitra episcopal circunda,
 Y que la humilde gratitud profunda
 Que por merced tan clara
 Al Dios de las batallas debe el fuerte
 Se apercibe á ofrecer al pié del ara.

Subid, subid con religiosa planta
 A la morada santa
 Del solo á quien humilla
 Su corazon el libre y su rodilla:
 Allí, puestos de hinojos, é inclinando
 Á las sacras baldosas
 Las coronadas sienes victoriosas,
 Gracias rendid con labio reverente
 Al dios de los ejércitos potente.

Él fué quien de tan alto vencimiento
 Os concedió la suplicada palma:
 Él entusiasmo y generoso aliento
 Y heroico brio os infundió en el alma:
 Vuestro mas débil brazo hizo robusto
 Él, y aceró sus decaidos nervios,
 Trocando doncel tímido en atleta;
 Y del contrario injusto
 Él quebrantó los ímpetus soberbios,
 Y le cubrió de confusion secreta.

Fué su divina protectora diestra
 La que trazaba la invisible curva
 Que siguieran los globos inflamados
 Que lanzaba la vuestra,
 Y fué esa diestra, que al mas fuerte turba,
 La que ahuyentó las españolas naves,
 Cual desbandada turba
 De temerosas aves;
 Y esa diestra será la que, si intenta,
 Corrido de su afrenta,
 Hacer de su fortuna nuevo ensayo

El soberbio español en mar ó en tierra,
Circunde nuevo lauro á vuestra frente,
Mas fulguroso que el del Dos de Mayo:
¡Gloria á Aquel, gloria á Aquel eternamente
Que es el Dios de la paz y de la guerra!

XII.

Tú que ya el eco de mi voz conoces,
Ven, oh Fama, y aprende el canto mio;
Y sin cesar batiendo sonadora
Tus innúmeras alas y veloces,
Del ardiente ecuador al polo frio,
Del negro ocaso á la brillante aurora,
Cántalo por doquier con tus cien voces;
Llevando á los oidos
De las mas solas gentes y apartadas
Y mas remotos pueblos y escondidos
Las glorias de mi patria vencedora,
Y la exelsa merced del poderoso
Dios de Israel cuya clemencia adora,
Y cuyo nombre santo
Coronará con esplendor radioso
Este triunfal enardecido canto.

1866.

SENTENCIAS DEL INCA PACHACÚTEC. *

Sobre el que envidia al bueno.

El que tiene envidia al bueno
Saca mal del bien ajeno
Con que á sí mismo se daña,
Como la asquerosa araña
Saca de la flor veneno.

(O mas libremente:)

El que tiene envidia al bueno
Saca para sí mal dél,
Como en un jardin ameno
El áspid saca veneno
De donde la abeja miel.

Sobre el que á un tiempo envidia y es envidiado.

Aquel que, envidiado, envidia
Con doble tormento lidia:
¡Feliz aquel solamente
Á quien en doble reposo
El cielo vivir consiente
Ni envidiado ni envidioso!

Sobre los jueces venales.

Los jueces sin conciencia que á escondidas
Las dádivas reciben de las partes,
Pues son ladrones, por justicia sean
Castigados con muerte como tales.

Sobre la embriaguez, la ira y la locura.

La ira, la embriaguez y la locura
Corren parejas: mas las dos primeras
Voluntarias son siempre y pasajeras,
Y la tercera, involuntaria, dura:

* Los siguientes dichos sentenciosos que he puesto en verso pertenecen á Pachacútec, noveno de los reyes Incas é hijo del famoso Viracocha: fué gran conquistador, como su padre y todos sus antecesores, y mas gran lejislador y reformador. El P. Elias Valera, en las preciosas reliquias de su "Historia del Imperio de los Incas," aprovechadas por Garcilaso de la Vega, nos ha conservado estas y otras sentencias de este sabio monarca. Véanse los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega, Lib. 6º, cap. XXXVI.

Si á todos vés portarse de igual modo,
Merézcante, por causa diferente,
Tierna piedad el infeliz demente,
Y desprecio el airado y el beodo.

Sobre los médicos ó herbolarios.

El herbolario ó médico que solo
De algunas yerbas la virtud alcanza
Y saber no procura la de todas,
Ese tal sabe poco, ó sabe nada:
Porfiar conviene hasta saberlas todas,
Como las que aprovechan las que dañan,
Para alcanzar el codiciado nombre
Y entera ciencia, no imperfecta y vana.

Sobre el que aspira á saber lo supérfluo, no sabiendo
lo necesario.

Digna es de befa y risa la mania
Del que contar presume las estrellas,
No sabiendo contar en su ignorancia
Ni los ñudos y tantos de sus cuentas.

Sobre los adúlteros.

Si al que la agena hacienda á hurtar se atreve
Justa ley al patíbulo condena,
Con mas justicia sentenciar se debe
Á la postrera irreparable pena
Al adúltero vil que roba aleve
La honra, la fama y la quietud ajena:
Pues, si riqueza aquél y éste honra y calma,
El uno roba al cuerpo, el otro á el alma.

1866.

DISPARATES.

Alaban del universo
Todos la armonia suma
Y su órden maravilloso
Y su inefable hermosura,

Mas tal orden y belleza
 No solo á poner en duda,
 Sino hasta á negar se atreve
 Mi desvergonzada Musa.

Dadme un Mapa que la tierra,
Patria del hombre, dibuja:
 Ved que de ella el oceáno
 Tres cuartas partes ocupa:

Los continentes son islas
 Que el mar inmenso circunda,
 Cuando debieran los mares
 Ser, cuando mucho, lagunas.

Si el mundo es mansion del hombre,
 ¿Ha sido medida justa
 Que casi todo agua sea
 Para la escamosa turba?

Patria del hombre á la tierra
 Lllaman sin razon ninguna,
 Y patria de los pescados
 Se puede llamar con mucha.

Nadie de alabar se cansa
 La hermosa luz de la luna:
 Yo confieso que es hermosa
 Y que mis penas endulza;

Mas mi Musa cabalmente
 En eso mismo se funda
 Para quejarse de que haya
 Mil y mil noches oscuras;

Y si en el mar cada tarde
 Halla el sol su sepultura,
 Todas las noches debiera
 Arder la antorcha nocturna;

O, en vez de una luna sola,
 Debiera haber dos ó muchas
 Cual las que á Saturno ó Júpiter
 Magníficamente alumbran:

Aunque lo mejor sería
 Que el sol no se hundiera nunca
 Y que hubiera un día eterno
 Sin tarde ni noche oscura.

Si bien en esta materia
 Habrá quien diga y arguya,
 Que para que el dulce Sueño
 En el reposo nos bunda,

Es útil, es necesario
 Que el universo se cubra
 Con las espesas tinieblas
 De la noche taciturna :

Pero ¿dormir era fuerza?
 Mi curiosidad pregunta;
 ¿Que necesidad habia
 De aquella muerte nocturna?

¿Es tan grande la distancia
 Que hay de la cuna á la tumba,
 Que así en pasagera muerte
 Media vida se nos huya?

Es blanda la primavera:
 Pues ¿por qué eterna no dura?
 Y el verano y el invierno
 Sin cesar con ella turnan,

En alternativa inieua
 Condenándonos su furia
 Á que el calor nos derrita
 Y á que el frio nos entuma.

Aun al Otoño pudiera
 Admitirle por sus frutas
 Y por los ricos racimos
 De la dulcísima uva,

Con cuya caliente sangre,
 Ya dorada y ya purpúrea,
 Se consuelan los pesares
 Y alivian las desventuras.

Pero al invierno y verano
 Hallar no puedo disculpa,
 Ni compensacion discurro
 Á su venida importuna.

Y ¿qué disculpa hallar pueden
 Zancudos, moscas y pulgas,
 Y mil molestos insectos
 Que en el aire y tierra abundan,

Que nuestro pellejo horadan
 Y que nuestra sangre chupan,
 Que asordan nuestros oídos
 Y nuestra paciencia apuran?
 ¿Para qué son las montañas
 Y las áridas llanuras
 É inhabitables desiertos
 Que tanta estension ocupan?
 Anchas pájinas en blanco
 Del gran libro de Natura,
 Donde parece que nada
 Escribir supo su pluma.....

1866.

RETRATO

QUE PARECE CARICATURA.

Un hombre conozco yo
 Tan feo y malo, que habrá
 Quien se le acerque, quizá,
 Pero quien lo iguale, no.
 No es dable que otro se encuentre
 Peor del ocaso al orto,
 Ni nunca mas feo aborto
 Salió de un humano vientre.

La Naturaleza, cuando
 Tan risibles monstruos forja,
 Parece que está de gorja,
 Y que los hace burlando.

Mas, como de estos caprichos,
 Cuando está formal, le pesa,
 Rompe airada la turquesa
 En que forjó tales bichos.

¿No has visto, lector, las caras
 Que el torpe lápiz produjo
 De uno que aprende el dibujo,
 Tan mal hechas y tan raras?

¿O las que en blanca pared
 Dibujan manos traviesas?
 Pues ojalá que como ésas
 Fuera la de su Merced!

Sus tachas un ciego vélas:
 Y como si no bastara
 Tener tan hermosa cara,
 Le fueron á dar viruelas.

Quedó el rostro hecho un arnero:
 Mas le igualaron despues
 Estragos del mal frances
 Uno con otro agujero.

Del ojo derecho es tuerto,
 Y del otro no muy sano;
 Es su frente un vasto llano
 Y su cabeza el desierto.

Jorobado tambien es;
 Mas esta falta remedia
 El no medir vara y media
 De la cabeza á los pies.

Y aunque está pegado al suelo,
 Lo sustenta tan gran base
 Como si se levantase
 Hasta muy cerca del cielo.

Es pedestal cada pié,
 Pues cuanto crecer debió
 En altura, no sé yo
 Como en patas se le fué.

Que hay mortales tan felices,
 Que árboles se han de llamar,
 Pues van creciendo á la par
 En las ramas y raices.

Poco él creció para arriba;
 Muchísimo para abajo,
 Aunque una gran parte trajo
 Para sí la enorme jiba.

Mas, si bellos en tal grado
 Miembros y facciones son,
 Es la nariz la faccion
 Que mas hermosa ha sacado.

Tanto que afirmarte puedo
Que el lauro disputa y gana
Á la nariz soberana
Que inmortalizó Quevedo:
La que era por arco y puntas
Espolon de una galera,
Y que de narices era
Todas doce tribus juntas.

Una gracia al tal le encuentro
Que compensa estas faltillas,
Y es que sus huecas mejillas
Se están besando por dentro.

Y aunque de tan inaudita
Fealdad su cuerpo sea,
Una alma mucho mas fea
Dentro de ese cuerpo habita :

Una alma hipócrita y ruin,
Sin nociones del deber ;
Cobarde mas que muger,
Y envidioso cual Cain.

Con chicos altiva fiera,
Á grandes vilmente adula ;
Fuera muy dado á la gula,
Si tan avaro no fuera.

Dar de su torpe cabeza
Justa idea desespero :
Los otros son torpes, pero
Él es la misma torpeza.

No hay vicio alguno ó defecto
Que no reuna este tal :
Es un modelo del mal,
Del vicio tipo perfecto.

Pero si, atónito y mudo,
Al ver tan negros colores,
Alguno de mis lectores
Un instante dudar pudo

Que en cuerpo y alma tan feo
Sea el hombre de quien trato,
Sepa que en este retrato
No poco lo lisongeo.

CUADROS

QUE OFRECE UN TEMBLOR POR LA MAÑANA.

¿Visteis, cuando el temblor con improvisa
Fuerza se siente al despuntar el alba,
Que, como puede, cada cual se salva,
Sin que á nada lugar le dé la prisa?

Saliendo sin zapatos y en camisa,
Flacas piernas mostrando y lucia calva,
Hacen Crispin y su mujer Grijalva
Que en medio del terror nazca la risa.

¡Cuánto oculto galan mas que de trote
Con la infamada jóven sale fuera,
Sin temor de que el público lo note!

Y hasta se ve salir ¡quién lo creyera!
Á todo un venerable sacerdote
De la impura mansion de una ramera!

INCONVENIENTES DE SER CORTO DE VISTA.

Reniego del largo estudio
Y las lecturas prolijas
Á la luz de la nocturna
Vigilante lamparilla,
Que acertaron tan temprano
El alcance de mi vista
Y que á llevar antiparras
Parece que ya me obligan:
Mas yo, por punto, no quiero
Ni lente usar todavia,
Al reves de tantos otros
Que, aunque mas que un lince miran,
Llevan el lente tan solo
Por adorno y moneria,

Y el buen tono y la elegancia
 Hasta en los defectos cifran:—
 Defecto y de los mayores
 Que á la humanidad fastidian.
 Pues qué, si voy por la calle
 De un amigo en compañía,
 Que: «Mira, chico, me dice,
 «En la otra acera esa chica:
 «¡Qué guapa! ¡qué ojos, Dios santo!
 «¡Qué boca! ¡qué dulce risa!
 «No vi cara mas hermosa
 «En los dias de mi vida.»
 Yo, al oir tales palabras,
 Muero de rabia y envidia,
 Maldiciendo mis estudios
 Y tanta docta vijilia;
 Y en vano alargo el pescuezo
 Y aguzo mas las pupilas,
 Abriendo tamaños ojos
 Que casi se me vacian,
 Pues no miro sino un bulto
 Y unas formas indecisas,
 Y no veo tales ojos
 Ni esa cara tan bonita.—
 Mas dirán que me resarze
 De no ver las caras lindas
 El que no mire las feas
 Que las miradas contristan;
 Pero sepan que mi suerte
 Es tan fiera y tan impia,
 Que ni este solo descuento
 Dar quiso á mi pobre vista;
 Porque siempre á las mas feas
 Por la acera en que voy guia
 Y á mi encuentro eternamente
 Burlona las precipita;
 Como tambien á las viejas
 De fábrica mas antigua,
 De esas que á Amat alcanzaron
 En su juventud florida.

Aunque lo peor no es esto,
 Mas que me expongo á que digan
 Que á nadie vuelvo un saludo
 Y estoy con todos de riña;
 Y yo que la igualdad santa
 Tuve siempre por divisa
 Y soy tan llano y humilde
 Demócrata y socialista,
 Ya por fin protestar quiero
 Contra fama tan inicua,
 Saludando desde ahora
 Con la mayor cortesía
 Á cuanta gente por esta
 Y aquella acera transita,
 O conocida por mí
 O por mí no conocida;
 Pues prefiero que de mí
 Como de un loco se rían
 Á que orgulloso y grosero
 Me llamen todos con ira.

Pero la mayor de todas
 Entre las muchas desdichas
 Que el ser de vista tan corto
 Me ocasiona y origina,
 Es (de mi suerte reniego)
 Que casi no pasa día
 En que mi flaca persona
 El duro suelo no mida;
 Y no sé por qué milagro,
 Con tan frecuentes caídas
 Y con porrazos tan fieros
 Ya no me he roto la crisma:
 No hay piedra en que no tropieze,
 Cual puesta allí con malicia,
 Ni charco en que el pié no meta,
 Aun del agua ménos limpia;
 Y por mi pié negligente
 No hay evitada inmundicia
 De cuantas en nuestras calles
 Olvidó la policía;

Si paso de acera á acera,
 Es tal la desgracia mia,
 Que no hay carreta ni coehe
 Que no se me venga encima;
 No hay cola en que no me enreden
 Mi distraccion y mi prisa,
 Ni pisoton que me yerre
 Ni encuentron que no reciba.

Y de tan horribles males
 Aquí interrumpo la lista
 Antes que al lector empieze
 Á ocasionarle fatiga,
 Y porque, contar queriendo
 Su muchedumbre infinita,
 Antes que el cuento acabara
 Se me acabara la vida.

1866.

DAFNE Y APOLO.

Al Céfiro venciendo en lijereza,
 Del impaciente enamorado Apolo
 Huye la ninfa con artero dolo
 Para encenderlo más con su esquiviza:
 Al fin alcanza el dios á la belleza,
 Que el Amor con sus alas socorriólo;
 Mas ¡ay! que al abrazarla, abraza solo
 De un árbol la durísima corteza.

Dafne es toda mujer: oh ciego amante,
 Que ves de Apolo la funesta suerte,
 Teme, teme desdicha semejante.

En huir la hermosura se divierte,
 Y al abrazarla el pecho palpitante,
 En insensible tronco se convierte!

1867.

Á UN PLÁTANO.

Á la muerte mirándote vecino,
Lleno de dolorosa simpatía,
Comparo con el tuyo mi destino;
Y aunque de ti doliéndome, imagino
Menos triste tu suerte que la mía.

Pues consuela tu vida moribunda
La tierna prole que tu seca planta,
Numerosa y bellísima, circunda,
Y llena ya de tu virtud fecunda,
Presurosa á tu sombra se levanta.

Contento de la savia te despojas
Que beben ellos, y la vida pierdes
Con menores tormentos y congojas,
Cuando tus rotas y marchitas hojas
Dejas caer sobre sus hojas verdes.

Cercado en torno de sus hijos bellos,
Tú me recuerdas á doliente anciano
Que, amoroso inclinándose sobre ellos,
Al oro de sus nítidos cabellos
Junta la plata del cabello cano.

Él dará con mas plácido semblante
Sus últimos adioses á la vida,
Pues siempre alivia tan crüel instante
El ver que queda en sucesion amante
Nuestra vida fugaz reproducida.

Mas ¡ay! no espera mi vejez temprana
En dulces hijos existir segundo;
Y sin dejar recuerdo en mente humana,
Cual humo leve, como sombra vana,
Habré pasado por el ancho mundo!

¿De qué mortal sobre la losa fría
El fiel Amor ó la Amistad no llora?
Mas ¡ay! tan solo regarán la mía
El llanto helado de la Noche umbria
Y las lágrimas puras de la Aurora!

1867.

AL HOMBRE:

OCTAVAS DEDICADAS Á MI DISTINGUIDO AMIGO
MONSEÑOR PEDRO GARCIA Y SANZ.

Viviente enigma que, á ti mismo opuesto,
Con lazo que la mente desespera,
Eres extraño sin igual compuesto
De cielo y lodo, de deidad y fiera!
Te desprecio tal vez y te detesto,
Y aras tal vez mi asombro te erigiera,
Que eres á un tiempo, misterioso y doble,
Vil como nadie y como nadie noble.

Hijo pareces de señor y esclava,
De poderoso rey y de pastora,
Que ya la estirpe paternal alaba,
Ya la materna con rubor deplora:
Cuanto mas la soberbia le endiosaba
Más le confunde la humildad ahora,
Sin que nunca del todo la vergüenza
Venza al orgullo, ni el orgullo venza.

Misto el Centauro de deidad y bruto,
Finjido monstruo fué: tú lo eres cierto;
Tú del Eden vivificante fruto
En negro tronco de Sodoma ingerto;
Luz y tinieblas, regocijo y luto;
Vivo amarrado por castigo á un muerto;
Estátua en cuya frente el oro brilla,
Siendo la planta de grosera arcilla.

De antiguo templo de sin par belleza
Eres la vasta profanada ruina,
Árbol que encumbra al cielo su cabeza
Y al Orco sus raíces avecina;
Eres esfinge que en mujer empieza
Y en cuerpo y garras de león termina;
Sirena que une, bella y repugnante,
Cola de pez á femenil semblante.

Ya, como águila, al cielo te levantas
 Y abarcas lo creado con tu mente,
 Ya al polvo te confundes de tus plantas
 Y te arrastras cual lúbrica serpiente;
 Capaz de ciencia angélica, y á tantas
 Viles necesidades obediente,
 Del cuerpo esclavo, si del mundo dueño:
 ¡Cuán grande te contemplo y cuán pequeño!

 Á la par merecidos y sinceros,
 Tú de infamia á los últimos apodos
 De honor juntas los títulos primeros;
 En ti por raros portentosos modos
 Se hacen los imposibles verdaderos,
 Y en ti se hermanan los contrastes todos;
 Y eres, fuiste y serás para ti mismo
 El mas oscuro impenetrable abismo!

 No la mas alta singular hazaña,
 No el mas horrendo singular delito,
 Es en tu rara heroicidad extraña,
 En tu rara maldad es inaudito:
 Cuanto un hijo te ilustra otro te empaña,
 Raza que enjendras á Neron y á Tito,
 Al ruin Tersítes y al divino Aquiles,
 Á excelsos héroes y á traidores viles.

 Éxtraña madre, que al malvado y bueno
 En sempiterna confusion das vida,
 Eva te llamo que en el propio seno
 Llevó á Abel y á Cain el fratricida;
 Israel que al divino Nazareno
 Enjendró y á la turba deicida;
 ¡Tú haces que sea, con el lazo humano,
 Colon sublime de Marat hermano!

 Ni de tanto contraste testimonio
 Sola ofrece en comun la humana gente,
 Que están fuertes un ángel y un demonio
 Luchando en cada cual eternamente:
 De violento discorde matrimonio
 Fruto cada hombre, sin cesar se siente
 Á un lado y otro arrebatado inquieto,
 De horrenda lucha perennal objeto!

¿Qué ofrecen á la historia las edades?
 Portentos siempre en que el asombro se harta:
 Monstruos entre demonios y deidades
 Do nunca el bien de su rival se aparta;
 Un Temístocles vario, un Alcibiádes,
 Que, el mayor en Aténas y en Esparta,
 Aquí modelo de virtud austera,
 Y allí de vicios repugnantes era.

Mas nadie lo celeste y lo terreno
 Cual tú juntó, magnánimo y mezquino;
 Ni cupo, oh César, en tan bajo cieno
 Espíritu tan alto y tan divino:

¿Quién á mas vicios se entregó sin freno?
 ¿Quién dió mas glorias al poder latino?
 ¿Quién digno fué de tan opuestos nombres,
 Oh vergüenza y orgullo de los hombres?

¡Cuánto en mí mismo esos contrarios siento,
 El espíritu exelso y los sentidos,
 Cuya eterna batalla es mi tormento,
 Y ocasion inmortal de mis gemidos!
 Del cielo el uno sin cesar sediento,
 Los otros en el cieno complacidos:
 Entre la alta razon y el bajo instinto,
 ¡Cuánto yo de mí propio soy distinto!

No soy mas de otro que de mí diverso;
 Tan cuerdo á veces como á veces loco,
 Y virtuoso no ménos que perverso,
 El fango beso, las estrellas toco:
 Ya me absorbe una nada, el universo
 Ya es á mis ansias infinitas poco;
 Y como con acérrimo enemigo,
 Lucho y relucho sin cesar conmigo.

Y si yazgo tal vez en muda calma,
 ¡Ah! ¡cuánto más valiera la pelea!
 Que del cuerpo vencida, oh débil alma,
 Duermes en torpe esclavitud: mas, ea!
 Despierta y lucha, y la gloriosa palma
 No dejes, no, que de tu esclavo sea:
 Vive siempre ó luchando ó vencedora,
 Tú que naciste para ser señora. . . 1867.

AL VAPOR.

Duerma ya el viento en el marino llano;
 Que la nave, desnuda de la vela
 Que su soplo impelió, rápida vuela
 Sin su socorro vano.

Tú á su gigante mole das una alma,
 Un impaciente espíritu de fuego,
 Que no se cura del tenaz sosiego
 De la mas muerta calma.

Y en vez del ala de furgente lino,
 Moviendo rauda cortadora rueda
 Y alzando espuma férvida, remeda
 Vasto coche marino.

No el noble bruto en largo viaje siga
 Cansando el brio de su ardor bizarro,
 Que á ti, cautivo en el volante carro,
 Jamas domó fatiga.

Por ti la larga encañada fila,
 Cuyo rodar, competidor del vuelo,
 Doble metal angosto y paralelo
 Afianza y encarrila,

Semeja extraño monstruo, inmenso y vivo,
 Que, cual la hermana máquina marina,
 Por propio impulso y voluntad camina,
 Magestuoso y altivo.

Y el humo denso, que en vagante espira
 Sonando sube por el roto viento,
 Es el espeso entrecortado aliento
 Con que el monstruo respira.

Domador de la tierra y océano,
 Á tu conquista voladora breves,
 Que nuevos monstruos en su seno mueves,
 Hijos del arte humano;

Del Austro al Aquilon rápido lleva,
 Lleva desde la Aurora al Occidente
 De la verdad la luz resplandeciente,
 Á tantos pueblos nueva.

Y cual del Sol el fulgoroso coche,
 El carro ó nave que tu fuerza guía
 De quier convierta en refulgente día
 Las sombras de la noche.

AL MISMO.

Tú que de océano y tierra
 Vences las largas distancias,
 Cual las distancias del éter
 Vencen voladoras alas;
 Por la negra red que forman
 Rieles que tu curso pautan,
 Ven á surcar el inmenso
 Seno de mi dulce patria.

Tu velocidad abrevie
 Tan espaciosas comarcas:
 Junta el mar al Amazonas
 Y á Túmbes el Titicaca.

Ya por ti mande á la costa
 De la sierra la abundancia
 Lo que á precio tan subido
 Ajenos campos hoy mandan;
 Y en vez de la lenta mula,
 Tú en breves horas traslada
 Al que en la flor de sus años
 Cercana muerte amenaza,

Á los valles apacibles
 De la saludable Jauja
 Donde la Tísis respira
 Benignas fáciles auras.

Rompe erizados peñascos,
 Macizos montes horada,
 O con atrevido vuelo
 Trepas sus cimas mas altas;
 Antiguos bosques penetra;
 Rios caudalosos pasa,
 O en tus carros por el puente,
 O en tus naves por el agua;
 Salva horrendos precipicios,

Valles hondísimos baja,
Mudos desiertos anima,
Puebla soledades vastas;
Y, competidor del cóndor,
En breves dias acaba
De dar una vuelta entera
Á region tan dilatada.

El indio que mas se interna,
Con atónitas miradas
En sus dominios contemple
Tu hilera de carros larga;
Y nuevo mónstruo ver crea,
Jigante sierpe que anda
Tan veloz, cual si tuviera
De los cóndores las alas.

Tú las aldeas despierta
Dormidas en la ignorancia,
Y á la vida de la mente
Con aguda voz las llama.

Lleva do quiera el Progreso
Que, cual la creciente Fama,
Á andar enano comienza,
Mas andando se agiganta.

Tú la Ociosidad destierra,
Madre de todas las plagas,
Y á la Industria se dedique
Quien al Vicio se consagra;

La mano que, ociosa, empuña
Hoy la fratricida espada,
Rural instrumento rija
O la productora máquina;

Y extinguidas para siempre
De la Discordia las llamas,
Florezca la Paz hermosa
Y la comun bienandanza.

1867.

CANTOS DEL CAUTIVERIO.

Nos sentamos orillas de los rios
 Que undosos riegan la ciudad de Belo,
 Y á llorar nos pusimos sin consuelo
 Al recordarte, idolatrada Sion:
 Y de los tristes sauces lloradores
 Que le dan sombra, en los pendientes ramos
 Nuestras sonoras cítaras colgamos,
 Que hiera el aura levé en triste son.

Y cuando nuestros crudos opresores
 Nos dijeron: «Pulsad los instrumentos,
 «Y á su brillante son vuestros acentos
 «En placenteros cánticos mezclad,»
 «Los himnos de la patria,» respondimos,
 «¿Cómo hemos de cantar en tierra ajena?
 «Y al son de nuestros grillos y cadena,
 «¿Cómo cantar la dulce libertad?
 «El rigor con que el cielo nos castiga
 «Lamentos pide y lágrimas á mares:
 «No insulteis, no insulteis nuestros pesares
 «Pidiéndonos los cantos del placer:
 «Calle por siempre la culpada boca
 «Que abra sus labios al alegre canto;
 «Ciegos queden los ojos cuyo llanto
 «Se canse noche y dia de correr.»

Un anciano.

¡Cuán larga edad ha que cautivo lloro!
 En los brazos maternos vine infante,
 Y hoy, rugosa y doliente,
 Se dobla al peso de la edad mi frente.
 Antes que el sueño eterno me los cierre
 Los campos miren de Salem mis ojos,
 Y duerman á lo ménos mis despojos
 Allá en el suelo santo
 Que fué el primero que regó mi llanto.

Una vírgen.

Hija soy del dolor y el cautiverio,
 Y te conozco, Sion, ¡ay! solamente
 En el narrar frecuente
 De la adorada madre que conmigo
 Sin cesar recordaba
 Tu dulce, santo, maternal abrigo!
 Mas mi patria es la patria de mis padres,
 No este suelo crüel y maldecido.
 ¡Ah! vuele presto al venturoso nido
 De donde ni un momento
 Se ausenta el amoroso pensamiento.

Un sacerdote.

Enjugad vuestro llanto, compañeros,
 Que el instante anhelado se avecina
 En que surja mas bella de su ruina,
 Y nuevo asombro de la tierra sea
 La hermosa emperatriz de la Judea:
 Ya miro erguirse sus soberbios muros
 De torres coronados; ya contemplo
 Tocar las nubes el segundo templo
 Que, del primero vencedor, en este
 Mundo retrate la ciudad celeste.

Y tú, tú entónces, Babilonia altiva,
 Que hoy bebes nuestras lágrimas ufana,
 Ya no serás sino memoria vana,
 Solo en las letras de tu nombre viva:
 Vencedor despiadado,
 De la venganza del Señor armado,
 Derribará tus muros cual, violento,
 Torres de nubes desbarata el viento.
 Al filo de su espada
 Tus hijos caerán como la yerba
 Que corta el segador: en tu agonía
 La suerte en vano de tu triste sierva
 Envidiarás: como ella destrüida
 Serás; mas no como á ella
 Te dará el cielo una segunda vida
 Y del sepulcro renacer mas bella.

CÁRMEN Y RAFAEL.

CÁRMEN Á RAFAEL.

Hoy que santo deber de ti me aparta,
Perdona, dulce dueño de mi vida,
Si á los frios renglones de una carta
Confío mi postrera despedida.

No es bien que verte mi valor presuma;
Huyo tu vista, y es consejo sabio
Que te declare la valiente pluma
Lo que jamas te declarara el labio.

No pienses, Rafael, que poco cueste
Á la mísera Cármen su partida,
Y sin la fuerza del favor celeste
Nunca pudiera ser por mí cumplida.

¡Cuánto tiempo fué inútil mi porfía
Y mi resolucion ha sido vana!
Y la aurora al rayar de cada día,
Débil pensaba: partiré mañana!

Así he vivido, ¡ay triste! un año entero
De vano esfuerzo, de incesante lucha:
Cuánto el combate y mi dolor fué fiero,
Solo el cielo lo sabe que me escucha!

Y si al fin pude merecer la palma
En un combate tan reñido y fuerte,
Siento que queda destrozada el alma
Y herido siento el corazon de muerte.

Como tal vez, por arrancar la bala
De su profunda dolorosa herida,
Victorioso guerrero luego exhala
El aliento postrero de la vida;

Así yo, que arranqué de lo profundo
Del alma enferma mi pasion funesta,
Conozco que mi esfuerzo sin segundo
La vida misma, aunque triunfé, me cuesta.

Sangre mi pecho desgarrado llora,
 Y de tan fuerte red al desasirme,
 Aún siento, aún siento vacilar ahora
 La voluntad que imaginé tan firme:

Aún me seduce la costumbre ciega,
 Y á tus caricias renunciar me espanta
 Ya para siempre, y á mover se niega
 Trémulos pasos la cobarde planta.

Pero ¡qué dudo! mi vergüenza es harta
 En que tanto durara la pelea:
 Hoy sin mas dilacion, fuerza es que parta;
 Sí, partiré: pues ha de ser, hoy sea.

Mas, si es fuerza dejarte pesaroso,
 No aumenten tu pesar los crudos zelos:
 No por hombre te dejo, que mi esposo
 Es el rey de la tierra y de los cielos.

Solo por Dios te dejo, y entretanto
 Que recorra estas líneas tu mirada,
 Ceñirá mi cabeza el velo santo,
 En santo monasterio refugiada;

Donde de Dios á la clemencia pida
 Con lastimado corazon contrito,
 Miétras durare mi doliente vida,
 Perdon de mi feísimo delito;

Donde con yerbas mi hambre satisfaga
 Y sea mi descanso el suelo duro,
 Y hecha por los cilicios viva llaga,
 Pague la carne su deleite impuro.

¡Oh paciencia de Dios! seis largos años,
 Hecho Luzbel de nuestras almas dueño,
 Del adulterio en los mortales daños,
 Hemos dormido de la muerte el sueño.

Sí; fué Luzbel quien con astuta traza
 Cubrió de flores tan inmundo cieno,
 Y del amor en la dorada taza
 Beber nos hizo su mortal veneno.

Pero al fin el Señor de mí apiadado,
 Desvaneciendo el infernal hechizo,
 La horrenda enormidad de su pecado
 Al ciego corazon conocer hizo.

Y al escuchar en el sagrado templo
De Dios un día la eficaz palabra
De castigo ofrecer terrible ejemplo,
Al fin es fuerza que los ojos abra.

Desde entónces el alma no ha tenido
Un instante siquiera de reposo,
Y ni la santa voz daba al olvido
Ni quebrantaba el lazo poderoso.

Juzga cuál fué mi miserable estado,
Cuando al remordimiento dando abrigo
Á la vez que al amor, no me era dado
Ni sin ti ser dichosa, ni contigo.

Por eso me mirabas pensativa
Y tu alegría me encontraba triste,
Y á tu caricia mas ardiente y viva
Con mudo lloro responder me viste.

Ay! cada noche, miéntras tú á mi lado
Del sueño disfrutabas el sosiego,
Á mi despierto espíritu espantado
Presente estaba del Infierno el fuego.

Me mantenía sin cesar despierta
Mortal espanto hasta la aurora fría,
Quedar temiendo entre tus brazos muerta,
Si al sueño un solo instante me rendía.

¡Cuántas veces al vil cómplice lecho
Con perfecta ilusion mis tristes ojos
Catre de llamas le miraron hecho,
Donde ardian de entrambos los despojos!

Y ya sentía al celestial castigo
Raudo bajar, cual repentino trueno,
Sobre ese lecho adúltero que abrigo
Daba en mis brazos al esposo ageno.

Mas otras veces, con serena frente,
Cual casto esposo lisongero y blando,
Al mismo hijo de Dios miré presente,
El alma á sus deleites convidando.

Y una guirnalda de inmortales rosas
Del celeste jardín, y el blanco velo
Que guarda á sus castísimas esposas
Á ceñirme bajaba desde el cielo.

Piensa pues cuánto fué mi desatino,
 Juzga y comprende de mi amor lo inmenso,
 Cuando entre el amor tuyo y el divino
 Estuvo así mi corazon suspenso.

Y pues tanto tardé en poner por obra
 Mi santo pensamiento, á tu amor baste,
 Como á mi culpa y mi vergüenza sobra,
 Que vencido no fuiste sin contraste.

A Dios piadoso mi plegaria envío
 Por que tu corazon de fuerzas arme,
 Para que sufras el tormento impio
 Que quisiera á mí sola reservarme.

Su pura gracia sobre ti descienda;
 Él te separe de la errada via,
 Tu paso encaminando por la senda
 Que á la ventura celestial nos guía.

Tan noble corazon no es bien que ande
 Por donde va la pecadora plebe:
 Es digna de salvarse tu alma grande
 Y de derecho á la virtud se debe.

Haz que, si llega alguna vez tu nombre
 Á resonar al solitario oido,
 Dulce nueva me lleve de que el hombro
 Unico á quien amé, no va perdido.

¡Qué consuelo llevara á mi retiro,
 Si supiera de ti que al soberano
 Eterno bien aspiras á que aspiro,
 Y al mundo fementido das de mano!

Esto á Aquel que los ánimos gobierna
 Suplicará mi labio noche y dia,
 De tu ventura y salvacion eterna
 Ansiosa aún mas que de la propia mia:

Por que de nuevo en la feliz morada
 De los gozos perennes y supremos
 Nos junte pura é inmortal lazada,
 Y en el Señor sin culpa nos amemos.

¡Cuál mi dolor será, si en el postrero
 Jüicio estamos en opuestos lados,
 Si de Dios por el fallo justiciero
 Somos ¡ay! para siempre separados!

Y aunque entónces á Sion alze mi vuelo,
 Volveré atrás el rostro para verte,
 Y entre los gozos que me brinde el cielo
 Me aflijirá tu infortunada suerte.

Y si el alma en el cielo no se olvida
 De cuanto en este mundo hemos amado,
 Ni allá podrá mi dicha ser cumplida,
 Si te extrañan mis ojos á mi lado.

 RAFAEL Á CARMEN.

Desde que me dejaste, y á mi lado
 Ya no me es dado á cada instante verte,
 Sin ti viviendo estoy, desesperado,
 Una vida mas triste que la muerte.

Me espanta cada interminable dia
 Que he de pasar sin ti, desde que empieza:
 ¡Qué existencia ¡ay de mí! va á ser la mia,
 Privada de tu amor y tu belleza!

¿Y un dia y otro dia igual me espera?
 ¿Y un mes tras otro mes, y año tras año?
 ¿Y habré así de pasar la vida entera
 En tal ausencia y en dolor tamaño?

Tan espantosa negra perspectiva
 Á contemplar el alma se resiste:
 Venga al punto la muerte compasiva
 Vida á cortar tan solitaria y triste!

De tu partida á la terrible idea,
 Que infernal sueño me parece, siento
 Que mi razon se rinde y titubea,
 Vencida del rigor de mi tormento.

¡Ah! si supieras, alma mia, cuánto
 Es mi dolor y, cuando el mundo duerme,
 Me contemplaras de profundo llanto
 En mares encendidos deshacerme;

Si me pudieras ver desesperado
 En el desierto lecho silencioso,
 Revolverme del uno al otro lado
 Sin encontrar alivio ni reposo;

Si lamentar me oyeras mi abandono
 En ese lecho que por ti ser pudo
 Del placer y el amor ayer el trono
 Y tumba es hoy, de tu belleza viudo;

Aunque tuvieses las entrañas fieras
 De dura roca ó de inflexible acero,
 Pronto á mis brazos con amor volvieras
 Al contemplar que por tu causa muero.

Vuelve ya, ingrata, vuelve, vida mia,
 Mira que es cierto que me estoy muriendo;
 La vida sin tu dulce compañía
 Y á mí mismo sin ti no me comprendo.

¿Cómo tan dulces, tan antiguos lazos
 Romper pudiste de tan fiero modo,
 Y partir de improviso en dos pedazos
 Lo que ya no formaba sino un todo?

No en union mas estrecha conceptúo
 Que son entrambos ojos un sentido,
 Y que dos voces que confunde el duo
 Son una voz al encantado oído.

Una vez y otra leo el fatal pliego,
 Y aún no sé si á mis propios ojos crea:
 Y es verdad que me dejas? aún no llevo
 Á creer, oh mi bien, que verdad sea!

Y todo me parece un sueño horrendo
 Del que en fin es forzoso que despierte,
 Y á la dichosa realidad volviendo,
 De nuevo espero entre mis brazos verte.

Cuando el día fatal de tu partida
 Volví, tras breve ausencia, al hogar nuestro,
 Se apoderó del alma estremecida
 Presentimiento súbito y siniestro.

Y comencé, no viéndote, á buscarte
 Y te llamé con angustiadas voces,
 Y toda hasta la más oculta parte
 La casa recorrí con pies veloces.

Y en las estancias solas y calladas,
Otra vez recorridas y otras ciento,
Resonaban tan solo mis pisadas
Y el eco triste de mi triste acento.

Y á nuestra estancia entrando nuevamente,
Al fin es fuerza que la vista advierta
La fatal carta que á la incierta mente
Convenze que era su desdicha cierta.

Y era ese, oh Cármen, el tenaz secreto
Que en vano averiguaba mi porfia,
Cuando á la voz de mi cariño inquieto
Tu silencio ó tu llanto respondia!

Ah! no pretendas entender ni esperes
La extraña pena, cual ninguna viva,
Que sintiendo, al leer tus caracteres,
En lo hondo yo de las entrañas iba.

Sentí á cada palabra, á cada frase
Escrita por tu mano despiadada,
Como si el corazon me atravesase,
De parte á parte, tajadora espada.

Nada cerrar tan enconada herida
Puede: la hallará el tiempo siempre nueva;
Mientras durare la doliente vida,
El solitario corazon la lleva.

Parece que ciñera sus espiras
En torno al corazon ágil serpiente,
Y que tal vez con repentinas iras
En él clavara venenoso diente.

No, no es posible que el Señor reciba
El vano sacrificio que le has hecho;
Estaba en mí tu libertad cautiva,
Tú no tenias sobre ti derecho.

Por que tú no eras tuya, sino mia,
Como yo no era mio, tuyo era:
Y pudiste dejarme! yo no habria
Sido capaz de ingratitud tan fiera.

Me dejas, Cármen, por lograr la palma
De la virtud y el premio sempiterno,
Y yo por ti cien veces diera el alma
Al inmortal suplicio del Infierno!

Aunque, ¿qué importan penas infinitas
Y gozo celestial y glorias altas?
Hay cielo para mí donde tú habitas,
Infierno hay para mí donde tú faltas.

Nada hay en el Infierno que me espante,
Si hemos de estar entre su fuego ardiente,
Cual vió á Paolo y á Francesca Dante,
Abrazados los dos eternamente!

¡Ay! al leer ese sublime canto
Juntos los dos: *De las eternas llamas,*
Clamó tu dulce labio, *no me espanto,*
Si allá te amo, oh mi bien, y si allá me amas.

Así dijiste, y á tu voz sentíme
Rey de los siglos y señor del hado,
Al ver, oh Cármen, por tu amor sublime
El mio tan fielmente retratado.

Ah! pronto, tú también arrepentida,
Sentirás renacer tu amor potente,
Que un amor como el nuestro no se olvida,
É invocarás mi nombre vanamente.

Maldecirás aquel fatal momento
De olvido, de ilusion y de demencia
En que en la prision negra de un convento
Para siempre enterraste tu existencia.

Y entre los cantos del postrado coro
De las vírgenes castas, á tu oído
Tan claro sonará mi «yo te adoro,»
Cual por mi labio entónces repetido.

Tan viva ante el altar, tan verdadera
Será por tí mi imájen contemplada,
Cual si yo mismo á interponerme fuera
Entre el rostro de Cristo y tu mirada.

No te valdrá ni penitente ayuno,
Ni del azote las sonantes cuerdas;
Mi recuerdo, ofreciéndose importuno,
Tan dura penitencia hará que pierdas.

Mas no pienses que oculto monasterio
De mi amor implacable te liberta;
Romperé tu violento cautiverio,
Derribaré la usurpadora puerta.

No habrá santo lugar do te asilares
 Que contra mi furor no sea vano,
 Y hasta del mismo pié de los altares
 Te arrancará, te arrancará mi mano.

Que ya de un todo estoy desesperado,
 Nada en la tierra ni en los cielos temo,
 Ni habrá horror de sacrílego atentado
 Que me acobarde en mi delirio extremo.

RAFAEL Á CÁRMEN.

Un año presto hará de tu partida,
 Que cual siglo ha pasado lentamente,
 Si hay año ó siglo que las horas mida
 Al que vivió de tu beldad ausente.

Viendo que eran en vano los papeles
 Que mi delirio me dictó sin cuento,
 De dolor casi loco, los dinteles
 Nunca dejaba del fatal convento.

Verte imploraba entre las dobles rejas
 Y un instante siquiera hablar contigo,
 Para que oyeras mis dolientes quejas
 Y de tanto dolor fueses testigo.

Imaginar, imaginar no puedes
 Los dardos que mi pecho atravesaban,
 Cuando sorda te hallé cual las paredes
 Que del mundo y de mí te separaban.

Aquí de todo la memoria pierdo:
 Turbóme el juicio mi dolor profundo,
 Y en triste lecho mi primer recuerdo
 Me encuentra por tu culpa moribundo.

Larga fué y dolorosa mi agonía;
 Y yo, sin esperanzas ya de verte,
 Esperaba mi fin con alegría;
 Pero triunfó la vida de la muerte.

Apénas vivo, me arrancó de Lima
De fiel amigo la piedad fraterna,
Creyendo que aliviara ageno clima
El mal del cuerpo y la pasion interna.

Mas no tan presto cual los otros males
El hondo mal del corazon se calma:
Cesaron mis dolencias corporales,
Mas no hallé nunca la salud del alma.

Nada distraer pudo un pecho ageno
Eternamente á quanto tú no seas,
É indiferente y áun de hastío lleno
Contemplé las grandezas europeas.

Mujeres vi que proclamaba bellas
Como deidades la asombrada gente;
Mas deslustraba la hermosura de ellas
Tu sola imájen sin cesar presente.

En vano, en vano mi mirada amante
Otras hermosas encontrar procura,
Y para mí tu cuerpo y tu semblante
Único tipo son de la hermosura.

La mujer mas hermosa y hechicera
Nada al alma me dice ni al sentido,
Cual si tu sexo para mí estuviera
Á ti tan solo, oh Cármen, reducido.

Siempre te amé, sin que del hombre vario
La ley universal me comprendiera,
Como amaba en el mundo solitario
El primer hombre á la mujer primera.

¡O tormento perpetuo y desmedido!
¡Amarte tanto é imposible verte!
Y no esperar conformidad ni olvido
Ni siquiera en el seno de la muerte!

¡Sentir que en cualquier parte donde fuera,
En la tierra, en el cielo, en el abismo,
Mi amor seria siempre y donde quiera
La mas íntima parte de mí mismo!

Mas ya estoy libre: nuestro amor no huella
La ley divina, ni la ley del hombre,
Ahora que duerme en el sepulcro aquella
Que solo tuvo de mi esposa el nombre.

Ve que Dios mismo nuestra union ordena,
Haciendo ahora con bondad piadosa
Que rota quede mi nupcial cadena
Antes que seas su inmortal esposa.

Viendo mi amor y que menguar no puede,
(Por tan alta piedad sea bendito!)
Cual rival generoso, á mí te cede
Y me da poseerte sin delito.

Ya queda nuestro amor santificado
Y elevado á sublime sacramento:
Ya vivir puedes con tu amante amado
Sin sentir ni causar remordimiento.

¡Cuán felices seremos! nuestra vida,
Aquella vida de perenne encanto,
Se verá renovada ó excedida,
Convertido el amor en deber santo.

Te llamará la sociedad mi esposa,
Y te verás de todos respetada;
Pero, si Lima ya te fuere odiosa,
Fijarás donde quieras tu morada.

Léjos de un mundo vano é importuno,
Nos dará asilo solitaria aldea,
Do no te pueda conocer ninguno,
Y el uno al otro su universo sea.

O iremos á vivir en el desierto
Que me será contigo un paraíso:
Yo habito el cielo por tu amor abierto,
El suelo nó que indiferente piso.

O si conmigo visitar prefieres
El mundo que abandona mi navio,
Por ti y contigo encontraré placeres
Do solo he hallado sin tu amor hastio.

¡Qué placer me será en tu compañía
Visitar las ciudades y lugares
Que me escucharon solitario un dia
Tu ausencia lamentar y mis pesares!

¡Cuántas horas pasadas nuevamente
En ese estrecho platicar süave,
El mismo siempre y siempre diferente,
Que Amor con pocas voces variar sabe!

¡O en esas dulces pláticas calladas
 En que, asomado á la pupila tersa,
 Con la lengua sin voz de las miradas
 Lo mas secreto el corazon conversa!

Te contaré la dolorosa historia
 De lo que ha sido sin tu amor mi vida,
 Y no será tormento su memoria,
 Si la miro por tí compadecida.

En la dicha de verte y escucharte
 Iguales lo futuro y lo pasado,
 Parezca el año que infeliz los parte
 Horrible sueño por Luzbel enviado:

Sueño que hará mas dulce todavia
 La feliz realidad que le suceda,
 Como, tras noche tenebrosa, el dia
 Su faz ostenta mas serena y leda;

O cual mas pura y halagüeña y grata
 La luz del sol á las miradas brilla
 De aquel que de los lazos se desata
 De nocturna espantosa pesadilla.

Sal pués, oh Cármen, á abrazarme esposo,
 Deja presto tu cárcel; considera
 Que tú sola me hicieras venturoso
 En esta y en la vida venidera.

Solo á tu lado la virtud comprendo,
 Ser sola puedes mi adorada guía;
 Y de ti y de tu ejemplo careciendo,
 Me hallará impenitente la agonía.

Á Dios de mi destino darás cuenta:
 Salvarme ó condenarme está en tu mano:
 Mi fé conforta, mi virtud sustenta,
 No amor te mueva, mas deber cristiano.

Si tu salida mi esperanza premia,
 Será mi vida himno de gracias pio;
 Mas será solo perennal blasfemia,
 Si te niegas, crüel, al ruego mio.

De tí privado, los dolores siento
 Que, en dos partida por etérea espada,
 Sintiera un alma, en el sin par tormento
 De vivir de sí misma separada.

No hagas, tras esperanza tan ardiente,
No hagas que el mas horrible desengaño
Mi desventura y mi dolor aumente,
Y crezca todavía mal tamaño.

¡Ah! si, los lazos que me ataban rotos,
Á honesta dicha tu crueldad resiste,
Si dar áun quieres los eternos votos,
Si tan cambiada estás de lo que fuiste;

Ah! si mi ruego gemidor se estrella,
Cual mar en roca, en tu virtud de acero,
Si no guarda tu pecho una centella,
Ni una centella del ardor primero;

Ah! si la nave á quien vestir querria
Las alas del amor y del deseo,
Á tus brazos amantes no me guia
Y á los vínculos santos de himeneo:

Ese mar que se estiende tan sereno
Se revuelva con súbita tormenta,
Y me sepulte en su rabioso seno
Antes que tanto desengaño sienta!

Oh! si así fuera!..... pero nó, no cabe
Tanto rigor en la crueldad humana:
Rápida vuela, perezosa nave,
Que ser no puede mi esperanza vana.

Así el triste sus ansias escribia,
Y de lenta acusaba
La nave voladora
Que á los brazos de Cármén le llevaba:
¡Con qué viva alegría
Rayar miraba cada nueva aurora,
De su llegada avecinando el día!

Todo, todo calmaba sus pesares;
 Para él el cielo de placer reía,
 Y ventura y amor le prometía
 Hasta la voz de los azules mares!
 « Movida Cármen de mi ardiente ruego,
 (Así hablaba consigo, enamorado)
 Su sagrada prision dejará presta,
 Y de nuevo á su lado
 Será mi vida perdurable fiesta:
 Y mayor la alegría tras la pena,
 En la larga cadena
 De mis felices años,
 Parezca el que he vivido en el destierro
 De la beldad que adoro,
 Tosco eslabon de hierro
 En real cadena de diamantes y oro.»

Mas no lo quiso la enemiga suerte,
 Enviándole tormenta, causadora
 De muerte nó, mas de fatal demora
 Mas triste que la muerte;
 Y holló la patria orilla el desdichado
 En la mañana del siguiente día
 De aquel en que ya había
 De Cármen fenecido el noviciado.

Vuela á Lima, y el bruto que, cual dardo,
 El camino devora,
 Herido por la espuela punzadora,
 Aun le parece á su impaciencia tardo;
 Y hasta le fuera lento
 El vuelo de su mismo pensamiento.

Pára al fin su fantástica carrera
 En los santos umbrales del convento;
 Del jadeante corcel se precipita,
 Y, como á nadie viera,
 Llama y golpea con violenta mano,
 Cual si la puerta derribar quisiera:
 Tras un breve momento
 Le responde entreabriendo la portera:
 «Dad á Cármen Ramirez al instante
 Ésta,» le dice, y en sus manos pone

La carta que á dos vidas interesa :

«Cármén Ramirez» repitió la hermana,
«Es ella en este instante quien profesa.»

Desalado á la iglesia entónces corre,
De una curiosa muchedumbre llena,
Donde, al compas del órgano sagrado
Místico canto suena :

Ya el ministro del ara

Á la esposa de Cristo ministrara
En hostia breve, el alimento donde
Dios la tremenda majestad esconde
Que en la anchurosa creacion no cabe ;
Cantaba Cármén los eternos votos,
Y escuchó Rafael el conocido

Acento de esa voz que el mas süave
Canto fué siempre á su amoroso oido :
Romper aquel espeso mar de gente
En un punto veloz su esfuerzo pudo,
Y cuando ya del coro estuvo en frente
Y miró á Cármén, le gritó: «detente,
No pronuncies tus votos: ya soy viudo.»

Tarde era ya : las sílabas finales
En los labios de Cármén resonaban
De las voces fatales

Que por siempre del mundo la apartaban :

De Rafael á la presencia y voces
Todo el concurso enmudeció suspenso ;
Todos quedan inmóviles de espanto,
Y sin accion el sacerdote santo.

De rabia lleno y de furor inmenso,

Á sacrílego exceso se arrojara

Desesperado Rafael entónces,

Si Cármén con dolor no le mirara :

¡Ay! qué mirada aquélla!

¡Cuánto le dijo á Rafael en ella!

Bien mostraba su pálido semblante

De larga y cruda penitencia el sello ;

Nunca empero mas bello

Resplandeció á los ojos de su amante ;

Ni nunca enviaron sus celestes ojos

Mas dulce, mas angélica mirada
Que la que entonce, en Rafael clavada,
Calmó la tempestad de sus enojos.
Cual borrascoso mar, si el sol le mira
Rompiendo nubes, se apacigua luego,
Así murió de Rafael la ira

Ante aquel mudo y elocuente ruego.

Asidas de los hierros ambas palmas
Y á ellos pegado el rostro, en Cármen fijo,
Cuanto dicen las almas á las almas
Con las miradas, Rafael le dijo:
Al fin su pena reventó con llanto,
Con sollozos y agudos alaridos,
En el silencio universal oídos
Por toda la estension del templo santo.
Cuantos aquella escena presenciaron
Y á un hombre como un niño llorar vieron,
Su dolor infinito comprendieron
Y jamas de ese llanto se olvidaron.

Y era su duelo y su pasión tan fuerte,
Tan fiera su congoja,
Que solo el llanto que sin tasa vierte
Y esos sollozos que de lo hondo arroja
Libertarle pudieron de la muerte.

Tambien Cármen lloraba, y padecia
Tormento aún mas grave,
Lo que ninguna voz decir podria,
Lo que Dios solo sabe.

Al fin las recobradas religiosas
Tras espesas cortinas la ocultaron,
Mientras á Rafael manos piadosas
Exánime del templo le arrancaron.

CÁRMEN Á RAFAEL.

¡Qué fué de mí, al oírte de repente,
Y de mi union en el solemne instante
Con mi esposo divino, al ver presente,
Tras larga ausencia, á mi terreno amante!

¡Qué fué de mí, cuando escuché tu llanto
Y tus gemidos de amargura llenos!
Nunca pecho mortal padeció tanto:
Quizá tú mismo padeciste ménos.

Luego al leer tus amorosas letras
Que enternecieran á la mas ingrata,
El alma con mil dardos me penetras,
Y la memoria de otra edad me mata.

Zeloso tuve á mi divino esposo
Con el recuerdo de un amor profano,
Y el santo lazo parecióme odioso
Que hizo que el tuyo se rompiera en vano.

Mas en el polvo prosterné la frente,
Mi ruego al cielo sin cesar implora;
Y doblando el martirio penitente,
He salido de nuevo vencedora.

Y al fin el alma serenada y quieta,
Fortalecida en el favor divino,
Al fallo omnipotente se sujeta
Hasta entender que cuanto fué convino:

Hasta entender por fin que, ni siquiera
Despues de muerta la infeliz que en vida
Tan vilmente ofendimos, ser debiera
Nuestra union por el cielo consentida.

Y aunque mi llanto sin cesar la expia,
Aun le faltaba este dolor gigante
Á esa union tan adúltera é impia,
Para que expiada fuera lo bastante.

Y es bien que el matrimonio Dios prohíba
Á aquellos cuyo crimen lo adelanta
Y que corrompen con union lasciva
Sus castos goces y su dicha santa.

Y con justo castigo determina
 La suprema justicia rigurosa
 Negar á la que fué tu concubina
 El santo nombre y el honor de esposa.

Dios empero áun amarte me consiente;
 Mas de humanas flaquezas acrisola
 Aquel amor antiguo delincuente,
 Y hoy en Dios te amo y con el alma sola.

Te amo cual, sin corporeas vestiduras,
 Se aman de Dios á la inmortal presencia
 Las vírgenes aladas criaturas
 Que sexo desigual no diferencia.

Con mayor perfeccion á ti me liga
 Cuanto amor cabe, puro, en alma humana,
 Y soy más para ti que casta amiga,
 Que santa madre, que inocente hermana.

Mi amor se ha convertido en un anhelo
 De tu bien, tan continuo y tan ardiente,
 Que para verte merecer el cielo
 Cien muertes padeciera alegremente.

Vuélvete á Dios, oh Rafael querido,
 Y dilo eterno al engañoso suelo;
 Por mí, por nuestro amor yo te lo pido,
 Dáme, ántes de morir, este consuelo.

Este mismo dolor que hoy te traspasa
 Te lleve á esa piedad consoladora
 Que á cuantos la buscaron dió sin tasa
 Los inmensos caudales que atesora.

Busca el consuelo allí do solamente
 Hallarle es dado al corazon humano,
 Ni des el agua de mezquina fuente
 Á sed que necesita un océano.

Si tanto aquí ánsias el estar conmigo,
 ¿Querrás de mí por siempre separarte?
 Sigue la senda que te enseñó y sigo
 Por que vayamos á la misma parte.

Piensa, con alma á la partida presta,
 Que el mundo nos separa un dia breve
 Y que del cielo la perenne fiesta
 Solemnizar nuestro himeneo debe.

Como aguarda pareja enamorada,
Para estrechar el nudo suspirado,
Que se acabe la espléndida morada
Digno hospedaje de su nuevo estado;

Así nosotros, desdeñando ahora
Este mundo, esperemos veladores
Que se abra la mansion merecedora
De acoger y premiar nuestros amores.

Y mi voz desoyeras? no, yo fio
Que presto Dios te arrancará al pecado,
Condolido por fin del ruego mio
Y de tan gran conquista interesado.

Sin cesar me repitè una esperanza
Santa y secreta, cual de Dios promesa,
Que aplaudirá mi zelo tu mudanza
Antes que baje á la callada huesa.

Pronto será! que como seca yerba
Mi cuerpo muere, ó como flor marchita:
Ya llama Dios á su doliente sierva
Y á la morada celestial la invita.

Tal vez me asalta un ímpetu violento
De súbito morir, que por tí domo:
Alas inquietas en el alma sientio
Y en cada miembro perezoso plomo.

Parece que la triste prisionera
Que ánsia mayor de libertad acosa
Solo saber tu conversion espera
Para romper su cárcel enojosa;

Volando al mundo que en su seno santo
Toda belleza y venturanza encierra
Y que reune para siempre cuanto
Por breve tiempo separó la tierra.

Mis ruegos oye: merecer procura
Esa mansion tan venturosa y bella,
Para que pronto, de tu bien segura,
Vaya á esperarte, oh Rafael, en ella.

1867.

AL SOL EN EL PONIENTE.

Mueres, excelso irradiador del día!
 Mas, como fué de rey tu nacimiento,
 Así en la majestad de tu agonía
 Aún eres el señor del firmamento!

Ardores pierdes y colores ganas,
 Disco mayor, envejecido, muestras,
 Y al fin concedes que un instante ufanas
 En ti se fijen las miradas nuestras.

¿Cuál en el labio sonará del hombre
 Lengua feliz, tan abundante y rica,
 Que los colores y matices nombre
 Que tu luz en las nubes multiplica?

¿Ni cómo nunca pintará mi verso
 Las mezclas mil y visos y cambiantes,
 Y el rico tinte sin cesar diverso
 Y en cada cambio mas hermoso que ántes?

No del pavon la descojida cola
 Tanta vistosa variedad remeda,
 Ni así dora, carmina y tornasola
 El arte humano la lustrosa seda.

Y de que tanto el resplandor los venza
 De esas joyas celestes, carmesíes
 Se tornan los topacios de vergüenza
 Y amarillos de envidia los rubíes.

Te espera el océano que al decoro
 De ser espejo que tu faz retrata
 Junta el de dar á tu cadáver de oro
 Inmensa tumba de luciente plata.

Pero entretanto que tus rayos bajen
 Á la acojida que su amor prepara,
 Él se consuela con tener tu imájen,
 Cual sol segundo deslumbrante y clara,

Y en tu sepulcro de ondas y de llamas,
 Que por tálamo un Dios envidiaria,
 Con manos llenas sin cesar derramas
 Diluvios de chispeante pedrería.

En las tímidas olas que al encuentro
Te salen, ya descienes á ocultarte:
La mitad de tu disco está ya dentro
Y sobrenada la restante parte.

Mitad pareces de gigante escudo
Que rojo sale de celeste fragua
Y que apagar tan solamente pudo
Toda esa azul inmensidad del agua.

Aun arde en tierra la nevada frente
Del empinado y altanero monte;
Y junto al mar, con tu caída ardiente,
Es otro mar de fuego el horizonte.

Y presto sigue á tu mitad primera,
Dentro del seno de la mar oculta,
La otra mitad que purpureaba fuera,
Y ya todo la onda te sepulta.

Mas, aunque en ella entero te amortajes,
Aun pareces durar en los matices
Que conservan los últimos celajes
En los que adios al universo dices.

Cual lavada paleta, el occidente
Se deslustra por fin y descolora,
Y una memoria de su rey fulgente
Solo le queda al universo ahora.

Y el alma humana soñadora y triste
Se torna en ese tan solemne instante,
Y vaga sombra de tristeza viste
De la Naturaleza el gran semblante.

Y te sucede del Amor la estrella,
Clarísimo brillante, joya viva
Que orna la frente de la Tarde bella
Que se avanza callada y pensativa,

En el instante breve meditando
Que su existencia fujitiva dura,
Pues nace apénas su belleza, cuando
Muere en los brazos de la Noche oscura.

1867.

CON MOTIVO

DE LA VUELTA ANUNCIADA DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

« Mar de libres, Pacífico océano,
 « Que de hermanas repúblicas, ufano,
 « Circundas y acaricias las riberas:
 « Ya de la aleve España las guerreras
 « Naves, armadas de incendiantes truenos,
 « Surcan veloces tus tranquilos senos.
 « No á tu apacible nombre
 « Que eterna paz, en venturoso agüero,
 « Promete al navegante, hoy correspondas;
 « Y en repentina tempestad que asombre
 « El mas osado corazón de acero
 « Hinecha y revuelve tus serenas ondas;
 « Y pues hollarlas con desprecio miras
 « Tan fieros aparatos militares,
 « La guerra imita y espantables iras
 « De los mas turbios procelosos mares.
 « No en ti permitas tal baldon; y como
 « Engreido corcel, que no consiente
 « Sino del dueño el conocido peso,
 « Lanza del fuerte sacudido lomo
 « Al que á oprimirle se atrevió imprudente;
 « Tal, indignado, de tu undosa espalda
 « Sacude los ibericos navios,
 « Y estrellados en ásperos bajíos,
 « Los sepulte tu líquida esmeralda.
 « Mas ¿qué profiere la cobarde lengua?
 « Tan insensato ruego
 « Es del honor, del patriotismo mengua:
 « ¿Tan muerta yace nuestra fé? ¿Tan poco
 « En el vigor de nuestros brazos fio,
 « Que tu furor bravio,
 « Desalentado, en nuestra ayuda invoco?
 « ¡ Ah! no, jamás: en tu llanura quieta
 « Quietud mas honda espárzase: respeta,

« Respetá, oh mar, las naves españolas ;
 « Y, cual si fuese el que tu seno oprime
 « Dulce peso y amigo,
 « Aquí le traigan con amor tus olas ;
 « No: no nos niegues el placer sublime
 « De la venganza y del feroz castigo.
 « Deja, deja que lleguen al alcance
 « De nuestra ansiosa diestra furibunda
 « Que ardientes globos en sus cascos lance
 « Y en tus cavernas lóbregas las hunda :
 « O las salven del último destrozo
 « Que amenazando esté nuestro denuedo
 « Las alas rapidísimas del Miedo. »

Así mi voz decía

Presagiando á mi patria excelsa gloria,
 Y cumplió mi esperanza y profecía
 Del Dos de Mayo la inmortal victoria.

Y hoy te renuevo mi plegaria ardiente:
 De tu nombre á la paz siempre conforme,
 Rueda nadante ó voladora vela
 Deja que muevan la « Numancia » enorme,
 « Blanca » altiva y ufana « Berenguela » ;
 Y cuantas, de armas y valor desiertas,
 Huyeron presurosas, é impacientes
 De curar las heridas
 En sus cascos abiertas
 Por nuestras crudas balas encendidas.

Si el primer escarmiento no domólas,
 Las domará, las domará el segundo,
 Cuando, heridas de muerte,
 Pidan, por tantas bocas al beberte,
 Tu abismo mas profundo.

Y en vano, en vano á la vencida flota
 Otras se juntan naves altaneras:
 Ya tardan: lleguen; porque llegan solo
 Á ser de la derrota,
 Á ser de la ignominia compañeras.

Nada, oh Iberia, nada
 Arredra ya nuestro valor triunfante ;
 Aunque repitas la *Invencible Armada*

Que enviaste un día en opresora guerra,
 Cual móvil bosque, cual ciudad flotante,
 Contra las libres playas de Inglaterra.

Una nueva belígera Venecia
 Ir cortando orgullosa parecía
 Las ondas cuyo enojo desafia,
 Los vientos cuya cólera desprecia:
 Y vientos y ondas, á la par crüeles,
 Sepultaron los últimos escombros
 De la selva mas densa de bajeles
 Que el mar sostuvo en sus movibles hombros.

Á igual suerte y mas dura condenada
 La que, de ésa rival, mandes ahora,
 Verás cual la dispersa y anonada
 El brio y saña del valor peruano,
 Que iguale en su pujanza destructora
 Á vientos y oceáno.

1857.

Á MEDIA NOCHE EN CHORRILLOS.

En hondo sueño reposa
 La vasta mortal familia:
 Yo solo jimo en vijilia
 Sempiterna y dolorosa.

Y escucho desde mi lecho
 El ronco son con que el mar
 No cesa de acompañar
 Los suspiros de mi pecho.

Somos, oh mar, parecidos:
 Tú de sonar nunca dejas,
 Ni yo de exhalar mis quejas
 Y mis profundos gemidos.

EN LA PROFESION DE ISABEL.

«¡Y te vas, hija del alma!
 ¡Y me dejas, Isabel!
 ¡Y mis súplicas no logran
 Tus pisadas detener!
 ¡Ah! recuerda que en mi seno
 Nueve meses te llevé,
 Padeciendo al darte al mundo
 La congoja mas crüel:
 Que güié en su primer paso
 Tu indeciso débil pié,
 Previniendo á tu caída
 De mi brazos el sosten.
 Yo esperé que á tus hermanas
 Ayudaras tú también
 Á ser báculo y consuelo
 De mi lánguida vejez.
 Ya podré solo mirarte
 De doble reja al traves,
 Que mis ansiosos abrazos
 Querrán en vano romper.
 Ai! espera breves años
 Á cerrar con mano fiel
 Mis cansados ojos tristes,
 Y podrás partir despues.
 Deja, deja que en la tumba
 Doble yo mi cana sien,
 Aunque al pesar de tu ausencia
 Mas pronto la doblaré:
 Oh tú que de mis amores
 Eres el fruto postrer,
 No me dejes, hija mia,
 No te vayas, Isabel!»
 — «¡Y te vas, oh dulce hermana!
 ¡Amadísima Isabel!
 ¡Ah! recuerda que en la infancia
 Nuestro lecho el mismo fué:

Ah! recuerda nuestros juegos
 En la plácida niñez
 Que miraba nuestra madre
 Con dulcísimo placer:

Y la dejas ¡ay! ingrata
 Y nos dejas ¡ay! crüel!
 Y es posible que el eterno
 Adios último nos des!

No el estilo dulce rompás
 Que, mañana uniendo á ayer,
 Hoy iguala á nuestra dicha
 Día á día y mes á mes:

Escucha nuestros gemidos
 Y nuestras lágrimas ve:
 No nos dejes, dulce hermana,
 No te vayas, Isabel.»

— Así te hablan madre, hermanas,
 Llorando mares de hiel:
 Y la amistad á su ruego
 El suyo junta también.

Y el mundo también te dice:
 «¿Dónde vas? los pasos ten:
 En la edad de los amores
 ¿Por qué me dejas, por qué?

Yo te prometo placeres,
 Yo grandezas te daré:
 Ganarás entre las bellas
 De beldad insigne prez:

Prenderás mil corazones
 De tus trenzas en la red,
 Y en las salas, fulgorosas
 Con cien lámparas y cien,
 Al mirar tus atractivos
 Y tu regia esplendidez,
 De amor morirá cada hombre,
 De envidia cada mujer:

Como leve mariposa
 En un ameno vergel
 Volando de flor en flor
 Liba de todas la miel,

Tal volará tu capricho
De un placer á otro placer,
Sin que, tan varios cuan dulces,
Falten jamas á tu sed.

Pero sobre tanta dicha,
Pero sobre tanto bien,
Te daré que ames amada,
Que el bien de los bienes es.

Compara á la dulce vida
Que te ofrezco y cumpliré,
La espantosa que te aguarda
Bajo lúgubre pared,

En anticipada tumba,
En impenetrable Argel,
Morada de penitencia
Y de llanto y lobreguez.

En sagrada prision guarde
Un humilde parecer
Solo aquella á quien avara
De beldad natura fué:

Mas en ti á cuya hermosura
Entre todas el laurel
Dar es fuerza, aunque la Envidia
De tus gracias sea juez,

Es linaje de suicidio,
Criminal insensatez
En un claustro solitario
Tantas gracias esconder.

Aun es tiempo, incauta vírgen,
Aun es tiempo: el paso ten:
No traspases todavia
El terrífico dintel;

Ve lo que haces y no sea
Que, pesándote despues,
Un vínculo indisoluble
Quieras en vano romper.

Ve las ledas muchedumbres
Que en magnífico tropel
Hoy presento á tus miradas
Convidándote al placer.

¿Di, no escuchas los acentos
 Que te envían? vuelve pués:
 No me dejes, bella niña,
 No te vayas, Isabel.»

— Y tu madre y tus hermanas
 Y el amor y amistad fiel
 Y el placer, la vida, el mundo,
 Prostrados á tus pies,

Todos, todos suplicantes
 Te repiten á la vez:

«No te vayas todavía
 No nos dejes, Isabel.»

— Mas tú al mundo así respondes
 Con heroica intrepidez:

«Vano mundo, te conozco
 Y ya tus perfidias sé:

No me engaña de tus pompas
 El falsísimo oropel,
 Ni me halaga de tus flores
 El mentido rosicler:

Ya sé que eres mar turbado
 Donde el humano bajel

Vaga incierto, de las olas
 Y los vientos á merced:

Sé que á tus crédulos hijos
 Jamas guardaste la fe,

Que dulce miel nos prometes
 Y nos das amarga hiel;

Que el amor con que nos brindas
 Agua de los mares es,

Que nunca la sed apaga
 Y más irrita la sed.

Amor verdadero busco,
 Eterno le he menester,

Que ni los años le gasten
 Ni quepan dudas en él:

Esposo darme no puedes
 Como el que yo me busqué,
 Aunque me dieras del orbe
 El mas poderoso rey.

Puerto seguro y tranquilo,
 Celeste asilo encontré
 Do nunca á llegar alcanza
 De viento y onda el vaiven.

Mundo traidor! falso mundo!
 No al viento tus ruegos des;
 Te conozco, te desprecio,
 Y es tal por ti mi desden,
 Que te juzgan mis amores
 Corto mezquino interes
 Para darte en holocausto
 Al que hoy recibe mi fe.

Y pues tu fango y peligros
 Trueco por tan alto bien,
 Sin un suspiro siquiera
 Te dice adios Isabel.

—No así á ti, madre del alma,
 Madre dulcísima, á quien
 Me ligan los dobles lazos
 Del amor y del deber!

Y vosotras, compañeras
 De mi dichosa niñez!
 Ai, mi madre! ai, mis hermanas!
 No mis ansias aumenteis.

No está en mí tener la planta,
 Irme es ya forzosa ley;
 Ved que es Dios el que me llama:
 ¿Quién resiste á su poder?

Mas presentes noche y dia
 Á mi afecto vivireis,
 Y al Señor de las clemencias
 Por vosotras rogaré,

Por que un dia nos conceda
 Que nos volvamos á ver
 En los fúlgidos palacios
 De la mística Salem.»

1867.

Á LOS PERUANOS

EN LA ULTIMA GUERRA CIVIL.

«Con temeroso son la fiera trompa»
 Los espacios asorda nuevamente:
 ¿Á dónde corre esa confusa gente?
 ¿Á quién amaga esa guerrera pompa?
 ¿Quizá con triple fulminante flota
 España torna, de vengar sedienta
 En vuestra ruina, la insufrible afrenta
 De su reciente rota?

Mas ¡ay! vana la vuelta vengadora
 Fuera ya de esa gente embravecida,
 Pues con insana lucha fratricida
 Vosotros mismos la vengais ahora.

No su enemiga y envidiosa diestra
 Arranca á vuestras frentes, oh crüeles,
 De Mayo los espléndidos laureles,
 Sino la propia vuestra.

Y de la patria que os implora en vano
 Despedazais el delicado seno,
 Cual la crudeza del encono ageno,
 Cual la barbarie del furor hispano.

Y va la Fama y su pregon avisa
 Á España ya vuestra discordia loca,
 Y ella su mengua olvida, y en su boca
 Brilla feroz sonrisa.

1867.

Á UNA AMIGA.

Bajan sobre mis dolores
 Tus palabras de consuelo,
 Como el rocío del cielo
 Sobre las marchitas flores.

Y mis tormentos suaviza
 Tu plática consolante,
 Como adormece al infante
 El canto de la nodriza.

Ah! no calle todavía
 Tu süave voz piadosa,
 Que en blando sueño reposa
 Al oírte el alma mía.

En dormida mar serena
 Ir me parece vogando,
 Arrullado por el blando
 Acento de una Sirena!

Por breves instantes cesa
 Mi antigua desconfianza,
 Y escucho de la Esperanza
 La dulcísima promesa.

¿Quién te da tanta dulzura?

¿Quién á tu boca halagüeña
 Esas palabras enseña

Que consuelan la amargura,
 Y que en mi herida crüel

Del puro labio elocuente
 Cayendo van dulcemente
 Cual blandas olas de miel?

Todo recuerdo temido

Así le borran tus frases,

Como si las empapases

En el agua del olvido.

Tú su risueño zafir

Vuelves al nublado cielo

Y arrancas su negro velo

Al rostro del porvenir.

Bendita por siempre seas,

Tú que de un triste te apiadas,

Y con voces encantadas

Sus pesares lisonjeas!

1868.

ÉXTASIS.

Sobre el vasto universo adormecido
 Brilla en silencio la serena luna;
 Duerme la mar cual plácida laguna,
 Y suspenden las auras su gemido.

Todo calla en redor: ningun rüido
 De la naturaleza, voz ninguna
 De los dormidos hombres importuna,
 En tanta paz, el solitario oído.

Y en la profunda misteriosa calma
 De la tierra, del aire y oceáno,
 El oído interior levanta el alma;

Y poseida de ferviente anhelo,
 Oír espera algun rumor lejano
 De la inefable música del cielo.

AL PETRARCA.

Bendita sea la feliz tibieza
 Con que, zelosa de su pura fama,
 Pagó tu amor la aviñonense dama
 Que igualó su virtud con su belleza!

Benditos el rigor y la esquiviza
 Que acrisolaron tu amorosa llama,
 Y te valieron la gloriosa rama
 Que hoy enguirnalda tu feliz cabeza!

Así Apolo que á Dafne perseguía,
 Cuando á abrazarla llega, sus congojas
 Sienten de un árbol la corteza fría.

Mas en sus ramas la deidad doliente
 Halla las verdes premiadoras hojas,
 Digna corona de su altiva frente.

1868.

LA PERLA SIN COMPAÑERA *

Á SU ESPOSO.

Para siempre, cual rápido sueño,
 Aquel tiempo feliz ha pasado
 En que, amada y amante en un grado,
 Los deleites del cielo gozé:
 Lima toda miró con envidia
 Nuestras dichas y castos amores,
 Y por fácil sendero de flores
 Resbaló descuidado mi pié.

Un audaz misterioso extranjero
 Á quien yo, sin saberlo, inspiraba
 Vil amor, y una pérfida esclava
 Me envolvieron en red infernal:
 Mas no pudo domar mi constancia
 El peligro de próxima muerte,
 Y morir prefiriendo á ofenderte,
 Di mi pecho al agudo puñal.

* Isabel M***, llamada por su singular belleza *La Perla sin compañera*, era el ornato de Lima y el orgullo é idolatría de su marido. En uno de los viajes que éste hacia á la sierra por sus negocios, se enamoró frenéticamente de ella un extranjero, un griego llamado Mauro Cordato. Habiendo buscado ocasion de acercarse á ella y siéndole esto imposible por la vida retiradísima que Isabel llevaba en ausencia de su esposo, se valió al fin de una negra, esclava de la Perla, y entre los dios, con engaño infernal, lograron hacerla ir á un lugar retirado, cerca de la alameda de los Descalzos. Allí Cordato, despues de haber intentado en vano lograr sus pretensiones, loco y furioso de amor y de despecho, la dió de puñaladas, y juzgándola muerta, mordió en seguida la boca de una pistola, con que se quitó la vida. Á la Perla la recogieron toda bañada en su sangre y sin sentido; y solo despues de una larga agonía, pudo sanar, viviendo todavía muchos años. Pero, qué vida! su marido, víctima de unos zelos frenéticos, pasó é hizo pasar á Isabel la mas atroz y atormentada existencia.—El autor no pierde la esperanza de escribir un dia esta lamentable historia, cuyos pormenores sabe de boca de la hija misma de aquella infeliz, la cual, al narrárselos, le declaró que no hacia mas que repetirle con la posible fidelidad la relacion que de tan trágicos acontecimientos le habia hecho á ella su desgraciada é inocente madre, la vispera de su muerte.

El deber y el amor á par fueron
 De mi fe combatida el escudo;
 Mas, si entonce el deber tanto pudo,
 Aún sin él me bastaba el amor:
 Y al caer, en mi sangre inundada:
 «Dulce esposo, clamé, por ti muero»
 Y tu nombre fué el nombre postrero
 Que en mis labios oyó el matador.

¡Ah! por qué su puñal, mas certero,
 Insanable no me hizo la herida!
 ¡Para qué he recobrado la vida,
 Si te miro dudar de mi fè!
 Yo que quise la vida tan solo
 Para ti, dulce bien, y contigo,
 Sin tu amor hoy la vida maldigo
 Que por él tan preciosa me fué.

Tus recelos me dan lenta muerte:
 Cese, cese este largo combate:
 Toma al fin una espada que mate
 De una vez á la triste Isabel:
 ¡Ah! yo misma me abriera gustosa
 Este fiel corazon, si creyera
 Que, despues de mi muerte siquiera,
 Mi inocencia leyeras en él.

¡Fuera mi alma visible á tus ojos!
 ¡Fuera el pecho cristal transparente,
 Por que vieras desde hora patente
 Cuán injusto es tu largo desden!
 Lo sabrás algun dia en el mundo
 Donde no entran ni dudas ni zelos,
 Porque en él, sin engaños ni velos,
 Cara á cara las almas se ven.

Si del mundo el error me condena
 Y te aplaude, yo invoco, yo espero
 En el juez imparcial y severo
 Que nos ha de juzgar á los dos:
 Me oirás en el último trance,
 En esa hora en que el labio no miente,
 Repetirte que soy inocente
 Ante el santo ministro de Dios.

Mas, si acaso la voz del que muere
No bastara á borrar del delito
La sospecha tenaz, yo te cito
Para el juicio tremendo final:
Allí, en faz del humano linaje
Convocado ante el trono divino,
Oirás de mi propio asesino
Que tu esposa te ha sido leal.

Los que un dia á Isabel conocisteis,
¡Cuántas lágrimas diérais al verla!
Ya no luce de Lima la Perla,
La que todos llamabais sin par:
De su seno el dulcísimo abrigo
Hoy le niega su concha querida:
¡Pobre perla olvidada, perdida
En los negros abismos del mar!

Mas adios, que la Muerte me aguarda
Y me llama, sus brazos abriendo:
Á mis hijos no mas te encomiendo;
Son tus hijos, esposo, tambien:
Estas prendas te daba tu esposa
En aquellos dulcísimos dias,
En que, libre de dudas impias,
Solo en ella cifrabas tu bien.

Y vosotros, pedazos del alma,
Que reis, mi dolor ignorando,
Sed felices, mis hijos, y cuando
De algun labio la amiga piedad
Mi tristísima historia os relate
Y mis fieras desgracias lamente,
Benedicid á una madre inocente
Y de un padre el rigor perdonad.

1868.

AL ÁNGEL DE MI GUARDA.

Tú que por mi amor trocaste
El empireo por el suelo,
Amoroso, inseparable,
Si invisible compañero;

Tú que en la débil infancia
Me salvaste de mil riesgos,
Escucha, celeste hermano,
Escucha mi humilde ruego.

Tú la flor de mi inocencia
Resguardaste largo tiempo
De la tempestad mundana
Y de sus impuros vientos:

Entónces te contemplaban
Tal vez mis felices sueños
Mas bello que cuanto nunca
Despiertos mis ojos vieron:

Tus alas me cobijaban,
Me arrullaban tus acentos,
Bien como al niño dormido
Arrulla el canto materno.

Que entónces mi alma inocente
Era purísimo espejo
Donde tu rostro veías
Y te agradabas en verlo;

Mas del mundo corrompido
Al fin el impuro aliento
De espejo que tanto amabas
Manchó los cristales tersos.

Tú sin embargo piadoso,
Con amor mas que fraterno,
Tus inspiraciones santas
Dabas al culpable pecho:

Pero yo las desechaba
Con ingrato menosprecio,
Y en la senda de los vicios
Me desbocaba sin freno,

¡Cuántas veces te he obligado
Á hollar lugares secretos,
Indignos de las miradas
De un habitante del cielo!

Y al ver mis torpes delitos,
La faz en grana tiñendo,
Á tus castísimos ojos
Formaron tus alas velo!

Empero nunca en el crimen
Me has consentido sosiego,
Y con la voz siempre me hablas
De santo remordimiento.

Tú mi enmienda solicitas:
Yo sin cesar la difiero,
Y tus esperanzas burlo
Y tu amistad desconsuelo.

Tal vez no dista el instante
De mi vida postrimero,
Que á comparecer me lleve
Ante el tribunal supremo:

Ya me parece que triste
Y turbado te contemplo,
Al ser forzoso testigo
Contra tan querido reo:

Ya te oigo en mi larga vida
Contar apénas, jimiendo,
Uno ó dos actos virtuosos
Entre mil actos perversos.

Y al fulminar la sentencia
El juez airado y tremendo,
Que con los lobos me junte
Y aparte de los corderos,

Tú, forzado á separarte
De tu dulce compañero,
Le enviarás con las miradas
El último adios eterno!

¿Y qué será de mí entónces,
Cuando te mire con lento
Vuelo alejarte, el lloroso
Rostro divino volviendo,



Y yo arrastrado me sienta
 Á la morada del fuego
 Y toque su umbral ardiente,
 Cuando tú el umbral del cielo!.....
 Ah! no, no sea: de Dios
 Alcance tu pio ruego
 Que su misteriosa gracia
 Salve mi postrer momento;
 Por que en el último día
 Del transitorio universo,
 Llevés á tu excelsa patria
 Á este tu hermano terreno;
 Y estrechamente enlazando
 Con mutuo brazo los cuellos,
 En sus pórticos fulgentes
 Paremos el rauda vuelo:
 Y allí entre tantas venturas,
 Y allí entre tantos contentos,
 No será tu compañía
 Lo que me deleite ménos.

1868.

Á DON JOSÉ GÁLVEZ.*

¿Y de la tumba en el sagrado seno
 Aun te persigue la venganza impia?
 Mas el inicuo, en su odio contra el bueno,
 Aún no perdona á su ceniza fria!
 Y los que ayer rieron con tu muerte,
 Que fué de un mundo universal lamento,
 Hoy no quisieran ni en imágen verte
 De Mayo coronando el monumento.
 Y es razon; que áun en mármol tu semblante,
 Como ya en vida tu presencia austera,
 Cruda amenaza á la maldad triunfante
 Y perennal remordimiento fuera.

* Con motivo de un supremo decreto en que se prohibía que fuera puesta su estatua en el monumento del Dos de Mayo.

Y creyeran tu mármol impaciente
 Ver arder á su vista en ira santa,
 Y ellos bajaran con rubor la frente
 Y aterrados cayeran á tu planta.

Mas, si á tus manes el honor postrero
 Niega la envidia, en su rencor constante,
 Pronto será que el popular dinero
 Monumento mas digno te levante.

Aunque el mas digno de tus altos hechos
 No son mármol ni bronce; no, tu gloria
 Otro tiene mayor en nuestros pechos
 Donde olvido no teme tu memoria.

Y en asilo tan santo y tan secreto
 Seguro vives, porque allí no alcanza
 Poder sañoso, infamador decreto,
 Ni torpe envidia, ni feroz venganza.

1868.

 Á DIOS.

¿Qué aguda inteligencia,
 Angélica ó mortal, penetrar sabe,
 Señor, tu arcana esencia?
 ¿En cuál tan vasto pensamiento cabe
 Tu infinita grandeza
 Que nunca acaba, que jamas empieza?
 En el principio fuiste
 Y serás en el fin: que el solo eres
 Que por sí propio existe:
 Solo existen por ti los demas seres;
 Y es vano ser prestado
 El que anima, Señor, á lo creado.
 Solo tu vida es vida:
 No hay cuento prodigioso de guarismo
 Que tu principio mida;
 Que eres eterno padre de ti mismo;
 Y de círculo á modo,
 De ti sale y á ti regresa todo.

De tu vital presencia
Todo lo hinchas, Señor: eres esfera
Cuya circunferencia
No miro en parte alguna; mas doquiera,
Doquier, Señor, encuentro
El portentoso inacabable centro.

Y yo, débil gusano,
Yo de la nada vil hijo doliente,
Quiero entender en vano
Cómo duras, Señor, eternamente,
Cuando de un hilo asida
Está mi triste pasajera vida.

Y mientras que tú llenas
La eternidad pasada y la futura,
Rápido instante apenas
Del hombre frágil la existencia dura,
Y como sombra vana,
Ni tuvo ayer, ni logrará mañana.

Mientras en ti mas pienso
Y más tu arcana magestad medito,
Te me haces mas inmenso;
Y perdida en tu piélago infinito,
Mi naufraga barquilla
Ni encuentra fondo ni divisa orilla.

Y como los fulgentes
Rayos no ven del sol ojos terrenos,
Yo así, Sol de las mentes,
Cuánto más brillas, te distingo menos,
Y creciendo tu fuego,
Desmayo al fin, desatinado y ciego.

Oh pensamiento, tente:
No divinos arcanos arrogante
Indagues vanamente;
No quieras abarcar, cual loco infante,
En tu pequeña mano
El inmenso caudal del océano.

1868.

UN PRÍNCIPE INDIO,

AL CASARSE CON UNA ESPAÑOLA.

La nieve de nuestros montes
En tu tez cándida brilla,
Y en tus cabellos el oro
Que sus entrañas nos crían:

Semeja la viva grana
Que colora tu mejilla
Purpurea tarde que muere
En sus blanquísimas cimas ;
Y el azul de nuestro cielo
Y de nuestra mar dormida
Tiñe de tus dulces ojos
La transparente pupila.

¡Oh bellísima española,
Ante ti todas se eclipsan,
Como ante el Sol las estrellas,
Nuestras bekdades nativas:

Que nunca copia su frente
Y su cabello no imita
La nieve de nuestros montes
Ni el oro de nuestras minas.

Solo por ti, blanca vírgen,
Olvidar pude que es mia
La sangre vertida á mares
De los infelices Incas.

Desde mis años mas tiernos
En ser de vengar ardia
Á mi patria esclavizada
Y asesinada familia:

Y era este ardiente deseo
De venganza y de justicia
El desvelo de mis noches
Y el ensueño de mis dias.

Pero miré tu hermosura,
Sentí tu gracia divina,
Mas temible que los rayos
Que tus compatriotas vibran;
Y quedé al fin mas rendido
De tu beldad peregrina
Que de las armas hispanas
Quedó mi patria cautiva.

En vez de mandar guerreros
Para afianzar su conquista,
Envie España bellezas
Que con la tuya compitan.

Si tanto te hubiera amado
Aun siendo á mi amor esquiva,
¿Cómo adoraré á quien hallo
Á mi amor agradecida?

Adversas razas en ambos
Hoy el himeneo liga:
En ti á la raza opresora,
En mí á la raza oprimida.

Perdona, sombra sangrienta
Del mísero Atabaliba;
Perdonad, airados manes
De tantas inultas víctimas:

Si á mi venganza renuncio,
Si mi soberbia se humilla,
Si del injusto contrario
Estrecho la mano altiva,

No es porque tema los riesgos
De las sanguinosas lidias,
Que poco en vuestro holocausto
Juzgara perder mil vidas:

Mas, si conocido hubierais
La beldad que me esclaviza,
Disculparais mi flaqueza
Y mi amor comprenderiais.

1868.

AL SUEÑO.

Ven: de la odiada realidad amarga
 Róbame al doloroso sentimiento,
 Y de mi vida la insufrible carga
 Ten, oh Sueño, en tus brazos un momento.

Ay! que en senda tan áspera y tan larga
 Mas grave al hombro cada vez la siento,
 Y mas la cuesta la subida embarga
 Al pié cansado, cada vez mas lento.

El peso horrible de la vida humana
 Alíviame esta noche fujitiva,
 Y á recibirle tornaré mañana;

Hasta que al fin, doliente y compasiva,
 Venga, implorada, tu inmortal hermana
 Y en su seno piadoso me reciba.

AL MAR.

Descubra ufana la pomposa tierra
 Las maravillas que su seno encierra:
 Cual mares de colores,
 Sus llanos muestre de verdor y flores;
 Sus selvas, montes de nevada frente
 Y las ciudades que levanta el hombre;

Su variedad ostente,
 Y con lo rico y lo diverso asombre:

Á ti tu austera desnudez te basta,
 Océano gigante;

Y miétras que la tierra matizada
 Mil colores y mil luce sin cuento,
 Un color solo basta á tu semblante,
 Como al semblante azul del firmamento.

Siempre gozé en tu aspecto, ya te viera
 Desde firme ribera
 Contrastar por tu estruendo y movimiento

Con el callado inmóvil elemento ;
 Y recreado, en tanto
 Que en la orilla tu espuma se dilata,
 Orlar te mire tu cerúleo manto
 Con rica fimbria de luciente plata ;
 Ya, léjos de tus playas,
 Habitador de trémulo navio,
 Te viera en torno mio,
 Ir á perderte en el inmenso cielo,
 Cual si él te limitase por do quiera,
 Y todo mar el universo fuera.

Mas, aunque ocupas del comun planeta,
 Inquietable mar, la mayor parte,
 No basta tanto imperio á contentarte,
 Que á más aspira tu ambicion inquieta :
 Fiero desdeñas con poder diverso
 El imperio partir del universo :
 Á dominios sin límites aspiras
 Donde te tiendas sin confin ni vallas ;
 Y á la enemiga tierra
 Eterna mueves implacable guerra,
 Y en derredor azotas sus murallas
 Con tus rabiosas ondas sitiadoras ;
 Sus altos lindes sin cesar invades,
 Y ensanchas tus estados
 Con las vastas provincias que devoras.
 Tal vez, cual diestro atleta, te retiras
 Para tornar con ímpetus doblados
 Á descargar tus formidables iras :
 Y ella, temblando muda,
 Resiste apenas tu inmortal asalto ;
 Y teme que sus campos y sus selvas,
 Sus empinados montes mas aerios
 Y sus grandes metrópolis é imperios
 Á sepultar bajo tus ondas vuelvas.
 Aún el tiempo recuerdas en que ufano,
 Cual reino tuyo, la ocupaste entera,
 Cuando de Dios la vengadora mano,
 Á castigar del hombre los delitos,
 Lanzó desde la altura otro oceáno.

¡Cuál diste de placer largo rujido,
 Cuando reinar te contemplaste solo;
 Cuando, de polo á polo,
 Ceñiste el universo estremecido,
 Cual lidiador que con el peso abrumba
 Del vasto cuerpo á su rival caído!

 Inmensa noche te cubria en torno,
 Horrenda noche, donde
 Su luz negaba la menor estrella,
 Noche que solo se igualara á aquella
 Que lo mas hondo de tu abismo esconde:
 Y en su negro silencio funerario,
 Con el bramido de tus ondas bravas
 Y ronca voz del huracan, cantabas
 Tu triunfo solitario.

 Mas fué breve la edad de tu conquista:
 Á sus antiguos lindes
 El gran volúmen de tus ondas baja;
 Y, como salva náufraga, fué vista
 Sacar la tierra de tu azul mortaja
 La sumerjida frente,
 Y de selvas la espesa cabellera
 Que sobre el ancho pecho goteaba
 De tus saladas ondas el torrente.

 Y aunque la tierra en la inmortal promesa
 De la bondad divina
 De segundo diluvio se asegura,
 No aleja empero su postrer rüina
 Y su infalible destruccion futura.

 Contó el Señor los siglos de su vida,
 Y los tuyos tambien: vendrá ese día,
 Á ella y á ti de espanto,
 En que con la agonía de la tierra
 Mires tambien llegada tu agonía;
 Y á sus gemidos últimos respondas
 Con el medroso llanto
 Y bramador gemido de tus ondas.

 Ella remedará tu movimiento,
 Por el vaiven violento
 De internas tempestades sacudida,

Y mostrará sus lóbregas entrañas,
 Y el mar de fuego que su centro llena;
 Y tú, tus ondas hasta el cielo irguiendo
 Copiarás sus altísimas montañas
 En Andes de agua, entre uno y otro abriendo
 Profundos valles de revuelta arena.

Y á grandes trechos, tu anchuroso y hondo
 Secreto lecho dejarás vacío :

Cual flota inmensa de varadas naos,
 Se verán tus atónitas ballenas;
 Y huyendo bajarán á tus enjutas
 Llanuras los terrestres animales,
 Y á guarecerse irán entre tus grutas
 Y entre tus rojas selvas de corales.

Y en mortal confusion, cada elemento.

De sí mismo y los otros enemigo,
 Y luchando con todos y consigo,
 En nuevo caos tornarán el mundo,
 Hasta que baje la ira justiciera
 Y abraze viva llama

El vil teatro del humano drama
 Que en otro mundo el desenlace espera.

Cual bebe sol de estio
 Menuda gota de fugaz rocío,
 Así te sorberá súbitamente
 La sed rabiosa de esa llama ardiente:
 No quedará de ti recuerdo vano;
 Y entónces solo Dios, vasto océano
 Sin fondo ni ribera,
 Inundará la inmensidad entera.

1869.

VISITA AL CEMENTERIO.

¡Oh ciudad silenciosa de los muertos!
 En ti se apaga el huracan humano,
 Cual muere al pié de los tranquilos puertos
 El estruendo y furor del océano.

Tú el solo asilo de los hombres eres
 Donde olviden del hado los rigores,
 Sus ansias, sus dolores, sus placeres
 Que no son en rigor sino dolores.

Parece que me invitas á que vaya
 En ti á librarme de este mar tan fiero,
 Cual á su abrigo la segura playa
 Convida al fatigado marinero.

¡Hay en ti tanta paz, tanto sosiego,
 Del otro mundo misteriosa orilla!
 Y es tan turbado el mar en que navego,
 Y tan frágil y rota mi barquilla!

Tantos á ti me ligan dulces lazos,
 Que no me juzgo á tu mansion ageno:
 ¡Ah! de mi corazon cuántos pedazos
 Están ya sepultados en tu seno!

¡Oh cementerio! ¡Cuántos de los míos
 Son ya de tu recinto pobladores!
 ¡Cuántos me piden á sus restos fríos
 Justa ofrenda de lágrimas ó flores!

Aquí estás, dulce padre idolatrado,
 De mi vida perenne pensamiento,
 Cuyo fin, de los tuyos apartado,
 ¡Ay! tan presto siguió á mi nacimiento!

Tú cuyo elogio universal, sincero
 Escusa la inmodestia al filial labio
 De enaltecer tu triunfador acero
 Y el lauro darte que corona al sabio:

Por ti el nacer maldigo, por ti anhelo
 Tal vez la cruda pavorosa muerte,
 Para irte á conocer allá en el cielo,
 Pues no pude en la tierra conocerte.

Aquí estás, noble Pio, en quien el nombre
 Presagio fué de tu piedad divina:
 Y tú, digna consorte de tal hombre,
 Adorable dulcísima Joaquina!

Y Plácido, y Victoria y Margarita!.....
 ¡Ah! quién la parte numerar pudiera
 De la familia, que el sepulcro habita
 Y que á la viva en el sepulcro espera!

Aquí tambien reposa tu ceniza,
 Tú cuya muerte desde playa agena
 Solo pude llorar, oh mi nodriza,
 Mi pobre inolvidable Magdalena!

¡Caros difuntos! Cuando jimo al lado
 De vuestras tumbas, la esperanza siento
 De que se anime vuestro polvo helado,
 De que escuchéis mi dolorido acento.

Y aún me parece que á mi atento oido
 Llega un son melancólico y profundo,
 Suspiro que, en respuesta á mi gemido,
 Me envais vosotros desde el otro mundo.

Y entónces, caros seres, descaria,
 Diciendo adios al mundo tempestuoso,
 Quedarme en vuestra dulce compañía,
 Gozar vuestro dulcísimo reposo.

Y en el silencio de la noche oscura,
 Escuchar por el vasto cementerio
 La voz de los difuntos que murmura
 De la vida y la muerte el gran misterio.

1869.

EL DIA DE DIFUNTOS.

(EN EL CEMENTERIO.)

No la profunda paz apetecida
 Y el usado silencio aquí se advierte,
 Que hoy anima el bullicio de la vida
 El dormido palacio de la Muerte.

Mas gente, á igual destino reservada,
 Es bien que, suspendiendo su alegría,
 Á conocer aprenda la morada
 Que para siempre ha de habitar un día.

¡Cuántos de los que aquí mueven el paso,
 Al lucir este dia nuevamente,
 Con los que hoy duermen dormirán acaso
 El sueño de la tumba eternamente!

Y ántes que muchos lustros su jornada
Terminen, ni uno solo habrá quedado
De los que hoy visitamos de pasada
Este mudo recinto desolado.

Oh Lima, de tus gozos y tu gloria
La vanidad tu poblacion discierna,
Pues eres la morada transitoria
De los que hallan aquí morada eterna.

Vivan en ti su rápido momento,
Cual en su breve viaje el peregrino,
Que no pone su amor ni su contento
En las vanas mansiones del camino.

Sucedíendose raudos sin medida
Seres ofrece el universo vasto;
Mas cuanto cria pródiga la Vida
Á la Muerte voraz sirve de pasto.

Oh negra reina de implacable encono,
Que jamás de tus víctimas te apiadas,
Son montes de cadáveres tu trono,
Y tus sangrientos cetros son espadas!

Hambrienta emperatriz que cada instante
Pueblas y ensanchas tu terrible imperio,
Día vendrá que tu furor triunfante
Cambie la tierra entera en cementerio.

Mas solo de cadáveres lo llenas;
Solo en el cuerpo tu poder señalas,
Mas del alma desatas las cadenas
Y la revistes de potentes alas.

Vana conquistadora de despojos,
Son á ti tus vasallos parecidos;
De calvas frentes y de huecos ojos,
Sin formas, sin color y sin sentidos.

Y aún esa tan efímera conquista
Devolverás un día mal tu grado,
Por que de nuevo el alma se revista
Del cuerpo, por su luz transfigurado.

Y cuando todo lo que tu ira inmola
Á la feliz eternidad despierte,
Verán los siglos una muerte sola
Y esa será la muerte de la Muerte.

Que, viendo que ya no hay adonde hiera
 El filo matador de tu guadaña,
 Contra ti misma volverás tu saña,
 Y tú serás tu víctima postrera.

1869.

A***

Tu beldad seductora me convida
 Con un mundo de dicha y de placer:
 Pero yo, en cambio, á tu serena vida
 Solo puedo dolores ofrecer.

Ah! no juntes tu suerte con mi suerte,
 Ve que te diera mi destino horror:
 Mi amor, señora, es el dolor, la muerte;
 Huye por Dios de mi fatal amor.

Digno no soy de tu beldad celeste,
 No merezco tu puro corazón:
 Nunca un suspiro este infeliz te cueste;
 Básteme tu amistosa compasión.

Solo te pido que en mi triste losa
 Esos ojos que afrentan al zafir
 Derramen una lágrima piadosa
 «Que haga mi helado polvo rebullir.»

Á MI MADRE.

¡Cuánto ya del destino me quejaba!
 Y ¡ay triste! no sabia
 Que su saña crüel me condenaba
 Á ser mas desdichado todavía!
 Entre males sin cuento
 Solo un bien me restaba, una ventura:
 Isla risueña, solitario puerto
 En el inmenso mar de mi amargura:
 Fresco oasis de flores y verdura
 De mi vida en el árido desierto:

Y eras tú, madre mia,
 Tú, mi amor, mi esperanza, mi alegría.
 ¿Quién les quitó á mis ojos el semblante
 Que su vista mas bella siempre ha sido?
 ¿Quién me ha robado aquella voz amante
 Que era música eterna de mi oído?
 ¿Quién mi cuello privó del tierno brazo
 Que lo tenia dulcemente preso?
 ¿Quién le quitó á mi frente tu regazo?
 ¿Quién á mi labio le robó tu beso?
 Jima el labio doliente,
 Dóblese al suelo la marchita frente;
 Solo se abra el oído
 Para oír de mis labios el jemido,
 Y en tan fieros enojos,
 Solo para llorar se abran los ojos.
 Aunque una larga eternidad viviera,
 Nunca el recuerdo en mí se borraría
 De ese día fatal: rayó la aurora,
 Y murió la esperanza lisongera
 Que engendró mejoría engañadora:
 El que sueño tranquilo parecía
 Era el último ya: ¡cuán vanamente,
 De rodillas en torno de tu lecho,
 Tus cuatro hijos, de dolor insanos,
 Con los nombres mas dulces, á porfía,
 Te estuvimos llamando todo un día!
 Tu cuerpo inmóvil, sin color tus labios,
 Sin luz tus ojos y tus manos yertas,
 Tan solo en ti vivía
 Ese ronco estertor de tu agonía
 Que sonará en mi oído eternamente,
 Y que midió, como un reló viviente,
 Las largas horas de ese eterno día!
 Vino la noche al fin, y su reposo
 Interrumpió de la fatal campana
 El doble doloroso
 Que el fin anuncia de una vida humana.
 Á tus dolientes hijos,
 Arrancados por fuerza de tu lado,

Ese toque les dijo
 Que estaba su infortunio consumado;
 Con cuyo son concierta
 El lúgubre gemido
 Que dió, al cerrarse, la pesada puerta:
 Un agudo alarido
 Sonó, de cuatro pechos exhalado,
 Y ciñó cuatro cuellos un abrazo:
 Y así abrazados á tu estancia fuimos
 Y nos precipitamos á tu lecho,
 Y en el ardiente mar de nuestros ojos
 Inundamos tus pálidos despojos;
 Y besamos con labio reverente
 El pecho que era nuestro santo escudo,
 Las inmóviles manos, los hermosos
 Ojos cerrados ¡ay! eternamente,
 Y el frio labio para siempre mudo!
 Y de nuevo arrancados á tu lecho,
 En nuestra estancia solitaria, oscura,
 Pasar sentimos las eternas horas
 Midiendo nuestra eterna desventura:
 Y en la noche tercera,
 Sentimos ¡ay! que desfilando iba
 Delante á nuestra reja
 La larga funeraria comitiva
 Que acompañaba tu ataúd al templo,
 Vibrando en nuestras almas desoladas
 El compas de su marcha que se aleja
 Y el decreciente son de sus pisadas.
 Y de dolor y de infortunio ejemplo,
 Desde entónces vivimos, habitando
 Esta mansion en donde ya no moras,
 Cual tristes avecillas que han perdido
 Las maternales alas protectoras
 Lloran sin tregua en el desierto nido.
 Y tú entónces faltaste á nuestro llanto
 Y á la materna muerte, tú que ausente
 En las riberas de la antigua Europa,
 Apurarás en breve largamente
 De la amargura la colmada copa!

¿Cuál será tu dolor, oh Grimanesa,
 Al escuchar la nueva
 Que ya en sus alas el Vapor te lleva?
 ¿Cuando confirmen á tu oído incierto
 La desventura horrible,
 Que á tu cariño pareció imposible,
 Cuando te digan que tu madre ha muerto!
 Que ha muerto; ¡ay cielo! ántes que tú volvieras
 Á las patrias riberas,
 Cuando ya estaba tan cercano el plazo
 En que verla tu amor se prometia
 Y darle al fin el suspirado abrazo,
 Tras tantos años de una ausencia impía!

Ah! tu congoja por la nuestra mido:
 Morir querrás: á todo acento humano,
 Desesperada, negarás oído;
 Y consolarte intentarán en vano,
 En círculo amoroso,
 Tus dulces hijos y tu tierno esposo.

¿Por qué, por qué con adivino pecho
 No aceleraste tu veloz partida?

Ah! si el peligro adivinado hubieras
 Que amenazaba tan preciosa vida,
 Hallara entónces tu impaciencia lento
 El vuelo audaz del carro de los mares,
 Y ansiaras las ligeras

Alas de tu amoroso pensamiento
 Para volar á los maternos lares!

Y acaso el gozo de tornar á verte
 Á prolongar bastara la existencia
 De aquella á quien tu ausencia
 Tal vez, tal vez aceleró la muerte:
 Pues, aunque á todos nos amaba tanto
 La madre mas amante que ha nacido,
 Tú fuiste el mas querido
 Entre los frutos de su seno santo:
 Tú que fuiste para ella juntamente
 Hija, hermana y amiga y compañera,
 De sus íntimas penas confidente.

Mas, aunque ya no viva, ven siquiera
 A ver, oh Grimanesa, los lugares
 Que la miraron por la vez postrera,
 De su vida testigos familiares,
 Y que su sombra idolatrada habita;
 Ven, dulce hermana, á que lloremos juntos
 Nuestra comun desgracia; en la luctuosa
 Solitaria mansion de los difuntos,
 Ven á orar con nosotros en la losa
 Que sus despojos adorados sella:
 Cual solo alivio á tu dolor profundo,
 Ven á que hablemos sin descanso de ella,
 Y á ocupar nuestra vida en la memoria
 De la que fué en el mundo
 Nuestro amor, nuestro orgullo y nuestra gloria.

Mayo de 1870.

DOLOR.

Solo la voz de mis gemidos suena,
 Madre del corazon, en la morada
 Ayer no mas de tu presencia llena,
 Y hoy sola y taciturna y enlutada.

Ayer no mas la henchia de contento
 El son mas regalado á nuestro oido,
 La música divina de tu acento
 Por cuatro corazones repetido.

Ayer no mas de tu mansion doliente
 Las estancias desiertas y calladas
 Se animaban sonando alegremente
 Al rumor de tus ágiles pisadas.

Ayer no mas la mesa en que llorando
 Estas éstrofas plañideras trazo
 Te vió en la tarda noche, á mí llegando,
 Cefir mi cuello con amante lazo.

Me recordabas cariñosa la hora,
 Y dabas, arrancando dulcemente
 Á mi mano la pluma veladora,
 Un fresco beso á mi abrasada frente;

Y me arrastraba tu amoroso empeño
 Al lecho, y en la orilla te sentabas,
 Y solo en brazos de tranquilo sueño,
 Partiendo silenciosa, me dejabas.

No alcanzo ¡ay! cómo de dolor no muero,
 Muerta una madre tan amante y buena!
 Fuerza es que abrigue un corazón de acero,
 Pues no me rompe el corazón la pena!

De estraño mal que me consume lento
 Herido yo desde mi edad primera,
 Nunca mi amor se imaginó un momento
 Que tu muerte á mi muerte precediera.

Esperaba por él interrumpida
 Esa ley natural, de rigor llena,
 Que el triste fin de quien le dió la vida
 Á un hijo amante á contemplar condena.

Y la muerte espantosa no temia,
 Cuando á mi alma la interior mirada
 Representaba mi última agonía
 Por tu dulce figura coronada.

Y es posible, posible que el destino
 De ti me despojara en un momento!
 Y que no vuelva á hallarte en mi camino
 Ni á ver tu rostro ni escuchar tu acento!

Y es posible ¡ay dolor! que ya no pueda,
 Como cuando moraba en suelo estraño,
 Oír la voz de la esperanza leda
 Decirme: la verás dentro de un año!

Y que no pueda imaginarme un plazo
 Tras el cual, aunque largos años cuente,
 Espere darte el suspirado abrazo
 Y verte y escucharte finalmente!

Un tiempo la esperanza lisonjera
 En las playas de Europa me decia:
 «Hay una madre que con ansia espera
 De tu regreso el venturoso día.

«Cesen los ayes que sin fin exhalas:
 El anhelado instante se aproxima
 Que del vapor las incansables alas
 Te llevarán á la remota Lima!»

¡Si estuvieras ausente, moradora
 De Francia, á Grimanesa reunida,
 Y pudiese mi amor á cada hora
 Tu regreso esperar ó mi partida!

¡Si á falta de tu voz, á tu hijo hablara
 Papel escrito por tu dulce mano,
 Y frecuente coloquio nos ligara,
 Vencedor del vastísimo oceáno!

Pero en vez de ese viaje tan ansiado
 Y ya vecino á tu anhelar materno,
 Te preparaba la crueldad del hado
 El postrer viaje y el adios eterno!

¡Ah si posible el alma concibiera
 Ver, madre, alguna vez tu faz querida:
 Tarde, muy tarde, en mi vejez postrera,
 En los últimos dias de mi vida!

Si me dijese la esperanza ahora:
 «Resta un consuelo á tu dolor profundo;
 «Tu dulce madre idolatrada mora
 «En los confines últimos del mundo:
 «Crudo el viaje será, de riesgos lleno,
 «En montes, selvas y enemigos mares;
 «Mas llegarás á su adoradó seno,
 «Despues que largos lustros caminares:»

¡Ah! ¡cuán contento partiria entonces,
 Aunque gastara en viaje tan lejano
 Triples sandalias de macizo bronce
 Y al fin llegara moribundo anciano!

Mas ahora ¡ay de mí! la vida entera
 Pasara vanamente en esperarte,
 Y en vano el universo recorriera,
 Pues ya no vives en ninguna parte!

Ya no hay en el vastísimo universo
 Punto que habite mi amorosa mente,
 Y hoy sabe mi dolor cuánto es diverso
 Llorarte muerta de llorarte ausente!

Tal vez, mirando tu dolencia impia,
 Mil deseos formaba en mi locura,
 Y el patrio suelo abandonar queria
 Por no ver mi espantosa desventura;

Llevando ántes, oh madre, de perderte
 Á otras playas mi planta fujitiva
 Donde incierto viviera de tu muerte,
 Y allí pudiera imaginarte viva.

Y aun hoy, y aun hoy, aunque tu cuerpo he visto
 Inmóvil, frio y sin color y mudo,
 Á la verdad horrible me resisto,
 Y de tu muerte y mi desdicha dudo.

Ah! cuántas veces en feliz olvido
 Pienso escuchar tu labio que me nombra,
 O el usado rumor de tu vestido
 Que leve barre la mullida alfombra!

Y si un instante dejo mis umbrales,
 Imagino al volver que tú me esperas,
 Y que á mi encuentro cariñosa sales
 Con semblante y palabras placenteras.

Mi pié las gradas del umbral traspasa
 Y con pisadas presurosas entro:
 Mas ¡ay! recorro la desierta casa,
 Y te llamo, y te busco, y no te encuentro!

Y cesa entonces la ilusion dichosa,
 Y mi infortunio y mi tormento crece,
 Cuando de nuevo la verdad odiosa
 Á mi razon su desnudez ofrece.

Y no alcanzo á entender de qué manera,
 Rota tan fuerte é íntima atadura,
 Huyó el cuerpo y la sombra persevera,
 Cesó tu vida y aun mi vida dura!

La calma universal me maravilla,
 Y no comprendo en mi dolor profundo
 Cómo viven los otros, y el sol brilla,
 Y no fenece con mi madre el mundo!

Y mudo, solitario y embebido,
 Dias consumo en tu tenaz recuerdo,
 Y la estension de mi infortunio mido,
 Y en el abismo del dolor me pierdo.

Confusas sobre mí pasan auroras,
 Dias, tardes y noches que no cuento,
 Cual si cesase el vuelo de las horas
 Ante tan hondo y tan tenaz tormento.

Para mí la existencia está cambiada:
 En noche eterna se trocó mi día:

¡Ah! ya no espero ni ambiciono nada
 De cuanto un tiempo ambicionar solía.

¿Qué me importan honores y grandezas
 De los que tú no habrás de ser testigo?

¿Qué me importan el fausto y las riquezas
 Que ya no puedo dividir contigo?

Si mi afán con tu amor no galardonas,
 Ya todo para mí lo desencantas:

Que, si ansiaba poéticas coronas,
 Era para ponerlas á tus plantas.

Ya no curo laureles inmortales
 Ni de la gloria el lisongero aplauso,
 Si con él en los labios maternales
 Una sonrisa de placer no causo.

La vida misma, ¿para qué la quiero,
 Si no la ha de encantar tu compañía,

Y si tu eras el término postrero
 Y el solo fin de la existencia mía?

Ay! qué va á ser de mí sin tu cuidado!
 ¡Qué porvenir tan enlutado el mío!

Solo divisa el ánimo angustiado
 Llanto, tristeza, soledad, vacío!

En nada, en nada encontraré consuelo:
 Eternamente viviré aflijido:

Á otros alivian en tan justo duelo
 Los afectos de padre y de marido.

Mas yo ni en dulces hijos ni en hermosa
 Consorte amante mi consuelo fundo:

Que tú eras para mí madre y esposa,
 Y tú eras todo para mí en el mundo.

Mas qué digo? del hijo abandonado
 Un consuelo le resta á la amargura:

Uno solo: seguirte, y á tu lado
 Dormir en la callada sepultura.

1870.

RECUERDO DEL DIA DE LA COMUNION.

¡Oh cuanto triste venturoso dia,
Que en mi memoria sin cesar contemplo,
Cuando en tu estancia convertida en templo,
Enfrente de tu lecho de agonía,
Alzamos, madre, el ara
Donde al eterno Padre el Sacerdote
La víctima inmortal sacrificara!

Présaga, oh madre, de tu fin vecino,
Y absuelta ya por la sagrada diestra
Dispensadora del perdon divino,
¡Cuánto imploraba tu impaciente anhelo
Nutrir el alma con el pan del cielo!
Con la feliz confortadora vianda
Que al humano viajero
Un Dios piadoso desde el cielo manda
Para que emprenda el viaje postrimero!

Y de rodillas yo á tu cabecera,
Las consagradas preces
Quisiste que mi labio te leyera:
¡Dulce y triste deber! Ah! ¡cuántas veces
Los sollozos y el llanto
La comenzada voz interrumpieron!
Mas, pensando en el santo
Inefable deber que allí cumplía,
Venciendo mi quebranto,
Con labio balbuciente proseguía.

Por fin llegó el momento
El ansiado momento venturoso
En que tu labio hambriento
Gustara, oh madre, el inmortal sustento
Que envidia al hombre el serafin glorioso.

Celestial alegría
Bañaba tu semblante,
Y claro se veía
Que hospedabas á Dios en ese instante:
Brillaron tus miradas

Cual por luz inmortal iluminadas,
 Cual si ya vieses la celeste aurora;
 Parecióme sentir súbitamente
 Derramarse fragancia embriagadora
 Y oír un son divino, como el canto
 De un coro angelical allí presente!

Callaba en tanto yo: tus labios píos
 Pidieron á los míos
 Nuevos acentos con que dar al cielo
 Por tan alta merced gracias ardientes,
 Y de tu alma las alas impacientes
 Te iban creciendo para el grande vuelo!
 ¡Ah! por qué con tus hijos no partiste
 Á la mansion divina,
 Y solos, oh dichosa peregrina,
 Nos has dejado en este suelo triste!

Junio de 1870.

ÚNICO CONSUELO.

Tan solo encuentra mi dolor consuelo
 En la voz que me dice: «No lo dudes,
 «Ya la madre que lloras, en el cielo
 «Recibe el galardón de sus virtudes.»

Es la voz de la amiga cariñosa
 Que conoció el tesoro de nobleza,
 De bondad, de indulgencia generosa,
 Que en tu pecho encerró naturaleza.

Es la voz de la huérfana inocente
 Que en tus hogares encontró un abrigo,
 Del anciano sin hijos é indigente,
 De la mísera viuda, del mendigo:

Del mendigo infeliz que, siempre ufano,
 Al partir tus umbrales bendecía,
 Llevando dones de tu rica mano
 Y acentos dulces de tu boca pia.

Es la voz de la enferma á cuyo labio
 Dió tu mano la médica bebida,
 No reputando á tu nobleza agravio
 Ser sierva de la gente desvalida.

Voz de otros tantos que humilló la suerte
 Y en secreto tus dones sustentaban,
 Dones que solo descubrió tu muerte
 Y que tus propios hijos ignoraban.

Todos, vertiendo lágrimas sin duelo
 Por su pia incansable bienhechora,
 Todos me dicen, señalando el cielo:
 «Allá recibe el galardón ahora.»

¡Ah! yo maldigo esa fatal creencia
 Que al negro cetro de la muerte impia
 Sujeta el alma, y nuestra amarga ausencia
 Por una eternidad dilatatoria!

Mas la promesa de esa fé celeste
 Que tú enseñaste á mi niñez bendigo,
 Pues me muestra otro mundo despues de éste
 Donde por siempre me uniré contigo!

Sí: ya te miró sobre régio estrado
 Ocupar el asiento luminoso
 Que ha tantos años á su noble lado
 Te guarda amante tu primer esposo.

Y él al mirar por fin á su Manuela
 Que viene á hacerle eterna compañía,
 De la ausencia tan larga se consuela
 Que hasta en el cielo suspirar le hacia.

Y por sus hijos, de ternura lleno,
 Pregunta á tu cariño largamente;
 Tú le respondes, en su noble seno
 Dulce inclinando la amorosa frente.

Y á saludarte acudirán veloces
 Los que llorabas en la tierra triste;
 Allí á tu padre ves: allí conoces
 Á la madre que aquí no conociste.

Y de placer y afecto te estremeces
 Á abrazar á la adorada hermana
 Que hizo de madre las piadosas veces
 Al desamparo de tu edad temprana.

Y á la hija, causa de tan largo lloro,
 Que halló la muerte al empezar la vida,
 Encontrarás entre el celeste coro,
 En serafin ardiente convertida.

Mas tan dichosa union, tan alta gloria
 Un solo pensamiento no destierra,
 Y áun aviva en tu pecho la memoria
 De los hijos que dejas en la tierra.

Y á Dios piadoso, con materno ahinco,
 Compadeciendo nuestras ansias fieras,
 Rogarás por la dicha de los cinco
 Que allá en el cielo recobrar esperas.

Junio de 1870.

RECUERDO.

¡Cuántas veces, oh madre, fatigado
 Del largo afan que el pensamiento abruma,
 Dejaba al fin la dolorosa pluma
 Para buscar tu cariñoso lado!

Y me acogias en tu seno amante,
 Y en tu sofá tendido, á mi mejilla
 Era blanda almohada tu rodilla,
 Como cuando era pequeñuelo infante.

La luz bebia de tus ojos bellos,
 Y sentia tu mano dulcemente
 Acariciar mi enardecida frente
 O amorosa jugar con mis cabellos.

Y de su tacto al refrigerio blando
 Sentia mi cabeza serenarse,
 Y la fiebre poética templarse
 Que estaba mi cerebro devorando.

Que no hay tierna caricia que no cuadre
 Entre el materno y el filial cariño,
 Y áun cubierto de canas, siempre es niño
 Un hombre en la presencia de su madre.

¡Ay! ya no tengo la amorosa falda
 Donde la frente reclinar ahora,
 Cuando la larga fiebre abrasadora
 De la tenaz inspiracion la escalda.

No hay piés ansiosos que á mi encuentro lleguen
 Ni ojos amantes á mi vista ledos;
 Ni cariñosos nacarados dedos
 Que nunca ya con mis cabellos jueguen.

Salid, cual amarguísimo oceáno,
 Lágrimas mias, de mi pecho lleno:
 Ya no caeis en el materno seno,
 Ya no os enjuga la materna mano!

SOLEDAD.

¡Cuán vasto, cuán callado, cuán desierto
 Hallan mis pasos el materno hogar!
 Cada eco triste que al andar despierto
 Me parece de pena sollozar!

Ya tu acento mi oído no recrea,
 Oh madre, ni á escucharte volveré,
 Instando la doméstica tarea,
 Mover en torno el diligente pié.

Cual ántes, ese pié no ya impaciente
 Vendrá á buscarme, ni á esa dulce voz
 Que llame cariñosa á tu Clemente
 Ya, como un día, acudiré veloz.

Ya no podré, como ántes, cada día
 Ir á darte el saludo matinal,
 Ni estampar en tu frente, madre mia,
 El casto beso del amor filial.

¡Cuán tristes doblan las marchitas flores
 Su frente taciturna en tu jardín,
 Y apagando sus vívidos colores,
 Llorar parecen, como yo, tu fin!

¡Cuán tristes cantan en angosta reja
 Las aves cuya voz te deleitó!
 Lamento flébil su cantar semeja
 Con que te lloran, cual te lloro yo.

¡Con cuán fervientes preces las leales
Siervas por tu alma suplicando están!
De tu cerrada estancia en los umbrales
¡Cuál jime y llama el solitario can!

¡Oh tú, de cuyo duelo soy testigo,
Pobre animal, ven á mi lado, ven:
Como con dulce hermano ó fiel amigo,
Hoy contigo llorar quiero tambien.

No pienses que soberbio te desdeño;
Te ennoblece á mis ojos tu dolor:
Sí, llora, llora por el noble dueño
Que algo te dió de su precioso amor.

Ya no, cual ántes, con ladrido ufano
Saldrás á recibirla en el dintel,
Ni al tacto usado de su blanda mano
Ledo y altivo erizarás la piel.

Ay! en vano la llama tu gemido
Para yacer como ántes á sus piés:
Ya no tienes señora, y aflijido
Y solo y triste, como yo, te ves.

Que unas tu llanto á mi jemir consiento,
Te doy parte en mi duelo y afliccion,
Pues te basta el calor del sentimiento,
Si te falta la luz de la razon. 1870.

VIAJANDO POR LA COSTA.

Áridos cerros que ni el musgo viste,
Cumbres que pareceis á la mirada
Altas olas de mar petrificada,
¡Cuánto me halaga vuestro aspecto triste!

¡Cuánto descansa el ánimo angustiado
En contemplaros, al fulgor sombrío
De un cielo oscuro, nebuloso y frío,
Conforme, cual vosotros, á mi estado!

Que en el mar y en la tierra y en el cielo
Á un aflijido corazon le agrada
Encontrar donde quiera retratada
La fiel imájen de su propio duelo.

CONSUELO.

Enmudece, fatal Filosofía,
Que osas demente proclamar que cesa
Con el cuerpo en el seno de la huesa
La vida del que vida le infundía.

Mas ven, y temple la congoja mía,
Religion santa, tu feliz promesa
Que, del sepulcro tras la noche espesa,
La luz nos muestra del eterno día.

Ven á brindarme el único consuelo
Que á mi presente desventura cuadre:
Alza mi mente y mi esperanza al cielo:

Y abriendo á un hijo la inmortal morada,
Muéstrale en ella á su perdida madre
En un ángel de luz transfigurada.

AL VIERNES 22 DE ABRIL DE 1870.

¡Oh doloroso inolvidable día,
Mas negro que la noche mas oscura!
Tú sellaste mi inmensa desventura,
En ti el sol se eclipsó de mi alegría.

Tus lentas horas, en cadena impia,
Insensibles al ay de mi ternura,
Midieron, como siglos de amargura,
De mi madre adorada la agonía!

Sé pues maldito: y entre todos triste,
Nunca del astro con la luz te dores
Que ardiente velo á tus hermanos viste:

Negras nubes y vientos bramadores
Te acompañen por siempre, ó tú que fuiste
El Viernes para mí de los dolores!

INFINIDAD DE LA CREACION.

Huelle la tierra la rastrera planta:
Pero tú, generoso pensamiento,
Tus alas rapidísimas levanta
Á la vaga region del firmamento.

En ese claro piélago anchuroso,
Con cien islas de luz resplandeciente,
Voga, voga sin tregua ni reposo,
Con rauda vuelo, sin cesar creciente.

Surcando con intrépida confianza
El azul elemento como propio,
Pasa los astros últimos que alcanza
El ojo de cristal del telescopio.

Ve millares de nuevos resplandores
Poblar sin fin la inmensidad serena,
Como del campo las espesas flores,
O del desierto la menuda arena. —

Mas ten un punto tu inflamado vuelo,
Y derrama tus ojos anhelante:
Mira detras la inmensidad del cielo,
La inmensidad del cielo ve delante.

Su fin aspiras á tocar en vano:
Aunque siglos tu viaje prosiguieras,
Nunca de aquel vastísimo océano
Encontraras las últimas riberas.

Vanas fueran tus alas inmortales;
Y, sin cesar creciendo su grandeza,
No salieras jamas de los umbrales
De aquella inmensidad que siempre empieza.

Nunca, nunca en tu vuelo sorprendieras
La eterna diestra de crear cansada;
Ni llegaras jamas á las fronteras
Del silencioso imperio de la Nada.

1871.

Á MI HERMANA GRIMANESA

EN LA SUBITA MUERTE DE SU ESPOSO.

¡Ah! nunca vienen las desdichas solas:
Siempre la pena sucedió á la pena,
Como del mar las incesantes olas,
Cual los anillos de una gran cadena.

Flecha tras flecha la Desgracia vibra,
Lazo ninguno su furor respeta,
Y en el sensible corazon no hay fibra
Donde no clave su mortal saeta.

Y si con pecho de sufrir rendido,
Grita tal vez la víctima: hasta cuándo?
Cierra la cruda el contumaz oido,
Sus golpes y su saña redoblando.

Y ha dos años, dos años, Grimanesa,
Que su implacable encarnizada diestra
En partes mil de traspasar no cesa
El corazon de la familia nuestra.

Y en tanto tiempo la mudable luna
No acabó una vez sola su carrera,
Sin que al doliente corazon alguna
Nueva desdicha á lacerar viniera.

Y vino la mas fiera, y los despojos
Guardó de nuestra madre el Camposanto,
Y derramaron nuestros tristes ojos
Su mas amargo doloroso llanto.

Y hoy es la nueva víctima tu esposo
Que la Parca feroz escoger quiso:
Sin anunciarte el golpe doloroso,
Le dispara su flecha de improviso.

Y cae el triste entre tus brazos yerto,
Y en vano de su muerte tu amor duda:
Ah! tu infortunio, tu infortunio es cierto,
Pobre hermana, ayer huérfana y hoy viuda!

¡Oh terrible dolor que todavía
Hace mas fiero la crueldad del hado,
Con la vasta invencible lejanía
Que nos separa de tu dulce lado!

Ah! quién alas prestara al impaciente
Insano ardor que nuestro pecho encierra,
Para volar, mas raudos que la mente,
Á las lejanas playas de Inglaterra!

¡Quién pudiera volar á la potente
Ciudad soberbia, de la mar señora,
Que no contiene entre su inmensa gente
Mas triste desdichada moradora!

Sí; no hay, hermana, entre los tres millones
Que hinchen de Lóndres el gigante seno,
Uno solo, de tantos corazones,
Hoy mas que el tuyo de amargura lleno.

Ah! si aliviar pudiéramos la pena,
Que hace tu tierno corazón pedazos!
Si en torno de tu cuello una cadena
De amor formaran nuestros fieles brazos!

Si, ya que nada en este trance fuera
Capaz de mitigar tu atroz quebranto,
El consuelo quedáranos siquiera
De mezclar con tu llanto nuestro llanto!

Mas quiso el hado en su crudeza rara,
Con ausencia del mal acrecedora,
Que ántes al nuestro tu dolor faltara
Cual falta al tuyo nuestro llanto ahora.

Deja, deja por fin la tierra estraña:
No más moremos tan lejanos puntos:
Del hado temple nuestra unión la saña,
Y las desgracias nos encuentren juntos.

Hijos sin madre, esposa sin marido,
Mas y mas nuestros lazos estrechemos,
Y del fiero destino embravecido
Los futuros asaltos esperemos:

Hasta que, exhaustas del dolor las heces
Y abandonando este mortal desierto,
Al fin muramos los que tantas veces
En los seres queridos hemos muerto.

Á JUANA Y****

Ya doce años trascurrieron,
Oh Juana, desde aquel día
En que contempló la tarde
Nuestra última despedida.

Y desde entónces, morando
En tan apartados climas,
De ti no logró mi oído
La mas remota noticia.

En vano, en vano á tu patria
Voló mi palabra escrita
Que á tus bellísimas manos
Sin duda no llegaría:

Que un corazon como el tuyo
Nunca la amistad olvida,
Ni vencen tiempo y distancia
El afecto que nos liga.

Yo sin cesar te recuerdo,
Y sin cesar imagina
Mi amistad cuál es la suerte
Que te cabe, fausta ó mísera.

¿Vives triste y solitaria
Cual te dejó mi partida
Y la muerte de tu madre
Lloras, Juana, todavía?

¡Ah! ¡cuán bien comprendo ahora
Tu congoja por la mía!
Yo tambien perdí á mi madre:
Llora ¡oh Juana! mi desdicha.

Esa madre de quien tanto
Te hablé siempre, cara amiga;
Esa madre idolatrada,
Mi consuelo y mi alegría,

El modelo de las madres,
El respeto de la envidia,
Ya es tan solo ¡oh desventura!
Un puñado de ceniza.

Yo la vi rendirse al peso
De su dolencia prolija,
Y mis ojos presenciaron
Su lentísima agonía.

Por la mano de la muerte
Vi cerradas las pupilas,
Astros de mi negro cielo,
Soles de mi noche fría:

Yo vi mudo el dulce labio
Cuya fúlgida sonrisa
Era el iris que del alma
Las tormentas despedía:

Yo vi inmóviles los brazos
Que mi cuello y sien ceñían
Con dulcísimas cadenas
De abrazos y de caricias!

¡Ah! jamás sospechar pude
Que abriera tan honda herida
En humano débil pecho
Del dolor la espada impia!

Ni siquiera cuando en Cadiz
Yo te vi en la pena misma
Á tu madre lamentando,
O modelo de las hijas!

Cierto; al ver el largo llanto
Que bañaba tu mejilla
Y al oír los hondos ayes
Que del alma te salían,

Hasta el alma me llegaban
Tu dolor y tus fatigas,
Y tremenda reputaba
Cual ninguna tu desdicha.

Pues bien, Juana, ni aún entonces,
Cuando más me condolías,
La mitad calcular pude
De esa congoja infinita:

Pasar es fuerza por ella
Para poder concebirla:
Es el duelo mas tremendo
De los duelos de la vida.

Aun hoy tú á tu madre lloras,
 Que yo á mi madre querida
 Habré de llorarla siempre
 Cual la lloré el primer día:

Para dolor tan inmenso
 Vana es del tiempo la huida,
 Ni dan los años el bálsamo
 Que esa llaga cicatriza. —

Un solo consuelo cabe,
 Y es la promesa bendita
 De la esperanza dichosa
 Que un nuevo mundo nos brinda:

Mundo que junte por siempre
 Cuanto la tierra partía,
 Donde halle el hijo á la madre
 Y halle el amigo á la amiga:

Jardin de flores eternas
 Y de rosas sin espinas,
 Sereno mar sin tormentas,
 Cielo sin nubes sombrías.

Allí hallarás á tu madre,
 Allí encontraré á la mia,
 De eterna beldad ornadas,
 De luz perenne vestidas:

Y ellas en dulces coloquios
 Y en amante compañía,
 Cual los hijos en la tierra,
 Serán en el cielo amigas.

Allí nos veremos, Juana,
 Tras ausencia tan prolija:
 ¿Qué importa que tantos mares
 En el mundo nos dividan?

Ah! ¿qué importa que nos prendan
 Á ti Cadiz, á mí Lima,
 Si una y otra finalmente
 Son moradas fugitivas,

Y si á entrambos nos espera
 La ciudad santa y divina,
 Eterna mansion que ignora
 Ausencias y despedidas?

1871.

Á LA FAMILIA DE NOÉ.

Padres segundos del linaje humano,
 Únicos libres del comun pecado,
 Y del comun castigo, cuando, airado,
 Cambió el Señor la tierra en oceáno:
 Cuando ese mar inmenso tuvo orilla,
 Y dejasteis al fin el arca santa,
 Al estampar en tierra vuestra planta,
 ¿No regasteis en llanto la mejilla,
 Al mirar qué la tierra, ya segura,
 Que os acogia del naufragio ilesos,
 Blanqueaba toda con humanos huesos,
 De los hombres inmensa sepultura?
 Preciso fué de las divinas manos
 Acatar el castigo, mas en tanto
 Pudisteis lamentar con pio llanto
 El fin de vuestros míseros hermanos.

AL RECOGERME.

En triste noche, como yo sombría,
 Vuelvo con lento paso á la morada
 Alegre ayer, hoy muda y desolada
 Desde que no la habitas, madre mia.
 Á nadie le parece ya tardía
 Mi vuelta, ni conoce mi pisada,
 Ni con amor sonrie á mi llegada,
 Ni me pregunta en qué pasé mi día!
 Entro: silencio donde quier profundo
 Hallo; voy á tu estancia, y tu desierto
 Callado lecho en lágrimas inundo:
 Ningun consuelo en mi dolor advierto,
 Y al sentirme tan solo en este mundo,
 Quisiera, oh madre, como tú, haber muerto!

ANTIOCO,

DRAMA EN CINCO ACTOS. *

A MI MADRE.

PERSONAJES.

SELEUCO, rei de Siria.
 ANTIOCO, su hijo.
 ERASISTRATO, médico.
 NICANOR.
 ESTRATONICE.
 OLIMPIA.
 Damas, guardias y acompañamiento.

La escena pasa en Antioquia.

ACTO PRIMERO.

LA LLEGADA.

El teatro representa una gran sala del palacio de Seleuco.

ESCENA I.

SELEUCO y ERASISTRATO.

Erasistrato. Se acerca la hora dichosa,
 Gran Señor, de conocer
 A la celestial muger
 Que escogisteis por esposa:
 Si con amor tan ardiente
 La adorais solo por fama,
 ¿Cómo arderá vuestra llama,
 Cuando la tengais presente,

* Debo á Moreto, que ha tratado este asunto en la comedia titulada *Á buen padre mejor hijo*, la idea de la generosa competencia entre ambos, el órden y disposicion de algunas escenas y uno que otro pensamiento.

Y os mireis dueño y señor
 De la beldad mas divina
 Que el pensamiento imagina
 Y que codicia el amor?
 El retrato es celestial,
 Y á Vénus envidia diera:
 Pues, si al retrato supera,
 ¿Cuál será el orijinal?

Seleuco. ¡Quién como yo afortunado,
 Si, cual tu labio lo dice,
 Es mas bella Estratonice
 Que tan divino traslado!
 Aunque es tan bella esa cara
 Que mas belleza no anheló,
 Bastándome que el modelo
 Al retrato se igualara.

Erasistrato. Suele un pintor, al copiar
 Una bella criatura,
 Aumentarle la hermosura
 Y copiarla sin lunar.
 Pero aquí vencido el arte
 Dijo á la naturaleza:
 «En tan perfecta belleza
 Es imposible igualarte.»

Seleuco. Basta, amigo: no así añadas
 Mas ardor á la impaciencia
 Con que anheló la presencia
 De sus gracias adoradas.
 Digo en vano al corazón
 Que el momento está cercano
 Y á mi ciego anheló insano
 Los instantes siglos son.
 De su vista perder creo
 Los segundos que la aguardo:
 ¡Quién pudiera al tiempo tardo
 Dar las alas del deseo!
 Por qué, si afan tan prolijo
 Me cuesta esperarla aquí,
 ¡Por qué yo mismo no fuí,
 En vez de mandar á mi hijo!

Erasistrato. Bien pronto aquí la vereis,
Y su estupenda hermosura
Os pagará con usura
Cuantas ansias padeceis.

Seleuco. Mas quizá te maravilla
Que, ya cano mi cabello,
Doble aún el regio cuello
Al que cielo y tierra humilla,
Despues que tanto tributo
Pagué de Amor á las aras,
Y de tres esposas caras
Vistió mi dolor el luto.
Pero el trono mas altivo
Donde Amor jamas se sienta
Es una tumba opulenta
Donde un rei se entierra vivo;
Y del amor sin las flores,
La corona mas luciente
Despedaza nuestra frente,
Cual abrojos punzadores.
Mas ¿qué digo? cosa es clara
Que no juzgues insensato
El ardor, Erasistrato,
Que mi labio te declara:
Que, aunque del sabio mayor
Merecida fama goces,
Por esperiencia conoces
Tú tambien lo que es amor;
Y en su llama generosa
Tan cumplidamente ardiste,
Que á una ciudad preferiste
La posesion de tu esposa.

Erasistrato. Y de ello no me arrepiento,
Que por tan cara beldad,
Cual desdeñé una ciudad,
Desdeñado hubiera ciento.
Con tan alta posesion
Nada envidia ni ambiciono,
Porque vale mas que un trono
Ese noble corazon;

Y en su amor casto y profundo
 Donde soy rei absoluto,
 Hago cuenta que disfruto
 Todos los tronos del mundo.
 Pero de pasos, Señor,
 Se siente un rumor vecino:
 Sin duda la reina vino:
 Alguien entra: es Nicanor.

ESCENA II.

DICHOS y NICANOR.

- Seleuco.* ¿Cómo así, Nicanor, solo
 Á nuestra presencia llegas?
 ¿Dónde al príncipe dejaste?
 ¿Dónde ha quedado la reina
- Nicanor.* Vuestra magestad, Señor,
 Le dé para hablar licencia
 Al que viene mensagero
 De poco felices nuevas.
- Seleuco.* Habla al punto, que no es más
 Lo que tú decirme puedas
 Que lo que es fuerza que el alma
 Con tan triste anuncio tema.
- Nicanor.* El príncipe vuestro hijo,
 Á cuyo zelo y nobleza
 Confiasteis el alto cargo
 De acompañar á la reina,
 En la corte de Demetrio
 Dió tan señaladas muestras
 De ser en todo, oh gran rey,
 Un trasunto y copia vuestra,
 Que, al punto prendados todos
 De sus soberanas prendas,
 Hubo en hacerle agasajo
 Universal competencia.
 Mas poco á poco se fué,
 Sin que la causa se sepa,
 Advirtiéndolo en su semblante
 Una profunda tristeza.

Y este misterioso mal
Fué creciendo de manera,
Que la tristeza del alma
Fué ya del cuerpo dolencia.
Adoleció algunos dias
Sin que jamas consintiera
Que de su estado mandaran
Á vuestro oido las nuevas;
Y atribuyéndolo todo
Al dolor de vuestra ausencia,
Aseguró que su alivio
Volver á sus lares era.
Púsose en marcha por fin
Acompañando á la reina:
Y procurando vencerse
Con heróica resistencia,
Logró mostrar pocos dias
Mas serenidad y fuerzas,
Atento solo al cuidado
De quien cual madre venera.
Mas en vez de ir en aumento
Mejora tan halagüeña,
Mientras nos ibamos viendo
De nuestra patria mas cerca,
Era mayor cada aurora
Del príncipe la funesta
Profunda melancolia,
Y mas mortales las señas.
Al fin cuando de Antioquia
Tocamos casi las puertas,
Le acometió el mal usado
Con tan tirana violencia,
Que, dudosos de su vida,
Temimos que ni siquiera
Lograra llegar á verse
En vuestra ansiada presencia.
Al fin recobró el sentido
Y hasta aquí á venir se apresta
Con la reina que en cuidarle
Cual hijo vuestro se emplea.

Y yo, Señor, he venido,
Pues que lo sepais es fuerza,
Á preparar vuestro pecho
Á vista tan lastimera.

Seleuco. Ay! Erasistrato amigo,
¡Quién creyera, quién creyera
Que á una tan viva alegría
Iba á suceder tal pena!
Mi hijo á la muerte cercano,
Mi Antioco, mi bien! ¡oh fiera
Desdicha! ¡oh dolor horrible
Adonde ninguno llega!
Solo en ti, oh Erasistrato,
Solo en ti mi amor espera:
Salva á mi hijo, salva á Antioco,
Pues alcanzas tanta ciencia.

Erasistrato. Tened fe que haré, Señor,
Cuanta humana ciencia pueda,
Que amo al príncipe vuestro hijo
Como á un hijo amar pudiera.

Seleuco. ¡Ah! volemós á encontrarle,
Ni un instante ya se pierda:
Vamos pronto, Erasistrato.
Hijo mio!

Erasistrato. Mas él llega.

ESCENA III.

DICHOS, ANTIOCO, ESTRATONICE, OLIMPIA
y acompañamiento.

Seleuco. Ven á los brazos de tu padre amante,
Hijo (*Ap.* Quién hay que tal dolor resista?
Á la muerte retrata su semblante.)

[*Á Antioco.*] Cómo vienes?

Antioco. Mejor: solo tu vista
Á volverme la vida era bastante.

Seleuco. Y vos de Siria y de mi amor Señora,
[*Á Estratonice.*] Perdonad hoy á la desgracia mia,
Si un pecho que os acata y os adora,

Al ver vuestra beldad deslumbradora,
 Así mezcla el dolor con la alegría.
 Solo el pesar de ver en tal estado,
 Presa de un mal tan bárbaro y violento
 Á un hijo tan amante como amado,
 Pudiera haber en mí contrapesado
 De vuestra vista el celestial contento.
 ¡Cuán dichoso seré, si juntamente
 Logra dos altos bienes mi deseo:
 Ver la salud de Antioco floreciente
 Y coronada mi pasión ardiente
 Con los lazos felices de himeneo!

Estratonice. Yo también, gran Señor, con el contento
 De ver al que ya es rey de mi albedrío
 El más vivo dolor mezclado siento,
 Al ver la postración y abatimiento
 De un hijo ya tan vuestro como mío.
 ¡Qué cuenta os doy de un hijo tan amado!

Seleuco. ¡Ah! quién pudo temer que así volviera!

Estratonice. El estar de vos lejos le ha enfermado,
 Y así espero, Señor, que á vuestro lado
 Volverá presto á la salud primera.

Seleuco. Esa esperanza mi dolor mitiga:
 Pero es tiempo, querido hijo del alma,
 Que del penoso viaje la fatiga
 Alivie el sueño con su mano amiga:
 Ven á gozar su bienhechora calma.

Antioco. No, mi padre y señor: ya ni un momento
 He de quedarme aquí, y con el permiso
 Que me concedas, otra vez me ausento.

Estratonice. (Oh cielos! cuál será su pensamiento?)

Antioco. Al punto partir déjame: es preciso.

Seleuco. Oh dioses! qué escuché! llegas apenas
 Y quieres separarte de mi lado:
 ¿No es la ausencia la causa de tus penas?
 Á una muerte segura te condenas
 Partiendo, hijo del alma, en tal estado.

Antioco. Al contrario, Señor: mi fin es cierto,
 Si partir no me dejas brevemente;
 Solo partiendo mi penar divierto:

- Si me amas, si no quieres verme muerto,
Hoy mismo, hoy mismo mi partir consiente.
- Estratonice.* (Qué mal mis ansias refrenar consigo!)
- Seleuco.* Tú, cuya ciencia lo mas hondo sabe,
(Ap. á Erasist.) Díme qué es esto, Erasistrato amigo?
- Erasistrato.* Si la verdad, oh gran Señor, os digo,
(Ap. á Seleuco.) Es cuanto miro misterioso y grave.
- Seleuco.* De tu mal el exceso riguroso
Es quien causa ese ciego desvario.
- Erasistrato.* Estais necesitado de reposo.
- Seleuco.* Obedece á tu padre cariñoso:
Ven á tu lecho, ven, pobre hijo mio.
- Antioco.* Ay padre! tú me matas! tú en mi daño
Te conjuras, mis penas acreciendo!
- Estratonice.* (Mi rostro en llanto, mal mi grado, baño.)
- Seleuco.* ¡Quién comprende tormento tan extraño!
- Estratonice.* (Yo solamente su dolor comprendo.)

—

ACTO SEGUNDO.

ANTIOCO.

El teatro representa las habitaciones del príncipe: sobre una mesa habrá frascos y tazas con remedios.

ESCENA I.

ANTIOCO.

- Antioco.* Al ver tan mustia mi frente
Y mi loco frenesí,
No comprenden ¡ay de mí!
Que de amor estoy doliente;
Y á mis ignorados males
Cuya causa está en el alma,
Quiere dar alivio y calma
Con remedios materiales.
Mas remedios hoy tan vanos
Á volverme la salud
Solo adquirieran virtud,
Si me los dieran sus manos;

Si á la taza que rebosa
 Con la médica bebida
 Ella aplicara dolida
 Sus puros labios de rosa.
 Mas ¿qué profiero? ¿así trato
 De sofocar mi pasión?
 ¡Oh cobarde corazón!
 ¡Hijo desleal é ingrato!
 Pero, ¿no es fuerza que quiera
 Á quien mi madre ha de ser?
 Quererla en mí es un deber,
 Mas de distinta manera.

Y su hijo me llama ¡oh nombre
 En esos labios odioso!
 Cuando á otro hombre llama esposo,
 Y es ¡ay! mi padre ese hombre!
 Suele siempre aborrecer,
 Con alma esquiva y zelosa,
 De un padre á la nueva esposa
 El hijo de otra mujer;
 Pero es tal la suerte mia,
 Que tan solo á mí me arrastra
 Un amor á mi madrastra
 Peor que el odio todavía.
 ¡Oh destino! ¡oh dolor fiero
 Que á todo dolor supera!
 ¡Morir sin poder siquiera
 Decir el mal de que muero!

Tal vez revelarle intento
 Que ella de mis males es
 La causa, y morir despues
 Que le diga mi tormento:
 Mas, al romper mi secreto,
 Mis labios audaces sella
 La virtud y el honor de ella
 Y de mi padre el respeto.
 ¿Qué haré en tan crudo dolor?
 ¿Qué haré en trance tan fatal?
 El callarme me está mal,
 Y el hablar me está peor.

Mas, si á un padre guardo fe
 Á quien amo y reverencio,
 Aunque me mate el silencio,
 Inocente moriré;
 Y pues fuerza es que me venza
 De mi pasion el rigor,
 Máteme solo el dolor,
 No el dolor y la vergüenza.

ESCENA II.

ANTIOCO y ERASISTRATO, con un libro en la mano.

Antioco se ha quedado abismado en su dolor: Erasistrato lo contempla un rato y dice:

Erasistrato. Siempre apoyada en la palma
 La meditabunda frente,
 Y absorto en un pensamiento
 Que sin cesar le posee!
 Cada vez á mi sospecha
 Mas las señales advierten
 Que es una pasion del alma
 La que el príncipe padece:
 Pero si es pasion del alma
 La que en tal punto le tiene,
 ¿Cuál puede ser sino amor?
 Sin duda sus llamas siente.
 Con el mas prolijo exámen
 Sobre él mi cuidado vele,
 Sin que á la atencion se escape
 El mas pequeño accidente.
 Pueda, en alivio del príncipe,
 En tal ocasion valerme
 Que no solo por estudio,
 Sino por prueba igualmente,
 Conozco, Amor, tus efectos
 Tan violentos y crüeles!

(Á Antioco.) Cómo, príncipe, os sentis?

Antioco. Mi mal, amigo, decrece

Por instantes

Erasistrato. (Él me engaña,
Que su semblante le vende,
Y claro en su faz se mira
Que ni el instante mas breve
Tendió sus alas el sueño
Sobre sus ojos ardientes.)
¿Qué os duele?

Antioco. Nada (La vida,
El alma es la que me duele.)

Erasistrato. (Su voz, su ademan, su aspecto,

Todo, todo le desmiente:
Amor, amor es sin duda
El mal que descubrir teme,
Y amor extraño, imposible,
Y del que vergüenza tiene.)

(Á Antioco.) Pues que siempre solo estais,
¿No quereis, príncipe, á veces
Distraer con la lectura

Vuestras tristezas crüeles,
Ya que á tan noble ejercicio
Fuisteis inclinado siempre?

Antioco. ¿Y de qué, oh Erasistrato,
Trata el libro que me ofreces?

Erasistrato. De los extraños efectos
Que el amor producir suele.

Antioco. El amor!

Erasistrato. (Se turba, tiembla ;
No hay duda.)

Antioco. Y decirme puedes
Cuales son esos efectos?

Erasistrato. Muchos son y diferentes.
Mas, cuando un amor extraño
Es el amor que nos vence,
Son los efectos entónces
Mas graves: una perenne
Negra profunda tristeza,
Á todo halago rebelde;

Un obstinado silencio
 Que á ruego ninguno cede,
 Un continuo suspirar,
 Y un alternado y frecuente
 Palidecer de improviso
 Y en viva grana encenderse:
 Enferma el alma, es forzoso
 Que el cuerpo tambien enferme;
 Pierde su grana el semblante
 Y los miembros se enflaquecen;
 Huye el sueño que restaura,
 Los manjares se aborrecen,
 La vida cansa y hastia
 Y se desea la muerte.

Antioco. Con qué esos son los efectos?
 (Los mismos que en mí suceden!)

Erasistrato. Esos son; mas al miraros,
 Caro príncipe, parece,
 Por los efectos que esplico,
 Que de amor adolecieseis.

Antioco. Quién! yo! adolecer de amor!
 Ah! jamas, jamas lo pienses.

Erasistrato. Pues lo negais, no lo creo.
 (No hay verdad mas evidente.)

Antioco. ¿Y los remedios no indica
 El sabio libro que lees?

Erasistrato. Tambien los remedios trata.

Antioco. Y cuáles son?

Erasistrato. Con valiente
 Labio decir la verdad,
 O al dulce objeto que enciende
 En nuestro pecho la llama,
 O á quien decírselo puede;
 Procurando que su amor
 Nuestra pasion recompense,
 Porque amor se alivia y cura
 Con amor únicamente.

Antioco. ¿Quereis pues que os deje el libro?
 No quiero que me le dejes,
 Que de bien diversa causa

- Los males míos proceden.
Erasistrato. Príncipe, el rey vuestro padre
 Con la reina á veros viene.
Antioco. La reina dijiste?
Erasistrato. Sí:
 La reina y el rey.
Antioco. (¡Qué siente
 El alma, al oír nombrarla!
 Ya la oigo entrar: solamente
 El sonido de sus ropas
 Todo, todo me estremece.)

ESCENA III.

DICHOS, SELEUCO y ESTRATONICE.

- Seleuco.* Hijo mio, hijo del alma!
 ¡Qué de cuidados me debes!
 No habrá para mí sosiego
 Mientras así te contemplo.
 Solícita de tu estado,
 La reina también á verte
 Viene conmigo, y saber
 Si tu mal mejora tiene.
Antioco. ¿Cómo estaré sino bien,
 Cuando ambos venis á verme?
Estratonice. Ambos vivimos por vos
 Inquietos constantemente.
Seleuco. Ni solo á la reina aflige
 El mal que te oprime y vence,
 Sino también á la corte
 Y al reino entero entristece:
 Tus amorosos vasallos
 De tu dolencia adolecen,
 Todos están de las nuevas
 De tu salud hoy pendientes;
 Todos elevan por tí
 Al cielo votos solemnes,
 Y por tu vida á los dioses
 Víctimas puras ofrecen.
 Pero, ¿cuál, dime, hijo mio,

Es de tus males la fuente?
 ¿Qué pena oculta te mata?
 ¿Qué ambicionas? ¿qué apeteces?
 Si es un anhelo, aunque grande,
 Que esté en mí satisfacerle,
 Sin disfraz dílo á tu padre
 Por que al punto le contente;
 ¿Es la mitad de mi reino
 Lo que por ventura quieres?
 Desde ahora todo es tuyo
 Cuanto serlo un dia debe:
 Y no digo el aureo cetro
 Y corona reluciente,
 Por no verte en tal estado,
 Aún la vida diera alegre.

Antioco.

(Y á tal padre ofendo yo
 Con querer á la que quiere!
 Mas, si no querer no puedo,
 Callar puedo, aunque me cueste
 La vida) Padre, de modo
 Tus palabras me enternecen,
 Que razones busco en vano
 Á responder convenientes.

Seleuco.

(Á Erasistrato)

¿Qué dices á mi cariño?
 ¿Qué á mi esperanza prometes?

Erasistrato.

Deciros, Señor, queria
 Lo que mi cuidado advierte.

Seleuco.

Ven un instante conmigo
 Donde hablemos libremente.

ESCENA IV.

ANTIOCO y ESTRATONICE.

Estratonice. (¡Cuánto es tirana mi estrella!)

Antioco. (¡Cuánto es mi suerte crüel!)

Estratonice. (¡Me dejan sola con él!)

Antioco. (¡Solo me dejan con ella!

¡Qué es lo que pasa por mí!)

Estratonice.

(Turbada estoy de manera,
 Que salir de aquí quisiera.)

- Antioco.* (Huir quisiera de aquí.
¿Qué la diré, si aún no tengo
Para mirarla osadia?)
- Estratonice.* (Pues él calla todavía,
A hablar por fin me prevengo ;
Que tiempo es ya que concluya
Este silencio imprudente
Que espesa tan claramente
Mi turbacion y la suya.)
Me es dulce, Señor, pensar
Que con las auras natales
Vuestros rigurosos males
Se han comenzado á templar,
Y que, presto al fin exento
De tan tirano martirio,
Volvereis al pueblo sirio
La esperanza y el contento.
Mas, entre tanta alegría
Que todo un pueblo reciba,
No habrá ninguna tan viva
Cual la paterna y la mia.
Al cielo tan alto bien
Pedimos siempre los dos.
- Antioco.* Y es verdad, Señora, y vos
Por mi os desvelais tambien !
- Estratonice.* Tal duda, Señor, no es justa :
Tan mal, tan mal me juzgais?
Ya, príncipe, me mirais
Como una madrastra injusta !
Si á las madrastras condena
La universal opinion
De que siempre hostiles son
Al hijo de madre agena,
Probaros mi trato espera,
Amandoos al par del rey,
Que en mí tan odiosa ley
Tuvo su excepcion primera.
- Antioco.* Bien se ve que en vos no mas,
Del corazon la nobleza
Compite con la belleza

Que nadie igualó jamas.
 Si á otra que vos, oh princesa,
 Mi padre el rey se enlazara,
 Confieso que me pesara,
 Pero con vos no me pesa.
 (Ay! que ordena mi tormento
 Y mi deber enemigo
 Que sea lo que le digo
 Al revés de lo que siento:
 Mas temo, si esta ocasion
 Se prolonga, que fielmente
 Al fin el labio le cuente
 Lo que siente el corazón.)

Estratonice. Y vos, no imitais tambien
 Á vuestro padre?

Antioco. (Qué escucho!
 Cielo santo! ya esto es mucho!)
 Yo casarme! yo! y con quién?

Estratonice. Damas ostenta esta corte
 Tan nobles, príncipe, y bellas,
 Que bien pudierais entre ellas
 Elegir vuestra consorte;
 Y el himeneo templar
 Pronto quizá lograria
 La negra melancolia
 Que os consume sin cesar.

Antioco. Princesa, dijisteis bien:
 El mal que es hoy mi verdugo
 Se templara, si á ese yugo
 Se doblegara mi sien.
 Mas es de mi hado el rigor
 Tal, que la sola muger
 Que mi amor pudo encender
 Está vedada á mi amor.
 Nunca mis fieros enojos
 La dije; y hasta hoy ignora
 La llama devoradora
 Que en mí encendieron sus ojos.
 Mas ¡ay! aunque la supiera,
 Sé que la sabria en vano,

Que aliviar no está en su mano
 Lo que alivio alguno espera;
 Y aunque tal vez sin testigo
 La veo, bien como ahora
 Os estoy viendo, Señora,
 Nunca mi pasión la digo.
 ¿Qué mal á mi mal alcanza?
 Pues noche y día me empleo
 En un estéril deseo
 Que no alienta la esperanza.
 Y, víctima del deber,
 Yo muero, y muero callando,
 Y callo, Señora, cuando
 Es amor todo mi ser.
 Así en tan crudo existir
 Que es solo un continuo duelo,
 No me queda mas consuelo
 Que el consuelo de morir.

Estratonice. (¿Quién escucharle podría
 Sin lamentar su quebranto,
 Sin derramar tierno llanto
 Por su desgracia y la mía?
 Que su labio no contó
 Las crudas penas que siente,
 Sin referir igualmente
 Las penas que siento yo.)

Antioco. ¡Qué veo! gotas piadosas
 Nublan vuestros ojos claros!
 ¡Pudo mi dolor costaros
 Esas lágrimas hermosas!

Estratonice. De piedad, príncipe, llena
 Al oíros.....

Antioco ¡Cuánto, cuánto
 Ese compasivo llanto
 Os agradece mi pena!

Estratonice. (Si mas permanezco aquí,
 En mi alma leer podrá.)
 Príncipe, adios.

Antioco. Cómo? ya
 Me dejais, Señora, así!

- Esperad solo un momento.
Ay!
- Estratonice.* (Qué voz tan angustiada!)
¿Qué teneis, príncipe?
- Antioco.* Nada.....
Pero sí: no sé qué siento:
Siento que crece mi mal;
Mi pecho se despedaza.
- Estratonice.* ¿Quereis que os lleve la taza
Del restaurador cordial?
- Antioco.* Sí, dádmela.
- Estratonice.* Veisla aquí:
Gran sabio el licor compuso.
- Antioco.* Estoy, princesa, confuso
De veros servirme así.
- Estratonice.* Mal haceis, si lo extrañais:
Quien hijo ya os considera
Ser debe vuestra enfermera.
- Antioco.* (Hijo me llama!)
- Estratonice.* Temblais!
- Antioco.* Tiemblo: el corazon me salta;
Cubre mis ojos un velo,
Á un tiempo me abrasso y hielo,
Y hasta el aliento me falta.
- Estratonice.* Tomad, príncipe, y bebed.
- Antioco.* (Oh blanca mano hechicera,
¡Quién en ti apagar pudiera
Del alma la ardiente sed!)
- Estratonice.* ¿Qué decis? ¿Estais peor?
¿Á Erasistrato quereis?
Voy por él.
- Antioco.* No le llameis.
No os vayais: ya estoy mejor.
No os vayais aún: mirad
Que del infeliz Antioco
Menguan los males un poco
Con vuestra noble piedad.
- Estratonice.* Mucho vuestro mal me apiada:
Pero permitid que os diga,
Como madre y como amiga,

Por vuestro bien desvelada,
 Que no es bien que así os dejeis
 De vuestra pasión rendir, •
 Que sin cesar combatir
 Con firme pecho debeis;
 Pues, luchando noche y día
 Contra ese imposible amor,
 Saldreis al fin vencedor
 En la tremenda porfia.
 Ríndase, ya que su suerte
 Reduce al amor su vida,
 La muger, de amor herida;
 Pero el hombre ha de ser fuerte.
 Y mas quien nació, cual vos,
 Por que á tantos pueblos mande,
 De un héroe y de un rey tan grande
 Que Asia venera cual dios.
 Venced pues de amor los males.
 Y con digna heroicidad
 De vuestro padre emulad
 Las hazañas inmortales.
 (¿Qué más he podido hacer
 Por cumplir con mi decoro?
 Huyamos donde mi lloro
 Pueda en libertad correr.)

ESCENA V.

ANTIOCO.

Oid, Señora, aguardad:
 Se va, y muriendo me deja!
 Y pareció que mi queja
 Merecia su piedad.
 Mas ¿para qué volveria,
 Cuando, á callar obligado,
 Crece mi pena á su lado
 Y se dobla mi agonía?
 Que, desdichado igualmente,
 Quiere mi fortuna ingrata
 Que la que ausente me mata

Tambien me mata presente.
 Dice que á mi mal prolijo
 Tan facilmente no ceda,
 Y que mas valor hereda
 De heroico monarca el hijo.
 No sabe, no sabe cómo
 Eternamente combato
 Con este amor insensato
 Cuyas ansias nunca domo;
 Pues contra su asalto impio
 Del todo inútiles son
 Las luces de la razon,
 Las fuerzas del albedrio!
 ¿Qué fuerza humana luchó
 Contra las de Amor celestes?
 Ante él son nada las huestes
 Que mi padre debeló.—
 ¡Oh padre! cuánto me cuestas!
 Pues, atento á tu respeto,
 No quebrantan mi secreto
 Amarguras tan funestas.
 Tu Antioco, víctima triste
 De la pasion mas aciaga,
 Hoy con usura te paga
 La vida que tú le diste.
 Ven pues, oh Muerte; tú sola,
 De males en tanto asedio,
 Ser puedes puerto y remedio
 De quien por otro se inmola.
 Ven, de mi ruego vencida,
 Antes que mi propia espada,
 De esperarte fatigada,
 Acelere tu venida.

ESCENA VI.

ANTIOCO, SELEUCO y ERASISTRATO.

Seleuco.

Hijo.

Erasistrato.

Señor.

Seleuco.

Qué es esto?

- Antioco.* Morir á manos de las penas mias.
Seleuco. Morir tú! pues mejor no te sentias?
Antioco. Deja, oh padre, que acabe
 Una existencia tan doliente y grave,
 Una vida insufrible en tantos modos
 Á mí mismo y á todos.
 Si algun amor te debo, yo te pido
 Que me dejes morir, y no acrecientes
 Con mi vida el suplicio desmedido
 Y las ansias furentes
 Del ser mas desdichado que ha nacido.
Seleuco. ¡Que te deje morir, cuando mi vida
 Está á la tuya unida,
 Y cuando lo imposible solamente
 Será lo que por ti mi amor no tienta!
 El sabio Erasistrato á mi ternura
 Tu salud asegura.
Antioco. Cuando mi vida á prolongar acierte
 Su ciencia y tu cuidado,
 Sabe, oh padre, que solo habreis logrado
 Trocar mi vida en dilatada muerte.

Éntrase Antioco y Seleuco tras él.

ESCENA VII.

ERASISTRATO.

Cada vez á mi ciencia es mas patente
 Que es amor lo que siente;
 Y áun á fijarse mi sospecha empieza
 En la amada belleza.
 ¿No vi que se turbaba
 Cuando le dije que la reina entraba?
 Y ahora, cuando solo le ha dejado,
 ¿No hallo mas grave y mas mortal su estado?

ACTO TERCERO.

ERASISTRATO.

El proscenio representa en este y los siguientes actos la misma decoracion que en el primero.

ESCENA I.

ERASISTRATO y SELEUCO.

Seleuco. Con que juzgas que es amor
 Quien sus males ocasiona,
 Y mas y mas cada dia
 Tu opinion se corrobora?

Erasistrato. Imposible es ya la duda:
 Son de amor sus penas todas.
 Solo saber el objeto
 De su pasion resta ahora.

Seleuco. Y ¿cómo saberlo, si él
 Oculta su pasion loca,
 Y aún á confesar se niega
 Que es amor lo que le agovia?

Erasistrato. Le venderán las señales
 Por mas que su amor esconda,
 Mostrándonos el semblante
 Lo que recata la boca.
 Por eso es bien que el sarao,
 Como os dije, se disponga
 Adonde de vuestra corte
 Asistan las damas todas.

Seleuco. Ya está dispuesto el sarao:
 Pronto mil damas hermosas
 Vendrán, y entre ellas acaso
 La beldad que le enamora.
 Fué la idea como tuya,
 Erasistrato, ingeniosa.

Erasistrato. Mucho fio de esta prueba.

Seleuco. Dichoso yo, si se logra!
 Que no tan solo de un hijo
 Á quien adoro y me adora

Siente el corazón paterno
 La dolencia como propia,
 Sino que también me abraso
 En la beldad seductora
 De la reina, y cada día
 Mas me enciende y apasiona:
 Y el alma con tales ansias
 Ni un breve instante reposa,
 Anhelando siempre el día
 Venturoso de sus bodas.
 ¡Qué bien me dijiste, amigo,
 Que, si era bella la copia
 Que tanto ya me encendia,
 Era mas bella mi esposa!
 Y así mas ufano vivo
 Siendo dueño de esa joya,
 Que si de la tierra entera
 Me cifieran la corona.
 Á tu amistad y á tu ciencia
 El aliviarme les toca,
 Á dos enfermos sanando
 Que igual pasión acongoja.
 Y ojalá que, hoy descubierta
 De mi hijo la misteriosa
 Pasión, para ambos mañana
 Luzca la nupcial antorcha!

ESCENA II.

SELEUCO, ERASISTRATO y ANTIOCO.

Van entrando músicos,

Seleuco.

Caro Antioco, este sarao
 Ordené que se disponga
 Por si se temple con él
 Melancolia tan honda:
 Ven pues, y un instante al ménos
 Tus pesares desahoga,
 De la música escuchando
 Las vivas alegres notas.

Pronto todas las beldades
Vendrán, que mi corte adornan
Para que el sarao empiece.

Antioco. Y vendrán, oh padre, todas?

Seleuco. Sí, todas, hasta la reina.

Antioco. También la reina?

Seleuco. Ella propia.

Erasistrato. (Siempre es mayor mi sospecha,
Pues solo de ella se informa.)

Antioco. Gracias te doy, padre mio,
Por las muestras amorosas
Que, en alivio de mis males,
Tus ternuras eslabonan.
(Hoy quiero por vez postrera
Beber la dulce ponzoña
Que el alma apura en los ojos
De mi bella matadora.)

Seleuco. Ya van viniendo las damas
(Á Erasist.) Alejarme de aquí importa
Por que el príncipe á mi vista
No se reprima y componga.—

[Á Antioco.] Hijo, por breves instantes
Mi cariño te abandona,
Pues á otra parte me llaman
Cuidados de mi corona.

ESCENA III.

ANTIOCO, ERASISTRATO y damas que van entrando.

Erasistrato. (Sobre él mis ojos agoten
Su atencion indagadora.)

Las damas van llegando de dos en dos: al pasar delante del príncipe, le hacen un saludo.

Dama primera. Qué triste está, qué cambiado!
Y cómo, en la faz hermosa,
Sucedió pálido lirio
De la salud á las rosas!

Dama segunda. Quién creyera que es el mismo
Cuya beldad portentosa

Pudo mirar con envidia
 El casto hijo de Latona!
 Dicen que un amor secreto
 Es el que así le devora.

Dama primera. Y por qué no se declara,
 Si de amor es su congoja?

Dama segunda. Temerá quizá desdenes.

Dama primera. Esa es necedad notoria:
 ¿Quién con el amor del príncipe
 No se juzgara dichosa?

Dama segunda. Apénas nos ha mirado,
 Y sin embargo, memoria
 No guardo de haberte visto
 Nunca tan bella y donosa.

Dama primera. La lisonja te devuelvo,
 Aunque en ti ya no es lisonja.

Antioco. (No ha venido todavía:
 Me asesina su demora.)

Erasistrato. (Distraídas sus miradas
 Han visto á las mas hermosas,
 Y parece que impacientes
 Aguardan y buscan otra:
 ¿Quién esa otra ser podría
 Sino Estratonice sola?
 Ya la miro que se acerca;
 Mas observémosle ahora.)

ESCENA IV.

DICHOS, ESTRATONICE y OLIMPIA.

Estratonice. (¡Quién avisarle pudiera!
 ¡Ay!)

Olimpia. Disimulad, Señora,
 Que hay muchos ojos que estén
 Fijos en vuestra persona.

Estratonice. Dices bien: alma, valor.

Antioco se ha demudado todo al ver á la reina: Erasistrato no aparta ni un punto los ojos de él. Al pasar la reina, todas las damas se inclinan profundamente.

- Estratonice.* Príncipe. (Tiemblo.)
Antioco. Señora.
 (Al verla, al oír su acento
 Todo mi ser se transforma.)
- Dama segunda.* Bella es sin duda la reina.
Dama primera. Es bella como una diosa;
 Mas yo no sé que tristeza
 En su semblante se nota.
- Dama segunda.* La habrá contagiado el príncipe
 De su pasión melancólica.
- Dama primera.* No parece que le halagan
 Mucho las cercanas bodas.
- Dama segunda.* Si con el príncipe fueran,
 Estaría más gustosa.
- Estratonice.* Bien vuestro padre dispuso
 Esta fiesta, pues no hay cosa
 Que los pesares alivie
 Cual la música.
- Antioco.* Señora.....
Erasistrato. (¡Cómo la mira!)
Antioco. (Qué hechizo!
 Qué beldad deslumbradora!
 Y que no haya de ser mía!
 ¡Oh fortuna rigurosa!)
- Erasistrato.* ¿No os halagan y cautivan
 Tantas damas seductoras
 Que rara belleza ostentan
 É ilustre sangre blasonan?
 ¿No hay alguna que os parezca
 Mas hechicera entre todas?
- Antioco.* Todas son á la par bellas.
 (Solamente ella es hermosa)
- Erasistrato.* ¿Y vos no juzgais también,
 (Á la reina.) Como yo juzgo, Señora,
 Que amantes lazos templaran
 El mal que al príncipe agovia?
- Estratonice.* Lo juzgo así, y ya lo oyó
 El príncipe de mi boca.
- Antioco.* (Oh crüel!)
Estratonice. Y oyó también

Lo que le repito ahora,
Y es que con pecho valiente
Á su mal se sobreponga.
(Ah! quién valor le infundiera
Por que su amor no conozcan!)

Antioco. Lucho, Señora, y confío
[Dominándose.] Que alcanzaré la victoria.
Erasistrato. (Veamos si con tal medio
Más su pasión le traiciona.)

[Á Estratonice.] Ya nuestro príncipe amado
Logra notable mejora,
De modo que el nuevo día
Verá vuestras altas bodas,
Que mas dilacion no sufre
Del rey la pasión furiosa.

Antioco. ¡Qué oigo! oh cielos! y es posible?
(Fuera de sí.) ¿Mañana os casais, Señora?
Hablad! yo muero!

Erasistrato. Qué miro!

Ya su accidente le torna:
[Aplica la mano al pulso y corazón.] Vuela el pulso, y los latidos
De su corazón le ahogan.
Ya es la sospecha evidencia,
Y es la reina la que adora.

El príncipe cae desmayado: Erasistrato y los criados se le llevan.

Estratonice. Ay de ti, príncipe amado,
Y ay de mí!

Olimpia. Venid, Señora,
Adonde solo á mi vista
Vuestro ardiente llanto corra
Vanse.

Las damas y músicos se van yendo y quedan solo las dos damas
que hablan.

ESCENA V.

Dama primera. ¡De qué espantoso secreto
Hemos sido sabedoras!

En tan juveniles años
¡Cómo ya el amor le postra!

Dama segunda. Tambien de la reina, díme,
No advertiste la congoja
Y mal reprimido llanto?

Dama primera. Fueron lágrimas piadosas.

Dama segunda. ¿La piedad tambien explica
Su salida presurosa?

Dama primera. Pues qué piensas?

Dama segunda. Pienso, amiga,
Que ha tiempo que ambos se adoran.

Vanse y vuelve Erasistrato.

ESCENA VI.

ERASISTRATO.

Al fin mi ardid le arrancó
Al príncipe su secreto,
Y sé cuál es el objeto
Del amor que le venció:
Mas poco en saberlo gano,
Y aún pienso que era mejor
Ignorar siempre el amor
Que he sabido tan en vano.
Si el rey, ha un momento, aquí,
Comunicaba conmigo
Su pasión, ¿cómo le digo
La verdad que descubrí?
Cómo, si á la reina bella
Me dijo que amaba loco,
¿Cómo le digo que Antioco
Se muere tambien por ella?
Si su boda apetecida
Me confía, ¿de qué suerte
Le tengo de dar la muerte
Á quien me pidió la vida?
¿Qué haré en tal trance, qué haré?
Si decir lo cierto escojo,
Yo de Seleuco el enojo
El primero arrostraré.

Mas, si la verdad recato,
 El príncipe morirá:
 Ah! cese tal duda ya,
 Y en ti vuelve, Erasistrato.
 ¿Cómo en tal caso atender
 Puedes del rey á las iras?
 ¿Cómo á tu deber no miras,
 Cuando cumples tu deber?
 Mi conciencia vijilante
 Me habla así, y su voz oyendo,
 Cómo pude no comprendo
 Vacilar un solo instante.
 Si pierdo, hablando, el favor
 De un rey airado y violento,
 Sé que á la verdad contento,
 Que es el monarca mayor.
 Al ciego temor se doble
 El médico vil que ignora
 Cuánto su arte salvadora
 Es entre las artes noble:
 Use silencio ó falsia
 El siervo del interes
 Para quien la ciencia no es
 Sino torpe grangeria,
 No quien, el propio negocio
 Desdeñando, como yo,
 Siempre su arte profesó
 Como un alto sacerdocio!

Mas, para ver si aprovecho
 Del príncipe al ansia estrema,
 Una noble estratagema
 Me inspira el prudente pecho.
 Y quién sabe si quizas.....
 La accion es sin duda estoica,
 Pero el rey tiene alma heroica
 Y es padre suyo ademas.
 Medio tan juicioso y lento
 Menguará tambien su ira:
 Sin duda el cielo me inspira
 Tan piadoso pensamiento.

ESCENA VII.

ERASISTRATO Y SELEUCO.

- Seleuco.* Ya vengo, amigo, impaciente
De saber el resultado
De tu experiencia prudente.
- Erasistrato.* Ya el mal está averiguado.
- Seleuco.* Héme de tu voz pendiente.
- Erasistrato.* Ay! que la causa, Señor,
De sus congojas es tal,
Que ignorar fuera mejor
Cuál es el blanco fatal
De su desdichado amor.
- Seleuco.* ¿Qué oigo? ¿es acaso el objeto
De su amorosa locura
Un imposible sujeto?
- Erasistrato.* Es tal, que á vuestra ternura
Quise tenerlo secreto;
Reputando conveniente
En el silencio y olvido
Sepultar eternamente
Lo que despues de sabido
Ningun remedio consiente.
- Seleuco.* Si es una humana muger
Á la que el príncipe ama,
¿Cuál tan esquivá ha de ser,
Que se resista á su llama,
O se niegue á mi poder?
Juzgo que no habrá ninguna
Que enlace tan eminente
No tenga por gran fortuna,
Aunque en sumo grado ostente
Belleza é ilustre cuna.
- Erasistrato.* ¿Quién ha de ser tan insano
Que esa verdad evidente
Ose negar?
- Seleuco.* Luego es llano.....
- Erasistrato.* Mas en el caso presente

Todo eso, Señor, es vano ;
Que no siempre.....

Seleuco. Acaba pues :

No más de misterios lleno
Al ver mis ansias estés,
Ni con tan lento veneno
Así la muerte me dés.

Erasistrato. Pues vuestro labio lo ordena,
Sabed que no admite cura
De Antioco la amante pena,
Pues quiso su desventura
Que amase á muger agena.

Seleuco. ¡Tan extraño amor le acosa!

Erasistrato. Por eso á nadie confiesa
Jamás su llama amorosa.

Seleuco. Mas dí, qué muger es esa?

Erasistrato. Es, Señor, mi propia esposa.

Seleuco. Tu esposa, tu esposa! oh hado

Funesto! oh signo importuno!

Oh príncipe desdichado!

Erasistrato. Ya veis, Señor, que su estado

No tiene remedio alguno.

Seleuco. No le tiene..... uno tuviera,

Uno solamente.

Erasistrato. Cuál?

Seleuco. Bien me entiendes.

Erasistrato. Y quién fuera

Capaz de heroismo tal?

Seleuco. Dejarás que mi hijo muera?

Si á ti mi cariño fia

Lo que amo en el mundo más,

Si en su vida está la mia,

Pudiendo ¿no aliviarás

Mi tormento y su agonía?

Erasistrato. ¿Qué me proponéis, Señor?

Que á la que idolatro pierda,

Cediéndola á ageno amor!

Seleuco. Lo que mereces recuerda

Á mi amistad y favor:

Ve que eres padre tambien

De ese hijo á quien desde niño
En la verdad y en el bien
Aleccionó tu cariño:
De él y de mí piedad ten.

Erasistrato. Grande, Señor, es la accion.

Seleuco. No mayor de lo que vales;

Tienes de héroe el corazón,
Y de tu ciencia rivales
Tus altas virtudes son.

Erasistrato. ¿Habeis el valor medido

Del sacrificio exigido

Por vuestro ruego tenaz?

¿Vos mismo fuerais capaz

De lo que me habeis pedido?

Y si yo os dijese ahora

Que es la reina la que adora,

¿Qué os tocaba responder?

Seleuco. Pero eso no puede ser!

(Oh sospecha matadora!)

Erasistrato. Pues es, Señor, la verdad,

Y fué lo primero engaño

Que finjió mi lealtad

Para hacer menor el daño:

Mi artificio perdonad.

Y el que aconsejarme pudo

Un sacrificio tan crudo,

Viendo que en su mano está

Y á ménos costa, no dudo

Que él mismo lo cumplirá.

Seleuco. ¿Con qué tu ardid me engañó

Hasta aquí! luego no quiere

Antioco á tu esposa!

Erasistrato. No:

La reina es quien le prendó,

Y por la reina se muere.

Seleuco. Y cómo lo has descubierto?

Erasistrato. Eso bien claro lo ví.

Seleuco. ¿Lo que me dices es cierto?

Erasistrato. Cierto, Señor.

Seleuco. Sal de aquí,

Que tus palabras me han muerto.
 Sal de aquí, pues considero,
 Si al punto no te retiras,
 Que habrás de ser el primero
 En quien mis súbitas iras
 Descarguen su ímpetu fiero.
 Véte, y á ese hijo malvado
 Aquí al instante me envia.

Erasistrato. Pensad, Señor, en su estado.

Seleuco. Todo lo tengo pensado.

Erasistrato. Ved que quizá no podría,
 Tan abatido y doliente,
 Sufrir la fiera batalla
 De vuestra saña furente.

Seleuco. Basta: obedéceme y calla.

Al ver que se va *Erasistrato.* Erasistrato, detente.

Por última vez me dí

Si estás seguro de que arda

Por Estratonice?

Erasistrato. Sí.

Seleuco. Pues anda y díle que aquí
 Su rey y padre le aguarda.

Erasistrato hace ademán de replicar: el rey le impone silencio
 y le despide.

ESCENA VIII.

SELEUCO.

¡Qué supe! mi hijo se atreve
 Á levantar la esperanza
 Á quien mi esposa ser debe!
 Teme mi justa venganza,
 Hijo desleal y aleve!
 ¿Cuándo pude imaginar
 Que, con audacia sin par,
 Un hijo que amaba tanto
 Osase el deber mas santo
 De sus deberes hollar?
 Yo por mi esposa le envío,

Yo mi honra y mi amor le fio,
 Y á mis confianzas infiel
 Como á mis respetos, él
 Codicia un amor que es mio!
 Y yo su mal lamentaba,
 Y con tormento infinito
 Sin cesar me desvelaba,
 Y entónces no sospechaba
 Que áun su mal era un delito.
 Salvado su vida habria
 Áun á costa de la mia
 Mi tierna solicitud:
 ¡Oh inaudita ingratitud!
 ¡Espantosa alevosia!
 Apenas llevo á creer
 Ingratitud tan extraña
 Y tan torpe proceder:
 Crece á su vista la saña
 Que inflama todo mi ser.

ESCENA IX.

SELEUCO Y ANTIOCO.

- Antioco.* Señor, á tus preceptos obediente,
 Vengo (Mas ¿qué mudanza á mirar llevo?
 Nubes envuelven su ceñuda frente,
 Sus ojos lanzan centellante fuego!)
- Seleuco.* Príncipe, yo á llamar os he enviado.....
- Antioco.* ¡Cuán severa su voz trueno en mi oído!
 Ah! sin duda, sin duda ha penetrado
 Mi culpable pasión: yo soy perdido!)
- Seleuco.* ¿Por qué, con turbación anticipada,
 Os miro estar temblando de ese modo?
 Mas, si mi labio áun no os ha dicho nada,
 Vuestra conciencia os lo habrá dicho todo.
 Ella os dirá que vuestro padre sabe
 Vuestro infame secreto vergonzoso:
 Nunca temí de vos culpa tan grave;
 Con razón la ocultabais receloso.
 ¿Sabeis lo que debisteis haber hecho

Antes que dar en vuestro pecho entrada
 Á tan torpe pasion? el propio pecho
 Rasgar mil veces con aguda espada.
 ¿Qué nombre habrá que á la perfidia cuadre
 De una accion tan osada y delincuente?
 Como rey, como amigo, como padre,
 Príncipe, me ofendisteis juntamente.
 Para enviar por mi esposa yo os elijo,
 Digno entre todos de tal honra os hallo:
 Y á la esposa del padre aspira el hijo!
 Y á su reina y señora ama el vasallo!
 Mas, si amor ó deber no os retenia,
 ¿No os arredró el justísimo castigo
 Que á vuestro triple crimen guardaria
 Vuestro rey, vuestro padre, vuestro amigo?
 Pues no habia en el mundo otras mugeres,
 Que os atrevisteis á mi real esposa?
 Para haceros hollar tantos deberes,
 Solo ella era muger, solo ella hermosa?
 Ella, entre todas, era la vedada
 Á vuestra osada llama incestuosa,
 Y ser debió, de vuestro padre amada,
 Sagrada para vos, como una diosa.
 El solo pensamiento era un agravio,
 Un agravio mortal solo el deseo;
 Y quien sabe tambien si con el labio.....?
 Nunca, padre, jamas.

Antioco.
Seleuco.

Ah! bien lo creo;

Y si creyera que la culpa vuestra
 Llegara hasta tener atrevimiento
 De hacer de amor ante ella alguna muestra
 O murmurar de amor un solo acento,
 Vive Dios que á mis furias homicidas
 Entónces no bastara el que mis brazos
 Arrancaros pudieran tantas vidas
 Como os hiciera mi furor pedazos.

Antioco.
 Echándose á los
 pies del rey.

Ya estoy, Señor, á vuestras plantas puesto,
 Y aunque bien veis que por instantes muero,
 De mi existencia el miserable resto
 Lo rindo y sacrificio á vuestro acero.

Vos me disteis la vida, y el derecho
Teneis vos de quitarla: no vacilo
En ofreceros el desnudo pecho
De vuestra espada vengadora al filo.
Acabad pues, y os dé fácil despojo,
Oh padre mio, este vivir funesto
Que hoy que merezco vuestro fiero enojo
Mas que nunca maldigo y lo detesto.

Seleuco.

(Al alma sus acentos me han llegado,
Y al escucharle demandar la muerte
Y contemplar su doloroso estado,
En compasion mi saña se convierte.
Si sus congojas por instantes crecen,
¿He de abreviarle un fin, ya tan vecino?
Mis entrañas de padre se estremecen:
Mas que suya, es la culpa del destino.)
Alza, hijo mio, y á tu estancia vuelve;
Allí un instante mi llamada espera.
(Veamos si mi pecho se resuelve
Á que viva su amor y el mio muera.)

ACTO CUARTO.

SELEUCO.

ESCENA I.

SELEUCO.

¡ Ah! ¡ cuánto el combate dura
Que estoy lidiando conmigo!
Y áun renunciar no consigo
Á su divina hermosura!
Mis esfuerzos, que hasta aquí
Son tan vanos é infelices,
Dicen cuán hondas raíces
Ha echado este amor en mí.
Mas, si amor mi pecho hiere,

¿El de mi hijo no traspasa?
Si yo ardo, él no se abrasa?
Si yo padezco, él no muere?
Y si, aunque morir se viera,
Su amor ocultaba mudo,
¿Qué más, qué más hacer pudo
Aun la virtud mas severa?
¿Qué más puedo exigir de él,
Si se mostró tan mi amigo,
Que por ser leal conmigo,
Consigo ha sido crüel?
Si su estrella le arrastró
Á amar á la reina bella,
Culpa será de su estrella,
Pero de su pecho nó.
¿Quién sabe si ella ha entendido
Del príncipe el amor ya,
Y si por ella quizá
Es su amor correspondido!
¿Qué mucho que ya le amara,
Si, aunque yo no me lo diga,
Cuanto al príncipe la liga
Tanto de mí la separa?
Jóvenes y hermosos ellos,
Todo á adorarse los mueve;
Y de los años la nieve
Blanquea ya mis cabellos.
Tiempo ha que entender debí,
Abandonando ilusiones,
Que la edad de las pasiones
Ha pasado para mí.
Mas me dice esta pasion,
Que en vano apagar anhelo,
Que de mis canas el hielo
No bajó á mi corazon. —
Quizas, hablando con ella,
Su pasion se mostrará.
Viene allí: qué hermosa está!
Nunca la miré mas bella.

ESCENA II.

SELEUCO, ESTRATONICE y OLIMPIA.

Estratonice. (Por mi suerte y la del príncipe
Inquieta estoy de continuo:
El rey aquí: qué semblante
Tan agitado y sombrío!
Si será ya sabedor
De todo lo sucedido?
Tiemblo.)

Seleuco. Princesa.

Estratonice. Señor.

El rey hace una seña á Olimpia.

Estratonice. Vete, Olimpia.

Olimpia. Me retiro.

ESCENA III.

SELEUCO y ESTRATONICE.

Estratonice. Mas cuidadoso y suspenso
Que nunca, Señor, os miro.

Seleuco. Sí, princesa; y mi cuidado
Nace de grave motivo.

Estratonice. ¿Podrá merecer mi afecto
Que os digneis, Señor, decirlo?

Seleuco. Antes, Señora, os buscaba,
Pues comunicar ansío
Con vuestra amistad tan solo
Este tormento prolijo.

Estratonice. Decid pués, y ojalá pueda
Daros mi amistad alivio.

Seleuco. Es el caso mas funesto
Que sucederme ha podido:
Bien sabeis que á nuestro enlace
El único estorbo ha sido
Ver á una ignota dolencia
Postrado mi único hijo.
Yo de su salud á un tiempo

Y de mi dicha solícito,
 Averiguaba constante
 La causa de su martirio.
 Al fin la supe, Señora;
 Pero mi desgracia quiso
 Que, si el mal era ya grande,
 Fuese mayor, conocido.
 Su salud y nuestras bodas
 Se excluyen, y ya es preciso
 O que á su vivir renuncie,
 O en vuestras bodas al mio.

Estratonice. (Ya todo lo sabe!) En vano
 Por entenderos porfio.

Seleuco. Sabed que vos sois, Señora,
 La causa de sus suspiros.

Estratonice. Yo la causa! absorta os oigo.

Seleuco. Pues la verdad os he dicho.

Cuando lo supe, os confieso
 Que, en saña fiera encendido,
 Me pareció hasta la muerte
 Corta pena á su delito.
 Mas le vi, le hablé; á mis plantas
 Cayó doliente y sumiso;
 Y en piedad troqué la ira
 Y en tierno halago el castigo.
 Mas, si al mirar su congoja
 Mi enojo se ha suspendido,
 Un largo y erudo combate
 Sostengo conmigo mismo.
 Soy padre y amante á un tiempo,
 Y áun no sé si á vos de mi hijo
 O á mi hijo de vos, Señora,
 Haga el duro sacrificio.
 Y así en tan dudoso trance
 Á haceros me determino
 Juez á vos misma: elegid
 Vos entre el padre y el hijo.

Estratonice. (¿Será un ardid para ver
 Si amor al príncipe abrigo?)
 Mal podeis, Señor, hacerme

Juez en tan grave litigio,
 Pues de mí disponer debo
 Si entre vosotros elijo,
 Y disponer de mi mano
 Á mí, Señor, no me es lícito:
 Desde que trató con vos
 Mis bodas el padre mio,
 Ya yo albedrio no tengo,
 Que en vos está mi albedrio.
 Vos sois mi dueño, vos solo
 Sobre mí teneis dominio:
 Vos podeis darme ó guardarme
 Á vuestro placer y arbitrio.
 No me pidais pues que elija,
 Decidid, Señor, vos mismo,
 Que á mí obedecer me toca
 Lo que hubiereis decidido.

ESCENA IV.

SELEUCO.

En vano con tal prudencia
 Y decoro ha respondido,
 Que sus palabras desmiente
 La turbacion que le he visto.
 Sin duda el amor del príncipe
 Ha tiempo que ella ha entendido,
 Sin duda le ama: es Antioco
 De ser amado tan digno!
 Todo, todo me persuade
 Este crüel sacrificio,
 Y ya la pasion de amante
 Cede del padre al cariño.

ESCENA V.

SELEUCO y ERASISTRATO.

Viendo á Erasistrato que vacila en entrar.

Seleuco.

Ven sin temor, fiel amigo,

Y perdona si, ha un momento,
 Mi injusto enojo violento
 Probó su rigor contigo.
 De mis acerbas razones
 Ya pesaroso y corrido,
 Que las olvides te pido
 Y á tu monarca perdone.

Erasistrato. Colmárais mi regocijo,
 Si cual, conmigo aplacado,
 Ya vuestro enojo ha cesado,
 Cesara con vuestro hijo.
 Y ojalá, si fuera así
 Posible salvarle á él,
 Que vuestra saña crüel
 Recayera toda en mí.

Seleuco. No te afanes, noble pecho,
 Amigo leal y firme,
 No te afanes en pedirme
 Lo que está del todo hecho:
 Vencer mi enojo, al usado
 Halago y amor volviendo,
 Es lo ménos que pretendo
 Hacer por mi hijo adorado.

Erasistrato. ¿Qué hazaña no es natural,
 Por mas que esfuerzos demande,
 Á esa alma elevada y grande,
 Verdaderamente real?
 Pasagera indignacion
 Otro os hizo parecer,
 Pero no tardó en vencer
 Vuestra noble condicion.

Seleuco. Como padre y como amante,
 Harto conmigo he luchado:
 Mas ya la lucha ha cesado,
 Y el padre quedó triunfante.
 Si de ti exijó mi error
 La hazaña dificultosa
 De ceder tu propia esposa
 Al que moria de amor,
 ¿Cuánto más justo, pues vi

Que hacerlo á mí me tocó,
 Que hiciera lo mismo yo
 Que ántes exijí de ti?
 ¿Qué ménos hacer podía
 En este trance, y mas viendo
 Que él es mi hijo, no siendo
 Mi esposa ella todavia?
 Al sacrificio costoso
 Ya pues decidido estoy,
 Y sin mas aguardar, hoy
 Será de la reina esposo.
 Es mi hijo, mi sucesor
 En quien nueva vida espero,
 De mi corona heredero,
 Y tambien de mi valor.
 Si á ambos la reina prendó,
 Con ambos cumpliendo así,
 Debo quitármela á mí
 Para darla á mi otro yo ;
 Y su alta felicidad
 Mirando como comun,
 Poseeré á la reina aún
 En mi mas dulce mitad.
 Hazle al instante llamar,
 Que estoy de hablarle impaciente,
 Ni quiero mas largamente
 Su ventura dilatar.

Erasistrato Dejad que exprese, Señor,
 [que va y vuelve] La admiracion entusiasta
 Que el pecho á sentir no basta
 Al ver tan alto valor.
 El sacrificio era tal,
 Que aún yo que os lo aconsejaba,
 Aún yo lo dificultaba
 De todo esfuerzo mortal.
 ¡Cuánto la alta idea gana
 Que tuve siempre de vos,
 Pues hoy os iguala á un dios
 Esta hazaña sobrehumana!
 Grandes las victorias son

Que de vos cuenta la historia,
 « Pero es mas grande victoria
 Vencer la propia pasion. »
 Y de Persia el vencedor,
 Con estremado heroismo,
 Hoy, vencedor de sí mismo,
 Logra su triunfo mayor.
 Vedle cuál llega doliente
 Y abatido : ¡ qué contento
 Á ese triste abatimiento
 Va á suceder de repente!
 De su dolencia crüel
 Le va á librar breve rato.

Seleuco.

Noble y fiel Erasistrato,
 Déjame solo con él.

ESCENA VI.

SELEUCO y ANTIOCO.

Seleuco.

Hijo amado.

Antioco.

(Qué oigo?) Padre.

Seleuco.

Ven, hijo, mas no á mis plantas,
 Ven á mis brazos amantes
 Que ya anhelosos te aguardan.
 No receles, hijo mio,
 Que de mis iras pasadas
 En el corazon paterno
 Ni una reliquia quedara.
 Pasó mi saña del todo,
 Y si alguna el pecho guarda,
 Solo conmigo la tengo
 Porque la tuve sin causa.
 ¡ Y en tu doloroso estado
 Te lancé fieras miradas,
 Y te agravió el labio mio
 Con iracundas palabras!
 Ah! perdona, hijo querido,
 Esas palabras airadas
 Las primeras que escuchaste
 En mis labios.

Antioco.

No así añadadas

Mas estremos amorosos;
 Basta ya, padre del alma.
 Tus acentos me penetran,
 Me confunde bondad tanta:
 Si tus iras me abatieron,
 Tus piedades me restauran,
 Y tu perdon me da vida,
 Si me mató tu amenaza.
 Con volverme tu cariño
 Quedan mis ansias colmadas,
 Que al que tu perdon merece
 Esa ventura le basta.

Seleuco.

Pues á una nueva ventura
 Hoy tu corazon prepara
 Y se abra ese triste pecho
 Finalmente á la esperanza.
 Algo por tu vida y mia
 Es bien que tu padre haga,
 Que en volverte mi cariño
 Claro está que no hice nada.
 Yo moribundo te miro;
 Y si al inquirir la causa,
 Hallo que agonizas presa
 De ardiente amorosa llama,
 En vez de dejar vencerme
 Por la sed de la venganza,
 Debí dar á la alegria
 En mi corazon entrada,
 Al contemplar que la suerte,
 En esto ménos contraria,
 Quiso poner en mis manos
 El alivio de tus ansias.
 Digno de castigo fueras,
 Si con tu amor no lucharas;
 Mas si con tu amor violento
 Eternamente batallas,
 Si, á mis respetos atento,
 Miro que áun muriendo callas,
 Debo premiar tus virtudes

- Y remediar tu desgracia.
Antioco. ¿Qué quieres, padre, decirme?
Seleuco. Que de himeneo á las aras
 Hoy conducirá tu diestra
 Á la beldad que idolatras.
Antioco. ¿Á quién, Señor?
Seleuco. Lo preguntas?
 Á la reina: yo la amaba
 Y mucho, pero tu amor
 Al fin rindió la balanza.
Antioco. (Qué escucho! á mi padre debo
 Cariño y fineza tanta
 Que por dar á mi amor vida
 El suyo sofoca y mata!
 Y tan crüel sacrificio
 De un padre un hijo aceptara!
 No; la tentacion es grande,
 Mas no excede mi constancia.
 Responder que nó me toca,
 Aunque la vida me vaya,
 Que su generoso porte
 El mio á mí me señala.)
 De mi silencio, Señor,
 Ha sido el asombro causa,
 Al escuchar de tus labios
 Que con la reina me casas.
Seleuco. ¿Pues no es de amor tu dolencia?
 ¿Á Estratonice no amas?
Antioco. Yó á la reina? te repito
 Que tus acentos me pasman.
Seleuco. Pues ¿cómo aquí mis enojos
 Te turbaron, y á mis plantas
 Te derribaste confuso,
 Si á Estratonice no amabas?
Antioco. Porque tanto te respeto
 Y tanto temo tu saña,
 Que, aún sintiéndome inocente,
 Me es fuerza, Señor, temblarla.
 Si siempre con un cariño
 Casi materno me tratas,

- Cómo resistir podía
Tan repentina mudanza?
- Seleuco.* Luego tu mal no es de amor,
Y Erasistrato se engaña?
- Antioco.* No se ha engañado al decirte
Que es amor el que me abrasa,
Mas sí en creer que es la reina
El objeto de mi llama.
- Seleuco.* Pues quién es?
- Antioco.* Es Cleonice,
De Estratonice la hermana.
- Seleuco.* Y cómo no la dijiste
La pasión que te inspiraba?
- Antioco.* Porque ya está prometida
Al amor de otro monarca,
Y el mirarla de otro dueño
Al silencio me obligaba.
- Seleuco.* Pero, ¿cómo Erasistrato
Creyó que á mi esposa amabas?
- Antioco.* El vería que á su vista
Mas mis ansias se agravaban,
Porque á su hermana recuerda
Con perfecta semejanza.
- Seleuco.* Mira que no engañes, hijo,
Al que darte vida trata.
- Antioco.* Señor, la verdad te digo:
Recuerda que á mi llegada
Partir de nuevo quería,
Porque su amor me llamaba.
- Seleuco.* Pues, si es verdad lo que dices,
Pienso que remedio áun haya.
Pero deja que de nuevo
Maldiga la injusta rabia
Con que te ofendió mi labio
Cuando tan sin culpa estabas!
Solo te culpo en que tanto
Decírmelo dilataras.
Mas áun abriga mi pecho
Justa dichosa confianza
De que esas tratadas bodas

Por mí Demetrio deshaga.
 Mucho Demetrio me debe:
 Á mí su interes le enlaza,
 Y se alegrará de ver
 Que mas vínculos nos atan.
 Como me dió á Estratonice,
 Así te dará á su hermana,
 Ufano si á padre é hijo
 Ver logra unidas entrambas.

Antioco. Ojalá que áun tiempo sea!

Y por que veas que te habla
 La verdad el labio mio,
 Te pido que sin tardanza
 Hoy con la reina celebres
 Tus bodas tan dilatadas,
 Y yo á buscar á mi esposa
 Ledo partiré mañana.

Seleuco.

Corro á escribir á Demetrio:
 Despues veré á mi adorada
 Esposa: ¡ah! cuánto me alegra
 Ver que no es ella á quien amas!
 Ven á mis brazos de nuevo;
 Hijo, me vuelves el alma,
 Pues, al darte á Estratonice,
 El alma misma te daba.

ESCENA VII.

ANTIOCO.

Ah! que yo mismo me espanto
 De lo que acabo de hacer!
 Apenas llego á creer
 Que fuera capaz de tanto!
 Y, puesto ya en el dintel,
 Yo propio á entender no acierto,
 Cómo, viendo el cielo abierto,
 No he querido entrar en él!
 ¿Mi padre no me ofreció
 Á la que mi amor provoca?
 Pues ¿cómo la falsa boca

Pudo responder que no?
 ¡Quién desdecirse pudiera
 De esa crüel negativa,
 Que de la dicha me priva
 Y que mi fin acelera!
 Mas, no es tiempo todavía?
 ¿Á mi padre ir no podré
 Y decirle: «Te engañé;
 «Pues me la cedés, es mia.
 «Fuerza es que tu hijo reciba
 «De tu mano liberal
 «La hermosura sin la cual
 «Es imposible que viva.»
 Pero ¿qué digo? ¿qué intento?
 Mi heroica filial hazaña
 Así deslustra y empaña
 Un vil arrepentimiento!
 Por ella, cual nunca, debo
 Estar de mí satisfecho:
 No me pese despues de hecho
 Lo que áun haria de nuevo.
 Ya del combate la palma
 Al padre ha ganado el hijo:
 Yo doy la vida, si él dijo
 Que en ella me daba el alma.

—

ACTO QUINTO.

ESTRATONICE.

ESCENA I.

ESTRATONICE y OLIMPIA.

Olimpia.

Cesad los hondos suspiros,
 Enjugad el lloro amargo,
 Que vuestra suerte, Señora,
 Dichosamente ha cambiado;
 El amor que decoroso

Ocultó vuestro recato
 Aún á su objeto, pues era
 Á vuestro deber contrario,
 Mostrar podeis sin rebozo
 Como legítimo y santo,
 Pues en deber lo convierten
 Los castos nupciales lazos.
 Ya vuestro nuevo himeneo
 No es de ninguno ignorado,
 Ni ya mas plática se oye
 En el alegre palacio:
 Vengo de oirlo yo propia
 De boca de Erasistrato
 Á quien confiárselo digna
 Del mismo Seleuco el labio.
 Mas á entender no os lo dió,
 En lo que me habeis contado,
 Á vos el rei?

Estratonice.

Cara amiga,

De creer aún no acabo
 Esta dicha; y es posible
 Que, despues de sufrir tanto,
 Hoi me vea al fin unida
 Á mi príncipe adorado?
 Persuadirme apénas puedo
 La felicidad que alcanzo,
 Cuando brillar no veia
 De esperanza un débil rayo.
 Y este amante corazon,
 Tanto tiempo lacerado,
 No resiste la alegría
 De tan repentino cambio.
 ¡Y es cierto!

Olimpia.

Admitir podeis

En Erasistrato engaño?
 Os digo que oí yo misma
 El fiel relato del sabio.
 Él al príncipe dejaba
 Con el rei su padre hablando:
 ¿Quién duda que ya le dijo

Que le cede vuestra mano?

Es vuestra dicha segura.

Estratonice. Ven, dulce amiga, á mis brazos;

Deja que en tu seno vierta

Este placentero llanto.

[Aquí llega Antioco y al oír su nombre, se detiene.]

Y tú, idolatrado Antioco,

Las congojas y cuidados

Que te he causado, no dudo

Que me los perdones, cuando

Sepas que á este triste pecho

Igual amor inspirando,

Las mismas penas me cuestas

Que á ti mi amor te ha costado!

ESCENA II.

DICHAS Y ANTIOCO.

Estratonice. Qué miro! el príncipe aquí!

Sin duda escuchó.

Antioco.

Escuché:

Pero mas valiera á fe

Que no oyera lo que oí,

Señora, pues, si primero

Moria desconsolado,

Sabiendo que soy amado

Ya desesperado muero.

Estratonice. Morir, Señor! Pues diciendo

No os ha estado el rei ahora

Que consiente,.....?

Antioco.

Sí, Señora.

Estratonice. Pues entónces no os entiendo.

Antioco.

Ni yo me entiendo tampoco,

Ni sé lo que he dicho ú hecho:

Ah princesa! yo sospecho

Que me estoi volviendo loco.

Mas el tiempo finalmente

Huye en que hablaros es dable;

Y es fuerza que una vez hable

Y que calle eternamente.

Ya sabeis si os amo; pero

No podeis ni imajinar
 Cuánto este amor singular
 Es grande, profundo, fiero.
 Pues bien, amándoos así,
 Mi padre á mí os ofreció,
 Y dije á mi padre no
 Y á tal dicha resistí.

Estratonice. Qué escucho?

Antioco. Direis por qué?

Porque os cedió á su pesar,
 Y yo que le gano á amar,
 Á ser noble le gané.
 Él os ama y os cedia,
 Señora, á mi amor ardiente
 Por remediar solamente
 Mi tormento y agonía.
 Mas yo no pude aceptar
 Sacrificio tan impio,
 Y, aunque era mayor el mio,
 El suyo debí estorbar.
 Le aseguré que no amaba
 Vuestra beldad hechicera,
 Y que vuestra hermana era
 La que mi amor inspiraba.
 Él me escuchó como quien
 Alivio notable siente,
 Creyéndome facilmente
 Lo que le estaba tan bien;
 Y el exesivo placer
 Que al oirme demostró
 Mas y mas me persuadió
 Que cumplia mi deber.
 Hoi pues gozará felice
 Vuestra beldad soberana,
 Y yo partiré mañana
 En busca de Cleonice.

Estratonice. Atónita me dejais!

Y tanto valor tuvisteis!
 Dos vidas á un tiempo heristeis
 Y tambien me asesináis.

Tal vez extrañar pudierais
 Que os hable así; pero ya
 Sabido el secreto está,
 Y aun cuando no lo supierais,
 Me es fuerza hablar finalmente,
 Antes que, en tanta afliccion,
 Comprimido el corazon
 Dentro del pecho reviente,
 Sí, la ciega idolatria
 Que por mí sentis yo siento,
 Padezco el mismo tormento,
 Lucho con igual porfia.
 El silencio que os ataba
 Ataba mas mi decoro,
 Y mi reprimido lloro
 Aquí se trocaba en lava.
 Y así imposible os seria,
 Vuestras penas al decirme,
 Una sola referirme
 Que tambien no sea mia,
 Y hoy que ¡destino crüel!
 Salgo apenas del abismo
 De tantos males, vos mismo
 Me hundis nuevamente en él!
 Princesa, por compasion
 Calle vuestra amante boca,
 Pues en lo infinito toca
 Esta desesperacion.
 Vuestro afecto me asesina
 Y acrece mi horrible mal;
 Yo soy el blancò fatal
 De la cólera divina!
 ¡Celeste venganza fiera,
 Saña atroz que te diviertes
 En matarme con cien muertes,
 Mándame al fin la postrera!
 Pronto me será forzoso
 Mi suplicio presenciar
 Cuando os conduzca al altar
 Vuestro enamorado esposo;

Antioco,

- Y el regocijo paterno
 En el semblante copiando,
 Iré en el pecho ocultando
 Los tormentos del Infierno,
Estratonice, Y así partireis mañana .
 Dejándome en tal dolor,
 Y no teniéndola amor,
 Os casareis con mi hermana?
 Y querrán tambien los cielos,
 Tras estar tan congojada,
 Que á mis tormentos se añada
 El tormento de los zelos!
- Antioco.* No temais que tal partida
 Pueda efectuarse, Señora,
 Ni que hasta la nueva aurora
 Dure siquiera mi vida;
 Despues de prueba tan fuerte
 Es imposible que viva,
 Y hoy cerrará compasiva
 Mis tristes ojos la muerte,
- Estratonice.* Yo á la tumba os seguiré,
Antioco. No, vivid, vivid, Señora,
 De un esposo que os adora
 Pagad la amorosa fe:
 Pues yo mismo á él os cedí,
 Hacedlo feliz, amadlo,
 De mi muerte consoladlo,
- Estratonice,* Y quién me consuela á mí?
 Todo lo pierdo, si os pierdo.
- Antioco.* El tiempo consolador
 Trocará el fiero dolor
 En apacible recuerdo.
 Pedir, para hacer cumplido
 El sacrificio, os debiera
 Que al fin del todo me diera
 Vuestra memoria al olvido.
- Estratonice.* ¡Daros al olvido! en vano
 Me lo pidierais.
- Antioco.* Ah! sí:
 Pensad sin rubor en mí,

Cual se piensa en un hermano.
 Vuestra compasion invoco,
 Y una lágrima piadosa
 Verted tal vez en la losa
 Del desventurado Antioco.
 Mas ya de vos me despido,
 Para no perder áun esta
 Poca fuerza que le resta
 Á mi pecho combatido.
 Adios, adios, que mientras más, princesa,
 Miro vuestra hermosura,
 Más renunciar me pesa
 Á la vida, al amor, á la ventura!

ESCENA III.

ESTRATONICE Y OLIMPIA.

Estratonice. Príncipe, oid!..... se aleja
 Y con el corazon despedazado
 Muriendo aquí me deja!
 ¿Quién hubiera pensado
 Que á tan viva alegría
 Tan terrible dolor sucederia?

Olimpia. ¡Qué nuevo cambio el hado os reservaba!

Estratonice. Antes al ménos, del deber esclava,
 Cual víctima al suplicio,
 Marchaba resignada al sacrificio.
 Mas, despues que abro el pecho á la esperanza
 Despues que esposa ya me considero
 De mi adorado Antioco,
 Tras tanta dicha de repente toco
 El desengaño mas terrible y fiero!

Olimpia. ¡Cuánto mas os valiera
 Que no abrigaseis la esperanza amada
 Que os habia de hacer mas desgraciada,
 Y no ganarais á tan dulce amante
 Solo para perderlo en el instante!

Estratonice. ¡Oh lei de la mujer dura y acerba!
 Siempre del hombre sierva,
 Nunca manda en su pecho y en su mano,

- Y es su destino odioso
 El que un padre tirano
 La entregue al lecho de un odiado esposo!
- Olimpia.* Callad, Señora: serenad el rostro,
 Lágrimas enjugad, cesad suspiros,
 Y reprimid congojas y pesares;
 Que pronto vuestro esposo á conduciros
 Vendrá del himeneo á los altares.
- Estratonice.* Deja que el labio mi tormento diga,
 Que harto tiempo callé; déjame, amiga,
 Que al reprimido lloro
 Suelte por fin la rienda largamente!
 Pues este llanto que á los ojos niego
 Y en silencio devoro,
 Torna de nuevo á su profunda fuente,
 Trocado en mar de devorante fuego.
- Olimpia.* Por aliviar vuestro crüel quebranto,
 Diera la vida la que os ama tanto.
- Estratonice.* Ah! si de veras me amas, en mi seno
 Clava puñal agudo,
 O dáme, amiga, un rápido veneno
 Que me liberte del odiado nudo.
 Si, enamorada de otro,
 Con el rei me casaba á mi despecho,
 Hoi que á Antioco enlazada me creia,
 Ya de Seleuco el lecho
 Me es mas odioso que la tumba fria.
- Olimpia.* Mas recordad, Señora, que el monarca
 Al príncipe os cedia
 Por libertarle de la fiera parca,
 Y que solo del príncipe engañado
 Hoi vuelve al himeneo abandonado.
- Estratonice.* Verdad, amiga, dices:
 Solo quejarme puedo del destino:
 Sí, todos somos del furor divino
 Las víctimas sin culpa é infelices.
 El cielo, el crudo cielo se recrea
 En inspirarnos este amor demente,
 Para que nunca satisfecho sea
 Y sin cesar tres almas atormente.

Olimpia. Recobraos un tanto,
Secad, secad el llanto
Que nubla ardiente vuestra faz divina,
Que aquí el rei sus pisadas encamina.

ESCENA IV.

DICHAS y SELEUCO.

Seleuco. Con qué placer, dulce esposa,
Á vuestra presencia vuelvo
Y vuestros encantos miro
Sin el temor de perderlos!
Si ántes os dije, Señora,
Que batallaba suspenso
Entre guardaros ó daros
Á un hijo de amor enfermo,
Ya por él desengañado,
Á mi destino agradezco
Que no se oponga mi dicha
Á la del que tanto quiero.
Todo era falso, y él mismo
Me desengañó al momento,
Diciendo que vuestra hermana
Era de su amor el dueño.
Ya pues de escribir acabo
Mis cartas al padre vuestro,
La mano de Cleonice
Para mi Antioco pidiendo.
Él quiso que hoi sin tardanza
Nuestras bodas celebremos,
Á fin de partir mañana
En busca de otro himeneo.

Estratónica. Quién hablar pudiera, amiga,
[Á Olimpia.] Y descubrirle lo cierto!

Olimpia. Disimulad vuestras ansias
Pues ya no tienen remedio.

Seleuco. No me respondeis siquiera
Señora: pero qué veo?
Recientes huellas de llanto
En vuestro rostro contemplo.

¿Qué súbito mal, qué causa
Nubla así ese rostro bello?
Romped al fin las prisiones
De ese obstinado silencio:
Decid, qué teneis, Señora?

Estratonice. Yo, Señor, yo nada tengo.

Seleuco. Vuestra voz, vuestro semblante

Todo os está desmintiendo.
Quizá me seguís al ara,
Señora, á despecho vuestro?

Estratonice. Qué decis? Señor, vos solo

Sobre mí teneis derecho:
Del padre que á vos me dió
En vos acato el imperio.
Mandad: que tan solamente
Me toca á mí obedeceros.

Seleuco. Así solo á la obediencia
Vuestra esclava mano debo,

Y como víctima triste,
Vais al altar de himeneo!
¿Qué es esto, cielos tiranos!
Apenas me considero
De una confusion ya libre,
Nueva confusion padezco!
¿Dónde está el príncipe? importa
Que con él hable de nuevo:
Llamadle al punto, que acaso
Él aclare este misterio.

ESCENA V.

DICHOS y ERASISTRATO.

Erasistrato. Presa del mal tirano,
Que como nunca le asaltó violento,
Al príncipe infeliz dejo cercano
Á dar, Señor, el postrimer aliento.

Seleuco. Qué dices?

Estratonice. (¡Ai de mí! su fin me mata.)

Seleuco. Ha un breve instante que le dejo ufano.

Erasistrato. Muriendo queda, y es su amor insano

El que la tierna vida le arrebató.

Seleuco. Pues qué amor?

Erasistrato. El que os dije.

Seleuco. Y por qué, cuando

Á la reina yo mismo le brindaba,
¿Por qué me respondió que no la amaba,
Con otro amor sus penas explicando?

Erasistrato. Allí, Señor, se muestra
Su heroico esfuerzo y su virtud sublime,
Pues su pasión reprime
Por dar vida á la vuestra.
Él vió que vos la amabais,
Que al suyo vuestro amor sacrificabais,
Y mostrándose digno de tal padre,
Al devolveros la cedida esposa,
Os compitió la palma generosa.

Seleuco. Ah! no perdamos tiempo tan precioso,
Y vos, Señora, suspended el llanto,
Porque á traerlos voi á vuestro esposo.

ESCENA VI.

ESTRATONICE y OLIMPIA.

Olimpia. Parece en fin que el hado,
Que ya se mostró crudo, ya piadoso,
Dar quiere á vuestro duelo dilatado,
Tras tantas ansias, el final reposo.

Estratonice. Ai! que en la duracion de un solo dia
Tantas mudanzas me previno el ciclo,
Que con justo recelo
Aun en tal dicha el corazón no fia;
Y no sé si este cambio lisonjero
Será de tantos cambios el postrero.
Mas qué digo? quién sabe
Si en este instante, el de su muerte toca
Mi príncipe adorado?
¡Oh triste objeto de mi llama loca!
Volar pudiera de tu lecho al lado,
Y á la vida volverte
Con el aliento de mi amante boca

Olimpia. O morir en tus brazos de tu muerte!
Venir al rei y á Erasistrato miro,
Y con ellos al príncipe.

Estratonice. Respiro.

ESCENA VII.

DICHAS, SELEUCO, ANTIOCO y ESTRATONICE

Seleuco. Llega á su dulce presencia
Con ella casado estás;
Y por que no opongas más
Una inútil resistencia,
Y aun quieras negar tu llama
Por guardar á un padre fe,
Fuerza es que sepas que sé
Que la reina tambien te ama.
Bien comprenderás ahora
Cuán imposible ha de ser
Casarme yo con mujer
De quien sé que á otro hombre adora.
Con tus crüeles dolencias,
Congojas, silencio y llanto,
Harto me probaste cuánto
Me amas y me reverencias.
Hoi en la reina mirando
Tu vida, dicha y sosiego,
Que me la aceptes te ruego,
Y si no basta, lo mando.

Antioco. Venciste, padre del alma:
Pudiste al fin mas que yo,
Y tu mano me arrancó
De la victoria la palma.
Acepta el alma rendida
La ventura que le ofreces,
Y confieso que dos veces
Te debo, oh padre, la vida.

Cae á los pies del rei.

Estratonice. Á vuestras plantas dejad
(Arrodillándose tambien.) Que agradezcamos los dos,
Como ante el ara de un dios,

Tanta magnanimidad.
Seleuco. Alzad, alzad, hijos caros;
 Venid, que con nudo estrecho
 Ansian á mi amante pecho
 Mis brazos encadenaros.
 Mucho me costó vencer,
 No os lo niego, tanto amor;
 Mas se pierde mi dolor
 En un celestial placer.
 Al mirar vuestra alegría,
 Yo tambien feliz me siento
 Y me digo: Este contento,
 Esta dicha es obra mia.
 Y para hacer mas patente
 El cariño con que os miro,
 Hoi la corona de Tiro
 Ciño á vuestra noble frente.

Antioco.

Padre!

Estratonice.

Señor!

Antioco.

Quién pagar

Podrá?

Seleuco.

No se hable mas de esto:
 Vamos, hijos, vamos presto,
 Pues os espera el altar.

[á Erasistrato.]

Y á mi buen Erasistrato,
 Cuya ciencia y lealtad,
 Me descubrió la verdad,
 Qué le dará un pecho grato?

Erasistrato.

Por mérito tan pequeño,
 Otra merced no pretendo
 Que la de seguir sirviendo
 Á tan generoso dueño.

1869.



APÉNDICE.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ENTIERRO DE D. JOSÉ GALVEZ.

Señores:

Todas las causas justas y santas necesitan para su triunfo de una víctima: la nuestra, que no podía ser mas justa ni mas santa, necesitaba tambien de una gran víctima; y el ciudadano D. José Galvez estaba destinado á serlo. No podia en efecto la celestial justicia haber escogido otra mas noble, otra mas insigne. ¿Quién podrá enumerar sus virtudes y merecimientos? Varon digno, no temo asegurarlo, de los mejores tiempos de Grecia y Roma, reunia la justicia de Aristides, la inflexibilidad de alma de Caton y Bruto al valor de Milciades y Leonidas, y á la constancia y perseverancia de los héroes en quienes mas hayan resplandecido tan raras y admirables virtudes. Agregad un clarísimo entendimiento, un recto y sólido juicio y el don de la elocuencia y persuasion. Agregad aún todas las virtudes del hombre privado; habiendo sido, en todo el rigor de la letra y no con la falsedad ó exageracion con que de tantos se dice, fiel amigo, excelente esposo y padre inmejorable, como es notorio y como no podrán negarlo ni sus mismos enemigos.

Porque no le faltaron enemigos y aun calumniadores: muchos, como el Ateniense de la Historia, estaban cansados de oír llamar justo á este Aristides peruano. Una virtud como la de Galvez y unos merecimientos como los suyos no podian carecer de odio y envidia. Hay mas: aquella espartana austeridad, aquella inflexibilidad catoniana, era natural que en nuestros muelles tiempos fuesen tenidas por inhumanidad y dureza, como así mismo habia de confundirse por los malévolos y aun por los indiferentes con el encono y la venganza aquella hambre y sed de justicia que le poseia.

No es nuestro ánimo, ni el tiempo ni el lugar lo consienten, narrar la vida de este varon singular desde su nacimiento en Cajamarca, ciudad entre todas la mas propia para infundir al que en ella nace odio profundo contra la crueldad española, (como que fué teatro de la mas horrible maldad que ejecutaron los españoles en América) hasta su gloriosa muerte en el puerto del Callao, peleando en defensa de su patria contra la feroz armada de esa misma infuca nacion. Solo diremos que, considerando la vida entera de Galvez,

la influencia que ejerció en la juventud liberal de nuestro tiempo, de la que era el jefe, y los eminentes servicios que hizo á su patria, parece que tal hombre no debia haber muerto jamas; pero, pues ni los mas grandes están exentos de la ley comun, pues era fuerza que Galvez muriese; ¿qué otra muerte podeis vosotros designarme para coronar tal vida, que la de morir en defensa de su patria y peleando como un simple soldado el que era Ministro de la Guerra?

El mismo no hubiera elejido otra muerte. Muerte digo! vano modo de hablar! vida, vida inmortal debí decir. Este desfigurado cadáver donde apenas te reconocerian los ojos de tu esposa, no eres tú, José Galvez: ya, ya miro á lo que verdaderamente te constituia, ya miro á tu glorioso espíritu recibir el premio debido á tus virtudes en la morada de los héroes, de los justos y de los mártires, que merecias habitar por héroe, por justo y por mártir. Y no solo alcanzas la celeste inmortalidad; alcanzas tambien la inmortalidad terrena, pues, mientras haya Perú y Peruanos, vivirá tu nombre, objeto de la gratitud mas tierna, del amor mas ardiente y de la veneracion mas profunda. Deshágase y consúmase en buen hora tu cuerpo, que tu alma allá en los cielos y tu recuerdo aquí en la tierra te hacen doblemente inmortal. No bañe pues la Patria en lágrimas tu sepulcro: el verdadero modo de honrar tu memoria es imitar tus virtudes y el heroico ejemplo que nos has dado, que hoy mas que nunca necesita la patria de hijos que te imiten.

Y tú, amante esposa, á quien los estrechos lazos con la ilustre víctima tienen ausente de esta solemne ceremonia, no tan ciega-mente te abandones á la desesperacion y al llanto; sosténgante en tan dolorosa prueba las virtudes que te hicieron merecedora de que tal hombre te escojiese por compañera: consuélate con pensar que no hay ninguna mujer peruana cuya gloria pueda compararse con la tuya; tú verás pronto con un lejítimo orgullo coronar la cúspide del monumento consagrado á las víctimas de Mayo la estatua de tu esposo, á cuyas plantas bullirá sin cesar todo un pueblo idólatra de su memoria: y siempre que dejes el santo recojimiento de tus hogares, los peruanos te señalarán con el dedo al extranjero y le dirán: "Esa enlutada matrona es la viuda de D. José Galvez, muerto "heroicamente el 2 de Mayo en defensa de su patria." Y vosotros, oh tiernos hijos suyos, pensad desde temprano en los deberes que os impone tan gloriosa ascendencia, procurando ser herederos de sus virtudes, como lo sois de su apellido.

1866.

Á ITALIA.

Yo te saludo, Italia, region del Destino, patria de la Gloria, antiquísima tierra siempre jóven, fecunda engendradora de inmortales, madre de sabios y filósofos, de poetas y artistas, de guerreros y héroes, de mártires y santos! tú que, sola, has dado mas grandes hombres que, juntas, todas las demas naciones de la tierra!

Yo te saludo, patria de Ciceron y de Plinio, de Livio y Tácito,

de Lucrecio y Virgilio, de Cincinato y Fabricio, de Régulo y Escipion, de Caton y César!

Yo te saludo, patria del Alighieri y del Petrarca, de Miguel Anjel y Rafael, de Palestrina y Rossini, de Guicciardini y Machiavelo, de Galileo y Vico, de Colon y Buonaparte!

Yo te amé y admiré desde la infancia; desde que, abriendo los ojos de la mente á la luz de la enseñanza y la verdad, comencé á estudiar la historia de Roma, señora del mundo: creció mi afecto, cuando aprendí tus dos idiomas y estudié tus dos literaturas, latina y toscana, que, con la griega, son y serán la fuente de toda belleza, de toda sublimidad; llegando á su colmo mi amor, cuando hollé tus riberas y tu suelo feliz que el sol acaricia con sus mas blandos rayos, que la Naturaleza y el Arte hermosearon á porfía y que los recuerdos de la Historia han consagrado; cuando visité tus ciudades, rivales en hermosura y grandeza: Nápoles la risueña y dulce, como la llamó Virgilio, cuyas cenizas reposan en su seno, Florencia la artística y elegante, Génova la soberbia y magnífica, Roma la eterna; cuando me pasé con reverente planta por tus magestuosas y venerables ruinas donde me parecia conversar melancólicamente con las sombras de tus héroes!

¿Quién no anhela con ardor conocerte? ¿Quién no te visita con amor y veneracion? ¿Quién no te estraña y suspira despues por tí con dolor? ¡A cuántos viajeros has hecho olvidar sus patrias y los mas dulces lazos de familia y amistad! ¡A cuántos que solo fueron á tu suelo por dias, encaenaste con tu belleza largos años, hasta que al fin murieron en tu seno! Ah! yo nunca te recuerdo, ni oigo siquiera pronunciar ó veo escrito tu májico nombre sin sentir una profunda pena, semejante á la pena de la ausencia, cual si tú fueras mi segunda patria.

Tú eres en efecto, ¡oh Italia! para todos los hombres, cualquiera que sea su nacion y raza, una como segunda patria, y puedes con verdad ser llamada la patria comun de las inteligencias humanas. En todas las naciones que se precian de civilizadas, los entendimientos de los niños despiertan con las obras clásicas de Grecia y mas aún con las de Roma; en todos los colegios del mundo las almas comienzan á educarse latinamente, esto es, italianamente: y cada nacion estudia primero tu historia que su propia historia, conoce primero á tus héroes que á sus propios héroes.

Y esta vida, esta immortalidad del pensamiento jamás te ha faltado, oh Italia! cualquiera que fuese por otra parte tu condicion política; aun esclava de otras gentes que te sujetaron por las armas, reinaste sobre ellas por la doctrina y el pensamiento. Destinada estás, oh misteriosa tierra, á renovarte eternamente, y á renacer, verdadero Fenix, de tus propias cenizas! Tuvieron las demas naciones una sola época, mas ó menos larga, de esplendor y poderío, pero solo una vez fueron grandes y prepotentes, y, si cayeron, cayeron para siempre Cartago, Egipto, los imperios de Asia y aun la misma Grecia, veneranda madre tuya.

Solo tú, oh tierra fatal, como exenta de la ley comun de las naciones, has tenido varias épocas de grandeza y preponderancia, cayendo siempre para tornarte á levantar. Si la vez primera fuiste señora del mundo por las armas, lo fuiste la segunda por la Religion que te eligió por asiento, y por las ciencias y artes bellas de

que fuiste maestra á los pueblos de Europa; pero ahora que te levantas por la vez tercera, reinarás con la mente y la espada á la par:

Col senno e colla spada,

como dice Dante. Qué espectáculo vas á ofrecer al mundo! Aunque es tan grande y tan glorioso tu pasado, mayor y mas glorioso será tu porvenir, de manera que lo que á cualquiera otra nacion sería imposible, solo para ti será hacedero; que tú sola puedes excederte á ti misma.

Volverás á sostener en tus robustas manos la balanza de los destinos de Europa; y ¡cuánto podrás tambien influir en la futura suerte de América!

América, esta gran patria nuestra, está llena de tus recuerdos, porque tú, oh Italia, llenas el espacio, como llenas los tiempos, y donde quiera que vaya el pié ó la mente del hombre, allí te encuentra. ¿De dónde era sino hijo tuyo el hombre inmenso, superior á toda alabanza, cuyo génio, como no cabiendo en la prision del continente antiguo, descubrió este nuevo continente que habitamos? Colon es el lazo eterno que contigo nos une; siendo muy de notarse que, si la suerte fué injusta con Colon, al quitar á esta parte del mundo el nombre de Colombia que le pertenecia, no lo fué contigo, pues, llamándola América, le dió el nombre de otro hijo tuyo, del florentino Américo Vespucci, para que ese solo nombre bastase á despertar tu recuerdo.

¡Y cuánto tus memorias, oh Roma libre, no influyeron en la gran alma y altos intentos del jóven Bolivar, futuro libertador de un mundo! ¡Cuántas veces se paseaba silencioso y pensativo por tus ruinas y melancólicas campiñas! ¡Cuántas horas y dias se le huian en tu vasto Coliseo, abismado en profundas meditaciones! ¡Cuánto se inflamaba con los ejemplos de tu historia! Y allí donde viste por dos veces afianzarse los sacrosantos derechos del pueblo, en ese Monte Sacro de inmortal memoria, allí fué donde un dia, despues de un sublime coloquio con su ayo Rodriguez, poniendo sus manos en las de éste, pronunció el solemne juramento, que pronto vió realizado el mundo, de liberrar á América del yugo español!

Y el héroe de estos tiempos y digno de los antiguos, el gran Garibaldi, no es tambien americano en cierto modo? ¿No quiso esgrimir su vencedora espada y derramar su generosa sangre por una República de América? ¿No fué americana su primera esposa, aquella animosa Anita, tan digna compañera suya? Tambien Lima conoce al héroe, vió su noble figura y mereció el honor de hospedarle algun tiempo en su seno.

Jamas hemos dejado, oh Italia, los hijos de esta República de simpatizar con tu causa que es la nuestra porque es la causa de la Justicia y de la Libertad; siempre te hemos amado y admirado, y tú tambien nos has dado frecuentes muestras de simpatía y amor. En nuestra presente lucha con España, la mas feroz y bárbara entre tus bárbaras y feroces opresoras, y por quien hasta el Austria es excedida, un hijo tuyo que ha vestido el uniforme de oficial peruano, levántó en tu parlamento su elocuente y agradecida voz en favor nuestro; y han sido tus hijos los intrépidos Bomberos Italianos los que mas nos ayudaron entre los que antes se llamaban extranjeros, y han dejado de serlo el Dos de Mayo.

Por eso ahora lamentamos como nuestros tus reveses, y acompañamos á nuestros hermanos en sus patrióticas y santas lágrimas. Espera sin embargo y consuélate: que bien ha visto el mundo que, si te ha faltado fortuna, te ha sobrado valor; y sobrándote también justicia, tarde ó temprano vencerás.

Sí, vencerás, á despecho de cuantos, sobre no perdonarte tu grandeza pasada, temieron tu grandeza venidera y se empeñaron en mantenerte sierva, entendiendo que para ti no había medio entre las cadenas y el trono, y que de esclava pasarías á reina.

1866.

AL 9 DE DICIEMBRE.

No con acentos de regocijo te saluda mi voz, solemne día que recuerdas á mi patria y á América la mayor de sus victorias!

Triste y conforme al duelo presente de mi patria habrá de ser el saludo que te envíe: y tú también, al ver con qué furor están desgarrando su seno sus propios hijos, vístete de luto y de dolor.

Bello y alegre habías de lucir siempre á nuestros ojos, como cuando, en los campos inmortales de Ayacucho, las miradas de Sucre vencedor te saludaron cual aurora de una nueva edad. Sí, tú nos prometiste ser padre fecundo de largos días de ventura, de paz y de progreso; y el universo entero contempló nuestras repúblicas nacies con esperanza y con amor.

Mas ¡ai! qué suerte tan diversa de tu promesa y su esperanza nos ha cabido! Cuánto hemos desengañado á las gentes! Ser debimos su admiración, somos su lástima. Y adonde quiera que llega nuestro nombre, allí se escucha decir que no éramos merecedores de la libertad, y que nuestra condicion debió ser siempre la de colonos, como aquellos infelices faltos de juicio y á quienes, á pesar de la edad, una infamia perpetua condena á una perpetua tutela.

¡Oh sublime independencia! no seré yo, no seré yo ciertamente quien se atreva á blasfemar tu nombre santo, ni á poner jamas en duda tus infinitos é incomparables beneficios. Si pueblos insensatos los desaprovechan y estragan, tuya no es la culpa. Tú eres y serás siempre el primero de los bienes. ¿Qué mente tan ciega no alcanza tus divinos resplandores? ¿Qué pecho tan servil, qué labio tan abyecto te negarán su gratitud y sus bendiciones?

Pero también, qué corazón no abominará, qué lengua no maldecirá el horrendo mal, el monstruoso vicio que basta para hacer inútil tan alto bien?

Apenas la tierra nos saludó libres, cuando la espada victoriosa enrojecida aún con sangre española se empapó en nuestra propia sangre. ¡Cuántos, para mayor baldon y desventura, cuántos de los que nos conquistaron patria é independencia se valieron del acero con que levantarán el edificio para minarlo y destruirlo! Y en casi nueve lustros de vida propia é independiente que contamos, ¿qué espectáculo hemos ofrecido al mundo en vez de las hazañas y virtudes que de nosotros esperaba? Envidias, venganzas, sed insaciable de man-



do; desenfrenada codicia; las leyes pisoteadas; dilapidada la hacienda pública; paralizados el comercio y la industria; un puñado de vulgarísimos caudillos arrastrando á la muerte á las ilusas muchedumbres; constante desasosiego y universal inseguridad; guerras injustas por ambos lados, y tras batallas sangrientas, triunfos mas vergonzosos y lamentables que las mismas derrotas; la autoridad suprema escalada á cada instante por salvajes motines de cuartel; llamados ¡oh vergüenza! los ejércitos extrangeros á nuestro territorio por los que no veían otro medio de recobrar ó conservar el poder que se les escapaba; y manchada en fin la banda bicolor tanto como los mantos imperiales, y la silla presidencial no menos que los tronos de los reyes!

España en tanto, nuestra eterna enemiga, se alegraba al escuchar nuestras discordias, y atisbaba ansiosa la ocasion propicia para recuperar su perdido imperio y uncirnos de nuevo á su coyunda. Y alentada por tantos desórdenes, y juzgándonos exhaustos de fuerzas y recursos, vino al fin y con traicion infuca invadió nuestras islas y holló nuestra bandera.

El Perú entonces sintió profundamente tan cobarde insulto: olvidando sus disensiones y recordando su antigua grandeza, fué otra vez grande; y vencedor de España, hizo que el 2 de Mayo fuera el glorioso é inmortal hermano del 9 de Diciembre.

Tornó el mundo civilizado á esperar en nosotros, formando por el triunfo del Callao los mismos felicísimos presagios que habia formado por la victoria de Ayacucho.

Mas ¡ay! cuán pronto habiamos de desmentir los segundos, como desmentimos los primeros! ¿De qué nos ha valido la nueva y espléndida victoria? ¿Quién pudo creer que tan pronto íbamos á vengar en nosotros mismos la derrota y afrenta de España? Volvia á lucir tan glorioso aniversario, y ya se maquinaba y preparaba por todas partes la guerra civil: luce hoy el 9 de Diciembre, y encuentra ya envuelta en ella á la República entera. Tan impía guerra despues de tan glorioso triunfo bien bastára á quitar las ilusiones al mas obstinado optimismo, y á confirmar en su desesperanza á los que piensan que este desdichado pais está condenado á perpetuas discordias en lo político, como en lo físico á continuos terremotos.

Y ¡cómo se presenta esta revolucion! horribles y espantosos asesinatos nos la hacen mirar armada mas que de la espada del puñal! ¡Cuántas ilustres víctimas han sido ya inmoladas, cuántas se siguen y seguirán inmolando cada dia!

Ya por todas partes con denuedo digno de mejor causa, se derrama por manos peruanas la sangre peruana: ejércitos peruanos sitian á ciudades peruanas: y hermanas, hijas, esposas y madres, lloran unas, temen otras, la muerte de sus hijos, esposos, hermanos y padres!

¡Y puede la demencia humana ser causa de tan horribles males, de tan atroces dolores! Pueden los hombres aumentar así la suma de sus miserias, como si el comun destino no les hubiera impuesto bastantes!

Yo he sido testigo del dolor desesperado de una madre que acaba de perder el mas amado de sus hijos en el sitio que contra el ejército Constitucional sostiene el funesto valor de Arequipa. No tiene el lenguaje humano palabras que digan lo que decian aque-

llos profundos sollozos, aquellos agudos alaridos, aquellos ojos enrojecidos por un llanto de fuego, aquellas facciones demudadas en tan breve tiempo, aquellas manos que se contorcian; aquellos jestos, gritos y ademanes que formaban como un nuevo idioma del dolor cien veces mas elocuente que el de la palabra; aquel negarse finalmente á todo consuelo. *Voz in Rama audita est, ploratus et ululatus multus: Rachel plorans filios suos; et noluit consolari, quia non sunt.* Una voz ha sido oida en Rama, y gran llanto y alarido; es Raquel que llora á sus hijos y no quiere ser consolada porque ya no son. ¡Ah! ¿cuál de los trastornadores del órden público, cuál de los atizadores de las llamas civiles, no renunciaria á sus criminales intentos en presencia de tamaño dolor?

Y sin embargo, ¡cuánto mas desgraciada que esta madre, cuánto mas desgraciada que todas las madres peruanas es otra madre de la que nadie se duele! ¡Oh matrona del Sol, oh patria mia, oh madre desventuradísima que te ves reducida á envidiar el dolor de tus hijas! Tú sola sientes el dolor de todas; cada hijo que ellas pierden, tambien le pierdes tú, y al dolor de perderlos se añade el mucho mas horrible todavia de verlos perecer á manos unos de otros. Tu suerte, oh patria, como la de la antigua Jocasta, ha sido dar la vida á hijos impíos que se aborrezcan y destrozan. Si un tiempo, msera y encadenada esclava, te atormentaba la tiranía de tus injustos señores, aun mas te atormenta ahora ver que tu propia prole es la que causa tus desdichas. Nadie se cuida de tus dolores, nadie escucha tus querellas, nadie enjuga tus venerandas lágrimas.

“Paz, paz,” gritas á tus hijos fratricidas; pero los impíos, lejos de dar oido á tus voces, se vuelven todos contra ti y te insultan y vilipendian, hiriendo, cual no lo hicieran tus mas encarnizados enemigos, el seno que los concibió.

¿De qué te sirven, en tan fiera pesadumbre, tu belleza, tu opulencia y los innumerables presentes que le plugo á Dios hacerte? La hermosura y magnificencia de la morada que habitas, palacio de América, Eden del universo; el esplendor tropical del firmamento que te cubre, donde duplica su brillo el astro amante cuyo nombre mereciste, y cuyas noches alumbran todas las lámparas celestiales, como la iluminacion de una fiesta inmensa; las portentosas riquezas que, como erarios naturales, guardan tus montañas; tanta pompa y sonrisa de la naturaleza que te circunda: todo, todo te parece una amarga ironia del destino. Tú anhelaras que fuera tu mansion desnudísimo desierto, y que te cobijara un cielo nebuloso y oscuro donde el Sol brillara apenas cual cirio funerario, y donde un huracan gemidor lamentara eternamente tu incomparable desventura y tus dolores inconsolables.

1867.

Á AGUSTIN ZUBIAGA,

MUERTO DE LA FIEBRE AMARILLA EN MAYO DE 1863.

Hace pocos dias que algunos de los amigos que formamos como una familia unida por los mas dulces lazos del corazon, nos lison-

jeábamos con el pensamiento de que ninguno de cuantos la componen había sido víctima de la tremenda plaga que hoy diezma á Lima.

Pero decretado estaba que perdiéramos uno de los mas amados, y tú has sido ése, Agustín; tú en quien competían la nobleza del corazón y la altura de la inteligencia; tú á quien nadie podia ver sin sentirse inclinado, ¡tan retratada estaba en tu simpático rostro la bondad y dulzura de tu alma! tú á quien nadie podia tratar sin estimarte y quererte!

El dolor general que parecia gastado con tantas muertes se ha avivado para ti. Tenias tantas esperanzas! dabas tantas! Recien llegado de un largo viaje emprendido para completar tu educacion científica y literaria, mueres en vísperas de recojer el laurel debido á tus afanes para colocarlo á los piés de la patria!

¡Oh patria una y mil veces desgraciada! No sé qué estrella enemiga hace perecer en flor á tus mejores hijos y eternizarse á los perversos. Muere el sabio y honrado Pacheco, muere Agustín Zubia-ga; mueren, lejos de su patria y familia, tantos industriosos y útiles extranjeros, y viven..... cien y cien que no debieran haber nacido!

Adios, Agustín; ya no te volveremos á ver en este mundo: ya no oiremos tu dulce voz desenvolver hermosos conceptos ó expresar nobles y patrióticos sentimientos: — ya, cuando apuremos la copa de la amistad, tú no estarás entre nosotros: cuando el campo nos reúna, cuando celebremos el natalicio ó algun fausto suceso de alguno de nosotros, ya no te veremos á nuestro lado: ya no nos acompañarás, cuando sintamos juntos el entusiasmo sublime que infunde la lectura de los grandes poetas, ó las profundas y misteriosas emociones que producen la música y el canto; la música y el canto que son ¡ay! como las voces de otros tiempos y de otros mundos y que tanto recuerdan á los ausentes y á los muertos. Ya una memoria de dolor se mezclará á todas nuestras reuniones: de hoy mas habrá en ellas un asiento vaco, el primero que ha hecho desocupar la muerte. Mas no temas, oh incomparable amigo, que otro ninguno ocupe jamas ese asiento, como ninguno ocupará el lugar que tuviste y tienes en nuestro corazón.

Y tu madre, tu respetable y excelente madre, que te amaba tanto, á quién tanto amabas; tu madre de quien eras el único consuelo, la sola esperanza! No hace aún un año que, al abrazarte tras tan larga ausencia, se consideraba la mas feliz de las mujeres; y hoy que su Agustín no existe, envidia los vientres que nunca concibieron y los pechos que jamás amamantaron! ¡Pobre madre! el dolor la desesperaría, si no fuera tan cristiana.

Sí: solo la religion de Cristo puede librar de la desesperacion en tales pérdidas! venga, venga á consolarnos esa sublime maestra: venga á decirnos que la muerte no es una extincion, sino una trasformacion, no el fin del viaje sino una partida á otro viaje mas largo; que la tumba es la puerta de otro mundo y que los muertos son los viajeros de la eternidad.

“Adios, Agustín; hasta tu vuelta” te dijimos en la escalera de la nave que te llevaba á Europa. “Adios, Agustín; hasta nuestra ida” te decimos ahora al borde de tu sepulcro.



ÍNDICE.

	Pág.		Pág.
1852. Cancion de Coralay . . .	1	1857. El picaflor y la florecilla . . .	54
1853. Adioses . . .	3	„ Adela á Carlos . . .	55
1854. Las cautivas de Israel . . .	4	„ L..... á E..... . . .	56
„ A un viagero. . . .	7	„ Vision	57
„ Las aves de la tarde . . .	8	„ A una espada	68
„ Recuerdos	10	„ Reto al destino	69
„ La cautiva. . . .	12	„ La Transfiguracion . . .	72
1855. A mi padre	15	„ A Jesucristo	72
„ La oracion. . . .	17	„ A Dios	73
„ A España. . . .	18	„ A Elena	73
„ Deseo	18	„ A Paris	76
„ A un niño	19	„ La Virgen Maria. . . .	77
„ A la quina. . . .	20	„ A la Virgen	77
„ Al Perú	21	„ La tarde á orillas del mar	78
„ A Rossini	21	„ Lamento de David por la muerte de Saúl y Jonatas	79
„ Rossini y Mozart	22	„ Rosaura	81
„ Mis sueños. . . .	23	„ El hablador	83
„ A Flérída	24	1858. A Fr. Luis de Leon . . .	84
1856. A Colon. . . .	25	„ A mi patria. . . .	87
„ A Lima. . . .	33	„ A la música. . . .	89
„ A mi hermana Grimanesa. . . .	34	„ A mi madre	93
„ A la tarde	35	„ Tristeza de Lauro. . . .	99
„ El desgraciado	37	„ Al sueño	101
„ Querellas	39	„ A Elena	105
„ A Lope de Vega	40	„ A una viuda	106
1857. Despedida de un indio . . .	41	„ A Dios	107
„ Noticias de la patria. . . .	43	„ Noche serena en el mar. . . .	119
„ Yaraví. . . .	44	„ A Clorinda	121
„ A la Virgen	45	„ Retrato de Elena	122
„ En Nápoles. . . .	49	„ Sueño de un malvado . . .	124
„ Castigo	50	„ A la luna	125
„ A Lóndres. . . .	51	„ A Elena	126
„ A Elena	52		
„ El Temblor	53		
„ El juicio final	53		

	Pág.		Pág.
1859	Delante de "El Pasm de Sicilia"	127	1861. A la tierra
"	En Cádiz	128	" A mi tío el baron D. Augusto Althaus
"	A la Srta. D ^a Juana Y.....	130	" Al concepto íntimo
"	A mi alma	136	" Al arco-iris.
"	Santa Teresa	137	" A Dios
"	A Eco.	137	" Recorriendo las cam- piñas de Bádén.
"	A España	140	" A Ligurino.
"	A una señorita bellí- sima	141	" Lucinda
"	A la muerte de D. Pio de Tristan	142	" SÁTIRAS.--A Sempromio
"	Ansia del cielo	142	" A Simplicio
"	A un recuerdo	143	" A Sergio
"	A la Naturaleza	143	1862. A Lima
"	Al amor	144	" A América
"	Pigmalion.	144	" A un reloj.
"	A***.	145	" Al Sábado.
"	La estatua de Niobe	146	" Al Domingo
1860.	A mi madre	147	" A un jóven
"	Anhelo	148	" A Dios
"	A Magdalena, mi no- driza	150	" A Méjico
"	Safo á Faon	154	" A Colon
"	Ultimo canto de Safo.	162	" Al mismo
"	A Consuelo.	165	" Al Sol. (Del diario de un viajero ameri- cano)
"	Juventud eterna.	165	" El Fénix
"	Vanitas vanitatum	167	" El paso del mar Rojo
"	A Faeton	169	" A Martin de Porres
"	Risa y lágrimas.	170	" Idea de Dios
"	A una cabellera.	171	" Marta y Maria
"	El desahuciado.	172	" A Luzbel
"	A un ateo	179	1863. 1 ^o de Enero de 1863.
"	Platonismo	179	" La tristeza.
"	Escrito en nombre de una jóven	180	" A una estrella
"	A un peruano	181	" Mudanza
"	A mi patria	182	" El árbol y el pájaro viajero
1861.	A un ruiseñor	193	" A la tierra
"	Super flumina Baby- lonis	194	" A la lengua castellana
"	La Desgracia.	196	" Al picaflor.
"	A la salud.	198	" Liras.
"	A un cóndor enjaula- do.	201	" La mujer con quien yo me casaría
"	Dido á Eneas	201	" A Lázaro
"	Descripcion de un pa- lacio (Fragmento).	202	" A un poeta
"	La mujer	204	" Aurora en el baño
"	A mi sobrina Manue- lita C.....	205	" Epigramas
			" Antojos
			" Diario de un viajero americano

	Pág.		Pág.
1863. A una señora . . .	271	1865. A Santa Rosa . . .	365
” Demócrito y Heráclito. (A Amalia) . . .	272	” A la S ^a D ^a Carolina G. de Bambaren . . .	368
” CRISTINA, ó sea VENGANZA Y PERDON DE AMOR (Leyenda) . . .	273	” En la profesion de la Srta. D ^a Petronila Ramos . . .	370
” A Dina . . .	300	” Al Sr. D. Ignacio Gomez . . .	372
1864. A Fabio, que me aconsejaba dejar la poesia. (Sátira) . . .	303	” Ayuda á Chile . . .	375
” A la Srta. D ^a Justa Garcia Robledo . . .	306	” Imitacion del quichua . . .	376
” Al Sol . . .	308	” A la Srta. D ^a Enriqueta Eléspuru . . .	377
” La campaña de Huacho . . .	311	” Al Sr. D. Celso B*** . . .	381
” Adios. (A***) . . .	313	” A la amistad . . .	385
” La poesia y el poeta . . .	314	” Al Coronel D. Mariano Ignacio Prado, Dictador del Perú. . .	386
” Al Rímac . . .	320	” Al sol . . .	390
” Canto guerrero . . .	321	” A*** . . .	392
” A los marinos de la escuadra española . . .	324	1866. A España . . .	396
” Con motivo de vanos rumores de mediacion y concierto . . .	328	” Versos leidos en el teatro . . .	395
” Al pie del monumento de Bolívar . . .	329	” A José Ayarza . . .	397
” En la muerte de mi prima hermana la S ^a D ^a Victoria Tristán de Echenique . . .	334	” Al Sr D. Manuel Amunátegui . . .	400
” A los peruanos . . .	339	” Aniversario . . .	402
” A España . . .	341	” A España . . .	403
” A la memoria de mi amigo el artista Miguel Echerri . . .	344	” El Garibaldi y la carta . . .	404
” A las orillas del mar. (A***) . . .	348	” A la Guerra . . .	405
” Cuando venia la “Nunciacion.” . . .	349	” Versos escritos en la noche del 2 de Mayo . . .	406
1865. Al Congreso y á los marinos . . .	350	” Octavas . . .	408
” A la bandera peruana . . .	351	” Versos que se suponen dichos por Sejismundo al fin de “La vida es sueño” . . .	410
” A La-Rosa y Taramona . . .	354	” A Prometeo . . .	412
” En la agonía de J. M. H . . .	355	” A un amigo . . .	413
” A Lima . . .	356	” Lo bueno de este mundo . . .	415
” A la gran República Norte-Americana . . .	357	” El eco y la sombra . . .	415
” A un tirano . . .	360	” A la flor del chirimoyo . . .	416
” Al Aguila del Norte . . .	361	” A una ciega . . .	418
” A un fotógrafo . . .	363	” A la Felicidad . . .	419
		” A la mitad de mi alma . . .	421
		” El año y la vida humana . . .	423
		” Imitacion de cantos populares toscanos . . .	423

	Pág.		Pág.
1866. El Dos de Mayo.	425	1868. A Dios.	503
” Sentencias del Inca Pachacútec	445	” Un príncipe indio al casarse con una española	505
” Disparates.	446	” Al sueño	507
” Retrato que parece caricatura.	449	1869. Al mar.	507
” Cuadros que ofrece un temblor por la mañana	452	” Visita al cementerio	510
” Inconvenientes de ser corto de vista	452	” El día de difuntos	512
1867. Dafne y Apolo	455	” A***.	514
” A un plátano	456	1870. A mi madre.	514
” Al Hombre.	457	” Dolor.	518
” Al vapor	460	” Recuerdo del día de la comunión	523
” Al mismo	461	” Unico consuelo	524
” Cantos del cautiverio.	463	” Recuerdo	526
” CÁRMEN Y RAFAEL, (Leyenda).	465	” Soledad	527
” Al sol en el poniente.	484	” Viajando por la costa	528
” Con motivo de la vuelta anunciada de la escuadra española.	486	” Consuelo	529
” A media noche en Chorrillos	488	” Al Viérnes 22 de Abril de 1870.	529
” En la profesion de Isabel.	489	1871. Infinidad de la creación.	530
” A los peruanos en la última guerra civil	494	” A mi hermana Grimanesa	531
1868. A una amiga	494	” A Juana I***	533
” Extasis	496	” A la familia de Noé	536
” Al Petrarca.	496	” Al recogerme	536
” La Perla sin compañera.	497	1869. ANTIOCO. (Drama)	537
” Al ánjel de mi guarda	500	APÉNDICE.— Discurso pronunciado en el entierro de D. José Gálvez	597
” A D. José Gálvez	502	A Italia	598
		Al 9 de Diciembre	601
		A Agustín Zubiaga	603

FIN.

Lima. — Imprenta del Universo, de Carlos Prince, calle de Belachaga, 136.







BIBLIOTECA NACIONAL



1000552798



38560115385601153